

JUAN BOSCH

OBRAS COMPLETAS

VII
BIOGRAFÍAS

CPEP
COMISIÓN PERMANENTE
DE EFEMÉRIDES PATRIAS
2009

OBRAS COMPLETAS DE JUAN BOSCH
Edición dirigida por
Guillermo PIÑA-CONTRERAS

COLABORADORES

Arq. Eduardo SELMAN HASBÚN
Secretario de Estado sin Cartera

Lic. Juan Daniel BALCÁ CER
Presidente de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias

© Herederos de Juan Bosch, 2009

Edición al cuidado de
José Chez Checo

Diseño de la cubierta y arte final
Eric Simó

Publicación de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias
en ocasión del Centenario de Juan Bosch, 2009

Impresión
Serigraf S.A.

ISBN: 978-9945-462-07-4 (T. VII)
ISBN: 978-9945-462-00-5 (O. C.)

República Dominicana

CONTENIDO

Juan Bosch: Biógrafo de Bolívar y precursor de la novela bíblica dominicana

Marcio Veloz Maggiolo..... VII

JUDAS ISCARIOTE, EL CALUMNIADO

Aclaración para la edición dominicana 3

Un prólogo indispensable 5

I 15

II 25

III 39

IV 51

V 63

VI 77

VII 91

VIII 101

IX 115

DAVID, BIOGRAFÍA DE UN REY

Prefacio 131

I En el que aparece Samuel Ben Elcana,
verdadero fundador del reino de Israel 141

II En el que aparece Saúl ben Quis,
a quien Samuel unge rey 153

III En el que se da cuenta de cómo y por qué
el sacerdote Samuel rompió con el rey Saúl ... 165

IV	En el que aparece David ben Isaí, llamado a ser rey a la muerte de Saúl	177
V	En el que se explica por qué no pudo haber combate entre el niño David y el gigante Goliat	189
VI	En el que se relata cómo y por qué Saúl odió a David hasta el punto de proponerse darle muerte	201
VII	En el que se explica cómo Jonatán, el hijo del rey, salvó a David	213
VIII	En el que se cuentan las aventuras de David mientras era perseguido por el rey Saúl	225
IX	En el que se cuentan otras aventuras de David mientras huía de la persecución de Saúl .	237
X	En el que se refiere cómo murieron el rey Saúl y su hijo Jonatán y lo que hizo David cuando supo la noticia	249
XI	En el que se ve a David llegar a rey de Judá y se explica cómo empezó la guerra contra los descendientes de Saúl	261
XII	En el que se explica cómo David pasó de rey de Judá a rey de todo Israel y qué hizo con los descendientes de Saúl	275
XIII	En el que vemos a David conquistando Jerusalén, donde estableció la capital del reino	287
XIV	En el que se habla de las muchas guerras que tuvo David contra varios pueblos	299
XV	En el que se prosigue la historia de las guerras que mantuvo David contra pueblos vecinos de Israel y pueblos distantes	313
XVI	En el que se da cuenta del pecado cometido por David al ordenar el asesinato de Urías y de cómo se arrepintió ante Natán	325

XVII	En el que se explica cómo organizó David su reinado y cómo y por qué murió su hijo Amnón a manos de su otro hijo Absalón	337
XVIII	En el que se refiere el derrocamiento de David por su hijo Absalón	351
XIX	En el que se relata la muerte de Absalón y las cosas que sucedieron después de la batalla en que perdió la vida	363
XX	En el que se explica qué hacía David en sus últimos años y por qué quería edificar el templo	375
XXI	En el que se cuenta cómo y por qué escogió David a su hijo Salomón por heredero y que encomiendas le hizo antes de morir	387
	Cronología	401

SIMÓN BOLÍVAR, BIOGRAFÍA PARA ESCOLARES

	Dedicatoria	407
	Ofrecimiento	408
I	411
II	421
III	431
IV	443
V	455
VI	465
VII	477
VIII	491
IX	503
X	511
XI	523
XII	533
XIII	545
XIV	553

XV	563
XVI	573
XVII	585
Índice de láminas y mapas	607
Bibliografía	609
Índice onomástico	613

JUAN BOSCH: BIÓGRAFO DE BOLÍVAR
Y PRECURSOR DE LA LITERATURA BÍBLICA DOMINICANA

Marcio VELOZ MAGGIOLO

La tendencia bíblica de la literatura de Juan Bosch, emerge en 1955, cuando publica *Judas, el calumniado*, una obra que, sin proponérselo el autor, es la primera de este género en las letras dominicanas y culmina con *David, biografía de un rey*, ambas concebidas fuera del país. Son sus únicas obras de carácter bíblico, o ligadas a esta temática, que escribiera a lo largo de su intensa labor intelectual.

La mayoría de la literatura bíblica en la República Dominicana pertenece a un bloque que se desarrolla entre 1960 y 1964, y que se corresponde con la aparición europea de autores como el holandés Rogier van Aerde, quien escribiera una interesante novela sobre Caín¹ ya en 1954 y por narradores que desde el siglo XVIII hasta el siglo XX estudiaron los textos bíblicos, dándoles un contenido interpretativo y hasta imaginario que hizo de los Evangelios y de la propia Biblia una fuente fundamental para ciertas concepciones basadas en la suposición o bien en lo sugerido por el texto mismo.

Ha sido difícil alejarse de los procesos imaginativos al interpretar la Biblia, y los Evangelios, porque los mismos apuntan hacia, precisamente, historias que buscan mostrar como reales hechos que están teñidos de una tradición en la que los

¹ Cfr. AERDE, Rogier van, *Caín*, Buenos Aires, Ediciones Criterio, 1954.

creyentes judeocristianos y aun los seguidores del islamismo creen a pie juntillas y son apreciados en la mayoría de los casos de manera dogmática. Así, el mismo Bosch, cuando escribe sus dos libros en los años cincuenta, considera las fuentes bíblicas y evangélicas como documentos confiables sobre los cuales parece aceptar buena parte de la creencia que los mismos usan como base. Es válido preguntarse si no había en Bosch cuando escribía el *Judas...* y el *David...* una aceptación lata de muchas de las historias narradas en ambos casos. De los Evangelios, el autor acepta como válidos para su análisis sólo los Evangelios canónicos, Marcos, Mateo, Lucas y Juan, señalando que acepta la versión católica de Nacar y Colunga, así como “Los Hechos de los Apóstoles”.

El autor no intenta ir en ningún momento a otra fuente, sólo cita alguna de los llamados *Evangelios apócrifos* en los que existen llamados y afirmaciones que pudieran arrojar, dentro de las tendencias imaginarias mismas, algunas escenas más cercanas a lo soñado que a lo real.

Sobre los “apócrifos” hay y había ya en los años cincuenta una torrencial bibliografía que ha nutrido la imaginación de numerosos escritores. ¿Por qué, entonces aceptar como fuentes únicas y confiables los Evangelios consagrados por el Concilio de Trento como tales? Para muchos investigadores bíblicos el hecho de que la tradición cristiana posterior a los canónicos se mantuviese sin que sus orígenes fueran borrados de la Iglesia, como lo es el caso de las obras de arte de autores como Masaccio o Fra Angélico, ya que a pesar de que muchos de los elementos bíblicos anteriores a los canónicos se mantuvieran porque el pueblo mismo los mantuvo, como es el caso de los cuadros y formas del nacimiento de Jesús, rico en imaginación que aun forma parte de los hechos navideños y el “nacimiento de Jesús”, orquestando desde la misma Edad Media una tradición que se manifiesta en villancicos, “nacimientos” y modos de arte

popular. Pese a que Aurelio Santos de Otero, al hacer la introducción de los apócrifos señala que “el olvido en que cayó esta literatura a partir del Concilio de Trento no impidió tampoco que siguieran observándose sus huellas en el arte del siglo XVI y en los libros piadosos. Recordemos en este último aspecto las vidas de la Virgen contenidas en las obras de sor María de Agreda y Catalina Emmerich, que con frecuencia reproducen íntegramente episodios apócrifos. Dígase lo mismo de ‘La Vida de Nuestra Señora’ que el P.P. de Ruvadebeyra insertó en sus *Flos Sanctorum*. (Madrid, 1675)”.

Santos de Otero, en su previo estudio a *Los Evangelios apócrifos*, (Biblioteca de Autores Cristianos, 1999) concluye diciendo que: “Finalmente, las tradiciones críticas de Fabricius, Thilo y Tischendorf (sobre la de este último), así como los numerosísimos trabajos científicos en torno a los problemas suscitados por los apócrifos y el descubrimiento de nuevos fragmentos papiáceos en Egipto, han contribuido no poco a la importancia que actualmente tiene esta literatura en terreno científico”.

Cinco años luego de la aparición del *Judas...* de Bosch aparecerían en las letras nacionales, tres novelas que a partir de 1960 conferirían al tema bíblico y evangélico enorme importancia, *El buen ladrón y Judas*, de Marcio Veloz Maggiolo publicada la primera en la Colección Arquero, (1960-62), lo mismo que *El testimonio*, de Ramón Emilio Reyes, también de 1960 y luego *Magdalena*, de Carlos Esteban Deive, aparecida en 1963. Si bien en el caso de estos autores el tema bíblico fue tratado como parte de un proceso imaginario, que en el caso de Bosch se expresaba como una versión casi biográfica en el caso de Judas y como tal en su estudio sobre David.

La literatura bíblica dominicana abarcó, en el caso de los autores mencionados, menos de un lustro. Con la publicación en Santo Domingo de *David, biografía de un rey* en 1963,

en la colección Pensamiento Dominicano, dirigida por Julio Postigo, se cierra el breve momento de la llamada novela bíblica dominicana (Veloz Maggiolo, Deive y Reyes) con la influencia de autores como Pär Lagerkvist, premio Nóbel de Literatura 1951, cuya novela *Barrabás* alcanzó un verdadero éxito, cuando el autor usando de la imaginación inventa más que construye la vida del que fuera considerado el peor de los condenados junto a Jesús. La obra, por la que se le concedió el galardón mencionado, fue llevada al cine en 1962 con la actuación inolvidable de Anthony Quinn.

En tono parecido al de *Barrabás* escribe Veloz Maggiolo *El buen ladrón*, en 1959, siendo publicada en 1960. Por lo tanto no es exagerado decir que *Judas...*, la primera obra de Bosch de este tipo abre el ciclo dominicano de la literatura de tema bíblico, el que cierra con su *David, biografía de un rey*.

Pero las obras bíblicas de Bosch no fueron fundamentales para la novelística bíblica dominicana, porque no se conocían en el país y vinieron a ser del dominio público sólo cuando el escritor dominicano retornó a la República Dominicana en 1961, luego de su largo exilio. Vale la pena recordar que muchos de los cuentos y escritos de Juan Bosch eran material reprimido por la dictadura de Trujillo, y que sus trabajos literarios en revistas como *Carteles* y *Bobemia*, las más importantes de Cuba, en los momentos de su exilio, eran censurados por la dictadura al entrar en territorio dominicano. Diferentes trabajos literarios de Bosch eran ignorados, y sólo escritores tempranos y contemporáneos con él en los momentos en los que iniciara su exilio, como Ramón Marrero Aristy, Néstor Caro, Julio Vega Batlle, y Ramón Lacay Polanco, recibieron las influencias de su primer libro de cuentos titulado *Camino real* (1933) con el que Bosch rompía la vieja temática basada en el uso de leyendas e historias rurales y urbanas sobre la que se basó por largo tiempo lo que pudiera considerarse la cuentística nacional.

Desde luego ni *Judas Iscariote, el calumniado*, ni *David, biografía de un rey* fueron ni novelas ni obras totalmente ficcionales, pero no me atrevo asegurar que la gran imaginación del maestro no entrara de lleno al completar de modo casi poético vidas cuyas imprecisiones textuales y documentales que todavía no han sido consolidadas como biografías acabadas y que de seguro no serán completadas nunca.

Vale este bello texto redactado por Juan Bosch para darnos la visión en la que Ruth y Noemí, esta última conocida como suegra de la primera, deciden marcharse, cuando Ruth, la que luego vendría a ser la bisabuela de David, enviuda y es tomada como esposa por Boz: “Podemos ver la escena, iluminada por el sol del mediodía. El hombre, entrado en años, bondadoso y sereno, de pie mientras escucha; la joven mujer de Moab, doblada ante él y temblando de gratitud al tiempo que habla. Los labradores siegan la cebada y acaso vuelvan los ojos para ver a su amo y a la extranjera, mientras sobre la tierra se van secando las espigas amontonadas y la brisa mueve las que todavía no han sido tronchadas por la hoz. Este primer encuentro de la viuda moabita y el maduro y acomodado propietario belemita es una estampa tranquila, naturalmente dulce, y el inicio de una unión que con el andar de los años tendrá su mejor fruto en David ben Isaí, el futuro rey de Israel”².

Bosch logra en muchas de sus líneas la descripción poética y el fino ámbito del bélico acontecer en los tiempos de David y en los anteriores al mismo, cuando los filisteos, enemigos tradicionales de las tribus de Israel, intentaron destruir la presencia judía y echar por el suelo la unificación de las mismas. Al partir sólo del elemento bíblico, el trabajo biográfico de

² BOSCH, Juan, *Obras completas*, T. VII, Santo Domingo, 2009, pp.180-181. En lo adelante, todas las citas a las que se hace referencia sólo a través del número de la página, corresponden a esta edición.

Bosch acude a puntos oscuros de la Biblia que han sido bien aclarados por autores como Siegfried Herrmann, quien su historia de Israel³ puede ahora utilizar numerosas fuentes exteriores a la Biblia, en sus aproximaciones a la época, por lo que un buen ejercicio sería comparar el *David...* de Bosch, con el capítulo titulado “El reino de David”, en la obra de Herrmann donde se establecen diferencias entre el texto bíblico lato, usado por Bosch, y hay revisiones que hablan de un David considerado autónomo hasta la muerte de Saúl en las montañas de Gelboe, hecho que le permite a David acceder al trono de Judá.

Los autores novelísticos han trabajado estos temas usando de los huecos que están dispersos en los textos tanto en las versiones de Nácar-Colunga y de Casiodoro de Reina, la una católica y la otra protestante.

Al leer el *Judas...* de Bosch se percibe que el autor ha cebado su imaginación en las fallas y contradicciones biográficas del llamado Nuevo Testamento y en la ausencia de datos claros, específicos de los evangelios y lo mismo se percibe en el *David...*

Ya hemos dicho que como precursor, Juan Bosch con su *Judas...*, abre el camino en 1955, cinco años antes de que esta temática apareciera en la cultura dominicana. Estas muestras, completivas, podría decirse de lo que fuera el intento de Juan Bosch, conforman, conjuntamente con *David, biografía de un rey*, el cuerpo básico del tema que pudiésemos llamar “bíblico” en su literatura, si es que damos categoría de tal a los tres evangelios canónicos que completan el de San Juan y a los “Hechos de los Apóstoles”, cuerpo doctrinal en el cual se basa el autor para biografíar al supuesto “traidor” Judas Iscariote.

³ Cfr. HERRMANN, Siegfried, *Historia de Israel en la época del Antiguo Testamento*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2003.

La corta novelística dominicana tuvo, sin embargo, importancia en la definición de cierta denuncia sobre la dictadura, principalmente en las novelas *El testimonio*, publicada por la colección Arquero, dirigida por Antonio Fernández Spencer y *El Buen Ladrón*, ambas publicadas en 1960. En *El testimonio*, de Ramón Emilio Reyes, se presentan el juicio y la condena de Jesús como un juicio en ausencia, método común en los escenarios jurídicos del país. Por su parte en *El buen ladrón*, novela de Veloz Maggiolo, cuando se busca a Jesús para su apresamiento se hace ver que los soldados del César andan vestidos de civil, van de casa en casa, usando un método de búsqueda parecido al de los años finales de la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo Molina. Según el crítico Dardo Cúneo, en el caso del *David* de Bosch, existe una relación en la manera de ser del autor, más poeta que político, la cual se refleja en la obra *David*. Para Cúneo vale señalar que estos puntos de coincidencia tienen que ver con el agrio momento que a partir de 1955 vivió la República Dominicana, si se toma en cuenta que en 1955 ya estaba en decadencia la economía dominicana coronada por la famosa Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre, con la que Trujillo quiso mostrar la grandeza de su política, y la que terminó siendo un descalabro nacional.

El certero análisis de Cúneo sobre la obra de Bosch merece ser transcrito, porque comporta juicios de valor muy originales sobre las obras de corte bíblico de Bosch. "Juan Bosch ha utilizado, con igual y severo equilibrio, dos géneros: el cuento y el ensayo. El cuento ha sido —es— canal natural para su fuerte naturaleza de artista. Esta se realiza plenamente a lo largo de treinta años que son los mismos años en que Bosch recorre América —en peregrinación que sólo apareja un antecedente, el del puertorriqueño Eugenio María de Hostos— y en cada país en que asienta toma sus personajes y los incorpora al

mundo de su narración”⁴. En cuanto a sus biografías consideradas por Dardo Cúneo como elementos a veces híbridos, el ensayista afirma que “Ese seguro ejercicio de cuento y ensayo conjugaría libros como la biografía de Hostos y *Judas Iscariote, el calumniado*, en los que participan los dos géneros. Las andanzas de Hostos son un cuento cuyo personaje interpreta como una fábula de libertad por el continente, sus ideas le prestan al ensayo firme consistencia. Sobre la base de narración y simultánea inquisición, está trazada la revaloración de Judas, del recuento de sus apariciones nada hay que obligue a considerarlo definitivamente traidor. El cargo contra él fue necesidad de técnica política para unir a los otros discípulos: la existencia de un acusado solidariza a los acusadores”⁵.

Cúneo nos afirma que el método es el de narrar haciendo inquisición previa. Referido al *Judas...* lo considera como el antecedente del *David...*, al que señala como un modelo de contradicciones, sin ir hacia zonas de mayor profundidad. Sugiere el ensayista que el poeta y el político andan de manos, queriendo tal vez justificar sus caminatas y hasta cierto punto, en el caso del *David...*, comparando el modo de vida que le ha tocado vivir. Cúneo se pregunta: “¿En qué medida no anda la propia pasión entera de Juan Bosch, poeta y político, en las trescientas trabajadas páginas de este libro?”⁶.

Los evangelios son, en verdad, un edificio eclesiástico aprobado en el Concilio de Trento, lo mismo que “Los Hechos de los Apóstoles”, y un problema fundamental que analizará Bosch en su *Judas...*, es el de las constantes contradicciones

⁴ CÚNEO, Dardo, *Aventura y Letra de América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Pleamar, 1964, pp.194-195.

⁵ *Ibid.*, pp.195-196.

⁶ *Ibid.*, p.196.

que se revelan en los mismos en torno a la figura del llamado “traidor”, la cual defiende con pasión al establecer, o tratar de hacerlo, que la supuesta traición pudo ser el producto de un posible acuerdo tácito entre el personaje Judas y Jesús, lo que se evidencia en muchas de las citas del llamado Nuevo Testamento y en los “Hechos...”, en los cuales la figura de Judas aparece como instrumento que cumple lo que ya estaba previsto, como apuntan las profecías bíblicas, dentro del cuerpo de datos que provee el propio modelo eclesiástico que ha sido incorporado en el Nuevo Testamento partiendo desde los libros considerados como proféticos, de los cuales el de Isaías es el que con más precisión habla del futuro y de la supuesta traición, y el más citado.

En su novela *El Evangelio según Van Hutten*, publicada por la editorial Seix Barral (1999), Abelardo Castillo hace hincapié en que los evangelios seleccionados como los originales por un acto de fe, tienen antecedentes muy anteriores, y que los mismos, fueron manipulados para establecer una concordancia que viene a resaltarse como del siglo II, pero que corresponde a versiones que fueron originariamente orales, y que una vez pasaron al texto escrito pudieron haber sido adaptadas o “mejoradas”.

La larga tradición que abarcan las forma creativas del que hasta la consabida última cena fuera un discípulo de confianza de Jesús, incluye autores como Robert Graves, en *Rey Jesús* (1946), *El Evangelio según el Hijo*, de Norman Mailer (1997), el clásico *Judas* de Leonid Andreyev, *La última tentación*, de Nikos Kazantzakis, y, más recientemente, la novela de José Saramago *El Evangelio según Jesucristo*. La lista es larga desde la aparición de las primeras novelas con esta temática desde el mismo siglo XIX. Ninguno de los novelistas ha intentado hacer una biografía como tal, sino que todos han usado los recursos de la imaginación para completar de algún modo el personaje. Cúneo

sugiere, un tanto el uso de la imaginación por Bosch, como reflejo de sus aventuras personales; de su propia biografía.

En teatro, una de las obras de mayor importancia sobre el personaje es *Un tal Judas*⁷, estrenada por vez primera en América Latina en el Teatro Discípulo de Buenos Aires en 1955, creación de los dramaturgos franceses Claude-André Puget y Pierre Bost, y obra que, sin dudas fue mucho más influyente en los escritores y teatristas dominicanos que las publicadas por Bosch, por cuanto la misma llegó al país publicada por editoriales argentinas y caminó de mano en mano generando gran interés en autores nacionales del momento como Iván García, Franklin Domínguez, y otros.

Al tratar sobre la vida de Judas, Bosch intenta desvirtuar la llamada “traición”, discutida desde largo tiempo atrás por investigadores con raíces religiosas y católicas, como lo es el caso de Ernest Renan quien al intentar una vida de Jesús atada a la lógica de la materialidad y de la historia sin resabios religiosos, incorpora en su estudio *Vida de Jesús*, (Madrid, Biblioteca Edaf, 1996) elementos historiográficos que humanizando la figura de Cristo le dan una conformación terrenal discutida desde que apareciera la obra en el año de 1863. Juan Bosch lo que intenta es en parte demostrar que los datos contradictorios que se contienen en los evangelios canónicos y en “Los Hechos de los Apóstoles” no son convincentes para sostener el andamio de la traición. A fin de cuentas lo más que podemos es privilegiar alguna de las versiones.

Renan es de los que interpretando la documentación evangélica, inicia el proceso de suposición de que Judas no se ahorcaría, sino que compró un campo donde se retiró a vivir, como lo apuntan los datos que se barajan en los evangelios. Renan

⁷ Cfr. PUGET, Claude-André y BOST, Pierre, *Un tal Judas*, Buenos Aires, Emecé editores, 1955.

acierta cuando considera que algunos de los Evangelios están copiados unos de otros, los que evitando las repeticiones con la lógica selección, dejan de lado, afirmamos nosotros, otras fuentes aprovechables. El hecho es que no todo lo que pudiera estar relacionado con Jesús se contiene en los evangelios canónicos, al parecer. Si se cree en la infalibilidad de la Iglesia católica y del Concilio, entonces los canónicos se considerarían irrefutables y parece ser que sobre esta piedra eclesiástica produjo Bosch la biografía de su *Judas...* De lo contrario ello significaría que mientras no vuelva a hacerse una nueva y detallada revisión, los canónicos no pueden considerarse completos. Bosch señala honestamente en el prólogo a la edición dominicana la pobreza documental, pero igualmente sugerente, que puede surgir de los cuatro evangelios y de los “Hechos de los Apóstoles”, para una comparación que al ser revisada está llena de contradicciones con las que el autor trata de confrontar asertos cuando extrae los mismos propiciando una visión que considera como totalmente obnubilada del fenómeno que explica el motivo de la entrega de Jesús. Pero igualmente hace hincapié en las diferencias entre los evangelios de Lucas, Marcos y Mateo, el de San Juan, y el libro de los “Hechos...”.

Como las interpretaciones aun afloran, es muy posible que tengamos que recurrir a espacios de los llamados “Evangelios apócrifos”, algunos de los cuales fueron desechados durante el Concilio de Trento como falsos, y donde algunos especialistas plantean la existencia de trozos de la tradición que aunque coincidentes con los evangelios aprobados, no fueron tomados en cuenta. Para algunos críticos y especialistas todavía es válido un listado de puntos que pudieran ser incluidos como posible datos reales, y lo mismo permitir que los fieles actuales los conocieran. Los cuatro evangelios se consideran completos dentro de la visión del tiempo que las reuniones de Trento completan. Sin embargo, algunos autores, como

Duquesne, citado más adelante, demuestran igualmente manejos cronológicos creados por los redactores que modificaron algunos de los textos al ser adaptados para hacerlos más afines a partir de la lengua griega, en la que quedaron implantados. La “infalibilidad” del Concilio podría haber dejado de lado escenas ciertas, perdidas del mundo de una fe que dio como apócrifa una totalidad que, si se segmentara, hubiese tal vez aportado, no ya como documento completo, sino como fragmento de las creencias populares, hechos no apreciados como ciertos entre los evangelios canónicos. Tal es el caso del apócrifo de Tomás, constituido por frases que están ligadas a pensamiento que parece cristiano, y que está dentro de las líneas del pensamiento parabólico de Jesús. Siendo del siglo IV, muy probablemente se puede considerar uno de los últimos gnósticos.

En nota a la sexta edición de *Los Evangelios apócrifos* y desechando la mayoría de los llamados evangelios gnósticos, muy combatidos por sus caracteres considerados heréticos, Aurelio de Santos Otero, refiriéndose a los 13 códices de la edición facsímil de Nag Hammadi, Leiden, Holanda, 1972-1985, señala la importancia de este llamado Evangelio de Tomás, “al que tanto por su vinculación con los fragmentos papiráceos ...reproducidos oportunamente en ediciones anteriores de esta obra —como por su no disimulado empeño en dar a conocer las palabras secretas— que Jesús comunicó a su confidente Tomás, corresponde a un lugar eminente en toda la colección de evangelios apócrifos”. Aurelio de Santos Otero, niega a toda otra documentación de origen gnóstico la importancia que parece poseer el Evangelio de Tomás, rico en informaciones que no han sido aceptadas por el catolicismo y las propias iglesias protestantes, las que acogieron aun luego de la Reforma Protestante, las soluciones de Trento. Sin embargo, el sentido parabólico de las palabras que Jesús

deposita en Tomás es más rico, a nuestro juicio, que la de los evangelios tradicionales, donde la búsqueda de la identidad de los mismos parece empobrecer las palabras de Jesús.

Creemos que sin decirlo, Bosch se apoya en ciertas posibilidades apócrifas cuando analiza lo que cada Evangelio dice sobre la entrega de Jesús, hecho que considera el de mayor importancia histórica y el que define de modo cierto el papel de Judas, ya condenado o conminado por el propio Jesús a ser el hombre de la entrega.

Durante el año de 1934, se publicaron los evangelios apócrifos de Bergua en tres volúmenes que llamaron mucho la atención de los investigadores. Es muy posible que Bosch tuviera noticia de los mismos.

La coincidencia de muchas de las versiones de un Judas no traidor con los datos que suministra la aparición del llamado *Evangelio de Judas* documento copto del siglo II, conocido pero no publicado sino hasta nuestros días, ha dado pie para una neo-visión del papel de Judas en la comunidad cristiana. Se trata de un evangelio gnóstico, y por lo tanto, tiene el rotundo rechazo de las comunidades que basan su creencia en los evangelios canónicos. Ya hemos explicado el carácter general de la ideología gnóstica.

Judas era judío, no galileo como dice Bosch, puesto que galileos eran los demás discípulos, ligados al mar de Galilea. Jesús fue llamado el rabí de Galilea. La posición del judío como tesorero del grupo de apóstoles es un tema de interés. Cuando se analiza la confianza que tenía Jesús en él Bosch ve en su condición de extranjero en el grupo, el motivo de una especie de rechazo étnico, del cual se hace eco rotundo Juan en su evangelio. Nosotros consideramos que las contradicciones judías con los galileos eran profundas, de modo que un judío manejando los fondos de la comunidad puede ser, como parece ser realidad en Juan, elemento de discordia y rechazo.

En *El Evangelio de Judas*, sin dudas apócrifo, el que se basa en una entrevista entre Judas y Jesús tres días antes de la celebración de la Pascua, cuando en declaraciones de Jesús contra sus discípulos, Judas es percibido como el único que puede mantenerse junto al maestro, los demás discípulos se disgustaron alejándose. Jesús llama aparte a Judas, y le expresa que sólo a él le explicará los misterios del reino. En el diálogo entre Judas y Jesús, el ultimo le señala con propiedad cómo una vez entregado, Judas superará el genero humano: “Pero tú los superarás a todos ellos, porque sacrificarás el cuerpo en el que vivo”. Se trata pues de otra versión del sacrificio, diferente de la de la “última cena”. Hay que tomar en cuenta que en muchas de las creencias sobre la concepción del cuerpo como concupiscente, la carne se percibe como cárcel del espíritu que mora en ella. En la “última cena” la referencia al pan es el cuerpo, el cuerpo que lo representa, pero en la supuesta conversación con Judas, es el cuerpo mismo, el cuerpo material de Jesús y no un signo o símbolo, lo que Judas deberá sacrificar por orden de su maestro.

Jesús ha escogido a Judas y no a otro discípulo para entrenarlo en las cosas del más allá, todas más o menos analizables en el llamado *Evangelio de Judas*, donde al final, existe una frase que se puede considerar definitiva para la vida de Jesús y la del propio Judas. “Mira, ya se te ha dicho todo, levanta tus ojos y mira la nube y la luz que hay en ella y las estrellas que la rodean. La estrella que marca el camino, es tu estrella”. Judas llegado al templo o en éste, se fue a la habitación de invitados para su plegaria. Muchos lo veían como un profeta, mientras los escribas buscaban el momento de apresarle. “Se acercaron a Judas y le dijeron: Qué haces aquí, tu eres un discípulo de Jesús”.

“Judas les respondió como ellos querían y él recibió algún dinero y les entregó a su maestro”. Entonces “Judas les

respondió como ellos querían”: se presiente el acuerdo entre los captores de Jesús y Judas como seguidor de un mandato. Una pregunta inquietante es la de por qué los gnósticos del siglo II habían incorporado en su visión de la entrega de Jesús por Judas, la entrega del mismo como parte de un acuerdo.

El Evangelio de Judas termina bruscamente, y nada dice ni de la crucifixión, ni de los hechos anteriores y posteriores a la misma. Es como si estableciera claramente que Judas, tal y como se lo señaló Jesús, cumpliera con un mandato para el cual había sido preparado. Sabemos sin embargo que ésta es una de las tantas versiones de *El Evangelio de Judas*, pero sin dudas en ellas los creyentes en Judas son cristianos que consideran al mismo como el salvador que ha dejado sembrada en la mente de un discípulo predilecto, el argumento de su presencia en la tierra y de la lucha con el Deimon o Demiurgo al que el hombre debe vencer. No sabemos cuáles fueron, en este caso, las verdaderas instrucciones y el secreto de que entregando el cuerpo del maestro hace que alcance la liberación del mismo, liberación que el propio Jesús pide a este discípulo amado.

El profesor Bart D. Ehrman (Rodolphe Kasser, Marvin Meyer, Gregor Wurst, Bart Ehrman, (*El Evangelio de Judas*, National Geographic, 2006) señala en su estudio que aunque el documento sea una de las numerosas versiones gnósticas sobre la vida de Cristo, la apreciación del personaje Judas como un ser humano escogido por el maestro Jesús es la parte más atractiva del documento. El hecho de que según el documento Judas aparezca como un elegido, y como el único de los discípulos que tuvieron acceso a los conocimientos esotéricos que superaban el simple saber de aquellos, obligaría a pensar de modo diferente sobre el personaje, como, adelantándose a este texto, lo deseaba Bosch al publicar su libro.

Según Bosch no existían los indicios claros de que Judas fuera un traidor, y ello estaba demostrado por las muchas contradicciones que los evangelios sinópticos, el de San Juan y “Los Hechos de los Apóstoles” rescataban. El trabajo de Eherman señala que “lo que dará popularidad (o quizás ignominia) al evangelio recién descubierto es que presenta un Judas bastante diferente del que habíamos conocido. Aquí no se trata del discípulo de Jesús malvado, corrupto y diabólico que traicionó a su maestro entregándolo a sus enemigos. En lugar de eso encontramos al amigo más íntimo de Jesús, el que le entendió mejor que ningún otro y entregó a Jesús a las autoridades porque Jesús quiso que así lo hiciera”.

Vale la pena pensar, y en esto nuestra imaginación posee cierto atrevimiento al pensar en la posibilidad de que Bosch conociera la imaginación de los apócrifos publicados por Bergua, entre los cuales muchas categorías de tal imaginación circulan como el resultado de las tantas variantes cristianas de los años iniciales de la era medieval, residuos de la vieja cosmovisión gnóstica que asimilaba a Jesús a la secta que ya desaparece en el propio siglo II. Vale la pena citar nuevamente a Aurelio de Santos Otero (1999) cuando señala que “en el alumbramiento de la literatura evangélico-apócrifa desempeñó un gran papel el pueblo sencillo. Su imaginación oriental y su fruición por todo lo que se presentaba como extraordinario, misterioso y legendario encontró terreno abonado en las últimas palabras del evangelio de San Juan para ver la manera de llenar ‘los vacíos’ de los evangelios canónicos en relación con muchos detalles de la vida de Jesús”.

Sigue afirmando el autor que “aquellas primitivas comunidades cristianas sentían viva comezón por saber cosas nuevas relativas a la persona de Cristo, a su vida y a su mensaje. No tiene nada de extraño que se dejaran encandilar por relatos fantásticos y por halagadoras leyendas, refrendadas a veces

por el testimonio de los que se decían testigos de la vida de Cristo y por las tradiciones anejas a los lugares en que éste habitó. Este acervo primitivo se fue enriqueciendo y diversificando al pasar de boca en boca y de región en región, hasta que cristalizó, finalmente, en la prolífica literatura apócrifa amparada con los nombres de quienes fueron testigos de la vida de Cristo: Pedro, Felipe, Santiago, Juan, etc.”.

Según el investigador la utilización por los “herejes” de estas leyendas, dándoles un sabor de realidad, ayudó en mucho a crear la confusión.

No se explican las contradicciones sobre Judas en los evangelios canónicos y en Juan si no se toma en cuenta que existen “contaminaciones” en los mismos, es decir, diferenciaciones que deben provenir del conocimiento popular, por cuanto sólo aceptando que los evangelios canónicos son producto de la inspiración divina podrían ser todos iguales en algo tan fundamental como la llamada “traición” de Judas.

El *Judas...* de Bosch, intenta una reinterpretación de los datos sin ir totalmente en contra de la “otra realidad” entreverada en los vericuetos de los evangelios conciliares. Simplemente le vale a Bosch establecer que existen posibilidades varias de que Judas no sea un traidor, y que en ese sentido, de no serlo, la calumnia haya sido el final del destino del discípulo. Bosch actúa como el abogado defensor que acumula datos a favor del acusado. Ello así porque la acusación que la Iglesia y el cristianismo en general han insuflado en el odre del discípulo son el motivo de las muchas discusiones, que van desde Renan, cuando el gran maestro Jesús fue visto como un humano excepcional y Judas como un ser atrapado por el designio divino. Vale señalar que lo que hace Bosch es presentar las situaciones en las que las tradiciones son tan importantes que dan al acusado razones para no ser considerado traidor. Víctima de un anatema, y sabedor tal vez de su sacrificio y acción, Judas tiene varias

vertientes, entre ellas la de la supervivencia después del hecho avisado y consagrado por Isaías, el profeta. Sin embargo, hoy, el *Evangelio de Judas*, de origen copto, sugiere otra versión: que la entrega se hizo previa las enseñanzas esotéricas del propio Jesús. ¿Hasta dónde son ciertas las palabras del llamado *Evangelio de Judas*, texto fragmentario y considerado fallido, que constituye hoy un tema de discusión entre los sabedores de las escrituras y los diversos teólogos de la Iglesia y de otras religiones? El problema fundamental que plantean los textos coptos, de origen egipcio, ligados a los hallazgos de la llamada Biblioteca de Nag Hammadi (1945), es el de las diferencias radicales entre los creyentes coptos y los que están representados por los apócrifos y los canónicos. Está claro que *El Evangelio de Judas* no es un texto tradicional, ni se apoya en las historias que superaron luego del siglo II a esas tradiciones. Según César Vidal Manzaneres, en su obra *Los Evangelios gnósticos*. (Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1999), entre los gnósticos la idea del pecado judeo-cristiano estaba descartada, Yahvé, el creador del universo que vivimos era un Demiurgo negativo, y no el original, verdadero y bondadoso Demiurgo, y por ello el hombre no tiene por qué reconciliarse con el creador. Aparte de este ingrediente greco-oriental, para Vidal Manzaneres existe en el sentimiento ideológico gnóstico, lo que podrían ser elementos ligados a las raíces mesopotámicas tardías.

Pero fundamentalmente las concepciones gnósticas parecen provenir de sectas griegas que adaptaron muchas de sus ideas al cristianismo. Para algunos investigadores, no sólo hay rezagos de un tipo de pensamiento griego común en las religiones orientales anteriores al siglo II, sino posibles influencias de la dicotomía de los dioses babilónicos.

Ese dios gnóstico, y creador de lo que existe, debe ser no adorado sino “combatido” como un dios perverso en un esfuerzo del ser humano para volver a su lugar primigenio. He

ahí la gran diferencia y en tal sentido Jesús es el escogido para dar paso a un sistema esotérico que en nada tiene que ver con la idea del bien que la Biblia atribuye a Yahvé o Jehová. Es por eso que *El Evangelio de Judas* se presenta como una parte del esoterismo gnóstico en el cual Judas es escogido para compartir este secreto con Jesús. Gnosis significa en su origen griego, “conocimiento”, y sólo quien lo tiene puede liberarse del Demiurgo.

Las diversas conexiones entre los evangelios de Lucas, Marcos y Mateo, son importantes porque acercan este texto al momento de los primeros escritores aprobados por el Concilio de Trento que se iniciara a mediados del siglo XVI. Pero, tal y como hemos apuntado antes, para algunos expertos, al escoger sólo textos considerados completos dejando de lado aquellos que son fragmentarios y no totalmente coincidentes con los canónicos, podrían haberse escapado informaciones que han sido utilizadas por muchos autores y escritores de ficción como fuentes para sus narraciones. Bosch escudriña muchas de las afirmaciones contradictorias de los Evangelios y “Los Hechos...” conformando una visión diferente del personaje Judas.

Quizás uno de los libros que coincide mayormente con el *Judas...* de Bosch, es el *Jesús*, de Jaques Duquesne⁸, donde el notable investigador francés, al desarrollar un revelador análisis de la vida de Cristo al través de las contradicciones evangélicas ve en Judas a un personaje tan ligado a su maestro que pudo haber llevado a cabo la acción de la supuesta traición para obligar a que el dios encarnado actuase con todos sus poderes. Como bien señala Duquesne, la muerte del dios trae como resultado la decepción y el suicidio. Muchos de los argumentos de Bosch son repetidos por Duquesne con mayor

⁸ Cfr. DUQUESNE, Jacques, *Jesús*, Barcelona, Seix Barral, 2004.

profundidad, y haciendo un importante aporte en torno al momento en el que se producen los hechos que llevan al personaje a ser ejecutado de manera ilegal, como lo revela el análisis de Duquesne sobre la justicia del momento.

David, biografía de un rey reviste la misma metodología que *Judas Iscariote, el calumniado*, con la diferencia de que se apoya en una historia que, como la del pueblo de Israel, transita por un espacio cronológico mayor como lo es el de la historia misma del pueblo judío, cuya lucha contra los filisteos es continua desde antes del 1040 antes de Cristo lo mismo que contra los amalecitas, pueblo sobre el cual el odio judío es permanente por haber sido el que asedió a los hijos de Moisés cuando huían del yugo egipcio, atosigándolos y haciendo que las tribus que escapaban tuvieran notables pérdidas y grandes derrotas.

La obra intenta una reconstrucción de la vida del pueblo israelita a partir del período de la judicatura, donde Samuel, profeta y líder de la unificación, orienta durante cuarenta años la vida de las tribus, doce, en las que el yahveísmo o creencia en Yahvé guarda la unidad de creencias. Con Samuel, profeta y último de los jueces escogido para encarnar la solidaridad del estado, la certidumbre de unificación será un punto que, aunque tambaleante en muchos momentos, hará posible la unidad.

Bosch señala a Samuel como el hombre puro, el de la honestidad y el decoro, el incorrupto, pero igualmente el que mide con vara de muerte y escucha la voz de Jehová o Yahvé y envía muerte cuando los mandatos no son cumplidos y las más mínimas de las obras que Jehová espera son olvidadas.

Según Bosch, “sin Samuel no habría habido David, y sin David otro hubiera sido el destino de Israel” (p.145). En el momento en el que así piensa Bosch está dejando de lado el reinado de Saúl, escogido por Samuel y llevado al trono como

primer rey. Retoma Bosch la importancia de este hombre de alta estatura y seleccionado por Samuel más que por su clara definición religiosa, por su tamaño y manera de comportarse, como si el profeta y último juez pensara en Saúl siguiendo sus formas físicas y no morales.

La religión yahvéística buscaba aun consolidarse entre los integrantes de las doce tribus que conformarían a Israel. Samuel debería tratar el logro que el propio Moisés no había conseguido. Las diferencias tribales, tanto desde el punto de las creencias, como de las formas de gobierno eran muchas. El mundo previo a David, el que ya durante la toma del poder por Saúl era un jovencuelo posiblemente escudero del rey, es analizado por el autor de modo detallado y poniendo de relieve las guerras filisteas, pero también aquellas en las que hubo de batirse Israel para el logro final de la unificación promovida por Samuel y lograda en parte por Saúl.

Es a la muerte de Eli cuando Samuel, quien luego sería sustituido por Saúl, toma la judicatura por consenso de las tribus, cuyos jueces lo eligen como principal. El dios abstracto que es Yahvé o Jehová, como bien señala Bosch, no es tan fácil de internalizar por pueblos de pastores que no poseen la capacidad de hacer de las creencias sin imágenes algo permanente o perenne. Recuérdese la adoración del Apis o becerro de oro, de origen egipcio en aquellos momentos en los que Moisés está recibiendo en la zarza ardiente los mandamientos de la ley que Jehová ha confeccionado para “su” pueblo.

El autor hace señalamiento de algunas de las fallas de los hijos de Eli, previas expresiones que llenan de ira a Samuel, y que le inclinan a la búsqueda de una mejor salida frente a Yahvé. La tribu de Benjamín, de la que luego saldrían los descendientes de David, había violado las leyes de Jehová y el castigo implacable de Samuel cayó sobre ellos.

Bosch analiza la judicatura de Samuel, la que se extendía desde el desierto de Negev hasta el mar o lago de Galilea, lo mismo que da importancia capital a las guerras filisteas, las que fueron sin dudas las más permanentes, duraderas y firmes. Los filisteos eran gentes de mar que culminaron sus invasiones llegando hasta la devastación y guerra con las tribus israelitas en numerosas ocasiones. Cuando Samuel escoge a Saúl, y queda como el garante moral y religioso de algunas de las tribus, el mismo no va a suponer que este Saúl de fuerte temperamento, y de violadoras disposiciones de Jehová, terminaría siendo su peor enemigo. Durante su judicatura Samuel hubo de intentar rescatar el Arca de la Alianza, el símbolo de los pueblos que creían en las tablas de la ley y en Jehová.

Bosch hace hincapié en la pureza de Samuel y por contraste en las fallas de Saúl, señalando el rescate del arca como uno de las mayores éxitos del rey Saúl. Según Samuel, era el abandono de la fe en Yahvé lo que había hecho posible que filisteos y amalecitas hicieran mella en la tribus.

Cuando las diversas tribus reclaman la monarquía como llamado a la unión, y Samuel acude a complacer el llamado, aunque con cierta pena por cuanto piensa que ese llamado es una especie de rechazo a sus tantos años de gobierno, cambiará definitivamente el régimen por una nueva forma de gobierno que dará entrada a mayores posibilidades de acción abierta: la monarquía. La monarquía busca una mayor posibilidad de integración de las tribus. Saúl habrá de ser infiel a los mandatos divinos, su hijo Jonatan y él tendrán radicales diferencias cuando ya el pastor llamado David ha alcanzado no sólo la fama de guerrillero, de gran guerrero, y de luchador autónomo que incluso llega a tener asiento junto a los filisteos que antes había combatido, comienza a aparecer el perfil de un nuevo tipo de liderazgo. David es un cantor, un poeta, y un hombre con ideas propias.

Herrmann, en su *Historia de Israel*, ya citada, señala que “de juglar asciende David a escudero de Saúl, obtiene su primeros éxitos que hacen cantar a las jóvenes ‘que si Saúl mató millares, David mató miríadas’”. Los éxitos de David generan desde temprano la envidia y el odio de Saúl. El primer libro de Samuel relata la ruptura. David marcha al sur de Judea y allí se libera de las amenazas de Saúl, es cuando el pacto entre David y Jonatan, hijo de Saúl, agria las disputas y el joven aeda busca su propio destino, pero no bajo el amparo del rey Saúl.

Sus tropas, para muchos mercenarias, funcionaron como guerrillas que protegieron pueblos y aldeas en las cuales encontró luego apoyo, al punto de que se unió a un grupo filisteo aun siendo los filisteos enemigos de los israelitas. Huyendo como estaba de Saúl, recibió de los filisteos en feudo el sitio de Siquelag, como pago a la protección que podía dar a los que habían sido sus enemigos. La muerte de Saúl en lo altos de las montañas de Gélboe, pone al salmista en condiciones de servir de nuevo a su pueblo, llega a las ciudades de Hebrón, con sus seguidores y allí se asienta con su mujer y con sus hijas. Se establece como dice Herrmann, “con toda su fuerza doméstica en Judá. En Hebrón lo ungen rey las tropas y las gentes de Judá”.

Bosch rescata un dato interesante para los que seguimos la antropología del más allá como uno de los puntos claves de la historia del hombre al indicar: “Muchos años después, cuando la muerte rondaba a Saúl, hizo el rey que una adivina llamara el espíritu de Samuel para que le dijera qué le reservaba el porvenir. El espíritu del antiguo juez se expresó en la lengua severa que había usado en vida. ‘¿Por qué has turbado mi reposo, evocándome?’, preguntó. Y cuando Saúl explicó que Yavé no quería oírle, que los filisteos iban a darle batalla en breve, el alma de Samuel se refirió al episodio de la ruptura. He aquí cómo habló su espíritu: ‘Yavé hace lo que te había predicho

por mi boca: arranca el reino de tus manos para dárselo a otro, a David. Porque no obedeciste a Yavé y no trataste a Amalec según el ardor de su cólera, por eso Yavé hace eso contigo [...]” (p.175). Enemigos a muerte de los hijos de Israel, Jehová ordenaba aniquilarlos, razón por la que David sería el sucesor según la sibila.

La temática bíblica en la literatura busca la verdad entre muchas de las tinieblas que se entremezclan en los textos antiguos. No sabríamos hasta qué punto el *David, biografía de un rey*, de Juan Bosch, se puede considerar una biografía formal, o un intento de novelación del drama del gobernante judío considerado el verdadero unificador de las tribus de Israel, y su indudable promotor de identidades. Vale señalar que en *David, biografía de un rey*, Bosch ha dejado de lado muchas de las investigaciones arqueológicas, y criptológicas modernas, en las que se fundan muchos de los hechos.

Dardo Cúneo, citado antes, hace derivar la significación de la obra hacia los quehaceres personales de Bosch como político. El crítico cree que el *David...* de Bosch procede metodológicamente, como también lo creemos de la formas inquisitivas usadas en su *Judas...*: “Ese método de narración e inquisición de *Judas Iscariote, el calumniado*, es el antecedente de este *David, biografía de un rey* que Bosch comienza en Roma y escribe en su visita al antiguo escenario”⁹.

El crítico señala que el empeño del autor se centra no en el paisaje donde ocurrieron los hechos, sino en el mundo interior de su personaje. Trata la obra como poética.

Vale la pena transcribir la percepción de Cúneo sobre *David...* en comparación con lo observado en la posterior toma de posesión de Bosch como Presidente de la República, (1963), cuando el crítico, presente en el acto, lo mismo que el

⁹ CÚNEO, Dardo, *op. cit.*, p.196.

autor de estas páginas, compara los hechos con los del estadista que es poeta y político a la vez. Vale repetir en parte lo ya citado, pero en el nuevo contexto que para Cúneo significó su asistencia a la toma de posesión de Juan Bosch como Presidente de la República Dominicana: “Este *David* de severa prosa, de lúcida pesquisa, libro de poeta y de político, apareció en víspera inmediata de la asunción de la presidencia de su país por el autor, como advertencia de que quien con ese cargo era ungido —es decir el político— llevaba consigo, no pasos detrás, sino con él mismo, al Poeta. ¿Contradicción del linaje antiguo de David? Cuando se trata de crear y recrear Estados, esa contradicción, —política, más profecía; política más sentidos totales de la vida— puede resultar el método necesario. Juan Bosch permanece plegado a él. Ejemplo circunstancial: la noche siguiente a la asunción de su cargo, reunió en su casa a sus amigos escritores que de distintos países de América habíamos acudido, invitados especiales, para asistir a la ceremonia del día anterior: sólo se habló, esa noche, de poesía”¹⁰.

Creemos que una de las características del *David...* de Bosch, es la búsqueda de una realidad que se interna en los más importantes momentos de la vida judía casi hacia los años del 1025 antes de Cristo. Bosch intenta seguir pie con pie la cronología de aquellos momentos con la idea de establecer claramente el tiempo en el que se funda la monarquía y el de las acciones de los israelitas en su relación con pueblos vecinos desde tiempos muy anteriores a la llegada de David al poder.

Simón Bolívar, biografía para escolares

Juan Bosch escribió dos obras sobre el Libertador Simón Bolívar. En una, *Bolívar y la guerra social* (1966), incluida en el tomo VI de estas obras completas, muestra, siguiendo los

¹⁰ *Ibid.*

lineamientos de Laureano Vallenilla Lanz autor de *El cesarismo democrático*, que la lucha inicial de Bolívar se enmarcaba en los espacios de una guerra social en la cual la alta clase social venezolana, intentando zafarse del colonialismo de la época, terminaba enfrentada al pueblo mismo, que veía en los llamados “mantuanos” como sus principales enemigos, razón por la cual hasta 1819 la lucha en Venezuela se daba como el enfrentamiento entre una sociedad rural que se sintió traicionada por las altas clases que buscaban la liberación del yugo hispano y que a la vez, adoptando los calores de la naciente burguesía de una sociedad que se consideró peor que la colonial, enarboló antivalores que terminaron activando una guerra social en la que tres elementos se confrontaban: el realista pro-hispano, el mantuano o seguidor de principios de libertad sólo importantes para los burgueses y aristócratas, y el popular, integrado por llaneros, canarios de poca importancia social, negros levantados contra la corona e indios.

En la otra, *Simón Bolívar, biografía para escolares* (1960), Bosch apunta hacia un resumen del todo pedagógico de las campañas bolivarianas, sin dejar de explicar las características sociales de las luchas del Libertador, sus pasiones, conflictos, éxitos, amarguras y fracasos, proporcionando al lector una detallada lista de obras que al final del texto permiten al estudiante entronizarse en la vida del egregio militar, creador de cinco repúblicas.

Bolívar fue desde un principio un celoso guardián de su personalidad. En este libro escrito para el sistema educativo venezolano en 1960, se siguen los caminos del personaje con ritmo biográfico creciente, proporcionando al estudiante una clara conciencia de cuáles fueron las ideas del Bolívar temprano, y del Bolívar tardío que llega a entender que la lucha libertaria no era la de los mantuanos y aristócratas que deseaban la instauración de un poder “libre”, pero libre sólo para la

clase social que representaban. El logro de esta concepción nueva en Bolívar, no fue el producto de una búsqueda ideológica constante, sino de la lucha armada que le hizo comprender que el camino libertario iba más allá de los aprestos de clases sociales que deseaban únicamente retener indemne el poder monárquico que combatían.

En un texto titulado “Ofrecimiento”, escrito por el notable autor de la novela *Doña Bárbara* y de *Canaima*, Rómulo Gallegos, el gran venezolano que fuera presidente de su país y como Bosch víctima de un golpe de Estado, llama a Simón Bolívar “el hombre de las dificultades”, definición que hizo el propio Bolívar de sí mismo. Gallegos destaca la cualidad de la sencillez, que es una de las características de la fase didáctica de la obra del autor de *La Mañosa*. En verdad este libro escrito sin las ínfulas del investigador que trata de proponer fuentes nuevas, alcanza su objetivo. Habiendo sido declarado “material auxiliar para la Educación Secundaria y la Educación Normal”, en Venezuela en octubre de 1960, y consignado como tal en la Gaceta Oficial del hermano país, es primer y único texto de autor dominicano considerado idóneo para proporcionar una imagen simple y presurosa de Bolívar.

Bosch agradece en la dedicatoria de la obra a aquellas personas que le hicieron posible su confección, entre las que incluye a su querido hijo León Bosch, quien le ayudara como pintor a elaborar los importantes mapas, los que contienen las rutas más importantes de la vida y las campañas del Libertador.

Desde el nacimiento de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios, el 24 de julio de 1783, hasta su muerte en diciembre de 1830, a la edad de 47 años, la obra nos facilita un denso y bien documentado recorrido de la vida del ilustre guerrero y de las rutas que para él fueron fundamentales. Parte de la obra alcanza tono muy personal y descriptivo sobre aquel Bolívar de familia mantuana

que sirve en principio a su clase social y que en sus años mozos nunca pensó en que llegaría al lugar de libertador que el destino y las características sociales de Venezuela le deparaba. Para los tradicionalistas, la Caracas descrita por Bosch en los últimos años del siglo XVIII, refleja la maestría de un narrador de fuste, capaz de reconstruir épocas y momentos al dedillo. Los tratos familiares de los sirvientes, entre ellos los de las esclavas de la casa, así como los elementos de la vida cotidiana de una villa envuelta en los fragores del período borbónico y en el dominante mundo de las formas novedosas de una monarquía que parecía ser la más progresista dada su apertura, pero que a la vez estrenada un regalismo cerrado y fuerte, donde las más duras posiciones tiránicas contrastaban con ciertas concesiones que diferenciaron a la familia borbónica de la de los Austrias.

Bosch describe a los habitantes de la Venezuela de la época, como parte de una población en la que la alta clase social aceptaba los valores hispanos y católicos distintivos de una sociedad que si bien tenía fe en ciertas estructuras monárquica desarrollaba ya en los finales del siglo XVIII valores propios. En una obra que como ésta se contiene la enseñanza como punto fundamental, el autor tiene siempre en mientes dar a los lectores, en su mayoría adolescentes, la información clara del alma venezolana y de la hispanidad insuflada desde el poder en el momento mismo de la conquista. Hace hincapié en que los valores hispanos no hacían diferencia en la conciencia de estos servidores de la realeza, en que en aquellos momentos los niños no eran niños venezolanos, sino niños hispanos, lo que era común, puesto que las colonias eran parte del imperio español. Se esmera Bosch en detalles como estos, al parecer simples, pero fundamentales. La idea de deshacerse del dominio español en la época en la que nace Bolívar ni siquiera existía. Bajo estas líneas pedagógicas el autor

se permite suponer que situaciones como estas deben ser aclaradas. Manera de recordar a los estudiantes venezolanos que era imposible llamarse de tal modo durante aquellos momentos de dominio hispano. Lo venezolano, como valor identitario, vendría luego. Ni siquiera en las luchas iniciales contra el poder hispánico, y los levantamientos de los mantuanos o godos como clase social que aspiraba al poder para despojar a la monarquía de su dominio se consideraba con miras nacionalistas, sino que proclamaba las relativas a una emancipación al parecer simple, siguiendo en parte los postulados valorativos de la corona, modelo que la simple masa del territorio no seguía, y cuyos postulados tampoco eran los relacionados con un concepto claro de nacionalidad.

En este libro, claro y contundente en sus resúmenes, Bosch se refiere a los cambios políticos en el país, y nuevamente, como en otras oportunidades, al predominio de un caudillo que, sin dudas, va a perdurar hasta el siglo XX como parte de un desorden producto de la falta de Bolívar, cuando todavía cien años después de la muerte del Libertador la figura de Juan Vicente Gómez, el dictador que pone a Venezuela en el mapa petrolero, se hace notoria como el resultado de las luchas intestinas, y marca, por así decirlo, la culminación del personalismo en la vida política del país.

La influencia de Simón Rodríguez y de Francisco de Miranda se destaca en la obra, en la que el autor hace hincapié en los mismos como maestros de Bolívar, el primero como enemigo permanente de la monarquía, el segundo como hombre que habiendo participado en la revolución francesa y siendo de una cultura sobresaliente, deja en Bolívar el legado de la más alta formación y los afanes de ser un lector y un estudioso de la historia. Es, desde luego, fundamental la explicación de cómo por razones de celos y de malos entendidos, las relaciones entre Bolívar y Miranda, ya en territorio venezolano, se

deterioran hasta el punto de que el futuro Libertador tiende a considerar a Miranda como traidor, lo que sin dudas se puede considerar injusto.

Bosch describe el monopolio del momento, y cómo todo lo producido iba a tener a los puertos españoles. Abunda en sus descripciones el dato sobre las inmigraciones, de las cuales las de las islas Canarias eran y son fundamentales. En su obra, sin perder de vistas que la misma está concebida para estudiantes, Juan Bosch insiste en explicaciones que a veces parecen baladíes, pero que, al abundar más claramente que lo producido en tal sentido por otros autores, permiten al lector apreciar con claridad meridiana lo que debe ser entendido en la complicada vida del Libertador. Por ejemplo, la invasión a España por los ejércitos napoleónicos, y los movimientos en Caracas contra la realeza y a favor de ella, la prisión de Bolívar, la decisión de la Junta para una emancipación y la previa reunión de Bolívar y Miranda en Europa, matizada luego por el primer fracaso del ilustre militar, son puntos que el autor resume magistralmente para darnos un poco, desde ese capítulo III de la biografía del Libertador, la urdimbre de acontecimientos posteriores como la firma del acto, en 1811, de la independencia venezolana.

Juan Bosch usa, en esta obra para estudiantes, frases que alientan la moralidad del lector joven. Se pueden considerar moralejas que buscan dejar en el escolar una clara verdad y un apego a la honestidad. Para defender la prisión de Miranda que el Libertador propició cuando creyó que el mismo lo traicionaba, Bosch escribe: “Ningún hombre es perfecto, y un error no es una infamia si quien lo comete no busca al ejecutarlo beneficios personales” (p.444).

Cuando azuzado por la situación de descontrol en la lucha en territorio venezolano Bolívar lanza en 1813 su proclama de “la guerra a muerte”, período en el que las matanzas

indiscriminadas buscaban borrar la insurrección contra los republicanos pasando a cuchillo a los enemigos sin darse cuenta de que esos enemigos podían volverse amigos en caso de un mejor entendimiento de la situación, Bosch arguye que: “La guerra es cruel; sus resultados son la muerte, el hambre, la destrucción. Pero a veces la guerra es necesaria y justa, como cuando se hace en defensa del propio suelo, la propia libertad, los principios de dignidad del ser humano. Casi nunca se logra de los que esclavizan a los pueblos que reconozcan los derechos de sus víctimas, y entonces hay que tomar el arma y lanzarse a la lucha para hacer valer esos derechos” (pp.451-452).

Las admirables campañas de Bolívar, antes de la integración de los grupos populares antes contradictorios, son descritas por el escritor dominicano proporcionando a sus jóvenes lectores explicaciones claras sobre estrategias, sistemas de lucha, incorporación de villas y ciudades, y siguiendo claro está, la manera cómo el Libertador va cambiando de temperamento y cómo se desarrolla su vida militar en relación con aquel pasado al que sin dudas vuelve para comparar la Venezuela de su infancia, los errores familiares y esta lucha reciente en la que se hace necesario el temple para distinguir los errores contenidos entre lo que se ha amado y la verdad del cambio social que debe aproximarse y que se habrá de extender hasta la creación de la dictadura bolivariana, uno de sus proyectos para hacer posible en sus años finales la liberación del territorio sudamericano, luego fragmentario y generador de posteriores dictaduras.

Las descripciones sobre la lucha contra el realismo encabezado por Boves y Monteverde ayuda en mucho a entender la división política antes de la unidad, como permite también entender el cambio de mentalidad las ayudas recibidas en Jamaica y Haití, antes de que se hiciera común la lucha final. Bolívar comprende que la liberación de los esclavos fue un

punto clave en el Haití de Petión, de quien recibió apoyo, y muy posiblemente la protección pedida por un estamento esclavista como el de José Núñez de Cáceres, sería vista de lado por Bolívar, dado el hecho de su cambio de actitud como personaje que había recibido apoyo de los grupos negros emancipados de las Antillas.

Con relación a la entrevista del presidente haitiano que dominaba el sur del territorio de la mitad de la isla, es decir casi un tercio de ella, Petión, Bosch señala que “el gobernante haitiano ofreció al Libertador la ayuda indispensable para organizar una expedición que le llevara a Venezuela, y lo único que pidió en recompensa fue la libertad de los esclavos en las tierras que fuera liberando” (p.498).

Sin decirlo, Bolívar rechazaba así la posición monárquica del norte de Haití, donde aún se mantenían vigentes las modalidades francesas de dominio, pese a que también esa parte de la isla se había liberado de las tropas napoleónicas en los inicios del siglo XIX.

Las explicaciones sobre los acontecimientos en Haití, dan a los estudiantes el contexto de la lucha a partir de las derrotas de Napoleón no sólo en Haití, sino en el Santo Domingo español, y al cambio radical de la política mundial a partir de la salida de las tropas napoleónicas que antes habían invadido a España.

Dos grandes atentados contra Bolívar hablan de la lucha del Libertador y de su suerte. El de Jamaica, y luego el de Bogotá casi en las postrimerías de su vida.

Simón Bolívar, biografía para escolares, se lee casi como novela, y por tales razones Juan Bosch logra que la obra sea no sólo para estudiantes, sino para muchos que sin ser aficionados a la historia compleja, desean tener una clara visión de uno de los personajes más apasionantes de la historia de nuestra América.

JUDAS ISCARIOTE
EL CALUMNIADO

Como a un hermano, a Miguel
Ángel Quevedo, en La Habana.

ACLARACIÓN PARA LA EDICIÓN DOMINICANA

Como todo libro, éste tiene su historia. Pero el lector puede estar tranquilo, que esa historia no se le va a hacer. De lo que el autor hablará ahora es de la edición chilena, que fue la primera, y un poco de la dominicana, que es la segunda y ha tardado veintidós años en aparecer.

Cuando los señores de la caverna política de este país se enteraron de que en alguna parte del mundo se había publicado un libro mío titulado *Judas Iscariote, el Calumniado*, se llenaron de júbilo porque dedujeron del título que ahí estaba la prueba de mi militancia comunista. Se adelantaron un poco, porque mi conocimiento de Marx y Engels vino a darse por el año 1969, después de haberme instalado en París, y fue de ese conocimiento, no muy amplio, por cierto, de donde salió mi afiliación al marxismo.

Lo que sí puede ver cualquiera de los lectores de *Judas Iscariote, el Calumniado*, es el afán de hacerle justicia a un personaje que tenía cerca de dos mil años de vida en la infamia.

Cuando Raúl Roa se enteró, allá por el año 1947, de que planeaba este libro, me dijo con su lengua chispeante, tan cubana para dar con el ángulo risible de toda actitud humana: “Sí, escríbelo, que la familia de Judas te lo va a agradecer mucho”. Pero eso sí, una vez publicado el libro, Raúl lo elogió generosamente en un artículo que le dedicó, publicado en *El Mundo* de La Habana, me parece que hacia el 1956.

El libro no se conoció en la República Dominicana, si se exceptúan los que leyeron unos diez o doce ejemplares que llegaron hasta aquí. ¿Qué pasó que no se publicó en Santo Domingo? ¿Es, como pensaron algunos señores de la caverna política, que su autor temió que con la publicación aquí su militancia comunista quedara al desnudo? No. Es más, si algún libro mío puede probar que cuando se publicó yo no tenía la menor relación con el marxismo es éste, y no por lo que digo o callo en el cuerpo de la obra sino por lo que digo en el prólogo, que aparece en esta edición tal como salió en la chilena.

Judas Iscariote, el Calumniado, no se había publicado antes en la República Dominicana porque yo le había vendido los derechos de autor a Editorial Prensa Latinoamericana, S. A., que hizo la edición chilena en agosto de 1955, y los derechos de autor se venden por treinta años. Ese plazo no se ha cumplido aún, pero la Editorial Prensa Latinoamericana, S.A., no existe ya porque su propietario, el Partido Socialista de Chile, fue desmantelado por la espantosa tiranía de Pinochet y los derechos de autor han revertido a mí. Eso es lo que explica que pueda disponer ahora la publicación de un libro que era literariamente mío y sin embargo no lo era en el orden comercial.

JB

Santo Domingo,
16 de febrero de 1977

UN PRÓLOGO INDISPENSABLE

Después de haber escrito *Judas Iscariote, el Calumniado*, el autor ha tenido que responderse a ciertas preguntas que su propia obra dejó flotando, como una estela. La obra ha sido el producto de muchos años de meditación, pero no fue acometida con prejuicios, sino, bien al contrario, con mente abierta y lista a aceptar las conclusiones que se derivan de un estudio realmente honesto del personaje y de los acontecimientos en que se destacó.

Las preguntas principales que quedaron en la conciencia del autor eran dos: ¿Cómo se originó la acusación de traidor contra Judas? O mejor aún: ¿Por qué se originó? ¿Cómo se explica que durante dos mil años esa acusación haya sido aceptada sin un análisis serio?

Para ambas hay respuestas. Pero la índole del libro no admitía que figuraran en él. Pues el libro es el resultado de un estudio honrado de los documentos básicos en que aparece la acusación, y no hay en él lugar para hipótesis. Las respuestas a que este prólogo alude —y que aquí se dan— no tienen bases documentales y no pueden elaborarse sino como hipótesis. A pesar de que aparecen como prefacio del libro, el autor desea dejar constancia de que su lugar adecuado no era éste, puesto que no fueron concebidas antes de estudiar al personaje y sus hechos, sino a causa de ese estudio. Son consecuencia, no origen.

Por razones de utilidad, las preguntas no se contestan aquí en el orden en que surgieron, sino a la inversa. Acontecimientos actuales, cercanos a la mente del lector, hacen fácil comprender, en primer lugar, por qué durante dos mil años la acusación de que ha sido víctima Judas el Iscariote se ha aceptado sin un análisis a fondo. Veamos esos acontecimientos.

Supongamos que Hitler hubiera ganado la guerra y que su visión de un imperio nazi milenario estuviera ahora cumpliéndose. ¿Qué concepto de las doctrinas políticas consideradas por los nazis enemigas del pueblo alemán se habría elaborado al cabo del tiempo; cómo pensarían los germanos del año 2.000 del capitalismo, de la democracia, del comunismo? Borrada totalmente toda letra impresa en que se explicara una de esas doctrinas en forma distinta al dogma nazista, los niños alemanes de esa época no tendrían otra fuente donde estudiarla que aquélla permitida por el hitlerismo. En un caso concreto, el del judaísmo, podemos estar seguros de que en el año 2.139, esto es, a dos siglos después de haberse desatado la gran guerra, nadie en el mundo tendría una prueba en qué fundamentar la menor defensa de los judíos. No creo que haya persona capaz de poner en duda que el nazismo hubiera conformado la opinión mundial según sus proyectos. Es posible, pues, hacer que las gentes piensen de acuerdo con planes establecidos; no debemos extrañar, por tanto, que así haya ocurrido en el caso de Judas Iscariote.

Pero reduzcamos el asunto a un ejemplo más adecuado al problema expuesto en *Judas Iscariote, el Calumniado*; más afín y no hipotético, sino cumplido y universalmente conocido: es el ejemplo que hallamos en la vida de León Trotzky.

Fuera de las fronteras rusas, toda persona de mediana ilustración que no sea comunista militante está enterada de que León Trotzky fue compañero de Lenín en las faenas revolucionarias que dieron el poder al partido comunista, que fue

un factor importante en ese memorable cambio histórico; que acompañó a Vladimir Ilich Ulianov, que le ayudó, que se distinguió como organizador del ejército rojo. En la Rusia Soviética, sin embargo, sólo los sobrevivientes de aquellos días lo saben, y esos no se atreven a decirlo. Para las nuevas generaciones Trotzky no fue sino un traidor, enemigo de Lenín, cuya obra trató de obstaculizar siempre. Hasta las fotografías de la época, en las que Trotzky aparecía junto a Lenín, han sido retocadas y transformadas; y el puesto que ocupó Trotzky pasó a ser ocupado por Stalin. De imponerse en el mundo el concepto stalinista de la historia, en un siglo la humanidad quedaría convencida de que no hubo jamás un compañero de Lenín llamado Trotzky, puesto que aún en los menos importantes textos o cuadros todo se arregló de tal manera que Joseph Stalin apareciera como mano derecha y heredero directo de Lenín.

A despecho de que vivimos en un mundo cargado de comunicaciones, en un momento en que cualquier acto de relativa importancia se conoce en detalle y los actores históricos son vistos desde diversos ángulos; a despecho de que León Trotzky vivió lo bastante para defenderse y escribió explicando su conducta y la de sus enemigos; a despecho de que su más encarnizado perseguidor no le sobrevivió ni veinte años y de que los acontecimientos en que se destacó ocurrieron hace menos de cuarenta, sucede que cientos de millones de hombres y mujeres dentro de Rusia, y varios millones que son fervorosos stalinistas fuera de Rusia, han hecho de Trotzky la encarnación del traidor a su doctrina, han tergiversado su papel en la revolución y lo presentan como el irreconciliable enemigo de Lenín, como aquel que trató en todo momento de impedir que el comunismo alcanzara el poder y lo mantuviera. Si los sucesores de Stalin en el mando de la revolución rusa sostienen ese punto de vista, dentro de un siglo, suponiendo que el comunismo llegue a dominar en toda la tierra,

no habrá ser vivo capaz de imaginarse, siquiera, cuál fue la verdadera actuación de León Trotzky.

Este es un ejemplo bastante cercano a los acontecimientos que determinaron la figura moral de Judas Iscariote, tal como la vemos hoy. Pero hay divergencias en perjuicio de Judas. Judas no escribió, no adujo palabra en su defensa; y durante dos mil años no ha habido fuente directa en qué abreviar para justificar una revisión del juicio que le ha condenado como arquetipo del traidor. Desde el momento mismo en que Jesús es hecho preso en el Huerto de los Olivos, Judas desaparece de entre los discípulos. La primera acusación que se le lanzará será hecha por Simón Pedro, acaso dos meses después, cuando llega la ocasión de escoger un sucesor de Judas. Esa acusación figura en el Libro de los Hechos de los Apóstoles, y como se verá en las páginas de *Judas Iscariote, el Calumniado* no es todavía todo lo precisa que habrá de ser más tarde, cuando se produzca la segunda, en el orden documental, que es la que aparece en el Evangelio de Mateo.

Ahora bien, esa acusación, ¿por qué se produjo? ¿Fue Judas autor de la traición que se le imputa? Podríamos preguntarnos también, usando de la semejanza entre su caso y el de Trotzky: ¿Fue Trotzky culpable? Nuestra obra no es producto de prejuicios ni de una voluntad decidida de defender a Judas. Pero ocurre que como verá el lector, el estudio serio de los Evangelios de Mateo, de Lucas y de Juan, y del Libro de los Hechos de los Apóstoles —documentos en que basa su acusación contra Judas la Iglesia Católica—, arroja resultados sorprendentes en cuanto a la conducta de Judas Iscariote. Esos cinco libros, analizados fríamente, sin voluntad previa de hallar a Judas culpable o inocente, llevan al autor a conclusiones inesperadas: Judas no traicionó a Jesús, no le vendió, no le besó, no cobró su infamia y, por último, no se ahorcó. ¿Por qué, pues, la acusación?

No hay sino una respuesta, y es que en esa acusación jugó papel importante un factor de índole política, usado instintivamente por todos aquellos que se lanzan a la conquista del poder, ya sea en una sociedad o en una organización. Cualquiera idea requiere ser divulgada en sentido positivo y en sentido negativo, si es que ha de ser impuesta. Hay que crear acólitos que la defiendan, pero que a la vez odien al enemigo de la organización. El amor une, pero no fanatiza; lo que fanatiza es el odio. Las multitudes personifican su amor en el caudillo, en el apóstol o en el maestro, y su odio en el enemigo del caudillo, del apóstol o del maestro. No bastaba con amar a Alemania y a Hitler; era necesario también odiar a los judíos. No basta con adorar a Lenín y a Stalin; es necesario también odiar a Trotzky. Frente a la fuente de todo bien hay que colocar la fuente de todo mal.

Los que ignoran cuál fue el papel que desempeñó Judas entre los discípulos de Jesús pueden argüir que el Iscariote no ponía en peligro las posibilidades de Simón Pedro para ejercer la jefatura de la naciente iglesia, muerto Jesús. Pero quienes saben que Judas fue tesorero de la comunidad encabezada por el Hijo de David no pensarán tan a la ligera. Judas, el único no galileo entre todos los discípulos, resultó distinguido con un cargo que lo destacaba. Sería aventurado pensar, siquiera, que Judas abrigó en algún momento deseos de saltar de la tesorería a la jefatura de la organización; ¿pero quién puede asegurar que sus compañeros no le atribuyeron esas ambiciones?

Muerto Jesús, la organización de la iglesia era un hecho político que no podía escapar a una ley universal en el fenómeno político. A la hora de conquistar el primer puesto —vale decir, el poder— en la congregación, no podía presentarse a Caifás como al enemigo que debía odiarse, puesto que ese odio se fijaría en un objeto externo a la organización misma,

y era, además, un sentimiento que atemorizaba, no unía; disgregaba, no consolidaba; era una fuerza destructora en el orden físico, y lo que se requería era de una fuerza unificadora en el orden moral y dentro de los límites de la agrupación. Esto explica que la primera acusación partiera de Simón Pedro.

Los artistas y escritores de la cristiandad nos han dado de Pedro una visión vehemente, activa, dinámica. No hay constancia alguna de que su rostro fuera ése de un anciano barbado, de prominente nariz que daba a las facciones extrema-da altivez, de ojos relampagueantes y boca dura con que a menudo le vemos en cuadros y en estatuas. Pero a través de su actuación a lo largo de los Evangelios se advierte que era el más desigual y a la vez el más fuerte de los caracteres entre los discípulos. Helo ahí proclamando a Jesús, en las vecin-dades de Cesárea de Filipo, “Hijo vivo de Dios”, y sin em-bargo amonestado por Jesús debido a que su poca fe no le permite caminar sobre las aguas del lago. ¿No resulta un apasionado cuando le asegura a su maestro que está dispues-to a morir por defenderle, ingenuo cuando le pregunta qué lugar tendrá en el cielo, impetuoso y agresivo cuando hiere a Malco, tenaz cuando sigue a Jesús hasta la casa de Anás, vacilante cuando no se atreve a entrar allí, atemorizado cuan-do niega conocerle y arrepentido cuando comprende que ha sido débil?

Lleno de contradicciones y a la vez de fuerza, carácter el más inseguro y al mismo tiempo el más vigoroso entre los discípulos, Pedro resulta, por eso mismo sin duda, una inte-resante personalidad. Del primer golpe de vista se advierte en él al hombre que se adapta a la necesidad del momento, que intuye lo realizable y desdeña lo irrealizable; es, en suma, un político nato. Cuando Jesús anuncia por primera vez su muerte a manos del Sanhedrín, es Pedro quien “tomándole aparte, se puso a amonestarle, diciendo: No quiera Dios, Señor, que

esto suceda”.¹ Jesús, conocedor del corazón humano, vio claro que Pedro servía a la idea divina con inteligencia y sentimientos muy terrestres, debido a lo cual le dijo: “Retírate de mí, Satanás; tú me sirves de escándalo, porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres”². Este empeño de humanizar acontecimientos que en Jesús tenían orígenes y fines celestiales se hace evidente, más que nunca, en las palabras con que Pedro se produjo, desnudo de alma, en el milagro de la transfiguración. “Señor ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para tí, una para Moisés y otra para Elías”.³ Si alguien estaba preparado para organizar en la tierra las huestes cristianas, ése era Pedro, aquél que quería hacer morar en Galilea a los tres profetas. El, y sólo él, Simón Bar Jona, era entre sus compañeros, desaparecido Jesús, el que tenía instinto político. Los demás podían ser propagandistas; él era un jefe natural de hombres. De su boca debía salir, necesariamente, la primera acusación contra Judas, el discípulo que tal vez podía aspirar a ser jefe.

Hasta aquí la hipótesis. ¿Pero de qué otra manera podían ser respondidas las preguntas que se originaron en el estudio de Judas y de los acontecimientos en que figuró? Ese estudio, esto es, cuanto está dicho en *Judas Iscariote, el Calumniado*, no se basa en hipótesis, sino en documentos, y en documentos de la propia Iglesia Católica. Al cabo de largos años de rastrear la conducta de Judas en los más diversos textos de los evangelistas, el autor creyó de su deber atenerse a versiones de los Evangelios y del Libro de los Hechos de los Apóstoles autorizados por la Iglesia. Otra cosa hubiera sido proceder incorrectamente, desde el punto de vista de la honestidad

¹ Mateo, 16; 22.

² Mateo, 16; 23.

³ Mateo, 17; 4.

histórica. Pues el propósito del autor no fue justificar la conducta de Judas o buscar pruebas de una posible inocencia del Iscariote, sino situarlo allí donde su conducta —y no lo que de ella se opinara— lo llevaba y lo dejaba. Al autor le parecía tan monstruosa la acción atribuida a Judas, que quiso conocer sus causas. Un análisis exhaustivo de los Evangelios y del Libro de los Hechos de los Apóstoles, realizado a lo largo de veinte años, dio el resultado que puede leerse en *Judas Iscariote, el calumniado*.

La versión de los Evangelios y del Libro de los Hechos de los Apóstoles usada en este libro es la traducción conocida por Nácar-Colunga (Sagrada Biblia, versión directa de las lenguas originales por Eloíno Nácar-Fuster (†), Canónigo Lectoral de la S.I.C. de Salamanca, y el muy Rvdo. P. Alberto Colunga, O.P., Profesor de Sagrada Escritura en el Convento de San Esteban y en la Pontificia Universidad de Salamanca. Tercera Edición, corregida y más copiosamente anotada. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Gaetano Cicognani, Nuncio de Su Santidad en España, Biblioteca de Autores Cristianos Madrid. MCMXLIX), cabalmente autorizada por la censura eclesiástica y avalada por calurosas felicitaciones a los autores de la Secretaría de Estado de Su Santidad (Comunicación fechada en El Vaticano el 19 de octubre de 1944), por la Comisión Pontificia Bíblica (Comunicación fechada en Roma el 14 de febrero de 1945) y por la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades (Comunicación fechada en Roma el 3 de junio de 1944), tal como se lee en las páginas LV al LVIII, ambas inclusive, del Prólogo de los Traductores a la 2ª y 3ª ediciones de la mencionada obra. No se ha usado de ningún otro libro o documentos fuera de los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, y del Libro de los Hechos de los Apóstoles, tal como aparecen en la versión de Nácar y Colunga, porque los evangelios resultan la única fuente original y auténtica de la

acusación contra Judas. Por otra parte, el autor ha respetado del todo esas fuentes; no las ha adulterado, no las ha tergiversado, no las ha interpretado. No es culpa del autor que de los propios documentos en que se acusa por vez primera a Judas surja, al cabo de dos mil años, la verdad sobre la conducta del Iscariote. La verdad resplandece aún en el fondo de una caverna y puede ser ignorada hoy y mañana sin que su naturaleza se transforme. Lo único que requiere la verdad para imponerse es ojos que la vean u oídos que la oigan.

Aunque el estudio del papel jugado por el Iscariote en el drama de la Pasión le ha consumido al autor muchos años, sólo fue hecho público, antes de ahora, hacia principios de 1948*. Por entonces se publicó, en cuatro artículos, en la revista semanal *Bohemia*, de La Habana, si bien no era un trabajo de la amplitud del actual, ni estaba tan detalladamente sustentado como en esta ocasión. Tal como aparece en su presente versión, fue escrito en Santiago de Chile, en el mes de agosto de 1954.

Al lector le toca juzgar por sí mismo si es adecuado o no llamar a este libro como lo ha bautizado su autor: *Judas Iscariote, el Calumniado*.

JB

Molinos de Niebla,
enero de 1955.

* “Judas Iscariote, ni traidor ni inocente (artículo primero)”, en *Bohemia*, Año 40, N° 5, La Habana, 1° de febrero de 1948, pp.6-7/ p. 8/ pp.74-75/ pp.77-78; (artículo segundo), en *Bohemia*, Año 40, N° 6, La Habana, 8 de febrero de 1948, pp.8-10/ pp.72-75/ p. 82; (artículo tercero), en *Bohemia*, Año 40, N° 7, La Habana, 15 de febrero de 1948, pp. 20-22/ p.54; (capítulo cuarto y conclusión), en *Bohemia*, Año 40, N° 8, La Habana, 22 de febrero de 1948, pp.78-80.

I

Desde hace veinte siglos la grey cristiana del mundo viene acusando a Judas Iscariote de haber vendido a Jesús. Así como el nombre de Caín es sinónimo de crimen, el de Judas se ha convertido en sinónimo de traición.

No sabemos —nadie lo sabe— cómo era Judas; si joven o viejo, si imberbe o barbado, si de tez quemada o rubia, si de ojos negros o claros, si alto o bajo, si delgado o grueso. Sin embargo en esa figura no precisada encarnamos al traidor. Y tras evocarle con el disgusto con que venimos haciéndolo durante dos mil años, consustanciado en lo más profundo de nuestros sentimientos con la idea de la vileza, hallamos que no tiene contorno ni estatura ni rostro; que no es más que un sentimiento repulsivo designado con su nombre.

Sobre el drama de la Pasión se ha escrito tocando todos los aspectos; hay libros destinados a probar las tesis más peregrinas, desde la no existencia de Jesús hasta su locura. Pero la imagen del traidor identificada con Judas persiste en las más diversas interpretaciones del hecho que dio impulso y trascendencia a la doctrina cristiana. Algunos escritores han tratado de justificar la conducta de Judas, pero sin apartarse fundamentalmente de la tremenda acusación que ha venido pesando sobre él. Se le ha llegado a considerar como instrumento de la voluntad de Dios para que se cumpliera la glorificación de su hijo. Jamás, sin embargo, se le ha librado del

estigma de traidor. En pocas palabras, cuantos han tocado el tema han dado por cometida la traición.

Unos la achacan a los celos. María Magdalena amó a Jesús, se ha dicho, y Judas amó a María Magdalena; he ahí por qué vendió a su maestro. Pero sucede que nada da pie a esa leyenda; no se encuentra en los Evangelios ni en los Hechos de los Apóstoles —únicos documentos básicos en que se menciona a Judas Iscariote— una sola palabra que permita llegar a conclusión como la anotada.

Si se exceptúa la frase que Juan pone en sus labios en el episodio del ungimiento, no hay palabra o acción de Judas, antes de llegar a la aprehensión de Jesús, que nos sirva para dibujar su carácter. Hilando demasiado fino, y aceptando que el Iscariote haya dicho, él solo y nadie más que él, lo que asegura Juan, se ha pretendido hallar en los celos el origen de esa frase y por tanto la causa primitiva de la entrega de Jesús. Si fue María Magdalena quien derramó sobre los pies del maestro el ungüento de nardos, y si Judas estaba enamorado de ella, la protesta de Judas por lo que estaba haciendo María no se debe al derroche, sino a los celos, se ha pensado. Pero es el caso que se dan al olvido estos detalles: primero, Juan dice claramente que quien unge a Jesús es María la hermana de Marta y de Lázaro, no la pecadora —esto es, la de Magdala—; y segundo, explica que Judas protestó, no porque tuviera celos, sino “porque era ladrón, y, llevando él la bolsa, hurtaba de lo que en ella echaban”¹. Si se usa el testimonio de Juan es de rigor usarlo en todas sus afirmaciones y conclusiones, no apoyarse en él para inventar la leyenda de los celos.

No; la hipótesis de los celos no es legítima. Nada ofrece asidero para pensar que Judas estuvo enamorado de María Magdalena ni de otra mujer, como nada lo ofrece para pensar

¹ Juan, 12; 6.

que Jesús fue amado por alguna de sus seguidoras con ese tipo de amor. Jesús fue adorado por hombres y mujeres, por ancianos y niños, por judíos y gentiles, por soldados, artesanos, pescadores, por escribas y fariseos y hasta por miembros del Sanhedrín. Las esposas, madres y hermanas e hijas de aquellos que le seguían iban con ellos tras el predicador de la buena nueva. Lucas nos da algunos nombres: “Yendo por ciudades y aldeas predicaba y evangelizaba el reinado de Dios. Le acompañaban los doce y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y de enfermedades. María, llamada Magdalena, de la cual habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes, y Susana, y otras varias que le servían de sus bienes”². Es conocido el amor de las hermanas de Lázaro por aquel que a sí mismo se llamaba el Hijo del Hombre. Ahora bien, de las mujeres que se acercan a Jesús, y le rodean, ninguna recibe de él amor de varón, y probablemente ninguna le vio como tal, sino como profeta, Elías redivivo, el Hijo de David, valores puramente religiosos y morales en el pueblo de Israel. Así también le veían sus discípulos. Ninguno de ellos hubiera sido capaz de atribuirle otra personalidad. Además, si Judas hubiera sentido celos de esa naturaleza, ¿se lo habrían callado sus compañeros, algunos de los cuales, como Juan, se muestran tan pertinaces en acusarle?

Usando de la libertad creadora, otros han querido hallar en la envidia la causa de la venta. Judas sintió envidia de Jesús, quiso suplantarlo y decidió entregarlo a sus enemigos. Ni siquiera vale la pena argumentar contra esa tesis. A la hora de enjuiciar seriamente a un personaje que tuvo papel tan importante en el drama más trascendente que recuerda la humanidad, esas invenciones pueden interesar como frutos

² Lucas, 8; 1, 2 y 3.

artísticos, pero nada más que en tal sentido. Un estudio honesto de Judas, como de cualquiera figura histórica, tiene que basarse en los hechos comprobados que se le atribuyen, en las acciones conocidas con que él se produjo. En el caso concreto de Judas Iscariote no hay prueba de que fuera envidioso, y mucho menos de que envidiara a su maestro. Es, pues, caprichoso explicar la traición por ese camino.

Un autor que pretende estar escribiendo la biografía de Jesús (Emil Ludwig, *El Hijo del Hombre*, edición Claridad, Buenos Aires, 1945; págs. 201-212) trata de justificar a Judas con otro argumento. Según él, Judas llega a poner en duda el origen divino de Jesús; esa duda aumenta hasta hacer crisis cuando, de vuelta al ambiente familiar de su juventud, Judas siente en Jerusalén el peso de las viejas creencias, la omnipotencia del templo y de sus servidores, la pompa de los oficios religiosos; además, sus antiguos amigos la aumentan con las burlas que hacen de Jesús y de la fe con que él le ha seguido. Torturado hasta lo insufrible, Judas resuelve precipitar los acontecimientos para salvarse a sí mismo en su fe y convencerse de que Jesús no es el hijo de Dios. Lo será si adivina que es él, Judas, quien va a traicionarle. Mas Jesús no lo adivina. Judas, entonces, decepcionado, lo entrega.

Esta nueva hipótesis tampoco tiene base documental. Desde el punto de vista de la Historia, ¿cómo puede Ludwig probar que Judas vivió durante su juventud en Jerusalén, que tenía allí amigos a quienes volvió a ver y a frecuentar?

Lo único que se sabe de Judas sin lugar a dudas, antes de que prendan a Jesús en Gethsemaní, es que a él le tocaba guardar el dinero de la comunidad formada por Jesús y sus discípulos, y que su padre se llamaba Simón de Kerioth. Estos datos se los debemos a Juan, el más implacable de sus acusadores. Por el hecho de que él se llamara Iscariote —es decir, natural de Kerioth o Cariote— y su padre también, se

deduce que Judas había nacido en tal lugar. Kerioth estaba situada a una jornada al sur de Hebrón, en las lindes del desierto, esto es, bastante al sur de Jerusalén; y de ser así, es lógico que para ir a Galilea Judas tuvo que pasar por Jerusalén, puesto que Galilea queda al norte de la que entonces era capital de los judíos. Nadie puede decirnos, sin embargo, si él hizo ese viaje siendo niño, adulto o viejo. De la necesaria realización de ese viaje a afirmar que vivió durante su juventud en Jerusalén, y que tenía amigos allí, y que los encontró de nuevo al volver con Jesús a la ciudad, la distancia es mucha para admitir como opinión seria la que en tal suposición se base. Ni siquiera es posible asegurar que Judas tenía en Jesús determinado tipo de fe. No hay dato que nos permita saber qué pensaba, cómo sentía, cómo actuaba Judas. Sólo al final del drama podríamos figurarnos —y nada más que figurarnos— cómo debió sentirse en un momento dado este hombre oscuro, a quien la cristiandad ha sacado de sus tinieblas para maldecirle sin tregua.

Por varias razones que iremos conociendo a medida que nos internemos en el estudio del personaje y del ambiente en que se movió, podemos llegar a colegir cuáles eran los sentimientos de los discípulos de Jesús hacia Judas; pero jamás llegaremos a saber cuáles fueron los de Judas respecto de sus compañeros. Imaginando cómo sentía él, y tratando de ajustar el juego de sus sentimientos a la acusación que se le hace, no será posible llegar a la verdad. Es necesario proceder en este caso con la honestidad que requiere, pues se trata de un hombre aplastado para toda la eternidad por el dictado de traidor; es más, con el de arquetipo del traidor.

Las fuentes de donde surgió esa acusación están al alcance de todos nosotros. Sin prejuicios, fríamente, procedamos a revisarlas; si de la revisión resulta evidente que vendió a su maestro, ¿por qué tratar de explicar las causas de la venta? Lo

hizo, y se ha ganado su despreciable lugar en la Historia. Pero si resultare que no lo hizo, entonces rectificaremos el tremendo juicio, porque en ese caso lo que se ha hecho con Judas acusándole de una infamia como la que se le atribuye sería a todas luces la mayor injusticia cometida por el género humano.

Las fuentes históricas a que se alude son los testimonios de los evangelistas, tal como los presenta la Iglesia Católica, pues para los estudiosos laicos los autores de esos documentos no serían tan sólo Mateo, Marcos, Lucas y Juan; el primero y el último, compañeros de Judas en la comunidad de los doce discípulos de Jesús. Hay, además, el Libro de los Hechos de los Apóstoles, cuya revisión se hace imprescindible ya que en él no sólo se menciona a Judas y se le acusa, sino que se da cuenta de lo que podríamos llamar el epílogo de su acción. En los Evangelios y en el Libro de los Hechos de los Apóstoles están todos los datos que han condenado a Judas para la eternidad del cristianismo.

La lectura de los Evangelios con fines de revisión histórica no es tarea fácil, puesto que a menudo se contradicen entre sí o explican un mismo hecho de distinta manera. Además, se da el caso de que sólo dos de los evangelistas fueron testigos presenciales de lo que cuentan. Estos fueron Mateo y Juan. No es obra del otro mundo deducir que algunos de los evangelistas, especialmente Marcos y Lucas en relación con Mateo, se copian entre sí. Sólo el testimonio de Juan se advierte independiente de los restantes, lo que se explica si se sabe que Juan escribió el suyo aislado de sus compañeros, no sólo porque ya habían muerto todos los discípulos de Jesús —Juan tuvo una vida muy larga, probablemente centenaria— sino además porque cuando redactó o dictó su testimonio se hallaba en Efeso, ciudad del Asia Menor, y en tales días las comunicaciones no eran fáciles entre los distintos y nacientes núcleos de la cristiandad.

El hecho de que ni Marcos ni Lucas hayan presenciado los acontecimientos que cuentan no invalida sus respectivos evangelios, sin embargo. Pues del de Marcos, llamado también “el segundo” por haberle antecedido el de Mateo, podría decirse que es el de Pedro. Marcos viajó con Pedro y estuvo con él en Roma, le oyó contar, sin duda, repetidas veces los episodios del drama de la Pasión, y puede asegurarse que anotó nombres, lugares, incidentes referidos por Pedro. Puede usarse del evangelio de Marcos casi como si fuera el de un testigo presencial, y no se exageraría al decir que de un testigo de excepción. Pues leyendo a Marcos se advierte que Pedro tenía excelente memoria y verdadera capacidad de evocación, sobre todo en lo que se refiere a nombres propios y ambiente. Marcos tenía también acierto natural para escribir, puesto que sabía escoger entre lo útil y lo inútil a su narración.

El evangelio de Lucas abunda en detalles que no pueden ser de su invención. Este evangelista fue discípulo y compañero de San Pablo, y si bien escribió con el propósito deliberado de hacer proselitismo más que con el fin de dejar constancia de los hechos —lo cual explica su afán por justificar las Escrituras en la vida de Jesús—, de su obra se desprende la convicción de que interrogó a mucha gente que había conocido al Mesías, y probablemente hasta a familiares del mártir. Por lo demás, se nota que usó el evangelio de Marcos, y como es evidente que este último usó también el de Mateo, en el evangelio de Lucas se hallan algunos episodios, y sobre todo algunos sermones, casi copiados a la letra del evangelio de Mateo.

Procediendo con seriedad —ya que de lo que se trata es de revisar un juicio de grandes proporciones en el mundo moral y de larga penetración en el tiempo— debemos aceptar lo dicho por Marcos y por Lucas como documentos de primera importancia, aunque ni el uno ni el otro hayan sido testigos presenciales en lo que cuentan.

En cuanto al evangelio de Juan, su valor es incalculable para los fines de este estudio. Porque es Juan el único que ha lanzado sobre Judas acusaciones tan tremendas como la de que era ladrón, el único que pone en sus labios la sola frase que, de resultar cierta, se le atribuye a Judas antes de la cena pascual; el único capaz de afirmar que Jesús le dijo a él, y a nadie más que a él, que quien habría de venderle sería el Iscariote.

Las numerosas y graves discrepancias de Juan con sus compañeros evangelistas; la confusión que siembra en los estudiosos de la vida de Jesús haciendo viajar a su maestro continuamente de Galilea a Jerusalén y de Jerusalén a Galilea, no nos interesan para nada. Para nosotros, el interés del testimonio de Juan está en cuanto dice de Judas. Si no fuera por él no sabríamos ni siquiera el nombre del padre de ése a quien persigue el denuesto de la humanidad —y sólo porque el padre se llamaba también “de Kerioth” es posible afirmar que Judas era natural de Kerioth o Cariote, lo cual tiene gran importancia para determinar que no era galileo como los restantes discípulos—; es por Juan por quien sabemos que Judas tuvo la función de guardar los dineros comunes del grupo, que seguía a Jesús.

Los restantes evangelistas cuentan secamente, apenas demorándose en la exposición de hechos, que Judas entregó a su maestro; y alguno, como Mateo, dice qué hizo con el dinero de la venta y cómo murió. Juan no; Juan le hace hablar, le acusa de ladrón, dice quién fue su padre y cuál era la función de Judas entre los discípulos; además, testimonia que Jesús lo señaló como aquél que había de entregarle.

Juan, el apasionado, a quien el propio Jesús bautizó Boanerges, esto es, “hijo del trueno”; Juan, el que propuso a Cristo pedir que bajara fuego del cielo para que destruyera el caserío samaritano donde no quisieron recibir a Jesús y a los

suyos; ese Juan que prohibía echar los demonios a los que no fueran de la congregación de los discípulos; ese mismo Juan vehemente que habría de escribir, anciano ya, y mientras estaba desterrado por Domiciano en Patmos, las fragorosas páginas del Apocalipsis; ese Juan parece removido por un odio ardiente cada vez que escribe el nombre de Judas. De allí la importancia de cuanto sobre él dice, y, muy especialmente, la importancia de lo que calla.

Lo que Juan diga sobre Judas puede ser puesto en tela de juicio, sobre todo cuando no lo digan también los restantes evangelistas, cuando no lo diga Mateo, compañero de Juan y del Iscariote en los hechos que tuvieron su culminación la tarde del viernes pascual en el Cerro del Gólgota. Pero lo que Juan no diga merece especial atención. Pues resulta tan evidente la pasión de ánimo con que se enfrenta al recuerdo de Judas, que si éste hubiera promovido con su conducta algún incidente —exceptuando, desde luego, el episodio de la traición en sí— o hubiera hecho algún comentario indebido o una pregunta indiscreta, Juan habría dado fe de eso. Y habría escrito sobre ello con letras de fuego, tal como lo hace cuando lo acusa de ladrón.

Tratar de buscar fuentes de información fuera de la Iglesia Católica —la organización más afanada en propagar a través del tiempo la repulsiva imagen de un Judas traidor— viciaría la revisión de este juicio, y además a nada conduciría.

Pues ya hemos señalado que los únicos documentos válidos para juzgar correctamente a Judas son los Evangelios y el Libro de los Hechos de los Apóstoles, documentos que son la raíz misma de la Iglesia Católica occidental.

Lo honesto es, por tanto, atenerse en este estudio a las mismas fuentes de que se ha valido la Iglesia para acusar a Judas.

Otra cosa sería partir de orígenes viciados, o por lo menos teñidos de prejuicios, lo que nos conduciría derechamente a

conclusiones erradas. El propósito de este trabajo requiere que procedamos así, porque no se busca en él ni aceptar como definitiva la sentencia secular que ha recaído sobre Judas Iscariote ni negarla: nuestro fin es sólo ser justos. Si el Iscariote vendió a Jesús, merece el estigma que agobia su nombre, pero si no lo vendió, devolvámosle su dignidad de ser humano y su alta categoría como discípulo de aquel que a sí mismo se llamó el Hijo del Hombre.

Todavía no se ha hecho un estudio sereno sobre la participación del Iscariote en el proceso que culminó con la crucifixión de su maestro en el Cerro de las Calaveras. Vamos a tratar de llevarlo a cabo ahora, valiéndonos de los mismos documentos que han sido usados para hacer de Judas la encarnación de la vileza y la figura más execrada de toda la cristiandad.

II

¿Quién es Judas Iscariote? ¿Cuándo, cómo y por qué se une a Jesús? ¿Cuándo, cómo y por qué llega a figurar entre los doce discípulos escogidos por el Hijo de David? No lo sabemos.

Mateo explica de sí mismo que “pasando Jesús de allí, vio a un hombre sentado al telonio, de nombre Mateo, y le dijo: Sígueme. Y él, levantándose, le siguió”¹. Por Marcos sabemos que el nombre de Mateo era Leví, hijo de Alfeo², y por Lucas que ese Leví era publicano y le ofreció un banquete a Jesús³. Es, pues, fácil conocer la posición social de Mateo deduciéndola de su ocupación. Los publicanos cobraban los impuestos, algunos como arrendatarios, y se hacían acompañar de soldados. El pueblo judío, que consideraba que sólo debía pagar tributo a Dios, odiaba a los publicanos; y especialmente en Galilea, donde Judas el Galileo se había alzado en armas contra la dominación romana, el publicano era considerado como ser despreciable. En Galilea, por los días de Jesús, estaba muy vivo el recuerdo de Judas el Galileo, y eran muchos sus partidarios. No hay que asombrarse, entonces, de que en el propio banquete que le ofreció Mateo a Jesús los

¹ Mateo, 9; 9 y 10.

² Marcos, 2; 14.

³ Lucas, 5; 27 al 29.

fariseos y los escribas protestaran de que el maestro comiera con publicanos y pecadores, a lo cual contestó Jesús que “no he venido yo a llamar a los justos, sino a los pecadores”⁴.

Por Mateo mismo sabemos cómo, cuándo y por qué se unieron a Jesús, Pedro y su hermano Andrés, Juan y su hermano Santiago. De los primeros dice Mateo “que echaban la red en el mar, pues eran pescadores”; de los segundos, que eran hijos de Zebedeo y que componían las redes. “Ellos, dejando luego la barca y a su padre, le siguieron”, dice de los últimos⁵. Lucas explica que Juan y su hermano Santiago eran socios de Pedro, y según este evangelista los cuatro se unieron a Jesús después del milagro hecho en la suegra de Pedro que padecía fiebres, y de la pesca milagrosa. En el evangelio de Juan está dicha otra cosa: que Juan y Andrés, el hermano de Simón Pedro, fueron los primeros discípulos, y que se unieron a su maestro mientras estaban todos reunidos con Juan el evangelista. Juan refiere que Andrés condujo a su hermano Simón hasta Jesús, “que, fijando en él la vista, dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro””⁶. Por lo demás, a lo largo de los cuatro evangelios se dan numerosos datos sobre las dos parejas de hermanos; se sabe que la madre de Juan y de Santiago se llamaba Salomé, que le pidió a Jesús un lugar de privilegio para sus hijos en el próximo reino de Cristo; que a esos dos hijos los llamó Jesús Boanerges, “hijos del trueno”, sin duda a causa del carácter fogoso, estallante, que tenían. La posición social de Juan y de Santiago puede deducirse del hecho de que eran hijos de un dueño de barca; y de la ambición de la madre, que quería para ellos puestos de categoría en el nuevo reino, así

⁴ Mateo, 9; 13.

⁵ Mateo, 4; 18 al 22.

⁶ Juan, 1; 41 y 42.

como del final de Santiago, que murió en martirio, y de los escritos de Juan, se extrae la psicología de estos discípulos. En cuanto a Simón Pedro, es su personalidad la que más destacada queda en los evangelios, gracias sobre todo a que por haber sido el primer jefe de la Iglesia Católica los evangelistas recordaron con frecuencia sus palabras y sus hechos mientras peregrinaba con Jesús por la Galilea y la Judea.

Pero de Judas Iscariote, de cuándo, cómo y por qué se unió a Jesús, nada sabemos. De su propio nombre y del hecho de que el padre se llamaba Simón de Kerioth se colige que no era galileo; precisamente, el único entre los discípulos que no era galileo. Pero ignoramos cómo llegó hasta Jesús, qué oficio tenía, desde cuándo vivía en la zona del Lago de Genesareth —conocido también como Mar de Galilea y Mar de Tiberíades—, que fue donde el que se llamaba a sí mismo Hijo del Hombre reclutó a sus más cercanos seguidores.

Es lástima que carezcamos de esos datos, pues tal vez con ellos tendríamos algunas bases para conocer sus antecedentes. Judas es, sin duda, el más importante de todos los discípulos en las escenas finales, y por lo mismo las de mayor categoría dramática de la vida de Jesús; y de tal hombre, que tan trascendental papel iba a jugar en uno de los acontecimientos más notables de la humanidad, no tenemos antecedentes; apenas su nombre y el de su padre, y, por ambos, la deducción de que no era galileo.

La primera vez que se le menciona es en el evangelio de Mateo, al final de la relación de los discípulos. Concretamente dice: “Y Judas Iscariote, el que le traicionó”⁷. Marcos⁸ coloca su nombre también al final: “... y a Judas Iscariote, el que

⁷ Mateo, 10; 4.

⁸ Marcos, 3; 19.

le entregó” Lucas hace lo mismo: “Y Judas Iscariote, que fue el traidor”⁹. Juan, que no da relación completa de los discípulos, menciona a Judas por vez primera interpretando él una frase que pone en boca de Jesús.

Se trata de un episodio que ningún otro evangelista ofrece. Jesús ha hablado en Cafarnaum en forma tan audaz que los discípulos se han alarmado. Según Juan¹⁰, “luego de haberle oído, muchos de sus discípulos dijeron: ¡duras son estas palabras! ¿Quién puede oírlas? Conociendo Jesús que murmuraban de esto sus discípulos, les dijo: ¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué sería si vierais al Hijo del Hombre: Subir allí donde estaba antes? El espíritu es el que da la vida, la carne no aprovecha para nada. Las palabras que yo he hablado son espíritu y son vida; pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque sabía Jesús desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que había de entregarle. Y decía: Por esto os dije que nadie puede venir a mí si no le es dado de mi Padre. Desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron, y ya no le seguían, y dijo Jesús a los doce: ¿Queréis irs vosotros también? Respondióle Simón Pedro: Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Santo de Dios. Respondióle Jesús: ¿No he elegido yo a los doce? Y uno de vosotros es un diablo. Hablaba de Judas Iscariote, porque éste, uno de los doce, había de entregarle”.

Es de notar, en leyendo este relato, que según Juan entre los seguidores de Jesús había muchos que no creían, y no da sus nombres; que otros muchos dejaron de ir tras su maestro, y tampoco da sus nombres. Pero cuando pone en boca de Jesús la frase “Y uno de vosotros es un diablo”, entonces Juan

⁹ Lucas, 6; 16.

¹⁰ Juan, 6; 60 al 71.

agrega, de su cosecha, que su maestro “hablaba de Judas Iscariote, porque éste, uno de los doce, había de entregarle”. Como se ve, la de Juan es una versión más amplia, de “el que lo traicionó” de Mateo, “el que le entregó”, de Marcos y “el que fue el traidor” de Lucas. Hasta este momento los evangelistas juzgan, pero no dan testimonio alguno sobre hechos o palabras de Judas.

El primero va a darlo Juan. Oigámosle: “Seis días antes de la Pascua vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Le dispusieron allí una cena; y Marta servía, y Lázaro era de los que estaban a la mesa con Él. María, tomando una libra de unguento de nardo legítimo, de gran valor, ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos, y la casa se llenó del olor del unguento. Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que había de entregarle, dijo: “¿Por qué este unguento no se vendió en trescientos denarios y se dio a los pobres? Esto decía, no por amor a los pobres, sino porque era ladrón, y, llevando él la bolsa, hurtaba de lo que en ella echaban”. Pero Jesús dijo “Déjala, lo tenía guardado para el día de mi sepultura. Porque pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a mí no me tenéis siempre”¹¹.

En la historia de la tragedia que se inició con el bautizo de Jesús, es ésta la primera vez que se individualiza a Judas, que se le oye hablar, y a través de las palabras que le atribuye Juan se ve a un hombre de carácter más bien seco, preocupado por cosas esenciales, enemigo del derroche y de cuanto suponga abandono de deberes. Pues que ellos están predicando el evangelio a los pobres, difundiendo el amor y la calidad entre los hijos de mujeres, no debe malgastarse dinero en lujos, sino que debe dárseles ese dinero a los pobres.

¹¹ Juan, 12; 1 al 8.

Ahora bien, ¿fue sólo Judas quien dijo tales palabras? ¿Es posible que de haber sido él su único autor un testigo presencial como Mateo lo olvidara, ya que tan destacado papel iba a tener el Iscariote pocos días después en la conspiración que culminó en el Gólgota? ¿Lo hubiera olvidado Pedro, de quien tomó Marcos tantos datos para su evangelio?

Cuando escribe sobre la escena del unguimiento, Mateo¹² es preciso y achaca el disgusto por el derroche a “los discípulos”, esto es, a todos; y Marcos, que en este caso sigue muy de cerca a Mateo, asegura que “había algunos que, indignados, se decían unos a otros: ¿Para qué se ha hecho este derroche de unguento?”¹³. Lucas da otra versión. Según Lucas, la escena ni siquiera sucedió en Betania, y no fueron “los discípulos”, ni “algunos que, indignados”, murmuraban entre sí, quienes protestaron; y mucho menos, desde luego, Judas; sino que “le invitó un fariseo a comer con él, y entrando en su casa se puso a la mesa. Y de aquí que llegó una mujer pecadora que había en la ciudad, la cual, sabiendo que estaba a la mesa en casa del fariseo, con un pomo de alabastro de unguento se puso detrás de Él, junto a sus pies, llorando, y comenzó a bañar con lágrimas sus pies y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y besaba sus pies y los ungía con el unguento. Viendo lo cual, el fariseo que le había invitado dijo para sí: Si éste fuera profeta conocería quién y cuál es la mujer que le toca, porque es una pecadora”¹⁴.

Como se ve, hay dos versiones muy parecidas. Es muy probable que la de Mateo y la de Marcos hayan sido originalmente la misma. Hay otras dos que son distintas entre sí y distintas de las de Mateo y Marcos. Para Juan, quien unge es

¹² Mateo, 26; 6 al 13.

¹³ Marcos, 14; 3 al 9.

¹⁴ Lucas, 7; 36 al 39.

María, la hermana de Marta y de Lázaro; para Lucas, es una pecadora sin nombre. De la suma de esas dos versiones ha salido la de María Magdalena rompiendo el vaso de alabastro a los pies de Jesús, y de tal suma la absurda leyenda de que Judas, enamorado de María Magdalena, sintió celos de Jesús y decidió venderle.

Para Juan, Mateo y Marcos, la cena tiene lugar en Betania; Juan asegura que en la casa de Lázaro; Mateo y Marcos, que en la de Simón el leproso. Esto último, sin embargo, carece de importancia; lo importante es que tres de los evangelistas dan la cena por realizada en Betania, lo cual quiere decir que quien invitó no fue, desde luego, el fariseo mencionado por Lucas.

En buena técnica de estudio histórico, y sabiendo como sabemos que Lucas tomó referencias de documentos y de algunos seguidores de Jesús, debemos admitir que en este caso Lucas no fue informado correctamente en cuanto a detalles. En esencia, y para los fines de la doctrina cristiana, eso no tendría importancia, puesto que lo que resalta en su versión del unguimiento es la infinita caridad de Jesús, su amor a los humildes y su ternura frente al arrepentimiento. Pero para un análisis serio sobre la personalidad de Judas es de gran valor saber si él dijo o no dijo lo que le atribuye Juan; sobre todo si sólo él protestó.

La contradicción de Lucas con sus compañeros evangelistas no termina ahí, sino que también se contradice en la descripción del hecho mismo, ¿pues cómo se concibe que una pecadora se atreva a entrar en la casa de un fariseo, aunque ese fariseo no sea ortodoxo en el cumplimiento de la Ley, ya que ha recibido en su hogar a Jesús, enemigo de su secta, y le ha invitado a comer? En este caso debemos desechar el evangelio de Lucas y atenernos a Juan, Mateo y Marcos. Una comparación de estos tres deberá dejarnos en claro quién testimonia correctamente.

Es evidente que Mateo y Marcos. Se trata de tres versiones, entre las cuales dos coinciden en lo esencial, y una discrepa. Aquí no puede haber titubeos en la elección. Pero además, nótese que al achacar sólo a Judas las palabras que Mateo y Marcos ponen en boca de todos o de algunos de sus compañeros, Juan explica que hablaba así “porque era ladrón, y, llevando él la bolsa, hurtaba de lo que en ella echaban”. En la descripción de la cena final, y gracias al propio Juan, sabemos qué quiere decir él cuando afirma que Judas llevaba la bolsa”. Eso significa que Judas era el tesorero del grupo, quien guardaba los dineros y hacía las compras. Esta condición de tesorero viene bien con el carácter del hombre que protesta por el derroche de trescientos denarios en unguento de nardos; y de las versiones de Mateo y de Marcos no se desprende que Judas no protestara, sino que no lo hizo solo; que habló, disgustado, al mismo tiempo que todos o que algunos.

Para Juan, nada más que el Iscariote protesta, y a seguidas le acusa de ladrón. Ningún otro evangelista, ni Pedro, que le menciona en el Libro de los Hechos de los Apóstoles, lanza sobre Judas esa acusación. Pero hay algo más: Juan, el mismo Juan que llama a Judas ladrón, dirá después, en la descripción de la última cena, que Judas era todavía el tesorero del grupo. Hasta el último momento, pues, el Iscariote guarda los dineros. ¿Hubiera podido hacerlo hasta entonces de haber sido ladrón; lo hubiera consentido Jesús; lo hubieran permitido los restantes discípulos?

Es lamentable que el testimonio de Juan no sea correcto, pues de serlo tendríamos un rasgo de Judas bastante significativo: el de atreverse a protestar, él solo, en medio del silencio de todos los restantes, por un homenaje rendido a su maestro; y además sabríamos que era ladrón, y ello denotaría un grado tal de codicia que podría explicar la venta de Jesús. Pero no sucede así; y de lo que afirma Juan sólo se sacan en

consecuencia dos hechos, cuyo conocimiento complica en grado sumo el estudio de la psicología de Judas: uno es que protestó, junto con todos sus compañeros, o con algunos de ellos, por el derroche del unguento de nardos —ese unguento que llenó de su olor toda la casa—, y el otro es que Judas guardaba los dineros del grupo. Los dos hechos se complementan, encuadran perfectamente, pues quien guarda los dineros debe tener carácter, ser capaz de ver un gasto de trescientos denarios y proclamar que no debe hacerse. Pero resulta que un hombre así es de fiar. ¿Cómo se explica que ese mismo hombre vendiera pocos días después a su maestro?

Ignoramos quién designó a Judas ecónomo de la congregación formada por Cristo y sus discípulos. No lo dicen los evangelistas. Podríamos suponer que lo hizo el mismo Jesús; podríamos suponer que fue el producto de un acuerdo entre los interesados; podríamos pensar que Judas fue convirtiéndose poco a poco en el guardián de los dineros comunes. Si Judas hubiera entrado en la comunidad antes que Mateo nos explicaríamos que él, y no éste, tuviera esa función, como hubiera podido tenerla cualquier otro que se hubiera unido a Jesús antes que el antiguo publicano. Porque Mateo era recolector de impuestos cuando Jesús le invitó a seguirle, y por tanto estaba familiarizado con la administración de fondos; y habiendo sido, como fue, de los primeros discípulos, sólo se explica que la tarea de “llevar la bolsa” recayera en uno que se agregó a la congregación más tarde, si se admite que éste demostró más aptitudes o más entereza de carácter. No podemos precisar en qué momento Judas entró a formar parte del conjunto de discípulos, pero sí sabemos con certeza que no fue antes que Mateo. Ahora bien, si estas disquisiciones no pasan de ser eso, en lo que no puede haber duda es en que la función del tesorero, sin entrar a considerar el origen de esa función, reclamaba determinadas condiciones, y quien

la desempeñara debía, además, gozar de la confianza de Jesús. Esto último, naturalmente, podía suscitar envidias.

La costumbre de tener los bienes del grupo en mano de uno de ellos no era nueva en las asociaciones de tipo religioso que abundaban en la tierra de Elías. Así lo hacían los esenios, que se establecían lejos de las ciudades y que se reunían en número a veces de miles. En los confines de Galilea abundaban los núcleos de esenios. No se sabe qué virtudes exigían de su tesorero, qué autoridad le daban, hasta qué límite llegaban sus funciones; no es fácil, pues, colegir por analogía cuáles eran las de Judas entre sus compañeros. Lo ignoramos todo, excepto que, igual que entre los esenios, Jesús y sus discípulos tenían un tesorero. Y que ése era Judas Iscariote.

¿Pero por qué precisamente él, vale decir, el extranjero? Pues he aquí que Judas resultaba un extranjero, desde el punto de vista de su origen, entre Jesús y los discípulos. Con excepción del Iscariote, todos los demás, empezando desde luego por el propio Jesús, eran galileos. Los galileos no eran bien queridos en Jerusalén, donde su tierra era llamada “Galilea de los gentiles”, esto es, de los no adeptos al Dios de Israel; y es probable que esa aversión se extendiera más hacia el sur hasta llegar a Kerioth, de donde era Judas. Por lógica correspondencia los galileos no podían querer a las gentes del sur.

El galileo era apasionado, vehemente, hecho a las rebeliones. De los hombres que rodean a Jesús, dos dan netamente el perfil de su raza; son Simón Pedro y Juan; duro, agresivo, contradictorio el primero; imaginativo y sensible el segundo y ambos inflamables, emotivos. Era frecuente encontrar en Galilea muchedumbre en pos de profetas y reformadores. Cuando, muerto ya Jesús, el Sanhedrín se reunió para juzgar a Pedro y a algunos de sus compañeros, “un fariseo de nombre Gamaliel, doctor de la Ley, muy estimado de todo el pueblo”, miembro del Sanhedrín, se levantó para recomendar

prudencia. “Mirad bien lo que vais a hacer con estos hombres”, dijo; y a seguidas recordó que cuando se levantó Judas el Galileo, en los días del empadronamiento ordenado por Augusto, “arrastró al pueblo en pos de sí”¹⁵. La gente de Israel sabía que tras el empadronamiento llegarían los impuestos, y según la ley de Moisés ellos debían tributo sólo a Dios. Pero fue en Galilea donde se alzó la protesta armada. Los galileos no entendían otro lenguaje que el de la acción. En cambio en Jerusalén se hablaba.

Los galileos no eran como los hierosimitanos, y probablemente los naturales del sur de Jerusalén tampoco lo eran. Los primeros se distinguían hasta en su habla, aunque usaran el idioma común a todo el pueblo de Israel, que era el arameo; al parecer, en Galilea no se pronunciaban ciertas consonantes como lo hacían en Jerusalén y seguramente más al sur. Su acento era tan marcado que sólo por él identifican a Simón Pedro la noche de la aprehensión de Jesús. Así lo dice Mateo¹⁶: “Entretanto Pedro estaba sentado fuera en el atrio, se le acercó una sirvienta diciendo: Tú también estabas con Jesús de Galilea. Él negó ante todos, diciendo: No sé lo que dices. Pero cuando salía hacia la puerta le vio otra sierva y dijo a los circunstantes: Éste estaba con Jesús el Nazareno. Y de nuevo negó con juramento: No conozco a ese hombre. Poco después se llegaron a él los que allí estaban y dijeron: Ciertamente que tú eres de los suyos, pues tu mismo hablar te descubre. Entonces comenzó él a maldecir y a jurar: ¡Yo no conozco a ese hombre!”.

Hechos a sus costumbres, a su lengua, a sus tradiciones regionales, y hechos sobre todo a saberse despreciados por la gente del sur —y hacia el sur quedaba Jerusalén—, los compañeros de Judas tuvieron necesariamente que guardar para

¹⁵ Apóstoles, 5; 34 al 37.

¹⁶ Mateo, 26; 69 al 74.

el Iscariote —esto es, natural de Kerioth o Cariote, que quedaba al sur— esa especie de distancia que separa a los hombres cuyos recuerdos más lejanos no se refieren a un mismo lugar, cuyos gustos por la comida no son iguales, cuyos conocidos más antiguos no son los mismos, cuyos juegos infantiles fueron distintos. Los discípulos de Jesús eran gente primaria, la mayoría de ellos pescadores de dura vida, “sin letras y plebeyos”, tal como de Pedro y de Juan se afirma en el Libro de los Hechos de los Apóstoles¹⁷.

La distancia que los discípulos de Jesús guardan para su compañero no galileo se advierte en los evangelios. A lo largo de ellos se mencionan otros discípulos, sus preguntas, sus opiniones; de muchos se refieren las circunstancias en que se unieron a Jesús. De Judas, ni una palabra. Judas sólo sale a la luz para ser acusado; y eso, a despecho de que por su función de tesorero el Iscariote tenía que ser, por fuerza, de los más destacados entre ellos. Claro que el silencio en torno a Judas podría deberse, en mucho, a su carácter; pues si hubiera hecho preguntas ingenuas o interesadas, si hubiera flaqueado en su fe, como Simón Pedro, los evangelistas no se lo habrían callado.

Juan llama a Judas ladrón. Nadie más lanzará sobre él tal acusación; ni siquiera el propio Juan la repetirá. Hasta la aprehensión de Jesús, Judas sigue siendo tesorero, lo cual prueba que no robaba. No hay razón alguna para llamar a Judas ladrón. Si la hay, nadie la conoce. Pero conocemos el corazón del hombre. Judas guarda los dineros, lo cual es causa suficiente para que se le vea con cierta ojeriza, sobre todo si para esa función fue elegido por Jesús —lo que pudo haber sucedido, aunque no haya datos que lo digan—; y quien guarda los dineros, si bien merece confianza de quien funge como jefe, también produce disgustos entre sus iguales cuando administra con demasiado celo.

¹⁷ Apóstoles, 4; 13.

¿Por qué llama Juan ladrón a Judas? ¿No sería que acaso, en su dulce lengua aramea, ligeramente quemados sus corazones por la envidia con que ven al extraño desempeñar un cargo de confianza en el grupo; no será que entre sí, hablando durante las ausencias de Jesús, cuando éste se va a orar a solas, disgustados porque el tesorero regatea cuando se trata de comprar comida y demanda viandas escasas para el consumo del grupo; no será, se nos ocurre pensar, que entre ellos, los galileos, que son once, mancillan sus corazones con el odio y murmuran contra Judas llamándole así, como años después lo dejará escrito Juan?

Las escasas palabras que Juan dedica a Judas antes de entrar a describir la cena final sugieren mucho, pero no afirman nada, puesto que se trata de opiniones de Juan que no son compartidas por sus compañeros ni consagradas por los hechos. Es, sin embargo, cuanto tenemos para la revisión del juicio que pesa sobre el Iscariote. Judas Iscariote empieza en verdad a nacer para la Historia sólo durante la última cena, esto es, cuando se inicia el acto final del gran drama en que él ha de figurar como encarnación de la villanía. A él le toca ser un personaje que actúa más brevemente que muchos de sus compañeros, a pesar de lo cual el destino le reserva un lugar de ludibrio tan eterno en la maldición y en el odio como el de Jesús en la bendición y en el amor.

III

Juan dice que la cena de Betania, durante la cual fue ungido Jesús por la hermana de Marta y de Lázaro, tuvo lugar seis días antes de la Pascua judía. Esto quiere decir que Jesús y su grupo estuvieron en Betania el domingo. Ese día había comenzado la semana pascual.

La Pascua era la más solemne celebración de Israel, pues había sido ordenada a Moisés por el mismo Dios, en Egipto, para conmemorar la salida del pueblo hebreo, de la esclavitud bajo los faraones hacia la tierra de Canaán. He aquí lo que oyó el patriarca, de la voz de Yavé, tal como está relatado en el Libro del Éxodo¹.

“Este mes será para nosotros el comienzo del año, el mes primero del año. Hablad a toda la asamblea de Israel y decidles: El día diez de este mes tome cada uno según las casas paternas una res menor por cada casa. Si la casa fuere menor de lo necesario para comer la res, tome a su vecino, al de la casa cercana, según el número de personas, computándolo para la res según lo que cada cual pueda comer. La res será sin defecto, macho, primal, cordero o cabrito. Lo reservaréis hasta el día catorce de este mes y todo Israel lo inmolará entre dos luces. Tomarán de su sangre y untarán los postes y el dintel de la casa donde se coma. Comerán la carne esa misma noche, la comerán asada al fuego, con panes ácimos y lechugas

¹ Éxodo, 12; 1 al 14 y del 19 al 20.

silvestres. No comerán nada de él crudo, ni cocido al agua; todo asado al fuego, cabeza, patas y entrañas. No dejaréis nada para el día siguiente; si algo quedare, lo quemaréis. Habéis de comerlo así; ceñidos los lomos, calzados los pies, y el báculo en la mano, y comiendo de prisa, pues es el paso de Yavé. Esa noche pasará yo por la tierra de Egipto y mataré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los animales, y castigaré a todos los dioses de Egipto. Yo, Yavé. La sangre servirá de señal en las casas donde estéis; yo veré la sangre, y pasará de largo, y no habrá para vosotros plaga mortal cuando yo hiera la tierra de Egipto. Ese día será para vosotros memorable y lo celebraréis solemnemente en honor de Yavé de generación en generación, será una fiesta a perpetuidad... Por siete días no habrá levadura en vuestras casas, y quien coma pan fermentado será borrado de la congregación de Israel, sea extranjero o indígena. No comeréis pan fermentado; en todas vuestras moradas se comerán panes ácimos”.

Jesús no llegaría a ver esa Pascua. El jueves, después de comer el pan agrio que distribuyó entre sus discípulos como símbolo de su cuerpo, y de beber el vino que repartió entre ellos como representación de su sangre, sería hecho preso en el Huerto de los Olivos, llevado a casa de Anás, interrogado luego en la de Caifás, juzgado el viernes a primera hora del día por el Sanhedrín —el gran consejo religioso de Israel—, entregado a Pilatos esa mañana, enviado por éste a presencia de Herodes y devuelto por Herodes al procurador romano, y por fin crucificado en el Gólgota.

Entre la cena de Betania, el domingo, y la cena final, el jueves, no sabemos qué hizo Jesús; pero podemos colegir cómo se hallaba. Los evangelistas nada cuentan de esos días, y por tanto resultan oscuros. Mateo, por ejemplo,² dice que “el día

² Mateo, 26; 17 y 18.

primero de los Ácimos se acercaron los discípulos a Jesús y le dijeron: ¿Dónde quieres que preparemos para comer la Pascua? Él les dijo: Id a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está próximo, quiero celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos”. “Mi tiempo está próximo”, dice aquí; en la cena de Betania ha dicho que María tenía el unguento “guardado para el día de mi sepultura”.

Como se ve, en el alma del Hijo de David va operándose una angustiosa transformación, que ha de llegar a su más alta nota la noche del jueves, poco antes de ser aprehendido. Esta semana, iniciada, de hecho, como el unguimiento, no ha de terminar para Jesús. No verá su final. Jesús comienza a comprender que la muerte ronda en su torno, y anuncia su fin, que está cercano.

Por otra parte, ¿desde cuándo no sabía Jesús que estaba creándose enemigos y que la sede del poder de esos enemigos era Jerusalén? ¿No lo había dicho ya?, cuando clamó: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados!”³; ¿y no lo sintió así cuando lloró a la vista de la ciudad?⁴ En Jerusalén están juntos los más ricos de los saduceos, los más fanáticos de los fariseos, los más irritables de los escribas.

En Israel no hay más leyes que las religiosas —excepto, desde luego, si se delinque contra el poder romano, en cuyo caso se aplican las leyes de Roma—, pero ellas son rígidas, llegan a la pena de muerte, y aun de muerte con martirio, y quien las aplica es el Sanhedrín, máxima autoridad de Israel. Ese Sanhedrín, supremo consejo judaico, está formado sobre todo por saduceos y fariseos. Como veremos después, antes aun de la cena de Betania el Sanhedrín había resuelto que Jesús debía morir.

³ Lucas, 13; 34.

⁴ Lucas, 19; 41.

Es muy importante saber que en el seno del Sanhedrín Jesús tenía amigos, como José de Arimatea, que le dio sepultura, y Nicodemo, que llevó unas cien libras de mirra y áloe para ungir el cuerpo sin vida del predicador de la buena nueva. Tratándose de hombres que le dieron esa postrera prueba de amor, nada extraño tendría que ellos le hicieran saber la conspiración del Sanhedrín. Nada lo asegura, pero eso es lo lógico. No es posible que hombres así guardaran silencio, y no es posible que ignoraran lo que se tramaba, dada su posición. Por Juan sabemos que Nicodemo era fariseo “y principal entre los judíos”⁵; Marcos⁶ llama a José de Arimatea “miembro ilustre del Sanhedrín”, y Lucas⁷ afirma que se trataba de un “hombre bueno y justo, que no había dado su asentimiento a la resolución y a los actos” de sus compañeros del Sanhedrín.

Esa conspiración era la última batalla de una lucha entre sombras que había comenzado en el momento mismo en que Jesús empezó a tener pueblo tras sí. Ese pueblo, gobernado a través de preceptos religiosos por el Sanhedrín, halló en el predicador de Galilea a un libertador; pues había llegado a anunciar el reino de Dios para los pobres, para las rameras, para los publicanos, para todos los pecadores, en fin. Hasta que su voz se levantó, ese reino había estado reservado a los que cumplían con los preceptos de Ley; y como el cumplimiento de esos preceptos era costoso, la enorme masa de hombres y mujeres que carecían de fortuna se veían en el caso de violarlos a diario. Jesús se convirtió en el adalid de los pobres, de los pecadores y los impuros. Eso lo condenaba. Sus enemigos lo dijeron muy a las claras cuando vociferaban ante Pilatos

⁵ Juan, 3; 1.

⁶ Marcos, 15; 43.

⁷ Lucas, 23; 50 y 51.

clamando su muerte. “Pilatos dijo a los príncipes de los sacerdotes y a la muchedumbre: Ningún delito hallo en este hombre. Pero ellos insistían diciendo: Subleva al pueblo enseñando por toda la Judea, desde Galilea hasta aquí”⁸.

Mas sucede que no sólo sublevó al pueblo, sino que además fustigaba sin cesar a aquellos que hasta entonces se habían considerado seguros de alcanzar la paz eterna en el regazo de Dios, aspiración suprema de saduceos, fariseos y escribas, doctores de la Ley y comerciantes. Esa gente sospechó de Jesús desde el principio, ¿pues cómo había de tolerarse que encabezara movimiento de tal categoría un hombre que escogía a sus discípulos entre pescadores de Tiberíades, ignorantes y plebeyos; un predicador que recorría los caminos seguido de leprosos, endemoniados y ramera?

Puesto que la vida de Israel giraba en torno de la religión, ¿cómo no iban a encolerizarse, primero, y a perseguirle después, aquellos a quienes Jesús negaba derecho para entrar en el cielo? ¿No era ese galileo quien ofrecía el seno del Padre, hasta entonces reservado a los poderosos, para los pobres y los perseguidores y se lo negaba a los ricos; no era ése quien afirmaba: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos... Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos”⁹; no andaba diciéndoles a los pobres: “Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo”¹⁰. ¿Y no era ese mismo el que aseguraba, tras ofrecer el reino de Dios a los pobres y a los pecadores, que “es más fácil a un camello pasar por el hondón de una aguja que a un rico entrar” en el mismo reino?

⁸ Lucas, 23; 4 y 5.

⁹ Mateo, 5; 8 y 10.

¹⁰ Mateo, 5; 13 y 14.

Marcos cuenta¹¹ que un joven rico le preguntó a Jesús qué debía hacer para alcanzar la vida eterna. La respuesta del Hijo del Hombre fue: “No matarás, no adulterarás, no robarás, no levantarás falso testimonio, no harás daño a nadie, honra a tu padre y a tu madre. Él le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. Jesús, poniendo en él los ojos, le amó, y le dijo: una sola cosa te falta; vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, sígueme. Ante esas palabras se anubló su semblante y fuese triste, porque tenía muchas haciendas. Mirando en torno suyo, dijo Jesús a los discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen haciendas! Los discípulos se quedaron espantados al oír esta sentencia. Tomando entonces Jesús de nuevo la palabra, les dijo: Hijos míos, ¡cuán difícil es entrar en el reino de los cielos! Es más fácil a un camello pasar por el hondón de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios. Más aún se espantaron, y decían entre sí: Entonces, ¿quién puede salvarse?”.

Sí; ¿quién podía salvarse entonces, si hasta que Jesús dijo lo contrario el reino de Dios era para los que podían pagar los requerimientos de la Ley? Los discípulos se espantaban de oír cosas tan audaces; y no es ésa la única vez que se escandalizan. Ya hemos visto lo que cuenta Juan acerca de la reacción del grupo después de la predicación hecha por Jesús en la sinagoga de Cafarnaum. Juan dice que “desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron, y ya no le seguían”; que habían murmurado entre sí y expresado: “¡Duras son estas palabras! ¿Quién puede oírlas?”. Y si así se sintieron y así hablaron sus seguidores, esos mismos a quienes el predicador ofrecía la bienaventuranza de la vida eterna, ¿qué no debían sentir y expresar y hacer aquellos a quienes se la negaba?

¹¹ Marcos, 10; 17 al 27.

Esos eran escribas, doctores de la ley, comerciantes y dueños de tierras, fariseos y saduceos. De los comerciantes y dueños de tierras y ganados, esto es, de los ricos, ya hemos visto lo que decía. De los escribas, he aquí lo que predicaba: “Guardaos de los escribas, que gustan de pasearse con rozagantes túnicas, de ser saludados en las plazas y de ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes, mientras devoran las casas de las viudas y simulan largas oraciones. Estos tendrán un juicio muy severo¹². Y de los fariseos: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos! Ni entráis vosotros ni permitís entrar a los que querían entrar. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un solo prosélito, y luego de hecho, le hacéis hijo de la gehena, dos veces más que vosotros! ¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: Si uno jura por el templo, eso no es nada; pero si jura por el oro del templo queda obligado! ¡Insensatos y ciegos! ¿Qué vale más, el oro o el templo que santifica el oro? Y si alguno jura por el altar, eso no es nada; pero si jura por la ofrenda que está sobre él, ése queda obligado. Ciegos, ¿qué es más, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? Pues el que jura por el altar, jura por él y por lo que está encima de él. Y el que jura por el templo, jura por él y por quien lo habita. Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que en él se sienta. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que diezmáis la menta, el anís y el comino, y no os cuidáis de lo más grave de la Ley; la justicia, la misericordia y la buena fe! Bien sería hacer aquello, pero sin omitir esto. Guías ciegos, que coláis un mosquito y os tragáis un camello. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que limpiáis por de fuera la copa y el plato, que por

¹² Marcos, 12; 38 al 40.

dentro están llenos de rapiñas y codicias! Fariseo ciego, ¡limpia primero por dentro la copa y el plato y límpialos también luego por de fuera, mas por dentro llenos de huesos de muertos y de toda suerte de inmundicia! Así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres, mas por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad”¹³.

En cuanto a los saduceos, secta de ricos, a las cuales pertenecían el sumo sacerdote José Caifás y su suegro Anás —las verdaderas cabezas gobernantes del Sanhedrín—, a ellos no sólo los hería Jesús predicando contra las riquezas y quienes las habían, y predicando la resurrección, a la que eran opuestos, sino que los hirió en sus bienes expulsando del templo a los vendedores de animales y a los cambiistas. Los numerosos negocios que había en el templo dejaban buenas ganancias en manos de influyentes saduceos, muchos de los cuales eran también sacerdotes, miembros del Sanhedrín. En esos negocios se vendían los animales para los sacrificios y se cambiaban las monedas que llevaban a Jerusalén los acaudalados peregrinos que llegaban de Roma, de Alejandría y de las ciudades griegas.

¿Qué de extraño tiene, pues, que ocurriera lo que cuenta Juan? He aquí a este evangelista¹⁴: “Convocaron entonces los príncipes de los sacerdotes y los fariseos una reunión, y dijeron: ¿Qué hacemos, que este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en Él, y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ¿no comprendéis que conviene que muera un hombre por todo el pueblo, no que perezca todo el pueblo? No dijo esto por sí mismo, sino que, como era pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por el pueblo”.

¹³ Mateo, 23; 13 al 28.

¹⁴ Juan, 11; 47 al 51.

Esta reunión de “los príncipes de los sacerdotes y fariseos” fue anterior a la cena de Betania, puesto que ocurrió a raíz de la resurrección de Lázaro y fue provocada a causa de la impresión que produjo ese milagro. Además, Juan es explícito en el sentido de que la reunión en que así habló José Caifás tuvo lugar antes de las fiestas pascuales.

¿Supo Jesús algo sobre el acuerdo de sus enemigos? Sí, y el propio Juan lo dice cuando afirma¹⁵: “Desde aquel día tomaron la resolución de matarle”.

Si Juan lo sabía, necesariamente lo sabía también su maestro. Juan visitaba la casa de Anás. Es el propio Juan quien lo confiesa, primero indirectamente, y después directamente, Juan es el único que conoce el nombre del siervo de Caifás herido por Simón Pedro en el momento en que Jesús es aprehendido, es él quien explica que su maestro fue llevado del Huerto de los Olivos a la casa de Anás, y da la razón: porque éste “era suegro de Caifás”; es él quien afirma que entre los que interrogaron a Pedro sobre sus nexos con Jesús había uno que era “pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja”¹⁶. La descripción que hace Juan de lo que está ocurriendo en el atrio de la casa de Anás mientras éste interroga a Jesús es tan viva que sólo puede haberla hecho quien estuvo allí. Además, he aquí una prueba directa: “Seguían a Jesús, Simón Pedro y otro discípulo. Este discípulo era conocido del pontífice”¹⁷.

Todos los tratadistas, católicos y laicos, están de acuerdo en que esa expresión “otro discípulo” era la usada por Juan para designarse a sí mismo.

Esto demuestra que Juan visitaba la casa de Anás, y probablemente a menudo, puesto que conocía los nombres de los siervos de su yerno Caifás, y hasta los parentescos entre la

¹⁵ Juan, 11; 53.

¹⁶ Juan, 18; 26.

¹⁷ Juan, 18; 15.

servidumbre. La servidumbre conocía también al evangelista. Está dicho por él mismo¹⁸: “Salió, pues, el otro discípulo, conocido del pontífice, y habló a la portera e introdujo a Pedro. La portera dijo a Pedro: ¿Eres tú acaso de los discípulos de este hombre? Él dijo: No soy. Los siervos del pontífice y los alguaciles habían preparado un brasero, porque hacía frío, y se calentaban, y Pedro estaba también con ellos calentándose”. (Incidentalmente debemos convenir en que los siervos de Anás ignoraban que Juan era discípulo de Jesús, o si lo sabían no interrogaban a Pedro con malos propósitos, pues en ese caso los hubieran tenido también para Juan).

El íntimo conocimiento que tenía Juan de la casa de Anás, y su trato con el anciano saduceo a quien el propio Sanhedrín reconocía una superior autoridad —era ese “otro discípulo, conocido del pontífice”—; y el hecho mismo de que sea él el único que da testimonio de la reunión habida para acordar la muerte de Jesús, confiere a sus noticias sobre tal reunión un alto valor.

No sería aventurado afirmar que Juan fue informado a tiempo y que no lo hizo saber a Jesús. Así lo asegura el propio Juan cuando, inmediatamente después de afirmar que “desde aquel día tomaron la resolución de matarle”, escribe: “Jesús, pues, ya no andaba en público entre los judíos; antes se fue a una región próxima al desierto, a una ciudad llamada Efrein, y allí moraba con los discípulos. Estaba próxima la Pascua de los judíos, y muchos subían del campo a Jerusalén antes de la Pascua para purificarse. Buscaban, pues, a Jesús, y unos a otros se decían en el templo: ¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta? Pues los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes para que, si alguno supiese dónde estaba, lo indicase, a fin de echarle mano”¹⁹. Ese “Jesús, pues”, con

¹⁸ Juan, 18, 16 al 18.

¹⁹ Juan, 18; 54 al 57.

que encabeza Juan el versículo 54 indica claramente que Jesús se fue a Efrein para eludir la persecución, puesta en marcha ya desde que en la mencionada reunión del Sanhedrín se tomó “la resolución de matarle”.

Cuando María, la hermana de Lázaro y de Marta, ungió sus pies y los discípulos protestaban porque estaban derrochándose trescientos denarios que muy bien podían destinarse a los pobres, Jesús sabía ya que la conspiración para quitarle la vida iba tomando cuerpo. De ahí que afirme, cuando oye las críticas de sus discípulos: “Dejadla; ¿por qué la molestáis? Una buena obra es la que ha hecho conmigo; porque pobres siempre los tenéis con vosotros, y cuando queráis podéis hacerles bien; pero a mí no siempre me tenéis. Ha hecho lo que ha podido, anticipándose a ungir mi cuerpo para la sepultura”²⁰.

Esa conciencia de que sus enemigos le acechan, de que el cerco va haciéndose más estrecho a medida que pasan los días; esa sensación de que la muerte le ronda crece por horas. Así se explica que entre la cena de Betania, que tiene lugar el domingo, y la última que ha de celebrar en la tierra, llamada a realizarse el jueves, se alce hasta un crescendo insufrible la angustia que padece. Él, Jesús, el Hijo de David, sabía que en la lucha comenzada cuando empezó a rodearle el pueblo, sus enemigos llevaban la mejor parte. Porque tenían a su favor la tradición, la riqueza y el poder. Y tenían, además, el ánimo feroz de los perseguidores. “Desde aquel día tomaron la resolución de matarle”, afirma Juan.

El Cordero del Señor marchaba derechamente hacia el sacrificio.

²⁰ Marcos, 14; 6 al 8.

IV

Las peripecias de esa lucha, que terminaría siendo a muerte, abundan en los evangelios, si bien no en el orden debido para que podamos saber a ciencia cierta cuándo empezaron a librarse.

La primera vez que Cristo da constancia de que conoce el propósito de sus enemigos, y su crueldad, es, según Mateo¹, cuando envió a los discípulos a predicar en su nombre: “Os envió como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los sanedrines y en sus sinagogas os azotarán. Seréis llevados a los gobernadores y reyes por amor de mí, para dar testimonio ante ellos y los gentiles. Cuando os entreguen, no os preocupe qué hablaréis, porque se os dará en aquella hora lo que debéis decir. No seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hable en vosotros. El hermano entregará al hermano a la muerte, el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les darán muerte. Seréis aborrecidos de todos por mi nombre; el que persevere hasta el fin, ése será salvo. Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra; y si en ésta os persiguen, huid a una tercera. En verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del Hombre...

¹ Mateo, 10; 16 al 23 y del 33 al 36.

No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, y a la hija de su padre, y la nuera de su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa”.

Jesús tenía conciencia muy clara de lo que sus prédicas estaban produciendo en el orden social de Israel; y sabía que predicando el amor estaba, sin embargo, sembrando el odio en el corazón de sus adversarios. Por eso él mismo fue siempre “prudente como serpiente y sencillo como paloma”; por eso huía de una ciudad a otra, como lo asegura Juan cuando dice que se fue a Efrein porque sus enemigos habían resuelto darle muerte.

La primera vez que se le ve cuerpo a la persecución es cuando los fariseos protestan porque los discípulos van comiendo espigas por el prado en día sábado. Jesús responde poniendo el ejemplo de David, que comió los panes del templo porque tenía hambre, y explica que según la Ley los sacerdotes violan el sábado sin hacerse culpables; a seguidas dice: “Pues yo os digo que lo que aquí hay es más grande que el templo. Si entendierais qué significa ‘Prefiero la misericordia al sacrificio’, no condenaríais a los inocentes. Porque el Hijo del Hombre es señor del sábado”². Esto es, en la primera protesta de los fariseos Jesús se coloca a la ofensiva. Eso explica que cuando realizó el milagro de curar la mano seca de un enfermo en sábado sus enemigos le preguntaron “para poder acusarle ¿Es lícito curar en sábado? Él les dijo: ¿Quién de vosotros, teniendo una oveja, si cae en un pozo en día sábado, no la coge y la saca? Pues ¡cuánto más vale un hombre que una oveja! Lícito es, por tanto, hacer bien en sábado”³. A seguidas el evangelista agrega: “Los fariseos, saliendo, se reunieron en

² Mateo, 12; 6 al 8.

³ Mateo, 12; 9 al 12.

consejo contra Él para perderle”. Es decir, la lucha cobraba ya, casi desde sus inicios, el tono de crueldad con que iba a culminar en el Cerro de las Calaveras.

En los Evangelios menudean las descripciones de las peripecias que van dándose. Marcos⁴ afirma que esos mismos fariseos ante quienes Jesús operó el milagro de la mano seca “se concertaron con los herodianos contra Él para perderle”; y explica que cuando los espíritus impuros, al verle, se arrojaban ante Él y gritaban, diciendo: “Tú eres el Hijo de Dios, Él, con imperio, les mandaba que no lo diesen a conocer”⁵; y cuenta también que cuando Jesús resucitó a la hija de Jairo, “Él, echando a todos fuera, tomó consigo al padre de la niña, a la madre y a los que iban con Él, y entró donde la niña estaba; y tomándola de la mano le dijo: ‘Talitha qumi’, que quiere decir: Niña, a ti te lo digo, levántate. Y al instante la niña se levantó y echó a andar, pues tenía doce años, y se llenaron de espanto. Recomendóles mucho que nadie supiera aquello, y mandó que diesen de comer a la niña”⁶.

Este episodio parece haber sido relatado a Marcos por Simón Pedro, que estuvo presente y fue de los que se quedaron con Jesús en la habitación —esos “que iban con Él”, según Marcos—, lo cual está dicho por Lucas al relatar el mismo milagro⁷: “Llegado a la casa, no permitió que entrasen con Él más que Pedro, Juan y Santiago y el padre y la madre de la niña”. Que Pedro fue quien contó el caso a Marcos se desprende de las palabras “Talitha qumi”, evocadas por alguien que estuvo presente. Es, pues, a Pedro a quien hay que achacarle ese “Recomendóles mucho que nadie supiera aquello”; como es

⁴ Marcos, 3; 6.

⁵ Marcos, 3; 11 y 12.

⁶ Marcos, 5; 40 al 43.

⁷ Lucas, 8; 51.

muy probable que haya sido el propio Pedro quien al evocar ante Marcos la curación del sordomudo en Decápolis —la cual describe con sorprendente riqueza de detalles—, insistiera en que Jesús “Les encargó que no lo dijeren a nadie”⁸. ¿No les prohibió que contaran el episodio de la transfiguración? ¿No asegura Lucas⁹ que Pedro, Santiago y Juan, los únicos discípulos presentes en el momento de la transfiguración, “callaron, y por aquellos días no contaron nada de cuanto habían visto”?

¿Por qué ordenaba Jesús que a nadie contaran esas cosas?

Porque sabía que de llegar a oídos de sus enemigos serían testigos que usarían para prenderle. Que así sentía se ve en la confesión de Pedro, ocurrida mientras la congregación del maestro y sus discípulos recorría las aldeas de Cesárea de Filipo.

El hecho está descrito por Mateo, por Marcos y por Lucas de manera muy parecida; pero es en Lucas donde hallamos la explicación de las repetidas peticiones que les hace Jesús a sus discípulos y a sus seguidores en el sentido de que no cuenten lo que pueda comprometerle. He aquí a Lucas¹⁰: “Aconteció que orando Él a solas, estaban con Él los discípulos, a los cuales preguntó: ¿Quién dicen las muchedumbres que soy yo? Respondiendo ellos, le dijeron: Juan Bautista; otros, Elías; otros, que uno de los antiguos profetas ha resucitado. Díjoles Él: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Respondiendo Pedro, dijo: El Cristo de Dios. Él les prohibió decir esto a nadie, añadiendo: Es preciso que el Hijo del Hombre padezca mucho, y que sea rechazado de los ancianos, y de

⁸ Marcos, 7; 31 al 36.

⁹ Lucas, 9; 36.

¹⁰ Lucas, 9; 48 al 22. Hay error en la enumeración de los versículos, que del 48 retorna al 19. Pero queremos respetar ese error de la traducción Nácar Colunga.

los príncipes de los sacerdotes, y de los escribas, y sea muerto, y resucite al tercer día”. Esta exposición final equivale a decir “No habléis, porque como está en mi destino martirizado, debéis ser prudentes”.

“Prudente como la serpiente y sencillo como la paloma” era Jesús; y sabía muy bien que si alguien contaba que delante suyo se había dicho que era el Cristo de Dios, y que lo había oído sin protestar, ese testimonio bastaría para llevarlo a la cruz. Sólo por haber contestado a Caifás, cuando éste le preguntó si era el Hijo de Dios, el conocido “Tú lo has dicho”—que no fue una afirmación concreta, por lo demás—, se le condenó a muerte. Él sabía que oírse llamar Hijo de Dios por Pedro ante todos sus discípulos era un delito que las leyes de Israel no perdonaban. Y recomendaba que nadie dijera aquello, como lo había recomendado tantas veces antes.

A lo largo de los Evangelios se ve la persecución; va creciendo; se hace palpable el odio en torno al predicador galileo. Jesús temía. En general, desconfiaba de los hombres, “porque los conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie diese testimonio del hombre, pues Él conocía lo que en el hombre había”, afirma Juan¹¹.

Juan es quien más vivamente describe las intenciones de sus enemigos y la cautela con que Jesús los esquivaba. “Por eso los judíos buscaban con más ahínco matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que decía a Dios su Padre, haciéndose igual a Dios”¹².

En realidad, ése era el pretexto para unir al pueblo contra Jesús; la razón era que estaba transformando el orden social, fundado en preceptos religiosos, y ofrecía el reino de Dios a los humildes mientras les negaba a los poderosos ese reino.

¹¹ Juan, 2; 24 y 25.

¹² Juan, 5; 18.

Afirma Juan: “Después de esto andaba Jesús por Galilea, pues no quería ir a Judea, porque los judíos le buscaban para darle muerte”¹³. “Una vez que sus hermanos subieron a la fiesta, entonces subió Él también, no manifiestamente, sino en secreto. Los judíos le buscaban en la fiesta y decían: ¿Dónde está éste? Y había entre las muchedumbres gran cuchicheo acerca de Él. Los unos decían: Es bueno; pero otros decían: No, seduce a las turbas. Sin embargo, nadie hablaba libremente de Él por temor de los judíos”¹⁴.

¿Y no cuenta el propio Juan que Jesús preguntó un día a la muchedumbre?: “¿Por qué buscáis darme muerte?”¹⁵. “Pero ahora buscáis quitarme la vida, a un hombre que os ha hablado la verdad, que oyó de Dios..”¹⁶. Al terminar el sermón en que eso dijo, asegura Juan¹⁷ que “entonces tomaron piedras para arrojárselas; pero Jesús se ocultó y salió del templo”. Otra vez, “de nuevo los judíos trajeron piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas obras os he mostrado de parte de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreáis? Respondiéronle los judíos: Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios”¹⁸.

Desde luego, cuando Juan dice “judíos” hay que tener en cuenta que no se refiere al pueblo de Israel en su gran masa de hambreados, enfermos, labriegos, artesanos y pescadores. Juan escribe su evangelio en Efeso, y a fin de que allí y en las comarcas apartadas del Asia Menor le entiendan, llama “Judíos” a los agentes y espiones del Sanhedrín. Pero la verdad es

¹³ Juan, 7; 1.

¹⁴ Juan, 7; 10 al 12.

¹⁵ Juan, 7; 19.

¹⁶ Juan, 8; 40.

¹⁷ Juan, 8; 59.

¹⁸ Juan, 10; 31 al 33.

que judío es ese pueblo que sigue al predicador, que le oye ofrecer el reino de los cielos para los impuros y los miserables y los perseguidos.

Es justamente la presencia de las muchedumbres que le siguen lo que a la vez compromete y protege a Jesús; le compromete, porque con tanta innúmera gente en torno suyo provoca el odio de sus enemigos; y le protege, porque el miedo al pueblo impide que se decidan a prenderle. Los que amenazan apedrearle son enviados del Sanhedrin, que busca provocar a las masas contra Jesús. Si no llegan a agredirle es porque el Hijo de David sabe eludir a esos enviados.

El fracaso en ese propósito es lo que sin duda lleva a saduceos, fariseos y escribas a adoptar otro plan: el de obligar al predicador galileo a delinquir, bien ante la ley romana, bien ante la ley hebrea. En este plan, sin embargo, tendrán que vencer un obstáculo casi insalvable: la extraordinaria capacidad de Jesús para rehuir los preceptos de ambas leyes sin acatarlas, esto es, sin abandonar su doctrina de amor, de caridad, de generosidad, a causa de la cual se ha convertido en un verdadero adalid de las muchedumbres. Pues la Ley —llamada así, con mayúscula— hebrea es rígida, dura, seca, y todo está prescrito en ella; en sus cánones sólo faltan ese amor, esa caridad, esa generosidad que anda propagando el maestro de la buena nueva. La Ley es código de castas fanáticas, para quienes es delito todo lo que no sea rendir tributo a un dios que hasta la llegada de Jesús había sido colérico e implacable, exigente en detalles. Jesús fue quien dijo, por vez primera ante los hijos de Israel, que ese Dios no era un vengador, sino un padre lleno de dulzura y de piedad para sus hijos impuros.

¿Cómo pretenden sorprender en una declaración contraria a la Ley a ese que se hace llamar Hijo del Hombre, si ha sido tan cauto que hasta a sus propios discípulos, que le obedecen ciegamente, les ha prohibido hablar de hechos, que puedan

comprometerle; si ha sido tan cauto que aun a los discípulos de Juan el Bautista, cuando fueron a verle para preguntarle de parte del profeta preso si era Jesús el que había de venir o debían esperar el otro, les respondió diciendo que sí sin decirlo? “Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados; y bienaventurado aquel que no se escandalizare en mí”¹⁹. Esto es: “Que hablen los hechos, y nadie dude de ellos”. No dijo: “Yo soy el esperado”. Habló de lo que hacía; y era sabido que aquello sólo podría hacerlo el Mesías.

Las páginas de los evangelios en que se relatan los numerosos episodios de la lucha librada entre Jesús y sus enemigos, estos tratando de llevarle a negar la Ley o su doctrina, Jesús siempre eludiendo la Ley, sin atacarla, pero sin acatarla, y dejando triunfante su doctrina, son de las más fascinantes que figuran en la historia de la humanidad. De las trampas mejor armadas, de las redes más disimuladas, Jesús sabía escapar con la agilidad y la sutileza de la naciente brisa del amanecer, con el cuidado de la luz crepuscular. En los anales de los hombres no hay ejemplo igual de tantas y tan sagaces respuestas. Ese extraordinario don debía, naturalmente, irritar a sus enemigos. Pues no eran ellos tan incapaces que no comprendieran en qué medida aumentaba el dominio de Jesús sobre el pueblo cada vez que salvaba una nueva acechanza sin menoscabar su titulo de evangelizador de los pobres y de propagador del amor y del perdón.

Es para obligarle a declararse enemigo de Dios o enemigo de los Romanos, que ocupan la Judea, para lo que le preguntan si el pueblo judío debe pagar tributo al César, como lo exige Roma, o sólo a Dios, como éste se lo prescribió a Moi-

¹⁹ Mateo, 11; 4 al 6.

sés; pero además, la pregunta lleva envuelta otra celada, que es la de ganarle el odio del pueblo, en caso de que no se atreva a desafiar a Roma, pues los hijos de Israel se irritaban a la sola idea de que tenían que tributar al emperador. ¿Cómo elude tan hábil maquinación aquel a quien las multitudes consideraban un Elías resucitado? Pide que le muestren la moneda del tributo; le dan un denario, lo mira y pregunta cuyo es el rostro que en él se ve; y al contestársele que es el del César produce la respuesta magistral, la que no provoca ni al Imperio ni a Jehová, la que no hiriere ni a Pilatos ni a Caifás, la que no le duele al pueblo: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. Aquellos que habían sido enviados a proponer la extraordinaria pregunta, no pudiendo cogerle por nada delante del pueblo y maravillados de su respuesta, callaron”, dice Lucas²⁰.

¿Cómo? ¿Era posible abandonar la lucha dejando victorioso a aquel predicador que había osado echar a los vendedores del templo, colocándose por encima de la autoridad sacerdotal; a aquel galileo que estaba trastocando toda la vida religiosa de Israel en perjuicio de los poderes tradicionales? No; no era posible.

Por eso “los escribas y fariseos trajeron a una mujer cogida en adulterio y, poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante delito de adulterio. En la Ley nos ordena Moisés apedrear a éstas; tú, ¿qué dices? Esto le decían tentándole, para tener de qué acusarle. Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en tierra. Como ellos insistieran en preguntarle, se incorporó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la piedra el primero. E inclinándose de nuevo escribía en tierra. Ellos, que lo oyeron, fueron saliéndose uno a uno, comenzando por los más ancianos, y

²⁰ Lucas, 20; 26.

quedó Él solo y la mujer en medio. Incorporándose Jesús, le dijo: Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado? Dijo ella: Nadie, Señor. Jesús dijo: Ni yo te condeno tampoco; vete y no peques más²¹. ¿Ha violado la Ley? No, pero tampoco violó su doctrina de perdón para los pecadores. A tal extremo de ternura llega en este caso que a pesar de que a menudo dijo que no se debía cometer adulterio ni con el pensamiento, se vuelve a la mujer mientras escribe con un dedo en tierra, para decirle: “Ni yo te condeno tampoco; vete y no peques más”.

De todas esas trampas, ninguna tan bien esquivada, sin embargo, como la de la pregunta sobre su potestad. Oigamos a Lucas²² que relata el caso con economía de palabras:

“Aconteció uno de aquellos días que, enseñando Él al pueblo en el templo y evangelizándolo, se presentaron los príncipes de los sacerdotes y los escribas con los ancianos, y le dirigieron la palabra, diciendo: Dinos con qué poder haces estas cosas o quién te ha dado ese poder. Tomando la palabra, les dijo: También quiero yo haceros una pregunta; decidme, pues: ¿El bautismo de Juan procedía del cielo o de los hombres? Ellos comenzaron a cavilar entre sí, diciéndose: Si decimos: Del cielo, dirá: ¿Por qué no habéis creído en él? Si decimos: De los hombres, todo el pueblo nos apedreará, porque está persuadido de que Juan era un profeta. Así, respondieron que no sabían de dónde procedía. Jesús les dijo: Pues tampoco os digo yo con qué poder hago estas cosas”. Una vez más, había vencido.

Pero no podía vencer siempre, pues violando o no la Ley, atacándola o reconociéndola, sus enemigos acabarían aplastándole. En Jerusalén era voz pública esa determinación.

²¹ Juan, 8; 1 al 11.

²² Lucas, 20; 1 al 8.

“Decían, pues, algunos de los de Jerusalén: ¿No es éste a quien buscan para matar?”²³. “Algunos de ellos querían apoderarse de Él, pero nadie le puso las manos. Volvieron, pues, los alguaciles a los príncipes de los sacerdotes y fariseos, y estos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído? Respondieron los alguaciles: Jamás hombre alguno habló como éste. Pero los fariseos les replicaron: ¿Es que también vosotros os habéis dejado engañar? ¿Acaso algún magistrado o fariseo ha creído en Él? Pero esta gente ignora la Ley y son unos malditos. Les dijo Nicodemo, el que había ido antes a Él, que era uno de ellos: ¿Acaso nuestra Ley condena a un hombre antes de oírle y sin averiguar lo que hizo? Le respondieron y dijeron: ¿También tú eres de Galilea? Investiga y verás que de Galilea no ha salido profeta alguno. Y se fueron cada uno a su casa”²⁴.

²³ Juan, 7; 25.

²⁴ Juan, 7; 44 al 53.

V

He aquí que va a comenzar la última cena en que se hallarán reunidos Jesús y sus doce discípulos. Están en una “sala alta, grande, alfombrada”, según Marcos¹. El dueño de la casa, menos afortunado que José de Arimatea, que Nicodemo, que Simón de Cirene y aun que Malco, se ha quedado sin nombre en los evangelios.

Ahora, en esta cena, Judas, el traidor de la cristiandad, va a nacer para la Historia. Hasta este momento ha sido el discípulo que “traía la bolsa”, el único extranjero entre los galileos. En los anales de la congregación a que pertenece no se refiere qué hacía antes de unirse a Jesús y a su grupo, cuándo lo hizo, cómo ni por qué. Sólo es posible decir de él, si bien no podríamos afirmarlo de manera rotunda, que protestó, junto con sus compañeros o con algunos de ellos, por el derroche habido en el ungimiento de Betania, cinco días atrás. Al iniciarse la cena es una figura tan sin importancia desde el punto de vista histórico como la mayoría de los discípulos. Y he aquí que de pronto, en pocas horas va a convertirse en la contraparte de Jesús, en el arquetipo del traidor. Va a iniciarse ahora el acto postrero del drama en que se resuelven las pugnas entre una ley rígida y una doctrina de amor; y en tal momento Judas surgirá de la oscuridad en que vivió siempre

¹ Marcos, 14; 15.

para morar en un nicho de amargura tanto tiempo como Jesús en el suyo de luz.

Aunque, refiriéndose a las protestas de cinco días antes, Juan ha llamado a Judas ladrón, he aquí que el Iscariote llega a la cena final siendo todavía el tesorero del grupo. El propio Juan dará fe de ello² cuando refiera que al decirle Jesús: “Lo que has de hacer, hazlo pronto”. Ninguno de los que estaban a la mesa conoció a qué propósito decía aquello. Algunos pensaron que, como Judas tenía la bolsa, le decía Jesús: Compra lo que necesitamos para la fiesta, o que diese algo a los pobres. “Él, tomando el bocado, se salió luego; era de noche”. La fiesta era la de la Pascua, dos días después; y si los discípulos entendieron que Jesús mandaba a Judas a comprar lo que hacía falta, para la congregación, o que diese algo a los pobres, no hay duda de que hasta ese momento era Judas quien compraba lo que la congregación necesitaba y quien daba las limosnas; en una palabra, era el tesorero, y por tanto merecía la confianza de Jesús y de todos, aun en el momento de abandonar la sala de la cena, aquel jueves de tan alta categoría histórica.

Si hemos de atenernos a los hechos, y no a los dogmas, debemos convenir en que al levantarse Judas de la mesa y salir no ha sido identificado todavía como aquel de los discípulos que había de entregar a su maestro. ¿Cómo se explica entonces que Mateo³ afirme que allí, en la cena, Jesús dijo a Judas que él era el llamado a traicionarle? Mateo cuenta: “Llegada la tarde, se puso a la mesa con los doce discípulos, y mientras comían dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me entregará. Muy entristecidos, comenzaron a decirle cada uno: ¿Soy, acaso, yo, Señor? Él respondió: El que conmigo

² Juan, 13, 27 al 30.

³ Mateo, 26; 20 al 25.

mete la mano en el plato, ése me entregará. El Hijo del Hombre sigue su camino, como de Él está escrito; pero ¡desdichado de aquel por quien el Hijo del Hombre será entregado!; mejor le fuera no haber nacido. Tomó la palabra Judas, el que iba a entregarle, y dijo: ¿Soy, acaso, yo, Rabbí? Y Él respondió: “Tú lo has dicho”.

De haber ocurrido las cosas como las cuenta Mateo es inaudito que Judas siguiera en la cena, y es inconcebible que después los discípulos entendieran que la frase de Jesús (“Lo que has de hacer hazlo pronto”) dirigida a Judas —la única que parece como dicha por el maestro a Judas antes de la aprehensión—, es inconcebible, decíamos, que sea interpretada como queriendo decir que comprara algo para la fiesta del sábado o que diera dinero a los pobres. Ante ese “Tú lo has dicho” tan directo no cabe ignorancia; y es probable que de haberlo dicho Jesús, la congregación se habría levantado colérica contra Judas y allí mismo hubiera él dejado de ser su compañero, y, sobre todo, el tesorero del grupo. Si en el momento de la cena Judas está en tratos con Caifás para entregar a su maestro, ¿se concibe que al oír ese “Tú lo has dicho” se quede sentado a la mesa, se concibe que los demás lo permitan? Además, si según Mateo ya Jesús ha dicho quién es el traidor, cuando a las preguntas de “¿Soy, acaso, yo, Señor?” que le hacen todos los discípulos, ha contestado afirmando que es el “que conmigo mete la mano en el plato”, ¿por qué no ven los discípulos quién es ese que “mete la mano en el plato”, y por qué tiene Judas que preguntar otra vez, insistiendo en lo que ya han dicho todos, si él es el llamado a ser traidor?

Más lógico que el de Mateo es en este caso el evangelio de Marcos⁴. Marcos refiere que “Llegada la tarde vino con los

⁴ Marcos, 14; 17 al 21.

doce, y, recostados y comiendo, dijo Jesús: En verdad os digo que uno de vosotros me entregará; uno que come conmigo. Comenzaron a entristecerse y a decirle uno en pos de otro: ¿Soy yo? Él les dijo: Uno de los doce, el que moja conmigo en el plato, pues el Hijo del Hombre sigue su camino, según de Él está escrito; ¡pero ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre será entregado! Mejor le fuera a ese hombre no haber nacido”.

Esta versión es más natural, si bien tampoco se explica que al decir Jesús que “Uno de los doce, el que moja conmigo en el plato”, no se señale a seguidas quién era ese que mojaba con el maestro en el plato. El evangelio de Marcos no lo menciona. No hay en él, mientras describe la cena, acusación alguna contra Judas, ni directa ni indirecta. No se ve a Judas preguntando, ansioso, si el traidor va a ser él, ni se oye a Jesús mencionarle, y mucho menos señalarle diciéndole: “Tú lo has dicho”.

Mucho más lógica, y tan sobria y hermosamente descrita que resulta convincente, es la versión de la cena que ofrece Lucas. Este evangelista⁵ refiere así: “Cuando llegó la hora se puso a la mesa, y los apóstoles con Él. Y díjoles: Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer, porque os digo que no la comeré más hasta que sea cumplida en el reino de Dios. Tomando el cáliz dio las gracias y dijo: Tomadlo y distribuidlo entre vosotros; porque os digo que desde ahora no beberé el fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios. Tomando el pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: Éste es mi cuerpo, que es entregado por vosotros; haced esto en memoria mía. Asimismo el cáliz después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros. Mirad, la mano del

⁵ Lucas, 22; 14 al 23.

que me entrega está conmigo a la mesa. Porque el Hijo del Hombre va su camino, según está decretado, pero ¡ay de aquel por quien será entregado! Ellos comenzaron a preguntarse unos a otros sobre quién de ellos sería el que había de hacer esto”.

Si hemos de atenernos a hechos, y no a dogmas, repetimos, ésta es la versión correcta; pues está dicho en ella que “la mano del que me entrega está conmigo a la mesa”, no que el que “conmigo mete la mano en el plato, ése me entregará”. Habiendo dicho Jesús que “la mano del que me entrega está conmigo a la mesa”, se explica que ellos comenzaron a preguntarse unos a otros sobre quién de ellos sería el que había de hacer esto”. Pues todos tenían la mano a la mesa”, y en esa forma Jesús lanzaba la advertencia sobre la congregación entera, no sobre uno solo de ellos.

¿Por qué ni Marcos que ha oído a Simón Pedro relatar todos los incidentes de la vida de Jesús, ni Lucas, que ha consultado documentos y ha interrogado a testigos, afirman que Jesús acosó a Judas en la cena? ¿Por qué Mateo pone en boca de Jesús, contra la lógica de los acontecimientos, ese “Tú lo has dicho” que su maestro va a decir al día siguiente ante Caifás, y, en términos muy parecidos, ante Pilatos?

Pero hay más: ¿Por qué Juan, el que más menciona el nombre de Judas en su evangelio, y él lo hace siempre con evidente saña, no oyó ese “Tú lo has dicho” que oyó Mateo? Juan es el único que hace acusaciones directas contra Judas, en una ocasión llamándole ladrón y en otra asegurando que Jesús señaló ante él al Iscariote como traidor; Juan, en cambio, no oyó el “Tú lo has dicho”. Antes de entrar en la versión de la cena que se da en el evangelio de Juan debemos convenir en que Mateo no testimonió correctamente. De haber sido como él lo cuenta, otro hubiera sido el curso de los acontecimientos, pues probablemente Judas no habría podido salir de la

cena indemne, por sí sólo, como lo hizo, y además cumpliendo una orden de Jesús.

Juan comienza su testimonio refiriéndose a Judas. Dice: “Y comenzada la cena, como el diablo hubiese ya puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle...”⁶.

Sin embargo no lo parece. Si en el corazón de Judas había tal propósito, ¿por qué no es él sólo quien pregunta si a él le tocará el triste papel de ser traidor; por qué lo preguntan todos, dato en el que están de acuerdo Mateo, Marcos y Lucas? Además, ésa es una opinión de Juan, no un relato de hechos. Y aquí no estamos consultando opiniones sino estudiando hechos. Juan persiste en mantener opiniones adversas a Judas.

Inmediatamente después de haber dicho que “el diablo había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle”, inicia el relato del lavatorio de los pies. Él es el único evangelista que evoca esa lección de humildad y de ternura. Recuerda, al paso, que Simón Pedro protestó diciendo. “Jamás me lavarás tú los pies”. Le contestó Jesús: Si no te los lavare, no tendrás parte conmigo. Simón Pedro le dijo: Señor, entonces no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que se ha bañado no necesita lavarse, está todo limpio; y vosotros estáis limpios, pero no todos”⁷. Inmediatamente después viene la otra opinión de Juan, tratando de explicar ese “pero no todos” de su maestro: Porque sabía quién había de entregarle, y por eso dijo: “No todos estáis limpios”⁸.

Hasta aquí el relato de Juan coincide, fundamentalmente en lo que se refiere a la acusación, con los de sus compañeros

⁶ Juan, 13; 2 y 3.

⁷ Juan, 13; 8 al 10.

⁸ Juan, 13; 11.

evangelistas; esto es, a lo largo de la cena, bien en la escena del lavatorio, bien en la de la repartición del vino y del pan, Jesús ha estado diciendo que allí, y entre los doce discípulos, hay uno que va a entregarle.

¿Qué podía entender Jesús por “entregarle”? ¿Que alguien lo identificara físicamente, ya mediante un beso, ya señalándole con el dedo, ya diciendo que ése era el predicador de Nazaret?

Probablemente no. Jesús era demasiado conocido, a esas alturas, en Jerusalén, para que hiciera falta que una persona lo identificara. Había entrado en la ciudad en medio de una muchedumbre que lo aclamaba y lo recibía con palmas y hosanas; había predicado repetidas veces en el templo; había echado de allí a los vendedores: numerosos agentes y espiones del Sanhedrin le conocían y le habían provocado en diversas ocasiones; otros habían querido apedrearle, allí, en Jerusalén, por dos veces. Y toda esa gente, la que le perseguía, la que le interrogaba con fines siniestros, la que pretendía apedrearle; los que le hicieron la pregunta del tributo, los que le llevaron a la adúltera, los que quisieron saber de dónde le venía su potestad; toda esa gente le conocía bien. Y le conocía bien el pueblo que le seguía, en medio del cual no podía faltar algún desalmado capaz de identificarle por un vaso de vino.

No, seguramente lo que Jesús temía, lo que calificaba en la cena, como entrega a sus enemigos, era que alguno de sus discípulos se prestara a testimoniar contra su maestro; a contar que en las cercanías de Cesárea de Filipo admitió, con su silencio, que era el Cristo de Dios, por ejemplo, o que había resucitado muertos, como en el caso de la hija de Jairo. Él debía saber que los sacerdotes del Sanhedrin buscaban testigos que le acusaran, y que no podían juzgarle sin esos testigos, pues tal como su amigo el fariseo Nicodemo —“principal entre los judíos”, esto es, miembro del Sanhedrín— había

dicho: “¿Acaso nuestra Ley condena a un hombre antes de oírle y sin averiguar lo que hizo?”.

Jesús debía saber que se andaba en pos de esos testigos —como veremos más tarde—, tal vez porque el propio Nicodemo o José de Arimatea, miembros del Consejo, se lo hubieran comunicado. ¿Y quién duda de que supiera algo más; que estuviera enterado, sin saber cuál de ellos, de que uno de sus discípulos visitaba la casa de Anás?

Anás era llamado pontífice sin ser, sin embargo, el sumo sacerdote. Este puesto lo ocupaba su yerno Caifás. Pero Anás había sido el sumo sacerdote durante años y de hecho él escogía a los altos jefes del Sanhedrin. Tanta era su autoridad que ante él fue llevado Jesús, la noche de su aprehensión, antes que a la casa de Caifás. Y había uno de los discípulos que visitaba a Anás y que tenía trato con el círculo familiar del anciano saduceo, al extremo de que conocía los nombres de los siervos de Caifás.

¿Sabía Cristo de quién dudaba?

A pesar del testimonio siguiente de Juan, que vamos a ver dentro de poco, ni aun momentos antes de ser aprehendido conocía Jesús al traidor. Sospechaba que iba a ser uno de ellos, eso sí. Está dicho por los cuatro evangelistas, y dicho en forma tan parecida que no puede haber duda de que Mateo y Juan, que estuvieron presentes, lo oyeron; y que lo oyeron los testigos que informaron a Marcos y a Lucas.

En cuanto a que Jesús sabía también que los sacerdotes estaban buscando testimonios contra él para proceder a juzgarlo, lo dicen claramente tres de los evangelistas, los tres cuando describen la escena del juicio. Mateo⁹ refiere: “Los que prendieron a Jesús le llevaron a casa de Caifás, el pontífice, donde los escribas y los ancianos se habían reunido. Pedro

⁹ Mateo, 26; 57 al 66.

le siguió de lejos hasta el palacio del pontífice, y entrando dentro, se sentó con los servidores para ver en qué paraba aquello. Los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanhedrín buscaban falsos testimonios contra Jesús para condenarle a muerte, pero no los hallaban, aunque se habían presentado muchos falsos testigos. Al fin se presentaron dos, que dijeron: Éste ha dicho: Yo puedo destruir el templo de Dios y en tres días edificarlo. Levantándose el pontífice le dijo: ¿Nada respondes? ¿Qué dices a lo que estos testifican contra ti? Pero Jesús callaba; el pontífice le dijo: Te conjuro por Dios vivo: di si eres tú el Mesías, el Hijo de Dios. Díjole Jesús: Tú lo has dicho. Y os digo que un día veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo. Entonces el pontífice rasgó sus vestiduras diciendo: Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos de más testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece? Ellos respondieron: Reo es de muerte”.

El evangelio de Marcos sigue casi al pie de la letra al de Mateo, excepto en que dice que los dos testigos sobre la destrucción y la reedificación del templo no estaban de acuerdo entre sí.

Lucas¹⁰ cuenta: “Cuando fue de día se reunió el consejo de los ancianos del pueblo, y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y le condujeron ante su tribunal, diciendo: Si eres el Mesías, dínoslo. Él les contestó: Si os lo dijere, no me creeréis; y si os preguntare, no responderéis; pero el Hijo del Hombre estará sentado desde ahora a la diestra del poder de Dios. Todos dijeron: ¿Luego eres tú el Hijo de Dios? Dijoles: Vosotros lo decís, yo soy. Dijeron ellos ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Porque nosotros mismos lo hemos oído de su boca”.

¹⁰ Lucas, 22; 66 al 71.

¿Qué es lo que se desprende de lo que refieren Mateo, Marcos y Lucas? Que el Sanhedrín tenía necesidad de testigos para juzgar a Jesús, y que estaba en busca de esos testigos.

Si Jesús no llega a admitir en presencia de sus jueces que es el Hijo de Dios, no habrían podido condenarle. Los propios jueces lo dicen: “¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?” En una ciudad de pulso eminentemente religioso como Jerusalén no era posible guardar secreto sobre las gestiones para buscar testigos; y mucho menos si en el seno del Sanhedrín había, como es el caso, amigos del perseguido. Los discípulos lo sabían, pues que si no, ¿de dónde aparecería en dos evangelios la noticia concreta de que en pos de testimonios contra Jesús, el Sanhedrín dio al fin con testigos? Y si lo sabían los discípulos, necesariamente debía saberlo también Jesús. Así, pues, lo que evidentemente agobia a Jesús en la cena es la sospecha de que uno de los suyos pueda servir a sus enemigos para ejecutar sus propósitos.

Este testigo no fue Judas. Mas he aquí que ahora aparece Juan en escena para afirmar que Jesús le dijo a él, y sólo a él, que Judas sería el traidor. Hasta el momento en que Juan rinde esta acusación, nadie sabe, excepto él y Jesús —o Jesús y él, para ser correctos— que Judas, el guardador de los dineros comunes, el único extranjero entre los discípulos, va a traicionar. Puesto que ésta es la sola vez que se dice, antes de la aprehensión, que Judas va a ser traidor, estamos en el deber de estudiar con esmero las palabras de Juan. Debemos estudiarlas en sí mismas, en relación con cuanto de la cena dice Juan y en relación con todos los circunstantes.

El testimonio de Juan¹¹ es éste: “Dicho esto, se turbó Jesús en su espíritu, y demostrándolo, dijo: En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará. Se miraban los

¹¹ Juan, 13; 21 al 30.

discípulos unos a otros, sin saber de quién hablaba. Uno de ellos, el amado de Jesús, estaba recostado ante el pecho de Jesús. Simón Pedro le hizo señal, diciéndole: Pregúntale de quién habla. El que estaba recostado ante el pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es? Jesús le contestó: aquél a quien yo mojaré y diere un bocado. Y mojando un bocado, lo tomó y se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. Después del bocado, en el mismo instante entró en él Satanás, Jesús le dijo: lo que has de hacer, hazlo pronto. Ninguno de los que estaban a la mesa conoció a qué propósito decía aquello. Algunos pensaron que, como Judas tenía la bolsa, le decía Jesús: Compra lo que necesitamos para la fiesta, o que diese algo a los pobres. Él, tomando el bocado, se salió luego: era de noche...”.

Vayamos por partes; y antes de entrar a analizar esta tremenda acusación, la única directa que hay contra Judas hasta ese momento, recordemos que el propio Juan ha dicho¹² poco antes: “Y comenzada la cena, como el diablo hubiese ya puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle...”. Ahora, sin embargo, dice que “después del bocado, en el mismo instante entró en él Satanás”. De manera que si nos atenemos a lo primero, Judas fue a la cena habiendo ya cometido traición; si a lo segundo, quedó tentado del diablo inmediatamente después de haber comido el bocado mojado que le pasaba el Hijo de David.

Ésta no es la única contradicción de Juan consigo mismo y con los hechos cuando habla de Judas. Ya hemos visto que al referirse a la cena de Betania, ocurrida cinco días antes de ésta, que ha de quedar consagrada como la más histórica de todas aquellas en que participó el Cordero del Señor, afirma que Judas es ladrón. Pero es el mismo Juan quien nos informa que Judas es todavía, en el momento en que Jesús está

¹² Juan, 13; 2.

señalándole ante Juan como el traidor, guardián de los dineros de todos. Si era ladrón antes, ¿cómo resulta tesorero aún en esta hora final de su maestro? Si los discípulos entendieron que el “Lo que has de hacer, hazlo pronto” quería decir que fuera a comprar lo que hacía falta para la fiesta o que diese algo a los pobres, es porque a juicio de ellos Judas administraba los fondos honestamente, que si no, no se le autorizaría a comprar o a dar a su antojo.

He ahí dos contradicciones flagrantes; faltan otras. Anotemos esta frase de Juan: “Ninguno de los que estaban a la mesa conoció a qué propósito decía aquello”.

¿Cómo? ¿Ni siquiera Juan lo conoció? ¿Es posible que Jesús le haya dicho un instante antes que ése a quien está hablando va a ser el traidor, y que Juan no haya interpretado correctamente las palabras de Jesús? ¿Es que una frase de tal naturaleza podía ser malentendida por Juan, que conocía cuál iba a ser el papel de Judas? ¿Y por qué tales palabras no figuran en los demás evangelistas? ¿Y por qué habiéndose ido Judas, no dijo Juan a Pedro quién era el discípulo señalado como traidor por el maestro? “Simón Pedro le hizo señal diciéndole: Pregúntale de quién habla”. Esa pregunta se la hizo Pedro a “uno de ellos, el amado de Jesús”, esto es, el propio Juan. Juan había sido socio de Pedro en el negocio de la pesca; era, junto a su hermano Santiago y con Pedro, del grupo íntimo de Jesús, el grupo al cual dejó Jesús dentro de la habitación cuando hizo el milagro de la resurrección de la hija de Jairo, el grupo al cual llevó consigo a la transfiguración. Entre Pedro y Juan había, pues, suficiente amistad como para que Pedro moviera al “amado de Jesús” a hacer la pregunta que hizo; y por lo demás, ello entraba muy bien dentro del carácter de Pedro.

Lo que ni Juan ni persona alguna puede explicar es que sin haberle dicho Jesús que guardara el secreto ante todo el

mundo —que no se lo dijo, porque Juan no da constancia de ello y ni siquiera lo insinúa—, Juan se quedara sin transmitirle la extraordinaria nueva a Pedro. Eso no se explica en dos amigos de tan estrecho grado, ni se explica, conociendo el carácter de Pedro, que éste no le preguntara después a Juan quién era el señalado por su maestro.

Y es evidente que Juan no se lo dijo, pues que jamás habló Pedro de ello; no lo mencionó cuando se refirió a Judas, poco después de muerto Jesús, a la hora de reemplazar con otro apóstol al discípulo de Kerioth; no lo contó ante Marcos, ya que de haberlo hecho este evangelista hubiera dejado constancia de ello. No se lo dijo, en fin, porque de haberlo sabido Pedro, es a Judas a quien corta una oreja, pocas horas después, y no a Malco, el siervo de Caifás.

Antes de seguir con Juan, tomemos nota de que el interés de Pedro en saber quién ha de traicionar y la revelación de Jesús a Juan en secreto, anulan el testimonio de Mateo. Pues si Jesús le hubiera dicho a Judas el debatido “Tú lo has dicho”, aquel interés y este secreto holgaban.

Recordemos que los restantes evangelistas inician la descripción de la cena refiriéndose, antes que a nada, a la angustia de Jesús, destacada en sus palabras: “En verdad os digo que uno de vosotros me entregará”, según Mateo y Marcos; o las de: “Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer”, según Lucas. De acuerdo con Juan, antes de comenzar a comer Jesús lava los pies de sus discípulos; pero inmediatamente después del lavatorio dice: “En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará”.

Es en ese momento cuando Juan, a petición de Pedro, le pregunta quién habrá de entregarle; Jesús le susurra que aquel a quien diere el bocado mojado; se lo da a Judas y le ordena: “Lo que has de hacer, hazlo pronto”. Judas, “tomando el bocado, se salió luego: era de noche”.

Por ese testimonio de Juan estamos en capacidad de afirmar que Judas salió de la sala antes de que allí se produjeran la despedida de Jesús, el anuncio de que Pedro le negaría tres veces, las numerosas preguntas de los discípulos. Entre la salida de Judas y el momento en que todos se levantan de la mesa para dirigirse a Gethsemaní, ha transcurrido tiempo bastante para que Juan dé a sus compañeros la sorprendente noticia. No lo hace. Judas se ha ido de la cena; esa misma noche deberá resultar confirmada la angustia de Jesús. El traidor va a actuar dentro de poco. Y sólo Juan sabe quién va a vender a su maestro. Pero no lo dice.

¿Por qué? ¿Es ese silencio digno de “el amado de Jesús”, del “hijo de trueno”, del amigo de Anás? ¿O es que, en verdad nunca oyó él de labios de su maestro esa frase: “Aquel a quien yo mojare y diere un bocado”, tan parecida a la de Mateo y Marcos: “El que conmigo mete la mano en el plato, ése me entregará”?

VI

Cuando los comensales de aquella cena, histórica como ninguna, dejan la mesa y abandonan la casa, en la “sala alta, grande, alfombrada” donde habían estado queda un aire pesado, angustioso; una atmósfera casi de muerte, la misma que lleva Jesús en su adolorido corazón de predicador del amor y de la vida.

Para los lectores de los evangelios queda, cuando llegan al final del relato de la cena, la sensación de que Judas ha salido para vender a su maestro. Esto se debe a los testimonios de Mateo y de Juan, que personalizan en el Iscariote esa amarga duda de Jesús, ese “En verdad os digo que uno de vosotros me entregara”; o, si se prefiere, porque está más en consonancia con la forma de expresión habitual en Jesús, la versión de Lucas: “Mirad, la mano del que me entrega está conmigo a la mesa”.

Pero el lector de los Evangelios viene siendo preparado antes para aceptar que Judas es el traidor; se le ha señalado como tal desde que su nombre aparece en la lista de los discípulos; Juan viene acusándole desde la rebelión de los discípulos, después del sermón dicho por Jesús en la sinagoga de Cafarnaum, y en la cena de Betania, y en el lavatorio; por último, afirma que Jesús le dijo, a él y solamente a él, que Judas sería el traidor.

Hemos visto, en el segundo capítulo de este trabajo, que al dar relación de los discípulos, Mateo, Marcos y Lucas

mencionan a Judas, añadiendo “el que le traicionó” “el que le entregó” y “el que fue traidor”, respectivamente. Antes de entrar a describir la cena y lo que en ella se dijo, y exactamente en el mismo orden —entre la unción de Betania y el principio de la cena— Mateo y Marcos hablarán otra vez de Judas dando testimonio de su entendimiento con los señores del Sanhedrín para entregar a Jesús. Lucas lo hará también antes de referirse a la cena. Veamos esas acusaciones.

En primer lugar, he aquí a Mateo:¹ “Entonces se fue uno de los doce, llamado Judas Iscariote, a los príncipes de los sacerdotes; y les dijo: ¿Qué me dáis y os lo entrego? Se convinieron en treinta piezas de plata, y desde entonces buscaba ocasión de entregarle”. Marcos² sigue a Mateo: “Judas Iscariote, uno de los doce, se fue a los príncipes de los sacerdotes para entregárselo. Ellos, al oírle, se alegraron y prometieron darle dinero, y buscaba la ocasión oportuna para entregarle”.

Más o menos eso refiere Lucas³: “Estaba cerca la fiesta de los Ácimos, que se llama la Pascua. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban cómo quitarle de en medio, porque temían al pueblo. Entró Satanás en Judas, llamado Iscariote, que era del número de los doce, y fue a tratar con los príncipes de los sacerdotes y los oficiales sobre la manera de entregárselo. Ellos se alegraron y convinieron con él en darle dinero. Puestos de acuerdo, buscaba la ocasión para entregárselo sin ruido”.

Como se advierte, estos tres evangelios hablan de la venta, y de cómo se concertó, antes de entrar en la cena. Se recordará que en la cena misma Mateo pone en boca de Jesús, cuando éste responde al “¿Soy, acaso, yo, Rabbí”? De

¹ Mateo, 26; 14 al 16.

² Marcos, 14; 10 y 11.

³ Lucas, 22; 1 al 6.

Judas, el comentado “Tú lo has dicho”. Ni Marcos ni Lucas, en cambio, mencionan a Judas al describir esa última reunión.

Hagamos ahora abstracción de Marcos y de Lucas, que no fueron testigos presenciales y que, como se hace evidente en la lectura de sus testimonios, siguen casi al pie de la letra a Mateo en este asunto; y hagamos abstracción por el momento de Juan, ya que éste no refiere ese episodio del entendimiento entre Judas y los señores del Sanhedrín. Vamos a referirnos sólo al evangelio de Mateo.

Éste menciona la venta antes de entrar a describir la cena. ¿Quiere eso decir que él estaba enterado del trato cuando entró en la “sala alta, grande, alfombrada”, donde debía comer por última vez con sus compañeros y con su maestro? Desde luego que no; porque si él lo sabía debían saberlo todos los discípulos, o un número de ellos, por lo menos; y en ese caso ni todos en conjunto ni Judas en particular hubieran tenido que preguntar quién iba a ser el traidor. Este testimonio de Mateo aparece en tal lugar sólo porqué es ahí donde cabe, si se ha de seguir el orden lógico de los acontecimientos.

Pero no hay duda de que Mateo tuvo noticias de ese infame trato más tarde, probablemente después de la muerte de Jesús. Que Marcos y Lucas lo supieran en la misma fuente, o leyendo a Mateo, da igual. Lo sorprendente es que los tres traten el odioso episodio tan a la ligera, sin dar detalles, sin decir cuándo ni dónde tuvo lugar la desgraciada negociación, ni con quién.

Ni Marcos ni Lucas fueron discípulos de Jesús, pero en numerosos pasajes de sus evangelios describen escenas, incidentes y episodios con tal riqueza de detalles y tal acento de veracidad, que en ocasiones superaron a Mateo y a Juan, los dos evangelistas que fueron testigos de los hechos. Marcos es quien recuerda que el ciego curado en Jericó se llamaba Bartimeo, y que Simón de Cirene era el padre de Alejandro y

de Rufo; y es él quien repite las palabras de Jesús ante la muerta hija de Jairo: “Talitha, qumi” a lo largo de todo su evangelio se advierte el ambiente; pinta el aire, como se dijo de un gran pintor.

Pero no lo hace al reproducir esas noticias sobre Judas, que toma de Mateo o de la misma fuente donde las tomó Mateo. En ese episodio los personajes no se ven. Mateo, Marcos y Lucas cruzan por él como por encima de un pasaje sembrado de ascuas. Es cierto que en el evangelio de Mateo el acento está puesto sobre todo en los sermones de Jesús, en sus parábolas; que no es un descriptor comparable con Marcos. Pero es curioso que sea ese mismo Mateo el más preciso cuando se refiere a monedas y el más vago cuando habla de la paga cobrada por Judas a cambio de la entrega. Resulta que si Mateo conoció el trato de Judas con los sacerdotes a través de una tercera persona, y puede por eso argüirse que quizá no obtuvo detalles de esa tercera persona, tampoco conoció personalmente la forma en que fue muerto Juan el Bautista, ni las causas inmediatas de su decapitación. Pero aquel suceso fue verdadero, y quien lo relató ante Mateo lo hizo con tal lujo de descripciones que aparece en el evangelio del antiguo publicano con todo el acento de lo auténtico. ¡Qué diferente es, sin embargo, en el propio evangelista, el que se refiere a un hecho de tanta importancia para la historia de Jesús, de una importancia mayor entre los discípulos del galileo que la relativa a la muerte del Bautista!

En este testimonio de Mateo no hay un solo dato concreto; ni aún el que tiene esa apariencia, que es el que se refiere a las treinta piezas de plata en que fue convenida la infame venta. De esas “treinta piezas de plata” de Mateo, el único de los evangelistas que fija precio a la acción de Judas, ha surgido la especie, universalmente aceptada y propalada, de que el Iscariote entregó a Jesús a cambio de treinta denarios.

¿Qué moneda era la “pieza” en Israel? De aquellos días no se conoce ninguna con ese nombre; en cambio a lo largo de los evangelios se mencionan varias, especialmente de origen romano y griego; tales, por ejemplo, el talento, la mna, el o la dracma, el o la didracma, el o la tetradracma, el denario, el estatero y la estatera, el as, el cuadrante y el leptos.

La primera mención de moneda aparece en Mateo, cuando en las instrucciones a los discípulos⁴ Jesús pregunta: “¿No se venden dos pajaritos por un as?”. El as valía la décima parte del denario, y con él sólo podían comprarse dos pajarillos, a juzgar por la pregunta de Jesús. Lucas pone en boca de su maestro la misma pregunta⁵ pero cambiando el número de las avecillas y de la moneda: “¿No se venden cinco pájaros por dos ases?”. Por otra parte, en vista de que el cuadrante era la cuarta parte de un as, debe deducirse que el as valía ocho leptos, puesto que así lo explica Marcos⁶ al relatar el pasaje del óbolo de la viuda. Dice él: “Estando sentado frente al gasofilacio, observaba cómo la multitud iba echando monedas de cobre en el tesoro, y muchos ricos echaban mucho. Llegándose una viuda pobre, echó dos leptos, que hacen un cuadrante, y llamando a los discípulos, les dijo: En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado más que todos cuantos echan en el tesoro, pues todos echan de lo que les sobra, pero ésta de su miseria ha echado todo cuanto tenía, todo su sustento”.

Ahora bien, Lucas⁷ que relata la misma escena casi con idénticas palabras, no habla de leptos, sino de ochavos: “... y vio a una viuda pobre que echaba dos ochavos...”, de donde

⁴ Mateo, 10; 29.

⁵ Lucas, 12; 6.

⁶ Marcos, 12; 41 al 44.

⁷ Lucas, 21; 1 al 4.

resulta que el leptos era una moneda de muy bajo valor, pues del ochavo habló Jesús como de la más pequeña, al pronunciar el sermón sobre el quinto mandamiento. “Muéstrate conciliador con tu adversario mientras vas con él por el camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas puesto en prisión. Que en verdad te digo que no saldrás de allí hasta que pagues el último ochavo”, dijo⁸. De donde tenemos que si el as valía ocho leptos u ochavos (ochavos, por octava parte), el as no podía ser moneda de mucho precio.

Algunos traductores han llamado “blanca” al leptos, y han dado el nombre de “cuarto” al cuadrante; en esos mismos traductores el valor de los dos, o de los cinco pajarillos, es un cuarto, esto es, un cuadrante, o su equivalente, dos blancas o leptos. Esto último crea confusión en cuanto al valor del as, ya que en ese caso, siendo que era posible comprar con un as, no dos o cinco, sino ocho o veinte pajarillos, habría que convenir en que su valor no era un décimo de denario.

La próxima vez que hallamos mención de otra moneda en Mateo⁹ es cuando relata que “entrando en Cafarnaum se acercaron a Pedro los preceptores de la didracma y le dijeron: ¿Vuestro maestro no paga la didracma? Y él respondió: Cierro que sí. Cuando iba a entrar en casa, le salió Jesús al paso y le dijo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quién cobran censos y tributos? ¿De sus hijos o de los extraños? Contestó él: De los extraños. Y le dijo Jesús: Luego los hijos son libres. Mas para no escandalizarlos, vete al mar, echa el anzuelo, coge el primer pez que pique, ábrele la basa, y en ella hallarás una estatera; tómala y dala por mí y por ti”.

Las palabras de Jesús a Pedro indican que esa didracma —o doble dracma— que tenía que pagar Jesús, era el tributo

⁸ Mateo, 5; 25 y 26.

⁹ Mateo, 17; 24 al 27.

de la renovación de la alianza, el cual, según se lee en Nehemías¹⁰, era “por ley la carga de contribuir cada año con un tercio de siclo para la obra de la casa de nuestro Dios, para los panes de la proposición, para la ofrenda perpetua y para el holocausto continuo, el de los sábados, el de los novilunios y el de las solemnidades, para las santificaciones y sacrificios expiatorios por Israel y para toda la obra de la casa de nuestro Dios”.

Porque es el tributo para el templo y sus necesidades, Jesús infiere que no tiene que pagarlo a su Padre, puesto que los reyes de la tierra cobran tributos de los extraños y no de sus hijos. Mas ordena Pedro pagar el o la didracma para no escandalizar. Como el pez que ha de extraer Pedro del lago tiene dentro una estatera, que equivale a dos didracmas, con ella paga Pedro el impuesto de él y de su maestro. La estatera o el estatero valía cuatro dracmas o un tetradracma. Ahora bien, puesto que en el acuerdo de la renovación de la alianza del pueblo judío con Yavé se acordó que el tributo para la casa de Yavé sería de un tercio de siclo* —moneda judía—; y como se supone que se trataría de un siclo de plata —ya que había también el siclo de oro, entre catorce y quince veces mayor en valor que el de la plata—, parecería lógico llegar a la conclusión de que el siclo equivalía a seis dracmas, puesto que un tercio de siclo valía una didracma.

Pero esa conclusión puede no ser correcta. Tal vez ya a la época de Jesús la moneda griega se había desvalorizado en Judea, pues el o la dracma, moneda griega, tenía el precio aproximado del denario, moneda romana, y aunque no hay en los Evangelios constancia de que el siclo circulara, por lo menos en Galilea, en los días del Hijo del Hombre, generalmente se acepta que valía sobre tres denarios. Que un denario

¹⁰ Nehemías, 10, 33 al 34.

* En los días de Moisés el tributo había sido de medio siclo de plata.

equivalía a un tercio de siclo lo indica el episodio ocurrido en el templo, cuando Jesús pidió que le mostraran la moneda del tributo y le dieron un denario. La conclusión lógica es que el o la dracma se había desvalorizado en casi la mitad en relación con la moneda romana.

Volveremos a hallar la dracma en Lucas¹¹, cuando relata la parábola de la dracma perdida: “¿O qué mujer que tenga diez dracmas, si pierde una no enciende la luz, barre la casa y busca cuidadosamente hasta hallarla? Y una vez hallada convoca a las amigas y vecinas, diciendo: Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido”.

Si esta parábola no hubiera sido dicha ante gente humilde, labriegos, pescadores y mujeres pobres, mientras Jesús sermoneaba en las aldeas camino de Jerusalén, podría entenderse que la dracma tenía un alto valor, puesto que tanto se alegra la que recuperó la perdida. Pero así como Jesús le atribuía gran generosidad a la viuda que echó en el cepillo del templo dos leptos, a pesar de que el lepto u ochavo era la moneda más baja, así una mujer de aldea tenía un alto aprecio a una dracma. Lo mucho que valía para tal gente la dracma se halla implícito en la propia parábola de Jesús, pues se supone que diez dracmas era buena cantidad de dinero para la mujer que encendió la luz en busca de una.

El talento era moneda de alto valor. Mateo menciona el talento dos veces, en la parábola del rey que perdonó a un deudor que le debía diez mil talentos¹² y en la propiamente llamada “parábola de los talentos”¹³. Esta última viene en Lucas¹⁴ contada en forma muy parecida a la del evangelio de

¹¹ Lucas, 15; 8 y 9.

¹² Mateo, 18; 21 al 34.

¹³ Mateo, 25; 14 al 30.

¹⁴ Lucas, 19; 11 al 28.

Mateo; pero Lucas llama minas, a lo que Mateo llama talentos. En realidad, el talento era sesenta veces más valioso que la moneda, pues el talento valía seiscientos denarios y más o menos doscientos siclos de plata. Siendo como era el talento tan valioso, a las sencillas gentes a quienes Jesús les contó la parábola del mal perdonador —que eran sus discípulos— debió parecerles fabuloso que un rico, por muy rey que fuera, perdonara una deuda de diez mil talentos; así como debió parecerles normal que un acreedor se encontrara “con uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y agarrándole le ahogaba. De hinojos le suplicaba su compañero, diciendo: Dame espera y te pagaré. Pero él se negó, y le hizo encerrar en prisión hasta que pagara la deuda”¹⁵. Lo malo es que ese enfurecido acreedor de cien denarios era el mismo a quien su señor le había perdonado la deuda de diez mil talentos. “Entonces hízole llamar el señor, y le dijo: Mal siervo, te condoné yo tu deuda, porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, de ley que tuvieses tú piedad de tu compañero, como la tuve yo de ti? E irritado, le entregó a los torturadores hasta que pagase toda la deuda”¹⁶. Esta hermosa parábola ilustra mejor que ninguna explicación la doctrina de aquel que enseñó a los suyos a orar: “perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”.

En cuanto al denario que por valer la tercera parte de un siclo se convirtió, bajo la dominación romana, en la moneda del tributo al templo, parece haber sido también la del tributo a Roma. Pues el denario llevaba grabada la efigie del César, y a éste ordenó Jesús que le fuera dada, ya que de él era. Ahora bien, ¿qué podía comprarse con un denario?

¹⁵ Mateo, 18; 28 al 30.

¹⁶ Mateo, 18; 32 al 34.

Si era unguento de nardos, bien poco. Porque la mayoría de los discípulos, o tal vez todos, entendió que el pomo lleno de unguento de nardos que la hermana de Lázaro usó para ungir a Jesús, en la cena de Betania podía venderse en trescientos denarios. El frasco no debía ser muy grande, ya que se supone que María ungió con su contenido sólo los pies del Hijo de David. Según Juan, contenía una libra, pero no podía ser la libra que nosotros conocemos, de 454 gramos, porque su peso supone una cantidad de unguento excesiva.

Por lo visto la congregación de Jesús y sus discípulos contaba con unos doscientos denarios cuando ocurrió el primer milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Según cuenta Juan, que lo da con detalles¹⁷, Jesús, “contemplando la gran muchedumbre que venía a Él, dijo a Felipe: ¿Dónde compraremos pan para dar de comer a estos? Esto lo decía para probarle, porque Él bien sabía lo que había de hacer. Contestó Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno reciba un pedacito”.

Es oportuno recordar que si Felipe hablaba de doscientos denarios refiriéndose a que esa suma era el haber de la congregación, quien llevaba sobre sí tales doscientos denarios era Judas, el ecónomo del grupo. Recordemos también que con doscientos denarios no podía comprarse pan para la gente que rodeaba a Jesús y a sus discípulos.

¿Qué valor adquisitivo era, pues, el del denario? Nos lo dirá el propio Jesús. En la parábola de los obreros de la viña¹⁸ el predicador de la buena nueva cuenta:

“Porque el reino de los cielos es semejante a un amo de casa que salió muy de mañana a ajustar obreros para su viña. Convenido con ellos en un denario al día, los envió a su viña.

¹⁷ Juan, 6; 5 al 7.

¹⁸ Mateo, 20; 1 al 15.

Salió también a la hora de tercia y vio a otros que estaban ociosos en la plaza. Díjoles: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo justo. Y se fueron. De nuevo salió hacia la hora de sexta y de nona e hizo lo mismo, y saliendo cerca de la hora undécima, entró a otros que estaban allí, y les dijo: ¿Cómo estáis aquí sin hacer labor en todo el día? Dijéronle ellos: Porque nadie nos ha ajustado. Él les dijo: Id también vosotros a mi viña. Llegada la tarde, dijo el amo de la viña a su administrador: Llama a los obreros y dales su salario, desde los últimos hasta los primeros. Viniendo los de la hora undécima, recibieron un denario. Cuando llegaron los primeros, pensaron que recibirían más, pero también ellos recibieron un denario. Al cogerlo murmuraban contra el amo, diciendo: Estos postreros han trabajado sólo una hora y los has igualado con los que hemos llevado el peso del día y el calor. Y él respondió a uno de ellos, diciéndole: Amigo, no te hago agravio; ¿no has convenido en un denario? Toma lo tuyo y vete. Yo quiero dar a este postrero lo mismo que a ti: ¿No puedo hacer lo que quiero de mis bienes? ¿O has de ver con mal ojo porque yo sea bueno?”.

Y ahí está dicho. Cuando Jesús paraboliza lo hace ateniéndose a lo que sus oyentes conocen, y cuando dice que una mujer se había alegrado por hallar una dracma perdida, a pesar de que tenía diez, todas las mujeres que le escuchan saben que es cierto, que ellas encienden la luz y buscan la dracma si a ellas se les pierde una; y cuando quiere mostrar lo inconmensurable de la misericordia de su Padre lo compara con un acreedor que perdona al que le debe diez mil talentos, cantidad que abrumba, por lo cuantiosa, al auditorio; y cuando quiere significar que algo es imposible, dice que primero pasará un camello por el ojo de una aguja antes de que aquello suceda, lo cual convence a quienes le oyen, porque conocen el tamaño de un camello y el del ojo de una aguja. En la parábola de los

obreros de la viña, Jesús no podía inventar que el salario de los trabajadores del campo era de un denario, puesto que estaba ante infinidad de hombres que hacían a menudo ese trabajo y sabían lo que cobraban por él. El propio Jesús, pues, nos ha dicho cuál era el valor de un denario en sus días, y los estudiosos de los Evangelios, católicos o no, están de acuerdo en que ése era el de una jornada de trabajo en el campo. Por entonces, la jornada era tan larga cuanto durara el sol.

Tenemos, pues, de este estudio de las monedas, una primera conclusión: que no había en Israel —ni en Judea ni en Galilea— moneda alguna que se llamara “pieza”. No podemos atribuir el nombre de “pieza” a una mna o a un talento, porque Mateo escribió “pieza”; en cambio cuando menciona monedas lo hace usando sus nombres correctos. Él es quien dice “as”, en la pregunta de Jesús: “¿No se venden dos pajarillos por un as?”, y quien dice “didracma”, y luego “estatera”, al relatar el episodio del pago del tributo en Cafarnaum; él es quien llama “talentos” a los talentos en la parábola del deudor perdonado y en la llamada “parábola de los talentos”; es él quien en la de los obreros de la viña llama “denario” al denario. Si esas treinta piezas de plata de que habla él como precio en que se concertó la venta de su maestro hubieran sido mnas o talentos, él habría escrito “mnas” o “talentos”.

No hay moneda llamada “pieza” en Judea, ni en Galilea ni en todo Israel, y por eso no hay precisión en Mateo. Como resulta, además, que ni Marcos ni Lucas ni Juan pueden aclararnos este punto —porque los dos primeros no se refieren a la cantidad convenida y Juan no menciona en su evangelio el episodio del infame trato—, debemos convenir en que Mateo oyó informes incorrectos.

Tenemos una segunda conclusión extraída del estudio de las monedas en los Evangelios: que la congregación de los discípulos tuvo alguna vez doscientos denarios. Es probable

que a menudo esa bolsa estuviera vacía; pero si se toma en cuenta que con lo que hubiere en ella había que alimentar a trece personas y dar limosnas a los pobres, no es difícil suponer que de tarde en tarde debía hallarse de nuevo con otros doscientos denarios.

Tenemos una tercera conclusión: que con treinta denarios, cantidad igual a la que ganaba un jornalero en treinta días de trabajo de campo, no era posible comprar más que la décima parte de un pomo de unguento de nardos. Es desde luego irrisorio pensar que un terreno, por pobre y pequeño que fuera, valiera menos que la tercera parte de un pomo de unguento de nardos; y ya se sabe que a Judas se le atribuye haber comprado en Jerusalén un terreno “con el precio de su iniquidad”. El Iscariote, tesorero del grupo de Jesús y sus discípulos, que alguna vez tuvo en su bolsa doscientos denarios y que probablemente tenía más de treinta el jueves pascual —¿pues cuánto hacía falta para comprar lo que se necesitaba para la fiesta o para dar a los pobres?—, pudo haber sustraído esos treinta, uno a uno, cinco a cinco, quizá de golpe, si tan ínfima cantidad lo tentaba, puesto que en cierta ocasión guardó doscientos, y no sabemos en cuántas guardó más.

La versión, universalmente aceptada y propalada, de que Judas vendió a Jesús por treinta denarios parece haberse originado en una tradición del pueblo judío. Entre las leyes que Yavé dictó a Moisés se leen varios versículos¹⁹ relativos a los deberes del amo de un buey bravo cuando éste cornea a alguien o a otro buey: “... el buey será lapidado, si mata a un hombre o a una mujer, pero el dueño será también reo de muerte. Si en vez de la muerte le pidieran al dueño un precio como rescate de la vida, pagará lo que se le imponga. Si el buey hiere a un niño o a una niña, se aplicará esta misma ley;

¹⁹ Éxodo, 21; 28 al 36.

pero si el herido fuese un siervo o una sierva, pagará el dueño del buey treinta siclos de plata al dueño del esclavo o de la esclava, y, el buey será lapidado”. Si Mateo no escribió “siclos” en vez de “piezas” tiene que haber sido por una de estas dos razones; o porque el siclo ya no circulaba en Israel, al extremo de que los tributos se pagaban en dracmas o en denarios, siendo que debía pagarse, de acuerdo con el pacto de la nueva alianza, la tercera parte de un siclo; o porque treinta siclos era tan poco precio por la vida de Jesús que nadie hubiera creído esa versión.

A pesar de lo cual la humanidad sigue acusando a Judas el Iscariote de haber vendido al Hijo del Hombre por treinta denarios; esto es, por la tercera parte de treinta siclos.

VII

Vamos a entrar ahora en la segunda escena del acto final del gran drama, la escena de la aprehensión. Pero antes de que esa escena se produzca los personajes van moviéndose, tomando posiciones.

A poco de haberse levantado de la mesa en que celebraban la cena de ese jueves pascual, Jesús y algunos de sus discípulos van a orar al huerto de Gethsemaní, allí prenden al maestro y allí está Judas cuando tal cosa ocurre.

De acuerdo con los evangelistas, Jesús es identificado mediante un beso del Iscariote, cogido y llevado a casa de Caifás, interrogado esa misma noche, enjuiciado el viernes temprano, conducido hasta Pilatos y enviado después a la crucifixión.

Hay diferencias, sin embargo, en los historiadores de los hechos: Lucas da la noticia de que el procurador romano, enterado de que Jesús era galileo, y por tanto de la jurisdicción de Herodes, se lo envió a éste, que se hallaba por entonces en Jerusalén. Lucas cuenta¹ que “viendo Herodes a Jesús se alegró mucho, pues desde hacía bastante tiempo deseaba verle”; le interrogó, le vistió con una túnica blanca y lo devolvió a Pilatos. Juan no menciona el beso de identificación, lo cual es de gran importancia por lo que veremos después, y refiere que del Huerto de los Olivos Jesús fue

¹ Lucas, 23; 6 al 12.

llevado a casa de Anás, quien lo interrogó ligeramente y lo mandó a la de su yerno Caifás.

Sólo Lucas trae el interrogatorio de Herodes; sólo Juan el de Anás. Ninguno de los cuatro informa dónde está Judas mientras Jesús es interpelado por Anás, por el Sanhedrin, por Pilatos y por Herodes. Los cuatro, sin embargo, están de acuerdo en que se hallaba en el huerto cuando su maestro fue hecho preso; y tres de ellos en que besó a Jesús inmediatamente antes de la aprehensión.

Ni Marcos ni Lucas ni Juan nos dirán palabra alguna sobre Judas después de la escena del huerto; sólo Mateo y Pedro, el uno en su evangelio, el otro en el Libro de los Hechos de los Apóstoles, hablarán del arrepentimiento del Iscariote, de lo que hizo con los dineros recibidos por la venta, y de su muerte. Mateo contará que murió ahorcado; Pedro dirá que reventó, primero, y después que se marchó a su lugar.

Las acusaciones realmente serias que tiene que encarar Judas son éstas: que fue a Gethsemaní para entregar a su maestro; que devolvió el dinero de la venta, que se ahorcó porque no podía padecer el remordimiento. Su presencia entre los soldados y los siervos del sacerdocio, cuando estos llegan a cumplir la misión de hacer preso a Jesús, es un hecho indudable. No puede decirse lo mismo de ese beso que tan odioso lo ha hecho para toda la eternidad del cristianismo. Si murió, como lo afirma Mateo, colgado de una rama, prófugo de su propia conciencia atormentada, tal muerte sería suficiente para justificar la acusación.

Pero he aquí que para juzgar a un hombre no basta con lo que haya hecho, sino que hay que tomar en cuenta aquello que no hizo debiendo hacerlo. Y entre su presencia en el Huerto de los Olivos y su suicidio hay una incomprensible ausencia de Judas, cuya silueta no vuelve a aparecer ni junto a Jesús ni junto a sus compañeros en las dramáticas escenas que van a producirse a partir del momento de la aprehensión.

Durante el juicio, cuando más falta hace un traidor, cuando más necesitan los sacerdotes de alguien cercano a Jesús para que testifique allí, en presencia de todos y ante el propio acusado, que éste aseguró ser el Hijo del Dios, el Cristo, el Mesías, no vemos actuar a Judas. Caifás no contaba con la ayuda del Iscariote para facilitar los trámites del juicio, puesto que él mismo lo dice: “¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?”. Jesús ha admitido ser el Cristo, y eso lo condena. En los evangelistas se lee claramente, y ya lo hemos expuesto, que el Sanhedrin buscaba testigos falsos, luego, si los potentados del Sanhedrín estaban dispuestos a pagar dinero por Jesús, sería a cambio de un testimonio de valía. Judas pudo darlo. No lo dio. No se le vuelve a ver en las cercanías de su maestro a partir del momento en que éste es hecho preso.

La cena había llegado a su fin. Ignoramos qué hora de la noche era; pero sabemos que el grupo de Jesús y sus discípulos se había sentado a la mesa durante la tarde; sabemos por Juan que había caído ya la noche cuando Judas abandonó el lugar, que Jesús demoró todavía bastante hablando con aquellos a quienes llamó a veces hijos. Así, pues, no hay duda de que debía ser noche cerrada cuando, recitados los himnos, se encaminaron “al otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto”, según Juan².

De acuerdo con Lucas, antes de salir hubo revuelo entre los discípulos, los cuales se enardecieron cuando oyeron a Jesús decir: “Pues ahora el que tenga bolsa, tómela, e igualmente alforja, y el que no la tenga, venda su manto y compre una espada”³, y le ofrecieron dos espadas que llevaban. Jesús no las rehusó. Dijo: “Es bastante”⁴. Tal parece que Jesús y

² Juan, 18; 1.

³ Lucas, 22; 36.

⁴ Lucas. 22; 38.

sus discípulos, o algunos de ellos, tenían noticia de que esa noche le prenderían, pues de no, ¿cómo había dos que llevaban espadas?

Por el camino de Gethsemaní el maestro y sus seguidores iban hablando. ¿De qué? De lo mismo. Toda esa noche sobre ellos pesa el sentimiento angustioso de una catástrofe que se avecina.

A pesar de que Juan y Lucas dan por celebrado durante la cena el diálogo en que Jesús anuncia que Pedro le negará tres veces, Mateo y Marcos dicen que fue mientras iban hacia el huerto; tal como está dicho en Mateo, parece que ése es el momento apropiado para que Jesús responda a Pedro, porque a medida que marchaban les dijo Jesús: “Todos vosotros os escandalizaréis en mí esta noche, porque escrito está: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas de la manada. Pero después de resucitado os precederé a Galilea. Tomó Pedro la palabra y le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo jamás me escandalizaré. Respondióle Jesús: En verdad te digo que esta misma noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Díjole Pedro: Aunque tenga que morir contigo, no te negaré. Y lo mismo decían todos los discípulos”⁵. La significativa frase de “Simón, Simón, Satanás os busca para ahecharos como trigo” que ofrece Lucas⁶ parece más lógica dicha entonces, camino del huerto.

A medida que el tiempo pasa va aumentando la angustia que oprime a todos los corazones; y llegará a hacerse tan intensa que estallará, ora en forma de padecimiento inenarrable, como el de Jesús, cuyo sudor, según Lucas⁷ fue como grandes gotas de sangre que corrían hasta la tierra”; ora en

⁵ Mateo, 26; 31 al 35.

⁶ Lucas, 22; 31.

⁷ Lucas, 22: 44.

furor homicida, como en Pedro, que usó una de las dos espadas para cortar la oreja a un siervo de Caifás; ora en miedo cerval, como el de los discípulos que huyeron. Ya en el huerto, sobre todo, la angustia llega a su culminación. Atormentado por él, Jesús se aparta, primero con Pedro, Juan y Santiago, del grupo de los discípulos; después va a separarse también de estos tres.

Con la excepción de Juan, que no da detalles sino a partir del momento en que los aprehensores llegan frente a Jesús, los evangelistas sitúan bien los núcleos en que han quedado divididos; Lucas llega a dar, aproximadamente, la distancia a que se fue Jesús. Mateo refiere que al llegar a Gethsemaní Jesús les dijo: “Sentaos aquí mientras yo voy allá a orar. Y tomando a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo comenzó a entristecerse y angustiarse. Entonces les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo. Y adelantándose un poco se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pasa de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú”⁸.

Bien claro está, pues, que primero se separó, acompañado de Simón Pedro, Juan y Santiago, del grueso de los discípulos, y a poco se separó también de Simón Pedro, Juan y Santiago. En Marcos está dicho con mayor claridad, pese a que usa casi las mismas palabras de Mateo. He aquí el testimonio de Marcos⁹: “Llegaron a un lugar cuyo nombre era Gethsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí mientras voy a orar. Tomando consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, comenzó a sentir temor y angustia, y les decía: Triste está mi alma hasta la muerte; permaneced aquí y velad. Adelantándose un poco, cayó en tierra y oraba que, si era posible, pasase

⁸ Mateo, 26; 36 al 39.

⁹ Marcos, 14; 32 al 36.

de Él aquella hora. Decía: Abba, Padre, todo te es posible; aleja de mí este cáliz; mas no sea lo que quiero, sino lo que quieres tú”.

Lucas no detalla, como Mateo y Marcos, las distintas posiciones en que se colocan Jesús y los discípulos; en cuanto a Juan, ni siquiera se refiere a esa dolorosa angustia de su maestro. Del evangelio de Lucas se desprende, sin embargo, que los hechos iban ocurriendo como los describen Mateo y Marcos. Pues dice¹⁰ que “Llegado allí, díjoles: Orad para que no entréis en tentación. Se apartó de ellos como un tiro de piedra, y puesto de rodillas, oraba, diciendo: Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Si bien Lucas no advierte que hubo división entre los discípulos por orden de Jesús, indica sin embargo que Jesús “se apartó de ellos como un tiro de piedra”. Ahora bien, ¿de quiénes? Porque había dos grupos: el formado por el grueso de los discípulos y el formado por Pedro, Juan y Santiago. Lucas no aclara, por la misma razón de que no toma en cuenta esa división, a cuál de los dos grupos dijo Jesús que oraran “para que no entréis en tentación”. Y saber con toda precisión esto es muy importante.

Pues resulta que Juan ha dicho, en su testimonio de la cena, que Jesús le dijo a él, y solamente a él, que el traidor iba a ser Judas. No vamos a repetir aquí los argumentos por los cuales queda prácticamente desvirtuado ese testimonio de Juan; sino que hemos de tomar en cuenta que en su hora de angustia Jesús se dirige todavía a sus discípulos para pedirles que oren, a fin de no entrar en tentación. ¿En qué tentación? Evidentemente en la de traicionar, puesto que es el sentimiento de que va a caer en manos de sus enemigos lo que le embarga; es la seguridad de que ha llegado su hora final lo

¹⁰ Lucas, 22; 40 al 42.

que hace que su sudor sea “como gruesas gotas de sangre que corrían hasta la tierra”; es la convicción de que la gran prueba se acerca velozmente lo que le lleva a clamar: “Abba, Padre, todo te es posible; aleja de mi este cáliz”.

¿A cuál de los dos grupos en que se hallan divididos los discípulos se dirige Jesús para pedirles que oren y eviten, orando, la tentación? No lo dicen ni Lucas ni Juan, pero lo dicen Mateo y Marcos; este último, con mayor claridad que el primero. A quienes se dirige Jesús es a sus tres íntimos, a Pedro, Santiago y Juan. Helo aquí en Mateo¹¹: “Y viniendo a los discípulos, los encontró dormidos, y dijo a Pedro: ¿De modo que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad para no caer en tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es flaca”. Y en Marcos¹²: “Vino y los encontró dormidos, y dijo a Pedro: Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora? Velad y orad para que no entréis en tentación; el espíritu está pronto, mas la carne es flaca”.

Este testimonio de Marcos resulta más claro que el de Mateo porque establece que Jesús “vino y los encontró dormidos”, mientras que Mateo escribe: “Vino a los discípulos...”. En el testimonio de Mateo podía entenderse que Pedro volvió a reunirse con el resto de los discípulos; el de Marcos es bien claro. Pedro, Juan y Santiago se durmieron allí donde los dejó Jesús al retirarse para orar durante una hora; al volver y hallarlos dormidos, Jesús los reconvino y les pidió que oraran para no entrar en tentación.

No hay ni puede haber prueba más patente de que en tal momento, esto es, poco antes de la aprehensión, Jesús no conocía al traidor; dudaba de todos sus discípulos. Más todavía: llegaba a dudar de sus más íntimos, que eran Simón Pedro y

¹¹ Mateo, 26; 40 y 41.

¹² Marcos, 14; 37 y 38.

los dos hijos de Zebedeo. ¿Por qué esa duda? ¿Sabía ya que el Sanhedrín tenía testigos que enfrentarle e ignoraba quiénes eran esos testigos?

No lo sabemos. Lo que sí podemos deducir de los testimonios de Mateo y de Marcos es que en ese momento, a punto de consumarse la aprehensión, seguía dudando de su congregación; como podemos también deducir el silencio de Juan sobre este punto del hecho de que dormía mientras su maestro sufría la angustia mortal que le hacía sudar “como gruesas gotas de sangre que corrían hasta la tierra”. Juan no era Simón Pedro, a quien no le dolía confesar sus debilidades o que los demás dejaran constancia de ellas; Juan no quiso decir en su evangelio que a esa hora, en vez de velar se echó en tierra a dormir.

Y siguió durmiendo, junto con su hermano y con Pedro, a pesar de la advertencia de Jesús. Y todavía, y por cierto sólo ellos, son Mateo y Marcos quienes nos ofrecen las más precisas noticias, dato muy curioso, porque como se sabe Marcos no es testigo presencial y Mateo, que hubiera podido serlo, se halla por lo menos “a un tiro de piedra” de Jesús.

Hay base para suponer que esa distancia de “un tiro de piedra” que ofrece Lucas es la que separa a Jesús de Pedro, Juan y Santiago; debe ser, pues, mayor la que le separa del otro grupo, en el cual se encuentra Mateo. Pero aun admitiendo que el lugar donde éste y los restantes se han quedado dista sólo ese “tiro de piedra” de Jesús, tenemos que convenir que en la oscura noche y entre los troncos de olivo ello supondría un apartamiento bastante grande; por lo menos, una separación suficiente para impedirle a Mateo ver los movimientos de Jesús y oír sus palabras. Luego, Mateo debe haber sabido esos datos por Pedro, a quien, a juzgar por la pregunta de Jesús, se ha dirigido el maestro despertándole; y si bien hay muchos estudiosos de los Evangelios que consideran a Mar-

cos siguiendo a Mateo en la descripción de este momento, no es improbable que la fuente del uno y del otro haya sido la misma, esto es, Pedro.

Puesto que no hay diferencia de matiz alguna entre Mateo¹³ y Marcos¹⁴ en lo que sigue, vamos a remitirnos a Marcos, más económico de palabras, para que veamos cómo, todavía, dos veces más los discípulos más estrechamente unidos a Jesús descuidaron esa noche sus advertencias. Ya el Hijo de David les había llamado la atención una vez —se la había llamado a Pedro, por lo menos— porque no velaban mientras su maestro oraba, sino que dormían. Según Marcos: “De nuevo se retiró y oró haciendo la misma súplica. Viniendo otra vez, los encontró dormidos, porque estaban sus ojos pesados; y no sabían qué responderle. Llegó por tercera vez y les dijo: Dormid y descansad. Basta. Ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores. Ya se acerca el que ha de entregarme”. Este final, en el cual parece haber una acusación a Judas, no figura en Lucas. En Juan no hay detalle alguno de esas horas de angustia.

Se explica que no los ofrezca Juan, puesto que dormía. Lo que no puede explicarse es que no haya despertado al oír el rumor de los aprehensores que se acercan. ¿Quién oyó a Jesús volver por tercera vez y recomendar a sus tres discípulos que durmieran y descansaran? ¿Quién transmitió a Mateo y a Marcos esas palabras? ¿Fue Pedro, fue Juan, fue Santiago? Si uno solo de ellos las oyó, ¿no debió reaccionar inmediatamente, y llamar a los otros dos, cuando su maestro agregó que había llegado la hora y que el Hijo del Hombre iba a ser entregado en manos de los pecadores? ¿O es que todavía en tal momento, cuando mayor es el padecimiento de su maestro, esos hijos de

¹³ Mateo, 26; 42 al 46.

¹⁴ Marcos, 14, 39 al 42.

mujer duermen entre las raíces de los olivos, descuidados de aquel a quien ellos mismos han reconocido como el Cristo vivo de Dios? ¿Es que en el minuto en que va a cumplirse el tremendo vaticinio ellos le olvidan, olvidan las protestas de fidelidad pronunciadas en la cena y olvidan la oferta de las espadas?

No; es humanamente imposible que en tal momento Pedro, si fue él quien oyó a Jesús, dejara durmiendo a Juan y a su hermano Santiago; o que si fue Santiago, dejara durmiendo a su hermano Juan y a Simón Pedro.

El testimonio de Juan, por lo demás, comienza ahora. Lo que él describe, breve, sobriamente, es una escena vivida, llena de movimiento. A nadie cabe duda de que Juan estaba despierto cuando llegaron los aprehensores cerca de Jesús. Y Juan no da cuenta de esa acusación indirecta que figura en Mateo y en Marcos, como no la ofrece Lucas. Juan, único testigo presencial, entre los evangelistas, del prendimiento de su maestro; Juan, el más vehemente cuando se trata de acusar a Judas, no refiere que Jesús dijera: "Ya se acerca el que ha de entregarme". Presumimos que Jesús no dijo tales palabras, y como no tardaremos en ver, los acontecimientos que van a desatarse inmediatamente probarán que nuestra presunción es correcta.

VIII

Va a producirse la aprehensión, el acto con el cual Judas Iscariote queda consagrado para siempre jamás como el arquetipo de los traidores. Estamos en el umbral del momento mismo en que este oscuro personaje cuaja como el malvado por excelencia. Antes de ahora, nada ni nadie ha sido para el juicio de los hombres, a despecho de su papel, no despreciable por cierto, de ecónomo de Jesús y sus discípulos; después de ahora sólo se nos dirá de él que fue a devolver las monedas de la venta, que murió colgado de un árbol o que reventó y se fue a su lugar.

Este hombre de quien sólo se ha dicho que junto con sus compañeros protestó por el derroche del unguimento recibido por Jesús en Betania, y que igual que los demás discípulos preguntó, durante la cena de hace pocas horas, si era él el llamado a ser traidor; este hombre a quien hasta ahora mismo Jesús ha dirigido la palabra sólo para ordenarle que lo que había de hacer lo hiciera presto; este sombrío desconocido va a colocarse dentro de un instante, de un solo golpe, entre las figuras más conocidas de la Historia, y, desde luego, a la cabeza de todas las despreciadas.

Si no aparece aquí, revuelto con soldados, ministriles y siervos de los sacerdotes, guiándolos hacia donde está su maestro; si no surge en este minuto, como un relámpago de espesas tinieblas cruzando velozmente la negra noche de

Gethsemaní, se perdería en el polvo de los tiempos como muchos de sus compañeros. Toda su razón de ser en la Historia está en su fugaz y sombría aparición en el huerto, entre los retorcidos troncos de los olivares. Antes fue desconocido; a partir de este amargo y apasionante momento será perseguido por el desprecio de la humanidad.

Estamos, pues en el corazón de los acontecimientos que dan el perfil de su silueta moral. Ahora como nunca nuestro juicio debe estar limpio de pasiones; ahora como nunca debemos estudiar hasta el agotamiento lo que de este episodio del gran drama del Calvario se ha dicho para la posteridad. El más ligero error puede inducirnos a conclusiones falsas, el olvido más leve puede llevarnos por caminos equivocados. De los elementos de juicio que tenemos por delante, y de la manera como los usemos, depende que podamos decir con toda honestidad: “Judas el Iscariote fue traidor”; o afirmar también con honestidad: Judas el Iscariote es inocente del crimen que se le imputa”.

En el momento en que entran en escena Judas y los aprehensores, Jesús, según los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, está hablando. No se dirige sólo a Pedro, pues Mateo dice: “Vino a los discípulos y les dijo...”; Marcos explica: “Llegó por tercera vez y les dijo...”. Lucas, menos explícito refiere¹: “Aún estaba Él hablando, y he aquí que llegó una turba...”.

Recordemos que ese grupo al cual habla es el formado por Simón Pedro, Juan y Santiago. Tal grupo está en la oscuridad, y sólo puede ser localizado gracias a la voz de Jesús, conocida de Judas, y acaso audible desde alguna distancia por razón del silencio que debe haber en el huerto, a esa hora tal vez sólo estremecido por la brisa primaveral.

¹ Lucas, 22; 47.

Cerca de allí, a distancia que en ningún caso puede ser menor de un tiro de piedra, están probablemente ocho discípulos, si fueron once los que siguieron a Jesús desde la casa de la cena hasta el Huerto de los Olivos. Si duermen, es claro que nada los delatará; pues no sólo no hacen ruido sino que deberán hallarse echados en tierra, diseminados bajo los árboles. Nada asegura, empero, que duerman; como nada que no lo hagan. Lo único importante es que deben estar allí, a nunca menos de un tiro de piedra de Jesús.

Judas había abandonado la cena hacía algún tiempo, no sabemos cuánto antes que su maestro y sus compañeros, pero sabemos que antes.

Supongamos, ateniéndonos al criterio de que traicionó, que lo hizo para ir a convenir la entrega o a realizarla; supongamos también que, reunidos los soldados, los ministriles y los siervos de los sacerdotes, Judas se pusiera a su frente y se encaminara a la casa de la cena; que no hallara allí a Jesús ni a ninguno de los discípulos, ya en camino hacia Gethsemaní, o a esa hora reunidos en el huerto.

Nada nos da pie para hacer esas suposiciones, pero queremos ceñirnos en este pasaje a la teoría de la traición. “Judas, el que había de traicionarle, conocía el sitio, porque muchas veces concurría allí Jesús con sus discípulos”, afirma Juan².

Pero ése no era el único sitio que visitaba Jesús, ni está dicho en ninguno de los testimonios de la cena que estando Judas sentado todavía en la mesa, Jesús hablara de ir esa noche a Gethsemaní. A menudo Jesús dormía en Betania.

Admitamos, sin embargo, que Juan está en lo cierto cuando dice³: “Judas, pues, tomando la cohorte y los alguaciles de los pontífices y fariseos, vino allí con linternas, y hachas, y armas”.

² Juan, 18; 3.

³ Juan, 18; 3.

Bien: Judas conocía el sitio; sabía dónde se reunía Jesús con sus discípulos. Lo que no podía saber Judas era que Jesús se había apartado con Simón Pedro, Juan y su hermano Santiago. Sin embargo, he aquí que este hombre de extraordinario instinto de perseguidor o de suerte loca acierta a ir derechamente al lugar donde se halla Jesús sin tropezar antes con sus restantes compañeros, aquellos que se encontraban en grupo aparte, y entre los cuales debía estar Mateo; sin que ese grupo oiga el ruido de los pasos, el entrechocar de las armas, ni advierta las luces con que los aprehensores van espantando las tinieblas del huerto.

Para que los acontecimientos se produzcan tal como están relatados por Mateo, Marcos y Lucas, hubiera tenido que darse antes el prendimiento de todos —o de algunos, o de uno solo, siquiera— los que formaban el grupo mayor. Sólo así, enterándose por uno de estos de a dónde se había dirigido Jesús con Simón Pedro y los dos hijos de Zebedeo, hubieran podido Judas y sus acompañantes dar tan certeramente con Jesús; o hubiera tenido que ir Judas, en son todavía de compañero, y sonsacarles el lugar en que se hallaba su maestro. Y ninguna de estas dos cosas ocurrió. Por otra parte, la posibilidad de que Judas y los que con él llegaron trasegaran por el huerto en silencio tan absoluto que no les oyeran los del grupo mayor, está descartado desde el momento que Jesús les oyó acercarse.

Lo que explica tanta confusión es que ese grupo mayor de discípulos huyó. No sucedió como dice Mateo⁴: “Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron”, o como asegura Marcos —que esa noche siendo todavía muy joven, dejó en manos de los perseguidores la sábana en que iba envuelto y huyó desnudo—: “Y abandonándole, huyeron todos”⁵. No; huyó el grupo donde estaba Mateo, el grupo mayor.

⁴ Mateo, 26; 56.

⁵ Marcos, 14; 50 y 51.

Pero no huyó el de Simón Pedro, Juan y Santiago; por lo menos no huyó en ese momento. ¿No está aceptado por los propios Mateo y Marcos, y no está dicho por Lucas, que uno de ese pequeño grupo hirió a un siervo del sumo sacerdote cortándole una oreja; y no sabemos por Juan que el heridor fue Pedro; y no cuenta Juan que Jesús dijo a sus aprehensores⁶: “Ya os dije que yo soy; si, pues, me buscáis a mí dejad ir a estos”? ¿Y quiénes son “estos”? Evidentemente, Simón Pedro, Juan y su hermano Santiago.

Si los hechos han ocurrido como los estamos viendo —y no hay otra manera de explicarlos—, tenemos aclarada, en ellos mismos, la confusión que se advierte en los evangelios a la hora de relatar el prendimiento de Jesús. Pues sabiendo, como sabemos, que Marcos y Lucas no fueron testigos presenciales, y aún admitiendo que Marcos no siga a Mateo fielmente, nos quedaba la posibilidad de que Juan y Mateo hubieran visto los sucesos en forma distinta. Mas he aquí que no hay esa posibilidad. Lo que ocurre es que Mateo está en el grupo que huye, mientras que Juan está en el grupo que presencia el prendimiento. Mateo relata lo que han contado; Juan, lo que vio. Tal vez para justificar su fuga Mateo no quiere reconocer que algunos discípulos —tres, propiamente— se han quedado junto a su maestro; por eso afirma que “entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron”.

Oigamos la versión de Mateo⁷: “Aún estaba hablando cuando llegó Judas, uno de los doce, y con él una gran turba armada de espadas y garrotes, enviada por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo. El que iba a entregarle les dio una señal diciendo: Aquel a quien yo besare, ése es, prendedle. Y al instante, acercándose a Jesús, dijo: Salve,

⁶ Juan, 18; 8.

⁷ Mateo, 26; 47 al 56.

Rabbí. Y le besó. Jesús le dijo: Amigo, ¿a qué vienes? Entonces se adelantaron y echaron las manos sobre Jesús, apoderándose de Él. Uno de los que estaban con Jesús extendió la mano, y sacando la espada hirió a un siervo del pontífice, cortándole una oreja. Jesús entonces le dijo: Vuelve tu espada a su vaina, pues quien toma la espada a espada morirá. ¿O crees que no puedo rogar a mi Padre, que me enviaría luego doce legiones de ángeles? ¿Cómo van a cumplirse las Escrituras de que así conviene que sea? Entonces dijo Jesús a la turba: ¿Como a ladrón habéis salido con espadas y garrotes a prenderme? Todos los días me sentaba en el templo para enseñar, y no me prendisteis. Pero todo esto sucedió para que se cumpliesen las Escrituras de los profetas. Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron”.

Veamos, antes de seguir adelante, las contradicciones de Mateo consigo mismo y sus contradicciones con los hechos. La primera de ellas es que es él, Mateo, quien en la descripción de la cena ha dicho que Jesús señaló a Judas como el que iba a traicionarle; según él, al preguntar Judas a Jesús, en la cena: “¿Soy, acaso, yo, Señor?”, el Hijo del Hombre le respondió: “Tú lo has dicho”. No se explica, pues, que ahora, al llegar Judas, al besarle, Jesús pregunte: “Amigo, ¿a qué vienes?”. La segunda contradicción deriva de la primera, pues si Jesús sabía de antemano que Judas era el traidor, si ha dicho poco antes, según el propio Mateo⁸: “Levantaos, vamos; ya llega el que va a entregarme”, ¿cómo se explica que no supiera a qué llegaba el Iscariote?

Lucas cuenta que al terminar la cena Jesús recomendó a sus discípulos que “el que no la tenga, venda su manto y compre una espada”; a seguidas refiere. “Dijéronle ellos: Aquí hay dos espadas. Respondióles: Es bastante”. Y que ese episodio

⁸ Mateo, 26; 46.

relatado por Lucas ocurrió tal como queda dicho, lo prueba que uno de los acompañantes de Jesús, Simón Pedro, estaba armado de espada y con ella desorejó a Malco, un siervo de Caifás. ¿Cómo, pues, se contradice Mateo con los hechos poniendo en boca de su maestro, en la propia boca de que saliera la recomendación para que se hicieran de espadas, esa frase de “¿quien toma la espada, a espada morirá?”.

Por último, he aquí otra contradicción: Mateo refiere que “El que iba a entregarle les dio una señal diciendo: Aquel a quien yo besare, ése es, prendedle”; pero más abajo copia estas palabras de Jesús: “¿Como a ladrón habéis salido con espadas y garrotes a prenderme? Todos los días me sentaba en el templo a enseñar, y no me prendisteis”. Claro, Jesús tenía que sorprenderse de que esos mismos que le veían a diario en el templo no le hubieran prendido allí. Esto es, el propio Jesús se consideraba a sí mismo demasiado conocido, demasiado expuesto cada día a la luz pública; luego, no hacía falta que uno de sus discípulos le diera un beso para identificarle.

¿De dónde provienen esas contradicciones de Mateo, que en tan grande confusión se resuelven? Proviene de que no testimonia lo que vio, sino que tomó datos de oídas; provienen de que él no estaba allí, porque huyó junto con sus compañeros del grupo mayor.

Marcos, que sigue muy de cerca a Mateo, no refiere que Jesús le hiciera pregunta alguna a Judas; y las palabras que Jesús dirige a los que le prenden son más claras que en Mateo, puesto que en ellas el maestro admite que los que llegaban le conocían bien, así como Jesús les conocía a ellos. He aquí cómo habla Jesús, según Marcos⁹: “¿Como contra ladrón habéis salido con espadas y garrotes para prenderme? Todos

⁹ Marcos, 14; 48 y 49.

los días estaba yo en medio de vosotros en el templo enseñando y no me prendisteis”.

Ese mutuo conocimiento entre la presa y sus aprehensores hacen inútiles las palabras de Jesús a Judas, puesto que éste no hacía falta para identificarle, a pesar de que Marcos repita, con Mateo, que Judas dijo: “A quien besare yo, ése es”¹⁰.

Si no se diera el caso de que tenemos un testimonio de testigo presencial, un testigo que además ha dejado muestras de que no tenía compasión con Judas, nos veríamos en el caso de escoger como el más lógico el de Lucas. Pero entre Lucas, que recogió datos en documentos y en labios de seguidores de Jesús —y recordemos que la mayoría de los discípulos huyó esa noche, de manera que aun en el caso de que Lucas hubiera interrogado a muchos de ellos no hubiese tenido informes fidedignos—, y Juan, que estuvo presente en el episodio de la aprehensión, tenemos que preferir a Juan.

Según Lucas¹¹, “Aún estaba Él hablando, y he aquí que llegó una turba, y el llamado Judas, uno de los doce, los precedía, y acercándose a Jesús, le besó. Jesús le dijo: Judas, ¿con beso entregas al Hijo del Hombre? Viendo los que estaban en torno de Él lo que iba a suceder, le dijeron: Señor, ¿herimos con la espada? Y uno de ellos hirió a un siervo del sumo sacerdote y le llevó la oreja derecha. Tomando Jesús la palabra, le dijo: Basta ya. Dejad; y tocando la oreja la curó. Dijo Jesús a los príncipes de los sacerdotes, oficiales del templo y ancianos, que habían venido contra Él: ¿Como contra un ladrón habéis venido con espadas y garrotes? Estando yo cada día en el templo con vosotros, no extendisteis las manos en mí; pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas”.

¹⁰ Marcos, 14; 44.

¹¹ Lucas, 22; 47 al 53.

Parecería que éste es el testimonio correcto; pues si Jesús hubiera hablado a Judas, así como en Lucas lo habría hecho. Además, la pregunta de los que le rodean —“¿Herimos con la espada?”— viene bien con la advertencia de Jesús al terminar la cena —“El que no la tenga, venda su manto y compre una espada”—; el dato, que sólo Lucas da, de que entre los que llegaron había príncipes de los sacerdotes, oficiales del templo y ancianos, explica que Jesús se dirija a ellos incriminándoles porque “Estando yo cada día en el templo con vosotros, no extendisteis las manos en mí”. Sólo que de ser así, Judas no identificó a Jesús con un beso. No le identificó simplemente porque no hacía falta identificarle. Entre los que iban a prenderle —y es Jesús quien lo proclama— había muchos conocidos del maestro, cada uno de los cuales pudo haberle identificado sin tener necesidad del beso de Judas.

Sin caer en ellas en forma tan exagerada como Mateo y Marcos, se ve que Lucas incurre también en contradicciones, a pesar de que su evangelio es, en este caso, mucho más lógico que los dos anteriores. Mas he aquí que, igual que Mateo y que Marcos, Lucas no ofrece detalles tan importantes como el de que fue Pedro quien hirió a Malco, el siervo de Caifás. Si los tres coinciden en que Judas besó a Jesús para identificarle, en cambio Mateo pone en boca de Jesús las palabras “Amigo, ¿a qué vienes?”, Marcos no pone ninguna y Lucas las de “Judas, ¿con beso entregas al Hijo del Hombre?”.

Si es cierto que Jesús se dirigió a Judas en tal momento, qué dijo: el “Amigo, ¿a qué vienes?” o el “Judas, ¿con beso entregas al Hijo del Hombre?”. Hay una distancia muy grande entre una frase y otra. El estado de ánimo de aquel que pregunta según Lucas. ¿A qué versión debemos atenernos?

Para preguntar como afirma Mateo se requiere un estado de alma especial, en el que se advierte algo más que el cansancio dejado por horas de angustia y de incierta espera, la honda

tristeza que queda en el corazón como fruto de un presentimiento agotador, ya cumplido; se requiere, además, que la sensibilidad, exhausta al cabo de tan prolongado tormento, sea conmovida por lo inesperado, por algo capaz de causar asombro, aunque el agotante esfuerzo anterior no permita expresarlo con viveza. Pues en ese “Amigo, ¿a qué vienes?” es fácil ver la ternura de quien quiere preguntar: ¿“Me das tú esta prueba de amistad ahora, cuando los demás huyen”?; o si no: “Amigo, ¿por qué te expones, si estabas a salvo?”. La palabra “amigo” dicha por Jesús en ese dramático minuto tiene un valor que no puede ser trastocado, disminuido o disimulado. En cambio, ¡cuán distinto el “Judas, ¿con beso entregas al Hijo del Hombre?” en la versión de Lucas! Pues aquí hay, desde luego, la tristeza de Jesús, y también la amargura, el desencanto, el cansancio moral de quien lleva horas infinitas esperando este momento; pero hay una acusación concreta que sería imposible evadir.

Estas disparidades, absolutamente inexplicables si no supiéramos ya que Mateo no estuvo en el acto mismo del prendimiento, y si no supiéramos que Marcos y Lucas escriben sus evangelios con testimonios de terceros, se explican sin embargo porque los tres tomaron versiones no auténticas, deformadas por el grado de sensibilidad o ignorancia de los informantes y a menudo por prejuicios en relación con Judas. No podemos echar en olvido que, como se verá más adelante, Judas comenzó a ser perseguido con el odio de la cristiandad cuando todavía ésta podía contar sus adeptos y no pasaban de ciento veinte.

El caso de Mateo, Marcos y Lucas no es el de Juan. Juan se hallaba junto a Jesús cuando llegaron a hacer preso al Hijo de David. En relación a la aprehensión y al juicio, Juan resulta el mejor relator. Aunque no dice con quién ha pactado Judas la entrega ni habla de precio por la venta, es el único que trata

de explicar que Judas pudiera dar con Jesús, ya que sabía a qué lugar iba con frecuencia su maestro. En todo el proceso final del último acto de este extraordinario drama, Juan conserva la cabeza limpia, y para que su versión sea la única completa le falta sólo el episodio del envío de Jesús a Herodes.

He aquí, según Juan¹² el episodio de Gethsemaní, si bien haciendo caso omiso de la angustia de Jesús, que no presencié porque dormía, y que tal vez no quiso describir para no confesar que dormía: “En diciendo esto salió Jesús con sus discípulos. Judas, el que había de traicionarle, conocía el sitio, porque muchas veces concurría allí Jesús con sus discípulos. Judas, pues, tomando la cohorte y los alguaciles de los pontífices y fariseos, vino allí con linternas, y hachas, y armas. Conociendo Jesús todo lo que iba a sucederle, salió y les dijo: ¿A quién buscáis? Respondieronle: A Jesús Nazareno. Él les dijo: Yo soy. Judas, el traidor, estaba con ellos. Así que les dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra. Otra vez les preguntó: ¿A quién buscáis? Ellos dijeron: A Jesús Nazareno. Respondió Jesús: Ya os dije que yo soy; si, pues, me buscáis a mí, dejad ir a estos... Para que se cumpliese la palabra que había dicho: De los que me diste no se perdió ninguno. Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó e hirió a un siervo del pontífice, cortándole la oreja derecha. Este siervo se llamaba Malco. Pero Jesús dijo a Pedro: Mete la espada en la vaina: ¿el cáliz que me dio mi Padre no he de beberlo?”

¡Ésta sí es una descripción que transpira veracidad! Excepto la frase “Para que se cumpliese la palabra que había dicho: De los que me diste no se perdió ninguno” —que es un comentario de Juan— todo este relato es pura acción, tratada en estilo directo, breve, como corresponde a un hecho personalmente visto.

¹² Juan, 18; 1 al 11.

En esta enérgica y precisa versión de Juan no hay los largos parlamentos de Mateo o de Marcos, no hay la cura de la oreja; no hay mención de legiones de ángeles ni recriminaciones a Pedro por usar la espada. No hay palabra alguna para Judas ni de Judas. Pero he aquí que tampoco hay beso. No puede haberlo, porque no es Judas quien identifica a Jesús; es el propio Hijo de David quien se identifica cuando todavía, al parecer, ni Judas ni nadie ha dado con el maestro. Al ruido, Jesús “salió y les dijo: ¿A quién buscáis? Respondieronle: A Jesús Nazareno. Él les dijo: Yo soy”. La misma observación de Juan, de que “así que les dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra”, es justa desde su punto de vista; porque lo menos que hace una turba que va, con ánimo de prenderle, en pos de un perseguido que es considerado por muchos como el Mesías, que hace milagros, según el pueblo y que por lo menos es un profeta de mayor categoría que Juan el Bautista; lo menos que hace esa turba es asustarse cuando de pronto, en las tinieblas de un huerto, ese que es buscado habla preguntando a quién se persigue, y responde que él es, al dársele su nombre. Asustarse y retroceder, si no más.

La endeblez de la escena que relatan Mateo y Marcos desaparece en Juan; la casi correcta composición de Lucas se ve pálida ante esta del “hijo del trueno”. En aquéllos, las fuerzas enemigas se sitúan una frente a la otra, sin movimientos, paralizadas, ambas esperando que del grupo de los malos salga el villano, quien atraviesa el espacio que hay entre las dos para besar a la víctima; ésta, mientras tanto, espera, también inmóvil, que ese villano venga a besarle. En Juan, en cambio, la vida se produce tal como es, sin actores pobremente vestidos, sin colocaciones estudiadas para que los protagonistas resulten bien situados a los ojos de los espectadores. Según Juan, los soldados, ministriles y siervos, y Judas con ellos, van caminando, con linternas y hachas y armas; Jesús les oye, los ve y

los para en seco con su inesperada pregunta: “¿A quién buscáis?”. Lleno de cólera porque hacen preso a su maestro, Simón Pedro saca la espada y salta sobre Malco, siervo de Caifás.

No sólo no habla Juan del beso, ni pone en boca de Jesús aquel “Judas, ¿con beso entregas al Hijo del Hombre?” de Lucas, sino que la inexistencia de tal beso y de tal frase queda consagrada en la reacción de Simón Pedro. Pues si Jesús acusa en esa forma tan inequívoca a Judas, después de haberle éste besado, es a Judas a quien agrede Pedro, y no a Malco.

¿Qué pone de manifiesto un cuidadoso análisis de lo que dice Juan y de las contradicciones en que incurren los otros evangelistas?

Que pese a todo cuanto se haya dicho de Judas en los Evangelios antes de este dramático momento de la aprehensión, y pese a cuanto se dijo después de ese propio momento —que iba a convertirse en el más importante de toda la vida del Iscariote— nadie pensaba, ni aun allí, en el Huerto de los Olivos, que el tesorero de la comunidad estaba vendiendo a su maestro. Las acusaciones vinieron después, quizá a seguidas de la crucifixión, una vez desaparecido Judas.

Desgraciadamente para los partidarios de la escena con el beso, no podemos dar como legítima la frase que Lucas pone en labios de Jesús: “Judas, ¿con beso entregas al Hijo del Hombre?”.

Aunque reconozcamos que de haber dicho algo Jesús, así lo hubiera dicho.

IX

Ya está consumada la aprehensión. El cordero del Señor comienza a recorrer ahora el áspero camino de su martirio. La mayoría de sus discípulos ha huido, y aquel que se llamó a sí mismo el Hijo del Hombre desciende las laderas del olivar rodeado de guardianes enemigos.

¿Y Judas? ¿Dónde está él? ¿Qué ha hecho, qué hace mientras su maestro va siendo llevado hacia la ciudad? ¿Es posible que se haya quedado solo en medio de la noche y de los árboles, viendo alejarse a la turba que lleva a Jesús preso? Los que fueron hasta esta noche sus compañeros han desaparecido, quizá azotando en su fuga las ramas de los olivos más bajos, y es de presumir que el huerto ha quedado solitario.

Todos los evangelistas están acordes en que Juan y Simón Pedro siguieron al maestro hasta la casa misma de Anás; Pedro se quedó afuera, pero Juan entró, según su testimonio, “al tiempo que Jesús, en el atrio del pontífice, mientras que Pedro se quedó afuera, a la puerta”¹. Ninguno dice, sin embargo, que Judas iba allí o estuvo en la casa de Anás. Tampoco estuvo en la de Caifás ni en el juicio que se celebró el viernes a primera hora; no estuvo con la turba frente al palacio del procurador romano ni acudió al Cerro de las Calaveras para ver crucificar a Jesús. Consumada la entrega, Judas desaparece.

¹ Juan, 18; 15 y 16.

¿Es esto posible? ¿Cabe en la psicología de un traidor haber entregado a su maestro en presencia de tres de los que hasta ese momento han sido sus compañeros —Simón Pedro, Juan y su hermano Santiago que estaban con Jesús—; haberle hecho traición besándole, para señalarle a los ojos de sus perseguidores; haber dicho, como refiere Marcos²: “A quien besare yo, ése es; cogedle y conducidle con seguridad”; y desaparecer en el acto, como huyendo de su propia acción? ¿No es acaso cierto que el traidor, para ejecutar su felonía, destapa en el fondo de su alma un depósito de odio, como si para justificar su infamia necesitara racionalizarla y convertirla en un acto de justicia? ¿Es que quien ha tenido el valor de llegar hasta el huerto encabezando a los aprehensores, y se ha mostrado a los ojos de su maestro y de sus compañeros de congregación como un malvado, puede dejarse ganar instantáneamente por el arrepentimiento y renunciar a proseguir por la senda de lodo que ha pisado al iniciar el comercio de la traición?

Todo esto escapa a la lógica, que también la tiene la psicología. Admitir que, entregado por él su maestro, Judas se queda a solas en el huerto, arrepentido ya, casi en el momento mismo de haber sido felón, es desconocer el alma humana. Lanzado a la infamia, Judas, y con Judas cualquier hombre, sigue en ella por lo menos algunas horas. Se comprendería que una vez crucificado Jesús, habiendo conducido la traición a límites tan monstruosos, Judas, espantado de su obra, se deje morder por el arrepentimiento. Pero no se concibe que cuando la persecución no ha llegado al martirio, al asesinato en la cruz; es más, cuando no ha llegado todavía al atropello de la bofetada —pues que Jesús no va a recibir esa ofensa sino más tarde, en casa

² Marcos, 14; 44.

de Anás—, el instrumento de su aprehensión se sienta súbitamente presa del remordimiento.

¿Cómo explicar, entonces, esa desaparición misteriosa de Judas, a partir del instante en que Jesús es hecho preso?

En este drama de la Pasión ocurre algo singular, y es que las preguntas que se refieren a Judas el Iscariote tienen que quedarse sin respuesta. No parece un ser real, de carne y hueso, que se mueve en la escena a impulsos de su propio carácter y de las situaciones creadas por el encuentro de la suma de los personajes. Vemos claramente en el drama el papel de Jesús, el de Caifás, el de Pilatos, el de Pedro. Mas no podemos definir el de Judas. Parece más bien un sujeto simbólico, encarnación de la vileza, que inopinadamente salta a la escena, actúa de manera caprichosa, fuera del orden natural de los sucesos, y desaparece dejando en los espectadores un recuerdo que es a la vez mezcla de espanto y de asco.

Jamás dramaturgo alguno hubiera podido concebir y realizar drama parecido al de la Pasión. Es la vida la que ha creado la intriga y los personajes, y lo ha hecho con una tan sabia medida en todos los aspectos que nunca más podrá ella misma superarlo. Sin embargo, en tan grandioso drama el contorno de Judas resulta falso. ¿Por qué? No hay sino una respuesta: Porque Judas no actuó como se nos ha dicho.

Lo primero que advertimos, cuando estudiamos en conjunto este drama, es que se ha personalizado la traición en un hombre dado, cuando es lo cierto que tal figura es innecesaria. Para que Jesús padezca y muera en la cruz no tiene que ser traicionado. Desde el momento mismo en que abraza el partido de los desgraciados y encarna la aspiración de un mundo mejor y se entrega a la tarea de predicar la voluntad de un Dios Misericordioso y de amor, allí donde imperaba un Dios colérico que favorecía a los poderosos; desde ese momento su tremendo destino queda trazado y tendrá que

cumplirlo sin un desvío. Los profetas que le han precedido lo supieron bien. Ahí está, contemporáneo con su caso, el de Juan el Bautista. Miles y miles de personas creyeron en él; por la fuerza de pueblo que llevaba tras sí, porque hablaba la verdad llana a los potentados, él era un poder y amenazaba con su sola presencia a los príncipes. Para hacerle preso y decapitarle no hizo falta un traidor.

Tal ocurría también con Jesús. Jesús resultaba más peligroso que Judas el Galileo, o que Teudas, ambos muertos en cruz, pues que estos eran rebeldes contra Roma y la fuerza de Roma era omnipotente. Jesús era mucho más peligroso que el Bautista, porque estaba causando una verdadera revolución en la concepción religiosa y en el orden social de Israel, que descansaba en la religión.

Este dulce Jesús no actuaba a escondidas, refugiado en las lejanas montañas, sepulto en cuevas de las que tuviera que ser sacado mediante traición. No. Su actuación era a la luz del mundo y en plena capital de Israel, allí, bajo las arcadas del templo consagrado a Dios. Este predicador tierno y amoroso había llegado de las entrañas del pueblo y de una región despreciada, y con él entró en Jerusalén una doctrina nueva, de misericordia, bondad y piedad, del todo opuesta a la terrible, exigente y explotadora de los sacerdotes y fariseos. De súbito Jesús levantó esta voz, completamente revolucionaria: “Mi padre dice que estos, los beneficiados, no son sus hijos; sus hijos sois vosotros, los humildes. Por tanto, vuestro ha de ser su reino; para estos están cerradas las puertas de ese reino”.

Aumentaba el peligro para sus enemigos el hecho de que Jesús tenía una inteligencia tan sutil, tan realmente asombrosa, que no era fácil sorprenderle en delito contra la ley religiosa o contra la ley romana; y una personalidad tan llena de encantos que hasta el propio corazón del gobernador

romano resultó conmovido por él, como se conmovieron Nicodemo y José de Arimatea, miembros del Sanhedrín.

Para consumir el sacrificio de Jesús no hacía falta un traidor. Era un enemigo demasiado conocido, y además demasiado expuesto a la luz pública, que no llevaba consigo escoltas armadas y que no acostumbraba esconderse. Admitamos, sin embargo, que los sacerdotes hubieran necesitado de alguien que traicionara a Jesús; admitamos que trabaran relación con Judas y que éste se aprestara a vender a su maestro. Pero si hubo tal acuerdo, la traición no podía consistir en identificarle, puesto que siendo Jesús tan conocido como lo era no hacía falta uno de su intimidad para señalarle. Acaso Judas hubiera sido útil para indicar a los sacerdotes cuándo era oportuno prender a su maestro, en qué momento podía tomársele sin miedo de que le rodeara pueblo. Mas he aquí que no fue eso lo que hizo Judas, según los evangelistas; no fue a Caifás y le dijo: "Ahora está en el Huerto de los Olivos, al otro lado del torrente de Cedrón, cerca de la aldea de Gethsemaní. Id y prendedle". No. Lo que hizo, de acuerdo con los testimonios, fue encabezar la turba, señalarle a su maestro con un beso, para que le prendieran, y desaparecer inmediatamente, nadie sabe cuándo ni cómo ni hacia dónde.

Para los fines de Caifás, Judas identificando a Jesús en el Huerto de los Olivos no vale un denario. No le es útil. Pues prender a Jesús no es tarea difícil ni sangrienta si no hay pueblo en su torno. La tarea difícil, delicada, casi imposible de realizar es tener testimonio contra Jesús. La Ley manda que no se enjuicie a un hombre sin oírle y por lo menos se requieren dos testigos para acusarle.

Hacer preso a Jesús sin tener testimonio que enfrentarle hubiera sido un disparate, porque soltarle equivalía a darle mayor jefatura moral sobre el pueblo. Lo que significaba

luchar con ese predicador de Galilea está dicho en la escena del interrogatorio de Anás³: “El Pontífice preguntó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Respondióle Jesús: Yo públicamente he hablado al mundo; siempre enseñé en las sinagogas y en el templo, adonde concurren todos los judíos; nada hablé en secreto. ¿Qué me preguntas? Pregunta a los que han oído qué es lo que yo les he hablado; ellos deben saber lo que les he dicho. Habiendo dicho esto Jesús, uno de los alguaciles, que estaba a su lado, le dio una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al pontífice? Jesús le contestó: Si hablé mal, muéstrame en qué, y si bien, ¿por qué me pegas?”. Ahí están, pintados fielmente, su inteligencia sobrenatural y su carácter; inteligencia para responder con igual maestría al viejo y sabio Anás y al alguacil brutal e ignaro; carácter para enfrentarse a la potestad del anciano y a la pequeñez del siervo. Y, además, bondad, exquisita dulzura, piedad para el poderoso y para el humilde, aunque ambos sean sus enemigos.

No es fácil luchar con adversario de tal naturaleza; con adversario capaz —como lo fue— de probar en todo momento su superioridad sobre sus jueces; con adversario que ante la voz de Caifás —“Te conjuro por Dios vivo; di si eres tú el Mesías, el Hijo de Dios”— responde sin violar la Ley y sin renunciar a su categoría: “Tú lo has dicho”. Sólo había una manera de vencerle: con testigos irrecusables. Nadie mejor para ese papel que uno de los discípulos. Era ahí, testificando contra su maestro, donde hacía falta un traidor.

No es Judas Iscariote. Judas Iscariote no figura en el juicio, no está en el patio del sumo sacerdote, no se halla cerca de Jesús a partir de la escena del huerto. El lugar que le tocaba en el drama sin igual, queda vacío.

Pero estaba en el huerto; y eso le pierde para la Historia.

³ Juan, 18; 19 al 24.

¿Qué hacía él allí, revuelto con ministriles del sacerdocio, con siervos de Caifás y miembros de la cohorte, esa sombría e histórica noche del jueves pascual? No lo sabemos. Sus denostadores afirman que fue a entregar a Jesús. Mas un análisis honesto de los hechos no le condena.

Ahora bien, tampoco le absuelve del todo porque no hay explicación para su presencia en tal lugar y en tal momento. Podría conjeturarse que habiendo comprado lo que hacía falta para la fiesta, o habiendo dado limosna a los pobres, Judas volvía a reunirse con la congregación y acertó a llegar al sitio donde se hallaba Jesús al tiempo que llegaban los aprehensores; podría pensarse que en el camino fue hecho preso por la turba para obligarle a guiarla hasta donde se hallaba el maestro; podríamos imaginarnos que, llegado a la aldea de Gethsemaní, supo que iban a prender a Jesús y corrió para llegar a tiempo y despedir al Hijo del Hombre, en cuyo caso se justificaría el “Amigo, ¿a qué vienes?” que leemos en Mateo. Pero nuestro papel no es suponer, sino examinar hechos. Y el hecho conocido e indudable es que él estuvo, la noche de ese jueves, en el Huerto de los Olivos, y que llegó precediendo a la turba encargada de hacer preso a Jesús.

Según Mateo, dirigiéndose a Jesús, Judas dijo: “Salve, Rabbí”. Según Marcos, sólo dijo: “Rabbí”. Lucas y Juan no ponen voz alguna en boca de Judas. Admitamos que dijo lo primero, o lo segundo; en todo caso, a lo sumo dos palabras. ¿Rebosaría en tal momento su corazón de palabras; tendría él la pretensión de decir, por ejemplo: “Maestro, aquí vengo, junto a ti, para luchar contra tus enemigos”; o acaso el propósito de afirmar: “Yo te he vendido para justificar las Escrituras”; o: “No creo más en ti, y te entrego a tus asesinos?”.

¿Quién lo sabe? Con pocas palabras este hombre hubiera quedado definido ante la Historia, ya como un discípulo leal, ya como un verdadero traidor. Mas he aquí que no habló;

y si lo hizo, como testifican Mateo y Marcos, pronunció sólo dos vocablos, tal vez uno; y en cualquiera de los dos casos lo que dijo no nos sirve para identificarle ni como leal ni como traidor.

La figura moral de Judas es un misterio; un misterio sordo, sin ecos, tan profundo como el silencio de los siglos y tan amargo como su triste sombra de condenado para la eternidad.

Según Mateo, Judas reaparece el viernes, después del juicio, mientras Jesús es llevado a presencia de Pilatos; reaparece ante los sacerdotes y los ancianos para devolver el dinero de la venta, comido por el remordimiento, y a seguidas se va y se ahorca. Mateo lo cuenta⁴ en esta forma: “Viendo entonces, Judas, el que le había entregado, cómo era condenado, se arrepintió y devolvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y ancianos, diciendo: He pecado entregando sangre inocente. Dijeron ellos: ¿A nosotros qué? Viéraslo tú. Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró, y fue y se ahorcó. Los príncipes de los sacerdotes tomaron las monedas de plata y dijeron: No es lícito echarlas al tesoro, pues son precio de sangre. Y resolvieron en consejo comprar con ellas el Campo del Alfarero para sepultura de peregrinos. Por eso aquel campo se llamó Campo de Sangre, hasta el día de hoy”.

Aquí tenemos a Mateo convirtiendo ahora en “monedas” lo que antes dijo que eran “piezas”. Sólo que ahora como antes olvida decirnos qué valor tenían. Es Mateo quien llama al as, as, al didracma, didracma, a la estatera, estatera, al talento, talento, al denario, denario. Pero no da el nombre de estas treinta monedas que Judas devuelve, esas treinta monedas que se llamaron “piezas” cuando Judas las recibió en pago de la traición.

⁴ Mateo, 27; 3 al 8.

Mateo, que llama a Caifás, Caifás, y a Pilatos, Pilatos; Mateo, que recuerda que “Al salir encontraron a un hombre de Cirene, de nombre Simón, al cual requirieron para que llevase la cruz”⁵; Mateo, que recuerda que “Llegada la tarde, vino un hombre rico de Arimatea, de nombre José, discípulo de Jesús. Se presentó a Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús”⁶; ese Mateo olvida que el día en que Jesús, el peligroso enemigo de los “príncipes de los sacerdotes” era llevado a la cruz, no iban a reunirse ellos en el templo para recibir a Judas; ese Mateo ignora con quién habló Judas al devolver las “monedas”, quiénes eran esos “príncipes de los sacerdotes y ancianos”. Se dirá: ¿No olvida Juan también el episodio de la conducción de Jesús ante Herodes, y es por eso falso ue Pilatos enviara a Jesús ante el tetrarca? Pero no es el mismo caso. Lucas describe tan vivamente esa escena; ofrece, en su brevedad, un ambiente tan real, que su testimonio no podría recusarse sólo por el hecho de que no aparezca en los restantes evangelistas.

Lo contrario sucede con este de Mateo, pues no sólo no figura en los demás evangelistas sino que además está escrito en forma confusa, oscura, sin detalles; y, por otra parte, se contradice con el que va a ofrecernos Pedro en el Libro de los Hechos de los Apóstoles.

Según Mateo, aunque no lo diga sino por el lugar donde coloca el hecho de su evangelio, Judas fue a devolver “las treinta monedas de plata” el propio viernes de la crucifixión, mientras Jesús era conducido a presencia de Pilatos, y luego, “arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró, fue y se ahorcó”.

El Libro de los Hechos de los Apóstoles⁷ refiere que, una vez muerto y resucitado, Jesús visitó a sus discípulos

⁵ Mateo, 27; 32.

⁶ Mateo, 27; 57 y 58.

⁷ Apóstoles, 1; 3.

“apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios”. Y he aquí que⁸ “En aquellos días se levantó Pedro en medio de los hermanos, que eran en conjunto unos ciento veinte, y dijo: Hermanos, era preciso que se cumpliese la Escritura, que por boca de David había predicho el Espíritu Santo acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús, y era contado entre nosotros, habiendo tenido parte en este ministerio. Éste, pues, adquirió un campo con el precio de su iniquidad; pero precipitándose, reventó y todas sus entrañas se derramaron; y fue público a todos los habitantes de Jerusalén, tanto que el campo se llamó en su lengua Hacéldama, que quiere decir “Campo de Sangre”.

¿Qué es esto? ¿Cómo es que Simón Pedro, hablando ante los adeptos de Jesús, en los mismos días de la ascensión, es decir, a no más de dos meses después del drama del Calvario, dice esas cosas, diferentes de las que dice Mateo? Ha pasado tan escaso tiempo desde aquel viernes de sangre que los que oyen a Pedro “eran en conjunto unos ciento veinte”. Sin embargo, he aquí que Pedro no da cuenta de que Judas se ahorcó, sino que afirma —y lo confirma diciendo que “fue público a todos los habitantes de Jerusalén”— que Judas, “precipitándose, reventó y todas sus entrañas se derramaron”. Pero algo más importante ha dicho Pedro antes, y es que Judas no devolvió el dinero de la traición, sino que con él, “con el precio de su iniquidad” adquirió un campo. Mateo y Pedro sólo coinciden cuando dan el nombre del campo.

Ni siquiera en el final de Judas podemos hallar claridad. Mateo informa que se arrepintió, devolvió el dinero y se ahorcó; Pedro, que usó el dinero de la venta en comprar un campo, que reventó y todas sus entrañas se derramaron. ¿Reventó por putrefacción, después de muerto, ahorcado todavía? No;

⁸ Apóstoles, 1; 15 al 19.

reventó porque se precipitó, es decir, cayó por un precipicio. Entre el antiguo publicano, que hace historia de los hechos al cabo de los años, y el antiguo pescador, ahora jefe de la naciente iglesia, que habla ante escasos adeptos en los primeros días del proselitismo, ¿a quién creer?

Pero hay algo más: esa reunión en la cual habla Pedro tiene un objeto: escoger el sucesor de Judas. Fueron presentados dos candidatos:⁹ “Orando dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra a cuál de estos dos escoges para ocupar el lugar de este ministerio y el apostolado de que prevaricó Judas para irse a su lugar”.

Mayor confusión. De este último versículo se deduce que Judas se alejó de sus antiguos compañeros y retornó a Kerioth; luego, no murió ni ahorcado ni reventado, con las entrañas derramadas. Es inútil que ese “para irse a su lugar” quiera ser interpretado como significando “para irse al lugar que le corresponde en el infierno”. El infierno en el arameo de los discípulos tenía su nombre; era la “gehena”. Así le oyeron al propio Jesús designarlo repetidas veces.

¿Qué sucedió, pues? ¿Es que tuvo Judas un accidente; es que cayó por un precipicio en algún lugar llamado Campo de Sangre y luego se fue a Kerioth? En cuanto a ahorcarse, no hay duda de que Mateo estuvo mal informado; pues no es posible que hablando ante los hermanos en Cristo, en los días mismos de los hechos, Simón Pedro cometa el error de afirmar que se precipitó y reventó, y sus entrañas se derramaron, siendo así que de haberse ahorcado el antiguo discípulo, todos los allí reunidos lo sabrían con detalles.

Lo único que podemos sacar en claro de tantas tinieblas en torno a Judas es que desapareció, una vez hecho preso Jesús en el olivar. Cuando ya ha desaparecido, reunidos “en

⁹ Apóstoles, 1; 24 y 25.

conjunto unos ciento veinte” adeptos, Pedro le acusa de “haber sido el guía de los que prendieron a Jesús”. No menciona el beso. Y es oportuno recordar que Pedro estuvo allí, en el huerto, junto a Jesús, esa dramática noche. Le acusa, además, de haber adquirido “un campo con el precio de su iniquidad”. Pero no dice cómo obtuvo ese precio, quién le pagó, cuánto era. Afirma que “precipitándose, reventó y todas sus entrañas se derramaron”, lo cual fue tan notorio y público en Jerusalén que aquel campo “se llamó en su lengua Hacéldama, que quiere decir Campo de Sangre”. Desde luego, se trata del campo en el cual fue derramada la sangre de Judas, cuando “reventó y todas sus entrañas se derramaron”. Luego, Judas no se ahorcó. Ni murió al precipitarse, porque los ciento veinte hermanos que se reunieron para elegir al sucesor, Pedro entre ellos, “orando dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra a cuál de estos dos escoges para ocupar el lugar de que prevaricó Judas para irse a su lugar”.

Y he aquí que por última vez se menciona a Judas. Ni Marcos ni Lucas ni Juan nos hablarán de lo que hizo, una vez preso Jesús; no se referirán a él jamás. Para estos evangelistas, Judas se pierde en el polvo del olvido.

Judas ha desaparecido sin hablar. Estuvo en el huerto la noche del jueves, y no dijo a qué iba; se disolvió, se alejó y no dijo por qué. Puede que haya ido al olivar a dar fe de su presencia junto a Jesús; puede que volviera a Kerioth porque oyó decir que sus compañeros comenzaban a acusarle de haber entregado al maestro; puede que desapareciera porque él, el extraño entre los galileos, no podía seguir conviviendo con ellos una vez muerto quien era el guía de su alma y el amigo de inefable ternura. Todo indica que se le empezó a acusar de traidor después de haberse alejado, pero puede que haya abandonado la lucha porque comenzó a ser

objeto de sospechas y de ataques debido a su inexplicable presencia en el huerto la noche de la aprehensión.

Todo es posible, mas sólo posible. Ningún documento nos ayuda a disipar la duda. Estuvo en el huerto y se fue. ¿Debido a qué hizo ambas cosas? No lo sabemos. Los que junto con él recorrieron la Galilea y la Judea siguiendo al predicador del amor y del perdón afirmaron después que estuvo en el huerto porque fue traidor y que se ahorcó o desapareció comido por el remordimiento. Él, en cambio, nada dijo. Los otros hablaron. Él calló.

Callar es como morir. Y Jesús lo había dicho: “Donde está el cadáver, allí se reúnen los buitres”¹⁰.

¹⁰ Mateo, 24; 28.

DAVID
BIOGRAFÍA DE UN REY

PREFACIO

Es normal que en una vida de excepción se encuentren grandes manchas. La vida es el resultado de fuerzas en lucha, y no puede causar extrañeza que de tarde en tarde las fuerzas peores resulten dominantes. Lo que sorprende al estudioso de la historia de David ben Isaí, personaje del libro que se halla en manos del lector, no es la intensidad y el tamaño de sus errores sino el hecho de que en sus tiempos se tuvieran conceptos avanzados acerca del bien y del mal, a tal extremo que al escribir la historia de David los cronistas se esforzaron en deformar ciertos actos perjudiciales al buen nombre del rey y trataron de presentarlos de manera opuesta a como sucedieron o les atribuyeron orígenes justos.

David ben Isaí nació hace tres mil años, alrededor del 1040 a. de C. Es en verdad pasmoso que ya entonces se tuviera en Israel conciencia histórica, lo cual sólo se explica si se advierte que el dios de Israel resume la voluntad de ese pueblo, es su expresión trascendente, el alma misma de la comunidad nacional; y ese dios, Yavé, era eterno; no tenía principio y no tenía fin, y si Yavé no tenía fin no podía tenerlo Israel, predilecto de Yavé y llamado a durar tanto como su dios. La historia que iban escribiendo los cronistas de Israel estaba, por tanto, llamada a ser perdurable; se escribía para un pueblo que jamás perecería, y quizás se escribía también pensando que era una rendición de cuentas ante Yavé. Un lector que

conozca los hechos de David tal como ellos figuran en la Biblia —única fuente histórica a que puede acudir en su caso— preguntaría, con cierta apariencia de razón, a qué se debe entonces que el asesinato de Urías figure como obra del rey y no de otro, y tal vez a qué se debe que no se haya hecho esfuerzo alguno para disimular ese crimen. La explicación es sencilla: el episodio está escrito o dictado por uno de sus protagonistas, Natán, Profeta de Yavé, a quien sin duda le interesaba figurar en la historia como portavoz de Yavé. En Paralipómenos (29:29) se lee: “Los hechos del rey David, los primeros y los postreros, estén escritos en el libro de Samuel vidente, y en las crónicas de Natán, profeta, y en las de Gad, vidente”. Además de su participación en la denuncia del asesinato de Urías, que a él le interesaría dejar claramente establecida, Natán, que fue institutor de Salomón y más tarde consejero del hijo de David, pudo haber tenido interés en hacer resaltar el crimen de David para beneficiar a su joven señor. Esta es una deducción arriesgada; lo sabemos. Pero cuando se estudian las dos vidas, la de Salomón y la de su padre David, se advierte que el hijo pretendió en todo momento aparecer a los ojos de la posteridad como el más grande de los reyes de Israel, empeño en verdad difícil para quien tuvo un antecesor de la talla de David.

Durante miles de años la humanidad ha creído lo que Salomón quiso que creyera. Los que han estudiado ese período de la vida de Israel saben, sin embargo, que Salomón sólo fue un administrador de la grandeza que acumuló David; en muchos sentidos, más que administrador, beneficiario y derrochador. De la estatura de David son muy pocos los hombre que encontramos en la historia.

Al hacer esta afirmación tenemos que preguntarnos por qué ha sucedido que un personaje de tanta valía no haya tenido un biógrafo. Escritores especializados en hacer revivir grandes

vidas han acudido a infinidad de figuras históricas que no resisten ni siquiera una comparación somera con David ben Isaí. Claro que sobre David se ha escrito mucho. Pero no tenemos una biografía propiamente dicha del gran caudillo de Israel, y si la hay es poco menos que desconocida.

¿Se ha debido esa ausencia de interés en los grandes biógrafos, especialmente en los de nuestro tiempo, a razones de discriminación racial? No, porque escritores judíos y no judíos han escrito vidas de Moisés, de José, de los Macabeos, historias y diversos estudios sobre Israel.

Lo cierto es que para rehacer la vida del rey poeta no había —y no hay— sino una fuente; es la Biblia, y de ella, los libros de Ruth, Primero y Segundo de Samuel, Primero de Reyes, Primero de Paralipómenos y los Salmos. Y a lo largo de todos esos textos hay tal confusión en el orden de los acontecimientos, tanta oscuridad y tantas contradicciones, que sin duda muchos de los escritores que tal vez pensaron descubrir al verdadero David acabaron desanimándose.

No hay que echar en olvido que la circunstancia de que Jesús se hiciera llamar Hijo de David confirió a David un papel especial en la religión católica primero, y en las disidentes del catolicismo, después. En los ritos católicos y en la tradición de todas las iglesias protestantes, los cánticos de David figuran como elemento de primer orden. Esto quiere decir que siglos antes de que la Biblia rebasara sus límites originales de crónica nacional de Israel, David pasó a ser un personaje de carácter religioso, aunque sin llegar a la santidad; igualó y en cierto sentido superó a los profetas anteriores a Juan el Bautista. La nueva dimensión contribuyó a hacerlo más lejano y confuso para los biógrafos.

El estudio de la vida de David se presentaba, pues, bastante complicado, porque a las oscuridades y contradicciones de los textos en que se relatan sus hechos vino a añadirse esa

cierta atmósfera de figura sagrada, o casi sagrada, de que se le rodeó después. Para entrar en el verdadero misterio de su vida y hallar la esencia de su ser era necesario, ante todo, ordenar sus hechos; sólo conociendo sus hechos podría rehacerse su carácter, y sólo conociendo ese carácter se lograría descubrir el alma del gran rey.

La cronología nos venía dada por la Biblia; pues se asegura en ella (II Samuel, 5:4,5) que “treinta años tenía David cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años. Reinó en Hebrón, sobre Judá, siete años y seis meses, y treinta y tres años en Jerusalén, sobre todo Israel y Judá”. Las dudas de los historiadores de Israel por la frecuencia con que se atribuye el número de cuarenta para los años de gobierno de jueces y reyes cabría en el caso de David si no estuviera detallado el tiempo de su reinado en forma tan clara: “Reinó en Hebrón, sobre Judá, siete años y seis meses, y treinta y tres años en Jerusalén, sobre todo Israel y Judá”. Y como se dice que tenía treinta años cuando inició su vida de rey, hallamos que vivió poco más de setenta años. Si murió alrededor del 970 a. de C., nació, pues, hacia el 1040 a. de C., esto es, por los días en que era ungido rey su antecesor, suegro e implacable perseguidor, el rey Saúl ben Quis.

Aún esta simple aclaración cronológica resulta difícil de establecer leyendo sólo el texto sagrado, porque es el caso que sin decir lo opuesto en forma abierta, al leer el episodio del combate con el gigante Goliat el lector saca la impresión de que la acción del Terebinto tuvo lugar muy poco tiempo después de que Saúl fue ungido rey, y procede inconscientemente a atribuirle a David unos catorce años de edad —y a lo menos, doce— en los días de la unción de Saúl; así como la descripción de “hombre fuerte y valiente, hombre de guerra y discreto en el hablar” con que recomienda alguien a David ante Saúl cuando éste decide tener un músico en su corte, le

hace aparecer a los ojos del lector como de más edad, y lo cierto es que en Israel se podía ser “hombre fuerte y valiente, hombre de guerra y discreto en el hablar”, a los veintidós, a los veinte y aún a los dieciséis años. La entrañable amistad de Jonatán, el hijo del rey, por David, sin explicar que Jonatán era por lo menos veinte años mayor que su cuñado, contribuye a confundir al lector de la Biblia en cuanto a la edad del último, y esa confusión no se aclarará a pesar de los detalles que ofrece el Libro Segundo de Samuel al establecer que David tenía treinta años cuando pasó a ser rey de Judá y que gobernó en total cuarenta, porque al final de la vida del rey, en ocasión de referirse a la doncella que dormía en su lecho de anciano para darle calor, y al referirse a su muerte, se da la impresión de que David había vivido largamente, como era frecuente en los viejos patriarcas; y la verdad es que al morir sólo tenía de setenta a setenta y dos años.

En el caso de sus hechos, segundo punto importante a estudiar, se hacía necesario establecer cuáles habían sido reales, cuáles falsos y cuáles expuestos en forma distinta a como se produjeron o atribuidos a razones diferentes a las que los originaron. Aquí se hallaba la médula misma del trabajo y la esencia, por tanto, del problema a resolver. En la opinión del autor, determinar con la mayor claridad posible cuáles fueron las acciones de David —las auténticas, las verdaderas acciones— equivalía a conocer su vida tal como fue, no tal como nos la han contado. Establecida la cronología en términos generales, los hechos irían dando, por sí mismos, las diversas etapas de su existencia. Y como es claro que para distinguir cada etapa se haría imprescindible estudiar las circunstancias que rodeaban al personaje, y como es también claro que en esas circunstancias jugaban un papel de primera categoría otras figuras del proceso histórico, a la vez que iban aclarándose los hechos de David debían aclararse los de aquellos que tuvieron

influencia decisiva en su vida, bien porque fueron sus amigos y aliados o colaboradores y subalternos, bien porque fueron lo contrario. De la clasificación de las acciones, primero, y de su estudio después, deberían salir pues, no sólo una lógica y natural ordenación de los acontecimientos en que tomó parte David o que él encabezó, sino además una delineación también natural, del carácter de cada uno de los que actuaron en forma destacada en los sucesos en que él figuró.

Había de separar los hechos que se atribuyen a David en tres grandes grupos: los reales, los falsos y los falsamente interpretados o explicados. Al parecer esta tarea no era fácil, más he aquí que también resultaba liviana dentro de la concepción general del trabajo. No hay que olvidar que lo que nosotros presentamos ahora como tres etapas de estudio — la cronología, la clasificación de los hechos y la delineación del carácter— fueron en realidad tres manifestaciones distintas de un solo proceso mental, y que por tanto la vida de nuestro personaje fue estudiada aplicando a un mismo tiempo los tres aspectos de lo que podríamos llamar método de investigación. No habiendo más que una fuente histórica, no era posible ir aclarando puntos con el auxilio de documentación complementaria; había que ir aclarándolos en la única existente. ¿Cómo? Primero, mediante el estudio de los caracteres de cuantos intervinieron en los hechos; conociendo cada uno de esos caracteres podríamos establecer en qué momento se les deformaba para atribuir a David una hazaña que en verdad él no había realizado. Segundo, escudriñando pacientemente la contradicción en alguna frase suelta que se le escapaba al cronista, ya que a menudo es una frase suelta lo que da la clave para esclarecer una duda; y por último, determinado, por simple deducción, dónde había un hecho repetido y ya deformado por esa aura de leyenda que rodea siempre a los héroes.

No hay sobre la tierra nada tan perdurable como la verdad: puede yacer miles de años en medio de las mentiras mejor urdidas, como una estatua perfecta en medio de las ruinas que la vegetación ha cubierto. La verdad no se corrompe nunca, y en los relatos que nos dejaron los cronistas de Israel acerca de David ben Isaí, la verdad se ha conservado incólume a través de tres mil años. No era tan difícil hallarla. Por entre los resquicios de las mentiras interesadas, ella fulgía como los luceros en la oscura noche de los trópicos. Así algunos hechos atribuidos a David son falsos; figuran en ellos el combate con Goliat de Gath, el gigante filisteo que ha tenido tan preponderante papel en la historia conocida de nuestro personaje, y los incidentes con Saúl en las cuevas de Engadí y en las colinas de Jaquila. Otros habían sido falsamente interpretados o atribuidos a causas que no fueron las que los originaron, como es el caso del asalto de Queila, como la muerte de Abner y la muerte en Gabaón de los descendientes de Saúl. Sobre todos ellos hay exposición y argumentación suficientes, a juicio del autor, en el texto de la biografía.

Una vez establecida la cronología y clasificados los hechos, se daba como un producto natural la ordenación lógica de los acontecimientos. Gracias a esa ordenación lógica pueden verse con mayor claridad algunos aspectos de la historia de David; por ejemplo, el de sus conquistas en las tierras aledañas a Israel. Pero el resultado más importante, el que en verdad interesaba al autor, era el de la delineación del carácter. Por los hechos de un hombre podemos conocer fácilmente su alma. El fruto nos denuncia el árbol con mayor propiedad que el aspecto del tronco o el color y la forma de las hojas. Lo que podríamos llamar el descubrimiento del carácter era la tercera de las tareas, pero a la vez una consecuencia de las anteriores.

Ahora bien, al llegar a este punto el autor halló que si casi todas las figuras que se mueven en torno a David resultan

objeto de una pasión o de una fuerza dominante —lo cual permite que su carácter quede al descubierto con relativa facilidad—, en cuanto a David mismo es casi imposible decir cómo era. La de David era un alma complicada, de numerosas facetas y por tanto de muchas expresiones. No hay en su vida un interés sobresaliente; hay muchos, todos manifestándose a la vez o por etapas. Es fácil ver en el libro sagrado el carácter de Samuel, honesto, íntegro, esclavo de su deber y siervo ferviente de Yavé; el de Saúl, enfermo de ambición de poder y de manía persecutoria, rey valiente y casi loco; el de Jonatán, en quien esplenden el amor a la justicia, el valor sin objetivos turbios, el sentido de la amistad; el de Joab, soldado de mano dura, de espada pronta a derramar la sangre; el de Absalón, más enamorado del poder que Saúl y de corazón más fiero que Joab; y el de Nabal, el de Abigaíl, el de Ajitofel, el de Natán, el de Semeí. Pero no es fácil ver el de David. Si David va a figurar en la historia como un gran jefe de pueblo, no es gracias a su carácter. Por fortuna para él, le salvarán su extraordinaria inteligencia y su capacidad para actuar.

Unas veces se gana la inmortalidad por el carácter, otras por la bondad, otras por la inteligencia. En muy contadas ocasiones un personaje histórico reúne dos de esas condiciones, y casi nunca se ven juntos la inteligencia, la bondad y el carácter. David podría ser tan bondadoso como malo, tan enérgico como blando. Lo que nunca dejó de ser fue inteligente, con una mente despierta y relampagueante.

La única manera de conocer a David tal como debió ser es adentrándose por todos los caminos de su alma, que fueron muchos y que a menudo conducían a los puntos más inesperados. Al retornar de ellos, la impresión que sacamos es la de que hemos conocido a muchos hombres en el cuerpo de un solo. La suma de todos esos David da una figura de valor excepcional, un perfil nada confuso; un auténtico grande

hombre que si fue capaz de ordenar la muerte de un servidor para arrebatarse su mujer, era también capaz de abatir a un ejército enemigo, de llorar sobre el cadáver de un hijo y de escribir un poema de inefable ternura. Sabe trazar grandes planes y cuidar los detalles; es rey y se conserva humilde; gobierna y no oprime a su pueblo; es sensual y organiza el Estado; es guerrero y no ama la violencia.

No es que el autor haya querido ver así a David, sino que así era él, según se desprende de sus actos. Vivió hace tres mil años y nos parece un hombre de hoy, prueba concluyente de que nada evoluciona con mayor lentitud que la naturaleza humana. Para conocer la intimidad de esa naturaleza, ningún ejemplo más adecuado que el que nos ofrece David ben Isaí. Su vida es un espejo bien pulido en el que se refleja la humanidad, y sin duda lo que más nos atrae en esa vida es que en ella se dieron todos los aspectos del drama de la Historia, como si él hubiera sido un escenario al cual se asomaron uno tras otro los personajes más diversos y en el cual se representaron los episodios más dispares.

Ahí lo tiene el lector. Vea él y juzgue.

JB

Roma,
26 de septiembre de 1956

I
EN EL QUE APARECE SAMUEL BEN ELCANA,
VERDADERO FUNDADOR DEL REINO DE ISRAEL

Una batalla en que Israel perdió treinta mil hombres, que se libró el último día de la vida y la judicatura de Elí, entregó al pueblo elegido en manos de los filisteos. La importancia de esta acción de armas es obvia, y ocurre, sin embargo, que se ignora la fecha y el punto en que tuvo lugar.

Lagunas como ésta, unas en asuntos secundarios, otras en problemas de primera magnitud, y confusiones en el orden de los acontecimientos, son frecuentes en los textos sagrados y abundan en el relato de la vida de David ben Isaí, que de pastor de ovejas pasó a capitán y yerno del rey Saúl, de ahí a fugitivo, a jefe de banda, a aliado y vasallo de los filisteos, a rey de Judá y de Israel, a conquistador de Jerusalén y vencedor de pueblos, y por último, a personaje de tan gran valía histórica que mil años después de haber muerto, su nombre sería usado por Jesús, que iba a hacerse llamar el Hijo de David.

Los filisteos vencen a Israel y toman el Arca de la Alianza

La batalla a que nos referimos debió darse cerca de Silo, lugar donde en los últimos tiempos se había mantenido el Arca de la Alianza y donde residía Elí, puesto que hasta Silo llegó el mismo día de la derrota un benjaminita que huía del campo de guerra; a ese benjaminita le tocó dar la noticia de la hecatombe a Elí, cuyos hijos habían muerto en la acción. El anciano

Elí, de noventa y ocho años, de vida noble aunque de carácter débil, oyó al fúnebre mensajero decir que el Arca estaba en manos de los filisteos. Elí, que se hallaba sentado junto a la puerta, cayó de espaldas, con todo y asiento, fulminado por la tremenda nueva; se desnucó y murió. A partir de ese momento la judicatura caería sobre los hombros de Samuel, y los pueblos de Israel bajo el gobierno de los filisteos.

Este parece ser el momento en que más bajo se halló el pueblo elegido desde los días en que Moisés lo acaudilla para sacarlo de Egipto, y vale la pena señalarlo porque debido a uno de esos fenómenos en que tan rica es la historia, precisamente en él comenzaría a formarse el sentimiento nacional que iba a producir en David a un jefe extraordinario. La raíz visible de este sentimiento nacional se llamó Samuel ben Elcana, pero la savia que la hizo poderosa venía de muy lejos; era una regla de conducta, una corriente que circulaba por todo el cuerpo de Israel y galvanizaba a los mejores de sus hombres.

Samuel ben Elcana fue el último juez de Israel, esto es, el último de sus jefes religiosos que en cierto sentido eran también jefes políticos; y fue a él a quien le tocó llevar al pueblo de la judicatura a la monarquía, en un tránsito cargado de peligros. Aunque nada impedía que la judicatura fuera traspasada a un hijo, no era hereditaria; en cambio, la monarquía sí. Al juez le tocaba no sólo ser el intermediario entre el pueblo y Yavé, sino además impartir justicia. El monarca, en cambio, tendría que hacer justicia y dejar en mano del sumo sacerdote la intermediación ante Yavé. Pero además, el rey debía ser caudillo militar, y en ese sentido tendría sobre la población una potestad que nunca habían tenido los jueces.

La corta experiencia de Israel en cambios como el que iban a darse bajo el cuidado de Samuel no era halagadora. Israel se había asomado a la monarquía en tiempos de Gedeón, a quien se quiso proclamar rey, y de su hijo Abimelec, que

fue proclamado como tal después de haber dado muerte a setenta de sus hermanos, a quienes el padre había designado herederos en conjunto de la dignidad real. Abimelec murió en un asalto a Thebes, en lucha con los partidarios de sus hermanos muertos, y con él se disiparon las posibilidades de un reinado en Israel.

Entre la muerte de Abimelec y la aparición de Elí debe haber alrededor de un siglo. En materia cronológica, tratándose de esos tiempos en Israel, hay que hablar así, diciendo “alrededor de” o “más o menos”. El terreno comienza a ser algo más firme en los tiempos de la unción de Saúl como rey, que son también los del nacimiento de David ben Isaí. Por ejemplo, no sabemos cuántos años transcurrieron entre el momento en que Elí fue exaltado a la judicatura y aquel en que Samuel renunció a ella al establecerse la monarquía con Saúl como el primero de los reyes. Pero es indudable que lo menos que puede atribuirse a las judicaturas sumadas de Elí y de Samuel es medio siglo; de donde tendríamos que de la pasajera monarquía de Abimelec a la que estableció Samuel cuando ungió rey a Saúl ben Quis, hay no menos de ciento cincuenta años. El recuerdo de aquel suceso se había perdido, pues, en Israel, a pesar de que pocos pueblos llevaban cuentas tan claras de su pasado como ése que se consideraba el preferido de Yavé.

Samuel resultó un juez notable por muchos conceptos, y no es una virtud cualquiera, entre las muchas que tuvo, la de la prudencia. Fue prudente en grado sumo y sin confusiones, pues lo fue sin mengua de la energía, que supo usar cuando hizo falta. Los textos dan fe de que él no era partidario de la monarquía, pero cuando los ancianos le pidieron un rey y le adujeron que lo necesitaban para que los encabezara en la lucha contra los filisteos, el probo juez se plegó a esa demanda y sirvió a la nueva causa con lealtad, sin perder por ello su independencia de juicio.

La unificación política de las tribus de Israel debía hacerse bajo un jefe. Pero un jefe que además de hacer la guerra contra los filisteos pudiera organizar el Estado y mantener su integridad en el tiempo, transmitiendo a sus herederos la potestad de gobernar. La monarquía era un paso de avance en la historia de Israel, un paso necesario, que debía darse sin demora. Venía impuesto por muchas razones, y las principales eran que Israel ocupaba una tierra conquistada, y por tanto, todavía codiciada; que se hallaba rodeado de enemigos: filisteos, idumeos, ammonitas, amalecitas; y, por último, que la monarquía era tradicional entre los pueblos orientales, de los cuales provenía Israel.

Ahora bien, para implantarla entre los descendientes de Moisés tenía que ser prolijada por alguien que fuera universalmente respetado en las doce tribus. Samuel, una vez convencido, asumió la responsabilidad de apadrinar la nueva forma de gobierno. Tal vez quiso la monarquía para sí, pero parece que él fue uno de esos contados grandes conductores de pueblos que se conocieron a sí mismos, y sabía que él no estaba llamado a acaudillar a Israel en las batallas.

La judicatura de Samuel se inició en la hora más negra de Israel, cuando el pueblo de Yavé resultó tan desastrosamente derrotado por los filisteos y el Arca perdida en manos del enemigo. Es imposible colegir, siquiera, qué edad tenía Samuel entonces. Pero su prestigio era ya grande y se le tenía por "hombre de Yavé", esto es, por un señalado de Dios.

El caso es que cualquiera que fuera su edad, Samuel actuó con entereza e inteligencia. Puesto, por la fuerza de las circunstancias, en la jefatura de su pueblo, lo condujo bien; no se entregó al filisteo ni se entendió con él; no se refugió en su tarea sacerdotal con exclusión de sus deberes de otra índole, cosa que por lo demás le impedía la tradición visto que ser juez de Israel equivalía a ser su defensor; no se alejó de su

rebaño, sino que lo unió en torno a la idea central de que era un pueblo elegido por Yavé y a Yavé se debía. Oyó a los ancianos, anciano él ya también, y buscó un rey que llevara a los suyos a la victoria; y cuando ese rey, Saúl, comenzó a dar muestras de no ser aquel que Israel merecía, él, Samuel, sumo sacerdote todavía, no renegó de la monarquía¹.

Fue una gran figura ese Samuel, cuya imagen se ve en el trasfondo de la historia como la de un padre cargador de bondad y de paciencia, de firmeza y de comprensión, que no rehúye su deber ni se deja amilanar por los fracasos. Sin Samuel no habría habido David, y sin David otro hubiera sido el destino de Israel.

Carecemos de datos que nos permitan conocer la situación económica de la tierra prometida por esos días. En general, carecemos de datos sobre cualquier tiempo en esos años, si se exceptúa alguna que otra referencia a malas cosechas, a plagas, a sequías o a guerras. Pero podemos hacer una breve exposición sobre aspectos de la vida de Israel por la época de Samuel.

En primer lugar, advertimos que el pueblo elegido no estaba unido siquiera en el orden religioso. Debido a muchas causas, la religión yaveísta no había logrado extenderse a la totalidad de los descendientes de Jacob. Moisés vivió en lucha con ellos para alcanzar ese objetivo, y jamás lo consiguió. Desde que se pone al frente de Israel en Egipto, hasta que muere en el umbral de las tierras de Canaán, todas las fuerzas de Moisés están dedicadas a obtener una fuerte unidad religiosa entre los judíos. Derrama amenazas, castigos, invocaciones, órdenes, súplicas para que su pueblo se atenga sólo a la ley de

¹ Llamamos a Samuel y a Elí “sumos sacerdotes” para definir de algún modo sus funciones como las figuras más destacadas del culto. Pero no hubo propiamente sumo sacerdote en Israel en toda la época a que nos referimos en este libro, sino jefes espirituales.

Yavé, a la adoración de su dios; para que no ofrende ante ídolos, no acepte religiones extranjeras, no adopte dioses falsos. La muerte sorprende a Moisés cuando su obra, en ese sentido, está sin terminar. El episodio del becerro de oro es típico de la tragedia de Moisés. El patriarca está en el Sinaí, esperando las tablas de la Ley, que Yavé labra en la solitaria montaña a fin de que el pueblo elegido se sirva de ellas como fundamento de su conducta; y cuando Moisés desciende con las tablas de la Ley bajo los cansados brazos, hombres y mujeres danzan enloquecidos ante un ídolo, y el hermano del Patriarca encabeza la danza.

A la muerte de Elí, esto es, al asumir Samuel la judicatura, la situación no había cambiado mucho de fondo, si bien desde los días de Moisés hubo en el pueblo de Israel una minoría selecta que conservó vivo el fuego sagrado del yaveísmo. La doctrina revolucionaria del Dios único e impersonal, el culto a Yavé, era depósito de gente escogida. Ese dios abstracto resultaba demasiado elevado y lejano para la gran masa, formada por pastores y labriegos cuyas necesidades les llevaban a traficar con pueblos que adoraban ídolos, como eran todos los que rodeaban a Israel.

Maldad de los hijos de Elí

Un ejemplo notorio de corrupción religiosa es el que ofrecen los hijos de Elí. Estos hijos de Elí eran también sacerdotes. Cuando se hacía ofrenda de un animal, la grasa debía quemarse en el altar y la carne cocerse ante el Señor; sólo después pasaban los sacerdotes y los fieles a comer carne ofrendada. Pero los hijos de Elí le quitaban la carne a la gente del pueblo, empleando la fuerza, “y dormían con las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de la congregación” (I Sam. 2:22). Si esto sucedía en el santuario nacional, allí donde estaba el Arca de la Alianza, ¿qué no había de

darse en otros lugares, en las tierras fronterizas con Moab, que quedaban al este, o en las pobladas por los edomitas al sur, o por los ammonitas al nordeste? En esos pueblos extranjeros se adoraban ídolos, y los judíos que vivían en sus vecindades se dejaban influir por ellos.

La unidad religiosa no podía existir en Israel dado que ni siquiera respetaba el yaveísmo en el centro religioso nacional. Pero es que había unidad nacional propiamente dicha. Los choques entre las tribus no eran raros. En cierta ocasión fue casi exterminada la de Benjamín.

Sucedió que un levita que iba de Belén a las montañas de Efraím —es decir, de las tierras de Judá, al sur, a las efraimitas, al norte— llevando a su concubina y a un criado, decidió pernoctar en Gueba de Benjamín, que era lo que podríamos llamar la capital del territorio ocupado por la tribu de Benjamín. El levita no quiso hacer noche en Jebú, la ciudad de los jebuseos que iba a ser, durante el reinado de David, conquistada y transformada en la capital del reino, Jebú quedaba a medio camino entre Belén de Judá y Gueba de Benjamín, y era un territorio aislado, que ocupaban los hijos de Jacob porque los jebuseos habían convertido su ciudad en inexpugnable.

Al llegar a Gueba, el levita y sus acompañantes pidieron techo para dormir esa noche, pero nadie les abrió las puertas, razón que les llevó a quedarse en la plaza de la ciudad. Viéndoles allí, un anciano se compadeció de ellos y les invitó a su casa. Según la costumbre nacional, los viajeros se lavaron los pies y después comieron con su huésped.

Mientras comían y bebían, grupos de benjaminitas “aprovecharon fuertemente a la puerta, diciendo al anciano, dueño de la casa: ‘Sácanos al hombre que ha entrado en tu casa, para que le conozcamos.’ El dueño de la casa salió a ellos y les dijo: ‘No, hermanos míos, no hagáis tal maldad, os lo pido; pues que este hombre ha entrado en mi casa, no cometáis semejante

crimen. Aquí están mi hija, que es virgen, y la concubina de él; yo os las sacaré afuera, para que abuséis de ellas y hagáis de ellas como bien os parezca; pero a este hombre no le hagáis semejante infamia.' Aquellos hombres no quisieron escucharle; y entonces el levita cogió a su concubina y la sacó fuera. La conocieron y estuvieron abusando de ella toda la noche, hasta la mañana, dejándola al romper la aurora". (Jueces, 19:22 al 26).

La mujer fue tan maltratada que murió en el umbral de la casa, y cuando su concubino el levita se levantó y abrió la puerta, allí encontró el cadáver de la desdichada. Al llegar a su hogar en las montañas de Efraim, el hijo de Leví, que se había llevado consigo a su muerta, cortó el cadáver en doce pedazos y envió uno a cada tribu con este mensaje: "¿Se ha visto jamás tal cosa desde que los hijos de Israel subieron de Egipto hasta el presente? Miradlo bien, deliberad y resolved". Lo que se resolvió fue la guerra a la tribu de Benjamín, que quedó casi exterminada.

Claro que de esa guerra contra Benjamín había pasado mucho tiempo, tanto que Benjamín se repuso y el primer rey de Israel iba a ser un benjaminita. Pero que los localismos persistían sobre la unidad general lo prueba la conducta de ese rey, Saúl, el hijo de Quis, que durante su reinado estimuló la división y trató de apoyarse en ella proclamando a menudo lo que podríamos llamar el "benjaminismo" como un privilegio sobre el resto de Israel. El "benjaminismo" trataría de resucitar en los últimos días de David, y la división iba a hacerse presente más tarde, tras la muerte de Salomón.

Por otra parte, aunque la tierra prometida "manaba leche y miel", según aseguró Yavé a Moisés cuando le ordenó llevar hasta Canaán el pueblo de Israel, las condiciones de vida nunca fueron estables para las tribus que se dedicaban al pastoreo y a la agricultura. Jamás lo han sido en sociedades rudimentarias, pero debían serlo menos allí donde cada centro poblado

era un pequeño reino bajo el gobierno de un jeque. A menudo esos jeques guerreaban entre sí por el dominio de las aguas o de los pastos, o simplemente por robarse los ganados. Las sequías determinaban emigraciones en masa y consumían a las bestias; las plagas diezmaban las siembras.

La judicatura de Samuel

La judicatura que había caído sobre los hombros de Samuel se extendía desde la arenas del Neguev, por el sur, hasta más allá del lago de Galilea, en el norte; desde las montañas que bordeaban la Jordania, por el este, hasta el Mediterráneo, por el oeste. Sin embargo, era tan débil la unidad nacional que la autoridad del juez sólo se hacía sentir en los territorios de Efraim, Dan, Benjamín y Judá. El pueblo decía “desde Dan hasta Berseba”, para indicar la totalidad del país, y la verdad es que “desde Dan hasta Berseba” cubría una pequeña parte del territorio que poblaban los descendientes de Jacob. Con el tiempo se hablaría de Judá y de Israel como si se tratara de dos países distintos, y en época tan avanzada como en los días de Jesús, los del sur aludirían a los del norte como a extranjeros.

Por último, estaban las guerras con los vecinos, de los cuales los más persistentes y agresivos eran los filisteos. Este pueblo procedía del Asia Menor, de donde se cree que pasó a las islas del Mar Egeo. Era una raza marinera, con organización civil superior a la de Israel y con una respetable tradición militar. Desde las islas saltó a las costas del Mediterráneo, entre Egipto e Israel, no se sabe cuándo ni cómo, si en avalancha o lentamente, si como comerciantes o soldados al servicio de la expansión egipcia, o por su cuenta.

Los filisteos establecieron ciudades en la orilla occidental del que sería después el territorio de Judá; la de más al norte parece haber sido Gat, o Gath, y la del extremo sur Gaza o

Gaz. Estas ciudades formaban una especie de confederación de principados, cada una gobernada por un señor o príncipe que, a juzgar por lo que se lee en los textos sagrados, era autónomo hasta cierto límite. El señor de Gath, Aquis, tuvo un papel de decisiva importancia en la vida de David.

Una vez establecidos en la costa, los filisteos comenzaron a penetrar hacia el oriente y hacia el norte. A menudo lucharon contra Israel, y puede afirmarse que para el pueblo elegido los filisteos fueron los enemigos por excelencia. Al fin y al cabo no eran orientales, como los idumeos, los moabitas, los ammonitas o los amorreos que procedían del mismo tronco racial de Israel. Tras infinidad de ataques en que vencía o en que era derrotada, Filistea acabó con el escaso poder militar hebreo en la gran batalla que se libró el último día de la vida de Elí.

Elí fue a reunirse con sus antepasados, según el decir bíblico. La judicatura cayó sobre los hombros de Samuel cuando su pueblo sufría la mayor de las derrotas de su historia y cuando el Arca de la Alianza, el más sagrado vínculo de Israel, pues, había descendido a una sima tétrica. Desde ese principio, lentamente, con muchos esfuerzos y gracias a la habilidad y al valor del último de sus jueces, Israel iría levantándose hasta alcanzar los espléndidos días de Salomón, el hijo y el heredero de David.

La historia de esos esfuerzos y de esa ascensión es en gran parte la historia de Samuel y la de David. Estos dos personajes son una suma histórica. Sin David, la entereza, la fe y la constancia de Samuel no tendrían justificación; sin la obra de Samuel, David quizá no habría pasado de ser jefe de banda o señor de algún villorrio. Samuel fue quien asumió la responsabilidad de convertir a Israel en monarquía, y el molde de la monarquía permitió a David desenvolver sus grandes dotes de caudillo.

Si David tiene importancia histórica es gracias a que llegó a ser un rey excepcional, el rey que logró la unidad de Israel, el que organizó a su pueblo en Estado e hizo a ese Estado poderoso y respetado. Y en que David pudiera ser rey tuvo mucha parte el que echó las bases de la monarquía, esto es, Samuel ben Elcana, el último de los jueces.

Por tal razón no es posible hacer la historia de David sin detenerse un poco en la vida de Samuel.

II

EN EL QUE APARECE SAÚL BEN QUIS, A QUIEN SAMUEL UNGE REY

La historia de Samuel comienza en forma sospechosamente parecida a la de Sansón, el héroe popular de Israel en la prolongada lucha contra Filisteá. Ambos son hijos de mujeres que habían sido estériles hasta que “Yavé puso sus ojos” en ellas. Los dos niños fueron consagrados al nazireato, esto es, al servicio de Yavé, en el momento de nacer, y por tanto sus pequeñas cabezas no podían ser tocadas por instrumentos cortantes, pues debían crecer con pelo largo. Recuérdesse que en el pelo estaba la fuerza de Sansón. Sansón y Samuel alcanzarían la judicatura, si bien por vías distintas. El parecido no llega a más, pues sus vidas fueron diferentes. Sansón debió su fama a que era un forzado valiente, de historia nada ejemplar, mientras que Samuel jamás violó la ley de Yavé, ni engañó ni conoció prostitutas, y su pureza fue tanta que siendo todavía joven mereció la dignidad de profeta de Dios. “El joven Samuel iba creciendo en la presencia de Yavé”, dice el Libro I Samuel (2:26), “iba creciendo, y se hacía grato, tanto a Yavé como a los hombres” (*Id.* 2:26).

Una noche, Yavé habló a Samuel para profetizar el castigo de la casa de Elí por las maldades de su hijo. “Yavé estaba con él y no dejó que cayera por tierra cuanto él decía. Todo Israel, desde Dan hasta Berseba, reconoció que era Samuel un verdadero profeta de Yavé. Yavé siguió apareciéndosele en Silo.

Elí estaba ya muy viejo, y los hijos de éste seguían por el mismo camino, pésimo ante Yavé” (I Sam. 3:19 al 21).

En este punto, cuando “todo Israel, desde Dan hasta Berseba”, sabía que Samuel era “un verdadero profeta de Yavé”, se produjo la batalla de Afec, en la cual los hebreos perdieron cuatro mil hombres a manos de los filisteos.

Por lo visto los filisteos avanzaban hacia el nordeste, probablemente hacia las márgenes del río Jordán o tal vez hacia la ciudad de Silo, donde se hallaban Elí y Samuel al cuidado del santuario. Israel acampó cerca de Eben Ezer y los filisteos en Afec. La batalla se conoce con el nombre de ese último sitio, y el texto refiere que fueron los filisteos quienes la presentaron, esto es, quienes atacaron. A causa de la derrota, “el pueblo se recogió en el campamento, y los ancianos se preguntaron: ‘¿Por qué nos ha derrotado Yavé hoy ante los filisteos? Vamos a traer el Arca de la Alianza de Yavé, para que esté entre nosotros y nos salve de la mano de nuestros enemigos’” (I Sam. 4:3). Se llevó el Arca, y fueron con ella los hijos de Elí.

A pesar de la presencia del Arca los hebreos resultaron derrotados. Los textos dicen que perdieron treinta mil peones, pero eso no puede entenderse como que muriera ese número de infantes; probablemente en esos treinta mil están contados los que huyeron y los prisioneros. Entre los cadáveres se hallaban los de los hijos de Elí. Los supervivientes huyeron en todas direcciones, abandonando el Arca, sagrado depósito de los testimonios de la alianza que Yavé había acordado con Israel en el desierto. El Arca cayó en manos del enemigo; perdieron la vida los hijos de Elí, murió éste fulminado por la tremenda noticia, y Samuel entró entonces a ser el jefe espiritual y el juez de su pueblo.

Siete meses estuvo el Arca de la Alianza en el país de los filisteos; al cabo de ese tiempo sus captores la pusieron en un carro tirado por dos vacas y acosaron a los animales

hacia tierra hebrea. Había sucedido que diversas plagas azotaron las ciudades filisteas, y los sacerdotes de sus dioses opinaron que esos males provenían del Arca, por lo cual decidieron deshacerse de ella y la despacharon con tumores y ratas de oro, uno por cada ciudad filisteata atacada por las enfermedades y las invasiones de ratas. Con esas ofrendas los filisteos creyeron que compraban la benevolencia de Yavé. El Arca retornó, pues, tras siete meses de ausencia. Pero los invasores que habían entrado en Israel no se fueron tan pronto.

A fin de preparar a su pueblo para la lucha que debía emprender, Samuel trató de restaurar la antigua fe yaveísta. Se le oía predicar sin descanso que sólo volviendo a Yavé recuperaría Israel su condición de pueblo libre. “Si de todo corazón os convertís a Yavé, quitad de en medio de vosotros los dioses extraños y las astartés: enderezad vuestro corazón a Yavé y servidle sólo a Él, y Él os libraré de las manos de los filisteos (I Sam. 7:3,4).

Batalla de Maspha

Sermoneaba Samuel diciendo que si Israel había perdido su libertad se había debido al abandono de la fe yaveísta. Pues era evidente que, como había sucedido siempre, las masas apreciaban a los dioses antropomorfos de los pueblos vecinos, como Astarté y Baal, dioses cananeos, más que al dios invisible y omnipresente de Moisés. Al parecer, tras veinte años de prédica logró Samuel grandes progresos, puesto que “los hijos de Israel quitaron todos los baales y astartés, y sirvieron sólo a Yavé” (I Sam. 7:4) a raíz de lo cual se produjo la batalla de Maspha.

Maspha quedaba al norte de Belén de Judá, entre esta ciudad y la de Silo, y probablemente allí residía Samuel y allí estaba el santuario. Silo había dejado de ser el centro religioso,

y no porque lo impidieron los filisteos, pues a pesar de que dominaban políticamente al país, los invasores no imponían sus dioses. Por entonces sólo Israel, y más propiamente los jefes de Israel, eran intolerantes en materia de creencias. El sincretismo religioso era general; los dioses pululaban y se cambiaban de pueblo a pueblo, a veces de una ciudad a otra. Aquellos que no creían en un dios extranjero por lo menos le temían, como lo demuestra la devolución del Arca, con ofrendas de oro, de Filistea a Israel.

En cuanto al cambio de Silo por Maspha como santuario hay que tomar en cuenta que Israel no tenía entonces capital; sólo más tarde, en tiempos de David, se haría de Jerusalén la cabeza de la nación. Silo debió caer en manos de los filisteos inmediatamente después de la gran batalla en que murieron los hijos de Elí, y no estando allí el Arca, que había ido a dar a la ciudad filistea de Azoto, Silo dejaba de tener categoría como centro religioso. A su retorno, el Arca fue depositada en Quiriat Jearim, que originariamente había sido ciudad gabaonita, pero los textos son muy claros al afirmar que por lo menos en los días de la batalla de Maspha —veinte años después de la muerte de Elí— “Samuel juzgaba a los hijos de Israel en Maspha” (I Sam. 7:7), lo cual quiere decir que Samuel, juez del pueblo, residía en esa localidad. Más tarde Samuel tuvo su casa en Rama, que debía hallarse cerca de Maspha.

En Maspha, cuando transcurría el vigésimo año de la judicatura de Samuel, y mientras éste ofrendaba a Yavé rodeado por todo el pueblo, que había sido convocado para este acto, irrumpieron inesperadamente los filisteos. Se ignora si se trataba de una nueva invasión.

No es difícil advertir la importancia de la acción o batalla de Maspha, porque después de ella Samuel adquiere una autoridad singular entre los hebreos, pero el texto es confuso y

tal vez nunca sabremos lo que realmente sucedió en Maspha a menos que los pergaminos del Mar Muerto amplíen nuestros conocimientos en este punto y en otros de la vida de Samuel. A consecuencia de la batalla de Maspha los filisteos se retiraron a sus tierras, y hay una alusión al establecimiento de una paz con los amorritas, lo cual indica que Israel había estado en guerra con este pueblo.

No podemos acercarnos, siquiera, a la fecha de la batalla de Maspha, a pesar de que marca el inicio de la recuperación de Israel. Sólo se nos dice que “las ciudades que los filisteos habían tomado a Israel volvieron a poder de éste, desde Ascalón hasta Gath. Israel arrancó de las manos de los filisteos su territorio, y hubo también paz entre Israel y los amorreos” (I Sam. 7:14). Ahora bien, lo que nos dicen los acontecimientos posteriores es que hubo nuevos ataques victoriosos de Filistea, pues para luchar contra ésta se estableció la monarquía.

Los israelitas piden rey

Samuel había envejecido ya cuando envió a sus hijos a Berseba, en el extremo sur del país, para que juzgaran al pueblo en su nombre, y tan escandaloso fue el comportamiento de esos hijos que “reuniéronse todos los ancianos de Israel y vinieron a Samuel, en Rama, y le dijeron: “Tú eres ya viejo y tus hijos no siguen tus caminos, danos un rey para que nos juzgue, como todos los pueblos”” (I Sam. 8:4,5).

Hay varios momentos culminantes en la vida de Samuel, el juez extraordinario, el sacerdote consagrado a su dios, el conductor de infinita paciencia y de notable inteligencia. De todos, sin embargo, ése en que oye a los ancianos pedir un rey debe serle el más doloroso. Pues él ha sido y es el juez de Israel, la mayor autoridad del país, y sin duda tiene que estar acostumbrado a las prerrogativas que conllevan posiciones de tal naturaleza. Ha unido a Israel en el culto a Yavé, lo ha

conducido a la lucha por la libertad, ha ganado la batalla de Maspha y ha hecho la paz con los amorritas. Nadie se queja de su conducta. Pero le echan en cara la de sus hijos, en quienes había delegado su autoridad para una porción del país, y le piden que designe a otro para que tenga más poder que él.

Puesto que los ancianos le visitan y le ruegan que elija un rey, es que hay en Israel una corriente de opinión en favor de la monarquía, una corriente que no se ha formado de buenas a primeras, justo en el momento en que se advierte la conducta impropia de los hijos de Samuel, sino que viene formándose desde hace tiempo. Y los ancianos no le dicen “Proclámate tú rey”. Le dicen que haga rey a otro. Él tiene, pues, la autoridad necesaria para hacer de un hombre un rey, y bien podría usarla en exaltarse a sí mismo hasta la monarquía.

¿Pensó Samuel hacerlo? Que designara a sus hijos para que juzgaran en Berseba, ¿no induce a pensar que los preparaba para que le heredaran? Y si había acariciado la idea de proclamarse rey, ¿cómo recibió la propuesta de los ancianos? Desagradó a Samuel que le dijeran: “Danos un rey para que nos juzgue”, afirman los textos (I Sam. 8:6). Sí, le desagradó, pero no osó alzarse con el poder real, sino que meditó profundamente y largamente, esto es, oró ante Yavé.

Después de oír a Yavé, Samuel convocó al pueblo para exponerle por qué no debía Israel tener un rey. He aquí lo que dijo: “Ved cómo os tratará el rey que reinará sobre vosotros: Cogerá vuestros hijos y los pondrá sobre sus carros y entre sus aurigas, y los hará correr delante de su carro. De ellos hará jefes de mil, de ciento y de cincuenta; los hará labrar sus campos, recolectar sus mieses, fabricar sus armas de guerra y el atelaje de sus carros. Tomará a vuestras hijas para enfermeras, cocineras, panaderas. Tomará vuestros mejores campos, villas y olivares, y se los dará a sus servidores. Diezmará vuestras cosechas y vuestros vinos para sus eunucos y servidores.

Cogerá vuestros siervos y vuestras siervas, vuestros mejores bueyes y asnos para emplearlos en sus obras. Diezmará vuestros rebaños y vosotros mismos seréis esclavos suyos. Entonces clamaréis a Yavé, pero Yavé no responderá puesto que habéis pedido un rey” (I Sam. 8: 10 al 19).

El pueblo respondió que a pesar de cuanto exponía Samuel, quería un rey que le juzgara y que combatiera a su frente. Samuel resolvió entonces satisfacer la voluntad general. No se levantó una voz que dijera: “Sé tú nuestro rey y nada de eso nos sucederá”. Pero aún admitiendo que Samuel no esperara esa voz, y que era sincero en su temor al establecimiento de la monarquía, no hay duda de que el pueblo le mostró su repudio al solicitar el gobierno de un rey en vez del suyo. A pesar de lo cual, tanta era su autoridad que a él se confiaba para que escogiera rey entre los hijos de Israel.

Saúl ungido rey

Y Samuel escogió a Saúl ben Quis, benjaminita, un hombre alto, fornido, majestuoso. Samuel le vio por vez primera cuando Saúl recorría la comarca de Rama, acompañado por un amigo, en busca de algunas asnas de la hacienda paterna que se habían perdido. Este detalle puede dar idea de la pobreza de Israel por esos días. Saúl, que tenía fama de ser el más alto de todos los hijos de Jacob —pues se afirma que les llevaba por lo menos la cabeza a los más altos—, impresionó a Samuel por su presencia. La tarde que Samuel le conoció, tal vez con el ánimo de estudiarlo de cerca, le invitó a comer en compañía de treinta personas; por la noche le hizo dormir en la terraza de su casa y al día siguiente, a solas con él, derramó sobre su cabeza una redoma de óleo al tiempo que le decía: “Yavé te unge por príncipe de su heredad. Tú reinarás sobre el pueblo de Yavé y lo salvarás de la mano de los enemigos que le rodean”. Esta unción privada no significó, sin embargo, el

otorgamiento definitivo de la categoría de rey en favor del hijo de Quis, ni, por tanto, la renuncia de Samuel a la dignidad de juez.

No se piense que Saúl era un mancebo. Tenía hijos con edad suficiente para acometer empresas serias, como las múltiples que llevó a cabo Jonatán, el mayor de ellos. Por otra parte, la familia de Saúl era conocida debido al valor de sus varones, y en los pueblos pastores se ha considerado siempre que el valor se hereda de los padres. Quis era un hombre valiente, dicen claramente los textos; por tanto, debía serlo también su hijo Saúl. En cuanto a la descendencia de Saúl, Jonatán dio repetidas muestras de coraje nada común.

Pero Saúl no sólo descollaba entre los demás por su majestuosa figura y como heredero de la valentía paterna; también era discreto. Cuando retornó a su hogar, después de haber sido ungido en secreto por Samuel, contestó a las preguntas de sus familiares contándoles lo que le aconteció en el viaje a Rama, pero callándose lo de la unción. En realidad, resultaba excesivamente discreto, pues lo que acababa de hacer Samuel con él, ungiéndole príncipe de Israel y prometiéndole el reino por voluntad de Yavé, era un acontecimiento demasiado trascendental para cualquier hombre, que justificaba explosiones de alegría y movía a ser comunicativo.

Además de que era hombre de edad madura, como para confiar en él, y de que era discreto y debía ser valiente por la sangre, Saúl probó, a lo largo de su reinado, tener abundante energía. Esta cualidad era muy necesaria para encabezar al pueblo en la lucha contra los filisteos.

De manera que en muchos sentidos Samuel no anduvo errado al escoger a Saúl ben Quis para ungirlo rey en nombre de Yavé. Los aspectos negativos de Saúl no estaban entonces a la vista, ni podían estarlo puesto que sólo el ejercicio del poder los haría salir a la superficie de su personalidad. El peor de

esos aspectos fue la manía persecutoria, que le llevó a ver en David un aspirante a la monarquía, lo cual dio origen a crímenes y abusos. Cuando Samuel le ungió en secreto, Saúl no podía haber dado muestras de esa manía, que todavía no se había manifestado en él.

Samuel convocó al pueblo en Maspha, donde se hallaba el santuario nacional, y allí dijo que Yavé había escogido ya un rey para Israel. Con habilidad de político y de sacerdote se calló el nombre del elegido y fue preparando los ánimos poco a poco. Primero hizo pasar ante sí a todas las tribus, y fue desechando unas y otras hasta llegar a la de Benjamín. En la tribu de Benjamín, la más pobre en hombres y en riquezas, se hallaba el rey. Después pidió que los benjaminitas desfilaran por familias, y entre ellas señaló a la de Hammatri, a la cual pertenecía Quis. De los hijos de Quis faltaba Saúl, y no es aventurado pensar que su ausencia fue convenida entre él y Samuel.

Es de estimar que a esa altura el pueblo se hallaría excitado, listo a recibir con aclamaciones al elegido. Saúl fue buscado, y como no se le hallara se interrogó a Yavé, probablemente por boca de Samuel. Yavé respondió que estaba escondido entre los bagajes. “Corrieron a sacarle de allí, y cuando estuvo en medio de todos sobresalía de entre todos, de los hombros arriba. Samuel dijo al pueblo: ‘Aquí tenéis al elegido de Yavé. No hay entre todos otro como él’. Y el pueblo se puso a gritar: ‘¡Viva el rey!’ Entonces expuso Samuel al pueblo el derecho real y lo escribió en un libro, que depositó ante Yavé; y despidió Samuel al pueblo todo, cada uno a su casa” (I Sam. 10:22 al 26).

Como siempre, los textos sagrados ofrecen con sorprendente vida las escenas que describen. Ahí vemos al pueblo, desfilando por tribus primero, y a la tribu de Benjamín desfilando por familias ante el altar de Yavé; a los hombres

luego corriendo hacia los bagajes y retornando con el hermoso Saúl a presencia de Samuel. Era una elección en cierto sentido democrática, puesto que Samuel escogía en nombre de Yavé y Yavé era la suma de la voluntad nacional. Bajo el sol de Israel, la multitud había hallado a su caudillo.

Pero Samuel no hizo resignación de su judicatura en ese momento. Ungido rey, Saúl no pasaba a reinar, función de la que era parte la de juzgar; sino que entonces debía comenzar a organizar su reinado como caudillo militar. No todo el mundo le aceptaba todavía como monarca. El mismo día de su unción pública, cuando rodeado de hombres armados se dirigía hacia Gueba de Benjamín, oyó que por el camino hubo gente que murmuraba preguntando: “¿Este va a salvarnos?”. Lo cual es comprensible, porque no se impone una monarquía de buenas a primeras sin hallar oponentes, ni aun en el caso de que estuviera consagrada por el prestigio de un Samuel y establecida en nombre de Yavé.

Saúl tardó más de un mes en hacerse cargo del reinado. Fue cuando supo que Nahas, jefe ammonita —a cuyo hijo arrebatará David el trono muchos años después—, había atacado Jabes de Galad, ciudad de Israel situada en el lado oriental del Jordán, hacia el norte. Al llegarle la noticia del sitio de Jabes de Galad, Saúl se hallaba conduciendo sus bueyes, probablemente arando, a través de sus campos. Cogió los bueyes, los cortó en pedazos y envió las partes a todo Israel con este mensaje: “Así como estos bueyes serán tratados los bueyes de cuantos no se pongan en marcha tras Saúl y Samuel”. Obsérvese que usaba el nombre de Samuel, y de seguro que no sólo para respaldar sus palabras con la autoridad moral del sumo sacerdote, sino también porque todavía éste era el juez del pueblo. Nahas fue derrotado en Jabes de Galad y Saúl se hizo cargo de la monarquía. Entonces resignó Samuel la judicatura. Esto ocurría, según se estima, hacia el

año 1040 a. de C. Por esos días debía estar naciendo en Belén de Judá el niño David ben Isaí.

Al abandonar el cargo que sirvió durante largo tiempo, Samuel recordó al pueblo su conducta, diciendo: “Yo soy ya viejo y he encanecido, y mis hijos ahí los tenéis entre vosotros, como unos de tantos. He estado al frente de vosotros desde mi juventud hasta hoy. Aquí me tenéis. Dad testimonio de mí ante Yavé y ante su ungido. ¿He quitado a nadie un buey? ¿He quitado a nadie un asno? ¿He aceptado de nadie presentes, ni aun un par de sandalias? Dad testimonio contra mí, y yo responderé” (I Sam. 12: 2,3). Y he aquí que el pueblo respondió que él, Samuel ben Elcana, el último de sus jueces, no los había perjudicado, no los había oprimido, de nadie había aceptado nada.

Pocos hombres podían esperar una respuesta igual. En Israel no podría esperarla Saúl ni podría esperarla David. El propio Moisés habría oído otra, pues por sus órdenes murieron muchos hijos de Israel.

Samuel ben Elcana era hombre de noble paciencia, de saludable bondad. Pero también era prudente. Así se explica que ese día en que hacía dejación de su judicatura, después de haber rendido ante el pueblo y ante Yavé y el rey cuenta de su conducta, quisiera adelantarse a los acontecimientos indeseables que podían venir con el reinado, y antes de despedirse como juez de Israel le recordó al pueblo que él le había buscado rey porque se lo habían demandado, y que si de ello surgían males, sólo de Israel sería la culpa.

Mas he aquí que también hizo promesa de seguir rogando a Yavé por el pueblo. “Yo os mostraré el camino bueno y derecho”, dijo. Y terminó con esta admonición, en la cual envolvía a Israel y Saúl: “Temed sólo a Yavé, servidle fielmente y con todo vuestro corazón, pues ya habéis visto los prodigios que

ha hecho en medio de vosotros. Pero si perseveráis en el mal, pereceréis vosotros y vuestro rey” (I Sam. 12:24,25).

Con estas palabras terminó su judicatura, la última que tuvo Israel. Mas no cesó de servir a Israel sino cuando le tocó morir, largos años después.

III

EN EL QUE SE DA CUENTA DE CÓMO Y POR QUÉ EL SACERDOTE SAMUEL ROMPIÓ CON EL REY SAÚL

Al parecer, la manía persecutoria de Saúl empezó a manifestarse desde temprano, una vez proclamado rey, si bien al principio los síntomas eran sólo abuso de autoridad o manera muy drástica de mandar. Es de notar que al iniciarse como rey lo hace amenazando, y por cierto en forma altamente dramática; es cuando, en vez de despachar mensajeros con la orden de movilizar a las tribus para socorrer a los sitiados en Jabes de Galad, los envía con pedazos de sus bueyes y la sombría amenaza de que “así como estos bueyes serán tratados los bueyes de cuantos no se pongan en marcha tras Saúl y Samuel”.

Maquiavelo escribirá, dos mil quinientos años después de ese día, que los hombres olvidan el asesinato del padre antes que la pérdida del patrimonio. Maquiavelo era un teórico en el arte de manejar a los hombres, pero Saúl sabía manejarlos: amenazaba con la pérdida del patrimonio, no con la del padre, y como se verá más tarde, premiaba sus servidores con el patrimonio de sus enemigos vencidos. Además, Saúl ben Quis, benjaminita, aprovechaba las lecciones de la historia; y aquel cuerpo de mujer en pedazos, repartido entre las doce tribus como una muestra patente del crimen de Benjamín, que encendió la guerra contra la tribu de su padre y la llevó casi a la extinción, le servía de modelo para iniciar su reinado como campeón de Israel.

Por otra parte, Saúl mostró ese día su conciencia del poder, pues llevando la guerra a la Transjordania sobrepasaba los límites de la autoridad que desde hacía tiempo venían teniendo los jueces; llevaba el peso de su gobierno hasta las fronteras con los ammonitas, a la vez que unía a las doce tribus de Israel en una guerra justificada. Se iniciaba, en pocas palabras, con tanto ímpetu y con tantos argumentos favorables, que la forma violenta en que hacía uso de su poder real quedaba a cubierto de enjuiciamientos desfavorables.

¿Vio claro, sin embargo, Samuel, el fondo de las intenciones, o de las inclinaciones de Saúl? ¿No fue acaso para evitar suspicacias del anciano sacerdote por lo que Saúl unió su nombre al de aquel que le había ungido?

Desde el momento mismo en que comienza a actuar como rey, ese Saúl que poco antes recorría los campos de la escasa tierra benjaminita en pos de unas asnas perdidas, deja la huella de su fuerte, pero ambiciosa y contradictoria personalidad. Ahora bien, es fácil advertirlo a distancia, con la ventaja que da el tiempo, en cuyo seno los hechos adquieren un relieve que permite estudiarlos. Al cabo de los siglos, la atmósfera histórica se torna diáfana y serena. En el momento en que se producen los sucesos, otra es la visión de los testigos.

Hoy nos es posible relacionar los primeros actos de Saúl con todo el curso de su vida; ver en ellos lo que iba a ser después, una especie de rey loco, valiente, tenaz y astuto, pero obsesionado por manía persecutoria y ambición de poder, que tuvo frecuentes accesos de angustia y caprichos incomprensibles e imperdonables de parte de hombre tan sensato como Samuel.

Como es del caso pensar, los textos sagrados sólo dan fe de actos salientes, pero en la vida diaria las manifestaciones de

anormalidad de Saúl deben haber sido abundantes. ¿Podrían mantenerse tales manifestaciones en secreto para Samuel? ¿No estaría el jefe religioso de Israel enterado al minuto de cuanto sucedía en la casa de Saúl?

Es muy difícil que no haya sucedido como lo pensamos, y es muy difícil también que el antiguo juez del pueblo no se haya alarmado, en forma creciente, ante la conducta de su ungido. Había predisposiciones para esa alarma, entre ellas dos: que Samuel había ejercido de hecho el gobierno de Israel, y tendría que ver en Saúl a un competidor, y en cierto sentido a un beneficiario de sus antiguas funciones; y que Samuel, debido a su amor al pueblo y a su condición de jefe religioso, tenía que sentirse preocupado por la forma en que el país iba siendo conducido.

Por otra parte, no es discreto olvidar que no todo Israel era partidario de la monarquía, como lo atestiguan aquellas irónicas preguntas de “¿Éste es el que viene a salvarnos?”, y una más que acabó perteneciendo al refranero popular, la de “¿También Saúl es profeta?”, proferidas una y otra por gente que no era partidaria de la monarquía o que, siéndolo, no quería a Saúl de rey. No es ninguna osadía pensar que los desafectos debían llevar de boca en boca la noticia de los errores de Saúl hasta aquel que, en medida muy apreciable, compartía con él la preeminencia pública.

No hay acción alguna en la honorable vida de Samuel que autorice a considerarlo instrumento de intrigantes. Todo lo contrario, era paciente y firme. Pero sin duda era enérgico, con una energía constante, como se ve a lo largo de toda su vida. Esa energía suya es lo que parece conducirle a la ruptura con Saúl, sin duda provocada por la conducta del rey, pero sólo expresada cuando el monarca, en forma ostensible, se desborda en el ejercicio del poder e invade terrenos en que sólo Samuel puede y debe actuar.

Pecados de Saúl

Es muy aleccionador el choque entre Samuel y Saúl, dos personalidades tan diferentes, que por obra del acontecer histórico se hallan colocadas, a un mismo tiempo, a la cabeza de un pueblo. Hay una hora en esa lucha que parece triunfal para Saúl: Samuel abandona el campo, empujado por la muerte, y el rey queda dueño y señor de Israel. Mas he aquí que Samuel fue probo, servidor leal de su pueblo, abnegado y paciente siervo de Yavé; y Saúl, ambicioso, agresivo, duro. Cuando los años pasaron y entraron otras generaciones a juzgar, ¿cuál de los dos quedó victorioso en el alma del pueblo? Samuel. Y sucede que los personajes que aspiran al poder o lo alcanzan sólo valen cuando salen indemnes del juicio histórico. Para hombres de poder, el triunfo no está en alcanzarlo, sino en merecerlo. Saúl no lo merecía; Samuel sí. Este es el juicio de la historia, tres mil años después de aquella lucha.

El distanciamiento entre el caudillo político-militar de Israel y su caudillo espiritual tiene varias manifestaciones, varios momentos culminantes; el primero es cuando Saúl, molesto porque Samuel no llega a tiempo para invocar a Yavé antes de que el rey entre en combate con los filisteos, toma el lugar del sacerdote y ofrece el holocausto al dios. Este episodio se produce, de acuerdo con los textos sagrados, dos años después de haber sido Saúl exaltado rey. El segundo es cuando, habiendo hecho la guerra a los amalecitas, Saúl no la termina con la muerte de sus enemigos y la destrucción de todos sus animales, según había pedido Yavé por la boca de Samuel. Aquí es cuando Samuel declara a Saúl en pecado ante Yavé y rompe con él de manera definitiva. No sabemos cuándo ocurre este episodio, pero debemos situarlo, como es claro, después de 1038 a. de C., pues es hacia ese año cuando Saúl da comienzo a la guerra contra los filisteos, y no es andar descaminados pensar que sólo después de haber cesado esa guerra

se produjo el ataque a los amalecitas. Aunque atacado de soberbia, y más tarde de manía persecutoria, Saúl era un caudillo militar que sabía ser prudente si así convenía a sus fines; no había que esperar de él, por tanto, que estando en guerra con los filisteos dispersara sus fuerzas atacando también a los amalecitas. Por otra parte, el anciano Samuel no le hubiera aconsejado en esa coyuntura la expedición contra Amalec. Para llegar hasta los amalecitas, además, Saúl necesitaba tener su flanco derecho limpio de enemigos, y en ese flanco estaban los filisteos, de manera que si estos se hubieran hallado en guerra contra Israel, Saúl no habría podido llevar sus armas hasta los campos de Amalec. La expedición sobre Amalec, que propuso Samuel a Saúl, debió tener lugar, pues, cuando ya había paz con Filisteia; y si la sublevación de Israel contra el yugo filisteo, en el reinado de Saúl, comenzó dos años después de haber sido éste exaltado al reinado —es decir, en 1038 a. de C. en lo cual son explícitos los textos bíblicos—, hay que situar la acción punitiva sobre Amalec después de este año.

¿Pero en cuál? ¿En 1037, en 1035, en 1030? No lo sabemos, y es de lamentar, porque sabiéndolo nos sería fácil establecer con claridad cuándo se produce la ruptura entre el sacerdote y el rey.

La rebelión contra los filisteos, o la que podríamos llamar con propiedad primera guerra de Saúl contra los filisteos, comenzó cuando el rey llevaba dos años en el ejercicio del cargo. Saúl formó, se supone que en secreto, un ejército de tres mil hombres; él se situó con dos mil en Micham, cerca de Rama, donde vivía Samuel, y dejó en Gueba de Benjamín a su hijo Jonatán al mando de un millar. Jonatán atacó y tomó Gueba de Benjamín, con lo cual dio principio a la rebelión. Los filisteos reunieron tres mil carros, seis mil jinetes y un número alto de hombres a pie, y avanzaron sobre Micham, que Saúl abandonó para situarle en Gálgala, al sudeste de su antigua posición.

La retirada de Saúl hacia las márgenes del Jordán llevó el espanto a Israel, y la gente huía buscando donde guarecerse. No sólo huyeron de las aldeas y de las ciudades en toda la comarca donde iba a librarse la guerra, sino además de los campamentos del propio Saúl. El rey estaba en espera de Samuel, que en cierto sentido era el jefe espiritual de la rebelión. Samuel había ordenado que se le esperase durante siete días, tal vez con el propósito de movilizar el pueblo o de preparar armas, pues al ocupar el país, y probablemente después del revés de Masphe, los filisteos quisieron asegurar su dominación desarmando a Israel y a fin de que en Israel no pudiera forjarse ni una lanza ni una espada, prohibieron que los herreros ejercieran su oficio. Para hacer la guerra los hebreos tuvieron que atenerse sólo a instrumentos de labranza. “No había en mano del pueblo todo, que estaba con Saúl y Jonatán, espada ni lanza más que las de Saúl y las de Jonatán”, afirma el Libro I Samuel (13:22).

Al acercarse el final del séptimo día de la espera, Samuel no había aparecido en el campamento de Gálgala, y la tropa iba desertando en forma creciente. Las deserciones eran en tal número que cuando, después de la llegada de Samuel, el rey se puso en marcha hacia Gueba de Benjamín, sólo le acompañaban seiscientos hombres de los dos mil con que había contado una semana antes. Como es lógico, esa situación preocupaba a Saúl. Así, al llegar el término del séptimo día, como viera que Samuel no aparecía, decidió él mismo hacer el holocausto a Yavé, lo cual era, en verdad, una usurpación de funciones, una invasión en el terreno religioso, que estaba encomendado a Samuel.

Samuel acertó a llegar cuando Saúl daba fin al holocausto; y como sucedía que hacía su entrada en el campamento dentro del tiempo que él había fijado, esto es, dentro de los siete días que pidió de espera, el noble anciano se indignó y

habló así al rey: “Has obrado neciamente y has desobedecido el mandato de Yavé, tu Dios. Estaba Yavé para afirmar tu reino para siempre; pero ahora ya tu reino no persistirá” (I Sam. 13:13,14).

A raíz de este incidente Samuel abandonó Gálgala y Saúl movió su pequeño ejército hacia Gueba de Benjamín para reunirse con Jonatán. Los filisteos despacharon tres columnas en distintas direcciones; una de ellas, hacia Gueba de Benjamín. La lucha parecía demasiado desigual, y no hay constancia de que Saúl se comportara en ella a la altura de su cargo ni con el arrojo de que dio muestras después. Quien salvó a Israel en esta ocasión fue su hijo Jonatán.

Victoria de Jonatán sobre los filisteos

Este Jonatán es una figura de gran interés. Valiente, osado, justo, se le verá más tarde tratar de calmar las cóleras de su padre e incluso desafiarlas imponiendo por encima de las manías del rey una conducta humanitaria. Como se hará notar a su tiempo, él amparó a David cuando éste era perseguido por el odio de Saúl, y de su amistad se valdría David para lograr sus fines. Buen amigo y magnífico guerrero, Jonatán fue también hijo excelente, y murió junto a su padre en la batalla de Gélboe, luchando contra los filisteos, casi treinta años después de haber iniciado él mismo la rebelión de Israel con el ataque a la guarnición enemiga de Gueba de Benjamín.

Jonatán hizo una incursión al campo filisteo y promovió en sus filas la confusión y el desorden, con lo cual comenzó la derrota filistea y el engrosamiento del ejército de Saúl, al que retornaron los desertores. En poco tiempo Saúl tenía bajo su mando diez mil hombres y la guerra se generalizó. Como dicen los textos sagrados, “se extendió la lucha por todos los montes de Efraim”.

No es posible saber cuánto tiempo duró esa lucha pero dado que se libraba en varios sitios debió ser fluida y prolongada. Hay constancia de que a menudo Israel tomó botín en los combates, bueyes y ovejas, del cual alimentaba a sus hombres. En Medio de la guerra, Saúl, que ya empezaba a embriagarse de poder y a dictar órdenes absurdas, quiso dar muerte a Jonatán porque éste había comido un poco de miel de abejas cierto día en que su padre había prohibido al pueblo comer mientras él no se hubiera vengado de sus enemigos. Jonatán conservó la vida debido a que el pueblo se rebeló contra la decisión de Saúl, diciendo: “¿Va a morir Jonatán, el que ha hecho en Israel esta gran liberación? ¡Jamás! Vive Yavé, no caerá a tierra un solo cabello de su cabeza, pues hoy ha obrado con Dios”. Así salvó el pueblo a Jonatán y no murió. “Saúl desistió de salir en persecución de los filisteos, y estos llegaron a su tierra” (I Sam. 14: 45, 46).

Los filisteos pues, abandonaron sus conquistas en Israel y “llegaron a su tierra”. Aunque gracias principalmente a la actividad de Jonatán y no a la de Saúl, los hebreos reconquistaron su libertad y Saúl afirmó su posición. Los augurios de Samuel no se habían cumplido y sus reproches no tuvieron consecuencias. La victoria de Israel restaba importancia al incidente, sobre todo si, como es lógico pensar que ocurrió, el rey Saúl, ocupado en la guerra, dejó la acción religiosa libre de sus intromisiones.

Saúl rechazado por no destruir a Amalec

Las relaciones entre el sacerdote y el rey volvieron a su estado anterior; y esto se deduce de la orden que en nombre de Yavé transmitió Samuel a Saúl después de haber llegado a su fin la guerra contra los filisteos. Según dijo Samuel, Yavé ordenaba a Saúl tomar venganza de Amalec, el pueblo que atacó a Israel cuando éste, bajo la jefatura de Moisés huía de Egipto en

busca de Canaán. Las palabras de Yavé en boca de Samuel fueron así: “Ve, pues, ahora, castiga a Amalec, y da al anatema cuanto es suyo. No perdones; mata a hombres, mujeres y niños, aun los de pecho; bueyes y ovejas, camellos y asnos” (I Sam. 15:3).

“Dar al anatema” quiere decir guerra santa, guerra pedida por Yavé para vengar un agravio. En el Deuteronomio (13:15 al 17) se especifica en qué consiste esa guerra; hay que pasar a filo de espada a todo cuanto viva en la ciudad condenada, “y reuniendo todo su botín en medio de la plaza, quemarás completamente la ciudad con su botín”; además, “que no se te pegue a las manos nada de cuanto fue dado al anatema”, mandato que habría de violar Saúl. No hay que olvidar que Yavé era un dios vengativo, y no hay que olvidar que cuando Moisés conducía a Israel hacia la tierra prometida, tenía por delante muchos pueblos idólatras que podían contagiar con sus religiones a Israel, y que sólo metiendo en la cabeza de Israel un odio cerrado contra esos pueblos, o forzándolo mediante la guerra de exterminio a no convivir jamás con ellos, podía lograrse el aislamiento y la unidad nacional hebrea que Moisés pretendía.

Los amalecitas son bien conocidos de los lectores del texto sagrado debido a que fueron ellos quienes atacaron a Israel después que éste aplacó su sed con el agua que Moisés hizo brotar de una piedra. En aquella ocasión Amalec atacó a Israel en Rafidim, en cuya colina estuvo Moisés con el cayado en alto todo el tiempo que duró el ataque; y como Israel perdía terreno cada vez que Moisés, cansado, bajaba el brazo, Aarón y Jur se lo sostuvieron en alto hasta el final de la batalla, que fue favorable a Israel. Una vez lograda la victoria, Moisés aseguró que Yavé le había prometido borrar a Amalec de la tierra algún día, y por lo visto le tocaba a Saúl dar cumplimiento a la terrible decisión.

Saúl reunió un ejército de más de doscientos mil hombres, y como para equipar esa tropa se requerían muchas lanzas, espadas y provisiones —cosas que no debían ser abundantes al terminar la guerra contra el opresor filisteo—, es de pensar que entre el final de la guerra de 1038 a. de C., y el ataque a Amalec debió transcurrir algún tiempo. Aquí volvemos al problema de la cronología, para otros de alguna importancia en este caso porque la casi total destrucción de los amalecitas por Saúl resultaría, con los años, favorable a los designios de David, que pudo guerrear con ellos y vencerlos porque todavía en su época no se habían repuesto del golpe que les propinó Saúl. Si la guerra santa de Saúl contra Amalec se produjo en 1035 a. de C., la obra de destrucción que llevó a cabo fue tan consumada que veinticinco años después Amalec podría ser vencido por menos de seiscientos hombres, que eran los seguidores de David cuando los venció. El poderío de Amalec debió ser grande, puesto que Saúl puso en armas doscientos mil hombres para atacarle.

Saúl venció fácilmente, sin embargo, y pasó a cuchillo a todo el pueblo, pero dejó vivo a su rey, llamado Agag, tal vez para mostrarlo en Israel como prueba patente de su victoria y tal vez porque era el primer rey enemigo que capturaba; además, se llevó consigo los mejores animales de carne y lana de los vencidos, todo lo cual era una infracción a las leyes de la guerra santa. Esa infracción originó la ruptura definitiva con Samuel.

La escena del rompimiento es dramática. Samuel le echó en cara a Saúl su impiedad al burlar la voluntad de Yavé, y el rey, viendo al anciano sacerdote alejarse, le sujetó por el manto, que se rompió del tirón. Por cierto, que no debía ser de poco uso ese manto, lo cual concuerda con la austeridad del juez que ni siquiera el obsequio de una sandalia había aceptado de su pueblo. La cólera de Samuel era incontenible. Pidió a Saúl que mandara en busca de Agag, el rey

amalecita, quien al ver a Samuel sólo atinó a decir: “¡Qué amarga es la muerte!”. A lo que respondió el sacerdote: “Así como a tantas madres privó tu espada de hijos, así será entre las mujeres tu madre privada de su hijo”. Y él mismo le dio muerte (I Sam. 15:32,33).

Esto sucedió en Gálgala, donde se hallaba Saúl. De Gálgala salió Samuel hacia Rama. Nunca más, en vida, volvería el anciano Samuel a visitar a Saúl. Ya en plena persecución de David, Saúl iría a Rama y se prosternaría a los pies de Samuel, pero no hay constancia de que éste le perdonara. Muchos años después, cuando la muerte rondaba a Saúl, hizo el rey que una adivina llamara el espíritu de Samuel para que le dijera qué le reservaba el porvenir. El espíritu del antiguo juez se expresó en la lengua severa que había usado en vida. “¿Por qué has turbado mi reposo, evocándome?”, preguntó. Y cuando Saúl explicó que Yavé no quería oírle, que los filisteos iban a darle batalla en breve, el alma de Samuel se refirió al episodio de la ruptura. He aquí cómo habló su espíritu:

“Yavé hace lo que te había predicho por mi boca: arranca el reino de tus manos para dárselo a otro, a David. Porque no obedeciste a Yavé y no trataste a Amalec según el ardor de su cólera, por eso Yavé hace eso contigo. Entregaré a Israel, juntamente contigo, a manos de los filisteos. Mañana tú y tus hijos estaréis conmigo, y Yavé entregará el campamento de Israel a los filisteos” (I Sam. 28:17 al 19).

Al día siguiente se dio la batalla de Gélboe, en que cayeron Saúl y Jonatán. Oyó, pues, antes de su muerte Saúl a Samuel, cosa que no había ocurrido desde la dramática entrevista de Gálgala, cuando el que le había hecho rey se alejó de su lado, con el manto roto y la sangre de Agag en el manto.

IV

EN EL QUE APARECE DAVID BEN ISAÍ, LLAMADO A SER REY A LA MUERTE DE SAÚL

En cierto sentido la vida de un hombre público —y Samuel lo fue— no termina con su muerte. Muchos de sus actos siguen influyendo en el pueblo después de haber él desaparecido. En ocasiones ni siquiera hacen falta los actos; basta con que la gente crea que han sido realizados. Por ejemplo, tenemos el caso de la unción de David por parte de Samuel. ¿Es cierto que antes de morir el sacerdote ungió a David futuro rey de Israel, o es que David hizo correr la voz de que así había sucedido confiado en que, ya muerto, Samuel no podría desmentirle?

Ha llegado el momento de entrar en el relato de la vida de David, y en esa vida va a tener excepcional importancia la real o supuesta unción que le daría legalidad a su reinado. En vista del valor que tiene ese hecho, con abstracción de si fue verdadero o falso. Debemos tener presente a Samuel como si siguiera vivo.

David ben Isaí, nacido en Belén de Judá, es el menor de ocho hermanos varones. Se ignora cuántas hermanas tuvo, pero se sabe que dos de ellas tuvieron hijos que combatieron en las huestes de David, todos como jefes. No hay constancia de quién era la madre del futuro rey ni de qué familia procedía. Por fortuna, conocemos sus antecesores paternos hasta llegar a los abuelos de su padre: son Boz, de Belén de

Judá, hombre de bienes en tierras, y una extranjera, Ruth, nacida en Moab, llamada, por eso, la moabita.

Ruth, la moabita, bisabuela de David

La historia de Ruth, que figura en el libro de su nombre, es una página de inolvidable ternura. Ruth misma le da ese acento. Pues la moabita fue una mujer tierna, de dulce y fina alma, una especie de torcaza domesticada que pasa por las páginas de la Biblia, tan cargadas de escenas ásperas y sangrientas, como un perfume delicado o como la luz de una estrella sobre un agua tranquila.

Sucedió que en tiempos de los Jueces —quizá en los primeros de Elí, tal vez en los de Sansón o en los de Abdón— el belemita Elimelec salió de Belén de Judá hacia las tierras del Moab, al oriente del Mar Muerto. Iba acompañado de su mujer Noemí y de sus hijos Majalón y Queylón y pensaba fundar casa si hallaba lugares más prósperos en Moab que en Judá. Los halló, y sus hijos escogieron mujeres entre las moabitas; la de Queylón se llamaba Orfa y Ruth la de Majalón. Pero sucedió que diez años después de haber entrado en Moab, Elimelec y sus dos hijos habían muerto. Noemí se halló sola en país extraño y con su soledad agravada por la circunstancia de que ninguno de sus hijos había tenido descendencia. Para ella, pues, sus hombres habían muerto más de una vez; no habían dejado simiente en la vida y sus nombres serían borrados de la puerta de Belén a menos que algún pariente de Elimelec quisiera dejar un hijo en sus entrañas. ¿Pero podría Noemí volver a ser madre?

Desolada, la mujer resolvió volver a Belén de Judá. Orfa, la viuda de Queylón, decidió quedarse con sus padres, pero Ruth dijo que se iría con Noemí. Noemí no quería admitirlo. ¿Qué iba a hacer ella, pobre como era, con Ruth auestas? Ruth no oyó razones. La afligida suegra rogó,

invocó a sus muertos, usó sus mejores palabras para convencer a la nuera de que debía quedarse en Moab. Pero la joven insistió. Amaba a Noemí y no la abandonaría. “Donde vayas tú, iré yo; donde mores tú, moraré yo; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios; donde mueras tú, allí moriré y seré sepultada yo. Que Yavé me castigue con dureza si algo, fuera de la muerte, me separa de ti”, dijo Ruth (Ruth 1:16,17) “Así se volvió Noemí con Ruth, la moabita, y vino de la tierra de Moab, llegando de los campos de Moab a Belén cuando comenzaba la siega de las cebadas” (Ruth 1:22).

Al salir de Belén, Elimelec había dejado una pequeña tierra que Noemí heredaba. Mientras la pequeña tierra estuviera en sus manos, el nombre del marido muerto perduraría en la puerta de la ciudad. De acuerdo con el grado de parentesco, los parientes de Elimelec debían adquirir esa tierra y ejercer el derecho de levirato sobre las mujeres de la familia, en este caso, sobre Noemí y Ruth.

Según la ley del levirato los parientes varones de un marido muerto podían dar a la viuda hijos que llevaran sangre del desaparecido; ese derecho se ejercía comenzando por los que tuvieran mayor grado de parentesco con el que fue marido. Pero como se trataba de un derecho, en el que iba implícito el deber de adquirir los bienes dejados por el difunto, los parientes varones podían renunciar a practicarlo, lo cual sumía en vergüenza a la mujer repudiada.

Según su propio decir, Noemí había salido de Belén de Judá hacia el Moab con las manos llenas, esto es, con su hombre y sus dos hijos, y Yavé la había hecho retornar con las manos vacías. Probablemente ella era ya estéril. Sólo a través de su nuera Ruth podría salvarse la sangre de Elimelec y de sus hijos, perpetuándose más allá de la muerte. Ahora bien, ¿cuál de los parientes de Elimelec llevaría

a su lecho a Ruth, una extranjera pobre?; ¿cuál sacaría a las dos mujeres de su soledad, alumbrando esas vidas con la sonrisa de un niño?

Ruth halla gracia en ojos de Boz

Seguramente el campo que dejó Elimelec era muy pequeño para ser trabajado, y de todas maneras, las dos mujeres que habían retornado del Moab “con las manos vacías” no podían esperar para sembrarlo. Habían vuelto “cuando comenzaba la siega de las cebadas”, que no era época de siembras, y debían arreglárselas para hallar comida, Ruth decidió irse a una era ajena para recoger las espigas que los segadores fueran dejando tras sí, y halló un campo que debía ser de dueño acomodado. Espigó allí. Llegó el dueño desde su casa de Belén, vio a la joven espigando, preguntó quién era ella y le explicaron que la nuera de Noemí, la que había llegado del Moab. Dijo él a la moabita: “Hija mía, no vayas a otros campos a espigar ni te apartes de aquí. Únete a mis criadas y vete con ellas al campo donde se siegue. Yo diré a mis criadas que nadie te toque; y si tienes sed, te vas al hato y bebes de lo que beban mis criados”. Palabras que conmovieron a Ruth, quien, de rodillas, “rostro en tierra”, expresó su gratitud de esta manera: “¿De dónde haber hallado gracia a tus ojos y serte conocida yo, una mujer extraña?” (Ruth, 2:2 al 10).

Podemos ver la escena, iluminada por el sol del mediodía. El hombre, entrado en años, bondadoso y sereno, de pie mientras escucha; la joven mujer de Moab, doblada ante él y temblando de gratitud al tiempo que habla. Los labradores siegan la cebada y acaso vuelvan los ojos para ver a su amo y a la extranjera, mientras sobre la tierra se van secando las espigas amontonadas y la brisa mueve las que todavía no han sido tronchadas por la hoz. Este primer encuentro de la viuda

moabita y el maduro y acomodado propietario belemita es una estampa tranquila, naturalmente dulce, y el inicio de una unión que con el andar de los años tendrá su mejor fruto en David ben Isaí, el futuro rey de Israel.

El propietario se llamaba Boz, e invitó a Ruth a que moajara en su vinagre el pan que comía; la obsequió además con trigo tostado, y como era hombre bueno debió conmoverse cuando supo que la moabita guardó parte de ese trigo para llevárselo a su suegra. La joven viuda volvió a Belén cargada de cebada y los criados de Boz recibieron orden de dejarla espigar hasta que terminara la siega; el amo les dijo más: les dijo que fueran abandonando en el campo suficientes espigas de las que iban recogiendo a fin de que la extranjera pudiera llevar abundante grano a la casa de Noemí.

Ahora bien, sucedió que cuando Ruth le contó a su suegra lo ocurrido, Noemí le hizo saber que ese hombre era Boz, dueño de campos de cebada a quien los vecinos de Belén de Judá consideraban “hombre poderoso”, esto es, con numerosos bienes; que era pariente de Elimelec, y por tanto de Majalón, el difunto marido de la moabita. Boz estaba, pues, entre aquellos que tenían derecho de levirato sobre Ruth. Por lo que se refiere en el Libro de Ruth y por lo que sucedió después, se concluye que Noemí escogió a Boz, entre todos los parientes, para marido de su nuera. Y resulta que ya ésta había escogido al mismo hombre en su corazón y Boz la había escogido a ella en el suyo. A pesar de la diferencia de edades que había entre ambos, Boz era bondadoso y había conmovido a Ruth con su generosidad. Ella, la viuda pobre y extranjera, lo había dicho mientras hablaba de hinojos, rostro en tierra: “¿De dónde haber hallado gracia a tus ojos y serte conocida yo, una mujer extraña?”. Y él lo había dicho al ordenar a sus criados que dejaran en el campo más espigas de lo habitual para que Ruth las recogiera.

La noche en que iba a hacerse en la era de Boz la limpia de la cebada, Ruth, aleccionada por Noemí, llegó allí lavada y ungida. Esperó que pasara la hora de la comida y la bebida, esperó que Boz se echara a dormir en su hacina y después se echó ella a sus pies. Cuando Boz despertó a medianoche, sobresaltado al sentir gente en su lecho, y preguntó quién estaba ahí, he aquí lo que oyó: “Soy Ruth tu sierva; extiende tu mano sobre tu sierva, pues tienes sobre ella el derecho del levirato” (Ruth, 3:9). La dulce moabita recitaba las palabras que le había dictado Noemí. A lo que Boz, conmovido, respondió invocando para Ruth la bendición de Dios, pues le hacía bien que ella le escogiera a él y no a un joven. Pero no la tocó. En la familia había otro varón con parentesco más cercano con Majalón, y Boz quería saber si ese pariente se animaba a prolongar en Ruth la simiente de Elimelec. No tocó, pues, a la moabita esa noche, y al día siguiente se fue a Belén, tomó asiento en la puerta de la ciudad y, pidió a los ancianos que le sirvieran de testigos, pues pretendía cerrar un trato.

En la puerta esperó Boz hasta que pasó el pariente de Majalón, que también lo era suyo. Habló con él; le dijo que Noemí iba a vender el campo de su marido y que a él le tocaba comprarlo; le aclaró que si lo compraba debía llevarse también a Ruth a fin de darle descendencia al hijo de Elimelec, pues si no había descendencia el nombre de Majalón sería borrado de la puerta de la ciudad. “Tú tienes derecho sobre nosotros, porque eres el más cercano a su sangre”, dijo Boz, “pero si no ejerces ese derecho, compraré yo, y Ruth pasará a ser mi mujer”. “Hazlo tú”, le respondió el otro; y en prueba de que había hecho un pacto con Boz se quitó uno de sus zapatos y se lo pasó a Boz. A seguidas Boz habló para decir, dirigiéndose a los ancianos: “Testigos sois hoy de que yo compro a Noemí cuanto perteneció a Elimelec, a Queylón y a Majalón, que tomo al mismo tiempo por mujer a Ruth, la

moabita, mujer de Majalón, para que no se borre de entre sus hermanos y de la puerta de la ciudad el nombre del difunto. Testigo sois de ello” (Ruth 4:9,10).

Así fue, y de la simiente de Boz en el surco de Ruth nació Obed, y Obed engendró a su vez un hijo a quien llamó Isaí. Este Isaí, el nieto de Ruth la moabita, tuvo varios hijos, ocho de ellos varones. Y al último de esos varones llamó David, esto es, “el predilecto de Yavé”.

¿Cuándo nació David? Aunque en I Reyes y en I Paralipómenos se alude a su ancianidad como muy larga “Era ya viejo el rey David, entrado en años”. “Murió en buena vejez, lleno de días” una ordenación lógica de los hechos de su vida arroja setenta años, con diferencia de uno o dos, pero no mayor. Se sabe que tenía treinta años al ser ungido rey de Judá y que reinó en total cuarenta años; debió morir poco después de haber entregado el trono a su hijo Salomón. Debe haber estado al servicio de Saúl cinco años y otros cinco huyendo del rey, o seis con el rey y cuatro huyendo, y es probable que entrara en la corte de Saúl de unos veinte años. David debió nacer, pues, por los días en que Saúl fue ungido rey, esto es, hacia el 1040 a. de C.

Hay, no una sino varias lagunas en las primeras actividades guerreras de David. Antes, sin embargo, de llegar a ellas, algo se nos dice. Sabemos que su padre lo había dedicado al pastoreo, lo cual era corriente en el país. En ese oficio David se acostumbró a la música, a tañer algún tipo primitivo de arpa, a llenar la soledad componiendo elegías y cánticos y a manejar la honda para defender sus ovejas de los leones del desierto. No hay duda de que el pastoreo le ayudó a ir formando una personalidad armónica y al mismo tiempo una mente vivaz, y no es aventurado asegurar que para lograr ese desarrollo sin maestros, David trajo al mundo dotes singulares. “Era rubio, de ojos hermosos y bella presencia”, pero en

ninguna parte se nos dice que tuviera estatura destacada, como Saúl, o hermosura impresionante como su hijo Absalón. Aparece en boca de un hermano suyo la acusación de que tenía orgullo y malicia, esto es, ambición y astucia, y la vida de David le da la razón.

Hasta que da comienzo su vida pública junto a Saúl, lo poco que se sabe del bisnieto de Ruth la moabita es que nació en Belén de Judá, hijo de Isaí ben Obed, y que en sus primeros años aprendió la severa lección de la soledad moviéndose tras un pequeño rebaño de ovejas por las calcinadas tierras de su región natal.

Según el orden de los textos sagrados David estaba allí, en su oficio de pastor, cuando llegó a casa de su padre el anciano Samuel para ungir a uno de los hijos de Isaí futuro rey de Israel. Pero hay que convenir en que los acontecimientos, si es que alguna vez se produjeron, deben haberse dado en otro lugar y en otra fecha. Sólo después que Samuel muere oye Saúl decir, por boca de una adivina, que su sucesor será David. Esto sucede en la noche anterior de la batalla de Gélboe, es decir, en el 1010 a. de C., y para esa época David tendría treinta años. Suponiendo que la unción fue cierta y que se dio en la casa de Isaí ben Obed cuando David era un niño, digamos, cuando tenía diez años, el trascendental episodio se mantuvo en secreto unos veinte años. Nos parece excesiva discreción.

Samuel unge a David

De todas maneras, vamos a dar aquí la versión tal como aparece en el texto bíblico. Se refiere que un día Yavé increpó a Samuel porque éste se quejaba de la conducta de Saúl, y le pidió que llenara su cuerno de óleo y se encaminara a Belén, a la casa de Isaí, puesto que allí, entre los hijos de este nieto de Ruth estaba el que Yavé había escogido como sucesor de Saúl. Samuel dijo que le era difícil ir, pues de saberlo Saúl, le mataría.

Yavé le aconsejó llevar consigo una ternera para hacer un sacrificio con lo cual el viaje a Belén quedaba justificado como parte de las funciones sacerdotales de Samuel.

En lo que va de esta versión hay una confirmación indirecta de que David debía ser un niño de diez o doce años cuando Saúl llevaba más o menos ese tiempo en el poder; en otras palabras, que David nació cerca del 1040 a. de C., en los días en que Saúl fue hecho rey. Pues Samuel no podía temer a que Saúl le diera muerte sino después de la ruptura entre ambos y después que el rey se abandonó a su manía persecutoria, lo que sucedió algunos años después de haber sido ungido rey. Pero sigamos con el relato.

Llegó Samuel a la casa de Isaí, santificó a todos los hijos y los invitó al sacrificio. Uno por uno, los hijos del dueño fueron pasando ante Samuel sin que Yavé reconociera a alguno de ellos como su elegido; no reconoció a Eliab, el mayor, que tenía gran talla, ni a Abinadab ni a Samma ni a otros cuatro. Cuando hubo pasado el tiempo, Samuel preguntó si esos eran todos los hijos que tenía Isaí. Éste respondió que había otro, el que cuidaba de los rebaños, y Samuel mandó por él. Era David. Al verle, Samuel recibió de Yavé la orden de ungrle, pues ése era el elegido.

Es casi seguro que este hecho, si fue real, tuvo lugar en época posterior y en otro sitio. Pero lo del sitio no es importante, pues quizá al volver David a su casa de una de sus acciones militares, Samuel dio con él en el hogar de su padre y allí le ungió en secreto. Los guerreros de Israel no eran profesionales, sino labriegos y pastores, y aun comerciantes y propietarios que tomaban las armas cuando sus caudillos proclamaban la guerra o cuando sus tierras eran invadidas, y una vez terminada la acción militar volvían a sus antiguos quehaceres. De David se sabe que entró al servicio del rey y se conservó a su lado bastante tiempo, pero también hay constancia de que

una vez, por lo menos, dijo que se había ido a visitar a sus padres en Belén de Judá, de lo cual se colige que los visitó en algunas ocasiones.

Hay dos versiones sobre la entrada de David en lo que podríamos calificar, hilando muy delgado, la corte de Saúl. En realidad, no había corte en esos tiempos. Saúl no vivía en palacio real, ni siquiera una casa más holgada que las de otros propietarios de su condición; no tenía formado gobierno ni había administración pública. Probablemente a su alrededor se mantenían algunos jefes de armas, un grupo más o menos numeroso de capitanes, que se sostendrían a sus propias expensas y quizá tenían mayor participación en los botines de guerra. Saúl era el típico rey de las sociedades pastoriles, que ejercía su poder a plenitud sólo como caudillo de armas, cuando había guerra. El resto del tiempo hacía de juez. Ahora bien, como Saúl guerreó mucho, ejerció mucho el poder, y eso explica que fuera dejándose arrastrar, cada vez con mayor violencia, por el miedo a ser destronado, lo cual se transformó en manía persecutoria que acabó siendo aguda.

Según una de las versiones, David entró al servicio de Saúl cuando era ya adulto, que en Israel bien podía serlo a los dieciocho años; “hombre fuerte y valiente, hombre de guerra y discreto en el hablar” (I Sam. 16:18), tal como le dijeron a Saúl al recomendarle su compañía para que David le tañera el arpa, instrumento que sabía tocar bien. Sucedió que Saúl sufría ya de “turbaciones por un mal espíritu”, esto es accesos de angustia y de furor, y sus amigos le aconsejaron oír a menudo música para que se tranquilizara. Saúl mandó un mensajero a Isai para que éste le despachara a su hijo David, “el que está con las ovejas”. No, dijo: “El que mató a Goliat”. Es más, aunque los amigos que le recomendaron a David le aseguraron que era “hombre de guerra”, Saúl, caudillo militar, no le conocía como guerrero, sino como “el que está con las ovejas”.

El relato refiere que Isaí mandó a David con diez panes, un cabrito y un odre de vino para obsequiar a Saúl; que el rey acogió con simpatía al joven tañedor, el cual tenía la virtud de tranquilizar su alma tocándole el arpa, y que le tomó cariño y pidió a Isaí que lo dejara a su lado como escudero real.

Cuando uno va adentrándose en la historia de David y en sus tormentosas relaciones con Saúl, encuentra que este episodio tiene más visos de certeza que el del conocimiento del rey y del llamado a ser su sucesor en el valle del Terebinto, momentos antes de comenzar el combate del bisnieto de Ruth con el gigante Goliat.

Pero queda pendiente esa recomendación “hombre fuerte y valiente, hombre de guerra” con que mueven a Saúl en favor del hijo de Isaí. Luego, hay una etapa en la vida de David que ha sido deformada por los autores de los textos o por los compiladores; la etapa que media entre su primera juventud, que transcurre al cuidado de las ovejas, y su entrada al servicio del rey. ¿Se da en ella el combate con Goliat? De ser así, ¿cómo se explica que Saúl lo ignore, tratándose de un hecho de verdadera importancia en los fastos de su reinado y habiendo sucedido, según se cuenta, que él aconsejó al joven David no combatir con el gigante filisteo y que después lo dotó de sus armas y de su traje real?

En el próximo capítulo vamos a tratar de aclarar esa confusión. Como quiera que sea, es el caso que ya estamos en presencia de David ben Isaí, llamado a ser personaje histórico de primera magnitud. De las tierras calcinadas y solitarias en que apacentaba las ovejas de su padre, el bisnieto de Ruth la moabita ha pasado a la casa del rey. Un día él también será rey e infinito número de veces más grande y capaz que Saúl, cuya alma tranquiliza tañendo el arpa que había aprendido a tocar en el desierto.

V

EN EL QUE SE EXPLICA POR QUÉ NO PUDO HABER COMBATE ENTRE EL NIÑO DAVID Y EL GIGANTE GOLIAT

El episodio en que aparece David iniciándose como hombre de guerra es el de su combate con Goliat, gigantesco soldado filisteo perteneciente a las fuerzas del señor de Gath. Figura en I Samuel (17:1 al 58), está escrito con lujo de detalles y millones de personas se han deleitado leyéndolo. Pero he aquí que tan pronto se le analiza sin pasión, el episodio resulta hecho con detalles de varios otros, ocurridos sin duda en lugares y en tiempos distintos, y condimentado con salsa de imaginación oriental. Después del análisis se halla en él una miaja de verdad, tan poca que no se explica cómo de ella se sacó leyenda tan socorrida.

David y Goliat

El relato informa que habiendo los filisteos entrado en Israel para hacer la guerra, penetraron en Judá por Efres Domin y ocuparon un monte junto al valle del Terebinto. Saúl convocó al pueblo y marchó sobre los filisteos. Israel acampó en otro monte, junto al valle, frente a los filisteos. Estando los dos ejércitos en esa posición, salió de entre los invasores “un hombre llamado Goliat de Gath, que tenía de talla seis codos y un palmo. Cubría su cabeza un casco de bronce y llevaba una coraza escamada, de bronce también, de cinco mil siclos de peso. A los pies llevaba botas de bronce y a las espaldas un

escudo, también de bronce. El asta de su lanza era como el enjullo de un telar, y la punta de la lanza, de hierro, pesaba seiscientos siclos”.

La sola descripción de Goliat es ya obra de la imaginación. Seis codos y un palmo representaban más de tres metros; una coraza de cinco mil siclos equivale a más de setenta kilos; una punta de lanza de seiscientos, a ocho kilos y medio. Pero no es para refutarla para lo que hemos copiado la descripción de Goliat y de su armadura, sino porque sucede que en una batalla que dio David a los filisteos siendo ya rey, el belemita Elijanán dio muerte a un gigante filisteo que según II Sam. (21:19) se llamaba Goliat de Gath y en I Paralipómenos (20:6) se llamaba Lajni de Gath, hermano de Goliat, “que tenía una lanza cuya asta era como un enjullo de tejedor”; otro guerrero de las filas de David, su sobrino Abisai, hijo de Sarvia, también belemita, mató a un filisteo “que tenía una lanza que pesaba trescientos siclos de bronce”; y en una batalla que se libró en Gath, tal vez cuando esta ciudad filisteo fue tomada por David, otro sobrino de David, igual que los anteriores y su tío, nacido en Belén de Judá, mató a un gigante filisteo que insultó a Israel, tal como lo hacía aquel mítico Goliat de Gath cuya descripción hemos dado.

Goliat de Gath, el que emergió de entre los filisteos cuando estos se hallaban acampados junto al valle del Terebinto, retó a Israel proponiendo que saliera uno de sus hombres a darle combate, y que si él perecía sus compañeros quedarían sujetos a Israel. “Al oír las palabras del filisteo, Saúl y todo Israel se asombraron y se llenaron de miedo”.

Saúl no era hombre de “llenarse de miedo”, ni de tomar otras actitudes que se les achacan en ese episodio, como se verá más adelante. Saúl acometía con la fiereza de un león. Combatió toda su vida de rey, que fueron treinta años, y sólo en este combate de Goliat y David se le llama cobarde. Para

colmo de agravios, Saúl debió padecer el miedo a Goliat durante varios días, pues el relato afirma que los desafíos del gigante filisteo fueron diarios, sin que los hebreos se atrevieran a darle frente hasta que llegó el pequeño David, por entonces casi un niño.

Estaba la situación en esa forma, Goliat saliendo día a día de sus filas y desafiando a Israel, y los hombres de Israel, con Saúl a la cabeza, temblando de pavor, cuando llegó David al campamento. Sus hermanos Eliab, Abinadab, y Samma habían partido a la guerra, y el anciano Isai, que por esos días era “uno de los hombres más ancianos”, había encargado a David que llevara a sus hermanos trigo tostado y pan, así como un requesón para el jefe del millar en que se hallaban.

David acababa de llegar al campamento y hablaba con sus hermanos cuando Goliat “salió de las filas de los filisteos y se puso a decir lo de los otros días”, esto es, a repetir su invitación a duelo, singular. “En viendo a aquél todos los hombres de Israel se retiraron ante él temblando de miedo. Decíanse unos a otros: ¿Veis a ese hombre que avanza? Viene a desafiar a Israel. Al que le mate le colmará el rey de riquezas, le dará su hija por mujer y eximirá de tributos la casa de su padre”.

Como sorprendiera a David inquiriendo acerca del gigante y de cuánto daría el rey a quien le matara, Eliab, su hermano mayor, montó en cólera y le increpó diciéndole: “¿Para qué has bajado y a quién has dejado tu rebañito en el desierto? Ya conozco tu orgullo y la malicia de tu corazón. Para ver la batalla has bajado tú”.

Esto parece ser la miaja de verdad que hay en el episodio tan ataviado y engrandecido. La acción del Terebinto debe haberse librado cuando David tenía entre doce y catorce años, esto es, entre el 1028 y el 1026 a. de C., y David, que había dejado “su rebañito en el desierto” para cumplir la misión que le encomendó su padre, recorría las

filas de Israel, lo cual disgustó a su hermano mayor y le llevó a hablar como queda dicho.

Pero sigamos el relato bíblico. Se cuenta en él que David siguió dando vueltas por el campamento, comentando lo que pasaba, asombrándose del miedo de Israel. Llegaron sus comentarios a oídos de Saúl y lo mandó llamar. He aquí lo que oyó el rey de boca de David: “Que no desfallezca el corazón de mi señor por el filisteo ese. Tu siervo irá a luchar contra él”. Saúl reprobó esa decisión, explicando: “Tú no puedes ir a batirte contra ese filisteo; eres un niño y él es hombre de guerra desde su juventud”. A lo que respondió David: “Cuando tu siervo apacentaba las ovejas de su padre, y venía un león o un oso, y se llevaba una oveja del rebaño, yo le perseguía, le golpeaba y le arrancaba de la boca la oveja, y si se volvía contra mí, le agarraba por la quijada, le hería y le mataba. Tu siervo ha matado leones y osos; y ese filisteo incircunciso será como uno de ellos. ¿No seré capaz de ir, de batirle y de quitar el oprobio de Israel? Porque, ¿quién es ese incircunciso que ha insultado al ejército del Dios vivo?”.

El niño David cuenta, nada menos que al rey, que les arrancaba ovejas de la boca a osos y leones; que los agarraba por la quijada, los hería y les daba muerte. Parece exagerado. Podemos admitir hazañas como éstas en Hércules, de quien sabemos que era un ente mitológico, pero se nos hace difícil aceptarlas en David, ser de carne hueso y no precisamente un gigante forzado. ¿Sucedieron los hechos como se relatan en el texto sagrado y habló David en esa forma, o sólo ocurrió que David, enviado por su padre, fue al campamento para llevar comida a sus hermanos, y esa visita se mezcla después, en la mente de los compiladores bíblicos, con la acción del belemita Elijanán que dio muerte a un gigante filisteo llamado Goliat de Gath cuando ya David era rey? ¿Fue David quien habló así a Saúl o fue Elijanán, que no era niño sino

un soldado hecho, quien de esa manera habló al rey David? ¿Es posible que oyendo al gigante filisteo desafiar a Israel se llenara de miedo Saúl, hombre cuyo valor nunca flaqueaba? ¿Cuándo habló David por vez primera con Saúl, en el monte donde acampaban los hebreos, frente al valle del Terebinto, mientras Goliat provocaba a Israel, o en la casa del rey, en Gueba de Benjamín, adonde fue para tañer el arpa?

O el episodio del combate singular con el gigantesco Goliat es falso en líneas generales o es falso en la mayor parte de sus detalles. Todo lo más a que se puede llegar es a admitir que David, siendo niño, estuvo de visita en el campamento de Israel poco antes, o quizá durante el combate del Terebinto; que en otra ocasión, quizá años después, cuando ya David era capitán de armas de Saúl, el hijo de Isaí mató en combate singular a un filisteo llamado Goliat de Gath, o que le dio muerte uno de sus sobrinos o uno de los hombres de David siendo éste rey. Ahora bien, tal como se ha divulgado, el episodio no merece ser creído.

Pero resulta que por ese episodio se conoce a David más que por toda su obra. De ser falso, ha ganado en la historia una preeminencia sólo comparable a la que han conquistado creaciones del hombre como *Don Quijote* o *Hamlet*; y durante miles de años millones de lectores del texto sagrado lo han tenido por verdadero y lo han incorporado a sus ideas, al extremo de que pertenece al acervo cultural de Occidente.

Sigamos estudiando los detalles. Los textos refieren que Saúl hizo que vistieran a David con sus ropas y que él mismo le ciñó su espada antes de que el pastorcito de Belén de Judá entrara a combatir con el gigante filisteo. Sabemos que Saúl era de estatura extraordinaria, que su cabeza sobresalía por encima de todos los hombres de Israel, y que David no se distinguía por su tamaño ni aun de adulto, no digamos siendo niño. Podemos imaginarnos a David arrastrando por el valle del

Terebinto las vestiduras de Saúl, y la escena se torna ridícula. Se nos dice que Saúl hizo que le ciñeran a David su propia espada, pero al caer muerto Goliat, David no tiene espada con que cortarle la cabeza, y usa la del filisteo. Aun no habiendo esa contradicción, ¿quién puede imaginarse al suspicaz y altivo Saúl, por esos días ya víctima de su manía persecutoria, despojándose de su espada de rey para ponerla en la cintura de un niño? ¿Qué imaginación no hace falta para ver a Saúl dando ese espectáculo de cobardía en medio de su ejército?

Todo esto es inadmisibile. En cambio, ya fuera acción de David en otro lugar y en otro tiempo, ya de su coterráneo Elijanán o de sus sobrinos Abisai y Jonatán, es admirable la descripción del combate en sí, según la cual David “cogió su cayado, eligió en el torrente cinco chinarras bien lisos y los metió en su zurrón de pastor, y con la honda en la mano avanzó hacia el filisteo. El filisteo se le acercó poco a poco a David, precedido de su escudero. Miró, vio a David y le despreció por muy joven, de blondo y bello rostro. Díjole, pues: ‘¿Crees que yo soy un perro, para venir contra mí con un cayado?’ ‘No, contestó David, eres todavía peor que un perro’”. Siguió a este cambio de palabras otro más largo, al final del cual el gigante avanzó sobre David y éste se echó a correr “a lo largo del frente del ejército; metió la mano en el zurrón, sacó de él un chinarro y lo lanzó con la honda. El chinarro se clavó en la frente del filisteo, y éste cayó de bruces en tierra”. Después de su hazaña, David “corrió, parándose frente al filisteo, y no teniendo espada a la mano, cogió la de él, sacándola de la vaina; le mató y le cortó la cabeza”. A seguidas de esto los filisteos se dispersaron y “los hombres de Israel, levantándose y lanzando los gritos de guerra persiguieron a los filisteos hasta la entrada de Gath y hasta las puertas de Ascalón y cayeron filisteos en el camino de Seraim hasta Gath y Ascalón”.

Sin duda que el combate está simple y brillantemente descrito. Pero sucede que termina con Israel en las puertas de dos ciudades filisteas, cosa que nunca ocurrió en vida de Saúl. Aunque no hay descripciones metódicas de la guerra librada por David, siendo rey, contra los filisteos, se sabe que en su época Israel abatió a sus tradicionales enemigos y que Gath fue probablemente tomada. Durante el reinado de Saúl, Israel no pudo alcanzar tan resonantes victorias.

Pero para que se vea hasta dónde resultan confundidos tiempos y lugares en esta versión de la muerte de Goliat, veamos lo que dicen los textos sagrados. Según ellos, “a la vuelta de la persecución de los filisteos, los hombres de Israel saquearon su campamento. David cogió la cabeza y las armas del filisteo y llevó a Jerusalén la cabeza, y las armas las puso en su tienda”.

Saúl murió en el 1010 a. de C., tras treinta años de reinado; en esos días David tenía treinta años. Al morir Saúl, David fue ungido rey de Judá, con asiento en Hebrón. Poco más de seis años después, tal vez a los siete, hacia el 1004 ó el 1003 a. de C., David conquistó la ciudad de Jebú, habitada desde tiempos remotos por los jebuseos, que no había podido ser tomada por los benjaminitas, en cuyo territorio quedó cuando Canaán fue repartida entre las doce tribus. Esa ciudad de Jebú era Jerusalén. Mal puede haber llevado a ella David la cabeza de Goliat si éste fue muerto en el combate del Terebinto en tiempos de Saúl, cuando David era todavía un niño. Entre los doce o los catorces años que tenía el hijo de Isaí en los días de la acción del Terebinto, y los treinta y seis o treinta y siete que tenía cuando entró en Jerusalén por vez primera, hay veinticuatro o veinticinco años colmados de una incansable actividad, de guerras, intrigas, fugas y victorias, alianzas y crímenes, de un torbellino de armas y acción política en que intervienen Israel y todos, o casi todos los pueblos

vecinos. El redactor o los redactores del texto en que se da cuenta del episodio del Terebinto, exprime todos esos años, los hace una masa, y extrae de ella una esencia en que hechos diversos y tiempos distintos aparecen confundidos.

Por último, el relato dice que cuando David combatía con Goliat el rey Saúl preguntó a Abner, jefe de sus tropas, de quién era hijo ese joven, cosa a la que no pudo responderle Abner, y que una vez habiendo vuelto David victorioso, Abner lo llevó ante el rey y éste le preguntó: “¿De quién eres hijo, mozo?” A lo cual contestó David: “Soy hijo de tu siervo Isaí, de Belén”.

Esto suena a falso, ¿pues cómo se explica que eso lo preguntara Saúl después del combate, y no antes, cuando dio sus ropas para que vistieran a David o cuando le hizo ceñir su espada? ¿Y cómo se explica que estando allí tres hermanos de David no proclamaran a gritos, al ver que el filisteo caía, que el matador era su hermano? Necesariamente, una hazaña como ésa tenía que llenar de orgullo a los hijos de Isaí, y no iban a callarse su parentesco con el afortunado vencedor.

Cuando lleguen los días en que David tendrá que huir de Saúl veremos que en el santuario de Nob el futuro rey solicita armas y le dicen que sólo hay una espada, la de “Goliat, el filisteo, que tú mataste en el valle del Terebinto. Allí la tienes, envuelta en un paño, detrás del efod; si ésa quieres, cógela, pues otra no hay”, según le dice Ajimelec, sacerdote, al joven capitán de Saúl (I Sam. 21:10). Hay, pues, mucho tiempo después de esa confusa descripción que hemos venido analizando, una referencia a Goliat y a su espada que merece atención, pues no tiene visos de ser inventada. Es cierto que poco después de haber estado en el santuario y de haberse llevado esa espada diciendo que no había ninguna mejor, David aparece en la ciudad filistea de Gath sin armas, haciéndose pasar por loco. Pero de todas maneras queda la mención de la espada

de Goliat en un momento que no parece descrito por el mismo redactor o compilador que describió la acción del Terebinto.

¿Qué sucedió, pues? ¿Cómo orientarse en tanta confusión? O el combate del Terebinto no ocurrió cuando se dice, siendo David un niño, o hubo un segundo combate en el mismo lugar siendo ya David hombre de armas al servicio de Saúl. Esto último es posible, y es posible que en ese segundo encuentro del valle del Terebinto David diera muerte a un capitán filisteo llamado Goliat. Recordemos que a Goliat le precedía un escudero, lo que era señal de distinción. Quizá muchos años después, siendo David rey, uno de sus hombres, tal vez uno de sus sobrinos, diera muerte a un gigante filisteo que acertó a llamarse también Goliat. Sólo así se explica que en la mente del cronista se unieran la visita del niño David a sus hermanos en el campamento de Israel junto al valle del Terebinto; la muerte, por parte de David, años más tarde, de un capitán filisteo llamado Goliat que seguramente no era gigante ni tenía por qué serlo, y la muerte de un gigante filisteo llamado Goliat a manos de un belemita de las filas de David o de uno de los sobrinos de David en alguno de los combates librados mientras éste era rey.

David en la casa de Saúl

Todo indica que los inicios de la vida pública de David fueron otros, los de tañedor de arpa para el rey. No es posible colegir cuándo se produjo la llegada de David a la casa de Saúl. Pero debió ser cuando el hijo de Isaí era hombre de unos veinte años y ya Saúl llevaba casi tantos a la cabeza de Israel. Es evidente que a esa época Saúl padecía de desarreglos síquicos, y aunque es fácil ver la semilla de esos desarreglos en sus primeros actos como rey, sus manifestaciones alarmantes, las que llevaron a sus amigos a aconsejarle que buscara un tañedor de arpa para que le calmara, debieron producirse al

cabo de algunos años de ejercicio del poder real. Consta que Saúl guerreó sin descanso, que “hizo la guerra a todos los enemigos de en torno: a Moab, a los hijos de Ammón, a Edon Bet Rejob, al rey de Soba y a los filisteos” (I Sam. 14:47). “La guerra contra los filisteos fue encarnizada durante toda la vida de Saúl; y en cuanto veía Saúl un hombre robusto y valiente le ponía a su servicio” (I Sam. 14:52). La guerra incesante provocó el desorden violento de su espíritu, que siempre fue, por lo demás, desordenado.

Debió haber algunas actividades guerreras de David antes de llegar a la casa de Saúl, pues le fue recomendado como “hombre de guerra”. Necesariamente tuvo que ser así, pues no se explicaría que habiendo estado Israel en lucha constante contra tantos pueblos enemigos, David se mantuviera hasta los veinte años sin participar en alguno de los muchos combates o de las muchas escaramuzas y batallas que debieron tener lugar en esos tiempos. Ahora bien, como consta en el relato de la guerra santa contra Amalec, hubo momentos en que Saúl movilizó a muchos millares de hombres; no es posible que entre esos millares distinguiera a David, si es que participó en alguna acción de guerra comandada por Saúl, sobre todo si David no sobresalió en los combates, lo cual pudo suceder.

Es también posible que David combatiera al mando de algún capitán de Saúl, en acciones aisladas, o solamente en un grupo que iba a los combates por su cuenta, lo cual no era raro; incluso que no saliera de las orillas del desierto que tan bien debía conocer, y que allí, con unos cuantos más, se enfrentara a incursiones de edomitas o de moabitas. Alguna participación debió tener en las guerras de la época. Pero ya se ha dicho que los hombres de Israel combatían y retornaban a sus hogares una vez pasada la alarma. Tenían que atender a sus bienes, tenían que segar sus siembras y cuidar de sus rebaños. Eran guerreros de ocasión, no soldados profesionales. Como profesionales de la

guerra, y eso en cierto sentido nada más, sólo podían ser considerados los capitanes de armas de la casa de Saúl, los que le acompañaban siempre, formando parte de su corte.

Entre esos hombres estaba llamado a figurar David ben Isaí, el bisnieto de Ruth la moabita. Las excelentes cualidades que había traído al mundo se le desarrollaron en la soledad, mientras cuidaba de su pequeño rebaño en las lindes del desierto. No eran sólo las del hombre de acción, que rápidamente advierte, casi adivina, qué debe hacer en momentos de peligro, y cómo debe hacerlo, y que además recibe de sí mismo la orden fulminante de hacerlo, y lo hace. Esas condiciones fueron ejercitadas casi desde la niñez en el desierto, pues perder una oveja era suceso grave y debía estar listo para ir a buscarla, sin que las restantes se le desbandaran, tan pronto la veía tomar un camino desusado, o debía saber dónde convenía refugiarse con el rebaño y en cuánto tiempo hacerlo, si se oía el rugido del león, e incluso cómo ahuyentar la fiera a pedradas cuando se acercaba a la majada.

No eran sólo las cualidades del hombre de acción las que ejercitaba David en el desierto, sino también las del sueño, el don del poeta, con el cual podía vencer la soledad, más dura y a la vez más hermosa cuando crece bajo el sol, entre arenas pardas y tierras rojizas. En los días en que el león no amenazaba y las ovejas, habiendo dado con una sombra de yerbajos, se mantenían unidas, ver a los blancos corderillos saltar graciosamente en torno a las madres y oír a éstas llamarlos con tiernos balidos, debía mover lo que había en él de poeta. En tales momentos, el pequeño pastor se pondría a tañer un arpa rústica y a componer cánticos de palabras rudas, pero hermosas.

A un mismo tiempo crecían en David el hombre de acción y el poeta. La suma de esas dos personalidades daría en él un caudillo excepcional, un rey que abatía a sus enemigos en las

batallas, lloraba la muerte de sus hijos con acentos desgarradores y cantaba a sus amigos muertos; un rey que expandía su reino con brazo fuerte e imaginación rica.

Pero lo que le abriría la puerta de la historia sería su don de poeta. Para tocar el arpa y recitar mientras tañía, entró David en la casa de Saúl.

VI

EN EL QUE SE RELATA CÓMO Y POR QUÉ SAÚL ODIÓ A DAVID HASTA EL PUNTO DE PROPONERSE DARLE MUERTE

Ya tenemos a David instalado, como tañedor de arpa, en la corte de Saúl ben Quis. ¿Cuándo ocurrió el cambio? ¿En qué momento de su vida pasa el hijo de Isaí de pastor de ovejas a músico y poeta del rey?

Lo ignoramos, pero podemos suponer que no muy tarde en la existencia de David. Cuesta trabajo imaginar a David entrando en la casa de Saúl de veinticinco años. Un tañedor de arpa con tal edad debía resultar ridículo, sobre todo si se tiene en cuenta que Saúl era rey guerrero y sus amigos y capitanes no debían ser muy adictos a tratar asuntos que no fueran de armas ni debían tener modales adecuados para tolerar, sin provocaciones y opiniones adversas, la presencia de un músico barbado en la casa de su caudillo.

Lo lógico es que David fuera todavía joven, en el sentido que le damos nosotros actualmente a la palabra —esto es, en las fronteras de la adolescencia—, cuando llegó a la rústica e incipiente corte de Saúl. ¿Qué edad tenía? ¿Dieciocho años? Puede ser. A los dieciocho, David podía ser ya un “hombre de guerra”, como le dijeron a Saúl cuando le recomendaron que mandara por él a Belén de Judá. A esa edad pudo haber tomado parte en acciones aisladas y hasta en algunas de las expediciones de Saúl.

Pero supongamos que tuviera veinte años. De ser así, si David fue ungido rey de Judá cuando tenía treinta años, debemos pensar que sirvió a Saúl durante cinco o seis años, puesto que entre el momento en que huye de Saúl y el momento en que pasa a ser rey de Judá hay de tres a cuatro años; probablemente no más de cuatro y casi seguramente no menos de tres. Al servicio de Aquis, el señor filisteo de Gath, pasó David un año y cuatro meses; debe haber pasado cuatro meses más en Rama y en Gath, a raíz de su ruptura con Saúl; un año, por lo menos, entre el Moab y el desierto de Judá, y sin duda no menos de otros cuatro meses huyendo de aquí para allá, refugiado en cuevas y trasladándose a sitios lejanos; todo lo cual suma treinta y seis meses.

Saúl aborrece a David y procura matarle

Estos cálculos de tiempo no pueden ser exactos, pero no deben tomarse como descabellados o caprichosos. Tampoco se hacen por gusto. Es que hay grandes lagunas en la vida de David, y una de las más desconcertantes es la que cubre los años en que el pastor-arpista pasa de su condición de músico a la de capitán de armas del rey. En los textos sagrados lo hallamos de buenas a primeras convertido en uno de los más apreciados guerreros de Saúl y en el objeto de sus celos, sin que sepamos cómo se operó la transformación entre el hábil tañedor y el arrojado capitán.

¿Bastan cinco años para ese cambio? Creemos que sí, sobre todo si no se olvidan los aspectos importantes del problema: uno es el ambiente y el otro la edad de David. El ambiente que le rodea es de armas, de combates, de comentarios e historias referentes a la guerra contra los filisteos, y probablemente a luchas con otros enemigos; y en ese ambiente David va entrando en años, va pasando de las fronteras de la adolescencia a la juventud avanzada. No es osadía pensar que

David debió, en los primeros tiempos, acudir a los campamentos con el arpa, para entretener en los ocios de la guerra a Saúl y a sus amigos, para tocarles y cantarles cuando el filisteo no atacaba. No es tampoco osadía pensar que alguna que otra vez David debió dejar el arpa a un lado y tomar una lanza o una espada para entrar en las refriegas, y que pasados esos momentos tornara a su arpa.

Para que el cambio fuera operándose en forma creciente y natural, se contaba con un factor favorecedor que conviene tener presente; es la naturaleza equilibrada de David, sus facultades paralelas de hombre de acción y de ensueño, ambas sin duda traídas por él a la vida, pero ambas desarrolladas en sus años de pastor. Nació con el ojo y el músculo del guerrero, y aprendió a atacar y a defenderse cuidando de sus ovejas; nació poeta, y aprendió a cantar con la bravía y melancólica belleza del desierto.

A pesar de la confusión de los textos sagrados, que dan dos versiones diferentes de los inicios de la vida de David como hombre público, estamos en el caso de declarar que el episodio del combate con Goliat de Gath es legendario, y que David comienza a ser personaje de la historia cuando entra en la casa de Saúl para calmar los nervios del rey tañendo el arpa. Ahora bien, inesperadamente hallamos que “David salía a combatir donde le mandaba Saúl, y siempre procedía con acierto. Saúl le puso al mando de hombres de guerra, y toda la gente estaba contenta con él, aun los servidores de Saúl” (I Sam. 18:5). Esto es, David cambió el arpa por la espada, y el que entró en la casa de Saúl para hacer música acabó siendo un capitán distinguido de sus tropas, tal vez el más distinguido de todos sus capitanes.

¿Pero cómo se dio tan notable cambio?, se pregunta uno. ¿Es que en algún momento dejó David el arpa, mientras se hallaba en el campamento de Israel, y avanzó él solo para

dar muerte a un capitán filisteo, tal vez a uno llamado Goliat, de los hombres de Gath, y comenzó en tal momento a cobrar fama de valiente? ¿Es que tomó a su cargo alguna acción sonada y apareció a los ojos de Saúl, no ya sólo como tañedor de arpa, sino también como un soldado arrojado? ¿Es que fue poco a poco dando muestras de su habilidad para el arte de la guerra, hasta convertirse en un distinguido capitán de armas?

De lo que no puede haber duda es de que David pasó a ser caudillo militar sin que dejara por eso de ser poeta y músico. El rey le utilizaba en los dos aspectos. Aunque referido dos veces, como si se hubiera dado en dos ocasiones diferentes, el episodio del rompimiento de Saúl y David se produce mientras éste toca el arpa para el rey. Pero se produce debido a que el nombre de David, como aguerrido capitán, pone ya sombras en el prestigio de Saúl, y eso enfurece al monarca.

Una vez desarrolladas sus dotes de guerrero, David debió tener numerosas victorias en los campos de batalla, y a la vez un don excepcional para despertar el afecto de quienes le trataban, pues está dicho que “toda la gente estaba contenta con él, aun los servidores de Saúl”. Esto último es muy significativo, ya que Saúl, atacado de manía persecutoria, no podía ver con frialdad que sus servidores admiraran a David. Esos servidores estaban contentos de ir a los combates bajo el mando del hijo de Isaí.

Amor de Jonatán a David

Pero no eran sólo ellos quienes estaban satisfechos. Jonatán, el hijo del rey, amó a David “como a sí mismo”. En I Samuel (18:3,4) se refiere que “Jonatán hizo pacto con David, pues le amaba como a su alma, y quitándose el manto que llevaba, se lo puso a David, así como sus arreos militares, su espada, su arco y su cinturón”.

¿Cuándo se dio esa demostración de afecto y admiración por parte del heredero de Saúl? ¿Fue a raíz de algún episodio militar en que David se distinguió? No lo sabemos. Sabemos, sí, que la amistad de Jonatán por David fue firme y se enfrentó con obstáculos serios. Jonatán era hombre de muchas virtudes, y a través de sus actos se le ve lleno de bondad, simpatía y candor, tanto como de coraje a la hora de combatir.

Jamás le faltó a David el afecto de Jonatán. Si David se lo ganó porque ya cultivaba ambiciones políticas y deseaba tener un aliado en el seno de la casa de Saúl o porque esperaba que al heredar el reinado Jonatán le favorecería; o si ese afecto se debió a que ambos eran osados y ambos amaban la guerra, no lo sabemos. Pero conocemos las cualidades excepcionales de Jonatán, y el hecho de que quisiera a David de manera tan sana y firme habla bien de David, pues sólo los hombres de condiciones salientes despiertan y mantienen sentimientos tan duraderos en almas de excepción como era la de Jonatán. Es del caso hacer notar que Jonatán, de más edad que su amigo, jamás dependió de David, y que, en cambio, hubo momentos en que el belemita dependió del hijo de Saúl. De parte de Jonatán tuvo que haber una admiración sincera y prolongada para el bisnieto de Ruth la moabita, puesto que no dejó de quererle ni cuando más encarnizada y peligrosa era la persecución de Saúl contra David.

Parece que de parte de David hubo también amor por Jonatán, puesto que a su muerte compuso cánticos y después favoreció a un hijo suyo. Pero no podemos asegurarlo. En los hechos de David tiene gran papel la conveniencia política, y políticamente convenía al perseguido de Saúl mostrar cariño por el recuerdo de Jonatán, el desdichado heredero del reinado, que murió en Gélboe junto a su padre, el malogrado héroe de Gueba de Benjamín a quien el rey quiso dar muerte un día contra la voluntad del pueblo.

Jonatán fue muy querido de todo Israel, y rendía provecho honrar su memoria y favorecer a su hijo.

La figura de David comenzó a crecer, no sabemos si por haberse revelado de golpe, mediante algún sobresaliente hecho de armas, o porque poco a poco fue adquiriendo destreza guerrera hasta alcanzar la popularidad y el cariño de Israel. Las repetidas, pero cortas y confusas referencias a su progresiva popularidad, dan idea de que su estrella ascendía sin cesar. Es probable que nunca lleguemos a saber cuánto tardó en sobresalir; de ahí que sólo podamos suponer que un tiempo después de haber entrado al servicio de Saúl —al año, a los dos años, a los tres—, David ben Isaí se distinguía entre los seguidores del rey como un astro con luz propia.

Ahora bien, esa distinción tenía un precio: había que sufrir la suspicacia de Saúl. El hijo de Quis, primer rey en un país sin tradición monárquica, temía perder su corona a manos de otro caudillo. El hijo de Quis padecía manía persecutoria. David, pues, debía despertar necesariamente los celos de Saúl.

Es posible que la ambición política de David haya tomado cuerpo muy temprano, y no sería dudoso que, siendo todavía joven y por tanto sin experiencia, la dejara manifestarse alguna que otra vez. Sin ambición política nunca habría él podido resistir una situación tan difícil y tan falsa como la que se le presenta a un joven capitán afortunado cuando advierte que a su jefe no le agradan sus victorias. Lo que más estimula al subordinado que hace la guerra es la aprobación de su superior, y ésa es la razón de que se hayan establecido las citaciones y se concedan medallas. Si lo que busca el soldado es vencer al enemigo en el campo de batalla, y lo vence una y otra vez sin que su superior le muestre aprecio, su moral debe resentirse. Para que resista debe haber otro estímulo. Saúl sospechaba de David; las victorias del belemita causaban dolor al rey. Si a pesar de eso David siguió ganando batallas, ¿no sería porque

desde temprano se dio cuenta de que él tenía condiciones para ser rey a su tiempo? Uno de sus hermanos conocía “el orgullo y la malicia de su corazón”. ¿Qué quería decir eso? ¿Mostró David desde sus primeros años ambiciones de mando y capacidad para conquistarlo? No hay duda de que Saúl era un enfermo del alma, mas he aquí que el objeto de sospechas fue David, y no otro de sus capitanes. Abner, el jefe de sus fuerzas, si bien era su familiar, no despertó sus celos. ¿Dio David pie para las suspicacias de Saúl?

La lucha del rey contra su capitán se manifestó de manera dual; su odio hacia David fue creciendo en forma incontenible hasta llevarle a la decisión de darle muerte. Pero al principio trató de deshacerse de él por medios indirectos. Dado que David volvía de los combates siempre victorioso y cada vez más querido de sus hombres, Saúl resolvió hacerle jefe de millar. Era una manera aparente de reconocer sus servicios y de estimular su arrojo y capacidad, pero sólo aparente, puesto que al elevarle de posición le comprometía a guerrear más y a exponerse, por tanto, más.

Hecho jefe de millar, las obligaciones militares de David le ocupaban más tiempo y le mantenían fuera del círculo real. Al parecer, Saúl temía que David le socavara el trono entre sus hombres de confianza, y quería tenerle distante de sí. “Alejóle de sí, haciéndole jefe de millar, y David entraba y salía a la vista de todo el pueblo; en todas sus empresas se mostró acertado, porque Yavé estaba con él. Vio, pues, Saúl que era muy precavido, y le temía. Todo Israel y todo Judá amaba a David” (I Sam. 18:12 al 16).

La suspicacia de Saúl, aun no estando enfermo del ánimo, no podía amenguarse. Pues hizo al sospechoso jefe de millar para alejarle y comprometerle, y sucedía que el nuevo cargo aumentaba su prestigio sin ponerle en peligro. La estrella de David seguía ascendiendo y creciendo en esplendor. La

manera menos comprometida de quitarse de delante la odiada imagen era lanzándole a morir en un combate. Eso explica por qué Saúl se decía: “No quiero poner ni mis manos sobre él: que le maten las de los filisteos” (I Sam. 18:17). Ahora bien, David no moría a manos de los filisteos. Ni siquiera volvía herido o derrotado.

La manía persecutoria de Saúl fue tomando cuerpo. Aquel hombre violento, que había pasado inesperadamente de labriego a rey, sabía que él no había recibido la dignidad real en herencia, y por tanto debía temer que se la arrebataran tan súbitamente como la había recibido. Si para entonces se había dado su ruptura con Samuel, ¿no viviría con miedo de que el anciano hallara un pretexto para despojarle de la corona, predicando contra él en todo Israel? Ya el pueblo se había acostumbrado a la monarquía y aún vivía el profeta de Yavé que ungió al primer rey. Para Saúl debía ser motivo de gran alarma que en Israel apareciera alguien con categoría suficiente para sustituirle.

Poco a poco, David fue convirtiéndose en la encarnación de los temores de Saúl. Es de imaginarse que día tras día el celoso rey debía oír elogios de David; que a menudo sorprendería conversaciones de sus guerreros encomiando el valor y la prudencia de su capitán. Su propio hijo Jonatán le mostraba singular aprecio. David era atractivo, de rostro bien formado, de ojos hermosos, de bella presencia. No tenía la estatura majestuosa de Saúl, pero algo habría en él capaz de impresionar tanto como el tamaño del rey. Sabía combatir y hacerse querer de sus hombres. Manejaba la espada y además tañía el arpa; improvisaba cánticos y era joven, mucho más joven que Saúl. Al principio, éste debió sentir sólo celos, pero al cabo del tiempo, a medida que iba creciendo la popularidad de David, ¿cómo no padecería el corazón del rey observando que los elogios de los guerreros, primero, y los de las multitudes

después, se desviaban de él hacia David? Pues sucedió que cierta vez, probablemente volviendo de la guerra juntos Saúl y su capitán, las mujeres no aclamaron a Saúl sino a David; es más, ridiculizaron a Saúl para destacar a David.

Este episodio está relatado en I Samuel (18:6 al 9) situándolo a seguidas del combate librado por David contra Goliat. Pero debe haberse producido en época tan tardía como después del matrimonio de David con Micol, la hija de Saúl.

Pues David llegó a ser yerno de Saúl. Quizá en su empeño de no mostrarse a los ojos del pueblo como celoso de David, o temeroso de declararlo su enemigo, Saúl se vio en el caso de ir confiriendo poder a David; y así como lo hizo jefe de millar, sin duda que con el plan de causarle perjuicios por manos de los filisteos, así decidió dar un paso más allá y le ofreció a su hija mayor como esposa.

No es posible imaginar, siquiera, si al proponerle que se casara con una de sus hijas, el rey quiso probar a David o comprometerle ante el círculo real presentándole como un ambicioso. Si perseguía los dos fines o uno sólo, falló, pues David eludió la trampa. Saúl le dijo que si quería ser el marido de su hija mayor, él se la daría a condición de que David aumentara su actividad guerrera; David respondió, con humildad que debió resultar desesperante para el rey, que él, David ben Isaí, antiguo pastor de ovejas, no tenía méritos para ser yerno del rey. Al parecer, el trato no prosiguió. Es el caso que la hija mayor de Saúl pasó a ser la mujer de otro hombre.

“Saúl mató sus mil; pero David sus diez mil”

Pero el propio rey había llevado a David a un punto más alto de aquel en que se hallaba, pues que le había tomado en cuenta para ser su yerno. Tratárase de una propuesta falsa o no, la hizo. Cuando le nombró jefe de millar, su propósito fue que David se viera obligado a guerrear más, y por lo mismo a

exponer más su vida o su victoriosa carrera; sin embargo, corrió el riesgo de dar mayor poder a su joven capitán, y éste lo usó con evidente beneficio para sí. Algo parecido sucedió al hacerle la proposición de convertirle en su yerno; David no aceptó las consecuencias, pero obtuvo las ventajas, por lo menos la ventaja de aparecer ante los demás como un candidato natural a ser yerno del rey. Eso explica que David se sintiera autorizado a enamorar a Micol, la segunda hija de Saúl. ¿Cómo podía Saúl oponerse, si él mismo, ocultando su deseo de hundirle, había manifestado su aprobación a un posible matrimonio de David con su hija mayor?

Es curioso observar, en esa lucha sorda cuya duración ignoramos pero cuya dramática tensión adivinamos, cómo las trampas que Saúl le tiende a David acaban apresando al mismo que las arma. En su ciego empeño de acabar con David, Saúl va acabando consigo mismo. Cuando llegó al punto en que debió recoger la amarga cosecha de un último ardid, esto es, cuando David fue a decirle que deseaba casarse con Micol, Saúl se halló en una situación difícil. Sólo una salida halló, la de aprobar el matrimonio siempre que David le llevara cien prepucios de filisteos. “En esa tarea hallará la muerte”, se dijo sin duda el rey. Pero no sucedió como lo deseaba, David salió a la guerra, volvió con los cien prepucios y Saúl tuvo que entregarle a Micol.

Ahí debió terminar la enemiga del rey con su capitán. Pero he aquí que un hombre abandonado a sus pasiones es más esclavo de ellas cuanto mayor es el poder que ejerce sobre otros hombres, pues no está hecho a contenerse en mandar y no puede contenerse en sentir. Saúl era esclavo de sus celos; se había desatado en él un monstruo y no podía dominarlo.

Es ahora cuando parece oportuno relatar el episodio de las mujeres que “salían de todas las ciudades de Israel, cantando y danzando delante del rey Saúl con tímpanos y triángulos

alegremente, y alternando, cantaban las mujeres en coro: “Saúl mató sus mil; pero David sus diez mil” (I Sam. 18:6 y 7). Esto debió suceder en la fecha a que se refiere (I Sam. 19:8 al 10) que “comenzó de nuevo la guerra, y David marchó contra los filisteos y les dio la batalla, infligiéndoles una gran derrota y poniéndolos en fuga. Un espíritu malo de Yavé se apoderó de Saúl, y estando éste sentado en su casa con la lanza en la mano, mientras tocaba David el arpa, quiso Saúl clavar a David en la pared, pero esquivó éste el golpe, y la lanza quedó clavada en la pared”.

La escena del lanzazo aparece contada antes, a raíz del cantar con que las mujeres reciben a Saúl, y se repite ahora. El curso de los acontecimientos indica que una y otra se dan después del matrimonio de David con Micol, y que sólo una vez debió Saúl intentar contra la vida de David. Tras el matrimonio, debió haber una acción de armas, la bulliciosa recepción de las mujeres celebrando la victoria que en ella obtuvo David, y la reacción asesina de Saúl.

La popularidad de David acabó desatando el torrente impetuoso de la pasión de Saúl, contenido durante mucho tiempo. Para su atormentada alma de rey agobiado por el delirio de la persecución, era insufrible que las mujeres aclamaran a David colocándole por encima de su monarca. Había resistido que lo elogiaran sus guerreros y su hijo; había resistido que Yavé le favoreciera sacándolo indemne de los combates; que su hija Micol pusiera en él sus ojos; que hubiera pasado, grado a grado, de tañedor de arpa a yerno suyo. Pero cuando las mujeres del pueblo salieron a recibirle con cánticos en los cuales decían que él, Saúl, había muerto diez veces menos enemigos que el advenedizo hijo de Isaf, estalló su alma y se arrojó a asesinarle.

La lanza de Saúl quedó clavada en la pared, como un símbolo elocuente de lo peligrosa que es la cólera cuando anida en el corazón de un rey.

VII

EN EL QUE SE EXPLICA CÓMO JONATÁN, EL HIJO DEL REY, SALVÓ A DAVID

La vida pública de David tiene tres etapas claramente definidas, cada una de ellas con episodios también claramente definidos. La primera de las etapas va a terminar ya en forma nada halagadora. Pues David, que entró en la casa de Saúl para calmar sus desarreglos síquicos, acaba siendo la causa de esos desarreglos y tiene que huir, como el más vulgar de los delinquentes, para no morir a manos del rey.

Vale la pena detenerse aquí un poco para observar que en esa primera etapa de su actuación histórica, la estrella de David ha ascendido de manera firme; ha ido de arpista de Saúl a marido de su hija, de distraedor del ánimo real a renombrado capitán de guerra. Sin embargo, he aquí que un día tiene que emprender la fuga sin que pueda predecirse cómo habrá de terminar. En el momento en que Saúl tira la lanza para matar a su yerno, comienza una caída vertiginosa de esa juvenil y deslumbrante estrella de Israel. Quienquiera que se hubiera atenido a los hechos que veía podía pensar que David entraba en el ocaso. Pero habría sido error. Casi nunca puede juzgarse la vida de un hombre por trozos, y mucho menos cuando se trata de hombres públicos. Los conceptos de buen éxito y de fracaso son relativos, y aun hallándose en la cumbre del poder, un político puede ser un fracaso, así como hallándose perseguido puede estar labrando su buen éxito.

Saúl había condenado a muerte a su yerno. En ese momento hace acto de presencia en la vida de David un sentimiento que él ha sabido despertar: la amistad. La amistad de Jonatán va a salvarle. Todo hombre capaz de despertar sentimientos amistosos firmes lleva por dentro una fuerza creadora, y ese tipo de hombre, si no muere, no está fracasado aunque se vea huyendo de enemigos poderosos. David era uno de ellos.

Micol salva a David

La noche en que Saúl trata de darle muerte disparándole su lanza, que se clava en la pared, David huyó a refugiarse en su casa, junto a Micol. Es probable que pensara esperar allí el retorno de la calma. Siendo como era Saúl su suegro, y siendo como era David uno de sus mejores capitanes, si no el mejor, debió pensar que una vez pasado el acceso de cólera de Saúl, la situación volvería a ser la de antes. No es aventurado suponer que ya Saúl había tenido otros estallidos de cólera, semejantes o menos intensos, y que David y tal vez otros miembros de la casa real los habían sufrido sin mayores consecuencias. Las referencias a reconciliaciones del rey con David que se hallan en los textos deben relacionarse con esas rupturas anteriores.

Pero esa vez la amenaza iba a persistir. En medio de la noche, hombres de Saúl llegaron a la casa de David para prenderle. Micol le ayudó a huir a través de una ventana, y a fin de que su marido pudiera ganar tiempo dijo a los enviados de su padre que David estaba enfermo. Esa noche, ignoramos si por consejos de David, Micol usó una treta que millares de mujeres han usado en situaciones parecidas: puso en la cama, en el sitio de David, objetos que le sustituyeran; fueron los ídolos familiares sobre los cuales tendió las pieles que hacían de cobertores.

Este detalle indica que la familia real usaba ídolos, y no de los pequeños, que se escondían a la vista de los yaveístas

sinceros, sino tan grandes que podían sustituir, bajo las pieles, el cuerpo de David. La posesión de ídolos estaba expresamente prohibida desde los días de Moisés, y el hecho de que se hallaran en el hogar de una hija del rey explica en parte la actitud de Samuel con Saúl. Pues un sacerdote como Samuel, tan celoso de las leyes mosaicas que movió al rey a hacer la guerra santa contra Amalec para que se cumpliera el vaticinio de Yavé hecho por boca de Moisés en los días del Éxodo, no podía aceptar con calma una violación tan evidente de los principios del yaveísmo. La posesión de ídolos era un pecado abominable a los ojos de un representante personal de Yavé, como lo era el anciano Samuel.

La cólera del rey era tanta que al recibir la noticia de que David estaba enfermo ordenó que se lo llevaran preso, con lecho y todo si era necesario. Sus enviados penetraron, pues, a la cámara matrimonial, y allí descubrieron la treta de Micol. Informado Saúl, hizo llamar a su hija y la increpó duramente. “¿Por qué me has engañado y has dejado escapar a mi enemigo, para que se ponga a salvo?”, preguntó. A lo cual Micol contestó con un nuevo engaño: dijo que David la había amenazado de muerte si no procedía como lo hizo (I Sam. 19:17).

David era demasiado astuto para no darse cuenta de que corría verdadero peligro. Si nuestra suposición de que huyó de Saúl por lo menos durante tres años, tal vez durante cuatro, es correcta, sabiendo, como lo dicen los textos, que tenía treinta años cuando fue exaltado a rey de Judá, debemos concluir que al producirse su ruptura con Saúl andaba por los veintiséis años. A tan temprana edad era ya un hombre hecho, y dada su innegable inteligencia —de la cual dio repetidas pruebas a lo largo de su vida— debía tener bastante experiencia. Había sido el octavo hijo varón; en las familias largas son frecuentes los maltratos de los menores por parte de los mayores; había conocido la soledad del desierto y la responsabilidad

de guardar desde los años tiernos bienes familiares; había vivido junto al rey, y conocía, por tanto, las intrigas que se mueven alrededor de los que mandan; había hecho la guerra durante años, lo que le acostumbró a ver el corazón humano en su más cruda desnudez. Él mismo debió ser objeto de envidias entre sus compañeros. Si cuando Saúl quiso matarle, David pudo pensar que el rey era víctima de un acceso de furor pasajero, al ver que iban a su casa a prenderle en horas tan desusadas debió darse cuenta de que su vida corría peligro. Entonces huyó y se fue a Rama, donde se hallaba Samuel.

En los textos sagrados se presenta en este punto otra de las numerosas contradicciones que hallamos leyéndolos: se da la fuga nocturna de David como posterior a conversaciones mantenidas por él con Jonatán, conversaciones de las que salió una corta reconciliación entre Saúl y David. Sin duda debió haber alguna reconciliación, y tal vez más de una, entre el rey y su capitán, porque dado el estado de ánimo del rey no hay razón para no admitir que sus choques con David debieron ser numerosos. Pero el curso de los acontecimientos, cuando llegamos al punto en que David huye de una casa amparado en la noche, parece indicar que esta vez la fuga de David fue definitiva, y que si volvió a la casa de Saúl o a sus cercanías ni siquiera se dejó ver del rey. Pues se sabe que David huyó de su casa a Rama y se refiere que Saúl envió hombres, en diversas oportunidades, para que le prendieran, y que esos hombres no lo hicieron porque cuando llegaban a Rama caían en trances proféticos, esto es, en accesos de histeria religiosa. Al fin el propio Saúl se encaminó a Rama, y también él padeció uno de esos accesos, al extremo de que “quitándose sus vestiduras, profetizó él también ante Samuel, y se estuvo desnudo por tierra todo aquel día y toda la noche” (I Sam. 19:24). Por cierto, ésa es la última vez que Saúl ve a Samuel, y no sabemos qué le dijo al sacerdote, ante quien sin duda se hallaba en

posición difícil. Tampoco consta que el venerable anciano aprovechara el momento para aconsejarle o para echarle en cara su conducta.

Es mientras David se halla en Rama cuando se explicaría la unción del hijo de Isaí como elegido de Yavé para reinar algún día en Israel. Pues no hay duda de que Samuel considera desde hace años a Saúl como un mal rey, un monarca que no obedece la palabra de Yavé, única fuente legítima de la voluntad nacional. Por otra parte, a esa época ya se conocían las condiciones de caudillo que tenía David, y el anciano Samuel, con larga experiencia de gobierno y ojos sagaces de sacerdote, podía ver con cierta claridad el destino que aguardaba al bisnieto de Ruth la moabita. Todo indica que si Samuel ungió a David, debió ser entonces, y en secreto, a fin de que no se enterara Saúl. Al andar del tiempo la escena pudo haber sido trasladada a la primera juventud de David y a la casa de su padre en Belén de Judá.

¿Qué sucedió en Rama? ¿Fue Saúl a la ciudad de Samuel sólo para profetizar o para pedirle al anciano sacerdote que le entregara a David? ¿Qué papel jugó Samuel entre Saúl y David? Hay dos versiones sobre acuerdos entre Jonatán y David que autorizan a pensar que en Rama hubo, por lo menos, negociaciones para la reconciliación. Una de ellas (I Sam. 20:1) refiere que “David huyó de Nayot de Rama, fue a ver a Jonatán y le dijo: ‘¿Qué he hecho? ¿Qué crimen he cometido contra tu padre, para que de muerte me persiga?’”. La otra asegura que gracias a la intervención de Jonatán (I Sam. 19:6,7) Saúl olvidó los agravios: “Saúl escuchó a Jonatán y juró: ‘¡Vive Yavé! ¡No morirá!’ Jonatán llamó a David y le transmitió estas palabras; le llevó luego a Saúl y se quedó David a su servicio, como estaba antes”.

El primero de los textos copiados aparece después del viaje de Saúl a Rama; el segundo, antes. El segundo puede

referirse a alguna otra reconciliación; el primero se relaciona, sin lugar a dudas, con la fuga a Rama.

¿Aconsejó Samuel a David que hablara con Jonatán? ¿Resolvió el belemita hacerlo porque vio la insistencia de Saúl en perseguirlo? Los numerosos enviados, antes, y la llegada del rey, al final, ¿no indicaban que Saúl no estaba dispuesto a perdonar? Y si los enviados y el mismo Saúl fueron hasta Rama en son de paz, ¿no despertó eso en David la sospecha de que estaban tendiéndole una trampa?

Saúl debió retornar a su hogar consumido por el prolongado ataque de histeria religiosa y perturbado por no haber podido regresar con David. No parece haber duda de que en cuanto se relacionara con el hijo de Isaí, Saúl estaba loco. En otros aspectos de su vida tal vez obrara con aparente cordura, pero cuando se trataba de David perdía el dominio de sí. David encaraba su manía persecutoria, era la representación de su obsesión. Debía estar en ese período candente de la psicosis en que el sólo nombre de su perseguido le sacaba de sí y le encendía en cólera. Pero como sucedía que no era un loco declarado y era rey, debía haber en su vida momentos en que la locura se le sosegaba y ponía la inteligencia y el poder real al servicio de su obsesión. Era el momento de la simulación, la hora de armar la trampa para que la imagen odiada cayera en sus manos. No es descabellado pensar que después de la descarga emocional sufrida en Rama con el ataque de histeria religiosa, Saúl tuvo unas horas, y tal vez unos días, en que su inteligencia señoreó sobre la obsesión, sólo que la señoreó para servirla. De ser así, se explica que Saúl se inclinara a simular el perdón como el medio más adecuado para sorprender a David y darle muerte.

No hay otra explicación para la escena en que Saúl reúne a sus capitanes y les propone la muerte de David. No puede ser antes del acceso de locura que le lleva a disparar su lanza contra David mientras éste toca el arpa porque ese rapto de

cólera se produjo a despecho de la conciencia del propio Saúl: fue un típico arrebato, provocado por la violencia de la pasión, que resultó excitada con los cánticos de “Saúl mató sus mil, pero David sus diez mil”. No pudo darse, tampoco, cuando horas después de ese arrebato ordena que prendan a David mientras duerme. Todavía en ese momento Saúl era sujeto de la cólera, y mandaba, no proponía ni consultaba. Es después que la cólera cede cuando comienza a tomar cuerpo en él la idea de usar la astucia para aplastar a aquél que, a su juicio, pretende desplazarle; y la cólera debió ceder después que David huyó hacia Rama, más propiamente, después que Saúl volvió de Rama. Si tenemos razón al combinar el orden de los acontecimientos como lo estamos haciendo, Saúl debió reunir a sus capitanes, para proponerles la muerte de David, después que regresa de Rama. Es aquí donde surge en todo su esplendor el papel de la amistad en la vida de David. Pues entre los capitanes que oyen la proposición de Saúl está Jonatán.

David y Jonatán hacen entre sí alianza

Jonatán es hijo del rey, un hijo excelente, que acompañará a su padre hasta la muerte; pero tiene la cabeza clara al extremo de que sobrepone a su amor de hijo la capacidad necesaria para juzgar a su padre y comprender que, por lo menos en un punto, se halla loco. Jonatán, además, es cuñado de David y su amigo; y sus sentimientos son tan firmes que, queriendo al padre y al amigo a quien el padre persigue, favorece a David sin denunciar a Saúl como loco. Jonatán tiene valor, no sólo el que ha probado en los combates, sino ese otro valor necesario para no cejar en la lucha moral que libra con el fin de desviar la cólera paterna y salvar al amigo amenazado sin faltar ni a sus deberes de hijo ni a sus sentimientos de amigo. Jonatán es, en verdad, una figura notable.

Al oír la proposición de su padre, Jonatán abandona el lugar y va en busca de David, a quien advierte que corre peligro. Jonatán le ofrece a David que hablará con su padre, y según los textos Jonatán obtuvo de Saúl el perdón para David y éste volvió a servir al rey “como estaba antes”. Pero sucede que tal relato no concuerda con el que tiene todos los visos de la certeza, el que sigue a la visita de Saúl a Rama. Probablemente esa reconciliación es una anterior, la misma a que ya nos hemos referido. Los hechos que se ofrecen a continuación indican que si Jonatán habló con Saúl después que éste volvió de Rama, no tuvo confianza en la palabra del rey. Es difícil saber si la intervención de Jonatán cerca de Saúl tuvo lugar después que el rey habló con sus capitanes para concertar el asesinato de David, o inmediatamente antes. De lo que no hay duda es de que actuó para salvar la vida de su amigo; se fue, vio a David y le pidió esperar. Él, Jonatán, le avisaría a tiempo si debía acercarse a Saúl o debía alejarse.

David conocía el peligro que corría, puesto que le dijo a Jonatán: “No hay sino un paso entre mí y la muerte”. Esas palabras fueron dichas la víspera del novilunio. Durante el novilunio Saúl acostumbraba comer tres días seguidos rodeado de sus capitanes de armas, a un lado Abner, jefe de sus ejércitos, al otro Jonatán; él, el rey, de espaldas a la pared, y los restantes en otros sitios. Había un puesto para David, pero en ese novilunio se quedaría vacío. Probablemente en el primero de los tres festines no se pondría la mano en David. Parte del plan de Saúl debía ser dar confianza a su víctima.

Es el caso que David se entrevistó con Jonatán. El diálogo del hijo del rey y el perseguido del rey es de una nobleza conmovedora. Helo aquí, tal como figura en I Samuel (20:1 al 16):

“¿Qué he hecho yo? ¿Qué crimen he cometido contra tu padre, para que de muerte me persiga?”. Jonatán le dijo: “No, no será así, no morirás. ¿Había de celarme a mí eso mi padre? No hace mi padre cosa alguna, ni grande ni pequeña, sin dár-mela a conocer. ¿Por qué había de ocultarme ésta? No hay nada de eso”. Y juró nuevamente a David. Pero éste dijo: “Sabe muy bien tu padre que me quieres, y se habrá dicho: Que no lo sepa Jonatán, no vaya a darle pena; pero por Dios y por tu vida, que no hay más que un paso entre mí y la muerte”. Jonatán dijo a David: “Di qué quieres que haga, que yo haré cuanto me pidas”. David le respondió: “Mañana es novilunio, y yo debería sentarme junto al rey en el convite. Me iré y me ocultaré en el campo hasta la tarde. Si tu padre advierte mi ausencia, le dices: David me rogó que le permitiese ir de una escapada a Belén, su ciudad, porque se celebra el sacrificio anual de toda la familia. Si contesta: “Bien está”, será que a tu siervo no le amenaza mal ninguno; pero si se enfurece, sabrás que tiene resuelta mi pérdida. Hazme, pues, ese favor, ya que hemos hecho entre los dos alianza por el nombre de Yavé. Si algún crimen hay en mí, quítame tú mismo la vida. ¿Para qué llevarme a tu padre?”. Jonatán le dijo: “Lejos de mí ese pensamiento; pero si llego a saber que verdaderamente mi padre tiene resuelta tu perdición, te lo daré a conocer, te lo juro”. Jonatán le contestó: “Ven, vamos al campo”. Y salieron los dos, al campo. Jonatán dijo allí a David: “Por Yavé, Dios de Israel, te juro que yo sondearé a mi padre mañana o pasado mañana. Si la cosa va bien para David y no mando quien te informe, que castigue Yavé a Jonatán con todo rigor. Si mi padre trata de hacerte mal, te informaré también para que te vayas en paz y que te asista Yavé, como asistió antes a mi padre. Si todavía vivo entonces, usa conmigo de la bondad de Yavé; y si he muerto, no dejes de usarla jamás con mi casa; y cuando Yavé haya arrancado de la tierra a todos los enemigos de David, persista

el nombre de Jonatán con la casa de David y tome Yavé venganza de los enemigos de David”.

Jonatán decía que no, que su padre no pretendía hacerle mal a David. Pero bien sabía él que de sólo ayudar a David a salir con vida, la suya corría peligro. Sucedió como lo temía David. El primer día Saúl se hizo el desentendido, pero el segundo día, cuando preguntó por David y Jonatán le explicó que había ido a Belén a sacrificar con toda su familia, y que él le había concedido el permiso, le acometió a Saúl la cólera y gritó fuera de sí: “¡Hijo perverso y contumaz! ¿No sé yo bien que tú prefieres al hijo de Isaí, para vergüenza tuya y vergüenza de la desnudez de tu madre? Pues mientras el hijo de Isaí viva sobre la tierra no habrá seguridad ni para ti ni para tu reino. Manda, pues, a prenderle, tráemele, porque hijo es de muerte” (I Sam. 20:30 y 31).

En medio de su ira, Saúl acertó a tocar lo que él pensaba que debía ser una parte sensible en el alma de Jonatán, puesto que mencionó el peligro en que estaba como heredero del reino si no se le ponía fin a la vida de David. Pero Jonatán se hallaba a mayor altura que esa herencia. He aquí cómo respondió a su padre: “¿Por qué ha de morir? ¿Qué ha hecho?”.

En ese momento Saúl vio en Jonatán al defensor de aquel a quien odiaba con toda la violencia de su alma, no a su hijo. Tomó la lanza y la blandió sobre su heredero. Es de suponer que la intervención de los amigos evitó que allí se consumara en Jonatán el crimen que estaba destinado a David. Jonatán se sintió humillado, se levantó y se alejó. No volvió a la comida, sino que arregló las cosas de manera que pudiera enviarle a David el mensaje convenido. David esperaba oculto tras una gran piedra.

Según está contado en I Samuel (20:35 al 42), “al día siguiente por la mañana salió Jonatán al campo, como había convenido con David, acompañado de un mozo, a quien dijo:

‘Corre a cogerme las flechas que tiro’. Corrió el mozo, y Jonatán, entre tanto, disparó otra flecha, de modo que pasase más allá de él. Cuando el mozo llegaba al lugar donde estaba la flecha que Jonatán había tirado, éste le gritó: ‘La flecha está más allá de ti’, y siguió diciendo, como si al mozo se dirigiera: ‘Pronto, date prisa, no te detengas’. El mozo de Jonatán recogió la flecha y se vino donde estaba su señor. Nada sabía el mozo. Sólo Jonatán y David lo entendían. Jonatán dio sus armas al mozo que le acompañaba y le dijo: ‘Anda, llévalas a la ciudad’. Ido el mozo, se alzó David de junto a la piedra y echóse rostro en tierra por tres veces. Después ambos se abrazaron y lloraron, derramando David muchas lágrimas, Jonatán dijo a David: ‘Vete en paz, ya que uno a otro nos hemos jurado, en nombre de Yavé, que Él estará entre ti y mí y entre mi descendencia y la tuya para siempre’”.

El hijo del rey y el que estaba llamado a ser rey no volverían a verse. Años después, cuando Saúl y Jonatán cayeron en Gélboe, David compuso una elegía a su memoria. El jefe de armas nunca dejó de ser el tañedor de arpa. Cuando recibió la noticia de la muerte de su amigo, estaba en las lindes del desierto, actuando como jefe de banda, e ignoraba que se hallaba en vísperas de ser rey. Y he aquí cómo se refirió entonces a Jonatán, a ese que le amó sin ser de su sangre y le salvó la vida desviando de sobre su cabeza la cólera de Saúl:

¿Cómo han caído los héroes en medio de la batalla?

¿Cómo fue traspasado Jonatán en las alturas?

Angustiado estoy por ti, ¡oh Jonatán, hermano mío!

Me eras carísimo,

Y tu amor era para mí dulcísimo,

Más que el amor de las mujeres.

¿Cómo han caído los héroes?

¿Cómo han perecido las armas del combate?

(II Sam. 1:25 al 27)

VIII

EN EL QUE SE CUENTAN LAS AVENTURAS DE DAVID MIENTRAS ERA PERSEGUIDO POR EL REY SAÚL

A menudo vamos a tener que referirnos a hechos de David que el lector no conoce todavía, y más a menudo tendremos que detenernos a meditar sobre los que han pasado. El estudio del carácter de David no es fácil, y sólo fijando repetidamente la atención en sus hechos podremos comprender sus actos y su papel como personaje histórico. Así, por ejemplo, ahora, cuando comienza en su vida una nueva etapa, la del perseguido de su suegro y señor, tiene uno que preguntarse: ¿Tenía el hijo de Isaí una orientación para su vida o es su destino obra del acontecer nacional? Es indudable que la historia escoge a sus preferidos y los va formando, a veces sin que el elegido se dé cuenta; en cambio, hay hombres conscientes de su papel, que se aferran a él con toda la pasión de que son capaces. Samuel era consciente de su deber, y lo cumplía; Saúl estaba cargado de ambición de poder, y trataba de satisfacerla. Pero David, ¿qué concepto tenía de su función?

En la etapa que va a iniciarse ahora uno comienza a pensar que David fue del escaso número de los que la historia elige, primero como objeto y después como instrumento. Se hallaba en la casa de su padre apacentando ovejas, con seguridad que muy ajeno a que de ahí saldría para ir a vivir con Saúl, y un buen día el rey manda a buscarle. ¿Pero para qué? Para tañer el arpa, arte que ha aprendido mientras era pastor. Siendo escudero del rey, entra en la guerra y se convierte en

caudillo; y es el oficio de las armas el que le permitirá hacerse popular, primero, vivir y mantener a sus órdenes una especie de ejército mientras se halla perseguido, después.

En forma inesperada, David pasa de arpista a escudero real; en forma inesperada pasará de yerno y capitán del rey a prófugo; en forma inesperada también pasará de jefe de banda y vasallo de los filisteos a rey de Judá; y es entonces, al llegar a rey, antes de alcanzar la mitad de su vida, cuando parece que David adquiere conciencia clara de su destino y organiza todas sus extraordinarias facultades para lograr ese destino. Hasta poco antes de ser ungido rey era un hombre con ambiciones, pero parecía perdido en las sombras de su lucha contra Saúl, si bien siempre tuvo cualidades para ir viviendo y destacándose mientras llegaba la hora en que su destino y él formarían una sola imagen. Las medidas de esa imagen serían las medidas de Israel.

David buye a Nob

Como vamos a ver pronto, la osadía de David era asombrosa, y lo eran también su capacidad para adaptarse a situaciones nuevas, para la mentira y la simulación, para defenderse y acometer a tiempo; eran excepcionales su sentido de la oportunidad y su don para conquistar amigos. Sobrepassar el día de hoy, vivir hasta mañana, parece ser su preocupación más alta durante la primera mitad de su vida. Todo lo que pueda servirle para ese fin es utilizado por David sin un titubeo. Esa actitud se ve clara en el caso de los panes de la proposición, que se hallaban en el santuario de Nob, una parada en el camino, que seguía David cuando comenzó su vida de prófugo de la cólera real.

Los panes de la proposición eran doce, hechos de harina fina, y se colocaban en dos rimeros de seis panes cada uno, “sobre la mesa de oro, delante de Yavé”, según se lee en el Levítico (24:5 al 9). Eran el símbolo de la alianza de Yavé con

Israel y estaban destinados sólo a los sacerdotes, “que los comerán en lugar santo, porque es para ellos cosa santísima, entre las ofrendas de combustión hechas a Yavé”. Para fijar la importancia y la categoría sagrada de los panes de la proposición, el Levítico afirma: “Es ley perpetua”. Probablemente jamás se le ocurrió a nadie la idea de que alguien que no fuera sacerdote se atreviera a comer uno de esos panes.

Aquella “astucia y la malicia de su corazón” que ya en la niñez del futuro rey conocía uno de sus hermanos, debió aconsejar a David que se dirigiera a Gath, la ciudad más septentrional de Filistea, pues sin duda uno que huía de Saúl podría hallarse seguro entre sus proverbiales enemigos. El enemigo desamparado de un poderoso ha sido siempre bien acogido por los que odian a ese poderoso, y mal recibido o entregado por los que le temen. En el camino de Gath, y al oeste de Rama, se hallaba el santuario de Nob.

Ese santuario estaba atendido, según se deduce de los acontecimientos que se verán después, por amigos de Saúl. El jefe de los sacerdotes era Ajimelec, descendiente y quizá nieto de Elí. No hay constancia de que fuera el santuario nacional, ni es posible que estuviera allí el Arca de la Alianza que tal vez se hallaba en Rama, hogar de Samuel. La existencia del santuario de Nob con su alto número de sacerdotes, sus trofeos de guerra, sus panes de la proposición, indica que Saúl había organizado o estaba organizando el culto con prescindencia de Samuel y probablemente con el fin de contrarrestar la autoridad del profeta de Yavé. La forma en que reacciona Saúl cuando sabe que David ha estado en el templo de Nob y que allí ha recibido ayuda, denuncia a las claras que el rey se sintió traicionado por gente que le debía lealtad. Los sacerdotes que servían en Nob eran, pues, favorecidos de Saúl. Tal vez no fue pura casualidad que el día de la fuga de David estuviese en el templo un cierto Doeg, edomita, amigo de confianza de Saúl.

David entró al templo mintiendo. Ajimelec, el jefe de los sacerdotes, le preguntó cómo se explicaba que anduviera solo, y David le respondió que el rey le había dado una orden secreta, de la que nadie podía saber palabra, razón por la cual había dejado a sus acompañantes en otro sitio. Inmediatamente, y alegando que debía cumplir esa orden real, reclamó ayuda en comida. No había allí qué comer, excepto los panes de la proposición. David los pidió con una osadía que sólo se explica si aceptamos que Ajimelec era un servidor del rey. Creyéndole, Ajimelec le entregó los panes sagrados. Mil años más tarde Jesús se referiría a este episodio justificando a David.

No se conformó David con llevarse los panes de la proposición, sino que pidió a Ajimelec que consultara a Yavé para saber qué le esperaba, lo cual era en cierto sentido invocar la bendición de Yavé para el yerno de Saúl; y además pidió armas. Ajimelec le dijo que la única arma que había en el templo era la espada de Goliat: “Allí la tienes, envuelta en un paño, detrás del efod; si ésa quieres, cógela, pues otra no hay”. “Ninguna mejor dámela”, respondió David. Y partió inmediatamente hacia el sudoeste, en dirección de Gath. No podía perder tiempo, pues le iba en ello la vida.

Según pensamos, este hecho se da hacia el 1015 ó hacia el 1014 a. de C. David debía andar por los veintiséis años y Saúl por los sesenta y seis. David debía ser todavía “blondo, de bella presencia”; pero el rey, ¿cómo era a esa edad? ¿Había canas en su pelo y en su barba? Su majestad natural, ¿había aumentado con el ejercicio del poder o había desaparecido a impulsos de los feroces celos que deformaban su alma?

Cuando el edomita Doeg le llevó la noticia de que David había pasado por Nob, había estado en el templo, había recibido de manos de Ajimelec los panes de la proposición y la espada de Goliat, y además que el sacerdote había consultado a Yavé para saber cómo le iría a David, el rey perdió la

cabeza. Se hallaba “en Gueba, en el alto, bajo el tamarindo, con la lanza en la mano rodeado de todos sus servidores”. Usando de su conocimiento del corazón humano, Saúl hablaba así a los suyos: “Escuchad, benjaminitas: ¿Va a daros también a vosotros el hijo de Isaí campos y viñas y va a haceros a todos jefes de mil y jefes de ciento, para que así todos os vayáis conjurando contra mí y no haya nadie que me informe de que mi hijo se ha ligado con el hijo de Isaí, y nadie de vosotros se duela de mí y me advierta que mi hijo ha sublevado contra mí a un servidor mío, para que me tienda asechanzas, como está haciendo?” (I Sam. 22:6 al 8).

El rey, pues, acababa de saber que David había huido amparado por Jonatán, y su cólera aumentaba a medida que David se alejaba de él. Era lógico, pues Saúl era enérgico, pero intrínsecamente débil puesto que no tenía dominio sobre su alma, y en ese tipo de débiles la cólera penetra por los resquicios que dejan las quiebras del carácter y se crece en espumarajos, como el agua del mar entre los arrecifes. Con su delirio de persecución excitado, incriminaba a todos los que le oían porque no le ayudaban a exterminar a David. En este momento acertó a llegar Doeg y contó lo que había visto en Nob. El alma de Saúl se hallaba desbordada, lista para el crimen. La llegada de Doeg fue, pues, fatalmente oportuna.

Saúl mata a los sacerdotes

Saúl ordenó buscar al sacerdote Ajimelec, y a todos los sacerdotes de Nob con él y a “toda la casa de su padre”. El rey preparaba un castigo ejemplar. En la locura que le aquejaba no comprendía que él mismo, con sus propias manos, estaba labrando la estatua de David como futuro rey. En su obstinada persecución estaba haciendo de David el caudillo de todos aquellos que habían sido humillados, heridos o preteridos por él, pues el más violentamente odiado por el poderoso, ese

acabará siendo la esperanza de sus perseguidos y de sus enemigos. Su odio era demasiado impetuoso y no le permitía darse cuenta de que todo rey tiene adversarios; la ley misma de la vida lo impone, ya que ninguna fuerza puede mantenerse si no va creando otras que se le opongan.

Traídos a presencia de Saúl, Ajimelec y “toda la casa de su padre”, así como todos los sacerdotes del templo de Nob, fueron acusados por el rey de haber ofrecido la protección de Yavé a David, de haberse confabulado con el prófugo para sublevarse contra el rey. Ajimelec protestó; pidió a Saúl que retirara esas acusaciones. El rey no quiso oírle, a pesar de que Ajimelec decía verdad, y condenó a muerte no sólo a Ajimelec, sino a todos sus compañeros y “a toda la casa de su padre”. Era tal la magnitud del crimen que los servidores de Saúl no se atrevieron a obedecerle cuando les pidió que ejecutasen la sentencia. Saúl ordenó entonces a Doeg que lo hiciera él, y Doeg, edomita, y por tanto libre de sentimientos yaveístas y de respeto hacia la descendencia de Elí, le obedeció: mató a cuchillo a ochenta y cinco sacerdotes.

La matanza debió tener lugar en campo abierto, bajo el tamarindo “del alto” y la sangre derramada enardeció a Saúl, quien a seguidas marchó sobre Nob, como a una guerra santa. Según se lee en I Samuel (22:19), “hombres y mujeres, niños, hasta los de pecho, bueyes, asnos y ovejas; todos fueron pasados a cuchillo”. Donde se detuvo David, allí lo destruyó todo la ira de Saúl.

Mientras tanto, David había llegado a Gath, la ciudad filistea, una de las cinco principales en la federación enemiga de Israel. En Gath gobernaba Aquis, cuya protección obtendría el hijo de Isaí. Es probable que al llegar a Gath buscara la manera de ver a Aquis, pero cuando oyó que le anunciaban al señor de la ciudad como el guerrero victorioso, el de “Saúl mató sus mil, pero David sus diez mil”,

temió que Aquis le cobrara la sangre de sus hombres y decidió hacerse pasar por loco. En Filistea como en Israel los locos eran sagrados, porque a través de ellos hablaban a menudo los dioses, y en algunos pueblos orientales se había usado ya la treta de hacerse pasar por loco para salvar la vida. David, que lo sabía, se dejaba caer la saliva en las barbas, como era común entre los orates, e iba de puerta en puerta tocando un tambor. De esa manera, aquel que estaba llamado a ser el azote de Filistea y lo había sido ya antes, paseó por las calles de Gath protegido por la piedad de sus enemigos. Aprovechó, sin embargo, el tiempo, puesto que, sin que sepamos cómo, llegó a acuerdos con Aquis de Gath, de quien fue largo tiempo protegido y, en cierto sentido, vasallo.

No se sabe si estando David todavía en Gath fue a verle Abiatar, o si lo hizo más tarde. Este Abiatar era hijo de Ajimelec; como su padre, había sido sacerdote en Nob, y sólo él escapó de la matanza ordenada por Saúl. Fue él quien dio cuenta a David de la hecatombe del tamarindo de Gueba. A partir del momento en que se reunió con el hijo de Isaí, este último descendiente de Elí sería su sacerdote hasta que David abdicó el trono en favor de Salomón, y a él debió David salir con buena fortuna de momentos críticos. Saúl mismo iba empujando hacia David a los hombres que debían ayudarle a ser rey. Observando casos como el de Abiatar resulta difícil escapar a la idea de que David fue un favorito de la historia, formado por ella para que le fuera útil sin que él mismo lo sospechara, por lo menos durante los primeros treinta años de su vida.

Se ignora cuánto tiempo permaneció el futuro rey de Israel en Gath. De allí desapareció un día, probablemente después de haberse puesto en comunicación con su padre y sus hermanos, a quienes de seguro perseguía o molestaba Saúl. Pero

como adonde fue a dar David en esa ocasión fue a Ondulán, más propiamente a las cuevas de Ondulán, que estaban al este de Gath y no lejos de esta ciudad, es de pensarse que para comunicarse con sus familiares David se valió de Aquis, con quien más tarde iba a celebrar un pacto que le permitiría retornar a Gath con algunos cientos de partidarios.

Es el caso que se reunió con sus padres y sus hermanos en Ondulán, de donde marchó hacia el Moab. La ruta hacia el Moab debió ser la del sur, por el desierto del Neguev hasta la costa sur del Mar Muerto; de otra manera el grupo habría tenido que cruzar tierras dominadas por Saúl, lo cual era peligroso. En ese viaje vio David aumentar sus pequeñas huestes, pues los que huían de sus acreedores, los criminales prófugos y los enemigos del rey, así como los inevitables grupos de bandoleros que en esos días de guerra debían merodear por el desierto, acudieron a unirse al renombrado guerrero.

Los moabitas no eran aliados de Saúl. Se sabe que Saúl les hizo la guerra, y si bien se ignora si la hizo antes de la fuga de David o después, es el caso que no debía haber alianza entre ellos y el rey de Israel antes de que David se internara en la tierra de su bisabuela.

Del Moab pasó David al desierto de Judá. Allí, en un pequeño territorio casi desolado, entre el Mar Muerto al oriente y el camino de Maón a Hebrón a occidente, comenzó a operar con sus hombres, internándose en las arenas del desierto cuando era perseguido y surgiendo de ellas, como una encarnación de las tinieblas, cuando se lanzaba al ataque. Puede asegurarse, sin caer en exageraciones, que el futuro rey de Israel fue en esa época el típico jefe de banda. Por otra parte, no podía ser otra cosa: estaba perseguido por la autoridad legítima, el rey que Yavé había elegido para Israel; no tenía derecho a cobrar tributos para alimentar a sus hombres y no podía dejarlos morir de hambre. Se le había condenado a

muerte sin que hubiera delinquido; había luchado contra los enemigos de su pueblo y de su Dios durante años, derrotándolos siempre, con lo cual había adquirido un nombre brillante de servidor de su raza y de su religión, y en pago se le acorralaba como a una alimaña. Para salvar su vida y su honra, pues, David se había visto forzado a encabezar una banda armada. De sus extraordinarias dotes dependió que esa banda no fuera usada en la destrucción de Israel.

El combate de Queila

Hay por entonces un hecho difícil de explicar. Se trata del combate de Queila. Refiere el texto sagrado que David combatió en Queila a los filisteos, “haciéndoles experimentar una gran derrota”, que les quitó fuerte botín y que se quedó en Queila, con unos seiscientos hombres, durante algún tiempo, hasta que abandonó la región por temor a Saúl, que se movía sobre el lugar.

Parece que en verdad David no atacó a los filisteos, sino a sus compatriotas. Varias son las razones que pueden aducirse en favor de esta tesis. En primer lugar, Queila quedaba cerca de Gath, al sur de Ondulán, y esto hace suponer que de haber sido tomada por los filisteos, los ocupantes habrían pertenecido a las fuerzas de Aquis, señor de Gath y amigo de David. En segundo lugar, una vez en Queila, David tuvo noticias de que Saúl se movía sobre ese punto para atacarle, y su ansiosa pregunta a Yavé, a través de su sacerdote Abiatar, el hijo del infortunado Ajimelec, era ésta: “Los habitantes de Queila, ¿me entregarán a mí y a los míos en manos de Saúl?” Yavé respondió que sí, y David, con sus seiscientos hombres, abandonó la plaza.

De haber librado David a Queila de manos de los filisteos, ¿por qué temía que los habitantes de Queila lo entregaran en manos de Saúl? ¿No era lógico que en ese caso los pobladores

liberados se unieran a David, su libertador, o por lo menos protegieran su fuga para impedir que Saúl le diera muerte? Por otra parte, dado que David estaba en el caso de tomar, donde las hubiere, provisiones y bestias para sus hombres, ¿qué de extraño tiene que asaltara una plaza adicta a Saúl? La toma de Queila, ¿no sería una acción premeditada para ganar del todo la confianza de Aquis de Gath, a quien David iba a aliarse en forma estrechísima?

Cuando los jefes confederados resuelvan atacar a Saúl, en la guerra del 1010 a. de C. —que se iniciará y terminará con la batalla de Gélboe, en la que muere Saúl—, David irá con ellos. “Algunos jefes filisteos preguntaron: ¿Qué hacen aquí estos hebreos?”. Aquis les dijo: “¿No veis que es David, siervo de Saúl, rey de Israel, que está conmigo hace días y años, sin que haya hallado yo la menor cosa que reprocharle, desde que se pasó a nosotros hasta ahora?” (I Sam. 29:3).

Es Aquis, el señor de Gath, quien habla para afirmar que “desde que se pasó” a su lado hasta el momento de la invasión, en “días y años”, David jamás ha dado lugar a un reproche. Esto quiere decir que David ha actuado sin dobleces. Aquis no habría podido hablar así de haber David atacado a su gente en Queila; y no hay indicios de que David hubiera atacado en Queila a filisteos de otra zona, pues los afectados se lo habrían recordado a Aquis en esa ocasión.

La historia de David se escribe mucho más tarde, no hay que olvidarlo. Este hijo de Isaí tuvo la buena fortuna de haber conquistado con sus hazañas la simpatía del pueblo y, además, de haber llegado al poder cuando ya la voluntad nacional estaba hecha a la idea de la monarquía. No ocurría así en tiempos de Saúl ni estaba Saúl preparado para fascinar la imaginación de Israel como lo hizo David, porque no era, como éste, un político, y por tanto no sabía actuar oportunamente. Ignoraba cuándo podía ser cruel y cuándo generoso; desconfiaba de sus

hombres de valer y creía que su poder debía descansar sobre todo en el filo de las espadas, error en que no cayó David.

La simpatía popular que ganó David debe haberle ayudado a la hora en que se escribió su historia, y ello podría explicar el empeño en transformar ciertos actos del hijo de Isaí, como el ataque a Queila, que no tiene explicación tal como está relatado en el texto bíblico. De haberse dado los hechos como aparecen en el Libro Primero de Samuel, habría sido Aquis quien habría marchado sobre David, no Saúl.

Saúl, por lo demás, no bajó a Queila porque David abandonó la plaza a tiempo y se dirigió hacia el oriente, a la zona de Ziff, donde tenía la protección del desierto. Se dice que estando allí llegó a verle Jonatán pero esto parece una versión tardía y desfigurada de la entrevista que tuvieron David y el hijo del rey cuando el último le ayudó a huir de las iras de Saúl.

Durante buen tiempo, David y sus hombres vagaron por el rincón de Judá que va de Ziff y Maón al Mar Muerto. No hay duda de que imponían tributos ilegales a los ricos, aunque, como jefe de banda con sentido político, David debía cuidarse mucho de causar daño a los pobres y hasta a los de mediana posición, a quienes no le convenía molestar. A menudo ocurre que los jefes de bandas saben ganar el corazón de los necesitados y humillados, sólo imponiendo su justicia en los lugares donde merodean y protegiéndolos contra los abusos de los poderosos. Hemos visto ese caso hasta en nuestros tiempos. No sería aventurado pensar que mucha de la simpatía que acompañó a David durante su vida de caudillo se debió a su conducta en el desierto, mientras capitaneaba ese grupo de seiscientos hombres con que se defendió de Saúl.

El cuantioso tributo en provisiones impuesto a Nabal, marido de Abigaíl, es elocuente en este sentido. Como ése debieron ser abundantes los que cobró David durante sus

años de perseguido. Hay constancia, además, de que él y sus hombres cuidaban los bienes de mucha gente, sobre todo los rebaños que pacían por las lindes del desierto, y que cobraban por esa especie de protección armada.

Que hubo gente perjudicada por David y los suyos se deduce de estos párrafos, relativos a esos días de persecución: “Los de Ziff habían ido a Gueba a decir a Saúl: ‘David está escondido entre nosotros, en los lugares fuertes, en Joresa, en la colina de Jaquila, que está al mediodía del desierto. Baja, pues, ¡oh rey!, como estás deseándolo, que ponerle en tus manos es cosa nuestra’”. (I Sam. 23:19,20).

“Ponerlo en tus manos es cosa nuestra”, habían dicho esos hombres de Ziff a Saúl. Estaban, pues, dispuestos a luchar contra seiscientos seguidores de David que no eran precisamente mancos. ¿Por qué? ¿Por odio a David? ¿Por amor a Saúl?

Sin duda por lo primero. Y como no es del caso odiar porque sí a un jefe de banda que imponía su ley, debemos admitir que la ley de David, por los días en que era un fugitivo, no resultaba agradable para alguna gente de Ziff. El tributo al rico Nabal, que pagó su mujer Abigaíl, dice a las claras quién era esa “alguna gente” de Ziff que tenía odio al hijo de Isaí.

No le odiaban los pobres, que nada tenían que dar ni que perder, y que además carecían de fuerzas para ponerle en manos de Saúl. Le odiaban los poderosos porque David les cobraba tributos para mantener a sus seiscientos partidarios.

IX

EN EL QUE SE CUENTAN OTRAS AVENTURAS DE DAVID MIENTRAS HUÍA DE LA PERSECUCIÓN DE SAÚL

De esos días hay dos versiones de lo que debe haber sido un hecho sin mayor importancia. Los actores principales en ese episodio —en los dos, si se prefiere— son David y Saúl, según los textos. Pero la prudencia aconseja atribuir lo que en verdad sucedió, que debe ser mucho menos de lo que se cuenta, a David y alguna otra persona, tal vez a uno de los jefes de armas de Saúl.

Los partidarios de David se empeñaron en adornar a su héroe con los atributos de la leyenda, y para ello deformaron con toda tranquilidad la historia. Por ejemplo, dos veces ponen a David perdonando la vida de Saúl, y lo cierto es que una lectura serena de los textos sagrados indica que sólo una vez estuvo Saúl encabezando personalmente la persecución contra su yerno, y esa vez tuvo que abandonar el territorio donde se hallaba David sin haber dado con éste.

Saúl debió verse ocupado en sus guerras mientras el hijo de Isaí se refugiaba en el desierto de Judá. No hay que olvidar que cuando Saúl “reinó sobre Israel, hizo la guerra a todos los enemigos de en torno”, y que “la guerra contra los filisteos fue encarnizada, durante toda la vida de Saúl”. En I Samuel (23:25 al 28) se refiere que “Saúl Salió con su gente en busca de David al desierto de Maón. Marchaba él por un lado de la montaña, y David y sus gentes, por el lado opuesto. Mientras

se apresuraba David para escapar de Saúl, y éste y sus gentes perseguían a David y a los suyos para apoderarse de ellos, vino un mensajero a decir a Saúl: “Apresúrate, pues los filisteos han invadido la tierra”, y Saúl hubo de desistir de perseguir a David para salir al encuentro de los filisteos. Por eso se llama todavía hoy aquel lugar “Roca de la Separación”.

David perdona la vida de Saúl

Éste parece ser el único momento en que Saúl estuvo persiguiendo en persona a su odiado yerno, y hasta el detalle de que David y su gente “se apresuraban para escapar de Saúl” conviene con la verdad, pues el colérico rey debió mover grandes fuerzas para enfrentarlas a las del fugitivo, que sólo tenía consigo seiscientos hombres y David era demasiado astuto para oponer tal número a las huestes del rey.

Los dos episodios a que se alude al comenzar este capítulo son el de las cuevas de Engadí y el de la colina de Jaquila. En ambos, David tiene la vida de Saúl al alcance de su mano; en ambos perdona a Saúl y éste lo reconoce así y le llama “hijo mío”, en ambos marcha a la cabeza de tres mil hombres y tras haber sido perdonado por David habla con lengua de patriarca conmovido y se vuelve a sus reales suspendiendo la persecución. Ciertos detalles y las líneas generales de ambos episodios resultan demasiado parecidos para no suscitar sospechas. Es posible que haya algo de verdad en el fondo, por ejemplo que durante la persecución que debió ser interrumpida por la invasión filistea, Saúl anduviera a la cabeza de tres mil hombres y pasara tan cerca de la gente de David que ello diera origen a la leyenda que va a verse luego, expresada en dos formas diferentes, aunque muy parecidas. O, lo que también puede ser probable, que en dos ocasiones David tuviera en sus manos a enviados de Saúl o a personajes notables de su séquito y les perdonara la vida; en

la voz de los seguidores de David esos dos personajes pudieron convertirse, con el tiempo, en el rey Saúl.

La primera versión refiere que David estaba escondido en las cuevas de Engadí y que Saúl, que le perseguía por el roquedal de Jealim, se vio en el caso de entrar en “una caverna que allí había, para hacer una necesidad”. Estaba haciéndola cuando llegó David, sin dejarse sentir, y cortó un pedazo del manto de Saúl. Dicen los textos que cuando el rey dejaba la caverna David le llamó, “echó rostro a tierra, prosternándose; y dijo luego a Saúl: ¿Por qué escuchas lo que te dicen algunos de que yo pretendo tu mal? Hoy ven tus ojos como Yavé te ha puesto en mis manos en la caverna; pero yo te he preservado, diciéndome: No pondré yo mis manos sobre mi señor, que es el ungido de Yavé. ¡Mira, padre mío, mira! En mi mano tengo la orla de tu manto. Yo lo he cortado con mi mano; y cuando no te he matado, reconoce y comprende que no hay en mí maldad ni rebeldía y que no he pecado contra ti (I Sam. 24:9 al 13).

En el episodio de Jaquila, Saúl, que también había salido con tres mil hombres, como en el caso anterior, acampó para dormir, y estaba durmiendo cuando llegó David con algunos amigos. Uno de ellos quiso aprovechar la oportunidad y dar muerte a Saúl con la lanza del rey, que estaba clavada a su lado, en tierra, pero David no le dejó, diciendo que él jamás pondría las manos en el ungido de Yavé. Se alejaron de allí David y sus compañeros, pero se llevaron la lanza del rey y su jarro —como se había llevado David, en las cavernas de Engadí, un pedazo del manto real—, y desde la cumbre de una colina púsose David a gritar llamando a Abner, el jefe de las tropas de Saúl, para decirle que no sabía cuidar al rey. Saúl oyó las voces y reconoció a David, con quien tuvo un cambio de palabras similar al de las cuevas de Engadí. El yerno le gritó: “Aquí tienes tu lanza, rey. Que venga un mozo a buscarla;

Yavé dará a cada uno según su justicia y felicidad. Hoy te ha puesto en mis manos, y yo no he querido alzar mi mano contra el ungido de Yavé”. Así habló David (I Sam. 26:22,23), y ese “aquí tienes tu lanza” nos recuerda mucho el “en mi mano tengo la orla de tu manto” de la otra versión.

El parecido no está sólo en las palabras de David. He aquí cómo contesta Saúl a su yerno en el episodio de Engadí: “¿Eres tú, hijo mío, David?” (I Sam. 24:17). Y en el de Jaquila: “¿Eres tú, hijo mío, David?” (I Sam. 26:17). En Engadí Saúl pide la bendición de Yavé para David y le anuncia que reinará en Israel; en Jaquila, le bendice y le asegura que será afortunado en todas sus empresas. Allí, Saúl se volvió a su casa y David y sus hombres subieron a un lugar fuerte; aquí, “David prosiguió su camino y Saúl se volvió a su casa”.

Todo eso suena a falso, pero los autores de esas falsedades se atenían al carácter de David, pues de haber sucedido los hechos como están relatados, David habría podido actuar como se dice en esas páginas. Un instinto casi infalible le decía cuándo debía huir, cuándo atacar, cuándo aliarse con los enemigos y cuándo romper esas alianzas. Hasta en sus días últimos, ya anciano, encara la rebelión de su hijo Absalón con ese sentido de la oportunidad, y certeramente huye a tiempo de Jerusalén para organizar la resistencia y reconquistar el trono. Todo indica que si Saúl hubiera estado a su alcance en los días en que capitaneaba su banda por el desierto de Judá, David no le habría matado. Pues el hijo de Isaí sabía que su tiempo no había llegado aún. Él tenía el arte de esperar y esperaba conscientemente.

Ahora bien, no caigamos en apreciaciones erróneas. En este caso, como en muchos otros, se trataba de esperar, no de otra cosa. Pues si Saúl caía en las manos de David y éste no le daba muerte, o le dejaba escapar sin tocarle, actuaría obedeciendo a su don político, a ese sexto sentido de lo oportuno con que

tan ricamente había sido dotado, no debido a otras razones, y, especialmente, no por bondad. Tal vez David contribuía a difundir entre su gente el respeto a la persona del rey porque él tenía la convicción de que llegaría a ser rey, no porque para él tuvieran valores sagrados. ¿Había en Israel algo más sagrado con excepción del Arca de la Alianza, que los panes de la proposición? ¿Y no dispuso él de ellos en Nob con una naturalidad que pasma?

Dos hechos importantes para David se produjeron mientras él merodeaba por los desiertos: Samuel murió, con lo cual Israel se quedó sin el que había sido el guía espiritual que encabezó la vida del país durante decenios. No es posible saber cuándo sucedió su muerte. Se supone que Saúl murió hacía el 1010 a. de C., y se sabe que Samuel había muerto ya puesto que el rey invocó su espíritu la noche anterior a la batalla de Gélboe, en la cual perdió Saúl la vida. Se sabe también que Samuel vivía al iniciarse la fuga de David, y si nuestros cálculos son correctos, visto que suponemos que David estuvo huyendo de Saúl no menos de tres años y no más de cuatro —al cabo de los cuales fue ungido rey de Judá—, debemos situar la muerte de Samuel entre el 1014 y el 1010 a. de C. Samuel puede haber fallecido un año antes que Saúl, tal vez dos, y para el caso, la diferencia no tiene mayor importancia. Lo que importa para David es que una vez muerto Samuel, el hijo de Isaí podía divulgar entre los suyos que Samuel le había ungido, antes de su muerte, como futuro rey de Israel. Ya no había peligro en decirlo, puesto que Samuel no vivía y si en verdad no le había ungido no podría desmentirle, y de haberlo ungido, el profeta se hallaba libre de persecuciones por parte de Saúl; el otro interesado, esto es, David, corría tanto riesgo sin que se conociera la unción como si se conocía. De la divulgación de la real o supuesta unción, David sólo podía sacar utilidad: más respeto de sus hombres,

inclinación del pueblo en su favor, cierta autoridad moral para tratar con sus amigos filisteos y, por último, considerable grado de justificación para su conducta de fugitivo. Es posible que fuera entonces cuando comenzó a circular la versión del ungimiento tal como se conoce. De todos modos, ésta es una mera suposición, porque no hay manera de aclarar el origen de la noticia. Conviene explicar que la unción por parte de un sacerdote de categoría profética, como era Samuel, equivalía a una oferta de Yavé. Para David, pues, difundir la historia de la unción significaba asegurar su derecho a la sucesión real.

El otro hecho importante para David es que Micol, su mujer, le fue quitada por Saúl, quien la entregó a otro hombre, un tal Paltí. El odio de Saúl no se saciaba. La entrega de Micol a otro hombre es una razón de más para considerar falso el episodio de las cuevas de Engadí y el de Jaquila, a raíz de los cuales aparece Saúl bendiciendo a su yerno y deseándole buena fortuna en sus empresas.

Abigaíl, mujer de David

A esa altura, David se había convertido ya en un reyezuelo del desierto, cuya voluntad era ley en la región de Ziff, en la de Maón y en las aledañas. No obedecerle era peligroso, como lo sabría a su tiempo Nabal, rico propietario del Carmel. El Carmel estaba entre Ziff y Maón; se hallaba, pues, en la zona de autoridad de David. Allí tenía Nabal, “hombre duro y malo”, tres mil ovejas y mil cabras, y, además, a su mujer Abigaíl, “de mucho entendimiento y muy hermosa”. Nabal bajó al Carmel para atender a la esquila de sus ovejas y ahí fueron a verle enviados de David para decirle que en vista de que ellos habían evitado que a los ganados les sucediera algo mientras estaban en engorde, él, Nabal, debía enviarles lo que les hacía falta. En buenas cuentas, David pedía un tributo a cambio de la protección que había

prestado a las haciendas de Nabal. Procedía, pues, como un rey, y era en verdad un reyezuelo del desierto.

Pero Nabal despachó a los emisarios con las manos vacías y con palabras fuertes. Cuando esos emisarios llegaron a presencia de David y repitieron lo dicho por Nabal, David decidió hacerse respetar y él mismo se puso a la cabeza de una partida de cuatrocientos hombres, jurando “que castigue Dios a su siervo David si de aquí al alba queda con vida un sólo hombre en todo lo de Nabal”. Él mismo explicaría a Abigaíl que “muy en vano he guardado yo todo cuanto ese hombre tiene en el desierto, y he hecho que nada de lo suyo, le faltara; me ha pagado mal por bien” (I Sam. 25:20 al 23).

¿No es ése el lenguaje de un jefe de banda? David considera que a él hay que pagarle tributos sin que ni la costumbre ni acuerdo alguno con los propietarios de la zona consagren ese supuesto derecho suyo. Claro que hay una ley superior a todas, que es la de la necesidad. Los que tienen medios deben mantener a sus hombres, y sin sus hombres él está perdido en la lucha con Saúl; a cambio de esos medios él ofrece protección armada. Aquí lo desmedido es el lenguaje, la forma altanera en que David se expresa. Pues si la necesidad le obliga, ningún precepto lo autoriza, y la diferencia entre una cosa y otra exige que hable como quien solicita, no como quien ordena. Pero ordenaba, y se imponía por el terror, como a lo largo de los tiempos lo han hecho otros jefes de bandas, esto es, cabecillas de gentes al margen de la ley.

Lo que distingue al David de ese momento de otros jefes de banda es que no actúa como un depredador; no va de aquí para allá cometiendo tropelías, sino que se limita a ofrecer protección a cambio de sustento para él y los suyos. Por otra parte, otros jefes de bandas no llegaron a ser reyes; él sí, y por cierto un gran rey, aunque quizá no habría alcanzado esa categoría si antes no se hubiera fundado el reino. Habiendo

servido al monarca y consciente de lo que significaba la monarquía, David no se rebajaba a ser un merodeador del desierto sino que se consideraba una víctima de la injusticia, y esperaba la hora de su reivindicación. Tal vez otra hubiera sido su conducta de no haber fundado Samuel la monarquía, pues fue en ella donde David halló la atmósfera necesaria para el desarrollo de su genio político. Eso explica por qué hemos dicho en las primeras páginas de este libro que Samuel y David son dos figuras complementarias. Samuel sembró el árbol a cuya sombra prosperaría la simiente llamada David, pero David estaba llamado a regar y fortalecer ese árbol en forma tal que sus ramas cubrirían la historia de Israel por mucho tiempo.

Supo Abigaíl lo que iba a hacer David y decidió salirles al paso a los acontecimientos sin consultar a su marido. Era una mujer animosa, segura de su belleza y de su inteligencia. Por lo demás, allí donde el hombre tiene que meditar para hallar una idea buena, la mujer la encuentra de golpe, por instinto. Abigaíl no perdió tiempo y cogió doscientos panes, dos odres de vino, cinco carneros aderezados, cinco medidas de trigo tostado, cien atados de uvas pasas y doscientos de higos secos; esto es, comida para más de doscientos hombres. Hizo cargar esas provisiones en asnos, despachó a unos cuarenta siervos con ellas y se puso en marcha ella misma. En el camino encontró a David, que iba hacia el Carmel dispuesto a exterminar a Nabal y a todos sus hombres. He aquí las hermosas palabras que Abigaíl dirigió a David, una vez le hubo visto y tras haberse echado a sus pies:

“Caiga sobre mí, señor, la falta. Deja que te hable tu esclava y escucha sus palabras. No haga cuenta mi señor de ese malvado de Nabal, porque es lo que su nombre significa, un necio, y está loco. Yo, mi señor, no vi a los que mi señor envió. Y ahora, mi señor, como vive Yavé, que te ha preservado Yavé

de derramar sangre y tomar por tu mano la venganza, ojalá que todos tus enemigos y cuantos te persigan sean como Nabal. Ahí tienes este presente, que tu sierva trae a mi señor, que se aparta entre la gente que sigue a mi señor. Perdona, te ruego, la falta de tu sierva, pues, de cierto, Yavé hará a mi señor casa estable, ya que mi señor combate los combates de Yavé, y no vendrá sobre ti el mal en todo el tiempo de tu vida. Si alguno se levanta para perseguirte y buscar tu vida, la vida de mi señor estará atada en la haz de los vivos ante Yavé, tu Dios, y la de tus enemigos será volteada dentro de lo cavo de la honda. Cuando Yavé haga a mi señor todo el bien que le ha prometido y le haga jefe de Israel, no sentirá mi señor el remordimiento de haber derramado sangre inocente y de haberse vengado por su mano. Cuando, pues, Yavé favorezca a mi señor, acuérdate de tu esclava” (I Sam. 25:24 al 31).

Nabal no tuvo noticias de lo que había hecho su mujer sino al día siguiente. Cuando ella volvió al hogar, él estaba ebrio, en medio de un banquete. Abigaíl esperó que durmiera y se repusiera para contarle su encuentro con David. La noticia enfermó a Nabal del corazón, y pocos días después iría a reunirse con sus antepasados. Viuda y rica, mujer “de mucho entendimiento y muy hermosa”, Abigaíl iba a recibir, poco después, la visita de mensajeros de David que le dijeron estas palabras: “David nos envía a ti para decirte que quiere tomarte por mujer”. Ordenaba como un rey y era tan sólo un fugitivo.

Abigaíl obedeció. Acompañada de cinco siervas se fue al desierto, y en hallando a David se postró con el rostro en tierra, mientras decía: “Que tu sierva sea una esclava para lavar los pies a los servidores de mi señor” (I Sam. 25:41).

Abigaíl debió ser la tercera de las mujeres de David. La primera fue Micol, hija de Saúl, de quien no tuvo hijos, por lo menos en la primera etapa; la segunda debió ser Ajinoam,

nacida en Jezrael, madre de Amnón, el desdichado heredero de David que halló la muerte a manos de su hermano Absalón. De Abigaíl tuvo David a Dodiya, muerto al parecer muy joven porque no figura en la línea de 14 herederos. Resulta curioso observar que David no tuvo hijos con Micol mientras vivió en la corte de Saúl; Ajinoam y Abigaíl fueron sus mujeres por lo menos dieciséis meses antes de que David pasara a ser rey de Judá, y sólo en Hebrón, siendo ya rey, le dan hijos las dos. David desposó a Ajinoam, y a Abigaíl mientras se hallaba en el desierto de Judá, a la primera probablemente unos meses antes que a la segunda; después de eso, David pasará a Siceleg, donde tendrá su base de operaciones un año y cuatro meses.

En la vida de David, como en la de todo rey semita, abundan las mujeres. La poligamia era normal en Israel y en los pueblos de su mismo origen. David era poeta, y por tanto sensible a la belleza, de manera que una mujer hermosa debía impresionarle. Sin embargo, cuando entró en Hebrón como rey de Judá no tenía sino a Ajinoam y a Abigaíl, lo que indica que el hijo de Isaí no se dejó ganar por la sensualidad sino después, probablemente cuando, tras haber alcanzado la categoría de rey, comenzó a tener conciencia de su poderío. En los años de Hebrón aumentó su harén, y una de las mujeres que figuraron en ese harén, la que tal vez siguió a Abigaíl —Maaca, hija de Talmal, rey de Guesur— le dio un hijo que estaba llamado a causarle dolores indescritibles; fue Absalón, el hermoso e implacable Absalón.

En los días de los desposorios de David y Abigaíl debió sobrevivir un tiempo de paz en Israel, porque el reyezuelo del desierto temió a la venganza de Saúl. Él conocía el odio del rey, lo había sufrido y a la distancia lo adivinaba. Mientras hubiera guerra en que Saúl anduviera ocupado, David podía merodear con sus seiscientos hombres en las arenas de Judá.

Pero si había paz, poco le costaba a Saúl armar veinte mil hombres para aplastar al objeto de su odio. Para evitar que eso sucediera, David resolvió pasar a tierras filisteas.

Como jefe de banda, al fin, sus hombres le seguían adonde él los llevara, puesto que sólo en David tenían amparo, y como reyezuelo de visión política debía mantener buenas relaciones con Aquis de Gath, el otro enemigo de Saúl. A Aquis de Gath le convendría también tener cerca de sí una fuerza combatiente como la que comandaba David, y por otra parte debía pensar que al convertirse en su aliado, David se haría odioso a los ojos de Israel, por lo cual se vería algún día forzado a quedarse a su servicio.

Es lástima que no tengamos, de la parte filistea, datos sobre este Aquis, que parece haber sido o muy respetado en su confederación o muy hábil para atreverse a negociar con un jefe hebreo tan activo y capaz como David, al mismo tiempo que toda la nación filistea llevaba la guerra contra Israel. Entre Aquis y David hubo un entendimiento prolongado. Al salir de la zona de Ziff, David se dirigió a Aquis y obtuvo que éste le diera Siceleg como lugar donde vivir con su gente. Siceleg debía ser un villorrio situado al sur, en las lindes del desierto del Neguev, y por tanto dentro de lo que podríamos considerar la jurisdicción de Gaza, no de Gath. Una de dos: o Aquis era señor de Siceleg porque lo habían conquistado invasores filisteos procedentes de Gath o porque lo heredó, o Aquis se puso de acuerdo con el señor de Gaza para que David pudiera ocuparlo.

Hacia Siceleg se encaminó David con sus mujeres, sus hombres y las mujeres y los hijos de sus hombres. Podemos imaginarnos a la columna, seguramente de más de mil personas, y quizá de dos mil, dirigiéndose hacia Siceleg en asnos, a pie, cargando sus enseres. Los había de varias tribus, de Benjamín, de Gad, de Judá, de Manasés. “Eran arqueros y tiraban

piedras lo mismo con la mano derecha que con la izquierda, y disparaban flechas con el arco” (I Paralip. 12:2); “soldados diestros en la guerra, armados de escudo y lanza, semejantes a leones y ligeros como cabras monteses” (I Paralip. 12:8).

De hecho, al entenderse con los filisteos, David estaba traicionando a su pueblo. Pero estaba también salvando la vida, y esa vida sería preciosa para Israel. Hasta Siceleg no le perseguiría Saúl. Y era de Saúl de quien él tenía que librarse, aunque para lograrlo se enajenara la simpatía de los hebreos. Su claro instinto político le decía que para ser rey necesitaba vivir. Vivir era lo primero, y todavía por esos tiempos lo más importante para David parece que era ver ponerse el sol de cada día.

Un año y cuatro meses iba a estar David bajo el amparo de los enemigos jurados de Israel. Después de ese tiempo, otro sería el curso de su vida.

X

EN EL QUE SE REFIERE CÓMO MURIERON EL REY SAÚL Y SU HIJO JONATÁN Y LO QUE HIZO DAVID CUANDO SUPO LA NOTICIA

Durante los dieciséis meses que estuvo en Siceleg, David no cesó de combatir. Hizo la guerra, a exterminio completo, a todos los pueblos que se hallaban entre Filistea, Israel, Egipto y el Mediterráneo. Se han buscado explicaciones para esa manera de guerrear de David en la época de Siceleg, pero no parecen satisfactorias. Tal vez a esas incursiones le llevaba la necesidad de alimentar a sus hombres y a sus familiares, que ni eran agricultores ni podían dedicarse a sembrar estando en el desierto. Manejar seiscientos hombres de armas no es fácil, y es menos fácil mantenerlos unidos en la inactividad, sobre todo si se trata de gente que no conoce la disciplina. Conviene no olvidar que los seguidores de David eran, por lo menos en número importante, prófugos como él, unos por deudas, otros por haber cometido crímenes, otros porque huían de sus amos.

Es posible que David tomara en cuenta que la mayoría de ellos procedían de tribus hebreas. Tal vez hubiera algún idumeo, algún moabita, algún hitita, pero la relación de nombres que figura en I Paralipómenos indica que el grueso de esa gente era de Israel. Una manera de equilibrar el prestigio de David, aliado de los filisteos, ante sus seguidores, era guerreando contra pueblos enemigos de Israel, puesto que entonces David aparecía a sus ojos como el adalid de su raza, que no perdonaba a los malditos de Yavé.

David al servicio de Aquis de Gath

Esta es una suposición que en realidad no tiene base, pero en la que hay que caer porque los datos que se tienen acerca de esos combates son escasísimos, apenas doce versículos para cubrir un año y cuatro meses de la vida de David en un período de gran actividad, y sólo cuatro versículos para relatar la serie de guerras de que estamos hablando. Algunos autores han pensado que si David mataba todo ser viviente en esas incursiones era porque no quería que las noticias de sus ataques llegaran a oídos de su aliado Aquis de Gath, que era a la vez aliado de los pueblos atacados por David, y porque David pretendía hacerle creer a Aquis que él estaba combatiendo sólo contra Israel. Los autores que piensan así no caen en cuenta de que están atribuyéndole a David una mala fe, en su pacto con Aquis, que parece no haber tenido, y al mismo tiempo le atribuyen a Aquis de Gath una incapacidad escandalosa para enterarse de lo que estaba pasando en sus dominios, o por lo menos en sus cercanías.

Dentro del cuadro de la realidad no cabe el argumento de que David mataba sin compasión para que Aquis no se enterara de lo que él estaba haciendo. Según los partidarios de esa tesis, Aquis no podía saberlo porque David no dejaba supervivientes que le informaran. Eso es humanamente imposible. Aquis debía estar enterado, y la única explicación que podemos hallar, si desechamos la hipótesis que hemos expuesto al comenzar este capítulo, es que entre el autor de los ataques y su protector debía haber un acuerdo para repartirse el botín. Lo que sucede es que las noticias de ese acuerdo no han quedado para la posteridad.

En realidad, el hijo de Isaí se alió con Aquis para todo. Él fue a ocupar su puesto entre los filisteos para invadir a Israel, Si no participó en la invasión de 1010 a. de C. fue debido a que los jefes de la federación filistea no tuvieron

confianza en él. En la batalla de Gélboe había un puesto para el yerno de Saúl. Si ese puesto se quedó esperándole no se debió a su voluntad, sino a la voluntad de los enemigos de Saúl. Pero ese punto se tratará a su tiempo, en este mismo capítulo.

Movilizó Filistea a sus hombres para irrumpir en Israel, y la noticia llegó a oídos de Saúl. Este rey de instintos violentos sintió que su hora se acercaba. Hacía treinta años que reinaba sobre su pueblo. La mayor parte de ese tiempo la había pasado en los campamentos. Debía tener más de setenta años. Era grande; les llevaba de la cabeza arriba a los hombres más altos de Israel. Era impulsivo; había gobernado, guerreado, odiado y vivido con intensidad. Después de haber muerto Samuel, hizo desaparecer del reino a todos los adivinos y evocadores de los muertos; sin duda no porque así cumplía la voluntad de Yavé como han creído algunos, sino porque evitaba que Samuel hablara por boca de esos evocadores y adivinos y propagara la noticia de que el reinado de Saúl estaba llegando a su fin y se acercaba el de David. Al cabo de más de un cuarto de siglo de hallarse bajo la voluntad de Saúl, que por cierto era despótica, Israel aspiraría a un cambio, y a los adivinos y evocadores les era fácil expresar ese deseo colectivo achacando sus palabras a Samuel.

Las fuerzas filisteas se movieron hacia el nordeste, dejando probablemente hacia su flanco derecho los poblados benjaminitas. El hecho de que los filisteos se internaran hacia el nordeste, como en busca del Jordán o como si desearan enlazar con los pueblos transjordanos enemigos de Israel, sin cuidarse de presentar batalla dentro del territorio de Israel, denota que el poderío de los invasores era grande, puesto que cruzaban la tierra enemiga sin miedo a los ataques por los flancos en que tan avezados eran los hebreos, hechos a la guerra de guerrillas.

Saúl no tardó en comprobar personalmente que así era, y se impresionó. Trató de ver a una adivina, lo que no era fácil porque él mismo las había perseguido. Al cabo de ciertos trabajos pudo tener a una frente a sí. La adivina invocó el espíritu de Samuel y éste anunció la catástrofe; Israel sería derrotado, Saúl y sus hijos morirían. Con ese terrible presagio asistió Saúl a la batalla de Gélboe.

David marchó con los filisteos, al frente de sus seiscientos hombres, y penetró con los invasores en Israel. Se hallaba, pues, en guerra contra sus hermanos. De reyezuelo del desierto había descendido a capitán de un príncipe filisteo, el señor de Gath. Si llevaba o no intención de traicionar a sus nuevos aliados en la hora decisiva, es materia de imaginación, no de interpretación. Pues nada indica tal cosa ni da pie a la sospecha de que tuviera esa idea.

Aquis despide a David

En este momento, David está a pique de malograr su destino, y por eso no puede uno sustraerse a la idea de que él fue objeto de la historia. La historia cuidaba de él para que después pudiera ser útil a Israel. Nunca había llegado David tan abajo como ese día y nunca más volverá a estarlo. No es extraño que las grandes vidas ofrezcan caídas así. Lo extraordinario en este caso es que David se halla a punto de hundirse para siempre precisamente en las vísperas de su ascensión. En la batalla de Gélboe se decidió su destino, y él salió de Siceleg para participar en esa batalla. De haber tomado parte en ella, otro habría sido el curso de su vida. Salió a incorporarse a los invasores y marchó bajo las órdenes de Aquis, en la retaguardia filisteo. Cuando los jefes de la federación protestaron de su presencia, él suplicó para que le dejaran seguir y proclamó su lealtad a los filisteos, a Aquis, por lo menos. Pero lo rechazaron, y mientras los enemigos de su pueblo entraban en Israel

para derrotarle en Gélboe y dar muerte a Saúl y a sus hijos, él, David ben Isaí, marchaba hacia el sur, a combatir a los amalecitas, también enemigos tradicionales de su raza.

Esta hora decisiva de David está relatada en el Libro I Samuel (29:1 al 11) y en la siguiente forma: “Reunieron los filisteos todas sus tropas en Afec, e Israel acampaba cerca de la fuente de Jezrael. Mientras avanzaban los príncipes de los filisteos a la cabeza de sus centenas y millares, David y los suyos marchaban a retaguardia con Aquis. Y los jefes de los filisteos preguntaron: ‘¿Qué hacen aquí estos hebreos?’ Aquis les dijo: ‘¿No veis que es David, siervo de Saúl, rey de Israel, que está conmigo hace días y años, sin que haya hallado yo la menor cosa que reprocharle, desde que se pasó a nosotros hasta ahora?’ Pero los jefes de los filisteos se enfurecieron contra Aquis y le dijeron: ‘Despide a ese hombre, y que se vuelva al lugar que le has asignado; que no venga a la batalla, no se revuelva contra nosotros durante el combate. ¿Cómo podría él volver al agrado de su amo mejor que ofreciéndole cabezas de nuestros hombres? ¿No es ese David del que cantaban danzando: Saúl mató sus mil, pero David sus diez mil?’. Aquis llamó a David y le dijo: ‘Como vive Yavé, que tú eres hombre leal, y yo veo con buenos ojos tu conducta en esta expedición sin haber visto en ti nada malo desde que llegaste a mí hasta hoy; pero a los príncipes no les agrada. Vuélvete, pues, y torna en paz, para no desagradar a los príncipes de los filisteos’. David respondió: ‘¿Pero qué te he hecho yo y qué has hallado tú en tu siervo, desde que estoy junto a ti hasta hoy, para que no marche yo a combatir a los enemigos de mi señor, el rey?’. Aquis respondió a David: ‘Yo sé bien que tú has sido bueno conmigo, como un ángel de Dios; pero los jefes de los filisteos dicen: Que no suba con nosotros a la batalla. Así que, levántate de mañana tú y los siervos de tu señor que han venido contigo: iréis al lugar que os he señalado; no guardes resentimiento en tu

corazón, porque me eres grato; levantaos bien de mañana y partid en cuanto sea de día”. David y sus gentes se levantaron bien temprano, y partieron de vuelta a la tierra de los filisteos, y los filisteos subieron a Jezrael.

¿Con qué pensamientos iría David marchando hacia Siceleg? De ser un yaveísta sincero, con alivio, puesto que milagrosamente se libró de combatir contra el pueblo elegido de Yavé y al lado de los que habían capturado el Arca sagrada justamente en las cercanías del sitio donde David fue rechazado por los jefes filisteos. Ahí, en Afec, cuando todavía vivía Elí, perdió Israel cuatro mil hombres a manos de los que ahora repudiaban a David; en las proximidades de ese lugar se perdieron entonces treinta mil hombres, el Arca y la libertad. De ese sitio tenía David que devolverse hacia Siceleg mientras los filisteos penetraban Israel adentro, hacia el nordeste, en busca de los pasos del Jordán.

Ahora bien, ¿fue David un yaveísta sincero; no de los que temían a Yavé, pues no hay duda de que se hallaba en ese número, sino de los que le amaban, como Samuel? ¿Fue él un hombre que sentía la presencia de Yavé o fingió serlo para sus fines políticos? ¿Hacía él lo que le dictaba el corazón o nada más aquello que convenía a sus propósitos? En ese momento, en esos días, mientras se hallaba en sus treinta años o al borde de cumplirlos, ¿qué gobernaba su vida: el sentimiento, la voluntad o la ambición? Y de ser la ambición. ¿No ha llegado la hora de pensar que cuando aceptó marchar junto a Aquis sobre Israel había renunciado ya a ser rey de Israel y se conformaba con ser un reyezuelo del desierto al servicio de Aquis, a quien llamaba “mi señor” y de quien se decía “siervo”? Y en ese caso, ¿no era para él un fracaso haber sido repudiado cuando veía cerca la hora de mostrarles a sus nuevos compañeros de armas su capacidad de guerrero, la bravura de su corazón y el poder de su brazo?

Combate contra los amalecitas

Muy penoso debió ser el camino de vuelta hacia Siceleg para David y sus hombres, pero muy grande fue su cólera cuando se acercaban a sus reales y lo vieron en ruinas. Los amalecitas habían atacado, aprovechando la ausencia de David; habían apresado a cuantos se quedaron en el villorrio, niños, ancianos y mujeres, las dos de David entre ellas, y se habían internado en sus predios después de haber destruido el poblado por medio del fuego.

La primera reacción de los hombres de David fue contra su jefe, a quien acusaron de ser el responsable del desastre. Es de pensar que algunos de aquellos hebreos que temían a Yavé, creyendo que los amalecitas habían dado muerte a su mujer y a sus hijos, gritarían que todo aquel mal les venía por haber David traicionado a Yavé pasándose a los filisteos. La rebelión tomó cuerpo en seguida, y los violentos seguidores de David decidieron lapidar a su jefe.

Pero David tenía de su parte al sacerdote Abiatar, el hijo de Ajimelec, y a él pidió que invocara a Yavé. Yavé habló por boca de Abiatar y ordenó la persecución de los amalecitas. Yavé, pues, estaba todavía con David. Los guerreros del desierto tomaron a la carrera el camino de Amalec. Había sido tan fatigosa la marcha desde Siceleg hasta Afec, y el retorno de Afec a Siceleg, que de los seiscientos hombres de David más de docientos se quedaron atrasados, sin que pudieran participar en la persecución de los amalecitas. Un egipcio hallado en el desierto ofreció datos útiles y los guió hasta el campamento enemigo. David ordenó el ataque de inmediato, y la batalla duró varias horas, “desde la aurora hasta el atardecer”. Los amalecitas fueron destruidos, y los sobrevivientes escaparon en camellos. De los secuestrados en Siceleg, ninguno faltaba.

Fue grande el botín, y David ordenó no sólo que se repartiera con los doscientos guerreros que no pudieron llegar al

campo amalecita, sino que separó cantidades apreciables y las envió a los “de Betul, a los de Ramat de Neguev, a los de Jatir, a los de Arara, a los de Sitamot, a los de Estamoa, a los de Carmel, a los de las ciudades de los jeramelitas, a los de las ciudades de los quenitas, a los de Jorma, a los de Borasán, a los de Atao, a los de Hebrón y a los de todos los lugares donde David y su gente había estado” (I Sam. 30:26 al 31). Se las envió con este recado: “Ahí va para vosotros un presente, el botín de los enemigos de Yavé”.

Ahí está el político. Yavé da el reino, pero el pueblo debe respaldar esa decisión de Yavé. No hay duda de que David apreció el incendio de Siceleg como una señal de la cólera de Yavé por haber ido a ofrecer su fuerza a los enemigos de Israel. Con la rapidez característica en su manera de actuar, David, que ha tenido la buena fortuna de hallar un rico botín en el campo amalecita, dispone que sus obsequios lleguen a Israel antes que la noticia de que él había entrado, aliado a los filisteos, en la tierra escogida por Yavé. El botín debía ser más elocuente que la lengua de sus adversarios. David, pues, reconocía su error, puesto que se adelantaba a impedir su difusión. Algo casi sobrenatural, ese instinto político que había traído al mundo, su excepcional don de adivinar la oportunidad propicia para actuar, le estaba aconsejando esa medida. Pues a esa hora Saúl había sido derrotado y muerto en Gélboe, junto con sus herederos. David no lo sabía, pero su fina sensibilidad captaba algo en el aire.

Batalla de Gélboe. Muerte de Saúl y sus hijos

Saúl había acampado en Gélboe y desde allí, habiendo visto el poderío filisteo, fue a consultar a la adivina que le profetizó la muerte. De manera que cuando aquella misma noche retornó a su campamento, llevaba la batalla perdida en el fondo de su corazón. Un hombre de instintos tan violentos como él

sabía que su hora había llegado. Empeñada la acción, combatió con su acostumbrada valentía, pero fue herido de flecha en la cadera. Saúl padecía delirio de persecución, quizá sufría de aura epiléptica; era violento y cruel. Pero en las batallas se comportaba como todo un rey. Cuando se vio herido, se negó a caer vivo en manos enemigas y pidió a su escudero que lo atravesara con su espada. El escudero no quiso obedecerle. Saúl, entonces, puso la suya en tierra, la punta hacia el corazón, y se lanzó sobre esa punta. Los incircuncisos no le afrentarían en vida. Al verle muerto, su escudero siguió su ejemplo.

El heroico Jonatán cayó luchando. Cayeron también Abinadab y Malaquías, hijos de Saúl. Cayeron muchos. Al verse sin jefes, los hombres de Israel se dispersaron, huyendo por las orillas del Jordán y por los montes de Gélboe. Los filisteos dieron con los cadáveres de Saúl y de sus herederos y se apoderaron de sus armas. Los cadáveres fueron colgados de las murallas de Betsán, como testimonio de la gran derrota de Israel. Pero cuando en Jabes de Galad, que estaba al oriente del Jordán, se supo que los cuerpos de Saúl y de sus hijos se hallaban expuestos al sol, a las lluvias y a las aves de rapiña, recordaron que la primera acción real del hijo de Quis fue matar sus bueyes y enviarlos en pedazos por Israel para mover a los soldados de Yavé hacia Jabes de Galad, sitiada por Nahas, jefe ammonita; lo recordaron a pesar de que habían pasado treinta años desde que el flamante rey Saúl había llegado a los muros de la ciudad después de haber hecho retroceder a Nahas. Los hombres de Jabes de Galad marcharon hacia Betsán, se apoderaron de los cuerpos colgados en las murallas y volvieron con ellos a Jabes. Allí los quemaron, sepultaron los huesos calcinados bajo un terebinto y declararon un ayuno de siete días.

Del campo de Gélboe huyó un hombre. Era hijo de amalecita. Probablemente se trataba de un aprovechado, que acertó a pasar cerca de Saúl cuando ya éste había muerto, y

quiso hacerse grato a los ojos de David. En esos días era público y notorio que si Saúl moría, y sobre todo si morían también sus herederos, el título de rey caería sobre David. Los adivinos y los invocadores de muertos se habían encargado de propagar por todas partes que el espíritu de Samuel anunciaba el reinado de David, y el propio David debe haber hecho difundir la noticia de que Samuel le había ungido futuro rey antes de su muerte.

Es el caso que aquel hijo de amalecita debía creer lo que sin duda tantas veces oyó. Todo el mundo en Israel sabía que David moraba en Siceleg. Hacia Siceleg, pues, se dirigió el fugitivo de Gélboe. Recorrió sin descanso la distancia entre Gélboe y Siceleg, y llegó a este punto tres días después del combate librado por David contra Amalec. Llevaba los vestidos desgarrados y la cabeza llena de polvo, lo que indicaba que era portador de noticias de muerte. Al llegar ante David se echó en tierra y contó el desastre de Gélboe.

Hasta ahí todo iba bien. ¿Por qué se le ocurrió al fugitivo mentir diciendo que él mismo había dado muerte al rey, si bien debido a que Saúl se lo había pedido? ¿Creyó que con eso cobraba a los ojos de David un valor singular, el del enviado providencial que le había quitado la vida a su enemigo? En acabando de hablar, como para dar mayor fuerza a sus palabras, entregó a David una diadema que Saúl usaba en la cabeza y un brazaletes, también del uso de Saúl. Al parecer, esos eran los símbolos del poder real.

David era el rayo de Israel. Caía en forma inesperada y con velocidad escalofriante. Un segundo le bastaba para saber qué debía hacer, y lo hacía. Esa vez, sin embargo, actuó a ciegas, sin darse cuenta de lo que hacía. Cuando oyó a aquel hombre se levantó, rasgó sus vestiduras en señal de dolor, preguntó al hijo del amalecita cómo se había atrevido a poner sus manos en el unguento de Yavé, y en el acto ordenó su muerte. Iba

muriendo el hombre cuando oyó a David sentenciar. “Caiga tu sangre sobre tu cabeza. Tu misma boca ha atestiguado contra ti al decir: Yo he dado muerte al ungido de Yavé” (II Sam. 1: 16). Es de suponer la impresión que ese suceso dejó en el alma de los seguidores de David.

El episodio es a la vez majestuoso y terrible. El decapitado que yacía a los pies de David acababa de llevarle la noticia que había esperado durante años. Su corazón, pues, debió saltar de alegría, y he aquí que lo que hacía era llenarse de una cólera sagrada. ¿Qué había sucedido? ¿Respetaba David tanto la dignidad de rey que veía en Saúl a un padre? Objeto de la historia como lo era, ¿sentía, sin comprenderlo, que con su tenaz persecución Saúl le había hecho rey, y se lo agradecía con el instinto en forma tan violenta que vengaba su sangre decapitando al matador; o al entrever su destino como a la luz de un relámpago su alegría fue tan intensa que tocó los lindes de lo trágico, y sin darse cuenta sacrificó ese hombre a su destino como hubiera sacrificado un cordero ante Yavé?

El hijo del amalecita yacía al sol de Siceleg, mientras la arena del desierto se enrojecía con su sangre. David ben Isaí tomó el arpa, y he aquí la elegía que compuso:

*Tu gloria, Israel, ha perecido en tus montes;
¿Cómo cayeron los héroes?
No lo propaléis en Gath;
No lo publicuéis por las calles de Ascalón,
Que no se regocijen las hijas de los filisteos,
Y no salten de júbilo las hijas de los incircuncisos.
¡Montes de Gélboe! No caiga sobre vosotros ni rocío ni lluvia,*

*Ni seáis campo de primicias,
Porque allí fue abatido el escudo de los héroes,
El escudo de Saúl, como si no fuera el ungido con el óleo.*

*De la sangre de los muertos, de la grasa de los valientes,
El arco de Jonatán no se hartaba nunca.*

*La espada de Saúl no se blandía en vano.
Saúl y Jonatán, amados y queridos, inseparables en vida,*

Tampoco se separaron en la muerte.

Más ágiles que las águilas,

Más fuertes que los leones.

Hijas de Israel, llorad por Saúl, Que os vestía de lino

Y adornaba de oro vuestros vestidos.

¿Cómo han caído los héroes en medio de la batalla?

¿Cómo fue traspasado Jonatán en las alturas?

Angustiado estoy por ti ¡Oh Jonatán, hermano mío!

Me eras carísimo,

Y tu amor era para mí dulcísimo,

Más que el amor de las mujeres.

¿Cómo han caído los héroes?

¿Cómo han perecido las armas del combate?

(II Sam. 1:19 al 27)

Quien compuso esa elegía que a poco repetirían todas las voces de Israel, ¿era un aliado de los filisteos, era un enemigo de Saúl? ¿No elogiaba en ella al rey caído y no decía “que no se regocijen las hijas de los filisteos, y no salten de júbilo las hijas de los incircuncisos”?

Como borra la ola la huella fresca grabada en la arena, así en un sólo día la inteligencia de David borraba en el recuerdo de Israel sus años de lucha contra Saúl y su alianza con los enemigos de Yavé.

XI

EN EL QUE SE VE A DAVID LLEGAR A REY DE JUDÁ Y SE EXPLICA CÓMO EMPEZÓ LA GUERRA CONTRA LOS DESCENDIENTES DE SAÚL

Estamos en el año 1010 a. de C. Nos hallamos en el momento mismo en que la imagen de Israel y la imagen de David comienzan a unirse. En poco tiempo esas dos imágenes acabarán confundiéndose y comenzará entonces una nueva era para el pueblo que perdió la batalla de Gélboe y para el caudillo que va a libertarlo y a engrandecerlo. A partir de este momento Israel y su jefe irán creciendo sin cesar; medio siglo después, Israel mostrará al mundo un esplendor que pocos hebreos se atrevieron a soñar.

En los primeros momentos, sin embargo, después de la batalla de Gélboe, la situación debía parecer muy distinta. Pues Israel había perdido a su rey y a los herederos de la monarquía, infinidad de hombres huían por la zona montañosa del Jordán y los vencedores, lógicamente, debían ir imponiendo guarniciones en los lugares importantes que tomaban. Nunca llegan a decirnos los textos cómo procedían los filisteos después de invadir, y sólo por alguna que otra referencia podemos deducir que dejaban guarniciones en ciertas ciudades. ¿Hicieron lo mismo en las tierras de Judá después de la muerte de Saúl?

Aquí estamos frente a uno de esos misterios políticos de la antigüedad que no pueden explicarse sino por conjeturas. Pero visto que Filistea era una confederación de príncipes, que

ocupaba la línea de la costa mediterránea al occidente de Judá, y visto que las ciudades federadas eran cinco, debemos pensar que cada príncipe o señor filisteo tomaba para su feudo una parte de Israel. En ese caso Judá podía tocarle a Gath. El señor de Gath era Aquis, el aliado de David.

Si esta suposición se acerca a la verdad, queda una pregunta por hacer: ¿Por qué entonces Aquis de Gath no extendió el año 1010 a. de C. su señorío por Judá, pasando así a gobernar él, directamente, el territorio que había entre las fronteras de Filistea y el Mar Muerto? A la cual podría tal vez contestarse con esta otra: ¿Por qué ninguna de las veces que los filisteos dominaron en Israel extendieron su señorío sobre el pueblo elegido? Pues de lo que se lee en la Biblia se infiere que las veces que los filisteos vencían a los hebreos establecían alguna que otra guarnición y tal vez gobernadores militares en las ciudades más importantes de Israel, pero nunca dejaron de ser meros ocupantes transitorios. Israel pasaba a ser tierra sometida, pero no parte de Filistea. Lo más probable es que los invasores se preocuparan sobre todo en recoger botín y en cobrar tributos.

La explicación más plausible que podemos hallar es la de que, tratándose de una organización federativa, los filisteos querrían conservar dentro de sí cierto equilibrio de poderes. Filistea no era un reino o siquiera un estado centralizado; era una federación de ciudades que actuaban de acuerdo en las guerras. Esto último puede afirmarse porque se hace evidente en las repetidas invasiones de Israel. Pero posiblemente no actuaban unidas en la paz ni a la hora de repartirse el botín. Muy bien podía ocurrir que una vez cumplida la acción de las armas cada príncipe se comportara según le conviniera, y hasta que se diera el caso de que algunos de ellos confiaran el cobro de los tributos a jefes de su amistad o confianza.

Quizá éste fue al principio el papel de David, sólo que en escala más amplia. David era aliado de Aquis de Gath, un aliado que había sido para el señor de Gath “como un ángel de Dios”, que le “era grato a su corazón”, que había estado con él “días y años” sin que él hubiera hallado en el aliado hebreo “la menor cosa que reprocharle”; un “hombre leal”, cuya conducta veía Aquis “con buenos ojos”, sin que hubiera “visto nada malo” en él desde que llegó a Gath. Todo eso dijo Aquis de David ante los jefes de Filisteia. El curso de los hechos indica que Aquis creía de David tanto como decía.

David reina sobre Judá

Si bien ningún dato concreto nos permite fundamentar la suposición de que David fue designado rey de Judá con el apoyo filisteo, la circunstancia de que fuera ungido rey a raíz de la muerte de Saúl autoriza a pensar que así fue. Ahora bien, ¿cuáles, entre los señores filisteos, le dieron el apoyo necesario para ser proclamado rey de Judá? No podían ser los que muy poco antes dudaban de David y le hicieron volver de Afec a Siceleg. Entre los jefes invasores sólo Aquis tenía confianza en el hijo de Isaí. Hay que llegar a la conclusión, pues, de que Judá quedó, una vez vencido Israel en Gélboe, bajo la jurisdicción de Aquis de Gath, y sólo esto explicaría que David fuera ungido rey de Judá sin oposición de parte de los filisteos.

El reino de Judá iba a ser una entidad nueva, pues Judá no había sido un país aislado sino uno de los tantos territorios de Israel. La única manera que tenemos de explicarnos esta creación del reino de Judá es la que hemos entrevisto, esto es, que a raíz de la batalla de Gélboe, Israel quedó repartido en lo que ahora se llamarían “zonas de influencia”. En verdad, no hay dato alguno que se oponga a la tesis de que Judá quedara bajo el feudo de Aquis de Gath y de que éste autorizara a

David a establecer un reino allí. Conociendo a David, lo lógico es que deseara reinar sobre todo Israel; que alegrara, incluso, que él había sido ungido por Samuel como sucesor de Saúl. Pero si Aquis de Gath actuaba siempre como lo hizo en Afec cuando aceptó las protestas de los restantes príncipes filisteos y pidió a David retornar a Siceleg porque así se lo pedían esos príncipes, y si halló difícil convencer a sus iguales de que el reino de Israel debía quedar como antes, pero con David a su frente, no es aventurado pensar que encontró la manera de salir airoso del paso aconsejándole a David que se hiciera designar rey de Judá, para lo cual él, Aquis de Gath, le daría autorización. De ser así el rey de Judá reinaría, pero no gobernaría en forma completa, a menos que tuviera una habilidad política tan extraordinaria que le permitiera irse adueñando poco a poco de los instrumentos del poder sin despertar sospechas entre los señores filisteos.

La presencia de un hijo de Saúl en la Transjordania después de los sucesos de Gélboe y su proclamación como rey de Israel con el apoyo de Abner, jefe de los ejércitos de Saúl, puede ser otra razón para explicar el establecimiento del reino de Judá, y de ello nos ocuparemos en este mismo capítulo. Por ahora vamos a seguir a David.

Éste pasó de Siceleg a Hebrón. Obsérvese que no fue a Belén, como fue Saúl a Gueba de Benjamín treinta años antes. ¿Pensó David que si se trasladaba a Belén iba a darle a su actuación futura un localismo perjudicial para su porvenir político? ¿Escogió premeditadamente a Hebrón, la ciudad vinculada a Abraham por tanto llena de prestigio histórico entre los hebreos? El caso es que no fue a Belén, sino a Hebrón; que llevó allí a sus dos mujeres y a sus hombres de armas, “a todos los que estaban con él, cada uno con su familia”, y sin duda tanto por motivos de falta de espacio como para no causar recelos, dispersó a su gente en las villas vecinas: “habitaron en las ciudades de

Hebrón” (II Sam. 2:3). Inmediatamente después, “vinieron los hombres de Judá y ungieron allí a David rey de la casa de Judá” (II Sam. 2:4). Ya tenía el título, que en ese momento era deleznable, pero que él iría haciendo valer poco a poco, a la vez que el título, fortaleciéndose, le iba dando fuerzas a él.

David ha pasado de prófugo de Saúl a rey de Judá. Dos etapas de su vida pública han quedado atrás, cada una con sus episodios definidos: la tercera, que es a la vez definitiva para él y para Israel, va a comenzar ahora. Así como en la primera fue cantor, guerrero y yerno del rey; en la segunda, prófugo, jefe de banda, aliado y tal vez vasallo de Aquis de Gath; así en la tercera será rey de Judá, rey de Israel, conquistador de pueblos, rey destronado por su hijo, rey restablecido, y al fin abdicará antes de morir. A los treinta años, todavía sin duda de bella presencia y de blondo rostro, aunque es casi seguro que barbado, el antiguo pastor de ovejas en cuyo corazón uno de sus hermanos había advertido desde temprano “malicia y orgullo”, se ve ungido rey de la casa de Judá. Una mano invisible y, sin embargo, poderosa parece haberlo ido conduciendo a lo largo de su joven vida. No fue él quien solicitó servir a Saúl, sino que Saúl mandó por él y le pidió al anciano Isaí que lo dejara a su servicio; no salió a hacer la guerra, sino que la guerra lo hizo a él renombrado capitán; no le pidió al rey ser su yerno, sino que el rey le ofreció su hija mayor; no hizo nada para que Saúl quisiera darle muerte, y al señalarlo como a su mayor enemigo Saúl lo convirtió en la esperanza de los que no amaban como rey al hijo de Quis; no fue él quien dio muerte a Saúl y a Jonatán y a los restantes hijos de Saúl, y esas muertes le daban el título de rey. Ese título le permitiría realizar cabalmente su destino y hacer, al mismo tiempo que la suya, la grandeza de Israel.

El sentido de la oportunidad que tenía David, ese don admirable que le permitía escoger el momento preciso en que debía actuar, esa especie de condición felina que le señalaba

siempre a tiempo cuándo debía dar el salto sobre la presa, estaba desarrollado y maduro en él, a pesar de su juventud, cuando pasó de jefe de banda a rey de Judá. Por otra parte, él sabía administrar su actuación política, esto es, tenía conciencia de lo que era el poder. No creía en la fuerza como medio permanente de sostenerlo; creía también en el sentimiento ajeno, en la simpatía de los demás, que él debía conquistar a tiempo. Esto se advierte en muchos de sus actos de caudillo. Así, tan pronto como se vio ungido rey de Judá, pensando ya en extender su reinado a todo Israel, envió mensajeros a Jabes de Galad, en la Transjordania, para agradecer a sus hombres que hubieran rescatado los cadáveres de Saúl y de sus hijos. “Fortaleced vuestras manos y tened valor, pues, que, muerto Saúl, los hombres de Judá me han ungido rey”, les comunicaba. “Que haga Yavé con vosotros misericordia y verdad. Yo también os pagaré con favores lo que habéis hecho” (II Sam. 2:5 al 7).

Por lo que veremos en este mismo capítulo, ese mensaje pudo haber sido autorizado por los filisteos; ahora bien, si no lo fue, su audacia es extraordinaria, mayor aún que la de los pasajes de la elegía compuesta a la muerte de Saúl y Jonatán en que pedía que no se hiciera pública la muerte del rey para que “no salten de júbilo las hijas de los incircuncisos”. Pues en el mensaje a los de Jabes de Galad, ¿no anunciaba una guerra futura contra los vencedores de Gélboe al decirles que fortalecieran sus manos y tuvieran valor? ¿No se comprometía felicitando a los que honraron la memoria de Saúl y de sus hijos descolgando sus cuerpos de las murallas de Betsán? Es más, ¿no prometía obsequios a causa de esa hazaña?

En el linde de sus treinta años David ben Isaí demostraba poseer cualidades excepcionales para la actuación política. Gobernaba bajo la protección filistea, y conspiraba contra los filisteos; era un rey recién ungido, un rey dependiente

en una porción de Israel, y tentaba a los amigos de su antiguo perseguidor con ofertas muníficas. Habiendo tomado por milagro el título de rey, empezaba a usarlo por lo que podía dar ese título en el porvenir, no por lo que estaba dando en tal momento.

Isbaal, rey de Israel

En los días en que David enviaba a Jabes de Galad el mensaje a que nos hemos referido debía hallarse ya establecido en Majanaim, ciudad de la Transjordania, Isbaal ben Saúl, el hijo del rey muerto en Gélboe. Con el apoyo de Abner, Isbaal, de cuarenta años de edad, fue designado rey de Israel como sucesor de su padre. Tanto los filisteos como David podían tener interés en evitar que Jabes de Galad, leal al recuerdo de Saúl, ofreciera sus hombres a Isbaal. El hecho de que Jabes de Galad se hallara tan separada del sector más poblado de Israel, el hecho de que de allí salieran los que rescataron los cadáveres de Saúl y de sus hijos para descolgarlos de los muros de Betsán, que efectuaran la incursión, volvieran con sus trofeos y pudieran enterrar al rey y a sus herederos sin ser estorbados, indica que Jabes no había caído en poder de los filisteos. El mensaje de David pudo haber sido dirigido, pues, con el propósito de ganar la buena voluntad de los hombres de Jabes de Galad antes de que la ganara para su causa el hijo de Saúl; y en ese caso, el mensaje pudo haber estado tácita o expresamente autorizado por los filisteos.

Isbaal fue ungido por Abner, y es sabido que Abner estuvo combatiendo en Gélboe, de donde hay que suponer que escapó con un cierto número de hombres en dirección al este. Abner representaba una amenaza para los filisteos, mucho más desde que amparaba su nombre bajo el título de jefe de las fuerzas del rey de Israel, y ese rey no era un advenedizo, sino un hijo de Saúl.

Puestos a suponer, y no nos queda otro camino, coloquemos a los filisteos, no ya sólo a Aquis de Gath sino a todos los señores filisteos, en un trance parecido: en Israel hay un caudillo militar conocido, Abner, que tiene treinta años comandando hombres de armas, que es enemigo probado de Filistea, y se halla a las órdenes de un rey cuyo padre, también rey, ha caído recientemente en lucha contra los filisteos; y hay otro caudillo, designado ya rey de Judá, que quiso combatir contra ese rey muerto y acudió a formar en las filas de Aquis de Gath; que es aliado de Filistea, por lo menos de uno de los príncipes confederados. La federación filistea, ¿en favor de quién debía pronunciarse? La lógica indica que en favor del último, esto es, de David ben Isaí, y la misma lógica nos lleva a preguntarnos si no fue la necesidad de oponer un rey hebreo al hijo de Saúl lo que aconsejó la creación del reinado de Judá para que lo encabezara el aliado de Aquis de Gath.

David era demasiado astuto para no comprender que tenía una posición privilegiada, y si se advierte que hasta la muerte de Saúl no parecía tener más preocupación que la de ver ponerse el sol de cada día y salir el de cada mañana, de sus hechos se desprende que a partir del momento en que recibe la noticia de que Saúl ha caído en Gélboe, comienza a darle un sentido a su vida. Puede ser que haya usado la proclamación de Isbaal como un argumento en favor suyo para ser designado rey de Judá, pero si ya era rey de Judá al darse la unción de Isbaal no debemos tener dudas de que aprovechó la oportunidad para fortalecer su posición.

David decidió hacer la guerra a Isbaal, y no es osadía pensar que antes de lanzarse al ataque debió solicitar y obtener el apoyo de los filisteos para hacer la guerra. No parece probable que esa guerra pudiera librarse sin la aquiescencia de los vencedores de Gélboe.

Mucho podían ganar los filisteos si David vencía a Isbaal, pero más ganaría el bisnieto de Ruth la moabita. Pues no sólo exterminaría la semilla de Saúl; no sólo destruiría a Abner, caudillo valiente, renombrado y ambicioso, sino que además podría movilizar a los hombres que habían hecho con él las campañas de los desiertos evitando así que le crearan problemas, consolidaría su prestigio y su poder como hombre de armas y extendería su reinado a todo el territorio de Israel. Consumado político como era, ejercitado en el arte de manejar a los hombres a pesar de su edad, David debió estudiar en detalle la situación que tenía ante sí y debió negociar con los filisteos, probablemente a través de Aquis de Gath; y como lo único que podía ofrecer era su lealtad a lo pactado, lealtad de la que Aquis estaba convencido, eso ofrecería.

La primera acción de la guerra contra Isbaal tuvo lugar en Gabaón, que quedaba en Benjamín, más bien hacia el oeste, y todo indica que fue una sorpresa dada por las fuerzas de David, mandadas por tres sobrinos suyos, a un grupo de la gente de Isbaal, mandado por Abner. No hay explicación para la presencia de Abner en una zona tan cercana a Hebrón y a Filistea, pero es de suponer que Abner y sus hombres habían cruzado el Jordán hacia el occidente con el fin de cumplir alguna misión. Parece que el encuentro comenzó con un combate entre pocos guerreros, que se agarraron entre sí y se atravesaron a espada, y que a raíz de ese choque Abner y los suyos huyeron. Las fuerzas de Judá persiguieron a los benjaminitas y especialmente uno de los sobrinos de David, llamado Azael, se lanzó sobre Abner. En la huida, éste acertó a clavarle la lanza a su perseguidor y lo dejó tendido en el campo. Esa muerte iba a tener más tarde consecuencias fatales para Abner.

Joab, hermano de Azael, llamado a desempeñar en los años por venir un papel de mucha importancia, mandaba a las gentes de Judá en ese encuentro, y condujo el cadáver de su

hermano hasta Belén, donde le dio sepultura. Después bajó a Hebrón, sin duda para dar cuenta de los sucesos a David, que era su tío pero que no debía llevarle muchos años. Joab demostró a lo largo de su vida ser hombre duro, un verdadero soldado que confiaba sólo en el filo de la espada, y es seguro que nunca perdonó a Abner la muerte de su hermano. Pero cuando lleguemos al momento de aclarar responsabilidades en el asesinato de Abner nos enfrentaremos con interrogaciones de muy difíciles respuestas. A la sombra de esas interrogaciones se pregunta uno si fue Joab quien no perdonó a Abner o si el sobrino fue un instrumento en las manos del rey de Judá.

“Fue larga la guerra entre la casa de David y la casa de Saúl”, rezan los textos (II Sam. 3:1), y en esa guerra “David iba fortaleciéndose cada vez más y la casa de Saúl cada vez iba debilitándose”. Desde luego, David no sólo se fortalecía frente a sus enemigos de Israel, sino que acumulaba poder para cuando llegara la hora de aplastar a los enemigos externos, a los filisteos entre ellos. Uno de los misterios de esos días es la indiferencia de los filisteos ante el creciente fortalecimiento de David. O Aquis de Gath debía tener mucha confianza en su aliado —y además debía gozar de mucho predicamento entre sus compañeros, los príncipes o señores de Filistea, para transmitirles esa confianza— o él iba debilitándose, como la casa de Saúl, acaso perdiendo fuerzas físicas por enfermedad o por vejez, y eso le impidió tomar medidas a tiempo para poner un alto a la acumulación de poder que iba haciendo David.

¿A qué expedientes recurría ese sagaz y ambicioso hijo de Isaí para mantener cegados a los filisteos? ¿Qué hacía? ¿Colmaba a Aquis de Gath de oro y de honores? ¿Buscaba más allá de las fronteras de Israel alianzas con qué equilibrar su posición? No lo sabemos. No hay constancia en los textos de la política de David. Sólo podemos sospechar lo de las alianzas porque cuando el rey de Judá se instaló en Jerusalén, Hiram,

rey de Tiro, le envió artesanos y materiales para la construcción de un palacio, lo cual ofrece indicios de un grado estrecho de relaciones entre el rey del puerto fenicio y el rey de Israel, sin que tengamos la menor idea de si esas relaciones comenzaron desde que David pasó a ser rey de Judá o si se establecieron después.

Abner se aparta de Isbaal y hace pacto con David

La guerra con la casa de Saúl fue larga, pero ignoramos cuántas batallas se libraron en ella y ni siquiera se nos dice cuáles fueron las más importantes. Se sabe que la acción de las armas duraba todavía cuando ya estaban celebrándose conversaciones de paz, puesto que se refiere que estando Abner en Hebrón llegó allí Joab cargado de botín, tomado sin duda en alguna acometida a los benjaminitas.

La guerra se decidió debido a una defección de Abner. Isbaal halló a su general en el lecho de Risfa, que había sido concubina de Saúl y le había dado dos hijos al rey, y esto le sorprendió sobremanera al hijo de Saúl porque la posesión de la mujer de un muerto equivalía a suplantarle; era una demostración de señorío y propiedad sobre lo que había sido del muerto. En el caso de Abner, Isbaal entendió que esa acción de su jefe de armas significaba que éste tomaba posesión de lo que perteneció a Saúl, el título de rey incluido. Como es claro, Isbaal le echó en cara a Abner lo que había hecho. Abner le recordó que si era rey, a él se lo debía; le dijo que él, Abner, había pasado su vida favoreciendo a Saúl y a sus familiares y amigos, y que tenía en sus manos hacer de David el rey de Israel, cumpliendo así la voluntad de Yavé, en vez de mantenerlo en el reino de Judá.

Isbaal, de quien no hay constancia de que fuera hombre de armas, dependía de Abner para proseguir la guerra; dependía de él para seguir siendo rey, porque un rey sin ejército no

podía mantenerse ni aún habiendo paz, mucho menos si estaba perseguido por hombre tan tenaz como David. Sin embargo, aún después que Abner inició sus negociaciones con David, la guerra proseguía. Lo que se ignora es con qué intensidad estaba haciéndose y quién mandaba, en sus últimos tiempos, las fuerzas de Isbaal.

A raíz del incidente con Isbaal, Abner envió mensajeros a David para decirle que si ellos dos se aliaban él le ayudaría a convertirse en el rey de todo Israel. La pretensión de Abner no era rendirse a David, sino aliarse al rey de Judá. Eso quiere decir que a cambio de la defección algo tendría que darle David. ¿Qué le pidió Abner? No se sabe, porque Abner murió a manos de Joab antes de que pudiera recibir el precio que reclamó. Ahora bien, de atenernos a lo que sugieren los textos, en el acuerdo se establecía algún beneficio para Isbaal.

David comenzó pidiendo, como prenda de buena fe, que se le entregara a Micol, la hija de Saúl, la que había sido su primera mujer. Al reclamarla recordó que Saúl no se la había dado gratuitamente, sino que él la había obtenido “a costa de cien prepucios de filisteos”.

¿Por qué pedía David a Micol? ¿No tenía ya bastantes mujeres en su harén? Mientras estuvo en Hebrón no cesó de aumentar el número de sus esposas y concubinas, que llegó a ser bastante alto, como el de todo buen rey oriental, y que debía aumentar más para consolidar su prestigio y porque alguna vez debía acceder a enlaces de conveniencia política. En Hebrón le nació de Ajinoam el primogénito Amnón, que al andar de los años violaría a su media hermana Tamar, hermana del hermoso Absalón, a cuyas manos murió el violador; le nacieron Dodiya, hijo de Abigaíl; Absalón, hijo de Maaca; Adonías, hijo de Agit, que conspiraría para ser rey y que moriría por órdenes de su hermano Salomón; le nacieron Sefatía, hijo de Abital, y Jitream, hijo de Eglá. Seis mujeres y concubinas, por lo menos, tuvo

David en Hebrón; y si todavía no las tenía todas cuando reclamaba a Micol, sabemos con seguridad que cuando entró en Hebrón le acompañaban, Ajinoam y Abigaíl.

En la devolución de Micol intervino Isbaal, no sabemos por qué, pero es de pensar que debido a que entre él y Abner había algún acuerdo. Tal vez Isbaal no quería del todo romper con Abner, quizá el hijo de Saúl se hallaba al tanto de las negociaciones entre Abner y David y sabía que en ellas había beneficio para él. Hay muchos puntos oscuros y confusos en este asunto, y sobre toda esa guerra entre el rey benjaminita, que se hacía llamar rey de Israel, y el hijo de Isaí, que era rey de Judá, la mano de los informadores pasa con una velocidad desbocada. Es el caso que Isbaal aparece quitándole su hermana Micol a su marido, nombrado Paltí, en cuyas manos la entregó Saúl cuando resolvió que no seguiría siendo la mujer de David. El marido siguió a su mujer largo trecho, “hasta Bujarin”, señala el texto. El texto agrega también que iba llorando. En Bujarin le ordenó Abner que se devolviera, y así lo hizo.

A David no le importaban las lágrimas de Paltí. Él iba a su fin. Él, político sobre todas las cosas, necesitaba tener en su casa a la hija de Saúl. Con ello no sólo seguía siendo el yerno del muerto, lo cual le acercaba a la línea de sucesión, sino que además impedía la propagación de la simiente de Saúl, cuyos nietos —¿quién podría saberlo?— muy bien podrían recordar algún día que descendían de un rey y dedicarse a crear disturbios en perjuicio de la casa de David.

Teniendo a Micol, los nietos de Saúl serían los hijos de David. Las dos sangres se reunirían en una sola; en una sola se convertirían la casa de Saúl y la de David, y el único techo de ambas cubriría a los futuros reyes de Israel, no a reyes de Judá al sur y a reyes de Israel al norte, sino a reyes únicos de todo Israel, “desde Dan hasta Berseba”, como decía el pueblo para dar idea de la unidad de la raza sobre la tierra prometida.

XII

EN EL QUE SE EXPLICA CÓMO DAVID PASÓ DE REY DE JUDÁ A REY DE TODO ISRAEL Y QUÉ HIZO CON LOS DESCENDIENTES DE SAÚL

Al ir declinando el segundo año del reinado de Isbaal, que debía ser también el segundo del reinado de David, se acercaban a su fin no sólo la precaria monarquía del hijo de Saúl, sino que también su vida y la vida de Abner.

Abner había hablado ya con los principales jefes de las familias benjaminitas y estos habían accedido a entrar en negociaciones con David. Al parecer David le había asegurado a Abner que él libraría a Israel de los filisteos y de todos sus enemigos, pues este argumento usó el antiguo jefe de armas de Saúl para convencer a los ancianos de Benjamín de que debían pasarse al partido de David.

Abner bajó a Hebrón para comunicarle a David el resultado de sus gestiones. David le recibió ostentosamente, con un banquete, lo cual es prueba de la importancia que confería a esa visita, en la que Abner estaba acompañado por veinte personas. Después de haber hablado con el rey de Judá, Abner volvió al norte. Prometió que iba a reunir a todos los hombres importantes, probablemente de Benjamín, y que volvería con Isbaal a Hebrón. “Ellos harán alianza contigo y tú reinarás como desees”, dijo Abner a David (II Sam. 3:21). En ese momento fue cuando intervino lo que muchos consideran el odio de Joab, aunque, contrariando lo escrito y las apariencias, el estudioso de la vida de David tenga que revisar ese juicio.

Joab mata a Abner

Abner salió de Hebrón al tiempo que llegaba Joab, el sobrino de David, que retornaba de una expedición triunfante, cargado de botín. Al entrar en Hebrón le dieron la noticia de que Abner había estado allí, que había sido recibido y agasajado por el rey, y se había ido. Joab se dirigió en el acto a su tío para decirle: “¿Cómo has hecho esto? Ha venido a estar contigo Abner. ¿Por qué, pues, le has dejado irse en paz? ¿No sabes tú que Abner, hijo de Ner, ha venido a engañarte y a espiarte en tus entradas y salidas y sorprender tus planes?” (II Sam. 3:24 y 25).

Habiendo terminado de hablar, Joab se fue a dar las órdenes del caso para que Abner fuera hecho preso y devuelto a Hebrón. Así se hizo. Ahora bien, ¿partió esa orden de Joab, es decir, de su voluntad y autoridad únicamente, o le fue insinuada? ¿Es posible que un rey como David, caudillo de armas, verdadero jefe de su gente, fuera desconocido en su potestad de rey al extremo de que alguien, aun tratándose de su sobrino, se atreviera a actuar en asuntos delicados sin su consentimiento? Cuando David y Joab hablaron sobre la presencia de Abner en Hebrón, ¿le calló el tío a Joab la importancia que esta visita tenía para el porvenir de la monarquía davídica? Tratándose de que era un jefe de sus fuerzas, un sobrino, y por ambas razones un interesado en la consolidación del reinado, y tratándose además de que era hermano de Azael, muerto por Abner en Gabaón, ¿iba David a dejarle librado a su ira sin explicarle que la visita de Abner tenía un valor excepcional para la causa de todos ellos?

Ninguna de esas preguntas tiene respuesta. En el sangriento episodio que va a producirse inmediatamente, nadie acusa a David. Él no sólo se lavó las manos, como mil años después haría Pilatos en el caso de aquel que iba a llamarse el Hijo de David, sino que se las lavó ostensiblemente

haciendo ver en la forma más clara posible que él no había tenido parte en el crimen. Pero las preguntas quedan ahí, y no hay respuesta para ellas.

Llevaron a Abner preso. En la puerta —se supone que de la casa de David— lo recibieron Joab y Abisai, los hijos de Sarvia, hermana de David. Entre esos dos hermanos y Abner estaba el cadáver de Azael, muerto por Abner de un lanzazo en la sorpresa de Gabaón, dos años atrás. “Le recibieron en la puerta, y llevándolo aparte dentro de la puerta, como para hablarle en secreto, le hirieron en el vientre y le dieron muerte”. El texto dice que el matador fue Joab, pero difícilmente un hombre solo podía sorprender en forma tan infantil a un veterano en la lucha de armas. El viejo guerrero, que hizo la guerra a los filisteos, a los amalecitas, a los moabitas, y “a todos los enemigos de en torno”, cayó en una emboscada sin que le dieran tiempo a defenderse.

La reacción de David fue, como siempre, instantánea, aunque en esta ocasión es posible que estuviera preparado para recibir la noticia. La recibió y exclamó a gritos: “Inocente soy yo, para siempre, yo y mi reino, delante de Yavé, de la sangre de Abner, hijo de Ner. Caiga su sangre sobre la cabeza de Joab y sobre toda la casa de su padre. Haya siempre en la casa de Joab quien padezca el flujo, leproso, quien ande con báculo, quien muera a cuchillo, quien carezca de pan” (II Sam. 3:28 y 29).

Esta es una de las maldiciones más solemnes y espantosas que figuran en la Biblia. Podría suponerse por ella que David era sincero, sin embargo, he aquí que ese su sobrino Joab siguió siendo hombre de su confianza. Durante el resto del reinado de David figuró al frente de sus ejércitos como jefe; fue el primero en entrar en Jerusalén; derrotó a los ammonitas, a los sirios, a los edomitas; extendió el reino de David a punta de lanza; acompañó a su tío cuando éste tuvo que abandonar

su ciudad, la ciudad de David, huyendo de su hijo Absalón. El rey pidió para la casa de Joab, que era su sobrino, el flujo, la lepra, el báculo, el cuchillo, el hambre, pero le mantuvo junto a sí durante casi cuarenta años, como jefe de sus tropas y por tanto sin flujo, sin lepra, sin báculo, sin hambre. Es cierto que en su última hora, y mencionando concretamente la muerte de Abner, pediría a su hijo Salomón que no dejara vivo a Joab. Pero no le cobraba entonces la sangre de Abner, sino la de Absalón, muerto a flechazos por Joab.

Las demostraciones de dolor de David no se atuvieron a esa teoría de males que solicitó de Yavé para la casa de su sobrino; hizo más: “dijo a Joab y todo el pueblo que con él estaba: ‘Rasgad vuestras vestiduras, ceñíos de saco y haced duelo por Abner’” (II Sam. 3:31). Él mismo encabezó la comitiva fúnebre que acompañó el cadáver de Abner, que fue enterrado en Hebrón. Lloró sobre la tumba y además compuso una elegía digna de estudio, puesto que en ella, a la vez que parecía lamentar el trágico fin de Abner y de aclarar que no había muerto como prisionero, sino en libertad, recordaba que había caído como los malvados. La elegía era ésta, según II Samuel (3:33 y 34):

*¿Ha muerto Abner
La muerte del criminal?
No estaban atadas sus manos.
Caíste como caen los malvados.*

David no quiso comer ese día, alegando que “ha caído en Israel un gran capitán y un gran hombre” (II Sam. 3:38). Decía a quienes querían oírle que, aunque ungido rey, él era débil todavía, esto es, que no tenía fuerzas efectivas para imponer su voluntad, y que sus sobrinos, los hijos de su hermana Sarvia, eran muy duros.

Con esas aparatosas señales de dolor, que precisamente por aparatosas resultan sospechosas a los ojos de la posteridad,

David consiguió lo que pretendía: convencer al pueblo de que él no había tenido parte en el crimen. Los textos reconocen que “todo el pueblo lo supo, viendo con agrado lo que hacía el rey; y comprendió aquel día que no había sido obra del rey la muerte de Abner, hijo de Ner” (II Sam. 3:36 y 37).

Eso, y no otra cosa, era lo que buscaba David con demostraciones de dolor tan exageradas, con llanto que no derramó en otras ocasiones, con su elegía, con su negativa a comer. Buscaba convencer al pueblo de su inocencia en el crimen para que la noticia de su duelo llegara hasta Isbaal y hasta aquella gente principal de Benjamín que ya había acordado con Abner el reconocimiento de David como rey de Israel.

Desde luego, se sabe cómo se producen los movimientos políticos y cómo prosiguen una vez iniciados. Habiendo resuelto entenderse con David, los que seguían a Abner lo hicieron, a pesar del crimen, y hallaron buena justificación para su entendimiento en las muestras de dolor del hijo de Isaí. No podían hacer otra cosa, porque, como refieren los textos, “cuando supo Isbaal que Abner habla sido muerto en Hebrón, se le cayeron los brazos, y todo Israel quedó consternado” (II Sam. 4:1).

El reinado de Isbaal tocaba a su fin. Había reconocido la autoridad de David enviándole a Micol, había probablemente aceptado las gestiones de Abner, todo lo cual, hay que suponerlo, era consecuencia de las derrotas sufridas por sus hombres en los campos de batalla a manos de Joab y de los restantes jefes de David.

Asesinato de Isbaal

Al mismo ritmo con que David ganaba poder, lo perdía Isbaal. Un rey en caída es víctima de la cobardía de los que han estado siendo sus secuaces; en su propio hogar halla quien lo traicione. En el caso de Isbaal fueron dos benjaminitas a quienes los textos llaman “jefes de bandidos”, pero que probablemente

fueron partidarios de Isbaal; dos de esos prófugos por deudas o por crímenes que se adscribían a bandas y acababan comandándolas, y que a causa de la guerra entre el sur y norte de Israel debieron adherirse a las fuerzas del norte. El hecho de que conocieran la casa de Isbaal y de que pudieran penetrar en ella libremente indica que debieron estar al servicio de Isbaal.

Esos dos hombres se presentaron un mediodía, mientras Isbaal dormía la siesta y la portera, que había estado moliendo trigo, dormitaba a causa del calor. Los recién llegados entraron en las habitaciones del hijo de Saúl y le dieron muerte antes de que él acertara a notar su presencia. El reinado de Isbaal quedaba, pues, sin jefe. Pero como los asesinos no fueron con el fin de decapitar el reino, sino con el de obtener provechos, procedieron a cortarle la cabeza al cadáver; abandonaron la casa llevándose el repugnante despojo y huyeron sin descanso en dirección de Hebrón. Cuando llegaron a Hebrón solicitaron ver a David y lo lograron. “Estás vengado de Saúl y su descendencia”, le dijeron. “Aquí tienes la cabeza de Isbaal”.

La escena no puede ser más oriental y más digna de esos tiempos. Podemos imaginarnos a los asesinos mostrando a David la cabeza de piel descolorida y de ojos sin brillo, acaso de poblada barba. Una mano viva sujetando una cabeza muerta, agarrándola por los largos cabellos a los cuales hay sangre adherida, es una estampa bárbara muy adecuada para simbolizar la violencia de aquellas regiones en esos días. Sólo que David no era, ni en ése ni en otros aspectos, el típico monarca oriental. David podía matar, u ordenar que mataran si así convenía a sus propósitos. Pero aún viéndose en el caso de hacerlo, repugnaba el crimen y se esforzaba en aparecer como un rey que no recurría a él. Aun rodeado de pueblos inclinados a la barbarie, el de Moisés tenía una ley que le ordenaba no matar. David lo sabía, y él no gobernaba contra los sentimientos de su pueblo.

La reacción de David ante el macabro despojo fue, como siempre, instantánea. Entre las cualidades del hijo de Isaí —hay que repetirlo una y otra vez— una de las más características era esa de que los acontecimientos no le hallaban desprevenido; tan pronto como se daban, él sabía como encararlos. Su inteligencia actuaba en forma relampagueante. Casi se confundía con el instinto. Se ponía en función fracciones de segundo después de haber sido herida por cualquier hecho. Gracias a eso David era en una sola pieza poeta, político y hombre de acción.

Los asesinos de Isbaal le mostraron la cabeza de su víctima esperando que a cambio de lo que ellos consideraban servicio eminente obtendrían regalos del hijo de Isaí. Pero he aquí que éste contestó, con esa dignidad que tenía para salvar los momentos difíciles: “Vive Yavé, que me salvó de toda angustia; que si al que me anunció, diciendo: Ha muerto Saúl, creyendo anunciarme cosa grata para mí, le cogí y le maté en Siceleg, cuando parecía que era digno de albricias por la noticia, ¿cuánto más ahora que unos malvados han quitado la vida a un hombre inocente, en su casa, en su lecho, no habré de demandar su sangre de vuestras manos exterminándoos de sobre la tierra?” (II Sam. 4:9 al 12).

Y los exterminó. Por su orden les fueron cortados los pies y las manos, y los cadáveres fueron colgados en público, para escarmiento general. En cuanto a la cabeza del infortunado hijo de Saúl, fue llevada al sepulcro de Abner y enterrada donde yacía su general.

David, rey de todo Israel

Treinta años tenía David cuando fue ungido rey de Judá, hacia el 1010 a. de C. Si Isbaal fue proclamado rey inmediatamente después de la muerte de Saúl, y su reinado duró dos años según afirman los textos, David debía tener entre

treinta y dos y treinta y tres en los días en que habiéndose quedado Israel sin rey a la muerte de Isbaal ben Saúl, fueron a Hebrón los ancianos de Israel “y David hizo con ellos alianza en Hebrón ante Yavé, y ungieron a David rey sobre todo Israel” (II Sam. 5:3). De acuerdo con I Paralipómenos (11:3), el anciano Samuel, que debía tener ya de tres a cuatro años de muerto, si no más, legalizaba el acto que se estaba efectuando en Hebrón, puesto que “ungieron a David rey de Israel, según la palabra de Yavé pronunciada por Samuel”. He ahí la importancia de aquella supuesta o real unción hecha por el viejo sacerdote en Belén, en Rama, o tal vez sólo en la imaginación de David.

El ungimiento del hijo de Isaí como rey de todo Israel fue festejado durante tres días, en los cuales se comió y se bebió abundantemente, a pesar de que el número de los que llegaron de todos los rincones de Israel debió abrumar a Hebrón. Pero resultaba que a los que fueron, “sus hermanos los habían provisto de víveres, y aun los que habitaban cerca, hasta Isacar y Zabulón y Neftalí, trajeron en asnos, camellos, mulos y bueyes, pan, harina, masas de higos y pasas, vino, aceite, bueyes y ovejas en abundancia, porque Israel estaba en alegría” (I Paralip. 12:39 y 40).

Sí, Israel estaba en alegría, y David, joven todavía, de “blondo rostro y bella presencia”, veía de nuevo su estrella ascendiendo, esta vez con una seguridad pasmosa. Su vida ha comenzado a cobrar sentido. Es rey, tiene hijos que podrán proseguir su obra, y en un hombre que amaba tan apasionadamente a sus hijos, como se verá más tarde, no podría resultar extraño que el nacimiento de esos hijos —del primero, por lo menos, ocurrido en Hebrón—, haya contribuido a encauzar sus energías hacia un fin claramente entrevisto. Para David, objeto de la historia, primero, para que pudiera ser instrumento después, reinar, engrandecer a Israel

y transmitir esa grandeza y el reino a uno de sus hijos debió ser todo un destino. Sólo pensando así podría explicarse la saña con que persiguió a la simiente de Saúl, que no terminó con la muerte de Isbaal.

La destrucción final de la casa de Saúl aparece relatada en II Samuel (21:1 al 14), sin que sea posible aclarar en qué época tuvo lugar. Pero si se agrupan los hechos de David en forma lógica debemos situarla mientras él se hallaba en Hebrón, antes de la conquista de Jerusalén. Por tanto, la oportunidad de relatarla es ésta.

Los textos afirman que esa obra de David fue aconsejada por Yavé, sin duda que a través de Abiatar. Yavé había desatado un hambre de tres años sobre Israel, en castigo por la felonía de Saúl contra los gabaonitas. Este pueblo, que quedó dentro del territorio de Benjamín y, por tanto, en las inmediaciones de los reales de Saúl, no era hebreo, pero en tiempos de Josué ofreció alianza a éste, y le fue aceptada; sólo que como había engañado a Josué y a la asamblea de los principales de Israel haciéndoles creer que llegaba de muy lejos, se le sometió a cortar la leña y a acarrear el agua para la asamblea y para el altar de Yavé. En pocas palabras, los gabaonitas pasaron a ser siervos; pero se les garantizó la vida a perpetuidad, a ellos y a sus descendientes. Esa garantía había sido concedida cientos de años atrás; y de todas maneras, aunque hubiera sido concedida recientemente, poco valor podía ella tener a los ojos de un rey tan violento como Saúl. Éste, pues, un día pasó a cuchillo a gran parte de los gabaonitas, no se sabe si a raíz de la destrucción de Nob o cuando rechazaba alguna invasión filisteas. Gabaón quedaba en el camino que usaron algunas veces los filisteos para entrar en Benjamín.

Los textos aseguran que habiendo Yavé dicho que su cólera se debía a la maldad de Saúl con los gabaonitas, David consultó a estos sobre la manera de liquidar esa deuda.

Los gabaonitas pidieron siete cadáveres de la casa de Saúl para colgarlos en Gabaón, ante Yavé. Curiosa coincidencia era que toda la descendencia de Saúl alcanzara sólo a ocho personas; restando de ellas a Mefibaal, hijo de Jonatán, que por esos días era un niño lisiado al cuidado de una criada que huyó con él a raíz de la derrota de Gélboe, quedaban siete; dos hijos de Saúl con su concubina Risfa —la que provocó el disgusto entre Abner e Isbaal— y cinco hijos de Merob, la hermana mayor de Micol, la misma Merob ofrecida por Saúl a David como mujer antes de que el joven capitán desposara a Micol.

Los puntos dignos de observación en este espeluznante, episodio aumentan cuando se advierte que los textos afirman, sin la menor oscuridad, que “los siete murieron juntos en los primeros días de la cosecha, al comienzo de la siega de las cebadas”. La contradicción es patente, pues ¿cómo se nos dice que se estaba “en los primeros días de la cosecha, al comienzo de la siega de las cebadas”, si antes se ha dicho que murieron en holocausto porque había hambre en Israel, nada menos que tres años de hambre provocada por Yavé en castigo de lo que había hecho Saúl con los gabaonitas? Tal parece que David no se atrevió a cargar ante el pueblo con ese crimen, y halló la manera de achacárselo a Yavé.

Con una pasión muy de su raza, Risfa, la que había sido concubina de Saúl, no quiso abandonar los cadáveres de sus hijos y de los sobrinos de sus hijos; “tomando un saco lo tendió sobre tierra, y estuvo desde el comienzo de la cosecha de las cebadas hasta que sobre ellos cayeron del cielo las aguas de la lluvia, espantando durante el día a las aves del cielo y durante la noche las bestias del campo”.

Al hacerse pública la conmovedora lealtad de Risfa a sus muertos, David, a quien no le convenía el espectáculo, se propuso ser magnánimo: fue a Jabes de Galad, recogió allí los

calcinados huesos de Saúl y de Jonatán, que habían sido enterrados al pie de un terebinto; descendió de Jabes de Galad, cruzando el Jordán, hacia Gabaón, juntó aquí los restos de los descendientes de Saúl a los del rey y su heredero, y los llevó todos al sepulcro familiar de la casa de Saúl, donde se hallaba enterrado Quis, padre del rey.

Años después, quizá quince, quizá dieciséis, cuando ya se sentía seguro y sabía que su obra era demasiado grande para que la pudiera remover la simiente de Saúl, hallándose él en Jerusalén supo David que un hijo de Jonatán estaba vivo. Era Mefibaal. Este Mefibaal tenía cinco años cuando la derrota de Gélboe. Al llegar la noticia del desastre, que en el hogar del infante debió ser terrible por cuanto con ella llegaba también la de la muerte del padre, de los tíos y del abuelo del pequeño Mefibaal, la mujer que le cuidaba le tomó en brazos y huyó con él. En la explicable confusión, el niño se le cayó y de resultas de la caída quedó cojo para siempre. Toda esa información la obtuvo David de un viejo siervo de Saúl llamado Siba. Siba le dijo que Mefibaal estaba “lisiado de ambos pies” y que vivía en “casa de Maquir, hijo de Amiel, en Lodaban”.

El recuerdo de Jonatán debió acudir entonces a la memoria de David. Ya era rey; gobernaba desde Jerusalén y su reino crecía a ojos vistas. Debía andar por los cincuenta años; sus hijos le rodeaban y el sabía amarlos, pero Jonatán no pudo amar al suyo.

David hizo llevar a Mefibaal a su presencia; lo alojó en su palacio como a un hijo más, y siempre lo tuvo a su mesa, igual que a uno de su sangre. Las tierras de Saúl le fueron entregadas; Siba, el viejo servidor del abuelo, fue puesto al frente de esas tierras, con sus quince hijos y veinte siervos, para que las cultivasen en beneficio de Mefibaal.

El poderoso David no tenía por qué temer. La simiente de Saúl, que él exterminó casi del todo, podía crecer a su sombra.

XIII

EN EL QUE VEMOS A DAVID CONQUISTANDO JERUSALÉN, DONDE ESTABLECIÓ LA CAPITAL DEL REINO

Nos hallamos ahora frente a los mejores años de David, los años de su equilibrio y de su fuerza. Son también los mejores de Israel, puesto que en ellos va a acumular energía, una energía que estará en acción casi un siglo y que será, durante milenios, el espejo de su porvenir.

Imaginemos un ser de excepción, fuerte y a la vez finamente dotado, que ha sentido por momentos la historia trabajando en su interior, lanzado a un torbellino, llevado por una mano desconocida de la majada a la corte y de la corte a los desiertos, que ha asomado a la traición y se ha visto a punto de ser lapidado por una horda, y que se halla de momento, quizá cuando menos lo espera, de frente a un destino grandioso, un destino que siendo el suyo es también el de su pueblo.

David, que estuvo a punto de morir en Siceleg a manos de los hombres que le seguían, se halló unos días después convertido en rey. En tal forma operó su destino sin la intervención de su voluntad, que junto con Saúl muere en Gélboe Jonatán. ¿Qué hubiera sido de David si Jonatán salva la vida? El hijo de Saúl era el heredero de la monarquía y era, a la vez, un caudillo notable, que tenía el amor del pueblo y un prestigio ganado por sí mismo.

Pero Jonatán murió, y David pasó a ser rey. Probablemente con el nacimiento del primer hijo David vio con claridad su porvenir, reconoció su destino y se entregó a él. Durante

algunos años se dedicó a servirle, y estos son los años más intensos de su vida, los de su equilibrio y a la vez los que iluminan con una luz inextinguible la historia de Israel.

La persecución y la destrucción de la casa de Saúl es una de las tareas que le impone a David su destino; la otra es la organización de Israel en un Estado, de tal manera fuerte y bien organizado que la voluntad del rey llegara a todas partes sin obstáculos y que la nación pudiera ir desarrollando su vida a un ritmo regular, independientemente de la obra de creación de David, esto es, sin que ese ritmo fuera estorbado por los planes de expansión que tuviera David o que le fueran imponiendo los acontecimientos.

Parece, sin embargo, que en ese proceso de organización de Israel David fue avanzando lentamente, y que fue sólo en sus últimos años cuando logró una obra acabada. Esto es explicable. Era necesario que el pueblo tuviera conciencia de su poder como nación para que llegara a admitir un orden social estatal, y esa conciencia demoraría en formarse. De las guerras de guerrillas de los tiempos de Saúl, de la monarquía de tipo pastoril del hijo de Quis; de los tiempos en que Israel carecía de una capital y por tanto el trono de un asiento y Yavé de un lugar fijo, se pasó al reino de Judá, a la guerra civil, todo ello probablemente sin salir del vasallaje a Filistea o por lo menos sin haber dado fin al poder de la federación de los príncipes filisteos.

Por eso nos parece que después de la unificación de Israel, lograda cuando David fue reconocido rey por las doce tribus, el paso más importante que podía darse fue el de dotar al país de un centro político y religioso estable. David vio con claridad que sin una capital donde se hallaran la cabeza y el corazón de Israel, éste no llegaría a ser un Estado fuerte. La conquista de Jerusalén, es, por esa razón, la gran hazaña política de David.

Toma de Jerusalén a los jebuseos

Jerusalén, la ciudad de Jebú, quedaba al norte de Hebrón, bastante cerca de esta ciudad y al oeste de la desembocadura del Jordán en el Mar Muerto. Era antiquísima, la antigua Urusalín de los tiempos de Abraham, y quedó en poder de los jebuseos, que la retuvieron durante siglos después del reparto de la tierra de Canaán entre los hebreos, porque estos no pudieron tomarla.

Fue a la tribu de Benjamín a la que tocó el territorio en que se hallaba Jerusalén. Los benjaminitas se esforzaron en conquistar la ciudad; la asaltaron varias veces y nunca tuvieron buen éxito. Un asalto victorioso requería no sólo tomar la muralla, única vía de acceso a la vista, sino, después, ocupar la fortaleza de Sión, que se hallaba en la colina oriental. En la ciudad había dos colinas, una a occidente y otra a oriente, y las dos flanqueaban a Jerusalén y eran a la vez sus mejores defensas naturales.

Sólo había un camino por el que se podía entrar en Jerusalén con relativa facilidad, pero los benjaminitas lo desconocían. Se trataba de un túnel que iba desde la fuente de agua que abastecía a la población, la cual se hallaba fuera de las murallas, hasta el centro de la ciudad. Se cree que ese manantial es el llamado hoy Fuente de la Virgen María. El túnel llevaba el agua de la fuente de Jerusalén cuando los jebuseos no podían salir de las murallas que defendían a Jerusalén por el norte, esto es, cuando la ciudad era sitiada.

La defensa de ese túnel era fácil y su acceso casi imposible, no sólo porque se trataba de un pasaje desconocido de los extraños y probablemente de gran número de los propios jebuseos, sino porque estaba construido en tal forma que en uno de sus tramos se convertía en pozo, es decir, en una especie de cisterna, y porque además por el primer tramo, yendo de la fuente a esa cisterna, sólo cabía un hombre. De ahí que

los jebuseos dijeran que les bastaba con ciegos y con cojos para impedir la toma de Jerusalén, y de ahí que, cuando se aprestó a conquistar la ciudad, David preguntara a sus hombres quién iba a ser el que alcanzaría a los ciegos y a los cojos a través del túnel.

Como en los textos bíblicos hallamos abundantes razones para entender que las guerras de David contra los filisteos comenzaron después de la toma de Jerusalén —aunque en I Paralipómenos se diga que los filisteos atacaron inmediatamente después que David fue ungido rey de todo Israel en Hebrón— hay que suponer que David tomó en cuenta a los filisteos antes de proceder al ataque sobre Jebú. Hubiera sido insensato de no hacerlo así, pues una invasión filistea en el momento en que David se hallaba ocupado en el sitio de Jerusalén habría desorganizado a Israel y habría significado un duro revés para David.

Los filisteos no debían oponerse a la conquista de Jerusalén porque a ellos les resultaba conveniente que un aliado, o por lo menos uno que habla sido un aliado, como era el caso de David, tomara señorío de la ciudad echando de ella a los jebuseos. Ahora bien, si David no consultó a los filisteos o no negoció con ellos en relación con el ataque a Jerusalén es porque ya los tradicionales enemigos de Israel se hallaban en declinación y debilitamiento, y David podía atacar hacia el norte sin tomar en cuenta que a su retaguardia había un poder hostil.

Si David entró en Hebrón hacia el año 1010 a. de C. y gobernó desde allí siete años y medio, al cabo de los cuales se trasladó a Jerusalén, hay que situar la toma de la ciudad jebusea entre los años 1004 y 1002 a. de C.; más probablemente hacia el 1003 si tomamos en cuenta que los trabajos de acondicionamiento de Jerusalén para que sirviera de capital de Israel debieron consumir algunos meses. El hijo de Isaí debía

tener entonces treinta y siete años; se hallaba, pues, en la mitad de su vida y se aprestaba a realizar la hazaña decisiva de su carrera política.

Es de suponer que para la toma de Jerusalén David movió hombres de varios puntos de Israel, con los cuales sitió la ciudad. Si conocía el pasaje secreto antes de ordenar el ataque, éste no debió ser largo. La astucia de David induce a pensar que sí lo conocía. Tal vez lo supo desde antes de planear la toma de Jerusalén; quizá fue el descubrimiento de ese secreto, que los jebuseos debieron guardar celosamente, lo que le llevó a concebir la toma de la ciudad.

Los jebuseos estaban seguros de la invulnerabilidad de Jerusalén; de manera que recibieron a David con burlas, gritándole, seguramente desde las murallas: “No entrarás tú aquí; ciegos y cojos bastarán para impedirte”. A lo que David respondió, dirigiéndose a los suyos, y sin duda ofreciendo grandes recompensas a quienes le sirvieron en esa histórica empresa: “¿Quién, batiendo al jebuseo, llegará a alcanzar por el túnel a los ciegos y a los cojos, aborrecidos de David?” (II Sam. 5:6 y 7, Paralip. 11:5 y 6).

El primero en entrar por el túnel fue Joab, su sobrino, el matador de Abner, guerrero osado como ninguno, que iba derecho a la victoria sin contar el número de los enemigos y sin notar la presencia de obstáculos. Seguramente tras Joab penetraron muchos más. Como la gente de David era esperada al asalto por la muralla y apareció de improviso al pie de la colina de Sión, la guardia jebusea fue sorprendida y quizá tomada por la espalda. David, pues, entró como vencedor en la fortaleza de Sión, hasta entonces no hollada por atacante alguno. Fue en ese momento cuando la imagen de David y la de Israel se confundieron en una sola. David y su destino se unieron allí, como podrían unirse un cuerpo y su sombra o un río y su lecho.

David tuvo conciencia del minuto histórico que estaba viviendo. Al tomar posesión de la fortaleza de Sión hizo destruir las viviendas que había a su alrededor, escogió un lugar para edificar su palacio y bautizó a Jebú con el nombre de Ciudad de David. Joab quedó al frente de los trabajos para edificar allí una ciudad digna de un rey, y seguramente en la tarea fue ocupado el ejército atacante, o por lo menos una gran parte. Para la construcción del palacio de David envió una embajada Hiram de Tiro, el rey fenicio, con quien por lo visto mantenía buenas relaciones el afortunado hijo de Isaí. Junto con la embajada, que debía estar compuesta por gente distinguida de Tiro, llegaron obreros expertos en tareas de construcción y grandes cargas de madera de cedro.

La toma de Jerusalén es, ya lo hemos dicho, el acto militar y político decisivo en la vida de David. Al quitarles la ciudad a los jebuseos mostraba su pericia de guerrero y acababa con una leyenda secular: la de la invulnerabilidad de Jerusalén. Para todo Israel David debió aparecer como un verdadero protegido de Yavé, que limpiaba de enemigos su camino. Con esa conquista David unificaba a Israel, puesto que la plaza jebusea cortaba prácticamente al país en dos partes; era la frontera militar entre el norte y el sur, entre la porción comúnmente llamada Israel, al septentrión, y la llamada Judá, al meridián. Al mismo tiempo David asentaba la capital de su reino en una posición de notables facilidades para la defensa, desde la cual se hacía ventajosa la lucha contra cualquier enemigo exterior y más fácil la vigilancia sobre el propio Israel. De una vez para siempre se esfumaba el peligro de que los jebuseos llegaran a acuerdos con ejércitos invasores.

Dotar a Israel de una capital que tenía fama de inexpugnable, situar el Arca en lugar seguro, darle al pueblo, en fin, un centro religioso, político y militar, que era a la vez un centro geográfico; eso fue lo que hizo David cuando conquistó

Jerusalén. Se trata de una verdadera hazaña, engrandecida por la circunstancia de que esa capital no fue una ciudad que él creó en un lugar conveniente previamente seleccionado, sino una plaza fuerte, invicta durante siglos, que conquistó gracias a su audacia mental y a su arrojo de guerrero. Así, pues, la hazaña política fue consagrada por la hazaña militar. No hay duda de que David ben Isaí tenía la madera de los grandes caudillos.

Es de presumir que David debió tener algún tiempo de respiro después de la toma de Jerusalén. Sólo así se explica que se pusiera a construir viviendas para sus soldados y un palacio para él. Es la construcción de ese palacio lo que nos lleva a la convicción de que David comprendía la importancia de lo que había hecho al extender su señorío a Jerusalén. Siete años y medio vivió él en Hebrón, y no pensó edificar allí palacio alguno.

Ya en esa época David era un político consciente, que medía la trascendencia de sus actos. Debía saber, acaso por adivinación de poeta, que las grandes vidas, las de aquellos que entran en la historia por la puerta adecuada y no como asaltantes, tienen una hora de esplendor total; pasan por el cenit, como las estrellas, en un momento dado; se sostienen ahí un tiempo emitiendo todo el brillo de que son capaces, y comienzan luego a declinar hasta que poco a poco desaparecen en el horizonte. Mucha actividad, en provecho de su reino y para su propia gloria, le esperaba a él; y también mucha amargura, el espectáculo de un hijo violando a una de sus hermanas, el de otro asesinando al violador y luego sublevándose para destronar a su padre; le esperaba verse a sí mismo conquistando pueblos distantes y también huyendo más allá del Jordán para salvar la vida amenazada por su amado hijo Absalón; ver a sus muchas mujeres intrigando para que el heredero del reino no fuera un hijo de cada una de las otras; ver a otro hijo conspirando y a los favoritos de la corte haciéndose fuertes mientras él envejecía. Pero había

un momento de su vida en que su nombre resplandecía como la estrella en el cenit; y era ése en que puso planta en Jerusalén, arrebatándosela al jebuseo; ese momento en que le dio a Israel una capital que durante el reinado de su hijo Salomón figuraría entre los grandes centros del mundo conocido.

David debía tener entonces unos treinta y siete años, y menos de ocho antes se hallaba en medio de los escombros humeantes de un villorrio del desierto, en Siceleg, amenazado de lapidación por los aguerridos desertores y fugitivos a quienes capitaneaba. Si lo recordaba, al ver su hora triunfal debía pensar, como tres mil años después diría un poeta, que “nunca la noche es más negra que cuando va a amanecer”. Pues en Siceleg David tuvo su hora más oscura; volvía rechazado por los filisteos y se veía amenazado de muerte por sus hombres. Y he aquí que inmediatamente después de ese momento comenzaría su ascenso hacia las alturas de la historia.

Como buen rey oriental, David amplió su harén en su nueva capital. “Tomó David más concubinas y mujeres en Jerusalén, después de venir de Hebrón, y le nacieron hijos e hijas” (II Sam. 5: 13 al 16). Según II Samuel, tuvo once hijos en Jerusalén; según Paralipómenos, fueron trece.

Traslado del arca a Jerusalén

Como es de suponer, una vez tomada Jerusalén y asentada allí la cabeza del reino, los ancianos, los jefes de familias importantes, los sacerdotes y los hombres de armas distinguidos debieron ir a rendirle homenaje. David resolvió llevar a Jerusalén el Arca sagrada, y después de peripecias que demoraron su llegada algunos meses, el Arca entró en Jerusalén, donde se había hecho una réplica del tabernáculo.

Los festejos fueron grandiosos. Una enorme muchedumbre acompañó a la única representación admitida de Yavé; se repartieron tortas, carne y uvas para todos los presentes. La

multitud danzaba ante el Arca al son de los címbalos, de los laúdes y de las flautas. El propio David, vestido a medias sólo con un efod de lino, iba bailando confundido con las gentes. Al paso del arca se sacrificaban bueyes y carneros, sonaban las trompetas, se oían las cítaras y los salterios, lanzaba el pueblo gritos de júbilo. La alegría de Israel estallaba ese día; era la consagración del pueblo elegido a su Dios y la de Yavé a su pueblo, como si acabara de hacerse una nueva alianza. En medio de la festejante multitud, medio desnudo, David danzaba también y profería gritos de alegría.

La escena parece de una ridiculez incompatible con la dignidad de David; no sólo con la de su cargo, sino también con la de su persona. ¿Qué le sucedía en tal momento? ¿Se había embriagado y actuaba sin el gobierno de su conciencia, él que era consciente de su papel? ¿Se había dejado ganar por la pasión religiosa que prevalecía entre el pueblo?

Al juzgar este episodio hay que ser muy cautos y no echar en olvido que la conducción del Arca a Jerusalén podía ser una medida de carácter religioso para todo el mundo, pero para David era además de carácter político y equivalía a la consagración definitiva de su triunfo, a la consolidación de su destino como rey y caudillo. Al trasladar el santuario nacional a Jerusalén, Jerusalén quedaba consagrada a Yavé y convertida de manera completa y profunda en la capital de Israel. Y Jerusalén era su obra, su creación, su conquista, la Ciudad de David. Así, pues, David no festejaba ese día tan sólo a Yavé, sino que celebraba también la culminación de su vida. Fue justamente entonces cuando debió sentirse en ese cenit de que hemos hablado. Yavé en Jerusalén afirmaba la posición de David en Israel y daba categoría trascendental a cuanto él había hecho hasta ese momento. Todo quedaba justificado, lo bueno y lo malo de su vida, los servicios a Saúl, la lucha contra los filisteos y su alianza con

ellos, las correrías por los desiertos y la muerte de los descendientes del antiguo rey.

¿Cómo no sentirse estallante de alegría? Su triunfo le embriagaba como podía embriagarse de vino cualquier otro hombre. Pero aun en ese momento era consciente de la causa de su comportamiento; se lo dijo a Micol, la más antigua de sus mujeres, la hija de Saúl, cuando ésta, criada en casa de un rey y advertida de lo que era la dignidad real, le habló ese día así: “¡Que gloria hoy para el rey de Israel haberse desnudado a los ojos de las siervas de sus siervos, como se desnuda un juglar!”. Palabras a las cuales respondió David diciendo: “Delante de Yavé, que con preferencia a tu padre y a toda su casa me eligió para hacerme jefe de su pueblo, de Israel, danzaré yo, y aún más vil que esto quiero parecer todavía, y rebajarme más a tus ojos, y seré así honrado a los ojos de las siervas de que tú has hablado” (II Sam. 6:20 al 22).

La multitud padecería fanatismo religioso o aprovecharía el grandioso acto para dar salida a su carga de emociones. Pero él, David, no celebraba sólo la entrada de Yavé en Jerusalén, la llegada de su Dios a su ciudad, sino que celebraba su propia victoria sobre todos sus enemigos. Pues era “jefe de su pueblo con preferencia a los demás”, y así quedaba confirmado desde el momento en que, en medio del júbilo general, Yavé se aposentaba en la ciudad que llevaba su nombre, en la ciudad que nadie, excepto él, David ben Isaí, había podido conquistar.

David era un guerrero, David era un político, pero David era también un poeta capaz de recoger en el aire que le rodeaba las sensaciones de la eternidad, capaz de oír las palabras que no se han dicho y de descifrar el mensaje no escrito. Como guerrero había actuado triunfalmente, como político había alcanzado el lugar más alto en su pueblo, como poeta sentía la grandeza de su obra.

Él sabía que allí, en Jerusalén, se había dado un pacto entre él y Yavé, es decir, entre sus hechos y el porvenir; que ya había llegado a terreno firme y que las victorias que le aguardaban estaban ganadas desde esa hora. Esto explica su alegría y la pasión con que se entregó a componer el hermoso cántico de acción de gracias con que celebró el acontecimiento.

Hasta ahora se ha aceptado el cántico que figura en I Paralipómenos (16:8 al 36) como escrito por David especialmente para festejar la entrada del Arca en Jerusalén. Por lo demás, el texto así lo afirma. Pero a pesar de lo que dice el texto, nosotros creemos que el cántico escrito por David para esa ocasión es otro, el que hallamos en II Samuel (22:1 al 51). No tenemos base documental para sustentar esta opinión, pero la tenemos en el estudio del carácter de David y en el reflejo de los acontecimientos sobre su naturaleza poética. A los treinta y siete años de edad, esa naturaleza debió sentirse arrebatada por el entusiasmo de la victoria, llena de una impetuosa fuerza de vida, tal como se advierte en el cántico que leemos en II Samuel. El otro, en cambio, está escrito en días de mayor madurez: la hermosa serenidad de alguna de sus estrofas denuncian un estado de ánimo que David no estaba en disposición de alcanzar en los meses en que la conciencia de su triunfo debía mantenerle en un estado de permanente exaltación.

Para nosotros, pues, fue así como cantó en Jerusalén ese día:

*Yavé es mi roca, mi fortaleza, mi refugio,
mi Dios, la roca en que me amparo,
mi escudo, el cuerno de mi salvación, mi inaccesible asilo,
mi salvador de la violencia.*

A lo largo del apasionado poema va haciendo su historia, contando cómo Yavé lo salvó de sus enemigos cuando:

*Ya me aprisionaban las ataduras del sepulcro,
ya me habían cogido los lazos de la muerte.*

Alude a Saúl asegurando que Yavé:

*Me arrancó de mi feroz enemigo,
de los que me aborrecían y eran más fuertes que yo.*

Invoca el día en que estuvo a punto de ser lapidado en Siceleg y afirma que él fue íntegro con Yavé, una manera de asegurar que en su alianza con Aquis de Gath no traicionó su fe yaveísta.

Además de la creación de un poeta excepcional, el cántico es una formidable pieza de propaganda política. Está dicho en él que hay un pacto irrompible entre Yavé, que es el dueño de la voluntad nacional, y el rey que le canta; y lo que está dicho ahí tiene la consagración de las obras, sobre todo, la consagración de la conquista de Jerusalén y su conversión en la capital política y religiosa de Israel. Como para que Israel no lo ponga en duda, el cántico lo afirma al terminar:

*Ensalzado sea el Dios, mi salvador.
Él es el Dios que me otorga la venganza,
el que me somete los pueblos,
el que me libra de mis enemigos,
el que me hace superar a los que se alzan contra mí,
el que me libra del hombre violento,
por eso te daré gracias, ¡Oh Yavé!, ante las gentes,
y cantaré yo salmos en Tu honor.
el que da grandes victorias a su rey,
el que hace misericordia a su ungido David,
y a su descendencia por la eternidad.*

XIV

EN EL QUE SE HABLA DE LAS MUCHAS GUERRAS QUE TUVO DAVID CONTRA VARIOS PUEBLOS

No se tiene la menor idea de la época en que comenzó la guerra de David contra los filisteos, pues aunque en I Paralipómenos se diga que los filisteos decidieron atacar a las fuerzas de David tan pronto éste fue ungido rey de todo Israel, la verdad es que en los textos no se ofrecen datos para confirmar esa noticia. Puede que haya habido incursiones de algunos grupos filisteos antes de la conquista de Jerusalén, pero una invasión en forma, como la que culminó en la muerte de los hijos de Elí o la que tuvo lugar en el año 1010 a. de C., no parece haberla habido en los años subsiguientes a la proclamación de David como rey de Judá.

Guerra contra Filistea

Se sabe que cuando los filisteos irrumpieron en el valle de Rephaim —una de las veces que lo hicieron, porque probablemente estuvieron allí en varias ocasiones— tenían guarnición en Belén de Judá. No sabemos si esa guarnición estaba en Belén de Judá desde hacía tiempo, desde la época de Gélboe, pero no parece lógico. Lo lógico es que a raíz de la batalla de Gélboe toda Judá quedara confiada a David, rey vasallo, o, por lo menos, aliado. Luego, si los filisteos se hallaban en Belén en algún momento durante el reinado de David, era porque habían tomado esa plaza en una de las invasiones que hicieron a Israel mientras David era rey.

Entre los datos confusos que ofrece el texto sagrado, uno se refiere a esa guarnición filistea de Belén e informa que David había quedado en reunirse con algunos de sus hombres en las cuevas de Ondulán, las mismas cuevas adonde llevó a sus padres y familiares cuando comenzó a operar como jefe de grupo bajo la protección de Aquis de Gath, esto es, allá hacia el 1015 ó el 1014 a. de C.

¿Pero de dónde saldría David para ir a Ondulán? El texto dice que “David estaba entonces en la fortaleza y los filisteos tenían guarnición en Belén”. ¿En qué fortaleza se hallaba David? ¿En la de Sión, esto es, en Jerusalén? Es muy probable que sí, puesto que de Jerusalén a Belén la distancia era corta y el camino entre las dos ciudades debía ser por el Valle de Rephaim, donde se libraron algunos combates.

No hay posibilidad de confundir las épocas pensando que puesto que se menciona a Ondulán la cita de David con su gente debió producirse en los días en que huía de Saúl. En aquella oportunidad David estaba bajo la protección de Aquis de Gath; de manera que si en Belén había guarnición filistea, obedecía a Aquis y por tanto no había razón para que David les temiera a los soldados filisteos de Belén. Pero además, en esos tiempos no había soldados filisteos ni en Belén ni en parte alguna de Israel.

Se dice también en el mismo texto que los hombres de David “habían bajado al tiempo de la cosecha”, y esto da idea de que en medio de la guerra contra Filistea David atendía a la recogida de las cosechas, cosa muy importante para el mantenimiento de la gente y actividad que no podía ser demorada, porque el grano debe ser recogido cuando madura, no después.

Es probable que, habiendo entrado en Israel por irrupción mientras David combatía en otros pueblos, los filisteos establecieran guarniciones en algunos puntos que pudieron conquistar, pero no que tuvieran soldados suficientes para

guarnecer los campos, y que los hombres de David se diseminaran ofreciendo protección a los labriegos que recogían la cebada o el trigo. No hay que olvidar que en las guerras de esos días no había frentes estabilizados, al favor de los cuales quedaran protegidos los centros de trabajo campesino.

Un texto (II Sam. 5:23 al 25) nos ofrece el dato de que en una batalla, o más bien en una acción que debió darse también en el valle de Rephaim, David no atacó a los filisteos de frente, sino que los evadió por un flanco, colocándose a sus espaldas, y por allí los sorprendió. Esto pudo ocurrir cuando él se citó con su gente en las cavernas de Ondulán, puesto que desde ahí podía hacer su movimiento sorpresivo hacia la retaguardia filistea.

Un dato característico de la forma en que David trataba a sus hombres lo hallamos en la época a que nos estamos refiriendo. Sucedió que, o bien estando él en Ondulán o bien en otro lugar cercano, expuso deseos de beber agua de la cisterna que había en la puerta de Belén, que era su ciudad natal. Tres de los “valientes de David”, Eleazar, Jesbal y Sama, cruzaron las líneas filisteas, llegaron a la cisterna de la puerta de Belén, cogieron agua y se la llevaron a David. Éste se conmovió sobremanera, o fingió que se conmovía. No quiso beber el agua, porque dijo que era “como beber la sangre de estos hombres, que con peligro de su vida han ido a buscarla”, y se la ofreció a Yavé en una libación.

Los actos de audacia eran frecuentes en las guerras de esos días, sobre todo en el tipo de guerra de encuentros y asaltos entre grupos que debió ser la lucha contra los filisteos. De ahí que a menudo hallemos descripciones de acciones personales, algunas bastante exageradas. Demostrar valor jugándose la vida en una empresa individual era una manera de conquistar el favor del jefe y las simpatías generales. Al comportarse como lo hizo, David destacaba, sin duda

con gran satisfacción de los protagonistas y como estímulo para los demás, a los tres valientes que expusieron su vida por satisfacer un capricho del rey.

Es una lástima que no tengamos crónicas filisteas que nos ayuden a ver la cara opuesta de los hechos, que ni siquiera aparecen relatados en los textos bíblicos. Porque en verdad, sólo disponemos de referencias muy ligeras y muy confusas a las guerras de David y los filisteos, datos más escasos que los que se refieren al reinado de Saúl. David designó un cronista del reino, que fue Josafat, pero Josafat debió dedicar la mayor parte de su tiempo a estar con su señor o muchos de sus relatos se perdieron o dejó escasas notas sobre las guerras de su rey. De las que menos datos importantes quedaron es de las que se libraron contra Filistea. Tal vez influyó en Josafat la dificultad que halló para explicar la situación de David, que durante un tiempo fue vasallo, y después probablemente aliado de los irreconciliables enemigos de Israel.

Se sabe que se combatió en Gath o en sus puertas, y aun se dice que David acabó o tomando o destruyendo esa ciudad. ¿Pero cuándo? ¿Vivía todavía Aquis de Gath o había muerto? ¿Lo había echado del poder otro príncipe filisteo? ¿Acabó Aquis siendo vasallo de David tras haber sido su señor? En I Reyes (2:39 al 41) se menciona a un tal Aquis, “hijo de Maaca, rey de Gath”, relacionándole con los primeros años del reinado de Salomón, ¿Quién era el rey de Gath, Aquis o su padre Maaca? ¿Será este Aquis, hijo de Maaca un rey vasallo o aliado de Israel? ¿Por qué razón se debilitaron los filisteos?

Los textos sagrados afirman que los filisteos fueron quienes atacaron a Israel porque comprendieron que el poder de David crecía mucho y temieron a ese poder. La verdad acerca del hijo de Isaí hay que buscarla con frecuencia, sin embargo, no en las afirmaciones de los textos, sino en algunos detalles que se les escapan a los cronistas. De acuerdo con lo que oyeron

los ancianos benjaminitas de labios de Abner, dos años después de haber sido David proclamado rey de Judá, el joven rey tenía, entre otros propósitos, el de atacar a Filistea “y a todos los enemigos de Israel”. ¿Pero cuándo lo hizo? ¿Esperó a que muriera Aquis de Gath? ¿Se produjo alguna división entre los príncipes del país vecino, una guerra civil que aprovechó David, o fueron los filisteos atacados por un enemigo exterior que los debilitó y los hizo fácil víctima de Israel?

De las muchas guerras que libró David en sus cuarenta años de reinado, ¿fueron las de Filistea las primeras? Y de ser así, ¿en qué época las emprendió?

Todas estas preguntas, muy importantes para poder describir con cierta fidelidad la parábola vital del hijo de Isaí, quedan en el aire sin que sea posible hallarles respuestas, al menos por ahora; y es una lástima, porque las guerras continuas y las victorias frecuentes tuvieron mucho que ver con la descomposición moral en que cayó David durante una época de su vida. Las investigaciones arqueológicas sólo han podido confirmar o negar ciertas afirmaciones bíblicas, pero no pueden aclararnos la confusión que hay sobre esos años de lucha.

Sabemos que en una de las varias acciones que se dieron en Gob, David estuvo a punto de perder la vida a manos de un filisteo, que armado de lanza y espada atacó al rey, y que David salvó la vida gracias a la intervención de su sobrino Abisai, hermano de Joab. Parece que después de esa acción sus hombres le pedían que no saliera a combatir para no exponerse a la muerte “para que no se extinga la lámpara de Israel” (II Sam. 21:17). Esas palabras destacan bien a lo vivo el aprecio que tenían los soldados de David por su rey.

Fue en otro combate que tuvo lugar en Gob, sitio que David había escogido como campamento, donde “Elijanán, hijo de Jari, belemita, mató a Goliat, de Gath, que tenía una lanza cuya asta era como un enjullo de tejedor” (II Sam.

21:19). Elijanán, pues, dio muerte a un filisteo de Gath, que se llamaba como aquel cuya muerte se achaca a David y que como aquél llevaba “una lanza cuya asta era como un enjullo de tejedor”.

En Gath —probablemente en sus cercanías— se dio otra acción en la que un sobrino de David mató a un gigante filisteo, “un hombre de gran talla que tenía seis dedos en cada mano y en cada pie, veinticuatro en todo” (II Sam. 21:20,21). Como Goliat en la supuesta batalla del valle del Terebinto, este gigante insultó a Israel, y halló la muerte a manos de Jonatán, sobrino de David.

Hay referencias a un encuentro en Pas Damin, en el que estuvo presente David, y en el que al principio, según se deduce, Israel iba en derrota. Fue Eleazar quien cambió allí la suerte de las armas, pues “huyendo los de Israel se quedó él a pie firme, blandiendo su espada, hasta que se le cansó la mano y se le quedó pegada a ella la espada, consiguiendo aquel día Yavé una gran victoria, pues el pueblo se tornó donde estaba Eleazar, pero sólo tuvo que recoger los despojos” (II Sam. 23:10,11).

Se cuenta de Sama, otro de “los valientes de David”, pero sin decirse en qué sitio fue su acción, que en medio de un campo de lentejas se enfrentó a los filisteos hasta derrotarlos, y se dan referencias a los dos combates del valle de Rephaim, en uno de los cuales los filisteos abandonaron sus ídolos y en el otro huyeron y fueron batidos por David desde Gabaón hasta Guezer, esto es, desde el oeste de Benjamín hasta las cercanías de Gath.

Ahora bien, ningún dato cierto tenemos para saber cuál fue la suerte de las ciudades filisteas; si alguna de ellas cayó en manos de David; si fueron destruidas o sometidas a vasallaje; si realmente Gath estuvo en poder de David o si quedó aislada, con la gente de David ocupando las tierras que las rodeaban. Se

nos dice que “batió David a los filisteos y los humilló arrebatando de las manos de los filisteos Gath y las ciudades de su dependencia” (II Sam. 8:1), pero en tiempos de Salomón hallamos que hay un “Aquis, hijo de Maaca, rey de Gath” y quedamos confundidos.

La posesión de la costa tenía gran importancia para Israel, puesto que ello le permitía no sólo comerciar con todos los pueblos mediterráneos, sino también tener un paso abierto para las caravanas asiáticas. ¿Es posible que David hubiera hecho pacto con algún faraón egipcio, con Hiram de Tiro, para batir a los filisteos, o sólo se aprovechó del debilitamiento en que estos se hallaron a causa de posibles ataques de los filisteos o de los egipcios?

Se sabe que Salomón se casó con una hija de Faraón. En el Libro I de los Reyes (9:16) consta que ese faraón había atacado por la costa y se había apoderado de Guezer, ciudad fronteriza de Filistea situada al nordeste de Azotos. Guezer fue dada en dote de su hija a Salomón por el nuevo suegro. Se cree que este faraón fue Siamón, de la dinastía XXI; pero si es así, o su ataque a los filisteos tuvo lugar en época posterior a la muerte de David o la guerra egipcio-filistea había comenzado en tiempos del predecesor de Siamón, pues Siamón ocupó el cargo como penúltimo de su dinastía, y vivió del 970 al 950 a. de C., lo cual quiere decir que nació por los días en que moría David.

La dinastía tanita —llamada así porque su asiento era la ciudad de Tanis, en el Delta del Nilo— duró unos ciento cincuenta años, y no hay razón para poner en duda que el antecesor de Siamón en una de esas épocas de expansión tan frecuentes en las monarquías de entonces, enviara sus barcos por mar y sus soldados por tierra hacia el este, con ánimo de conquistar por lo menos las ciudades filisteas. Parece sumamente raro que de buenas a primeras, sin que hubiera una

penetración anterior o una prolongada guerra que debilitara a los filisteos, el faraón Siamón pudiera atacar por la costa y penetrar hasta Guezer, siendo así que antes de llegar a tal altura y a tal profundidad tenía que reducir a los defensores de varios puntos fuertes de la costa. Por de pronto, era imposible avanzar hasta Guezer dejando en su flanco a Azotos, y no era posible tomar a Azotos sin antes inutilizar, por lo menos, a Ascalón.

De los muy escuetos datos que tenemos a la mano puede deducirse que David hizo la guerra a los filisteos cuando estos se hallaban debilitados. ¿Por qué? La deducción lógica es que o debido a luchas intestinas o por un ataque de otro país. Ahora bien, cuando llegamos a saber que un faraón penetró Guezer y tomó ese punto, no es aventurado pensar que hubo guerra entre egipcios y filisteos. Si además hallamos que la expedición egipcia que tomó Guezer procedía del Delta del Nilo, nos resulta fácil colegir que los egipcios de esa zona tuvieron guerra con Filisteia. Y si por último sucede que el faraón bajo cuyo reinado se tomó Guezer pertenecía a la dinastía XXI, de una parte de la cual fue contemporáneo David, podemos ver la situación con alguna claridad.

Todo lo dicho, sin embargo, no pasa de deducciones. Mas es el caso que aquí sólo deducciones podemos hacer. Y no es posible dejar de hacerlas, porque de alguna manera tenemos que explicarnos el hecho, importantísimo para quien estudia la historia de David, de que el hijo de Isaí pasara de vasallo de los filisteos, con cuyo respaldo debió subir al trono, a vencedor de los filisteos y destructor de su poderío.

Es importantísimo ese hecho porque los filisteos fueron enemigos constantes e implacables de Israel, los enemigos por excelencia. Las guerras con ammonitas, amorritas, cananeos, moabitas, edomitas, amalecitas y otros pueblos de origen semita tenían su importancia, pero no eran decisivas

en cierto orden. Israel superaba a esos enemigos por varias razones: una de ellas era su unidad, creada sobre un concepto religioso que era consustancial con la vida misma de la raza. Situado en mejor posición geográfica y además unido, Israel acababa venciendo a sus vecinos del sur y del este. Pero con los filisteos la situación era otra.

Los filisteos dominaban el mar, elemento en el cual no podían moverse los hebreos porque carecían de tradición marítima. Los filisteos eran políticamente más desarrollados que Israel, tenían superioridad militar y ocupaban un lugar privilegiado en el fondo de la curva del Mediterráneo, entre Tiro y el Delta del Nilo. Negociando con las islas egeas, con Tiro y con Egipto, eran lo suficientemente ricos para poder contratar mercenarios y comprar metales para fabricar escudos, armaduras, lanzas y espadas. Si por alguna razón su riqueza se debilitaba, tenían a su alcance el territorio de Israel para invadirlo y conquistar botín o imponer tributos.

De manera que vencer a Filistea no era fácil, y por otra parte Israel necesitaba acabar con ese poder enemigo para quitarse de encima una amenaza constante y para dominar las rutas de salida hacia el exterior. Por eso pasar del vasallaje al señorío con respecto de Filistea era toda una transformación del estado de cosas que halló David al ocupar el trono.

¿Se logró tanto bajo su reinado? No lo sabemos. Pero es probable que no. De su hijo Salomón se dice que “señoreaba todos los reinos desde el río hasta la tierra de los filisteos y hasta la frontera de Egipto; todos le pagaban tributos y le estuvieron sometidos todo el tiempo de su vida” (I Reyes 4:21).

“Desde el río hasta la tierra de los filisteos” significa que estos se hallaban fuera de los dominios de Salomón; de estar dentro hubiera dicho “desde el río hasta el mar”. Ahora bien, ¿dónde comenzaba y dónde terminaba en esa época la tierra de los filisteos?

Lo ignoramos. Es, pues, forzoso que nos quedemos a oscuras en este punto, que no sigamos haciéndonos preguntas porque no hay, por ahora, respuestas para ellas. A lo sumo podemos pensar, y esto en gran parte por deducción, que a lo largo de su prolongado ejercicio del poder el cauto pero oportuno hijo de Isaí aprovechó debilidades filisteas, casi de seguro provocadas por ataques de algún enemigo poderoso que acometió a las ciudades federadas del litoral; que sacó utilidad de esas debilidades, atacando él también, y que la lucha debió durar varios años, producirse en muchas etapas, tener altibajos incontables, sin que se decidiera en una gran batalla, y que al final de esa lucha las ciudades filisteas estaban tan débiles que no pudieron volver a ser una amenaza para Israel.

David ataca a los moabitas y edomitas

Otro enemigo al que dedicó David su atención militar fue el Moab. Cuando la tierra prometida se repartió entre las tribus, el Moab quedó como una cuña metida en el costado derecho de Israel, al este del Mar Muerto y al sur de la porción que les tocó a los hijos de Rubén. Los moabitas se conservaron independientes y con frecuencia dieron molestias a los descendientes de Jacob.

Del Moab era Ruth, la bisabuela de David. Al Moab fue él buscando amparo para sus familiares y para él mismo cuando era perseguido de Saúl. Es cosa de decir, sabiendo que David atacó esas tierras y que condenó a muerte a gran cantidad de moabitas, que el rey poeta no sabía ser agradecido. ¿Y quién le pide gratitud a un hombre que va cabalgando sobre la ambición de extender su reino hasta donde pueda llegar la punta de su lanza? Un político como David podía invocar la gratitud cuando convenía a sus fines, e incluso podía decir que la sentía si se hallaba frente a un enemigo de más poder que él. Pero la gratitud sólo es muralla para detener

un ataque cuando detrás del que la reclama hay más soldados y mejores armas que los del atacante, y ése no era el caso del Moab. David era capaz de escribir un hermoso cántico sobre la gratitud, y de ejercerla si con ello no perjudicaba sus propósitos políticos, más ¡ay de aquel que le había hecho favores si era más débil que él y se cruzaba en el camino de Israel! Moab cayó, pues, y debió pagar tributos a David y después a su hijo Salomón.

Así cayó más tarde Edom, derrotado en la frontera del Moab, en el extremo sur del Mar Muerto. En la batalla del Valle de la Sal, que se encuentra en ese lugar, dieciocho mil edomitas fueron derrotados por Abisai cuando David volvía de consagrar con su presencia una gran victoria ganada por Joab. Joab vivaqueó con sus tropas durante seis meses por Edom, y, hombre duro como era, se aplicó a matar a cuanto varón halló a mano. El heredero del rey edomita, Hadad, logró huir, acompañado de algunos siervos de su padre a Egipto, donde obtuvo la protección de un faraón y de donde volvió, después de la muerte de David, a reclamar su reino con las armas en la mano.

Habiendo resultado David vencedor de Filisteá y de los países del sur, su reino se consolidaba y se extendía. No se sabe cuántas guerras libró ni cuántas veces debió enviar sus tropas al Moab, a Edom, a Amalec. No es cosa de estimar que esas regiones, pobladas por nómadas y tribus belicosas, se dejaban conquistar y se quedaban tranquilas. En pleno siglo XX, poderosos países europeos no lo han logrado ni con los árabes de la península ni con los moros del norte de África; mucho menos podía obtenerlo David en aquellos días. Lo que sí nos indican ciertos pasajes del texto bíblico es que gran parte de los pueblos conquistados eran forzados a trabajar en los caminos, en el corte de las maderas, en las minas, en la labranza de los campos, y que de todos ellos se sacó botín en

oro, piedras, metales y otros materiales de valor. El destino de lo saqueado era parar, mayormente, en las arcas de David.

Pero lo cierto es que las guerras con Moab, Amalec e Idumea no eran importantes desde el punto de vista de que una gran victoria podía poner los pueblos derrotados a los pies del vencedor, pues aún vencidos había que sojuzgarlos cada día. Eran importantes por cuanto aumentaban el territorio tributario y el prestigio de Israel y porque facilitaban el dominio de las grandes rutas comerciales.

No se sabe en qué época se hicieron las expediciones conquistadoras del sur y del sudeste, ni durante cuánto tiempo hubo que estar enviando otras a retener lo ganado. Por esa razón no nos atenemos al orden de los hechos militares. En realidad, el orden es indescifrable, si bien se sabe que la guerra contra los ammonitas, que vivían hacia el este y el nordeste, fue anterior a la batalla del Valle de la Sal, en que resultaron definitivamente vencidos los edomitas.

De las hazañas militares de David en el este y el nordeste nos ocuparemos inmediatamente. Pero antes debemos llamar la atención del lector hacia David mismo. No caigamos en el error de pensar, inducidos por la serie de aventuras guerreras a que nos estamos refiriendo, que David era un rey a caballo¹, uno de esos monarcas que gobernaban a su país desde los campamentos, repartiendo sus días entre las atenciones militares y los cuidados de la política. Así debió ser el David de antes, quizá el de los primeros diez años de reinado. Pero ese David fue dejándose ganar por la sensualidad del poder, y si antes encabezaba él mismo sus ejércitos, después irían al frente de las fuerzas sus generales; iba Joab, el sobrino para cuya casa había pedido el flujo, la lepra, el báculo, el cuchillo y el hambre; iba su otro sobrino Abisai, hermano de Joab; iban Eleazar,

¹ La cabalgadura real de David era una mula.

Jesbal, Sama; iban Joyadas y Elijanán; iban, en fin, sus “laureados”, sus “valientes”, muchos de los cuales le acompañaban desde los días en que andaba por los desiertos de Judá rodeado de prófugos.

David era un jefe; se había identificado con sus soldados y con su pueblo, y esos soldados y ese pueblo combatían en nombre de su rey. El resplandor del caudillo llegaba a los campamentos en que se reunían los hombres para invocar a Yavé y atacar al enemigo. Pero el caudillo en sí iba perdiendo vigor. La seguridad de su poder relajaba su alma de combatiente. La mayor parte del tiempo lo pasaba David en Jerusalén, donde si es cierto que debía usar mucho de su tiempo atendiendo a la organización del Estado y a problemas políticos, no lo es menos que debía dedicar también mucha atención a sus numerosas mujeres y a sus muchos hijos. Poco a poco, mientras sus generales y su pueblo combatían lejos, el rey se inclinaba a la molicie, y eso tendría resultados alarmantes para él. Iba a llegar el día en que ni siquiera atendería sus deberes de juez. No nos ha de resultar extraño, pues, que le veamos huyendo de su hijo Absalón y que tuviera que llorar a ese hijo con dolor indescriptible y que llamarle a gritos conmovedores como si hubiera querido despertarlo del sueño de la muerte. Pues la sensualidad de un rey se paga, si no con la pérdida del poder, con algo que duela tanto como ello. Y acaso más.

XV

EN EL QUE SE PROSIGUE LA HISTORIA DE LAS GUERRAS QUE MANTUVO DAVID CONTRA PUEBLOS VECINOS DE ISRAEL Y PUEBLOS DISTANTES

Un hecho debido a esa inclinación de David a la sensualidad es el asesinato de Urías, que murió a causa de tener mujer bella. Si pudiéramos precisar la fecha en que se produjo ese crimen sabríamos exactamente cuándo se halló David más entregado a la molicie y a la vez cuándo escribió muchos de sus salmos más hermosos. En su alma de poeta estaban muy cerca las fibras del placer y las del dolor, las del amor y las del sufrimiento, las del júbilo y las de la tortura. La sensualidad a que se fue entregando preparó su ánimo para el crimen de Urías.

Debido a que Salomón fue el segundo hijo de David con la mujer de Urías, y debido a que se sabe que su hermano, nacido antes que él, fue “el hijo del pecado” de David, podemos estimar que David vio por primera vez a la mujer de Urías por lo menos dos años antes de que naciera Salomón. El hecho debe haberse producido, pues, entre el 995 y 990 a. de C., cuando David iba de los cuarenta y cinco a los cincuenta años.

Al parecer, a esa época ya los filisteos no ofrecían peligro; debían estar conquistados el Moab y Amalec, aunque Idumea resistía porque no se había dado todavía la batalla del Valle de la Sal. David había asentado su monarquía en territorios bastante extendidos y comenzaba a actuar sin la antigua vigilancia sobre su conducta. Al cabo de algunos años de

tensión emocional, su ánimo comenzaba a descansar en la seguridad de su destino y empezaban a ganar eco en él las demandas de la sensualidad, que debían irse acentuando día por día. En pocas palabras, David estaba entregándose a la mollicie. Parece que mientras él se abandonaba de esa manera a las satisfacciones del poder, sus ejércitos combatían contra Ammón, en el este.

Victorias del ejército de David sobre ammonitas y sirios

Los ammonitas habitaban al oriente del Jordán, lindando con las tierras que tocaron a la tribu de Gad. Fue un rey ammonita, Nahas, el que sitió a Jabes de Galad en los días en que comenzó el reinado de Saúl. Con el andar del tiempo Nahas fue amigo de David, no se sabe si cuando éste huía por el desierto, y le “mostró benevolencia” al futuro rey de Israel.

A la muerte de Nahas heredó el reino de Ammón su hijo Janón, y la causa de la guerra fue el atroz insulto que infirió Janón a los embajadores que le envió David para darle el pésame por la muerte de su padre Nahas. La guerra, pues, debe haberse iniciado casi inmediatamente después de la muerte de Nahas. Si, como dan vagamente a entender los textos, David conoció a Betsabé alrededor de un año después de haberse iniciado la contienda, es decir, en el segundo año de hostilidades, la muerte de Nahas debe haberse producido entre el 998 y el 996 a. de C., lo que nos lleva a pensar que Nahas gobernó más de cuarenta años, tal vez medio siglo, puesto que en el 1040 a. de C., había puesto sitio a Jabes de Galad.

Es casi seguro que los textos aluden a la guerra contra Janón cuando dicen que el crimen de Urías tuvo lugar “al año siguiente, al tiempo en que los reyes suelen ponerse en campañas” (II Sam. 11:1), lo cual, a nuestro juicio, quiere decir que el mencionado crimen sucedió en la primavera del segundo

año de las hostilidades hebreo-amonitas o bien en el segundo año después que entraron en campaña, como aliados de Ammón, los sirios y sus pueblos vasallos.

Dados los esquemáticos y a la vez confusos datos que tenemos, es imposible determinar cuánto duró esa guerra; pero las complicaciones que tuvo al incorporarse a los enemigos de Israel poblaciones y reyes tan distantes hacen pensar en una lucha prolongada. En la larga campaña, David estuvo presente muy pocas veces. Hay constancia de que combatió en Jelam y de que acudió a la rendición de Rabat-Ammón por invitación de Joab, que no quería que la victoria se le atribuyera a él a pesar de que fue él quien hizo la guerra y quien la ganó. Pero con la excepción de sus actuaciones en Jelam y en Rabat-Ammón, nada más sabemos sobre la presencia de David en los campos de batalla de esa guerra.

Aunque los textos bíblicos no acostumbra explicar la razón verdadera por la cual se desataban las contiendas armadas, podemos imaginar sin mucha dificultad que en esa época el creciente poderío de Israel debía restar tributos a los gobernantes vecinos. Poco a poco David iba dominando las rutas del comercio entre la península que llamamos hoy arábica y los países del norte; sus soldados se adueñaban de valles, de tierras ricas y de lugares de pastoreo; sometían al dominio de Jerusalén aldeas y villas, con sus jeques, sus rebaños, sus hombres que pasaban a ser futuros combatientes en las filas de David o trabajadores en los caminos, en los bosques y en la erección de defensas. Israel había entrado en Canaán alegando que Yavé, su Dios, le había señalado esa región para que morase en ella y alegando también derechos de herencia que procedían de Abraham, el patriarca, y de su hijo Jacob; y resultaba que al cabo de los siglos Israel surgía organizado en un Estado fuerte y agresivo que tenía a su frente un rey hábil en la paz y en la guerra. El reino del hijo de Isaí llegaba a dar realidad en forma

alarmante a la amenaza que habían entrevisto los enemigos de Israel. Cualquier pretexto era bueno para destruir ese poder que iba en aumento en forma tan rápida.

A la muerte de Nahas, David, como se ha dicho, envió embajadores para dar el pésame al hijo que heredó la corona. Ese hijo era Janón, de quien sólo conocemos el nombre y a quien tal vez podamos calificar de hombre sin carácter a juzgar por el único hecho que de él se conoce. A la llegada de los embajadores de David los consejeros de Janón intriguaron diciendo que David no había enviado sus representantes para consolarle por la muerte de Nahas, sino en verdad para que a la vuelta le informaran acerca de cuanto podía interesarle desde el punto de vista militar. Los consejeros del rey ammonita temían, pues, a David; le consideraban un rey agresivo y expansionista, y pensaban que estaba preparándose para atacar a Ammón. Janón se dejó convencer; hizo presos a los embajadores, les afeitó la mitad de la cara para humillarles, ya que la barba era el signo visible de la virilidad, les cortó las ropas de manera que mostraran “la mitad de la nalga”, y se los devolvió al hijo de Isaí. David supo la humillante nueva a tiempo y ordenó a sus embajadores que no entraran en Jerusalén, sino que esperaran en Jericó hasta que les crecieran de nuevo las barbas. Jericó, del lado occidental del Jordán, era la ciudad más importante, en el camino de Rabat-Ammón a Jerusalén, antes de llegar a la capital de Israel.

Israel era una tierra bien poblada, y mucho más en esa zona de Benjamín. Por otra parte, la semita es una raza que capta rápidamente la novedad y la comunica con igual rapidez. Las noticias, pues, parecían volar por el reino; iban de boca en boca, a velocidad increíble. En la vida de la época cualquier acontecimiento tenía importancia; muchos de ellos se conservaban en la memoria popular con sorprendente fidelidad a los detalles originales y pasaban de generación en generación.

Conservados mediante la escritura, algunos de esos relatos pasaron a la historia de Israel. Ahora bien, el hecho de que los embajadores del rey fueran tan groseramente humillados debió conmover al pueblo, y por eso resulta sorprendente que no haya testimonios de la forma en que ese pueblo reaccionó ante el insulto ni de cómo se preparó la guerra. De buenas a primeras nos hallamos con la noticia de que Joab estaba a las puertas de Rabat-Ammón, y aun eso mismo está dicho en forma vaga.

Lo único que sabemos es que los ammonitas tomaron a sueldo a veinte mil infantes “de los sirios de Bet-Robob y de Soba y doce mil de los reyes de Maca y de Tob” (II Sam. 10:6), pero ignoramos a qué altura de la guerra acudió Ammón a buscar esa ayuda. Los doce mil hombres de Maca y de Tob eran arameos, que poblaban las tierras al norte de Galad. Se nos dice que cuando David se enteró de esas alianzas pagadas entre ammonitas y arameos, ordenó a Joab que saliera a combatirlos con “todo el ejército y sus veteranos”. Se supone que los “veteranos” de David eran aquellos seiscientos con que incursionaba por el desierto de Judá y por Amalec en los días en que huía de las iras de Saúl.

David entra en Rabat-Ammón

Como era frecuente en las guerras de la época, los aliados de Ammón no combatieron a las órdenes de Janón o de su jefe de ejércitos, sino que se situaron en las inmediaciones, bajo el mando de sus propios reyezuelos o jeques, conservándose separados. Joab, pues, tuvo frente a sí dos núcleos enemigos que combatir. En esa situación, dividió sus tropas en dos partes y puso al frente de una a su hermano Abisai; la otra la comandó él en persona. Los dos hermanos convinieron ayudarse entre sí cuando uno de ellos se viera atropellado por el enemigo. En la batalla, los primeros en huir fueron los aliados de Ammón.

Aquí ya no hay noticias que nos sirvan para seguir con orden el curso de los acontecimientos. Pero el final permite suponer que Joab persiguió a los arameos y a los sirios; que se combatió numerosas veces, tal vez, sobre todo, en acciones aisladas; que los hombres de Joab penetraron con profundidad hacia el norte, y que al cabo sirios y arameos, probablemente aliados con cananeos y con otros pueblos de la vecindad, decidieron presentar una batalla definitiva en Jelum. Si puede usarse la lógica en el estudio de guerras tan irregulares como las que se libraban entonces, y si la lógica sirve para trazar una línea consecuente de los primeros a los últimos hechos, hay que convenir en que mientras su hermano Joab llevaba el peso de la campaña en el norte, Abisai se mantuvo frente a Rabat-Ammón o en sus cercanías, combatiendo a los ammonitas que ya se hallaban sin el auxilio de sus aliados. Israel, pues, luchaba en un frente muy largo y muy accidentado, lo que da la medida de su poder en esa época y además autoriza a pensar que ya Filistea no podía amenazarle, puesto que con su retaguardia en peligro Israel no habría podido llevar el grueso de su fuerza al oriente del Jordán.

Al entrar en Rabat-Ammón como vencedor, en el último episodio de la guerra, David “quitó la corona de Milcón de sobre su cabeza, que pesaba un talento de oro. Tenía una piedra preciosa, y fue puesta en la cabeza de David, que tomó de la ciudad muy gran botín” (II Sam. 12:30). Según la interpretación corriente que se ha dado a este versículo, originada en la Vulgata, ese Milcón era un dios ammonita, al que por cierto adoró más tarde Salomón. Pero si no era un dios, sino un rey —que muy bien podía llevar el nombre del dios—, hay que suponer que Janón fue derrocado en el curso de la guerra o murió o huyó.

Cuando sirios, arameos y cananeos se hicieron fuertes en Jelum, y tal vez después que consideró la victoria asegurada, Joab envió mensajes a David pidiéndole que fuera a encabezar a Israel en esa batalla. Hadadezer, rey de Saba, había designado jefe de sus tropas a Sobas. Este jefe debió serlo también de las fuerzas que encabezaban los reyezuelos y jeques arameos y cananeos vasallos de Damasco. La batalla, pues, tenía gran importancia; tal vez no tanta desde el punto de vista militar como desde el punto de vista político. Esto explica la presencia de David en ella, y es presumible que el propio David hubiera ordenado a Joab mandar por él una vez que las condiciones se vieran propicias a una victoria que debía darle al reino de Israel considerable cantidad de tierras y de pueblos tributarios.

Los ejércitos sirios de Damasco y sus aliados fueron vencidos. Dejaron en el campo más de cuarenta mil cadáveres, aunque no es probable que fueran tantas las bajas de la batalla sino que se elevaron a ese número contando los que cayeron degollados después de la victoria, costumbre de la época. Aquí hallamos (II Sam. 8:5,6) que una noticia que se ofrece antes de la descripción de esa batalla parece completar los resultados de tal acción, puesto que se nos dice que “habiendo venido en socorro de Hadadezer rey de Saba, los sirios de Damasco, batió David a veinte mil de ellos; puso guarniciones en la Siria de Damasco, y se le sometieron los sirios, haciéndose tributarios”.

¿Indica esto que después de la batalla frente a Jelum siguió David avanzando hasta entrar en las tierras de Hadadezer, en cuyo socorro llegaron tropas de Damasco? Entendemos que sí, porque todavía hay unas líneas anteriores (II Sam. 8:3) en que se lee: “Batió David a Hadadezer, hijo de Rojob, rey de Saba, cuando iba camino para restablecer su dominio hasta el

Eufrates”. Aunque las encontramos antes de las que dan cuenta de la batalla en que David venció a veinte mil sirios, esas palabras son muy claras: afirman que Hadadezer, no su general Sobas, fue batido por David.

Ahora bien, ¿cuándo? No hay más que una explicación: después de la acción de Jelam y antes de que David se hallara en las vecindades de Damasco. Luego, está claro que cuando inició la persecución de arameos y sirios frente a Rabat-Ammón, Joab la prosiguió y fue llevando la guerra hacia el norte y fue venciendo a los reyezuelos de las regiones sobre las cuales avanzaba, hasta que los batió unidos en Jelam, esta vez bajo la jefatura de David; y después siguió batiéndolos, ignoramos si estando o no estando presente David, hasta dominar parte de la Siria de Damasco, que se sometió también al hijo de Isaí y acabó pagándole tributo, es decir, reconociéndose vasallo del rey de Israel.

Como puede advertirse, una guerra así no podía ser corta, y es lástima que los redactores de los hechos acaecidos bajo el reinado de David ofrezcan tan escasas noticias sobre ella. Las noticias más largas y más detalladas de esa época son las que se refieren a la vida privada del rey, indicio de que éste no se hallaba en los campos de batalla y de que los cronistas del reino se encontraban donde estaba David, no donde estaba Joab, quien llevaba el peso de la guerra con la energía y la pasión de los guerreros auténticos, a quienes estorban los historiadores y todos aquellos que no tengan en la espada la ley suprema de la vida.

Se sabe que fueron Joab y Abisai quienes comandaron las tropas enviadas sobre Rabat-Ammón; se sabe que Joab batió a los aliados de los ammonitas y se deduce que los llevó en retirada hasta Jelam. Por la marcha de los acontecimientos no nos es difícil sacar en claro que Abisai se mantuvo en las tierras ammonitas hasta que llegó su hermano Joab y marchó

sobre la capital de Ammón; y sabemos sin lugar a dudas que una vez que tuvo la ciudad a su merced, Joab llamó a David para que éste entrara en Rabat-Ammón como conquistador. Sabemos asimismo que fue Joab quien, después de sometida Ammón, ocupó el reino edomita, y sabemos que mientras Joab combatía a la cabeza de sus hombres, David se quedaba en Jerusalén, puesto que está dicho que “al año siguiente, al tiempo que los reyes suelen ponerse en campaña, mandó David a Joab con todos sus servidores y todo Israel a talar la tierra de los hijos de Ammón y pusieron sitio a Rabat, pero David se quedó en Jerusalén” (II Sam. 11:1).

El rey se inclina a la sensualidad

Ese momento, vagamente aludido por la frase “al año siguiente, al tiempo que los reyes suelen ponerse en campaña”, es el que precede al conocimiento de Betsabé, la mujer de Urías, por parte de David. Es, pues, la hora en que el alma del rey se encuentra anegada por la sensualidad. Su vida ha sido dramática y puede haber sido dura en los detalles; pero en conjunto ha sido fácil y fecunda puesto que ha estado guiada por esa voluntad desconocida e infalible que gobierna el destino de los pueblos. Él, que ahora es el instrumento de la historia, fue antes su objetivo. Poeta tan fundamental que no podía dejar de serlo, debió vivir sometido a emociones de gran intensidad. Político afortunado, vio abrirse ante él, casi sin que acertara a saber cómo, los caminos del poder. Guerrero victorioso, por su propia mano o por las de sus generales caían unos tras otros bajo su espada los ejércitos enemigos. Debió sentirse a menudo favorito de Dios, y eso explica que cantara diciendo (Salmos, 23, V. 22):

Es Yavé mi pastor, nada me falta.

Me pone en verdes pastos.

*Aunque haya de pasar por un valle tenebroso,
no temo mal alguno, porque tú estás conmigo.*

*Tu vara y tu cayado son mi consuelo.
Tú pones ante mí una mesa
enfrente de mis enemigos.
Has derramado el óleo sobre mi cabeza,
y mi cáliz rebosa.*

Esa sensación de bienestar era la puerta por la que iba entrando la sensualidad. Pues la respaldaba un poder político firme, y sucede que a medida que el poder de un hombre crece en extensión y en intensidad, va reflejándose dentro de él con fuerzas destructoras. Es como si el eco de ese poder se recogiera apuntando directamente al alma del que lo posee y fuera demoliéndola poco a poco. El poder que descansa en hombres y en riquezas sometidos deforma y debilita al que lo ejerce. Sólo el del creador, el del sabio, el del artista, el del santo, que se expande sin salir de quien lo lleva pero que ilumina con sus luces a quienes lo contemplan; sólo ese tipo de poder perdura y beneficia a quien lo tiene.

El de David era peligroso para él mismo. Podía convertirse fácilmente en beneficios, en satisfacciones de cualquier tipo. Era un poder que tenía la facultad de allanar el mundo a los deseos del rey. Era como el poderío de Dios, con la diferencia de que Dios no tiene apetitos, sino voluntad de crear, y David tenía apetitos. Era una fuerza en sí misma peligrosa por cuanto no era ella quien debía distinguir entre el bien y el mal, sino quien la manejaba. David, que iba hundiéndose poco a poco en el dulce légamo de la sensualidad, iba perdiendo por eso el sentido del equilibrio, ese que nos permite saber a conciencia dónde termina el bien y dónde comienza el mal. Pues en el mundo de la sensualidad no están presentes el bien y el mal, sino lo bueno y lo malo, y el mal puede producir lo bueno para los sentidos, y el bien, lo malo.

Israel estaba, pues, en peligro. Porque lo estaba David, y sucede que David e Israel eran una unidad. El pueblo sustentaba a su rey y su rey expresaba al pueblo. Israel era el árbol y

David el fruto. Mas he aquí que si el fruto se pudría por ahí empezaría a pudrirse también el tronco. Por fortuna, también ocurría que desde el tronco le llegaba la salud al fruto. Israel y David son uno de los escasos ejemplos de armonía que presenta la historia. Como la de un cuerpo y su piel o la de un metal y su brillo.

Israel era un pueblo de asombrosa vitalidad, en cuyas minorías habían echado raíces las prédicas de Moisés; un pueblo cuyos adalides volvían los ojos, en días de crisis, a las enseñanzas del padre de su espíritu nacional; un pueblo que tenía alianza con Yavé, el Dios único omnipotente y omnipresente. Yavé había entregado a Moisés las tablas de la Ley. Estas tablas eran un código para regir la vida de Israel.

Como en la mayoría de los pueblos asiáticos y algunos africanos —Egipto, por ejemplo— que tuvieron códigos morales parecidos, las grandes masas de Israel podían echar en olvido sus preceptos. Pero en Israel se respetaba como a enviado de Yavé a aquél que en horas de confusión salía por los caminos de las aldeas y por las calles de las ciudades a recordar tales preceptos y a castigar de palabra a quienes renunciaban a ellos. Esos “profetas de Dios”, “hombres de Yavé”, hablaban con igual altanería al labriego y al rey. No eran sacerdotes, y podían serlo; no tenían cargos oficiales. Eran gentes atormentadas por la descomposición que veían en torno suyo. No gobernaban, no repartían riquezas, no infligían castigos. Pero regían la voluntad nacional en un momento dado. No eran nada y lo eran todo. Representaban la reserva moral de Israel y ningún peligro les hacía renunciar a su misión.

David acertó a comprender desde muy joven, cuando todavía era un reyezuelo del desierto, que quien ejerciera el poder debía tener a su lado un sacerdote que no le fuera adverso. Él tuvo a Abiatar, el hijo del infortunado Ajimelec.

Durante años Abiatar fue el jefe de los sacerdotes de Israel y políticamente fue su partidario.

Pero Abiatar no era “un hombre de Yavé” y por tanto no era él el llamado a salvar a David de los peligros de la sensualidad para salvar de esa manera a Israel de la decadencia. En su hora de descomposición, a Israel y a David les surgió “un profeta de Dios”. Se llamó Natán, y en ese momento él fue la voz de Israel ante el rey, la otra cara de la historia, la que no se ve pero se mantiene vigilante, con un perfil adusto, en las sombras de los hechos.

A Natán, que entraba en la casa de David cuando necesitaba hacerlo y que hablaba al hijo de Isaí con la lengua de la verdad, deberá David la fortuna de haberse detenido a tiempo en la pendiente de la depravación. Pues por ella descendía él cuando Natán subió las escaleras del palacio real, no para congratularle por las victorias de sus ejércitos en la Transjordania, sino para echarle en cara su maldad y reclamarle, en nombre de Yavé, la sangre del desdichado Urías.

XVI

EN EL QUE SE DA CUENTA DEL PECADO COMETIDO POR DAVID AL ORDENAR EL ASESINATO DE URÍAS Y DE CÓMO SE ARREPINTIÓ ANTE NATÁN

El crimen fue así: Estaba tal vez en su segundo año la guerra contra los ammonitas. Recogido en su palacio de Jerusalén, David dejaba pasar los días mientras Joab y sus hombres luchaban por agrandar su reino. “Una tarde levantóse del lecho”, afirman los textos; lo cual quiere decir que no sólo se hallaba en la casa sino que además vivía allí muellemente, quizá porque estaba en decadencia moral y eso le producía la fatiga que se sufre en los días de crisis íntima, quizá porque se sentía asqueado de la actividad política, quizá porque adolecía de alguna enfermedad o convalecía. En el Libro de los Salmos hay pruebas de que el rey estuvo más de una vez enfermo.

Betsabé, mujer de Urías el jeteo

Es el caso que se levantó esa tarde y se puso a pasear por la terraza. Una mujer estaba bañándose. ¿Dónde? ¿En un lugar abierto, en una habitación cuyas ventanas se hallaban sin cortinas o en un patio amurallado que se dominaba desde el alto en que se hallaba la vivienda del rey?

La mujer que se bañaba era muy bella y David se sintió tentado por esa belleza desnuda. Cuando preguntó quién era ella le dijeron que la mujer de Urías el jeteo, esto es, el hitita,

uno de los muchos extranjeros que formaban en las tropas de David. David envió gente en busca de la mujer, cuyo nombre era Betsabé y a quien el porvenir le reservaba la suerte de ser la madre de un rey.

Le llevaron Betsabé a David, la tuvo ese día y después la envió a su casa. Pero no la olvidó; al contrario, por ella planearía y ordenaría un crimen y por ella sentiría una atracción tan singular que entre todas las mujeres de su harén sería la preferida hasta el final de su vida.

Un día Betsabé hizo saber al rey que estaba encinta. David respondió a esa noticia mandando a Joab una orden para que despachara al hitita Urías a Jerusalén. Tal vez pretendía hacerle creer, cuando llegara la hora del alumbramiento, que el hijo de Betsabé era suyo, concebido a su vuelta de los campos de guerra. Porque sólo esa idea explica que después de haberle recibido y preguntado por Joab, por el ejército y por el desenvolvimiento de la campaña, le ordenara que se fuera a su casa. Urías no le obedeció. Estaba en guerra, y era tabú cohabitar con su mujer. No le dijo al rey que no iría, sino que fingió obedecerle. El rey envió a su casa un regalo para él. Sin duda pretendía abrumarlo con sus atenciones para que el hitita se sintiera halagado y rechazara cualquier insinuación, que muy bien podía llegarle, acerca de la conducta de Betsabé. Pero Urías no había ido a su casa porque durmió en el palacio real, junto con la servidumbre del rey.

Una de las muchas enseñanzas que se desprenden de la vida de David es que ese antiguo pastor de ovejas, ese tañedor de arpa, dedicaba tanta atención a lo grande como a lo pequeño. Sabía, bien por análisis, bien por instinto, que en la actividad política los detalles cobran a veces enorme importancia. Si lo aprendió como una lección de la vida misma o si se hizo a ello observando la pequeña señal que indicaba el inicio de la enfermedad en una oveja o el pase del león por el desierto o

distinguiendo la leve diferencia con que sonaba a veces la cuerda de su instrumento, el resultado fue el mismo: David no descuidaba los detalles.

No los descuidó en el caso del hitita Urías, a quien estaba tratando con especial distinción, como a un amigo, a pesar de que en relación con él había violado la Tabla de la Ley, que decía claramente: “No desearás la casa de tu prójimo ni la mujer de tu prójimo”. Y como no los descuidaba, supo al día siguiente que Urías había dormido a las puertas del palacio. Intrigado, David hizo llamarle y le preguntó a qué se había debido eso. La respuesta del hitita fue de una nobleza conmovedora; contestó que puesto que el Arca no habitaba en casa sino en tienda —lo cual era así porque sólo bajo el reinado de Salomón se construiría el templo para ella—, y puesto que el ejército y sus jefes dormían en tiendas, él, Urías, no podía obrar en otra forma. “Por tu vida y por tu alma, que no haré yo cosa semejante”, explicó (II Sam. 11: 11).

A tanta hidalguía, David, que tal vez todavía no planeaba el crimen, respondió invitando al hitita a comer con él, y por cierto que Urías se embriagó en esa comida. El rey le pidió que se quedara todavía esa noche allí y le dijo que el siguiente día le despacharía hacia el frente. Lo hizo como lo dijo; y tras Urías partió un correo con una carta para Joab. En esa carta el rey de Israel le daba instrucciones a su sobrino —el mismo para quien una vez pidió las mayores maldiciones de Yavé por el asesinato de Abner— sobre la forma en que debía actuar para librar a David y a Betsabé de Urías. “Poned a Urías en el punto donde más dura sea la lucha, y cuando arrecie el combate, retiraos y dejadle solo, para que caiga muerto”, decía el mensaje (II Sam. 11: 15). Es cosa de creer que pocas veces se ha dado orden parecida en tan corto número de palabras.

En la conducta de los seres normales no puede haber sorpresas porque un acto cualquiera es el resultado lógico de una

actitud ante la vida. En David abundaban las sorpresas. Luego, ¿era un anormal? El poeta y el hombre, el político y el padre, el guerrero y el amigo, ¿eran en él una sola entidad manifestándose en diversas maneras pero obedientes siempre a un sólo núcleo moral, o eran personalidades diferentes unidas por el acontecer histórico? El Joab que recibe la orden de organizar el asesinato de Urías en tal forma que parezca un accidente de la guerra, ¿no la recibió también para que asesinara a Abner? ¿Cuándo es David quien en verdad es; al pedir para Joab el flujo, la lepra, el cuchillo, el báculo y el hambre por la muerte de Abner, o al ordenarle la muerte de Urías?

Como “razón de Estado”, según se diría siglos más tarde, pueden explicarse muchas acciones en la vida de David. Pero esa orden a Joab, provocada por el deseo de quitarle la mujer a su víctima, no puede explicarse sino por corrupción y quizá, junto con ella, por el miedo de que su pecado se hiciera público. Hasta a su inteligencia, tan brillante, que pudo haberle servido para hallarle una salida sin crueldad al problema que le planteaba la preñez de Betsabé, renunció David ese día; y desde luego, a su autoridad de rey, que le podía servir tanto en ese caso. Confundida con el miedo a Yavé, cuyos mandatos había violado, la sensualidad ahogaba el alma de David y asfixiaba todo su ser. Ésa fue una hora realmente tenebrosa para él y llena de peligros para Israel.

La acción en que murió Urías resultó costosa para los hombres de David, a pesar de lo cual a los ojos del rey fue beneficiosa porque entre los caídos se hallaba el marido de Betsabé. Joab envió un mensajero a Jerusalén para dar cuenta de cómo se había cumplido el deseo de David. Dado que conocía a su tío, aconsejó al mensajero sobre la forma en que debía hablarle. El mensajero dijo que mientras ellos asediaban la ciudad —debía ser Rabat-Ammón— los sitiados hicieron una salida que costó mucha gente a Israel. David se escandalizó.

Tenía siempre en cuenta los ejemplos históricos, de manera que acudió al de la muerte de Abimelec, el hijo de Gedeón. Dijo así al correo de Joab: “¿Por qué os habéis acercado a la ciudad para trabar combate? ¿No sabíais que los sitiados habían de arrojar sus tiros contra vosotros? ¿Quién mató a Abimelec, hijo de Jerobaal? ¿No fue una mujer, que lanzó sobre él un pedazo de rueda de molino, de cuya herida murió en Tebes?” (II Sam. 11:17 al 26).

El ladino mensajero le dejó hablar, y cuando replicó se guardó para lo último la noticia que haría desaparecer el disgusto del rey. Explicó que “aquellas gentes, en más número que nosotros, hicieron una salida, pero los rechazamos hasta la puerta. Sus arqueros tiraban contra sus servidores desde lo alto de la muralla, y muchos de los servidores del rey fueron muertos; entre ellos tu siervo Urías, el jeteo, quedó muerto también”.

Al oír estas palabras David se calmó como por encanto, y echando al olvido los muertos habló así al mensajero: “He aquí lo que dirás a Joab: No te apures demasiado por este asunto, porque la espada devora unas veces a uno, otras veces a otro. Refuerza el ataque contra la ciudad y destrúyela”.

Después de eso, Betsabé pasó a vivir al palacio real.

Natán reprende a David

El niño que llevaba en el vientre la viuda de Urías sólo iba a vivir una semana. Sin duda nació enfermo. Natán conocía el crimen del rey, y no es disparatado decir que mucha gente lo conocía ya, no sólo porque fueron varios los que intervinieron directa o indirectamente en su ejecución, sino porque Betsabé había pasado al harén de David, lo cual hacía públicas las relaciones entre el rey y la viuda.

Natán, pues, se presentó a David para pedirle que juzgara un caso. Según le refirió Natán a David, un hombre rico quiso agasajar a un amigo que fue a visitarle, y en vez de sacrificar

uno de sus animales ordenó que mataran la única oveja de un vecino pobre. “El pobre no tenía más que una sola ovejuela, que él había comprado y criado, que con él y con sus hijos había crecido juntamente, comiendo de su pan y bebiendo de su vaso y durmiendo en su seno, y era para él como una hija”, aseguró patéticamente Natán, que además de profeta era astuto. Ante la injusticia que se le proponía juzgar David se indignó y dijo que el rico merecía la muerte y que debía pagar la oveja del pobre siete veces. A esas palabras, el profeta habló con la voz de Israel: habló con lengua indignada clamando: “Tú eres ese hombre”. Y tras recordarle lo que Yavé había hecho por él, le lanzó la acusación: “Tú has herido a espada a Urías, jeteo; tomaste por mujer a su mujer, y a él le mataste con la espada de los hijos de Ammón”. (II Sam. 12:2 al 13).

Podemos imaginar la escena. David no es todavía viejo, puesto que tendría setenta años al entregar el trono al segundo de los hijos de Betsabé. En el momento en que le habla Natán debe tener más de cuarenta y cinco y tal vez menos de cincuenta; quizá cuarenta y siete, quizá cuarenta y ocho. A esa edad, aunque haya padecido enfermedades de cuidado, sus ojos deben conservarse con brillo y su tez con pocas arrugas. Desde su juventud no hay descripción alguna del rey. No sabemos cómo habrá evolucionado su figura, cómo habrán cambiado las líneas de su rostro. Tampoco sabemos cómo es Natán, si viejo o sólo maduro. Lo que podemos advertir de este “profeta de Yavé” es su cautela, pues no entra en el palacio real invocando la ira de Yavé para la cabeza de David, sino que presenta al rey un caso de juicio, con lo cual espera poner en conflicto al hombre David con David el monarca, al delincuente hijo de Isaí con el juez de Israel. Lo logra, pues David, como con frecuencia les sucede a los gobernantes absolutos, olvida su crimen a la hora de juzgar a un tercero que ha cometido otro parecido. Dice el texto sagrado que “encendido David fuertemente en cólera”

contra el culpable descrito por Natán se lanzó a afirmar que era “digno de muerte”. Mas en el cauto Natán, que tan hábilmente había sabido abordar al rey, surgió la voz tonante de Yavé: “¡Tú eres ese hombre!”, dijo Natán. Y David tembló.

David oía a Natán reclamar. “¿Cómo, pues, menospreciando a Yavé, has hecho lo que es malo a sus ojos?”. Y su confusión debía ser grande, pues si él había ordenado la muerte de Urías para que su pecado no se supiera, Yavé lo había sabido. Cuando un profeta hablaba como lo estaba haciendo Natán, nadie pensaba que expresaba sus sentimientos, sino los de Yavé. David oía su crimen proclamado por Yavé, que usaba la boca de Natán para que sus palabras tomaran cuerpo, y Yavé dijo, hablando con la lengua de Natán: “Yo haré surgir el mal contra ti de tu misma casa, y tomaré ante tus mismos ojos tus mujeres, y se las daré a otro, que yacerá con ellas a la cara misma de este sol; porque tú has obrado ocultamente, pero yo haré esto a la presencia de todo Israel y a la cara del sol”.

Abatido, David dijo: “He pecado contra Yavé”. Y con esas palabras daba la medida de su auténtica grandeza, ¿pues qué otro rey, en el mundo conocido por esos días, hubiera dicho algo semejante? En la confusión de miedo y sensualidad que le ahogaba, el miedo se imponía en forma de arrepentimiento.

David había respondido sólo cuatro palabras, pero en ellas estaba la esencia de Israel, su historia, su atmósfera, su actitud ante la vida. La voluntad de Israel tenía un nombre: Se llamaba Yavé. Yavé regía el alma colectiva. Yavé había determinado lo que era bueno y lo que era malo. Yavé expresaba a ese conglomerado, y nadie en él, ni siquiera el rey, podía rebelarse ante Yavé. Yavé, en esa ocasión hablaba a través de Natán. De manera que una voz surgida de la entraña de Israel proclamaba las enseñanzas de Yavé, y he aquí que el rey la oía y admitía su culpa. “He pecado contra Yavé”, dijo él. Ese episodio explica por qué habría Israel de subsistir, por qué ni

la espada ni el fuego ni la dispersión lo destruirían aunque pasaran miles de años. Pues había en él un punto indestructible: Su unidad en Yavé.

La hora culminante de David es aquella en que decide reinar desde Jerusalén. Esa medida va a darle a su reinado una estabilidad militar y política de grandes alcances, y todo lo que haga después, incluso lo que habrá de hacer su hijo Salomón, tiene como punto de partida la conquista de la ciudad jebusea y su dedicación a capital de Israel. Pero la hora culminante de Israel es esa en que David reconoce ante Natán que ha “pecado contra Yavé”. Todo lo que Israel ha sufrido en obediencia al Dios único queda premiado entonces. Si David no hace un alto en su creciente corrupción, ¿adónde habría conducido a su pueblo? Con sus ejércitos triunfantes hacia el oriente y hacia el norte, con el oeste dominado y el interior del país unificado en su obediencia al rey; dueño de un poder tan sólido que podía descansar en su palacio mientras sus generales hacían la guerra, y ordenar que le llevaran a una mujer que le había gustado sin que nadie se le opusiese, ¿quién podía encauzar el torrente de los apetitos de David, una vez desatado?

Esa sumisión del hijo de Isaí a los mandatos de Yavé era una manifestación típicamente hebrea. En Israel, el pastor y el rey eran iguales ante Yavé. No sucedía lo mismo, por ejemplo, en Egipto país mucho más desarrollado pero donde los dioses servían al faraón.

Muerte del hijo de David

Por otra parte, David tenía un alma complicada. En medio de una sociedad ruda, esa alma suya era como una flor finísima que crecía en un bosque de troncos ásperos. El estruendo de los combates no le impidió oír siempre su canto interior de poeta, y a menudo con una poesía suplantaba el hecho que no llegaba a realizar. Precisamente en el caso de Betsabé, David

sufrió con indudable intensidad. Natán se fue asegurándole que en vista de su arrepentimiento Yavé le dejaría el trono pero le quitaría el hijo que acababa de darle la viuda de Urías. David fue un padre extraordinario, que quería a sus hijos con vehemencia sólo explicable en un hombre que tenía capacidad maternal. Adolorido hasta la entraña, David debió haber roto con Betsabé y eso habría complacido a Yavé. Ésa era la forma en que habría reaccionado un hombre cualquiera. Pero él no; él, abrumado por el sufrimiento, se inclinó ante Yavé y le mostró su humildad como poeta. El poema equivalía a un acto. Dijo (Salmos 51, V. 50):

*¡Apíadate de mí oh Dios, según tus piedades!
Según la muchedumbre de tu misericordia,
borra mi iniquidad*

Por momentos se le ve el alma adolorida, y también, allá en el fondo, como una luz, el júbilo de la esperanza que se abre paso entre el dolor. Pues cuando dejaba de ser rey para ser poeta, David se dirigía a Yavé como un hijo a su padre, y confiaba en la bondad de ese padre tanto como uno de los hijos que poblaban su palacio podía confiar en él. Véanse, si no, estas partes de ese mismo salmo, que se dice haber sido compuesto precisamente después de haber oído a Natán:

*¡Oh tú, que amas la sinceridad del corazón!
¡descúbreme los secretos de tu sabiduría!,
lávame, y emblanqueceré más que la nieve.
Dame a sentir el gozo y la alegría,
y saltarán de gozo los huesos que humillaste.*

Sin duda que no es fácil comprender a David. Delinquiró como hombre enamorándose de mujer ajena; pecó como rey, usando su poder para quitar la vida al marido de esa mujer, y a fin de lograrlo entregó la vida de otros hombres: y cuando Natán le hace ver su maldad, implora perdón como poeta. Urías ya está muerto, y no se le ve asomar en el arrepentimiento de David; están muertos los que cayeron con Urías

ante las puertas de Rabat-Ammón, y no se alude a ellos en el poema. Betsabé vive; es su mujer y seguirá siéndolo, pues aunque David esté sinceramente arrepentido, aunque sufra de veras, hay una fase de su personalidad que no tiene parte en ninguno de los aspectos del complicado problema que ha creado su deseo de tener a Betsabé.

Se había ido, pues, Natán, diciendo: “Por haber hecho con esto que menospreciasen a Yavé sus enemigos, el hijo que te ha nacido morirá” (II Sam. 12:14). La tremenda profecía hirió a David como el rayo al árbol de la llanura. El hijo enfermó, y viéndole enfermo David se negó a comer y a dormir en lecho, se negó a oír a sus amigos; velaba y se echaba en el suelo. El dolor le tenía loco. Debía pensar que aquella indefensa criatura iba a pagar, con la vida, el pecado de su padre, y la injusticia que él había provocado golpeaba su alma con una violencia que aterraba a David. El amor a los hijos fue un sentimiento de extraordinaria fuerza en su corazón; y es sólo en sus últimos años cuando la conciencia de la necesaria perdurabilidad de su obra política tendrá en él más importancia que sus hijos.

El hijo de Betsabé murió a los siete días. Los servidores del rey, que le habían visto sufrir con tanta intensidad, no se atrevían a darle la noticia de que el niño ya no vivía. Temían a su reacción. Esperaban, con mucha razón, que ese padre desesperado enloqueciera. No se lo decían, pues... Pero David era David, el que captaba en el aire los sucesos; el poeta, el adivinador. Él adivinó lo que pasaba; preguntó y hubo que decirle la verdad.

¿Qué hizo entonces? Calló, y fue a bañarse, a ungiarse y a ponerse ropas limpias; después visitó el Arca, en la tienda donde se hallaba desde el día de su entrada en Jerusalén, y allí oró ante Yavé; a seguidas pidió de comer.

El político había reaparecido de pronto en él. Muerto el niño, era otra vez David el rey, el que aceptaba los hechos tal

como eran. Habían desaparecido en un instante el padre que sufría y el poeta que imploraba lleno de esperanzas. Los que le rodeaban no podían comprenderle; no acertaban a ver ese desfile de almas en un sólo cuerpo. Le preguntaron por qué actuaba así, y respondió: “Cuando aún vivía el niño, ayunaba y lloraba, diciendo: ¡Quién sabe si Yavé se apiadará de mí y hará que el niño viva! Ahora que ha muerto ¿para qué he de ayunar? ¿Podré ya volverle a la vida? Yo iré a él, pero él no vendrá ya a mí” (II Sam. 12:22,23).

El hombre de acción, el que se enfrentaba a la realidad con sangre fría, había vuelto a tomar posesión de él. Pasada la hora de la duda, que es la de la angustia, volvía a ser el David que encabezaba un reino y mandaba hombres. Y ese David no renunciaría a Betsabé; al contrario, la viuda de Urías pasaría a ser la favorita de su harén. De ella tendría tres hijos más, y el segundo, es decir, el primero de los vivos, heredaría el reino. Sería Salomón, el rey fastuoso, a quien la posteridad llamaría sabio y creería siervo sincero de Yavé porque le edificó el templo que David planeó hacerle.

David el político pidió a Natán que se hiciera cargo de educar a Salomón, para lo cual Natán pasó a vivir en el palacio real, y allí estaba cuando murió el rey. Natán, el profeta de Yavé, fue, pues, moldeado por David y fue transformado en fuerza útil para el reino. En un momento dado había sido el verdadero rostro de Israel, el austero perfil del pueblo, que no se veía pero que al ser golpeado por la luz del dolor proyectaba las líneas más puras y auténticas de Israel en el muro de la historia.

De las grandes cualidades de David, una es la capacidad de comprender que su poder no era superior al poder disperso que crecía entre la innúmera gente de Israel. Por unos días que para David fueron de inolvidable tribulación, el poder disperso era un profeta de Dios y se llamaba Natán.

XVII

EN EL QUE SE EXPLICA CÓMO ORGANIZÓ DAVID SU REINADO Y CÓMO Y POR QUÉ MURIÓ SU HIJO AMNÓN A MANOS DE SU OTRO HIJO ABSALÓN

En medio de las guerras y de sus preocupaciones personales, David ejercía su papel de rey; no hay que olvidarlo. El rey era también el juez, y todo problema de justicia debía ser dilucidado ante él. No sabemos si, como hizo Samuel antes del ungimiento de Saúl, que delegó en sus hijos para que juzgaran el pueblo en el sur de Judá, David tenía delegados en las diversas regiones de Israel. Pero es de pensar que ése era el papel de los seis mil jueces que se dice escogió de entre los levitas, probablemente en sus últimos tiempos; y debía ser así porque de otra manera la vida no le habría alcanzado para juzgar casos. Pues Israel crecía, sus fronteras se ampliaban y aún no creciendo, tenía que ser humanamente imposible que atendiera a peticiones de justicia en asuntos ínfimos y en regiones apartadas.

Hay razones para suponer que antes de designar esos seis mil jueces David dejó de prestar la debida atención a este aspecto de sus obligaciones. Cuando Absalón decidió hacerse rey destronando a su padre, fue por ahí por donde comenzó a intrigar en el pueblo haciendo ver a la gente que llegaba a Jerusalén en busca de justicia, que el rey no atendería sus casos y que de estar él a la cabeza del reino todo hebreo sería juzgado conforme a sus derechos.

El gobierno de Saúl era patriarcal y por tanto personal. Sabemos que una vez se reunió con sus capitanes para acordar la muerte de David y que otra vez habló con un número de principales benjaminitas para convencerlos de que debían ayudarle en la persecución de David puesto que él, Saúl, les daba posiciones y les obsequiaba con tierras y riquezas; tenía un jefe militar, que era Abner, y una especie de corte formada por sus mejores hombres de armas, y está muy cerca de lo probable que decidiera organizar el culto con fines políticos. A partir de ahí nada más sabemos sobre los métodos de gobierno de Saúl, y no hay constancia de que pensara en organizar el Estado.

David, en cambio, fue un organizador. David tuvo buen cuidado de establecer una jerarquía religiosa que dependía de él, y administraba esa importantísima rama de la actividad pública. En los primeros tiempos el jefe de los sacerdotes fue Abiatar; más tarde, al lado de Abiatar estuvo Sadoc. En sus últimos años David llegó a reglamentar el servicio del culto en forma tan cuidadosa y tan estricta, que funcionaba en todo Israel con precisión sorprendente para cualquier país en cualquier época. Hay una larga relación sobre esto en Paralipómenos. Además, David tuvo su “profeta de Yavé” privado; se llamaba Gad, quien lo mismo que Natán, llevó relación escrita de muchos de los hechos de David.

David había designado un cronista del reino, lo que podríamos llamar “historiador oficial”, que fue Josafat, quien tuvo igual cargo con Salomón. No podemos estar agradecidos a Josafat, que debió dejarnos más datos sobre las guerras de su señor; haberlas, por lo menos, enumerado, y no mencionarlas en forma tan confusa, mezclando épocas y pueblos con la mayor desaprensión. Josafat debió ser un cronista demasiado afecto al prestigio de David, pues no hay dudas de que quien escribió la mayoría de los relatos sobre la vida del

rey trató de ocultar con frecuencia la verdadera alma del hijo de Isaí para mostrar sólo sus mejores lados. Algunas de las páginas más reveladoras del verdadero David fueron, sin duda, escritas por otros; por Natán y por Gad, creemos.

Seguramente después que David tuvo bajo su mando a pueblos diversos, designó un inspector de los tributos, Adoniram, que también siguió siéndolo con Salomón. La primera vez que se habla de la especie de cuerpo de ministros con que gobernó David (II Sam. 8:15 al 18) no se menciona a Adoniram, lo que indica que éste fue elegido para el cargo más tarde, cuando hubo que atender el cobro de tributos que debían pagar pueblos extranjeros.

David acumuló grandes riquezas; no sólo las que conquistaba como botín de los países vecinos, sino también las que le brindaban los reyes y jeques de los alrededores, tal vez para evitar que los atacara. Parte de esas riquezas era ofrendada a Yavé, parte iba al tesorero particular del rey, que era al mismo tiempo el de la nación. El mismo David lo dice en I Paralipómenos (24:2 al 4) cuando ofrece, de lo suyo, “tres mil talentos de oro, de oro de Ofir, y siete mil talentos de plata fina” para la construcción del templo.

Un tal Azmavet era quien estaba a cargo del tesoro privado de David y este Azmavet se hallaba asistido de ayudantes que atendían a los almacenes donde se guardaban las riquezas del rey, a los labriegos que trabajaban en sus campos, en las viñas, en las bodegas, los olivares y los higuerales, cuidaban el aceite ya elaborado y los distintos hatos de ganado vacuno y ovino, los camellos y los asnos. Es de suponer que la mayoría de esos bienes fue heredada por Salomón. Cada uno por sí, los hijos de David tenían sus propiedades, muy probablemente regaladas por el rey, puesto que los hijos formaban un cuerpo del reino, el de los áulicos. Pero el tesoro que podríamos llamar nacional debía ser el del monarca. Éste era

independiente del destinado al culto, que se formaba con las entradas establecidas en el Pacto de la Alianza y con los obsequios que se le hacían a Yavé en ofrendas.

Organización del ejército

La organización del ejército fue también atacada por David con tanto cuidado como la organización del servicio religioso. Llegó a tener un cuerpo constante de veinticuatro mil hombres, que servían por plazos de un mes, bajo jefes que también se relevaban y que procedían de partes distintas de Israel. En I Paralipómenos (27:7) se da el nombre de Azael, el hermano de Joab que murió a manos de Abner en Gabaón, como uno de los jefes mensuales de esas fuerzas, lo cual hace suponer que ese tipo de organización fue creado por David desde muy temprano. Por datos dispersos se entiende que había cuadros fijos, que no turnaban, de jefes para el ejército, además de los que se cambiaban cada dos meses, y que esos cuadros fijos estaban formados fundamentalmente por los seiscientos veteranos que acompañaron a David en los días de la persecución de Saúl. Por otra parte, debía haber grandes levadas en los tiempos de guerras y guarniciones en los puntos claves en las fronteras, que no podían ser removidas cada mes.

El jefe permanente del ejército, casi seguro desde que David pasó a ser rey de Judá en el 1010 a. de C., fue su sobrino Joab, hijo de su hermana Sarvia. Tratando de hallarle justificación al asesinato de Joab, los comentaristas de la vida de David se apegan a la creencia de que el implacable general llegó a ser una amenaza para su tío, debido al poder que acumuló en cuarenta años de ejercicio de su jefatura. Pero no hay fundamentos para esa opinión. Los hechos hablan por los hombres, y los hechos de Joab demuestran que su lealtad a David no tuvo caídas. En algunos casos, como en la conquista de

Rabat-Ammón, mandó en busca del rey para que éste entrara en la ciudad como vencedor en una guerra que no había hecho. Lo que parece haber de cierto es que David jamás le perdonó la muerte de Absalón, el hijo rebelde. Pero la propia muerte de Absalón es obra de la lealtad de Joab a su tío y señor. Ocurría, eso sí, que Joab era hombre duro, creyente ferviente de la ley de la espada. No entendía que la vida es cambiante; no era capaz de comprender, como David, que el adversario de hoy puede ser el partidario de mañana. Joab era el hijo de las armas; sólo de ellas entendía, sólo sabía de combates, y en el combate lo importante es lo que está ocurriendo, no lo que podrá ocurrir. Joab, pues, era de los que no veían hacia el pasado ni se confiaban al porvenir, y por tanto mataban al enemigo de hoy sin tomar en cuenta si había sido el amigo de ayer y si podría ser el aliado de mañana. Es más, como en el caso de Absalón, ni siquiera tomaba en cuenta los lazos familiares.

Además del ejército, David tenía su guardia personal, los llamados cereteos y feleteos, según algunos autores, kereteos y pheleteos por el origen cretense y filisteo de sus componentes. Estos eran mercenarios, lo que indica que David no quería que el cuerpo armado que lo cuidaba pudiera caer bajo influencias políticas locales ni deberse a intereses o pasiones del país, sino sólo al señor que les pagaba. El jefe de esa guardia fue, entendemos que desde su creación, uno de “los valientes de David”, Banayas, que sería el jefe de los ejércitos de Salomón, un soldado tan implacable como Joab y probablemente nada afecto al hijo de Sarvía. Banayas tomaba parte en los consejos de gobierno. De él se cuenta que bajó a una cisterna, no sabemos cuándo, para dar muerte a un león. Ésa fue una demostración casi increíble de valor, pues una cisterna es un lugar cerrado con la entrada por arriba, y bajar era ya jugarse la vida. Se decía de Banayas que una vez, armado

sólo de un palo, se enfrentó a un egipcio que le acometió con una lanza; despojó al egipcio de la lanza y con ella lo mató.

David jerarquizó a las tribus, designando a un jefe para cada una, aunque ignoramos cuál era el papel de esos jefes. Insistimos en recordar que David tenía un cuerpo de consejeros formado por varios de los altos funcionarios del reino, algo así como lo que hoy es un consejo de ministros, y que la familia real formaba otro cuerpo, el de los áulicos, los habitantes del palacio real, los cercanos al rey. Pues entendemos que repitiéndolo damos una idea más viva de cómo David acertó a coordinar en una especie de sistema combinado a todos los que por alguna razón estaban en contacto con él; él era el rey, la personificación del Estado, y por tanto cuanto tuviera que ver con él debía formar parte en la organización del Estado.

Censo del pueblo

La medida de la capacidad de David como estadista la da el censo que ordenó, probablemente al acercarse el fin de su reinado y cuando ya había paz, puesto que fue el ejército, bajo el mando de Joab, quien se encargó de esa tarea. El trabajo duró “nueve meses y veinte días” según afirman con notable exactitud los textos bíblicos. El censo era una medida peligrosa porque el pueblo alegaba que David enumeraba a Israel como si fuera su dueño, y que sólo Yavé era dueño de Israel. David enfrentó las maldiciones, los malos augurios de su vidente Gad, y mandó censar al pueblo porque su instinto de estadista le decía que sólo podía gobernar a conciencia aquel que sabía de cuántos hombres disponía.

El censo informó que el reino contaba con un millón trescientos mil hombres de guerra —y según Paralipómenos, con un millón quinientos setenta mil, excluyendo a Benjamín—. Esa cantidad parece exagerada si la tomamos literalmente, y

nos referimos a los datos que da II Samuel (24:9), no a los de Paralipómenos. Pues “hombres de guerra”, aun suponiendo que entraran en ellos los hombres útiles de dieciséis años arriba, podrían ser el veinte por ciento de la población, lo cual quiere decir que la población total debía ser de cinco veces ese número. Seis millones quinientas mil almas era mucho para un país que se hallaba en la etapa pastoril-agrícola de la economía, pues aún tratándose de semitas, que normalmente tenían familias muy largas, esos debieron ser tiempos de altísima mortalidad infantil y de total indefensión ante las epidemias; y la extensión de Israel, aun en los últimos años de David, no debía sobrepasar los cien mil kilómetros cuadrados.

Según II Samuel (24:5 al 8), se censó desde el paralelo de Sidón al norte, hasta el del desierto de Neguev al sur, y desde el país de los hititas en la Transjordania, hasta Dan, lo cual equivale a decir hasta el Mediterráneo. Se menciona a Tiro dentro de los territorios censados, lo cual debe ser una confusión porque Tiro siguió siendo un puerto independiente de Israel y porque David no intentó, siquiera, atacar al reino de su amigo Hiram, que fue también amigo de Salomón; pero esa mención y la circunstancia de que más tarde, para pagar una deuda a Hiram, Salomón le cediera al rey de Tiro tierras de Israel, indica que Israel extendió sus dominios, en tiempos de David, prácticamente hasta las murallas de la ciudad fenicia, y probablemente no por medio de guerras sino por vasallaje voluntario de los jeques de la zona.

El disgusto del pueblo por el censo, estado de ánimo que todavía hoy, a distancia de tres mil años, es frecuente en muchos países cuando van a realizarse enumeraciones de la población, y los augurios de Gad, parecieron justificados cuando, poco después de haberse terminado el notable trabajo, una peste de cuyas características no tenemos noticias asoló a Israel matando a miles de personas. David temió. David

temió siempre a Yavé y en sus últimos años, sobre todo, aquejado por enfermedades, por remordimientos y por los dramáticos sucesos familiares en que se halló envuelto, el temor a Yavé era en él violento. El censo debió ser obra de esos últimos años. Cuando oyó al pueblo clamar que Yavé castigaba a Israel porque David se había atrevido a contarle como si fuera suyo, y no de Yavé, se acongojó, y probablemente en esa época comenzó a proyectar el templo que después erigiría Salomón. Mientras tanto, escogió él mismo un sitio en los alrededores de Jerusalén para levantar un altar a Yavé, a fin de que amenguara su cólera. El sitio era propiedad de un jebuseo. David se lo compró, mandó hacer el altar, ofreció en él holocaustos a Dios, y “así se aplacó Yavé con su pueblo y cesó la plaga de Israel”. En ese lugar sería erigido el templo, algunos años después.

La propia organización del Estado, tan beneficiosa para el reino, era, sin embargo, perjudicial para David. Pues cada rama de la administración pública discurría por sus cauces; los sacerdotes atendían al culto, los generales hacían las guerras, los cobradores de tributos recaudaban fondos, los jefes de obras públicas atendían al trabajo de millares de hombres, los cereteos y feleteos cuidaban del palacio y del rey; y todo eso le permitía a David entregarse a sus sueños, a sus placeres, dedicarse a sus mujeres. David descuidaba sus obligaciones, mientras el tiempo discurría, los hijos iban creciendo e Israel multiplicaba sus riquezas. En tiempos de paz, el pueblo y las razas sometidas trabajaban en los campos, en los hornos de ladrillos, en las construcciones de los caminos, en los bosques donde se cortaban los árboles para las viviendas y para quemar, en los mercados donde se vendían el vino y las ovejas, los higos y las telas que fabricaban las mujeres y las vasijas de barro que hacían los jovenzuelos. De las aldeas a las ciudades iban los asnos cargados de productos, las caravanas

de camellos se movían por los lugares arenosos, nuevas viviendas para alojar a las nuevas generaciones se agregaban a villorrios y ciudades y de todos los rincones de Israel la gente volvía los ojos hacia Jerusalén, donde estaba el rey, que era el corazón del país.

Amnón deshonra a Tamar y es muerto por Absalón

Todo el poderío de Israel se reflejaba en el hogar de David, y esa fuerza fecundaba allí el germen de los dramas que estaba llamado a padecer el rey. Pues en su hogar David no tenía autoridad; lo cual, desde luego, facilitaba que cada quien tuviera la suya propia. En ese hogar abundaban las mujeres y las concubinas, y los hijos de unas y otras se confundían sin que en realidad se sintieran hermanos sino aquellos que tenían una madre común.

El primogénito fue Amnón, hijo de Ajinoam, nacido en Hebrón. Dodiya —o Daniel—, el de Abigaíl, debió morir en la infancia. De manera que el que seguía en edad y en la línea de la herencia a Amnón era Absalón, en verdad el que parece haber sido el predilecto de David. La madre de Absalón era Maaca, descendiente de los reyes o reyezuelos sirios de Guesur. El matrimonio con Maaca debió ser de conveniencia política, cuando ya David era rey de Judá.

Además de Absalón, Maaca dio a David una hija, Tamar. Sabemos que Absalón era impresionante por su belleza, y la pasión que despertó Tamar en su medio hermano Amnón hace pensar que Tamar debió también ser muy bella. Maaca, de origen real, inculcó sin duda en sus hijos ambiciones y soberbia. Pero David los amaba, si bien, cosa corriente en esos días, el amor del padre era para el hijo varón, no para la hembra. David quiso a Absalón con auténtica pasión, y si hemos de juzgar por la manera en que trataba los casos familiares, debía querer a todos sus hijos en forma parecida. Fue

un padre lleno de amor, y es otro de los aspectos de su múltiple personalidad el hecho de que habiendo sido tan buen organizador del reino no supiera poner orden en su familia. Seguramente a ésta le faltó el ejemplo de una vida austera. Y allí donde él falló, allí sería herido de manera atroz.

Amnón se enamoró a tal grado de su media hermana Tamar, que un sobrino de David tuvo que preguntarle: “Hijo del rey, ¿cómo y por qué de día en día vas enflaqueciendo?” (II Sam. 13:4). A lo que Amnón contestó descubriendo su amor por Tamar. El sobrino de David, de quien se afirma que era muy astuto, aconsejó al apasionado primogénito de su tío que se hiciera el enfermo y que cuando David fuera a verle le pidiera que le mandara a Tamar para que le preparara la comida y pudiera comerla de su mano.

Sucedió como lo había previsto el sobrino del rey. Visitó éste a su hijo, creyéndole enfermo; le preguntó qué deseaba, y el hijo pidió que le enviara a Tamar. Dio el rey la orden; fue Tamar a visitar a Amnón y le preparó hojuelas de harina. Amnón mandó que les dejaran solos y después invitó a Tamar a darle de comer en la alcoba. Tamar accedió, y Amnón quiso hacerla su mujer. La hermana de Absalón dijo que no; le pedía a Amnón que hablara primero con David; le decía que el rey no se la negaría por mujer, pero que no la tomara así, a las malas y a escondidas. Amnón no pudo oírla; estaba enfermo por ella, era sujeto de una pasión superior a su voluntad. Violó, pues, a su media hermana.

Visto desde hoy, el hecho parece repugnante. Pero visto desde su época, lo que hay de malo en él es la violación, no la consanguinidad entre Amnón y Tamar. En esos días, y todavía durante siglos, los reyes egipcios se casaban con sus hermanas. Abraham, el padre de Israel, fue marido de su hermana Sara. Tamar misma lo dijo: “Mira, habla al rey, que seguramente no rehusará darme a ti”.

Por esas razones el episodio que conocemos como “el incesto de Amnón” no fue grave en sí, y poco podía hacer él sufrir a David. Graves fueron sus consecuencias, y éstas sí causaron dolor al rey. Pues sucedió que una vez cometida la violación, Amnón aborreció a Tamar; la aborreció con “tan gran aborrecimiento, que el odio que le tomó fue todavía mayor que el amor con que la había amado: y le dijo: Levántate y vete” (II Sam. 13:15). Pero Tamar no quiso irse porque, dijo, “si me echas, este mal será mayor que el que acabas de cometer contra mí” (II Sam. 13:16).

Amnón, primogénito de David, era violento. Llamó a un criado para que sacara de la alcoba a Tamar, sin tomar en cuenta que se trataba de una media hermana y que él acababa de violarla. El sirviente cumplió la orden. Tamar, con la túnica rasgada, ceniza en el pelo y ambas manos en la cabeza, se presentó a su hermano Absalón y le dio cuenta de lo que Amnón había hecho con ella. Absalón no clamó al cielo; no acudió ni siquiera a David en demanda de justicia. Absalón, que codiciaba el reino de su padre, halló en el episodio una razón que justificara la muerte de Amnón, el heredero. Y pacientemente se puso a esperar la hora de la venganza.

El Libro II de Samuel (13:23 al 39) relata que “al cabo de dos años tenía Absalón el esquila en Baljasor, que está cerca de Efraim, y quiso convidar Absalón a todos los hijos del rey. Vino Absalón al rey y le dijo: ‘Tu siervo tiene ahora el esquila; te ruego que vengan el rey y sus siervos a la casa de tu siervo’. El rey respondió a Absalón: ‘No, hijo mío, no iremos todos para no serte gravosos’. Y aunque le porfió, no quiso ir y le bendijo. Entonces le dijo Absalón: ‘Al menos, permite que venga Amnón mi hermano’. ‘¿Y para qué ha de ir?’, le dijo el rey; mas como le importunase Absalón, dejó ir con él a Amnón y a todos los hijos del rey”.

Lo que acabamos de transcribir es una escena típica de una sociedad en la que el padre es un patriarca. Los hijos no viajan sin la autorización paterna, aunque sean adultos, como sin duda lo eran ya Absalón y Amnón. De lo copiado se desprende también que los hijos del rey tenían sus bienes personales, tierras y rebaños, seguramente donados por David; y se advierte que una vez fuera de la casa real cada cual corría con sus gastos. Así está dicho por David cuando se niega a ir: “No, hijo mío, no iremos todos para no serte gravosos”.

No fue David, pero fueron sus hijos; todos o gran parte de ellos. Absalón debía ser joven. Tercero de los hermanos, nacido en Hebrón, debe haber llegado al mundo entre el 1010 y el 1005 a. de C. Suponiendo que hubiera nacido en el 1008 y que tuviera veintidós años cuando ocurrieron los hechos que estamos relatando, la muerte de Amnón debió tener lugar alrededor del 986 o hacia el 985 a. de C. A esa época, Salomón estaba ya nacido.

Según se dice de él en II Samuel (14:25 y 26), “no había en todo Israel hombre tan hermoso como Absalón; desde la planta de los pies hasta la cabeza, no había en él defecto; cuando se cortaba el pelo, cosa que hacía al fin de cada año, porque le molestaba y por eso se lo cortaba, pesaba el cabello de su cabeza doscientos siclos, peso real”.

Ésta es la estampa de Absalón unos años después del día en que invitó a David a ir a Baljasor. Tal día, mucho más joven, debía tener la belleza de su edad, más en floración, menos definida. Lo que sí tenía ya era la dureza de que daría fe en breve. En ese corazón no había piedad.

Cuando llegaron al esquilero, los hijos del rey fueron festejados por Absalón con un banquete. Los criados de Absalón estaban instruidos de cómo proceder, y cuándo. De manera que esperaron que Amnón se embriagara con vino y una vez que la embriaguez le dominó procedieron a dar muerte al

heredero de David en presencia de todos los que allí se habían reunido. Espantados por el crimen, los hijos de David saltaron sobre sus mulos y huyeron hacia Jerusalén. Antes que ellos llegó a oídos del rey el rumor de que Absalón había muerto a todos sus hermanos. Esa extraña facultad semítica de conocer los acontecimientos en el momento de producirse y de divulgarlos a velocidades incompatibles con los medios de transmisión, se multiplicó entonces y convirtió el asesinato de Amnón en una degollación masiva de la familia real. David padeció en su corazón de padre, tal vez como pocas veces sufrió en su vida.

Herido por la noticia, el rey rasgó sus vestiduras y se echó en tierra. Todos los que le rodeaban hicieron lo mismo. Debió ser una hora de consternación y de indescriptible congoja para David. Pues él amaba a sus hijos con vehemencia desacostumbrada; en su corazón había para ellos amor de padre y de madre juntos. No era sólo el rey que quería herederos para su corona; era algo más: era un apasionado de sus retoños, y en su amor había también dolor, acaso porque, hijo último como fue, recordaba lo que sin duda sufrió en su infancia, y también porque debido a su sensibilidad de poeta debía tener una fina percepción y un recuerdo perdurable para las pequeñas amarguras que el niño ve como definitivas.

Fue aquel de sus sobrinos que aconsejó a Amnón como debía hacer para tener a Tamar el que devolvió ese día cierta paz al alma de David diciéndole que no habían muerto todos sus hijos. “Es Amnón sólo el que ha muerto, porque era cosa que estaba en los labios de Absalón desde que Amnón forzó a Tamar, su hermana”, dijo el sobrino del rey. ‘No crea, pues, mi señor el rey ese rumor, que dice: Han muerto todos los hijos del rey porque es sólo Amnón el muerto, mientras que los hermanos están sanos y salvos’” (II Sam. 13:32 al 34). Después, el mismo que había hablado anunció que ya se veía

llegar a los hijos de David y que se acercaban faldeando la colina por el camino de Jerusalén. Con el alma temblando de espanto, los hijos y el padre lloraron abrazados.

Absalón huyó a la tierra de sus abuelos maternos. “Estuvo allí Absalón, después que huyó a Guesur, tres años; y el rey David se consumía por ver a Absalón, pues de Amnón, el muerto, ya se había consolado” (II Sam. 13:38 y 39).

XVIII

EN EL QUE SE REFIERE EL DERROCAMIENTO DE DAVID POR SU HIJO ABSALÓN

En el retorno de Absalón tuvo Joab parte importante. No puede pensarse que ya estuvieran en marcha las intrigas para la sucesión real y que Joab procuraba tener a Absalón como una pieza a la mano para el juego político; pues pasarán todavía largos años antes de que David decida resignar su cargo en uno de sus hijos.

En el texto bíblico se dice que Joab quiso complacer al rey porque “el corazón del rey estaba por Absalón”. Su sobrino, pues, buscó la manera de hallarle una salida a David para que éste satisficiera su deseo de ver a Absalón y apareciera, sin embargo, como un servidor de la voluntad popular. La salida era que el pueblo pidiera el retorno de Absalón.

El pueblo estaba a menudo representado en Israel por una sola persona: bastaba que esa persona reclamara algo en justicia y que su petición fuera justa. Un acto de justicia agradaba a los ojos de Yavé; y no podía haber ley ni intereses superiores a lo justo. No había nadie humilde a la hora de pedir justicia. El rey era quien la impartía, pero en el momento de reclamarla, un hombre de la calle o de las eras valía tanto como el rey.

Absalón vuelve a Jerusalén

En el caso del retorno de Absalón fue una mujer, enviada por Joab, quien pidió justicia a David. Contó ella que tuvo dos hijos, que riñeron estando solos en el campo y, que uno dio

muerte al otro, por lo que los familiares reclamaban al matador para hacerle pagar con su vida la del muerto. Según decía la mujer ante David, “quieren matar al heredero, apagando así el ascua que me ha quedado y no dejando a mi marido ni nombre ni sobreviviente sobre la tierra”.

David cayó en la trampa: pues le dijo a la mujer que él haría que su hijo volviera. Dijo ella que temía que si volvía le matarían, y David aseguró: “Vive Yavé, que no caerá en tierra ni un cabello de la cabeza de tu hijo”. A lo que la mujer contestó diciendo: “¿Por qué, pues, piensas tú de otro modo contra el pueblo de Dios? Pues con el juicio que el rey ha pronunciado se hace reo, por no hacer el rey que vuelva su fugitivo” (II Sam. 14:3 al 17).

El astuto David conocía a su gente y sabía quién movía cada hilo en Israel; de manera que no se dejó engañar, aunque ya estaba cogido en sus propias palabras, y preguntó a la mujer si no andaba en todo eso la mano de Joab. La mujer respondió que sí. David mandó en busca de Joab. “Voy a hacer según tus deseos: Ve pues, y haz que vuelva el joven Absalón”, le dijo. Joab fue en persona hasta Guesur y retornó con el fugitivo, a quien el rey, sin embargo, no quiso recibir.

Joab y David habían metido la víbora en su seno. Pues el hermoso Absalón tenía en su alma la fuerza de cien toros salvajes, y toda esa fuerza estaba fija en un punto: ser rey. Movía a admiración por su belleza; era ambicioso y duro; para llevar a los demás a servirle no conocía sino la violencia. Un hombre así no podía heredar a David. Pues en Israel contaba la voluntad ajena, la opinión del pueblo; un gobernante de Israel podía cometer crímenes y actuar con fines inconfesables, pero tenía que hacerlo ocultamente o dándoles a sus actos apariencia de actos justos. Absalón habría podido ser emperador de Roma mil años después de haber muerto David, mas

no podía ser rey y juez en Israel, porque cada hijo de Israel era también hijo de Yavé, y Yavé le protegía.

Durante dos años David se negó a ver a Absalón. Le amaba en forma casi desenfrenada. Pero sabía que no debía verle, porque así no se diría en Israel que había olvidado la sangre de Amnón. Además, debía estar dolido de él por haber crecido tan soberbio y porque él mismo alejaba de sí el trono que sin duda el padre hubiera querido transmitirle. Molesto por la actitud del rey, Absalón envió recados a Joab para que éste facilitara su retorno al favor de David. Joab era, sobre toda otra consideración, leal a su tío y señor; no acudió, pues, a ver a Absalón. Con el objeto de forzar una entrevista, ¿qué hizo el hijo de Maaca? Mandó quemar las siembras de cebada de Joab, que colindaban con las suyas, y cuando Joab se presentó en sus tierras y supo la verdad, al reclamarle a Absalón por el daño que le había hecho, oyó la insólita respuesta de que él, Absalón, había ordenado dar fuego a su cebada porque suponía que así le obligaría a verle. Quería hablarle, explicó, para pedirle que intercediera ante el rey a fin de que le recibiera y le perdonara. Absalón tenía alma de rey absoluto, a lo mejor el alma dura de los reyes de Guesur, y no sólo era brutal cuando actuaba sino que también lo era cuando hablaba. A pesar de lo cual, Joab fue a ver a David y obtuvo que perdonara a su hijo.

Con ese perdón, Absalón comenzó a imponer su autoridad de predilecto de David. David iba envejeciendo, no tanto por los años vividos cuanto por las enfermedades, las preocupaciones y los sufrimientos, que en él, a juzgar por sus salmos, eran de gran intensidad. Cinco años atrás había sufrido la muerte de Amnón y la noticia de que todos sus hijos habían sido asesinados por Absalón. Si en la vida de David hay una línea persistente, es la de padre apasionado; de manera que aquella noticia, el asesinato del primogénito, la ausencia de Absalón, su presencia en Israel durante dos años sin verle;

todo eso debe haber causado estragos en el corazón del rey. Debía ir transcurriendo por entonces el 980 a. de C. y David debía estar, por tanto, en sus sesenta años. Cuatro después del día en que recibió a Absalón, esto es, cuando ya veía en lontananza el día de ir a reunirse con sus antepasados, iba a recibir en el alma, de manos de ese mismo hijo a quien besaba, una herida que acabaría con él, algo semejante a la entrada de un hierro candente en las entrañas.

Rebelión de Absalón

Pues Absalón comenzó a conspirar para derrocarlo. Al principio se iba a la puerta de Jerusalén, montado en carro y rodeado de partidarios a caballo —que al parecer comenzaban a usarse entonces—, para hablar con los que llegaban a la ciudad en demanda de justicia; les preguntaba de dónde eran y qué pleitos llevaban al rey, y se lamentaba después de que no se les haría justicia porque nadie les oiría. “Quién me pusiera a mí por juez de la tierra, para que viniesen a mí cuantos tienen algún pleito o algún negocio, y yo les haría justicia”, decía. “Y cuando alguno quería postrarse ante él, él le tendía la mano, le cogía y le besaba” (II Sam. 15:4,5).

Durante cuatro años conspiró Absalón, pero no sólo tratando de ganarse la buena voluntad de las gentes del pueblo, sino también intrigando en el círculo íntimo de su padre. No hay datos que nos permitan saber si David sospechaba de las actividades de su hijo. Es inaceptable la idea de que no estuviera bien informado, pero es aceptable la de que no les diera oídos a las noticias que le llegaran. David, que amaba a Absalón con violencia, no podía admitir que conspirara para derrocarlo. No hay que olvidar que él fue un perseguido de Saúl; que muchos de sus actos debieron ser interpretados erróneamente por aquel rey loco, y que en el fondo de su conciencia él rechazaría hacer ante su hijo el papel que Saúl hizo con él.

Ahora bien, si David no era capaz de sospechar de un hijo suyo, y tal vez hasta rechazaba las insinuaciones de que Absalón conspiraba contra él, sucedía también que su astucia y su larga experiencia en el manejo de hombres le permitía afrontar las situaciones difíciles con métodos que Saúl desconocía. Infinitas veces más sutil que su suegro, era, por tanto, más hábil en el tratamiento de problemas tan intrincados como los políticos.

Absalón decidió al fin sublevarse y despojar al padre de su cargo. No se atrevió a rebelarse en Jerusalén y pidió permiso al rey para ir a Hebrón a sacrificar ante Yavé. Para hacer un sacrificio digno de su categoría, se justificaba que reuniera bastante gente en torno suyo, pues los animales sacrificados pasaban a la mesa del banquete. Escogió a Hebrón, pensando, sin duda, que si había obstáculos para su plan general, podía comenzar como su padre, haciéndose proclamar rey de Judá.

Cuando salió de Jerusalén llevaba consigo doscientos hombres y a Ajitofel, uno de los miembros del círculo de consejeros de David. Estaba ya en rebeldía. Bisnieto de sirios, como David de moabitas, extendía la mano para coger la corona de Israel y sentarse en la ciudad que conquistó su padre para gobernar desde allí a jebuseos y a ammonitas, a amorritas e idumeos, a amalecitas, a cananeos, a los hijos del Moab y a los hijos de Israel. El hermoso Absalón, con el peso de su cabellera cayéndole sobre los hombros, sería un rey lleno de majestad y de dureza.

Cuando la noticia de la sublevación llegó a David, y oyó decir: "Todo Israel se va tras Absalón", él, conecedor del corazón de los hombres, que sabía quién era su hijo, se dirigió a los suyos diciendo: "Levantaos y huyamos, porque no podríamos escapar delante de Absalón. Daos prisa a salir, no sea que nos sorprenda él y eche sobre nosotros el mal, y pase a la ciudad a filo de espada" (II Sam. 15:14).

David sale de Jerusalén huyendo

En la vida de David, que amaba a sus hijos como padre y como madre a la vez, ése debe haber sido un momento desgarrador. Era su hijo quien se alzaba contra él para quitarle el reino que él había edificado. Él conocía la crueldad de Absalón. Ya no era joven, y a esa hora de su existencia debía huir, como las fieras de los desiertos, para escapar a la espada de un hijo. A pie salió de Jerusalén, su ciudad, la que él había arrebatado a los jebuseos y bautizado con su nombre. Su corte y sus servidores iban con él, pues sólo a diez de sus concubinas dejó en Jerusalén a cargo de la casa real. Hasta el Arca de la Alianza les acompañaba. Rey de un pueblo que era propiedad de Yavé, sabía que la presencia del Arca legalizaría su gobierno donde él se hallare. A pie, descalzos, cubiertas las cabezas en señal de duelo, llorando como multitud que ha perdido la tierra de sus mayores, David y los suyos iban hacia el nordeste, confundidos hebreos, hititas y filisteos, aturdidos por el golpe inesperado que de pronto les echaba de sus hogares y los lanzaba al mundo, perseguidos de lanza por el hijo del rey.

Ahora, en esa patética marcha hacia un destino incierto, vamos a ver a los hombres actuando con el alma desnuda. Unos pensarán en sus intereses, como el propio David y como Siba, el siervo de Mefibaal; otros dejarán en libertad sus sentimientos, como Itai, el hitita, o Semeí, el benjaminita. Cada cual dará de sí lo que haya en el fondo de su ser: cálculo, traición, lealtad, amor u odio. El espanto y la confusión gobiernan a los que huyen, y eso hace que no se pueda esconder lo que alienta y palpita en cada uno. Como miles de años antes y como miles de años después, el hombre no deja de ser un depósito de deseos y de temores que surgen violentamente a la superficie cuando el peligro asoma en las proximidades. En escala reducida, esa marcha de David y los suyos huyendo de Absalón refleja todas las horas amargas de la humanidad.

Al hitita Itaí, por ejemplo, le dijo David que se volviera a Jerusalén con sus hermanos. “¿Por qué has de venir tú también con nosotros? Vuélvete y quédate con el rey, pues tú eres un extranjero y estás fuera de tu tierra y sin domicilio. Ayer llegaste, ¿y voy a hacerte errar hoy con nosotros, cuando ni yo mismo sé siquiera a dónde voy?”, dijo el rey (II Sam. 15: 19 al 22). Pero Itaí, como su compatriota Urías, tenía calidad; era de los que saben compartir el pan y la sal en los días buenos y la ceniza en los días malos. Así respondió Itaí a David: “Donde mi señor esté, vivo o muerto, allí estará su siervo”.

Siba, el siervo de Mefibaal, salió al camino de David. Llevaba dos asnos aparejados y cargados con doscientos panes, cien colgajos de uvas pasas y un pellejo de vino. Los asnos eran para David y algunas de sus mujeres, probablemente para Betsabé, la preferida; la comida era para todos. Era una hermosa acción la de Siba puesto que acudía en socorro del rey en el momento en que éste parecía más necesitado. Pero esa acción tenía su precio. En realidad no había hermosura sino cálculo. Él había sido siervo de Saúl y sabía lo que era el poder de un rey; desde la juventud de David conocía al hijo de Isaí y estaba al tanto de su capacidad para sobrevivir a la sorpresa de Absalón. Él ambicionaba las tierras de su señor Mefibaal, el hijo de Jonatán, que se sentaba a la mesa de David todos los días; así, cuando David le preguntó por Mefibaal respondió con estas palabras: “Se ha quedado en Jerusalén, diciendo: ‘Hoy me devolverá la casa de Israel el reino de mi padre’. A lo que David sentenció: ‘Tuyo será cuanto fue de Mefibaal’” (II Sam. 16: 3,4).

Semeí odiaba a David. Le odiaba, le temía y era capaz de amarlo y de servirlo con igual fuerza. Pues Semeí tenía una de esas almas que oscilan de un sentimiento violento a su opuesto. Semeí era de los hombres que pueden afirmar hoy a gritos lo que ayer negaron a gritos. Probablemente él se desconocía

a sí mismo o carecía de fuerzas para gobernar su corazón, y eso le hacía colérico y agresivo en la misma medida en que podía hacerlo apegado y leal. Semeí salió también al camino de David cuando éste se acercaba a Jericó, y por tanto al terminar el primer día o al comenzar el segundo de la fuga del rey. En viendo al rey, comenzó a apedrearle y a insultarle; le llamaba a voces sanguinario y malvado y decía que la rebelión del hijo era un castigo de Yavé, bien merecido por David. Abisai, el hermano de Joab, quiso matar a Semeí para vengar las afrentas que le hacía a su tío y señor, pero David no le dejó. Sin embargo, he aquí que ese Semeí, benjaminita, de la sangre de Saúl, que apedreó como a un perro fugitivo a David cuando huía, fue a recibirle con mil hombres cuando retornaba. En el momento en que David iba a cruzar el Jordán para volver a Jerusalén, Semeí se echó a sus pies, rostro en tierra, pidiendo perdón. A partir de ese día se le verá junto al rey; será uno de sus consejeros, tomará partido por Salomón. Pero pagará con su vida, pocos años después, los insultos del camino de Jericó.

Sí, cada cual actuó como en verdad era; el que ambicionaba y el que odiaba, el leal y el que temía; todos mostraron allí el fondo de su alma. Ahí está el anciano Barzilai, el alegre y rico Barzilai, que descansa en la seguridad de sus riquezas y puede ver la vida desde sus ochenta años en forma descarnada y a la vez serena. El anciano Barzilai dio de comer a los fugitivos cuando huían en busca de los pasos del Jordán. A su retorno, David le invitó a irse con él a Jerusalén. El alegre Barzilai se rió de la oferta, ¿pues qué podía él esperar de la vida si, según sus palabras, ya no le era fácil distinguir entre lo bueno y lo malo ni saborear lo que comía o lo que bebía ni oír la voz de los cantores y las cantoras? Él no había dado de comer al rey para obtener favores más tarde, sino porque la larga vida le había enseñado a ayudar al que tenía necesidad, y David necesitó de él cuando huía. Al entregar el reino a

Salomón, David recordó al anciano Barzilai y le pidió a su hijo que tratara con benevolencia a los hijos del anciano y que los invitara a su mesa, tal como Barzilai había hecho con él.

De los hombres de confianza de David, uno, Ajitofel, se quedó con Absalón. Debía tener mucha autoridad, pues se dice de él (II Sam. 16:23) que “consejo que daba Ajitofel era mirado como si fuera palabra de Yavé; tal era la confianza que el consejo de Ajitofel inspiraba, lo mismo a David que a Absalón”. Desde el primer momento estuvo al lado de Absalón. Debió ser hombre de inteligencia muy clara y de gran fuerza de carácter, de esos que saben lo que debe hacerse en un momento dado y proceden a hacerlo sin un titubeo. Sólo en los escasos días que van de la rebelión a la muerte de Absalón se le ve actuar, pero sus palabras y sus hechos dejan la impresión de que se pasó al hijo de Maaca porque ya no creía en David. Debía odiar en el rey la sensualidad y la ligereza que a menudo descomponían la figura moral de David, y si había alguna razón profunda, de tipo social o político, para la rebelión de Absalón, Ajitofel era tal vez el representante legítimo de esa razón.

Ajitofel fue quien aconsejó a Absalón la medida que más brutalmente iba a herir a David. Huía éste con los suyos, primero en dirección a Jericó, bajo el sol y entre el polvo, descalzo, llorando de dolor de alma, y después en procura de los pasos del Jordán. Huían el rey y sus servidores de la violencia de Absalón, el hijo rebelde. Mientras tanto, éste llegaba a Jerusalén. Y he aquí lo que le dijo Ajitofel: “Entra a las concubinas que tu padre ha dejado al cuidado de la casa, y así sabrá todo Israel que has roto del todo con tu padre, y se fortalecerán las manos de cuantos te sigan” (II Sam. 16:21).

“Entrar a las concubinas” de David era tomar posesión de cuanto había sido suyo; declararle, de hecho, muerto para el hijo y por tanto para los fines de reinar otra vez. Era un acto

de dominio, en el que iba implícito el señorío total por parte de Absalón de todos los bienes del fugitivo. Y eso era demasiado para los generosos y caudalosos sentimientos de David hacia Absalón. Se trataba de una afrenta brutalmente cruel y grosera a aquel que había sido siempre un padre amoroso.

Absalón aceptó el consejo. ¿Cómo no iba a aceptarlo? Tenía en fuga a su padre y de poder hacerlo le rompería el corazón a lanzazos. Él no tenía que pagar amor con amor. Él era el ambicioso, el duro Absalón, que había nacido rey por su hermosura y por su cuna. Hizo que levantaran una tienda en la terraza de la casa real, y allí, a los ojos del pueblo, “entró a las concubinas de su padre”. Sucedió como lo había dicho Natán: “Yo haré surgir el mal de tu misma casa y tomaré ante tus ojos tus mujeres, y se las daré a otro, que yacerá con ellas a la cara misma de este sol; porque tú has obrado ocultamente, pero yo haré esto a la presencia de todo Israel y a la cara del sol”.

Jamás volvió David a tocar una de esas diez mujeres que yacieron con Absalón. A las diez les puso guardia, no las echó a los caminos sino que las mantuvo de por vida, pero estuvieron encerradas, como viudas, sin conocer hombres, hasta que la muerte las fue liberando. Es de suponer que para David esos rostros le hacían evocar dolores indescriptibles: el de su humillación ante el pueblo por parte de Absalón, el hijo tan amado y tan cruel, y aún el rostro mismo de ese hijo que murió despeñado por su propia ambición.

Ajitofel no vio la derrota de Absalón. Odiaba con violencia, daba consejos implacables. Pero tenía la dignidad de los valientes. Antes de que David entrara en Jerusalén, Ajitofel se fue a su casa, ordenó cuanto era de lugar acerca de sus bienes, y se ahorcó.

De manera que, como ha ocurrido en la humanidad siempre, hubo de todo en esos días; el rey que había encabezado cien batallas huía llorando, espantado por la conducta de su

hijo; los amigos que dieron prueba de su lealtad; el que injurió al fugitivo y después pedía su perdón; el que le obsequió porque le vio necesitado; el que aconsejó que le humillaran y después tuvo el valor de quitarse la vida.

La raza de Adán no cambia fácilmente. Por fortuna, cada vez son más los mejores; pero uno a uno, ayer, hoy y mañana, el hombre es un prisionero de lo que lleva por dentro.

XIX

EN EL QUE SE RELATA LA MUERTE DE ABSALÓN Y LAS COSAS QUE SUCEDIERON DESPUÉS DE LA BATALLA EN QUE PERDIÓ LA VIDA

Aunque herido como padre y amenazado como rey, y aunque el conocedor del corazón humano que es él, sepa que si no huye ante Absalón no salvará la vida ni la honra, David ben Isaí es siempre el político y el guerrero, el jefe nato que aun en medio de la mayor confusión sabe qué debe hacer, cómo y cuándo hacerlo. Así, no importa que marche con sus servidores, guardias y amigos llorando por el camino de Jericó, que vaya clamando a Yavé porque ha desatado su cólera sobre él. En ese momento, como en muchos otros angustiosos de su vida, David ben Isaí estudia la situación; calcula cuáles son sus fuerzas, sus ventajas y sus posibilidades; estudia al adversario, penetra sus flaquezas y puede adivinar sus próximos movimientos.

Por de pronto, ordena a Abiatar y a Sadoc que vuelvan con el Arca a Jerusalén; que vayan con sus hijos y con todos los levitas. Pero como dice: “Yo esperaré en las llanuras del desierto hasta que me llegue de vosotros algún aviso” (II Sam. 15:28), se descubre que no les ordenó que retornaran a la ciudad sólo por el placer de verlos irse. Abiatar y Sadoc llevaban una misión de David. Siendo como eran sacerdotes, difícilmente les daría muerte Absalón. Y es el caso que por su misma función sagrada podían conspirar en favor de David.

Poco después va a aclararse el papel de los sacerdotes. Un amigo de David, Cusaí, llegó a verle y a ofrecérsele. Llevaba las vestiduras rasgadas y la cabeza llena de polvo en señal de su desolación. David le envía también a Jerusalén con instrucciones bien precisas: deberá presentarse a Absalón, mostrarse su partidario, convencerle de que le será leal, y ya en la intimidad del rebelde, contrarrestar las opiniones de Ajitofel con consejos que puedan favorecer los planes de David. Además, le explica David, “tendrás contigo a los sacerdotes Sadoc y Abiatar, y podrás comunicarles cuanto sepas de la casa del rey. Y como tendrán consigo a sus dos hijos, Ajimas, hijo de Sadoc, y Jonatán, hijo de Abiatar, por ellos podréis informarme de lo que sepáis” (II Sam. 15:32 al 37).

El viejo caudillo no pierde tiempo; monta bajo las barbas de sus perseguidores una organización de espionaje y de confusión. Él seguirá alejándose de Jerusalén, pero irá sabiendo cada día qué han de hacer sus adversarios, qué van a planear y cómo ejecutarán esos planes. Cusaí, que se volvió en el acto a Jerusalén, entró en la ciudad a tiempo, tal como lo quiso David. Absalón estaba llegando a la capital en ese momento, rodeado de hombres, con Ajitofel a la cabeza de todos ellos. Cusaí salió a recibir al rebelde dando vivas al nuevo rey, y lo que asombró a Absalón y le llevó a preguntar por qué no se había ido con David. Cusaí respondió, según le pidió David: “No, soy de aquel a quien Yavé y todo su pueblo, todos los hombres de Israel, han elegido, y con ése quiero estar. Por lo demás, ¿a quién voy a servir? ¿No es a un hijo suyo? Como serví a tu padre así te serviré a ti” (II Sam. 16:15 al 19). Y en esa forma entraron en el séquito de Absalón los ojos, los oídos y la lengua de David.

El consejo de Cusaí preferido al de Ajitofel

Ya asentados en Jerusalén, los rebeldes tuvieron consejo para decidir cómo obrarían. Ajitofel, hombre de mente

clara y de voluntad dura, propuso ir él mismo al frente de doce mil hombres para dar la batalla a David. Su plan, que de haberse aceptado estaba llamado a liquidar a David y a los suyos en poco tiempo, era atacar cuando David y sus seguidores se hallaran debilitados por las marchas, e ir directamente a la muerte del hijo de Isaí sin tomar en cuenta a los demás. Proponía salir en el acto. “Heriré al rey sólo, y haré que vengan a ti todos sus partidarios, el pueblo todo, como viene la novia a su novio. Es el alma de un sólo hombre lo que tú buscas, y todo el pueblo quedará en paz”, dijo (II Sam. 17:1 al 3).

La opinión no podía ser más sensata y más adecuada a las circunstancias, porque en verdad, muerto David no tardarían los que le seguían en rendirse a discreción. Mas he aquí que Absalón quiso oír a Cusaí, por cuya boca iba a hablar David. Cusaí dijo que el consejo de Ajitofel no era bueno. Explicó: “Tú sabes bien que tu padre y sus gentes son valientes, y exasperarlos sería como si en el campo a una osa le arrebatan su cría, o como un jabalí enfurecido en el desierto. Tu padre es hombre de guerra y seguramente no pasará la noche entre los suyos” (II Sam. 17:8,9).

Siguió explicando Cusaí que David debía hallarse escondido en alguna caverna, y que tan pronto comenzaran a caer en la lucha partidarios de Absalón la gente diría que habían sido derrotados por las fuerzas del padre, y entonces hasta los más arrojados entrarían en miedo, porque todo Israel conocía la agresividad de David. Aconsejó que lo mejor sería esperar a tener un ejército numeroso, “en muchedumbre como las arenas que están en la orilla del mar”, y que el propio Absalón se pusiera a su frente para hacer la guerra. Y sin duda a fin de que nadie sospechara que él estaba proponiendo demoras por debilidad o para favorecer al rey fugitivo, dijo que entonces “le atacaremos donde quiera que esté

y daremos sobre él como rocío que cae sobre la tierra, y no dejaremos ni uno de cuantos con él están. Y si se acogiere a ciudad, todos los de Israel llevarán allá cuerdas, y la arrastraremos al arroyo, hasta no quedar de ella piedra sobre piedra” (II Sam. 17:12,13).

Cusaí logró que se aceptara su opinión y no la de Ajitofel; a seguidas se puso en contacto con Abiatar y Sadoc, les contó lo que había sucedido y les pidió que enviaran recado al rey. David, pues, quedaría avisado, y en consecuencia debía alejarse cada vez más de Jerusalén y organizar la defensa en terreno que le fuera favorable. Cusaí había logrado ganar tiempo para su señor.

Jonatán y Ajimas, los hijos de Abiatar y Sadoc, se fueron a cumplir su papel de informadores. Una mujer salió de la ciudad para llevarles el mensaje, pues los dos jóvenes no habían entrado con sus padres en Jerusalén para no hacerse sospechosos. Pero alguien los vio, ya después que ellos sabían lo que debían decir a David. Enterado Absalón, ordenó que se les persiguiera. La buena fortuna de David les amparaba. Con la gente de Absalón sobre sus huellas, los dos jóvenes acertaron a esconderse en un pozo; una mujer de la casa donde se hallaba el pozo tapó éste con un paño y cuando los perseguidores le preguntaron por los mozos ella les dijo que habían pasado por allí pero que ya iban lejos. Una vez desviados con ese engaño los buscadores, Jonatán y Ajimas salieron y se encaminaron al sitio donde se hallaba David.

El destronado rey oyó cuanto tenía que oír y en consecuencia ordenó el paso del Jordán hacia oriente; después tomó hacia el nordeste, en dirección de Gad, a la ciudad de Majanaim, donde había estado el asiento del efímero reinado de Isbaal y donde establecería él su base de operaciones para la lucha contra las fuerzas de Absalón. En Majanaim fue bien

recibido; se le buscó a su gente todo lo necesario para acampar con seguridad y comer bien; se les dio ajuar de cocina y de dormir, trigo, cebada, grano tostado, harina, habas, lentejas, legumbres, manteca, miel, ovejas, queso.

Absalón, mientras tanto, levantaba un ejército para perseguir a su padre; al frente de esa fuerza puso a un sobrino de David, Amasa, que no iba a sobrevivirle mucho tiempo. Marchó Absalón con su gente hacia Galad, no sabemos si hacia Ramot de Galad, que se hallaba en la tierra de Gad. Es de suponer que el hijo iba en busca del lugar donde se hallaba David, esto es, Majanaim.

Los textos son bien claros al afirmar que en su vuelta a Jerusalén, dominada ya la insurrección, David cruzó de nuevo el Jordán, esta vez hacia occidente, así como son claros cuando dicen que en su huida entró en tierras de Gad, que se hallaban al oriente del Jordán, y que su hijo Absalón acampó en Galad. Cualquiera de las dos ciudades de Galad, Ramot o Jabes, se hallaba en territorio gadita. No debe confundirse, pues, el lector del texto sagrado porque éste diga que la batalla se libró en los bosques de Efraim, como no debe confundirse pensando que todo Israel iba sólo de Dan a Berseba. Hubo ammonitas que ayudaron a David, como Sobi, hijo de aquel Nahas que sitió Jabes de Galad en los primeros días del reino de Saúl y hermano del rey derrotado por Joab y sometido a vasallaje por David; Sobi era de Rabat-Ammón, capital de Ammón, que estaba sobre la frontera oriental del territorio de Gad. La batalla fue al este del Jordán, en la Transjordania, no en las tierras de la tribu de Efraim, que se hallaban en la Cisjordania, esto es, al oeste del Jordán. Si antes de la batalla David cruzó el Jordán hacia el oriente y después de la batalla lo cruzó hacia occidente para volver a Jerusalén, no hay duda de que donde se combatió, fue en la Transjordania.

Derrota y muerte del rebelde Absalón

David dividió las fuerzas que pudo levantar en tres grupos; uno lo puso al mando de Joab, otro al de Abisai y otro al del hitita Itai. A los tres les pidió, en forma conmovedora, que preservaran la vida de Absalón. Desde las puertas de Majanaim, que eran dos y estaban una junto a la otra, vio él desfilar a sus hombres y despidió a los jefes de millar y de centena que él mismo había designado. Seguramente no quiso participar en la acción porque su angustia debía ser grande.

La batalla se decidió pronto en favor de las huestes de David. Las tropas de Absalón huyeron por los bosques a las primeras acometidas, “y fueron más los que devoró el bosque que los que aquel día hirió la espada” (II Sam. 18:8). A pesar de esa afirmación, los textos dicen que la matanza fue de veinte mil almas.

El destino del hermoso Absalón fue lamentable. Su cabellera, ese pelo que le hacía verse lleno de majestad, causó su desgracia. Pues iba él en su mulo, que era la cabalgadura real, cuando se halló con gente de su padre, y quizá tratando de esquivarla metió el mulo bajo una encina de copioso ramaje; en ese ramaje se le enredó el pelo, huyó el mulo asustado y Absalón quedó colgando “entre el cielo y la tierra”, según dice el texto bíblico, manera la más ridícula de estar para un hijo de rey que se creía caudillo de su pueblo. Era como si la tierra de Israel hubiera tenido alma y además un brazo gigantesco en forma de encina, y con ese brazo tomara por el pelo al ambicioso Absalón para suspenderlo sobre los campos, como diciéndole: “¿Piensas tú, que no has hecho méritos, sino que has manchado tu vida con la sangre de tu hermano, que vas a reinar sobre esos campos que durante cientos de años han visto a mi pueblo luchar y se han mojado con su sudor y han dado sepulcros a sus muertos?”.

Uno de los hombres de David corrió hasta Joab para decirle que había visto a Absalón colgando de una encina. “¿Y por qué no le echaste a tierra, y yo te hubiera regalado diez ciclos de plata y un talabarte?” le preguntó Joab (II Sam. 18:11). A lo cual respondió el otro que por nada lo habría hecho, puesto que él y todos sus compañeros oyeron a David pedir que respetaran la vida de su hijo.

Pero Joab pensaba en otra forma. Él había hecho volver a Absalón desde Guesur; él mismo había ido a buscarle; él solicitó de David el perdón para el hijo castigado. Mas él le daría muerte. Demasiado hecho a la guerra para no saber cuándo había peligro y cuándo no lo había; demasiado leal a su tío el rey para no darse cuenta de que si Absalón seguía viviendo un día daría muerte al padre, Joab, con más de treinta y cinco años al servicio de David y probablemente con sesenta de edad por esos días, pensó sin duda que era mejor liquidar de una vez por todas las amenazas. David y él envejecerían muy rápidamente para poder encarar el porvenir con el peligroso Absalón vivo. Joab, pues, se dirigió a la encina, y como quien dispara sobre una fiera sujeta, atravesó a Absalón con tres dardos; después sus guardias bajaron del árbol el sangrante cuerpo, fruto de espanto, y ya en tierra procedieron a rematarlo. La rebelión de Absalón había terminado. En un hoyo hecho aprisa en medio del bosque tiraron al que tan hermoso fue y tanto ambicionó; luego cubrieron con piedras sus despojos, y sonó la trompeta llamando a los guerreros.

Quiso Ajimas, el hijo de Sadoc, ser quien le diera a David la noticia de la victoria, pero Joab, que recordaba lo que le había ocurrido al mensajero que le hizo saber la muerte de Saúl, no le permitió ser el portador de nueva tan dolorosa. A pesar de eso Ajimas salió tras el hombre designado por Joab para la misión. David esperaba fuera de las murallas de Majanaim, sentado entre las puertas. El centinela que se hallaba encima le

gritó que un hombre solo corría hacia ellos; David, que conocía la manera de comportarse de la gente, dijo que sin duda llevaba buenas noticias. Si un hombre corre es para anunciar victoria; la derrota se anuncia por sí misma, y no es uno quien la difunde, sino muchos fugitivos.

David llora a Absalón

Aunque llegó primero, Ajimas no se atrevió a decir la verdad al rey; se atuvo a comunicarle que su causa estaba triunfante. El otro, cuando David le preguntó ansiosamente por Absalón, respondió con estas palabras: “Que lo que es de ese mozo sea de los enemigos de mi señor, el rey, y todos cuantos para mal se alcen contra ti” (II Sam. 18:32). Entonces se oyó a aquel amo de pueblos, vencedor en todas las guerras, gritar como una madre herida por el dolor, como alguien a quien están quemándole los huesos: “¡Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío, Absalón! ¡Quién me diera que fuera yo el muerto en vez de ti! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío!”.

Había subido a las habitaciones que había sobre la puerta de la ciudad y desde allí llegaba su voz desgarradora a los oídos de los vencedores que volvían a Majanaim. Ante el dolor del rey cesaban los gritos de victoria de los que retornaban “y la gente entró en la ciudad calladamente, como entra avergonzado el ejército que huye de la batalla” (II Sam. 19:1 al 5).

Ahora, cuando el triunfo le devuelve su reino y él se lamenta a gritos en las estancias que se hallan sobre las puertas de Majanaim, ha llegado el momento de preguntarse si tuvo David responsabilidad en la rebelión. Llamándole la atención sobre su conducta, Joab le dirá: “Has llenado de confusión a todos tus siervos, que han salvado tu vida y la vida de tus hijos y tus hijas, las de tus mujeres y concubinas. Amas a los que te aborrecen y aborreces a los que te aman” (II Sam. 19:5,6).

¿Era como afirmaba Joab?: el odio de Ajitofel, los insultos de Semeí, la propia dureza de Absalón; el desorden de la vida familiar que hizo posible la violación de Tamar por parte de Amnón y el asesinato de éste a manos de Absalón, ¿son productos de la debilidad, de la sensualidad, tal vez, en que se debate el jefe de la casa? El que ama a quien debe aborrecer y aborrece a quien debe amar está perdido en el mundo de los sentimientos; no sabe situar a los demás en los lugares que deben ocupar; aunque lo sepa, no puede hacerlo, y acaba creando tal confusión entre los suyos que pierde la autoridad y el que le debe respeto y amor acaba por odiarle. Absalón debió amar a David, y le odió; Ajitofel debió respetarle, y pedía su vida; Amnón no tenía por qué insultar sus canas, y el violó a una hija.

Pero hay algo más: Absalón no estuvo solo en su rebelión. Miles de hombres le siguieron y ciertos pasajes de los textos sagrados indican muy a las claras que después de la muerte de Absalón grandes partes del pueblo se quedaron alejadas de David, sin ir a reconocerle como rey. David tuvo que acudir a su vieja habilidad política, a su capacidad de maniobra y su don especial de mover a los hombres, con lo que pudo ganarse de nuevo cierto grado de buena voluntad en sectores influyentes. Trató de neutralizar a Amasa, prometiéndole, a través de Abiatar y de Sadoc, la jefatura del ejército, indicación de que desde el primer momento no le perdonó a Joab la muerte de Absalón; envió recados a Judá para que los hombres importantes de su tierra natal llegaran a la Transjordania a pedirle que retornara a Jerusalén, pues no se sentía apoyado por los de Benjamín, Efraim y otros lugares. La rebelión de Absalón estaba terminada, pero no así la conmoción política que había desatado.

¿Qué había sucedido en Israel para que las cosas tomaran ese aspecto? ¿Había vuelto David a dejarse caer por aquella pendiente moral en que le detuvo Natán, y no hay constancia

de ello en los textos? ¿Descuidó el gobierno de su pueblo como descuidó el de su casa? Las victorias alcanzadas en los cuatro puntos cardinales, ¿corrompieron su ánimo al extremo de que se entregó a la sensualidad con olvido de sus deberes de gobernante? ¿Tenía razón Absalón cuando se iba a la puerta de Jerusalén a insinuar que ya el rey no hacía justicia a Israel? El hecho de que huyera de Jerusalén cuando supo que su hijo se había rebelado, ¿no es señal de que los pobladores de su ciudad no le merecían confianza?

Rebelión y muerte de Seba. Joab mata a Amasa

Mediante ofertas, enviando mensajes personales, moviendo intereses regionales o de otra índole, David consiguió que la gente principal de Judá reclamara su vuelta a Jerusalén. Pero mucha del norte se opuso en forma abierta o encubierta. Al fin, el disgusto empezó a concretarse en celos regionales, en sentimiento de animadversión de los hombres del norte por los del sur, y disputando acerca de la participación de unos y de otros en los preparativos para la vuelta del rey a Jerusalén, los ánimos se caldearon y dieron paso a lo que era un sentimiento de carácter político: el repudio a David. Fue ahí donde surgió el rebelde Seba, benjaminita, es decir, del norte. “No tenemos parte con David, ni heredad con el hijo de Isaí ¡Israel, a tus tiendas! ¡Cada uno a su casa!”, ordenó Seba. Y se fueron de con David todos los hombres de Israel, siguiendo a Seba, hijo de Bicri, pero los de Judá se adhirieron a su rey, desde el Jordán hasta Jerusalén” (II Sam. 20:1,2).

Así, pues, en el último momento la rebelión resucitaba, y lo que es peor, daba vida a la antigua división del pueblo en Judá e Israel, que parecía muerta. Era como si Saúl se levantara de la tumba. Igual que en los tiempos de su ungimiento de rey de Judá en Hebrón, David debía comenzar

otra vez tomando fuerzas en el seno de los suyos antes de lanzarse a dominar el corazón de las doce tribus.

Habiendo entrado en Jerusalén con preocupación por el estado de cosas que tenía ante sí, David llamó a Amasa, que fue jefe de las tropas de Absalón. Había pactado con él una vez muerto Absalón; ese pacto era parte de las negociaciones llevadas a cabo para que el rey fuera llamado de nuevo a Jerusalén. Pero Amasa seguía siendo rebelde, y David lo sabía. David pretendió tal vez comprometerle a ayudarlo y le ordenó que convocara a los principales de Judá para una reunión que debía tener lugar tres días después. Amasa salió hacia Judá, mas lo que hizo fue ir a reunirse con Seba, ya francamente sublevado. Amasa no pudo lograr su propósito porque Joab le halló en el camino y le abrió el vientre con su espada.

Joab estaba endurecido por las guerras; había hollado con sus pies de vencedor todo el territorio de Israel; conocía las fronteras del reino porque él mismo había hecho gran parte de ellas ganando batallas para David. El Israel del reino de David era también obra suya, y quien lo pusiera en peligro debía morir. Dejó a Amasa herido mortalmente y puso uno de sus hombres a cuidarle y a avisar a los que le seguían por dónde debían ir. Él y su hermano Abisai iban en busca de Seba. Los soldados de Joab se detenían para ver el cuerpo ensangrentado de Amasa; el hombre que lo cuidaba decidió echarlo a un lado del camino para que no distrajera al ejército.

Joab y Abisai mantuvieron la persecución de Seba, que marchaba hacia el norte y que se encerró al fin tras las murallas de Abel-Bet-Maaca. Es de suponer que a medida que Seba se internaba hacia el norte su gente iba abandonándole, pues del final que tuvo se colige que entró en Abel-Bet-Maaca o solo o muy escasamente acompañado. La noticia de la muerte de Amasa había sin duda corrido por todo Israel, y muy

poco tenían que esperar los seguidores de Seba de hombre tan duro como Joab, cuya espada no se detenía ni ante los de su propia sangre.

Joab puso sitio a Abel-Bet-Maaca y se preparó a demoler las murallas. Una mujer de la ciudad habló con él para preguntarle qué quería, y como él le respondiera que a Seba, ella fue a hablar con el pueblo y le convenció de que para salvar la ciudad debían entregar al fugitivo. Por encima de los muros, poco después, le lanzaron a Joab la cabeza del rebelde.

Israel había sido pacificado, pero a un costo demasiado alto para el alma de David. Miles de hombres huían por los bosques, miles habían caído al filo de la espada. El cuerpo de Absalón, el hijo bien amado, yacía en un hoyo cubierto de piedras; Amasa quedó en la orilla de un camino, con las entrañas al aire.

Israel fue herido con la misma arma que había herido a David. El dolor haría envejecer rápidamente al rey. Y en sus últimos días veía las nubes de la discordia cubriendo esa estrella suya que había resplandecido durante años.

XX

EN EL QUE SE EXPLICA QUÉ HACÍA DAVID EN SUS ÚLTIMOS AÑOS Y POR QUÉ QUERÍA EDIFICAR EL TEMPLO

Los últimos años de David ben Isaí deben haber sido amargos. Ésta es sólo una conjetura porque a partir de la muerte de Absalón no tendremos datos regulares sobre su vida hasta llegar al momento en que se ve forzado a designar un heredero. El hecho de que estando vivo la intriga florezca y se multiplique bajo su propio techo al extremo de que para hacerle frente se vea obligado a anticipar el traspaso del trono abdicando en favor de su hijo Salomón, sugiere que el rey fue tornándose cada vez más incapaz de dominar las fuerzas que se le oponían y los de su círculo íntimo se volvían cada vez más impacientes por asegurar sus posiciones.

¿Fue esa progresiva debilidad resultado inmediato de la muerte de Absalón? Parece que sí. Los últimos consejos de David a su heredero Salomón están relacionados con el episodio en que perdió la vida el hermoso hijo de Maaca, y esto indica que el viejo caudillo vivió parte de sus postreros años abismado en el recuerdo de Absalón, en el de su rebeldía y su muerte. Su conciencia trabajaba por él, y no debe ser arriesgado creer que esa conciencia lo acusaba de mucho, puesto que la necesidad de liquidar a algunos de los que tuvieron relación con el trágico final de Absalón o con el episodio de su rebelión no era en el fondo más que la necesidad de borrar él mismo de su alma las culpas que se atribuía.

David implora el socorro de Yavé

Es muy difícil tratar de seguir el hilo de la vida de un poeta a través de sus versos, porque el poeta es un ser misterioso que a menudo se adelanta a los acontecimientos y otras veces los ve pasar sin que le conmuevan en el momento para usar después en un poema el residuo de emoción que dejaron en él. Pero los frecuentes salmos de arrepentimiento, de temor y de angustia de David, ¿no serán de su última época?

Con frecuencia hallamos en muchos de esos salmos una sensación de debilidad ante lo que rodea al autor, una especie de miedo a algo que él llama “mis enemigos” pero que parece estar en la atmósfera más que en persona alguna; es una manera de cantar que se encuentra muy distante de los días en que pregonaba su victoria sobre los hombres. Cuando David escribió el cántico que nosotros hacemos figurar al final del capítulo relativo a la toma de Jerusalén —y que según Samuel y el Libro de los Salmos fue compuesto “después que le hubo librado Dios de las manos de todos sus enemigos y de la mano de Saúl”—, el joven rey era un triunfador que veía sobre su cabeza el brillo de su propia estrella. Ése no es el David que dice:

*Te invoco porque sé, ¡oh Dios!, que tú me oyes.
Inclina tus oídos hacia mí y oye mis palabras.
Ostenta tu magnífica piedad,
tú que salvas del enemigo a los que a ti se acogen.
Guárdame como a la niña de tus ojos,
escóndeme bajo la sombra de tus alas,
ante los malos que pretenden oprimirme,
ante mis enemigos que furiosos me rodean.*

(Salmos 17, V. 16)

Ni es aquél el David que clama:

*No me castigues, Yavé, en tu furor,
no me corrijas en tu ira,*

*que tus saetas han penetrado en mí
y pesa gravemente sobre mí tu mano.
Nada hay sano en mi carne a causa de tu ira,
nada íntegro en mis huesos a causa de mi pecado.
Pasan por encima de mi cabeza mis iniquidades,
pesan sobre mí como pesada carga.
Hedionda podre supuran mis llagas
a causa de mi locura.
Voy encorvado y en gran manera humillado,
todo el día en luto;
porque están mis huesos abrasados
y no hay en mi carne parte sana.*

(Salmos: 38, V. 37)

A falta de referencias que nos permitan seguir, siquiera a saltos, la vida del rey en los años que van de la muerte de Absalón a su abdicación en favor del hijo de Betsabé, tenemos que someternos a lo que es, en otras vidas, el proceso habitual de evolución. A medida que la muerte se avecina va creciendo la preocupación por el más allá, y puesto que en la vida de David sabemos que al final la mayor parte de su atención está puesta en levantar un templo en que se glorifique a Yavé, es lógico que atribuyamos a esos tiempos de angustia el creciente sentimiento religioso del viejo caudillo. Amargado por el recuerdo de Absalón, y creyendo sin duda que en su sangriento fin tuvo él culpa por lo que considera a menudo, según se lee en sus salmos, sus muchos pecados, el rey se refugia cada vez más en Yavé; cada vez más busca su amparo, se acoge a su protección y a su bondad. Debe ser de entonces la mayor parte de esa poesía en que hace frecuentes manifestaciones de humildad ante Yavé, como por ejemplo en el salmo 69 (V. 68), del cual extraemos esta parte:

*Húndome en profundo cieno, donde no puedo hacer pie;
me sumerjo en el abismo y me abogo en la hondura.
Cansado estoy de clamar. Ha enronquecido mi garganta
y desfallecen mis ojos en la espera de mi Dios.*

*Son más que los cabellos de mi cabeza
los que sin causa me aborrecen;
Se han hecho más fuertes que mis huesos
los que quieren destruirme sin razón.
Y tengo que pagar lo que nunca tomé.*

Y este otro, en el que claramente menciona su ancianidad (Salmos: 17, V. 70):

*Desde que comencé a existir fuiste mi apoyo.
Tú me sacaste de la entraña de mi madre;
yo siempre Te alabaré.
He sido para muchos un asombro,
porque Tú siempre fuiste mi seguro asilo.
Llénese mi boca de tus alabanzas,
de tu gloria continuamente.
No me rechaces al tiempo de la vejez;
cuando ya me faltan las fuerzas, no me
abandones.*

¿No es en verdad patético ver a ese anciano que señorea pueblos pedir con sinceridad a Dios que no lo rechace?

Durante algún tiempo David debe haber sufrido grandes desalientos, haber caído en cansancio de ánimo. No se sentía seguro y acudía a cualquier tipo de fuerza política en que apoyar su trono. Semeí, el que le ultrajó en el camino de Jericó, pasó a ser uno de sus consejeros. La impresión que nos produce el David de esos días, de los cuales hay apenas datos pero que se nos presentan, en el fondo del propio silencio que los cubre, como una época de fatiga moral, es que el rey temía a Yavé y temía también a los hombres que le rodeaban más de cerca. Tal vez estuvo enfermo. En el salmo 41 (V. 40) dice que sus enemigos preguntaban: “¿Cuándo se morirá ése y será borrado su nombre?”, y en una posible alusión a Ajitofel, en el mismo salmo, asegura que:

*Aun el que tenía paz conmigo,
aquel a quien yo me confiaba y comía de mi pan,
alzó contra mí su calcañal.*

Refiere también en ese salmo que los que llegaban a verle en su lecho de enfermo decían:

*Un mal terrible se ha apoderado de él;
se acostó para no levantarse ya más.*

Pero un hombre como David no tenía una sola faceta. Había llegado al mundo con el don del creador, con la inteligencia lúcida y dinámica del que ve la vida en conjunto, tal como es. De manera que resultaba difícil que viviera con una sola de sus muchas personalidades. En el caso del dolor, del desaliento como de la alegría, un estado de ánimo cualquiera podía llegar a tocar en él fibras inesperadas, que lo llevaban a actuar en otro campo y lo llevaban, sobre todo, a concretar sus sentimientos y sus ideas en poemas o en hechos.

Preparativos para el templo

Debe haber sido en los días en que buscaba la protección de Yavé cuando comenzó a planear el templo cuya construcción confiaría a su hijo Salomón; debe haber sido también entonces cuando empezó a dedicar parte de sus bienes a ese templo que por entonces sólo se erigía en sus sueños y que, según dijo más tarde, él no podría edificar porque había pecado derramando sangre. Es probable que sea asimismo de esa época su preocupación por organizar el servicio del culto. En la privilegiada naturaleza mental del hijo de Isaí los propósitos debían relacionarse y ordenarse en forma casi insensible, y resulta lógico, dentro de esa naturaleza mental, que si pensaba en la construcción del templo procediera antes a la organización del culto. Por su orden se hizo un censo de los levitas que tenían más de treinta años y una vez conocido el número de los que había, fueron destinados a varias funciones, seis mil de ellos a jueces y cuatro mil a alabar a Yavé “con los instrumentos que yo he hecho para ello” (I Paralip. 23:5).

¿Cuáles eran esos instrumentos “para alabar a Yavé” que había hecho el rey? ¿Las arpas, los salterios y los címbalos de que se habla en I Paralipómenos (25:1)? Todo indica que sí. Y en ese caso hay que admirar una vez más la sabiduría política de David, que en medio de su desánimo atiende a todos los detalles, levanta su cabeza de rey para observar el país y dispone que los hombres trabajen en algo, conocedor como era de que cuando los pueblos están dedicados a una tarea resultan más fáciles de gobernar.

De esa época debe ser también el censo al cual nos hemos referido en un capítulo anterior. Hay una relación evidente entre el uso del ejército en las labores de ordenación del culto, el censo de los levitas y el del pueblo, que, como se recordará, hizo el ejército bajo la jefatura de Joab. Habiendo paz resulta peligroso dejar inactivos a los hombres de armas, sobre todo si algunos de ellos tienen derechos adquiridos para opinar y para intrigar, y entre los soldados de David abundaban los que habían ayudado en gran medida a afirmar su reino, a extenderlo, a darle ese poderío que hacía de Israel y de su monarca una roca estable en el mar de las naciones. Había paz en los últimos años de David, excepto en el corazón del rey, y David, angustiado como se hallaba, y sin duda acometido con frecuencia por sospechas a causa del movimiento de las intrigas consustancial con la existencia misma del poder, enviaba a sus soldados a trabajar.

David en la era de Areuna jebuseo

Si el censo de población que se menciona en II Samuel (24:4) y en I Paralipómenos (21:2) es de esta época —y no hallamos razón alguna para que no lo sea—, la peste que siguió a la enumeración de Israel debe haber impresionado mucho a David, que se hallaba sensibilizado por sus sufrimientos y creía que Yavé pretendía castigarlo. La escena de David llegando

en persona a la era del Jebuseo Areuna es una estampa notablemente viva de este rey que actuaba en hechos o en poemas cuando un sentimiento lo hería. Creyéndose perseguido de Yavé por haber ordenado el censo, se fue a buscar él mismo el sitio donde levantarle un altar y hacerle un sacrificio.

En el Libro Segundo de Samuel (24:20 al 25) se cuenta que “Areuna, al mirar, vio al rey y a sus servidores que se dirigían hacia él; y, saliendo, se prosternó delante del rey, rostro a tierra, diciendo: ‘¿Cómo mi señor, el rey, viene a su siervo?’, David respondió: ‘Vengo a comprarte esta era y a alzar en ella un altar a Yavé, para que se retire la plaga de sobre su pueblo.’ Areuna dijo a David: ‘Tómela mi señor y ofrezca cuantos sacrificios le plazcan. Ahí están los bueyes para el holocausto; los trillos y los yugos darán la leña; todo eso, ¡oh rey!, se lo regala Areuna al rey. Que Yavé, tu Dios, te sea favorable.’ Pero el rey respondió a Areuna: ‘No, quiero comprártelo por precio de plata; no voy a ofrecer yo a Yavé, mi Dios, holocaustos que no me cuesten nada.’ Y compró David la era y los bueyes en cincuenta siclos de plata; alzó allí el altar a Yavé y ofreció holocaustos y sacrificios pacíficos”.

Según explicamos en el capítulo XVII de este libro, en el lugar donde se levantó ese altar, es decir, en la antigua propiedad del jebuseo Areuna, fue erigido el templo en los días de Salomón.

A pesar de sus angustias, David actuaba. Sentía que sus días se acortaban y debía darse cuenta de que aunque esa vida había sido intensa, llena de horas triunfales, el hecho de que estuviera tan íntimamente ligada a la perdurabilidad de un poder político la hacía mezquina y le daba cierto aspecto de ser más pasajera que otra alguna. Desde el punto de vista de lo que la gente considera buena fortuna o buen éxito, esto es, si se medía su existencia por el poder sobre los demás que dan el oro o la preeminencia política, David ben Isaí llegaba a la vejez como

un dominador. Pero desde su propio punto de vista, que era el de un profundo conocedor del corazón humano y de la manera en que se comportan los pueblos, el rey de Israel debía acercarse al final de sus días cargado de preocupaciones.

En Israel había habido sublevaciones contra él, una de ellas encabezada por su propio hijo y aconsejada por hombres que habían sido de su más estrecho círculo. E Israel era no sólo la tierra del pueblo elegido, sino además un reino que se había extendido a lanzazos y que ejercía dominio sobre otros pueblos. Ya no podía hablarse de Israel diciendo “desde Dan a Berseba” como se oyó siempre; pues el poder de su rey iba mucho más lejos, desde las montañas de Siria hasta los desiertos del Sur, desde las aguas del Mediterráneo hasta más allá de las montañas transjordanas.

¿Qué iba a ocurrir el día que esos pueblos sometidos comenzaran a rebelarse? ¿Adónde iría la autoridad de Israel sobre sus conquistas si en el propio Israel empezaba la división y se producía la guerra entre hermanos; si se volvía a los tiempos del encono, los de la persecución de Saúl contra otros hijos de Israel o los de la guerra civil entre el norte y el sur?

David envejecía; se daba cuenta de que sus fuerzas decaían y de que a su cuerpo no le alimentaban ya los colores de otros años. Tenía treinta años cuando fue ungido rey de Judá y gobernó en total cuarenta, de manera que al entregar el poder a Salomón había vivido setenta años. A esa edad debió morir Saúl en la batalla de Gélboe; Samuel debió andar por los ochenta, y tal vez más, cuando, según el decir bíblico, fue a reunirse con sus mayores. Elí tenía noventa y ocho años al desnucarse. Las enfermedades, la profundidad con que sufrió algunos golpes familiares y sin duda el hecho de que nunca se distinguió por su fortaleza física, fueron causas que le impidieron a David sobrepasar la edad de Saúl.

Abisag sulamita

Pero aun gastado por los años, David era sensual, y como sus servidores lo sabían le aconsejaron que durmiera con una doncella para que ésta le transmitiera su calor, el aliento de la juventud. Es un detalle muy expresivo de la vitalidad espiritual de David, él que siempre fue poeta, esa necesidad de tener a su lado a una joven bella, escogida por su belleza entre todas las hijas de Israel, cuando ya el espectáculo de su hermosura sólo podía servirle para refrescar su alma. La joven se llamaba Abisag, y aunque no fue de hecho concubina de David, así sería considerada y por haberla pedido para él algún tiempo después de la muerte de su padre, fue ordenado el asesinato de Adonías.

Todo el calor de la juventud de Abisag, ni de mil como ella, era incapaz de detener la marcha de la vida que se dirige ciegamente hacia la muerte. Para nadie debe ser la etapa final tan amarga como para el gobernante que ama el poder o para el rico que atribuye sólo al oro la fuerza que mueve al mundo. Pues aquel que ha vivido creando para los demás —el músico, el poeta, el pintor, el filósofo— no tiene que sufrir por el destino de su creación. Su obra fue hecha, salió a la vida y ya no depende de él.

Pero el político y el rico no están en ese caso. Porque el poder es una fuerza expansiva, que tiende a desintegrarse, y sólo quien la ha creado puede mantenerla dentro de los límites adecuados. La fortuna se parece al poder en que todo conspira contra su estabilidad. La mano que sujeta el poder, como la mano que suma monedas, no puede esperar que ha de suceder otra mano igual, que como ella contenga, sopesándolo, el bien acumulado. El hijo de un rey, como el hijo de un rico, puede dilapidar el poder que ha heredado. La belleza y la ciencia rinden menos provecho visible pero tienen el privilegio de su perdurabilidad.

Esa debía ser, en sus últimos años, la preocupación de David. Tenía varios hijos, ¿pero a cuál de ellos designar heredero? ¿Quién, entre todos, mantendría el reino como él lo forjó? De sus hijos, ¿cuál aumentaría sus tierras y las riquezas de Israel? ¿Cuál sabría tratar a las criaturas de Yavé como él lo había hecho?

No hay testimonios de esa angustia de David, pero los hechos hablan por los hombres; a menudo no sólo los hechos que se ven, sino los que debiendo haberse cumplido no lo han sido. David debía padecer angustia porque no actuaba, y porque no actuaba podemos ver cómo van formándose partidos en la corte, uno que rodeaba a éste de los hijos, otros a aquél. Las madres ambiciosas intrigaban, los cortesanos intrigaban.

Ya no había un Samuel que dijera: “A ése me ha ordenado Yavé ungir por rey de su heredad”. Mucho había cambiado Israel desde aquel día, casi setenta años atrás, en que Samuel reunió a las tribus y dijo que el rey escogido por Yavé debía estar escondido en medio de los bagajes. La sociedad pastoril iba evolucionando y en los días de Salomón se transformaría en una colectividad traficante y mercantil, que llevaba las riquezas de un pueblo productor a uno consumidor. La monarquía se había consolidado en esos setenta años. David no era, como Saúl, un monarca a caballo, que iba de un campamento a otro, sino que tenía palacio real, guardia real, cronista real, escriba real, tesoro real, cobrador de tributos reales. Había guarniciones fijas en las fronteras; pueblos de lenguas diversas rendían obediencia a Israel y a su caudillo. El Estado estaba forjado y Jerusalén era su centro.

Ahora bien, si Jerusalén era el centro del Estado, el palacio era el corazón de Jerusalén, y en ese corazón seguía rigiendo la voluntad de David; no por las fuerzas que pudiera tener el anciano rey, que ya debían ser escasas, ni por la autoridad que ejercía entre sus familiares, que nunca fue la necesaria, sino

porque la misma intrincada red de intereses que mantenía unidos a Israel y a los pueblos tributarios, esa red que fue su obra de político, hacía de él el punto vital del reino. No sería Yavé, pues, quien por boca de un sacerdote escogiera al rey, sino David. A él le tocaba señalar a su sucesor.

En cierto sentido, David ben Isaí había pasado a ser el sustituto de Yavé en el gobierno de Israel.

XXI

EN EL QUE SE CUENTA CÓMO Y POR QUÉ ESCOGIÓ DAVID A SU HIJO SALOMÓN POR HEREDERO Y QUE ENCOMIENDAS LE HIZO ANTES DE MORIR

Los tres primeros hijos de David habían muerto: Amnón a manos de Absalón, Dodiya de algún mal que se ignora y seguramente en su infancia; Absalón a manos de Joab. Por muerte de los que le precedían, la primogenitura, y por tanto la herencia del reino, había venido a caer en Adonías, cuarto en el orden de los nacimientos, hijo de Aguit y nacido también en Hebrón. Al acercarse la hora de la abdicación de David, Adonías no debía tener menos de treinta y cinco años. Se dice de él que era de bella presencia y los contados hechos de su vida que conocemos lo presentan como un hombre que tenía más deseos que inteligencia. Es común ese tipo de personas con más voluntad de tener bienes que capacidad para conseguirlos.

Pero Adonías era de hecho el primogénito, y como David no parecía decidido a escoger sucesor, muchos de sus servidores debieron pensar que el rey iba a seguir el proceso normal en las monarquías: dejaría el poder a su hijo mayor. Tal vez eso explique que al formarse el partido de Adonías estuviera encabezado por Joab y por Abiatar, esto es, el hombre de la espada y el hombre del altar.

Por razones que no se dan en los textos sagrados, pero que se hallan en situaciones parecidas en otros países y en otras épocas, miembros connotados de la corte de David se oponían a que

Adonías fuera rey. Entre los opuestos se hallaban Banayas, jefe de la guardia de David, y Sadoc, el segundo de Abiatar en la jefatura del culto, lo cual quiere decir que Adonías era rechazado también por la espada y por el altar. Natán, el profeta ante quien David reconoció humildemente que había pecado en el caso de la muerte de Urías, se mantenía en la corte como mentor del joven Salomón. Natán, desde luego, no era partidario de Adonías, sino de Salomón, pues había también un partido de Salomón.

David había prometido a Betsabé que quien heredaría el trono sería Salomón. Tal vez ése era en verdad su propósito y acaso esperaba que Salomón tuviera más edad para ponerlo en posesión del título de rey. Pero como la ancianidad le restaba fuerzas quizá no se habría decidido a hacerlo en la forma sorpresiva en que lo hizo si la conducta de Adonías no hubiera puesto una carta de triunfo en las manos de Natán y de Betsabé.

No hay duda de que David amó a Betsabé. Ella debió ser una mujer singular, dotada de muchos atractivos y con la necesaria dosis de dureza de alma para imponer sus ambiciones. No hay constancia de que protestara por el asesinato de Urías, cuyos pormenores debió conocer. Se afirma que era bella, lo cual era muy importante para David, al fin y al cabo poeta, que se dejaba sugestionar por la hermosura. Debió ser joven cuando David la conoció, pues aunque ya era mujer casada Urías pudo haberla desposado muy temprano, según era costumbre en Israel. Se ignora de qué parte de Israel era y quiénes fueron sus padres. Sus títulos para figurar en la historia son tres: que David cometió un crimen por ella, que la amó y que fue la madre de Salomón. Pero alguna condición excepcional debió tener para que David cometiera ese crimen a fin de tenerla a su lado; alguna capacidad superior le permitió organizar el partido de su hijo en la corte del anciano rey y lograr,

a la postre, sus propósitos. El encanto de esa mujer y la manera como se desenvolvía se advierten en un hecho: que se ganara la amistad de Natán, el ladino y enérgico “profeta de Yavé”, que no fue a la casa real inclinado en su favor, sino probablemente todo lo contrario, y que acabó siendo a su lado uno de los factores decisivos en la elección de Salomón como heredero del trono. La influencia de una mujer como Betsabé tuvo que pesar mucho en el ánimo de David.

Por otra parte, Salomón gozaba fama de ser astuto; su sabiduría se hizo proverbial en Israel, si bien casi seguro con bastante exageración. Como gobernante hizo más uso de la fuerza que de la inteligencia y resultó más ostentoso que discreto. Pero su habilidad para juzgar fue evidente y debió haberse manifestado en él desde su juventud, tal vez desde su infancia, y quizá debido a ello David consideró que era inteligente. No es improbable que entre los hijos con edad para heredarle Salomón fuera el que demostrara más capacidad de rey.

En la selección de Salomón debieron entrar en juego muchos factores, unos positivos, otros negativos. Figurarían en la lista de los primeros la personalidad de Salomón, la influencia de Betsabé y el consejo de Natán sobre David; en la de los segundos, la personalidad de Adonías y la presencia de Joab en su partido. David no perdonó a Joab la muerte de Absalón, y como al volver a ocupar el trono carecía de fuerzas políticas para enfrentarse a su sobrino, y de la presencia de alguien con quien sustituirle, debió comenzar a trabajar su ánimo esa especie de resentimiento que socava el corazón del hombre que debe callar lo que siente, porque no puede actuar según sus deseos, y quizá en su decisión de que Adonías no reinara tuvo parte importante la esperanza de que Joab no siguiera teniendo el favor del monarca de Israel. Vio cumplida su esperanza, y más tarde, cuando ya a él de nada le servía, sería ejecutada su venganza.

Ese cúmulo de factores llevó a David a decir, quizá en la intimidad y sólo a Betsabé y Natán, que Salomón sería su sucesor. Sobre la promesa de David se formó el partido de Salomón, en el cual entraron Banayas, jefe de la guardia, y Sadoc, el segundo de Abiatar o el que quizá compartía con Abiatar la preeminencia religiosa. Puede ser que Betsabé los ganara para la causa de su hijo, puede ser que los convenciera Natán, puede ser que los dos ambicionaran pasar de segundones a primeras figuras. ¿No eran Joab y Abiatar partidarios de Adonías; no debían ser Banayas y Sadoc sus sucesores en los cargos si el rey era Salomón? ¿No es lo usual que el hombre quiera el cargo superior al que desempeña, y no era lógico que de ser rey Adonías, Joab quedaría confirmado como jefe de los ejércitos y Abiatar como jefe del sacerdocio?

Conjuración de Adonías

Como Absalón en otros días, Adonías comenzó a hacerse preceder de hombres a caballo y a usar carro. David nunca le llamó la atención por esas demostraciones de poder que hacía el hijo, lo cual tal vez aumentó la seguridad del pretendiente. Se le oía decir que él reinaría en Israel, y es claro que debía decirlo para que esa propaganda hiciera aumentar el número de sus partidarios.

Pero ¿en qué núcleo de Israel? ¿En el pueblo? No. El pueblo no contaba entonces como elector. Absalón hizo propaganda entre la gente que se acercaba a Jerusalén porque aspiraba a derrocar al padre por la fuerza, no a heredarle, y como iba a necesitar soldados que combatieran por su causa, buscaba adeptos. Por otra parte, hemos señalado que la rebelión de Absalón debió tener ciertos orígenes no simplemente palaciegos, no sólo limitados a la voluntad de ser rey que impulsaba al hijo de Maaca. Es muy difícil, y sería más apropiado decir que imposible, señalar esos orígenes, porque no quedaron rastros

de ellos en los textos bíblicos. Pero el número de hombres —y su calidad, a juzgar por el caso de Ajitofel— que siguió a Absalón y el renuevo de la rebelión acaudillada por Seba, indican que había un fondo apropiado para tratar de derrocar a David; un malestar, una agitación, algo que inquietaba a Israel y que ahora no podemos saber qué era. Tal vez había llegado la hora de que el país diera un paso adelante y comenzara a ser una sociedad mercantil y traficante, como lo fue en tiempos de Salomón; tal vez la conducta de David precipitó el disgusto que se hallaba en la atmósfera. Recordemos que, aun vencedor, David no quería retornar a Jerusalén porque quería sentirse con mayor respaldo político, y recordemos que para obtener ese apoyo movió sus piezas y ofreció dones a los que le ayudaran.

Ahora, antes de seguir hablando de Adonías y de sus propósitos de heredar al rey viene al caso mencionar a Semeí, aquel benjaminita que apedreó a David cuando éste huía de Absalón hacia la Transjordania. A la hora del retorno de David, Semeí se presentó en el paso del Jordán acompañado de mil hombres y se prosternó ante el rey pidiéndole perdón. En ese momento como en el de los insultos y las pedradas, Abisai, el sobrino del rey, quiso darle muerte, pero otra vez se lo impidió David. Estando éste necesitado de partidarios le llegaba muy oportunamente esa fuerza de mil hombres. Semeí, pues, entró con David en Jerusalén y poco después figuraba entre los miembros del círculo más estrecho del rey. En su caso se confirmaban las palabras de Joab: “Amas a los que te aborrecen y aborreces a los que te aman”. Semeí tomó partido por Salomón. Pero cómo se verá a su tiempo, eso no lo libró del odio de David ben Isaí, que le había jurado en el paso del Jordán que no le sucedería nada por su mano y lo sentaba a su mesa y pedía su parecer como consejero.

Adonías, pues, trataba de ganar gente para su causa, mas no en el pueblo, porque el pueblo no contaba entonces para

esos fines, sino en el palacio real. Era allí, en las cámaras del rey, donde se resolvería el problema de la sucesión. Desde los días de la sublevación de Absalón la casa de Judá había ganado presencia ante David, que se apoyó sobre todo en ella al regresar al trono, y muchos hombres de Judá entraban en el círculo del rey. A estos halagó Adonías, que por haber nacido en Hebrón podía alegar que era de Judá. Salomón no podía decir lo mismo, pues aunque por su sangre era de Judá, por su nacimiento era de Israel; había nacido en Jerusalén y la antigua ciudad jebusea se hallaba dentro de los límites de Benjamín. En la frontera sur de Benjamín estaba la división regional; hacia el norte era Israel, hacia el sur era Judá.

El pretendiente buscaba el apoyo de todos sus hermanos, excepto, desde luego, el de Salomón. Muchas veces debió oír en labios de Betsabé, de Natán o de Semeí que Salomón sería el elegido de David, y de no oírlo de ellos mismos se lo dirían los sirvientes. Hay que imaginarse, siquiera por un instante, que el palacio real era un panal de intrigas, de secretos, de exageraciones, mentiras, simulaciones; todo ese ambiente espeso, servil y maligno que puebla una casa real cuando se acerca la hora de escoger un sucesor. Los hermanos que no figuraban en la línea de sucesión tomarían partido y lo tomarían las mujeres y concubinas del rey, la mayoría de las cuales difícilmente vería con simpatía a Betsabé.

La tensión en el seno de la familia real fue tornándose cada vez mayor, invadió todos los sectores y acabó desbordándose sobre el pueblo; pues como le dijo Betsabé a David: “los ojos de todo Israel están puestos en ti, ¡oh rey!, mi señor, esperando que tú declares quién es el que ha de sentarse en el trono del rey mi señor después de él” (I Reyes, 1:20).

No hay que pensar que Betsabé exageraba buscando una definición. Sin duda demostraba carácter conminando con esas palabras a David, pero tal como ella lo decía, así debía

estar sucediendo. Pues el rey era viejo; se sabía que entre sus hijos más de uno pretendía sucederle; estaba vivo aún el recuerdo de Absalón y la gente de Israel no podía ignorar que si había guerra por la herencia de David, todos acabarían tomando parte en ella y probablemente el país se debilitaría y se desmembrarían muchas de las regiones que David le había agregado. La riqueza de Israel era grande a esos días. La fastuosidad que desplegó Salomón fue posible gracias a esas riquezas que acumuló David. Y tales bienes corrían peligro de perderse si no se aclaraba a tiempo quién debía suceder a David, pues la confusión, que en el alma del hombre es origen de dolores, en la vida de los pueblos es origen de catástrofes.

“Los ojos de todo Israel” estaban puestos en David; y he aquí que la tensión que poblaba la casa real llegaba al pueblo y rebotaba de nuevo en la casa real. Del centro, que era David —un David anciano e indeciso, temeroso de escoger mal y provocar con ello los daños que sin duda quería evitar—, partía la confusión; esa confusión se tornaba tensión en el ánimo de los presuntos herederos y de sus partidarios; y al centro volvía la tensión para confundir más a David. Adonías se aprovechaba de la duda general; montaba carro, se hacía preceder de hombres a caballo y decía en todas partes: “Yo reinaré”. David le dejaba hacer. Tal era la situación cuando un día Adonías invitó a Joab, a Abiatar y a todos sus hermanos, menos a Salomón, para un gran banquete que daría en la fuente de En Roguel. El banquete seguiría a un holocausto a Yavé en que iban a ser sacrificados bueyes, becerros y ovejas cebados, animales escogidos, hermosos animales primarios, sin manchas ni defectos. Al acto irían también los dignatarios del reino procedentes de Judá, todos los partidarios de Adonías en la casa del rey y quién sabe cuántos de sus amigos de los que no pertenecían al círculo real.

La noticia alarmó al partido de Salomón. Pues para un sacrificio similar marchó Absalón a Hebrón en las vísperas de su alzamiento. Adonías, que había imitado a su infortunado hermano en hacerse preceder por hombres de caballería —por cincuenta hombres, dicen en ambos casos los textos, aunque puede tratarse de una confusión— y en usar carro para moverse, podía estar planeando imitarlo también en rebelarse a raíz de un gran sacrificio. Más aún, el pretexto del sacrificio le sirvió a Absalón para reunir a sus seguidores, e igual cosa podía estar haciendo Adonías. La carne de los animales sacrificados pasaba a ser usada en la mesa del banquete, y por el número de bestias que figuraban en el holocausto podía suponerse el número de los comensales, que en este caso era el número de los conspiradores. Adonías y los suyos se hallaban reunidos en las cercanías de Jerusalén. ¿Pensaba el hijo de David hacerse proclamar allí rey y marchar sobre la ciudad, que quedaba a su alcance? ¿No estaban con él el jefe de los ejércitos y el jefe de los sacerdotes, uno para mandar las fuerzas y el otro para ungirle monarca de Israel?

En este momento surge como el estratega y el táctico de los partidarios de Salomón el mismo hombre que encaró a David con la sangre de Urías, esto es, Natán. Astuto y enérgico, había nacido con la madera de un caudillo y sabía actuar en el momento preciso. Le informaron a Natán lo que estaba haciendo Adonías; sin perder tiempo llamó a Betsabé y le dijo que fuera a ver al rey, que le preguntara sino había él jurado que su sucesor sería Salomón, y que de ser así cómo podría explicarse que Adonías estuviera reinando en ese momento. Natán acordó con Betsabé hacer él su entrada en la estancia real cuando ella estuviera hablando con David. Así sucedió, y las palabras de Betsabé fueron confirmadas por Natán, cuya autoridad era mucha porque se le tenía por profeta de Yavé.

Salomón proclamado rey

El plan de Natán dio sus frutos. El anciano rey no quería verse huyendo de nuevo por los caminos de Israel como le sucedió cuando se rebeló Absalón, y con la rapidez de sus mejores tiempos dio las órdenes oportunas para que su hijo Salomón fuera ungido rey. Allí, a mano, tenía a Sadoc, sacerdote, y a Natán, profeta: ellos derramarían sobre la cabeza del hijo de Betsabé el óleo de Yavé. Para darle señal de posesión de cuanto era suyo, él le haría cabalgar en su propia mula, y en este detalle podemos hallar una versión más evolucionada de la posesión del harén ajeno como señal de señorío y propiedad. Salomón no fue ungido en el palacio real sino en la fuente de Guijón, y así, mientras uno de los hijos conspiraba en En Roguel el otro era ungido rey en Guijón.

El anciano rey había recuperado en un minuto su proverbial rapidez para la acción. Cuando Salomón y los que le acompañaban volvían a Jerusalén, resonaron las trompetas, salieron a recibirles las multitudes y el aire quedó castigado por los gritos de “¡Viva el rey!” Adonías y sus partidarios oyeron el clamor. Estaban al final del banquete. Joab preguntó: “¿Por qué con tanto estrépito se alborota la ciudad?” (I Reyes 1:41). Jonatán, el hijo de Abiatar, que llegaba en tal momento, les dio la noticia: Salomón había sido ungido rey en la fuente de Guijón por Sadoc y Natán en presencia de Banayas, Joyadas y la guardia real. Las voces que se oían eran las aclamaciones y las bendiciones con que Jerusalén recibía a su nuevo señor.

David había tornado a ser el rayo de Israel y había fulminado de manera relampagueante la conspiración de Adonías, si en verdad se trataba de una conspiración. Pues tal vez no era cierto que su hijo mayor pensara proclamarse rey ese día. Es muy difícil que estando con él Joab decidiera hacerlo. Joab, que fue toda su vida leal a su tío, más leal a David que David mismo, no habría admitido participar en una conspiración

para derrocar a David. Quizá el objeto de Adonías y de sus partidarios al reunirse en En Roguel fue combinar la manera de actuar sobre el rey para que se decidiera en favor del hijo de Aguit. Pero de ser así olvidaron que su conducta iba a parecerse mucho a los ojos de David a la conducta de Absalón el día en que decidió rebelarse. Por otra parte, David no podía pensar que Natán mentía.

Fuera o no cierto que conspiraba, al oír a Jonatán Adonías entró en miedo. Aprovechándose de la confusión del momento penetró en Jerusalén y corrió a refugiarse en el Tabernáculo; allí se acogió a los cuernos del altar y de allí no se movió sino cuando Salomón mandó decirle que si “se porta lealmente ni uno de sus cabellos caerá a tierra; pero si algo malo trama, morirá” (I Reyes, 1:52). Adonías fue a postrarse a los pies del nuevo rey y éste le ordenó irse a su hogar. La sucesión, pues, se efectuó sin que se derramara la sangre de la casa de David. Pero sucedía así por el momento. Pues Salomón, llamado el rey sabio, acudiría con frecuencia a la espada, y no a la sabiduría, para afirmar el reino que heredó.

Algunos historiadores piensan que la unción de Salomón tuvo lugar en 972 a. de C. La mayoría de esos historiadores estiman que David murió en 970 a. de C., dos años después de haber resignado la monarquía en favor de Salomón. Pero para nosotros, que hemos aceptado como año primero del reinado de David en Judá el 1010 a. de C. y por tanto el 1040 como el de su nacimiento, la abdicación en favor de Salomón sería en 970 y la muerte, por tanto, entre ese año y el 968 a. de C.

Puede haber muerto un año después de haber abdicado, y para el caso es lo mismo. Porque el viejo caudillo ya no hizo otra cosa que planear el templo que su hijo había de construir. Debió ir pensando en él lentamente, quizá desde un lustro antes, hasta tener esbozados uno por uno todos los

detalles: “la traza del pórtico y de sus dependencias y oficinas, de las salas, de las cámaras y de la casa del propiciatorio. Asimismo la traza de cuanto él quería hacer para los atrios de la casa de Yavé, para las cámaras de alrededor, para los tesoros de la casa de Yavé y para los tesoros de las cosas sagradas” (I Paralip. 28:11 al 13). Y todos esos planos —que la Biblia llama “trazas”— así como los modelos de todos los utensilios de plata y oro que debían usarse en el templo, con detalles del peso de cada uno en metal, se los entregó a Salomón. Invitó luego a los personajes de Israel al palacio, y ya reunidos les habló para pedirles que dieran su contribución para el templo que habría de levantar su hijo y heredero. Él ofreció la suya, “tres mil talentos de oro, de oro de Ofir, y siete mil talentos de plata fina”, y a seguidas todos los presentes volcaron sus bolsas. De manera que ese día quedó asegurada allí la erección del templo, obra por la cual sólo a Salomón se le reconocerían méritos.

Pero no sólo la erección del templo aseguró en esa ocasión. El viejo caudillo era demasiado astuto para no saber que su hijo, joven de poco más de dieciocho años, corría peligro de ser desconocido como rey. Terminó, pues, la jornada con un sacrificio monumental, de mil becerros, mil carneros, mil corderos y sus correspondientes libaciones, y en el banquete de rigor obtuvo que los grandes de Israel, los de la Iglesia, los del ejército, los señores de tierras y los funcionarios dieran “por segunda vez la investidura del reino a Salomón” (I Paralip. 29:22). Y entonces se retiró a un segundo plano.

David ben Isaí se acercaba al final de su vida vigilando al pueblo de Israel y a su hijo el rey; la había comenzado vigilando las ovejas de su padre en los lindes del desierto de Judá. Llegaba a sus últimas horas entonando salmos con los que aspiraba a conquistar la benevolencia de Yavé, y se había iniciado improvisando endechas para ahuyentar la soledad y el miedo a los leones. Entre aquellos días lejanos y estos de

ahora había un largo trecho que él había cubierto como cantor y como guerrero, como fugitivo y como rey, como hijo y como padre. A lo largo de ese trecho creó un Estado, lo fortaleció, lo enriqueció, lo amplió, todo ello sin oprimir a su pueblo, sin que Israel pudiera decir: “David me persiguió, me maltrató, me despojó”.

Las grandes vidas no terminan nunca. Resplandecen a millares de años, como las estrellas. La de David fue una gran vida. Por fortuna tuvo errores notables; de no haberlos tenido nos parecería hoy un dios, y como dios se hallaría fuera del alcance de nuestro juicio.

Últimos mandatos de David

A la hora de morir, el hijo de Isaí dejó escape a su resentimiento y mintió por última vez. Llamó a Salomón para dictarle su postrera voluntad, y he aquí que le dijo: “Bien sabes tú mismo lo que me ha hecho Joab, hijo de Sarvia; lo que hizo con los dos jefes del ejército de Israel, Abner, hijo de Ner, y Amasa hijo de Jeter, que los mató derramando en la paz la sangre de la guerra y manchando con la sangre inocente el cinturón que ceñía sus lomos y los zapatos que calzaban sus pies. Haz, pues, con él conforme a tu sabiduría y no dejes que sus canas bajen en paz a la morada de los muertos” (I Reyes 2:5 y 6) “Ahí tienes también a Semeí, hijo de Guera, benjaminita, de Bujarin, que profirió contra mí violentas maldiciones el día que iba yo a Majanaim. Cuando luego me salió al encuentro al Jordán, yo le juré por Yavé diciendo: No te haré morir a espada. Pero tú no le dejes impune, pues como sabio que eres sabes como has de tratarle y harás que con sangre bajen sus canas al sepulcro” (I Reyes 2: 8 y 9). Invocaba el recuerdo de Abner y de Amasa para ocultarle a su hijo que le dejaba en herencia vengar la sangre de Absalón. En cuanto a Semeí, fue su consejero, lo sentaba a

su mesa, pero no le había perdonado la injuria. Era un alma complicada la de David ben Isaí, a pesar de lo cual era el alma de un hombre excepcional.

Joab murió a manos de Banayas. El jefe de la guardia de David le clavó su espada mientras el hijo de Sarvia se hallaba agarrado a los cuernos del altar, en el Tabernáculo donde moraba Yavé. Mató Banayas también a Semeí, algún tiempo después, y a Adonías, porque había pedido a Betsabé que intercediera ante Salomón para que éste le entregara como mujer a la última que conoció el lecho de David, la sulamita Abisag, que dormía en el seno del viejo guerrero para darle calor a sus huesos.

Los hijos, los sobrinos y los servidores de David morían a espada. Él no; él murió en su lecho, tal vez en el 970, tal vez en el 968 a. de C. Expiró en la capital de su reino, en medio de un Estado organizado y floreciente. Por esos días los pueblos de la hoya del Mediterráneo combatían y emigraban buscando pastos para sus ganados y tierras feraces donde asentarse; Grecia estaba saliendo de su prehistoria; Homero tardaría más de un siglo en nacer.

En Jerusalén, los cronistas del gran rey escribían:

“Durmióse David con sus padres y fue sepultado en la ciudad de David” (I Reyes 2:10).

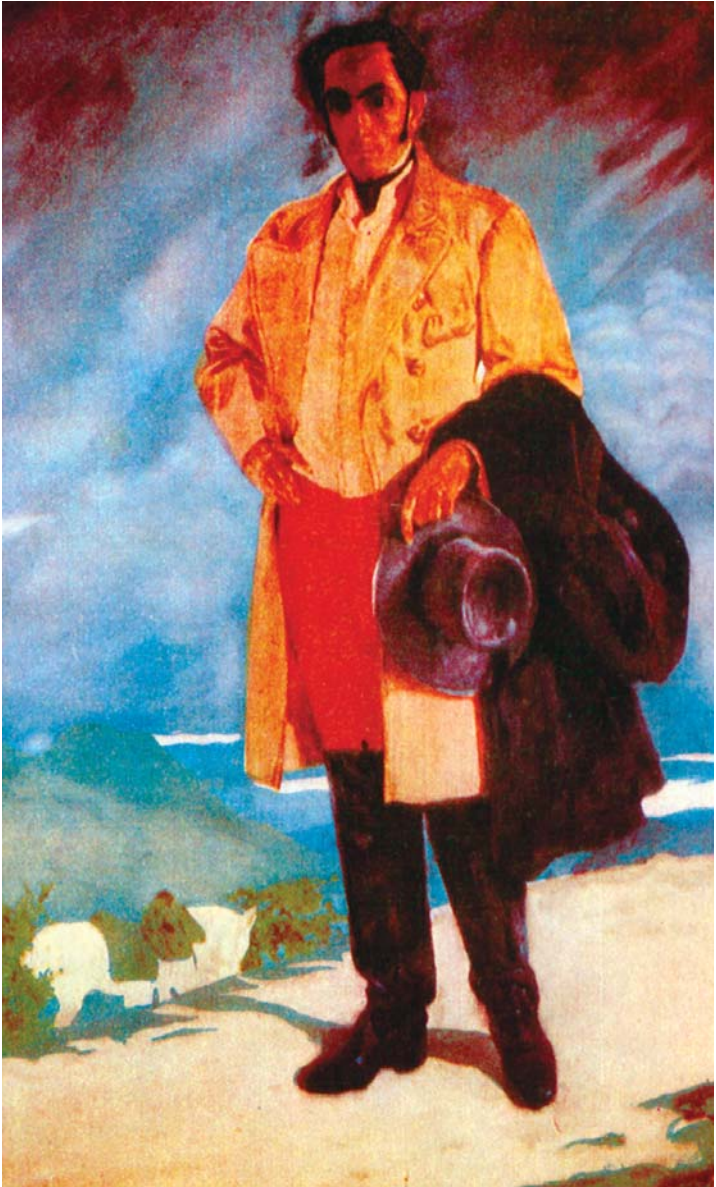
CRONOLOGÍA *

- 1040 : Nacimiento de David, iniciación de reinado de Saúl.
- 1028-1026 : Acción del Terebinto (muerte de Goliat).
- 1022-1020 : Entrada de David al servicio de Saúl como tañedor de arpa.
- 1016-1014 : Ruptura de Saúl con David y fuga de David.
- 1014-1010 : Muerte de Samuel.
- 1010 : Batalla de Gélboe; muerte de Saúl y Jonatán; ascensión de David al reinado de Judá.
- 1008 : Muerte de Isbaal; David pasa a rey de Israel.
- 1004-1002 : Toma de Jerusalén, dedicada a capital del reino poco después.
- 995-990 : Conocimiento de Betsabé por David; muerte de Urías.
- 986-985 : Asesinato de Amnón y fuga de Absalón.
- 980-978 : Rebelión de Absalón; derrocamiento y fuga de David; muerte de Absalón y retorno de David a Jerusalén.
- 970-968 : Ascensión de Salomón al trono de David; muerte de David.

* Los años que se ofrecen en esta cronología son aproximados, pero dentro de las estimaciones generalmente aceptadas por los estudiosos de la Biblia. David vivió entre el segundo y el primer milenios antes de Cristo y murió a los setenta años, dos más o dos menos, si acaso.

SIMÓN BOLÍVAR BIOGRAFÍA PARA ESCOLARES*

* Declarado “material auxiliar para la Educación Secundaria y la Educación Normal” por Resolución del Ministro de Educación, Dr. Rafael Pizani, con el número 5.715, del 14 de octubre de 1960, publicada en la Gaceta Oficial de la República de Venezuela, Número 26.382, página 195.622, del viernes 14 de octubre de 1960, Año LXXXIX, Mes I.



Retrato de Bolívar. Óleo de Tito Salas.

DEDICATORIA

El autor debe gratitud a las personas que le ayudaron en la tarea de escribir y editar este libro: Isabelita Dobles, que le sugirió el tema; el doctor Ricardo Montilla y el profesor José A. Escalona Escalona, que le hicieron atinadas observaciones históricas; don Alfredo Boulton, don Carlos Izquierdo y don Héctor E. López Orihuela, que le proporcionaron las ilustraciones; y a mi hijo León Bosch, que tuvo la bondad de ayudarme en la confección de los mapas, y el profesor José Salgado, que preparó el material y tuvo a su cuidado la edición.

El autor dedica este libro, con todo afecto, a dos inolvidables amigos venezolanos, el doctor Antonio Sotillo Arreaza y don Carlos Luis Barrera, ciudadanos como los que Bolívar quiso para su patria americana.

JB

Caracas,
27 diciembre de 1960.



El bautizo. Óleo de Tito Salas. (Casa natal del Libertador, Caracas).

(Cortesía del Ministerio de Educación. Centro Audiovisual)

OFRECIMIENTO:

Joven escolar venezolano:

Se me ha pedido que sea yo quien, con estas palabras preliminares, te ofrezca este libro. Lo compuso para ti el esclarecido escritor dominicano Juan Bosch, admirador de las glorias de tu Patria, de cuyo pueblo comparte sinceramente las angustias cada vez que corre riesgo de frustrarse algunas de sus esperanzas, y contienen la biografía de nuestro Simón Bolívar, El Libertador.

Está escrito en forma sencilla, de familiar conversación contigo, acomodada a tu actual manera de entender las cosas a fin de que tu inteligencia en desarrollo, saque el mejor provecho de su lectura agradablemente; pero además de conducirte de la mano, siguiendo los pasos que compusieron la admirable vida del Libertador, para que sepas quién fue y qué hizo, para que aprendas lo que no debes ignorar, el autor de este libro ha tenido la intención educativa de proponerte edificante ejemplo que debes imitar, dentro de las posibilidades con que te haya dotado la naturaleza para cumplimiento de buen destino.

Es la historia del “hombre de las dificultades”, como de sí mismo dijo El Libertador, sin jactancias, sin arrogancias de vanidad, pues realmente fueron tantas y tan grandes las dificultades que se le interpusieron en su camino que sólo una extraordinaria voluntad podía atreverse a superarlas. Como él lo logró gloriosamente.

Y esa es la gran lección que te dará este libro, cuya estudiosa lectura te recomiendo y de ella el mejor provecho te deseo.

Rómulo GALLEGOS

I

NACIMIENTO DE SIMÓN BOLÍVAR EL 24 DE JULIO DE 1783, EN CARACAS. —LA CASA Y LA HACIENDA: LA CIUDAD Y EL CAMPO. —LAS NOTICIAS Y LOS VIAJES. —LA ECONOMÍA COLONIAL: AGRICULTURA Y GANADERÍA. —REUNIONES. FIESTAS. VESTIDOS. —LOS MANTUANOS. —NACIMIENTO Y BAUTIZO DE UN NIÑO.

El 24 de julio de 1783 nació en Caracas Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios. La casa en que nació se conserva todavía, aunque con algunos cambios, pero los lugares que la rodean no se parecen a lo que fueron en aquellos días.

Por entonces, Caracas era una pequeña ciudad de calles estrechas y empedradas, por las que después de anochecer apenas se veía gente. Aun en las horas de sol, las mujeres no salían sino para ir a misa o para visitar enfermos y familiares; y nunca iban solas. Se oían a menudo las campanas que llamaban a rezos y los caraqueños habían aprendido a distinguir el sonido de las de cada iglesia. De rato en rato pasaba por las calles una pareja de amigos que caminaban con el paso ceremonioso de la época, un sacerdote que se dirigía apresuradamente a la Catedral, pequeños grupos de estudiantes que discutían sus lecciones, esclavos que iban de compras o a llevar recados de sus amos.

Pues en esos tiempos las familias ricas de Venezuela tenían esclavos. Los del padre del niño Simón eran más de mil. La mayor parte de esos esclavos del señor de Bolívar estaba en

sus haciendas de caña de azúcar, que se hallaban en los valles de Aragua y del Tuy; pero había varios en la casa donde nació el pequeño Simón José Antonio de la Santísima Trinidad. De esos esclavos, los hombres más fuertes descargaban los mulos que llegaban con las viandas, las frutas y las carnes del consumo semanal; otros desyerbaban los patios y el frente de la casa y cuidaban los árboles y atendían a los caballos finos que se guardaban en el corral; el trabajo de algunos consistía en dormir de noche en el zaguán, para proteger el sueño de la familia contra posibles asaltantes y para atender a las llamadas de altas horas, y el de los más viejos y los más jóvenes era llevar recados, cortar leña para la cocina, acarrear la basura hasta sitios apartados. Las esclavas cocinaban, lavaban y planchaban la ropa, limpiaban la casa y atendían a los niños. Simón tenía tres hermanitos, todos mayores que él: un varón llamado Juan Vicente y dos niñas: María Antonia y Juana. Como la madre de Simón no era saludable, a él le alimentó desde muy pequeño una negra esclava llamada Hipólita, cuarentidós años después de su nacimiento ese niño Simón recordaría a Hipólita con cariño de hijo.

Las casas de la gente rica de entonces eran grandes. La de la familia Bolívar tenía cuatro patios; uno sembrado de granados, otros más atrás, uno para las esclavas y otro para los esclavos, y entre estos había una puerta que se cerraba de noche. Por fin, al fondo se hallaba el corral, con el establo de los caballos; y en ese corral había árboles de sombra. Las habitaciones estaban situadas alrededor de los patios; y entre ellas y estos había aleros sostenidos por gruesas columnas, lo cual daba fresco a cada habitación y a la vez la resguardaba del aire fuerte, y permitía el paso de la luz en tal forma que toda la casa se mantenía iluminada.

En los patios y en los corredores, los hijos de los amos y los hijos de los esclavos jugaban juntos, vigilados por alguna



El centro de Caracas, hacia 1766, diecisiete años antes del nacimiento de Bolívar, según un pintor anónimo de la época. La ciudad se extendía también hacia el Oeste (a la izquierda de esta vista), en dirección de La Pastora y la Puerta de Caracas. La torre de la catedral tenía todavía tres cuerpos; perdería el más alto en el terremoto de 1812.

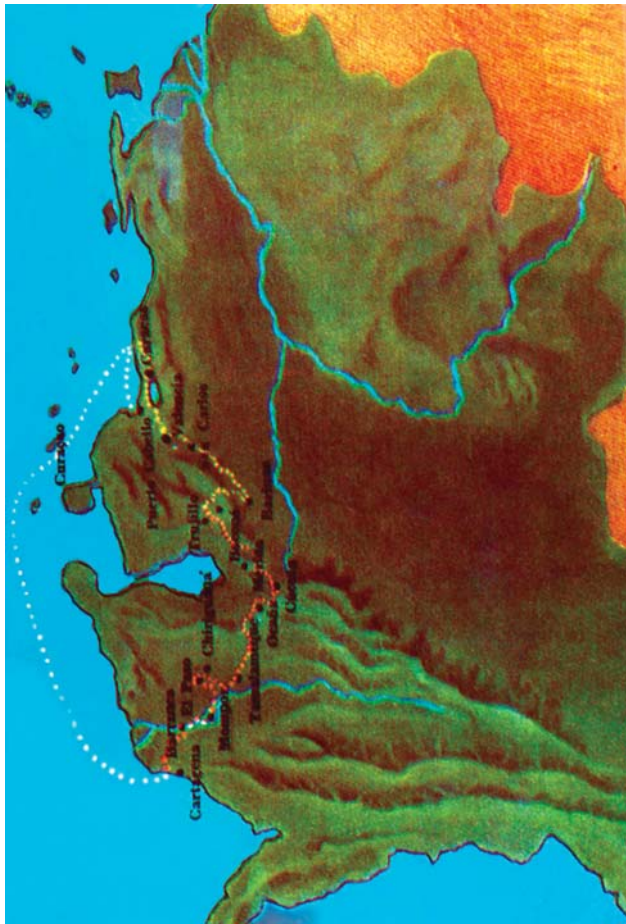
(Arreglo de Héctor F. López Orihuela).

esclava. Algunas veces llegaban a pasar el día en la casa otros niños de familias también ricas y distinguidas. En ciertas ocasiones, toda la familia se iba a pasar semanas a las haciendas del interior —como la de San Mateo, que era de los padres de Bolívar—, y entonces los niños viajaban a lomo de caballo o de mulo, sentados en las piernas de los esclavos, que iban por los largos caminos de las montañas y de los valles diciéndoles los nombres de los árboles y de los ríos o contándoles historias de aparecidos.

En la casa de Caracas o en la de la hacienda, al atardecer, cuando el sol se ponía, el amo, la señora, los niños y los esclavos se reunían para rezar “el bendito”; se oía entonces el rumor de los rezos como se oye el paso del aire entre los árboles; se encendían después las lámparas; pasaban los mayores a cenar y los niños a dormir, y por los corredores y los patios se sentía sólo el canto de los insectos o el susurro de una voz que pasaba por la calle.

Por aquella época, sólo había barcos de vela, que tardaban meses en hacer el viaje de España a La Guaira; las noticias del mundo llegaban en esos barcos, y como en Caracas no se conocían los periódicos, las personas importantes se reunían en las casas ricas a comentar esas noticias. Las personas importantes eran llamadas “mantuanas”, porque sus mujeres usaban mantos lujosos; de manera que cuando se decía que un señor era un mantuano, eso quería decir que era personaje en la vida de la ciudad.

De La Guaira a Caracas se viajaba sólo a caballo o en mulo y se tardaba casi un día en hacer el camino. El viajero que llegaba a Caracas desde La Guaira se detenía al trasponer la última altura antes de entrar en la ciudad, y desde ahí veía allá abajo, como al final de un enorme precipicio, algunos techos de tejas entre los árboles de patios, algunos pedazos de calles solitarias, y oía con toda claridad las campanas de las



MAPA 1

MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR

ENTRE EL 6 DE JULIO DE 1812 Y EL 7 DE AGOSTO DE 1813.

(Texto al dorso).

MAPA 1
MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR
ENTRE EL 6 DE JULIO DE 1812 Y EL 7 DE AGOSTO DE 1813

Siguiendo la línea blanca, de Puerto Cabello a La Guaira, por mar; de ahí a Caracas, retorno a La Guaira y vuelta a Caracas; otra vez a La Guaira, de donde embarca hacia Curazao; de Curazao a Cartagena y de Cartagena, por la línea rosada a Barranca, Tenerife, La Plata, Sambrán, Mompox, El Paso, Chiriguaná, Tamalameque, Ocaña, Cúcuta, San Antonio del Táchira, Mérida y Trujillo, donde proclamó la “Guerra a muerte”; desde Trujillo, por la línea amarilla a Boconó, Barinas, Guanare, Araure, San Carlos, Tinaquillo, Valencia, La Victoria y Caracas.

(No se reproduzca este mapa ni sus textos, en todo o en parte, sin autorización escrita del autor del libro.)

iglesias. Desde la casa del niño Simón podía verse, por encima de los árboles del valle, el camino que trepaba hacia la Cruz de La Guaira.

Todos los niños que nacen hoy en Caracas son venezolanos; pero el pequeño Simón no lo era, ni lo eran sus hermanos ni sus padres, porque entonces no existía Venezuela como país independiente, organizado en república que se da sus propias leyes y tiene su propio gobierno. Cuando nació Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios, Venezuela era una parte del imperio español; los españoles gobernaban en Caracas, en Valencia, en Coro, en Maracaibo; en todo lo que hoy es Venezuela y en casi todo lo que hoy es nuestra América. El rey de España era el rey de todos estos países; él autorizaba las leyes que nos gobernaban, él nombraba las autoridades que nos regían, los recaudadores de los impuestos que nosotros pagábamos y los oficiales de los ejércitos formados por nuestros pueblos. El niño Simón no nació ciudadano de Venezuela, sino súbdito de Su Majestad el rey de España.

La vida era en estos tiempos muy diferente de lo que es hoy. No se conocían las carreteras, ni los ferrocarriles, ni los autos, ni la luz eléctrica; no había aviones, ni teléfonos, ni radio, ni televisión. Las personas ricas no tenían fábricas, ni bancos, ni oficinas de negocios como los tienen los ricos de hoy, sino tierras sembradas de caña para hacer azúcar, de café o de cacao. Por eso, a los que compraban títulos de marqueses y condes con la riqueza que sacaban del cacao, se les llamaba "grandes cacaos". Casi todos tenían también grandes extensiones de llanuras con millares de cabezas de ganado. El trabajo hoy lo hacen obreros en fábricas, empleados en oficinas; entonces lo hacían los esclavos en las fincas. Ellos araban las tierras, sembraban los frutos, cortaban la caña, hacían el azúcar; secaban y envasaban el cacao y el café, cuidaban las reses

en las llanuras, manejaban los caballos que cargaban los productos del campo en viaje hacia los puertos.

El azúcar, el cacao, el café, se vendían en España o en México; y cada dos o tres meses llegaba a La Guaira un barco que traía vinos, aceite, telas, medicinas, sombreros, que se vendían en Venezuela; y traía también sacerdotes y funcionarios del rey, familias que venían a vivir en Caracas, isleños de las islas Canarias que llegaban a trabajar los campos y a establecer pequeños comercios. En esos barcos salían los frutos de Venezuela destinados a España y a México.

Como no había cines, ni clubes con piscinas, ni estadios para jugar pelota, los jóvenes se reunían alguna que otra vez en una casa de familia; tocaban piano, violín, flauta, contrabajo; cantaban o charlaban sobre los pocos libros que llegaban de España o sobre los pocos sucesos que se producían en Caracas. En esas reuniones, los padres, los tíos y hasta los abuelos tomaban asiento en fila, junto a las paredes, para disfrutar el espectáculo de los jóvenes, que hacían demostraciones de sus habilidades en la música o la conversación. La moda de entonces daba lucimiento a esas pequeñas fiestas familiares; los hombres usaban casaca de faldón largo, camisa de encajes en el pecho y en las mangas, peluca negra o rubia y a veces blanca, calzones de raso hasta las rodillas, medias blancas o rosadas y zapatos con hebillas de plata y grandes tacones; y las señoras y las señoritas llevaban trajes de amplias mangas abullonadas, faldas más amplias aún que llegaban hasta el suelo, abanicos para cubrirse el rostro cuando hablaban con un amigo o para echarse fresco si hacía calor.

Para los niños de casas ricas, como era Simón, la vida resultaba tranquila y segura. En la pequeña ciudad no había ruidos, no había carruajes que alborotaran ni pusieran en peligro a los muchachos. Pero los padres tenían motivos de preocupación. Como no se conocían las medicinas de hoy, era frecuente que

los niños enfermaran y aun que murieran sin que se pudiera hacer nada para salvarlos. Podían morir de fiebres palúdicas y también de fiebres intestinales, de pulmonía, de difteria, de tétanos. A veces llegaban epidemias de cólera y de viruelas, y la gente moría a montones.

Pero, además, a los mayores les preocupaban los negocios, las guerras en que tomaba parte España, que siempre producían mala situación económica para América. Entre los señores ricos de Caracas había malestar contra el rey de España porque el rey pretendía dar privilegios a gentes que no eran de familias mantuanas. Los grandes señores de Caracas se reunían, hablaban en secreto, buscaban noticias, enviaban cartas al extranjero. El padre del niño Simón era uno de los que escribían a un enemigo del rey llamado don Francisco de Miranda.

De ese malestar político no se daban cuenta los niños; y sus mamás, sus tías, sus abuelas, no entendían de tales problemas. Para ellas, la vida se reducía a la misa del domingo, al matrimonio de la hija de una amiga, al bautizo de un pequeño de familia conocida, al nacimiento de otro. Cuando sucedía esto último, los parientes y los amigos visitaban a los padres del recién nacido y le llevaban regalos al bebé. También los esclavos de la casa en que se había producido un nacimiento se acercaban a la cuna para ver a su nuevo amito. Se detenían ante él, lo miraban atentamente; comentaban: “Es bonito el amito, Dios lo guarde”, o “Tiene los mismitos ojos del amo”, “Se parece talmente a la doña”. Algunos se ponían de rodillas y rezaban por la salud y por una vida larga y venturosa para la criatura que acababa de nacer. Los esclavos que llegaban de las fincas llevaban flores, frutas, animalitos de corta edad, que eran su tributo de amor al amito nuevo.

Es casi seguro que escenas como esas se produjeron ante la cuna del niño Simón José Antonio de la Santísima Trinidad

de Bolívar y Palacios. Pero podemos estar convencidos de que ni los grandes señores amigos y familiares del padre —don Juan Vicente de Bolívar y Ponte— y de la madre —la aristocrática doña María Concepción de Palacios y Sojo de Bolívar—; ni los blancos mantuanos, ni los negros esclavos que pasaron frente a la cuna de Simón, en los días que siguieron a su nacimiento, sospecharon lo que le reservaba el porvenir.

Cuando un niño nace, nadie sabe lo que hará en la vida. Por eso cada vez que un hogar se enriquece con uno, es como si naciera una esperanza para el mundo. En la casona de don Juan Vicente de Bolívar, bajo el cielo de Caracas, ese día 24 de julio de 1783 había nacido la mayor esperanza americana.

II

DE 1783 A 1808. —MUERTE DE LOS PADRES DE BOLÍVAR. —REVOLUCIÓN FRANCESA. —SIMÓN CARREÑO (RODRÍGUEZ), EL MAESTRO DE BOLÍVAR. —SITUACIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE VENEZUELA EN ESOS AÑOS. —VIAJE, MATRIMONIO Y VIUDEZ DE BOLÍVAR. —SU SEGUNDO VIAJE A EUROPA.

Muchas cosas importantes fueron sucediendo mientras el pequeño Simón crecía. Unas le afectaban a él directamente, otras al mundo y a la tierra donde había nacido.

Cuando Simón cumplía tres años murió don Juan Vicente a los sesenta años de edad. A los tres años, ningún niño puede comprender lo que es la muerte; no es capaz de explicarse por qué la persona querida que estaba a su lado hasta un día, desaparece de la casa para siempre. En sus ideas y en sus sentimientos, el niño de tan cortos años no está todavía hecho; todo en él es vago y confuso. La muerte del padre o de la madre —o la ausencia de uno de ellos del hogar— se convierte en una fuente de angustias y sufrimientos para ese niño; llega a sentir que le han abandonado, y con frecuencia se rebela contra ese abandono convirtiéndose en una criatura indisciplinada.

Simón fue un niño así, sin duda debido a la muerte del padre; y tuvo la fatalidad de perder a la madre, doña María de la Concepción, seis años después, cuando él cumplía nueve. Doña María de la Concepción murió a los treinta y cuatro años. A partir de entonces, los familiares de doña María de la Concepción tuvieron a su cargo la atención del pequeño huérfano.

Por esos tiempos había sucedido que en un lejano país llamado Francia se había producido una gran revolución. Los franceses declararon que todos los hombres nacían libres y cada uno tenía tantos derechos como todos los demás. Esto significaba que se iniciaba una era nueva en la humanidad; que el hecho de nacer rico o noble dejaba de ser un privilegio; y en el caso de los dueños de esclavos, significaba también que nadie tenía poder para comprar y vender hombres como si fueran bestias. El pueblo de Francia dio muerte a sus reyes, con lo cual demostró a otros pueblos que los reyes podían ser derribados y decapitados; así, la monarquía no era un sistema de gobierno sagrado establecido por Dios, como decían los partidarios de los reyes, sino una forma de gobierno que podía ser modificada por los pueblos. Todo esto conmovía a los países de América y era causa de muchos comentarios y de muchas discusiones en la tranquila ciudad de Caracas.

Mientras tanto, Simón crecía y se mostraba de carácter cada vez más difícil. Su abuelo materno y sus tías trataban de educarlo lo mejor posible; organizaron clases de matemática a las que asistían Simón y algunos niños de su edad; buscaron para éste maestros, que no pudieron llevarse bien con él. Al fin, el abuelo escogió entre sus escribientes a un joven de gran inteligencia, un mozo llamado también Simón —Simón Carreño—, activo y enérgico, y le entregó prácticamente el destino del niño.

El joven Carreño —que más tarde cambiaría su apellido por el de Rodríguez— prefería enseñar con la práctica y dar lecciones mientras él y su discípulo paseaban por sitios de belleza natural, que abundaban en los alrededores de Caracas. Hablaba de botánica y mostraba los árboles y las flores; hablaba de física —como se llamaba entonces el conocimiento de la naturaleza— y mostraba las nubes, que iban pasando llevadas por el viento; contaba la historia como si fuera una



Bolívar adolescente. Autor desconocido.

(Cortesía del Sr. Boulton)

novela y enseñaba al niño Simón lenguas, matemáticas, baile; le hacía montar a caballo, dormir al aire libre, comer poco, improvisar un discurso, nadar, hacer nudos. Simón vivió tres años en la casa de Rodríguez; hizo con su maestro vida de gran actividad intelectual y física y llegó a sentirse estrechamente unido a él. Para Bolívar, Rodríguez fue como un hermano mayor que había llegado a suplir en cierta medida la falta del padre muerto. Y esto le dio estabilidad a su carácter, que estaba entonces en formación.

Pero en el año 1797 el maestro tuvo que huir hacia el extranjero. La situación política de Venezuela —y especialmente de lo que en esa época se llamaba la provincia de Caracas— se había ido descomponiendo. Aquel disgusto de los mantuanos con el rey, del que hablamos ya, había estado aumentando con el tiempo; a la vez los esclavos comenzaban a advertir la injusticia de que eran víctimas. Había sucedido que en la colonia francesa de Haití los esclavos se habían rebelado contra sus amos, y de estos no quedó uno vivo. Las noticias de lo que pasaba en Haití llegaron a Coro; en esa región se decía que el rey de España había declarado libres a los esclavos de Venezuela, pero que los amos blancos no aceptaban esa disposición del rey. Los esclavos de Coro se sublevaron como habían hecho los de Haití, y dieron muerte a muchos blancos. Esto ocurría en 1795.

Además de la oposición al rey por parte de los mantuanos y de la oposición a los mantuanos de parte de los esclavos, había muchos comerciantes y gente de mediano poder económico que estaban trabajando para lograr la independencia de Venezuela. Entre esos, hubo un grupo de señores de La Guaira y Caracas que organizó una conspiración bajo la jefatura de dos comerciantes llamados don Manuel Gual y don José María España. Simón Rodríguez el maestro del joven Bolívar, formaba parte de esa conspiración, y cuando

ésta fue descubierta en 1797, Rodríguez tuvo que huir. Así, a los catorce años, Bolívar se hallaba más solo que nunca.

A los quince años y seis meses, el caballerito caraqueño embarcó hacia España, donde debía reunirse con los hermanos de su difunta madre. Cumplió los dieciséis años poco después de haber llegado a España, pues el viaje, como sucedía en esa época, fue largo. Pasó por La Habana y estuvo más de dos meses en México. En todas partes fue tratado conforme a su categoría, pues el joven Simón, de apellido ilustre y finos modales, tenía además una gran fortuna. Del padre, de la madre y de otros familiares había heredado bienes que equivaldrían hoy a varios millones.

Madrid, la capital de España —ciudad adonde fue a vivir Bolívar— no era grande, pero resultaba mucho más importante y poblada que Caracas. En Madrid vivía el rey de España, que gobernaba en toda la América española, en Filipinas, en partes de África, en parte de Italia; allí estaban los ministros del rey, los altos funcionarios, la nobleza. Había buenas bibliotecas y buenos profesores, y el joven Simón aprovechó el tiempo en estudiar lenguas, filosofía, política. Además, hizo un corto viaje a Francia y conoció París, que era en esa época la ciudad más importante del mundo. Por último, a los diecinueve años casó con una joven de familia mantuana criolla que había nacido en Madrid. La joven había sido bautizada con tantos nombres como Simón, porque ésa era la costumbre entre la gente de abolengo: se llamaba María Teresa Josefa Antonia Rodríguez del Toro, pero hoy se le conoce en la historia con el sencillo nombre de María Teresa.

Ese matrimonio del joven Simón Bolívar, a tan corta edad, era una consecuencia lejana de la muerte de sus padres cuando él era un niño. Necesitado de afectos, los buscó en un hogar antes del tiempo en que habitualmente se casan los hombres. María Teresa era un poco mayor que su marido.

Poco después de la boda, los esposos embarcaron hacia Venezuela. Bolívar debía echar de menos su Caracas, pequeña pero acogedora, con su clima delicioso, sus campos verdes en los que abundaban las flores y los pájaros, sus noches pobladas de cocuyos, los amigos de la infancia, los viejos esclavos que lo habían visto nacer y habían cuidado sus juegos infantiles. El matrimonio viajó a San Mateo; retornó a Caracas. Marido y mujer eran felices. Pero su unión duró poco, porque en enero de 1803, cuando no tenían todavía nueve meses de casados, la joven María Teresa murió en San Mateo de fiebre amarilla, un mal que abundaba entonces en América.

Antes de cumplir los veinte años, Simón Bolívar era ya viudo. Juró no casarse de nuevo y cumplió su juramento. Entristecido por la muerte de su joven mujer, Bolívar no quiso seguir viviendo en Caracas, donde todo le hacía recordar a la muerta. Retornó a España y a poco pasó a Francia. Por esos días, en vez de un rey, Francia tenía por gobernante a un joven general cuyo nombre resonaba por todo el mundo; se llamaba Napoleón Bonaparte y no procedía de la gran nobleza; era un verdadero genio político y militar, que con medidas audaces estaba cambiando la vida de Europa.

En Francia, Bolívar pasó por una temporada de crisis de alma. Se volvió holgazán, apático; perdía su tiempo y gastaba su fortuna en fiestas. Bolívar tenía una inteligencia brillante y además mucha energía nerviosa; cualquier joven de sus condiciones, que se encuentra sin tener en qué utilizar su inteligencia y sus energías, puede caer en ese estado. Por esa época, Bolívar no tenía todavía una vocación; no sabía qué hacer de su vida, hacia qué actividad dirigirla. Esa era la causa de su crisis de alma.

Pero sucedió que un día, estando en París, supo que su maestro de otros tiempos, el original Simón Rodríguez, se hallaba en Viena, capital de lo que entonces era el poderoso



Una lección de Andrés Bello a Bolívar. Óleo de Tito Salas. (Casa natal del Libertador, Caracas.)

(Cortesía del Ministerio de Educación. Centro Audiovisual)

imperio austro-húngaro. La sola noticia sacó a Bolívar de su apatía. Simón Rodríguez era para él como un hermano mayor, que comprendía sus inquietudes, le trataba con cariño y le estimulaba a realizar algo grande en la vida. Sin perder un día, Bolívar se dirigió a Viena; encontró a su antiguo maestro y lo llevó consigo a París.

Los dos caraqueños estaban en esa ciudad cuando Napoleón Bonaparte se coronó Emperador de Francia. Este hecho conmovió al mundo y tuvo grandes repercusiones en Venezuela, aunque entonces ninguno de los dos venezolanos de que estamos hablando llegó a sospecharlo. Esto sucedía en 1804, de manera que Simón Bolívar tenía entonces veintiún años. A esa edad se es todavía muy joven y se vive muy de prisa; casi no se da uno cuenta de sus propios actos. Simón Rodríguez le hablaba a su antiguo discípulo de ideas políticas; de lo que era la república, del papel que había jugado en la historia de la humanidad la revolución francesa. Para muchos republicanos, Napoleón había traicionado sus principios al coronarse emperador. Disgustados, Bolívar y Rodríguez no quisieron presenciar los actos de la coronación. Más aún: a raíz de la coronación decidieron alejarse de Francia, para no ser testigos del cambio que estaba produciéndose en el país; se fueron a pie, para estudiar mejor a Europa, según los métodos de Rodríguez, y se dirigieron a Italia.

Es casi seguro que Simón Rodríguez, enemigo del poder español en Venezuela y en América, contribuyó a afirmar los sentimientos antimonárquicos y republicanos del joven Bolívar. En poco tiempo, Simón Bolívar, que era apasionado por naturaleza, quedó convencido de que los americanos debían luchar para librarse del poder y para organizarse en repúblicas. Tanto llegó a odiar la monarquía, que a principios de 1805, hallándose con su maestro en Italia, hacía manifestaciones cada vez más atrevidas contra Napoleón, a quien

consideraba el destructor de la idea republicana, que por entonces comenzaba a tener partidarios en el mundo.

Los dos caraqueños llegaron a Roma en julio de 1805. Roma había sido en tiempos antiguos la capital del mundo, la ciudad más grande y más importante que se había visto en Occidente. Roma estaba llena de historia; allí había habido en lejanos tiempos monarquía, república, imperio; allí cada piedra tenía el recuerdo de un héroe, y aun en el aire que pasaba por entre los cipreses parecía haber lecciones de desprendimiento, de grandeza y de valor.

Fue ahí, de pie, en una de las siete pequeñas colinas que tiene la ciudad, donde el joven Simón Bolívar juró un día ante su maestro que dedicaría su vida a luchar por la independencia de su patria americana. Ése es el acto que se conoce en la historia como “el Juramento del Monte Sacro”.

Bolívar se separó de su maestro en Roma; después siguió viajando. Volvió a París y recorrió otros países de Europa; cruzó el Océano Atlántico por el Norte, hacia Estados Unidos. Supo que en 1806 don Francisco de Miranda había desembarcado con una expedición de guerra en Coro, para luchar contra el poder español, y que había fracasado. Al fin, en 1807, retornó a Caracas.

Tenía ya veinticuatro años, muchos conocimientos, recuerdos de una vida variada y llena de emociones. Era joven, viudo, rico, altamente querido en Caracas, entre sus numerosos amigos y sus familiares. Pero todavía, a pesar de su juramento en Roma, seguía, como todos en Venezuela y en América, siendo un simple súbdito de Su Majestad, el Rey de España.

III

INVASIÓN DE ESPAÑA POR LOS EJÉRCITOS DE NAPOLEÓN EN 1808. —AGITACIÓN POLÍTICA EN CARACAS Y CONFINAMIENTO DE BOLÍVAR EN SAN MATEO. —ESTABLECIMIENTO DE LA JUNTA GUBERNATIVA DE VENEZUELA EL 19 DE ABRIL DE 1810. —MISIÓN DIPLOMÁTICA DE BOLÍVAR EN INGLATERRA Y SU RETORNO AL PAÍS CON MIRANDA. —CONGRESO Y ESTABLECIMIENTO DE LA REPÚBLICA DE VENEZUELA EL 5 DE JULIO DE 1811. —SUBLEVACIÓN DE REALISTAS EN VALENCIA, INVASIÓN DE MONTEVERDE Y TERREMOTO DE 1812. —BOLÍVAR, JEFE MILITAR EN PUERTO CABELLO. —SU PRIMER FRACASO.

En 1808, ese Napoleón Bonaparte que se había coronado Emperador de los franceses invadió España e hizo preso a Su Majestad el Rey, que se llamaba Fernando VII. Ya hemos dicho que el rey español era la suprema autoridad en España y en las provincias españolas de América; de manera que cuando Napoleón lo privó de su libertad y lo envió a Francia como prisionero, Venezuela —que era una de las provincias españolas en América— se encontró de hecho sin gobierno. Eso sucedía también en España y en las restantes provincias americanas.

Napoleón designó a su hermano José Bonaparte rey de España, el pueblo español se sublevó contra el nuevo rey y se formó una junta que gobernaría mientras Fernando VII estuviera preso.

En Caracas, los mantuanos que formaban el Consejo Municipal de la ciudad quisieron formar una junta parecida a la de España, que se encargaría de gobernar en Venezuela hasta que Fernando VII quedara en libertad.

Cuando el gobernador español supo lo que pretendían hacer los mantuanos caraqueños, ordenó la prisión de la mayoría de ellos, y además la de muchas personas distinguidas de Ocumare, Puerto Cabello, Baruta y La Guaira. Los mantuanos más jóvenes comenzaron a conspirar contra el poder del gobernador, y en esa conspiración figuraba Simón Bolívar. Mientras tanto, la junta que gobernaba en España envió a Caracas un nuevo gobernador, llamado don Vicente Emparan. Este Emparan tuvo noticias de los pasos en que andaban Simón Bolívar y sus amigos; supo que se reunían en una casa que tenía Bolívar a orillas del Guaire, y le ordenó a Bolívar que se retirara a su hacienda de San Mateo y no saliera de allí.

Casi en estado de prisión, pues, vio Bolívar pasar el tiempo. Transcurrieron los meses; transcurrió todo el año de 1809 en inactividad forzosa. Llegaban nuevas de España, donde el pueblo combatía contra los franceses, y cada vez se hacía más tensa la situación en Venezuela. Los grandes señores dueños de haciendas y de esclavos se daban cuenta de que la guerra en que se hallaba comprometida dejaría a España tan débil que no podría seguir manteniendo su poder sobre América. Para el momento en que España se viera incapaz de gobernar en Venezuela, ellos, los mantuanos, podrían declarar la independencia y establecer una república. Querían gobernar su propio país y podían hacerlo, puesto que tenían prestigio, riquezas, ilustración.

La oportunidad que esperaban se acercaba rápidamente, y llegó por fin el día de Jueves Santo, 19 de abril, de 1810. Los poderosos mantuanos que formaban el Ayuntamiento de Caracas se reunieron ese memorable Jueves Santo en la Casa Consistorial y mandaron llamar al capitán general y gobernador, don Vicente Emparan. Los mantuanos jóvenes habían estado recorriendo los barrios de la ciudad desde muy temprano, y habían llevado frente al Ayuntamiento a mucha gente



Las bodas de Bolívar y Teresa del Toro. Óleo de Tito Salas.
Iglesia San José de Madrid (España), mayo de 1802.

del pueblo. Cuando llegó al salón donde se reunían los miembros del Ayuntamiento, y tras algunas discusiones con varios de ellos, Emparan comprendió que se le había tendido una trampa para quitarle el poder; entonces salió hacia la Catedral, donde iban a celebrarse los oficios religiosos del día. Pero uno de los jóvenes mantuanos le hizo volver al Ayuntamiento, donde los grandes señores le notificaron que ellos habían decidido formar una junta que sería la encargada de gobernar la provincia desde ese día.

De tal manera organizaron los mantuanos los hechos de ese 19 de abril, que llevaron con habilidad a Emparan a consultar al pueblo. Desde el balcón del Ayuntamiento, el gobernador preguntó a la gente que se hallaba en la plaza si deseaban tenerlo como suprema autoridad de la provincia. Advertido por algunos mantuanos, el pueblo gritó que no le quería. Emparan renunció, y desde ese momento los venezolanos comenzaron a gobernarse por sí mismos, si bien como todavía no se sentían suficientemente fuertes, declararon que gobernarían a nombre del rey Fernando VII, mientras éste fuera prisionero de Napoleón.

Casi inmediatamente después que se formó la Junta Gubernativa de Caracas, Simón Bolívar fue enviado a Inglaterra, con rango de coronel, para negociar con el gobierno inglés acuerdos en favor de Venezuela. Como secretario de la misión fue nombrado el poeta y profesor de latín y gramática, don Andrés Bello. Al mismo tiempo, el hermano mayor de Simón, Juan Vicente de Bolívar, resultó nombrado agente de la Junta en Estados Unidos. Los dos hermanos no se verían más, pues en su viaje de retorno, en 1811, Juan Vicente naufragó cerca de Bermuda, y desapareció en el mar.

En Londres, la capital de Inglaterra, Bolívar conoció al viejo conspirador contra el poder de España, don Francisco de Miranda, el fracasado invasor de cuatro años antes. Los



Firma de Acta de Independencia. Óleo de Martín Tovar y Tovar.

(Cortesía del Ministerio de Educación. Centro Audiovisual)

enviados de la Junta no tuvieron buen éxito en Inglaterra. Bolívar decidió volver a Caracas a fines de ese mismo año de 1810, y convenció a Miranda de que le acompañara. Miranda salió un poco después que su joven amigo. Andrés Bello, en cambio, se quedó en Londres, donde iba a vivir por mucho tiempo.

Una vez en Caracas Miranda y Bolívar, junto con otros amigos, fundaron la Sociedad Patriótica, que es el primer ensayo de partido político conocido en Venezuela. A las reuniones de la Sociedad patriótica comenzó a ir gente de toda clase: comerciantes, mujeres, jóvenes mantuanos, pardos y negros libres. En esas reuniones, Miranda y Bolívar pronunciaban discursos pidiendo que se declarara a Venezuela independiente de España. Esas opiniones fueron difundándose; se formaron otras sociedades parecidas a la Patriótica, y en pocos meses abundaban en Caracas gentes que pedían la independencia venezolana.

Al fin, la Junta convocó a elecciones para la formación de un Congreso en que estarían representadas todas las partes de la provincia que habían aceptado el gobierno de la Junta; a ese Congreso le tocaría decidir si Venezuela iba a seguir siendo colonia española o si debía convertirse en república independiente.

El Congreso quedó establecido el 2 de marzo de 1811. Se reunió en una casa privada de Caracas, ya que no había edificio público adecuado para él. Estaba compuesto por cuarenticinco delegados que representaban distintos lugares. Simón Bolívar no se hallaba entre esos cuarenticinco. En el célebre cuadro del pintor Martín Tovar y Tovar donde se ve a los delegados firmando el Acta de Independencia no figura Bolívar, pues él no la firmó debido a que no formaba parte del Congreso.

Esa Acta lleva la fecha del 5 de julio de 1811, día en que el Congreso declaró que Venezuela era un país independiente de España y que se organizaría como república federal. Para

celebrar la declaración, las campanas de todas las iglesias de Caracas tocaron a júbilo y el pueblo se echó a la calle a festejar el acontecimiento. Nueve días después, el 14 de julio, se publicó el bando, nombre que se daba entonces al acuerdo de la suprema autoridad, en que se declaraba la independencia del país; y su publicación se hizo a la moda de la época: en las esquinas más importantes de la ciudad, tras toques reglamentarios de corneta y de tambor, un oficial a caballo leía el acuerdo del Congreso. Ese día, junto al oficial lector iban los hijos de don José María España, colgado, descuartizado y frito en aceite el año de 1800 por haber sido uno de los jefes de la conspiración de 1797, los hijos del mártir llevaban la bandera amarilla, azul y roja que había enarbolado Miranda en Coro cinco años antes. Fue esa la primera vez que los caraqueños vieron pasear por las calles de la capital venezolana la bandera que es hoy símbolo de su patria.

Venezuela era libre en julio de 1811. Pero sucedía que no todos los habitantes del país aceptaban lo que se había hecho. Desde algunos meses antes de la proclamación de la independencia, partidarios del rey habían provocado desórdenes en Maturín, en La Guayana, en Los Teques. Ni Coro ni Maracaibo habían aceptado a la Junta Gubernativa como gobierno del país; mucho menos iban a aceptar la independencia nacional. Inmediatamente después del 5 de julio, se produjo una importante sublevación realista en Valencia. Para combatirla, el Congreso designó a Miranda generalísimo de las fuerzas republicanas. Miranda venció a los rebeldes en Mariara, pero el movimiento costó cientos de muertos y de heridos.

La república estaba naciendo entre luchas y sangre. Eso se debía a una razón: Venezuela no tenía ciudadanos. La gran mayoría de la población no sabía leer ni escribir; no había visto en su vida un libro, ni había sido enseñada a respetar las opiniones y los derechos de los demás. Las condiciones económicas

eran malas para casi todos los venezolanos. Los millares y millares de esclavos creían que al asumir la autoridad gubernamental, los mantuanos los esclavizarían más aún; y por eso se rebelaban contra la república, cuyos cargos más importantes estaban en manos de mantuanos. Los pequeños comerciantes, los blancos no aristócratas, “de orilla”, como se decía entonces, creían también que los grandes señores iban a usar el poder de la república para perjudicarlos.

En 1811, Venezuela era una república sin ciudadanos, porque no es ciudadano el que ignora cuáles son sus deberes y cuáles sus derechos. Sólo el ciudadano sabe cumplir los primeros y reclamar los segundos con serenidad. El que no tiene esas buenas costumbres ciudadanas, acude a la violencia con cualquier pretexto, y con un arma en la mano pretende imponerse sobre la sociedad. No puede haber paz donde no hay conciencia cívica y no hay conciencia cívica donde no hay cultura. Con una gran mayoría de hombres incultos, Venezuela estaba expuesta, al nacer, a ser víctima de la violencia.

Con motivo de la agitación sobrevino la inseguridad: la gente abandonaba los trabajos, el comercio apenas funcionaba; la situación económica se hacía cada vez más difícil. Los españoles aprovecharon esas circunstancias, y en marzo de 1812 desembarcó en Coro una pequeña columna enviada desde Puerto Rico por las autoridades españolas de esa isla. Al mando del capitán de fragata de la marina española, Domingo Monteverde, la columna avanzó tierra adentro; tomó a Carora y empezó a hacerse fuerte. Al saber el avance de Monteverde, los partidarios del rey en algunas poblaciones de Venezuela comenzaron a sublevarse contra la república.

El Jueves Santo de ese año de 1812, un terremoto de grandes proporciones destruyó varias ciudades importantes del país, entre ellas Caracas, San Felipe, Barquisimeto, el Tocuyo, Mérida. Como un Jueves Santo, dos años antes, había sido

establecida la Junta Gubernativa que quitó el poder a Emparan, la gente ignorante creyó que ese terremoto era un castigo de Dios. Los poderes divinos, pensaban algunos —y lo decían en voz alta— estaban castigando a los caraqueños por haber desconocido la autoridad del rey de España. Bolívar, que se hallaba ese día en Caracas, habló al pueblo para explicarle que el terremoto era un fenómeno físico, no el resultado de los sucesos políticos de Venezuela; y se recuerda la frase con que terminó sus palabras: “Si la naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca”.

Gran parte del pueblo, sin embargo, siguió creyendo lo primero, y esa creencia favorecía a los realistas. Monteverde tomó las ruinas de Barquisimeto, entró en San Carlos; importantes núcleos de fuerzas republicanas se pasaban a sus filas. A fines de abril, el Congreso nombró a Miranda generalísimo de los ejércitos republicanos, nueva vez; pero antes de que Miranda pudiera organizar sus tropas, Monteverde avanzó y tomó Valencia. Esto quiere decir que la mayoría de las ciudades importantes del país en aquella época habían caído en poder del enemigo. La república dominaba en Caracas y en Oriente; en la costa, su único punto fuerte era Puerto Cabello.

Miranda nombró jefe de Puerto Cabello a Simón Bolívar. El joven aristócrata, que tenía el grado de coronel desde su viaje a Inglaterra, pasó a ocupar su puesto sin que tuviera experiencia militar, a pesar del grado. Cuando una nación está naciendo, como lo estaba entonces Venezuela, tiene que improvisar sus jefes, y Bolívar era uno de ellos.

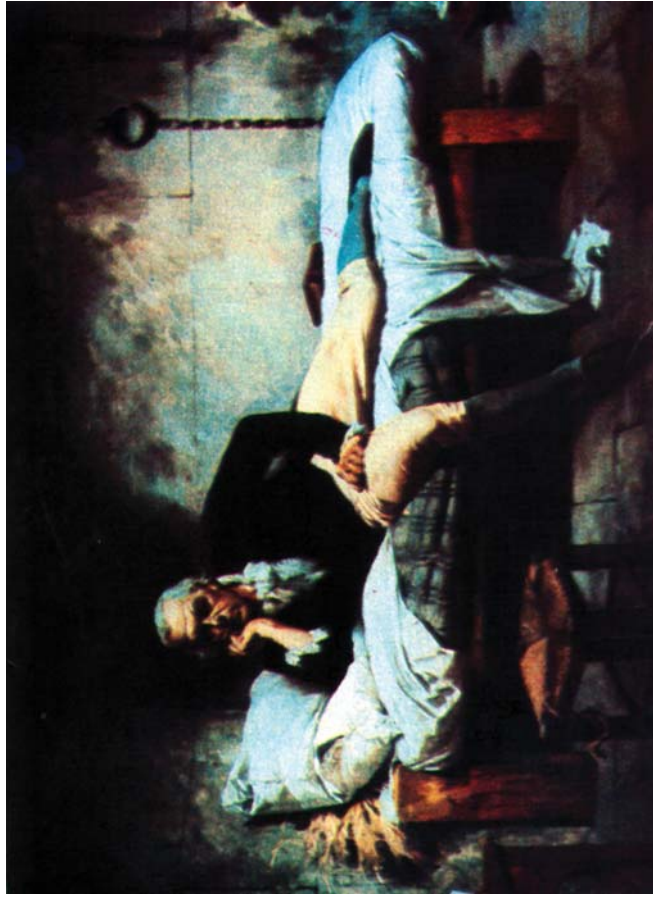
La situación resultaba muy difícil porque esa guerra de 1812 no consistía simplemente en combatir a los españoles. Había millares de venezolanos entre los enemigos, más aun que españoles; de manera que aquélla, además de una guerra patriótica, era una guerra civil, en la que tomaban parte hermanos de la misma tierra.

La participación de tantos venezolanos en favor de los españoles favorecería a Monteverde, puesto que hallaba en la población del país ayuda, comida y soldados. Por eso Monteverde iba de triunfo en triunfo. Miranda tuvo que retirarse a La Victoria.

En ese momento, al terminar el mes de junio de 1812, los prisioneros militares y políticos del Castillo de San Felipe, en Puerto Cabello, combinados con un oficial venezolano de la guarnición, se sublevaron contra Bolívar y comenzaron a cañonear la ciudad. Bolívar pidió urgentemente a Miranda que enviara una columna para ayudarle; pero su petición llegó muy tarde, y Miranda, convencido de que con las armas que había en Puerto Cabello podría Monteverde destruir las fuerzas republicanas, y convencido de que la sublevación iba propagándose por otras regiones del país, decidió solicitar un armisticio para poner fin a la guerra.

Así, en julio de 1812 —al año de haber nacido— la república moría en medio de grandes convulsiones, y el joven Simón Bolívar iniciaba su vida militar con un fracaso que había sido mortal para su patria.

Ese fracaso de Bolívar es una lección histórica. Pues a menudo sucede que los que conquistan la gloria comienzan fracasando, y si no tienen valor para olvidar la desgracia y luchar hasta conquistar la victoria, no llegan a lograr lo que se proponen. En la vida de la humanidad han sido frecuentes los casos de grandes hombres que iniciaron su gloriosa carrera con un fracaso doloroso. Uno de esos hombres fue Simón Bolívar.



Miranda en su prisión de La Carraca, Cádiz (España). Donde murió el 14 de julio de 1816. Óleo Arturo Michelena.

IV

PRISIÓN DE MIRANDA. —SALIDA DE BOLÍVAR, EN AGOSTO DE 1812, HACIA CURAZAO. —BOLÍVAR EN CARTAGENA. —EL DESTACAMENTO DE BARRANCA. —PRIMEROS TRIUNFOS MILITARES DE BOLÍVAR: TOMA DE TENERIFE, MOMPOX, OCAÑA Y CÚCUTA. —TOMA DE MÉRIDA EL 23 DE MAYO DE 1813. —DECLARACIÓN DE LA “GUERRA A MUERTE”.

En el acuerdo de capitulación que habían firmado en Valencia los delegados de Miranda, Monteverde se comprometía a garantizar la vida, la libertad y los bienes de los republicanos. Pero no cumplió ninguno de sus compromisos. Tan pronto entró en Caracas, comenzaron las prisiones de los vencidos.

Un grupo de jóvenes mantuanos empezó a acusar a Miranda de traidor.

Siempre ha sucedido que en las horas de la derrota y de la confusión, o en los momentos de crisis, se busca a un culpable sobre quien descargar la cólera que producen los grandes fracasos; además, los jóvenes, que habitualmente tienen ideas radicales, pretenden echar en los mayores la responsabilidad de los desastres. Esto parece ser una condición de la naturaleza humana.

Bolívar era joven e impulsivo; él había tenido fe en Miranda y cuando le vio entregarse sin combatir se sintió defraudado. De ahí a creer lo que se decía del viejo luchador, sólo había un paso.

Bolívar y algunos amigos suyos llevaron su indignación contra Miranda a un extremo feo: lo hicieron preso. La Guaira cayó inmediatamente en manos de Monteverde, y con las plaza cayó el anciano luchador. Miranda no volvió a ser libre. Años después murió en un castillo español, y ni siquiera se sabe dónde están sus restos.

Hoy, la historia le reconoce sus grandes servicios a Venezuela y a América. No fue traidor, sino un gran hombre infortunado.

Bolívar no tuvo responsabilidad en la entrega de Miranda a Monteverde, pero sí en su prisión, y ése fue un acto descabellado e injusto. Pero tanto y tan extraordinario resultó ser lo que hizo Bolívar por su patria y por la libertad de América después de la prisión de Miranda, que esa injusticia, producto de una ofuscación momentánea, le ha sido perdonada por la historia.

Ningún hombre es perfecto, y un error no es una infamia si quien lo comete no busca al ejecutarlo beneficios personales.

Bolívar fue injusto con Miranda, pero al prender al anciano general no trataba de obtener beneficios.

En esos momentos todo era confusión y sufrimiento en Caracas. En los pueblos del interior, bandas realistas daban muerte y torturaban a centenares de republicanos. Había comenzado una violenta guerra civil y social que iba a durar mucho tiempo en Venezuela y que iba a costar la vida a más de cien mil personas.

A fines de agosto de ese año de 1812, Bolívar logró salir hacia Curazao, la pequeña isla que está frente a la costa venezolana. Al llegar allí a principios de septiembre le fueron confiscados todos los bienes que llevaba. Pero se las arregló con algunos conocidos y pudo salir para Cartagena, ciudad que se halla en la costa del Caribe, al oeste de la desembocadura del río Magdalena, en tierras de la que hoy se llama República de Colombia, y en aquellos días se llamaba Nueva Granada.

Nueva Granada también se había declarado independiente de España, y todavía con los realistas españoles dentro de sus fronteras, los neogranadinos se habían dividido en federalistas y centralistas. Eran federalistas los partidarios de la federación, lo que significaba que cada provincia del país se gobernaba por sí misma en muchos aspectos y en otros aspectos todas tenían un gobierno común. Así era como se había organizado la República de Venezuela que fue destruida por el ataque de Monteverde. Bolívar no era federalista, porque entendía que la federación hacía débil al gobierno, y el gobierno debía tener fuerzas para luchar contra sus enemigos, que en ese caso resultaban ser los partidarios de la monarquía española. Bolívar, pues, era centralista.

Los realistas de Nueva Granada aprovechaban la división de los neogranadinos para atacarlos en todas partes. Algunos grupos realistas ocupaban posiciones en ciudades y villas de las orillas del Magdalena, al pie de los Andes, lo que les permitía tener contacto con las fuerzas realistas que gobernaban en Venezuela.

Los centralistas neogranadinos gobernaban en Bogotá; los federalistas, en Tunja. Cartagena era una ciudad federalista; y aunque Bolívar se proclamaba centralista, se fue a Cartagena y escribió una explicación de lo que había pasado en Venezuela, documento que después se hizo célebre bajo el nombre de Manifiesto de Cartagena. El joven caraqueño logró que le dieran el mando de una fuerza de setenta hombres acuartelada en un villorrio llamado Barranca, a la orilla del Magdalena. Setenta soldados no son nada en una guerra, pero Bolívar pensó que ellos le servirían para empezar su obra. ¿Cuál era esa obra? Por el momento, nada menos que echar de Venezuela a Monteverde, destruir a todos los realistas del país y proclamar de nuevo la República.

En Barranca comenzó verdaderamente la vida militar de Simón Bolívar. Él, que era por naturaleza impulsivo, pero que también era soñador, había tenido muchas épocas de apatía y desinterés; sin embargo, a partir del momento en que fue traicionado en Puerto Cabello, comenzó a producirse en su alma una concentración de voluntad y energía que tomó forma definitiva desde que logró el mando militar de Barranca. Parece que se había propuesto demostrar que el fracaso de Puerto Cabello no había sido por su culpa. Por lo que hizo toda la vida después de haber sido encargado de la jefatura de Barranca, se ve que decidió emplear el carácter, la inteligencia y la atención de su voluntad en ser libertador de su país.

Antes que nada, el coronel Bolívar se dedicó a convertir esos setenta hombres —entre los que había algunos venezolanos— en una fuerza organizada y disciplinada. Lo consiguió pronto, y en poco tiempo pudo atacar lugares que se encontraban río arriba. En el mes diciembre de ese año de 1812 contaba ya con doscientos soldados y oficiales. Atacó y tomó la plaza realista de Tenerife, y a seguidas entró en Mompox, cuyos habitantes le recibieron con los brazos abiertos y le dieron toda clase de ayuda. Unos días más tarde tomó Ocaña, ciudad de los Andes. En esa rápida campaña capturó gran cantidad de fusiles, municiones, pólvora; tomó varias embarcaciones de río y aumentó sus efectivos en hombres.

Todavía hay mucha gente que no se explica cómo Simón Bolívar, que siete meses atrás había fracasado en Puerto Cabello, pudo convertirse de pronto en un militar afortunado, siempre victorioso. Pero hay una explicación. Un hombre inteligente, activo, apasionado como era él, se dedicó día y noche a pensar y sentir como militar; a tomar en cuenta los detalles de la guerra, a ocuparse personalmente en que todo se hiciera como

debía hacerse y en el momento en que debía hacerse. El arte de la guerra, como toda actividad humana, requiere dedicación; quien se dedica a él puede llegar a dominarlo.

Bolívar se cuidaba de que los hombres estuvieran sanos y bien alimentados, los caballos herrados, las embarcaciones listas, las armas limpias y a mano para ser usadas, la pólvora seca, las lanzas afiladas; interrogaba él mismo a los espías y a los prisioneros enemigos; hablaba con los que podían darle datos útiles; escribía cartas pidiendo refuerzos o notificando sus avances y victorias o invitando a alguien a que se le uniera. En pocas palabras, se dedicó en cuerpo y alma a la tarea de hacer la guerra para obtener la libertad de su país, como un estudiante se dedica a sus libros para lograr buenas notas o un médico a sus enfermos para curarlos. Ese es el secreto de la rápida transformación de Bolívar en un general afortunado.

El día primero de enero de 1813, un grupo de venezolanos, al mando del general Santiago Mariño, tomó Güiría, en el extremo Este de Venezuela. Monteverde tenía que hacerle frente a esa fuerza enemiga que lo amenazaba por el Oriente. Bolívar tardaría por lo menos meses en conocer lo que pasaba en la otra región de su país. Mariño y sus hombres atacaron varias plazas de la región oriental. La guerra entre republicanos y realistas había comenzado otra vez.

Pensando entrar en Venezuela, Bolívar, reforzado con hombres y oficiales, entre los cuales se hallaba su tío político José Félix Ribas, atacó y tomó Cúcuta. Ya estaba a corta distancia de la frontera de Venezuela. Había resuelto avanzar hacia el Táchira, Mérida y Trujillo, pero no pudo hacerlo porque las autoridades de Cartagena, en cuyo nombre comandaba su pequeño ejército, no lo autorizaron a cruzar la frontera. Durante más de dos meses luchó por obtener el permiso para seguir hacia el Este.

Ese fue un momento decisivo en la vida de Simón Bolívar y en la historia de Venezuela y de América. Dos jefes que había designado el gobierno de Nueva Granada para que acompañaran a Bolívar y limitaran su autoridad, se negaron a seguir con él y se llevaron parte de las fuerzas. Bolívar, que había sido ascendido a brigadier por la toma de Cúcuta, no se amilanó. Cuatro oficiales quedaron a su lado; de ellos, tres morirían a manos de los españoles y el otro vería la libertad de Venezuela y acompañaría a Bolívar en toda su larga carrera de victorias. Fueron Ribas, Girardot, Ricaurte y Urdaneta. Todos tienen hoy estatuas en Venezuela. Con la ayuda de esos oficiales, y de los que les secundaban, Bolívar iba a hacer en breve la sorprendente hazaña militar de llegar vencedor a Caracas sin sufrir una derrota.

Tras muchas gestiones, se obtuvo el permiso para avanzar y Bolívar penetró inmediatamente en Venezuela. Tomó Mérida el 23 de mayo de ese año de 1813, reforzó sus tropas con voluntarios, nombró nuevas autoridades civiles y militares, y cuando se sintió seguro de su retaguardia lanzó sobre Trujillo la columna de Girardot. Girardot ocupó Trujillo el día 10 de junio, y Bolívar llegó a esa ciudad el día 14.

Bolívar iba a cumplir treinta años el día 24 del mes siguiente. Había nacido rico, había viajado por Europa y América; había vivido espléndidamente en Madrid, en París, en Roma; y ahora se hallaba al frente de un pequeño ejército, luchando por la libertad de su patria, durmiendo en hamacas si no había cama, comiendo bajo los árboles si no tenía mesa, bañándose en los ríos si no estaba en una ciudad, pasando las noches en los campamentos, vigilando la guardia, él, que había charlado y danzado en los grandes salones de las capitales europeas.

Fue en Trujillo, la ciudad andina, donde Bolívar lanzó el 15 de junio de 1813 su célebre proclama de la guerra a muerte. La guerra a muerte, que tenía lugar en el país hacía algún tiempo,

MAPA 2
MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR
ENTRE EL 17 DE AGOSTO DE 1813 Y FINES DE DICIEMBRE
DEL MISMO AÑO

Por la línea blanca, de Caracas a Valencia, vía La Victoria y Maracay, y de Valencia a Puerto Cabello, vía El Palito; retorno por el mismo camino a Caracas para llevar los restos de Girardot. En este viaje recibió el título de Libertador. De Caracas, por la línea amarilla, hasta Barquisimeto, vía Valencia, San Carlos y Cabudare, y retorno a Valencia por la misma vía; de Valencia a Vigirima; de Vigirima —línea verde—, pasando por Valencia y San Carlos, hasta Araure, donde dio la batalla de ese nombre; desde Araure, siguiendo la línea negra, a Valencia, a Puerto Cabello y retorno a Valencia; de Valencia a La Victoria; de ahí a Villa de Cura y viaje a Caracas, vía La Victoria.

(No se reproduzca este mapa ni sus textos, en todo o en parte, sin autorización escrita del autor del libro.)

pero que no había sido declarada legal por los republicanos, quería decir que todo español que no luchara en favor de Venezuela sería pasado por las armas; que en cambio todo español que quisiera unirse a los venezolanos en la lucha por la libertad, sería tratado como hermano. La proclama advertía que los venezolanos que estaban en los ejércitos realistas serían perdonados.

¿Por qué proclamó Bolívar la guerra a muerte?

Porque él sabía que en Venezuela había una guerra civil en la que participaban en ambos bandos españoles y venezolanos revueltos. No era la guerra de los venezolanos contra los españoles, sino la de republicanos contra realistas; y había republicanos venezolanos y españoles, como había realistas venezolanos y españoles.

Bolívar quiso convertir esa guerra civil en una guerra de independencia; quiso trazar una línea divisoria bien clara entre españoles y venezolanos. A su juicio, ningún venezolano debía ser realista, ya que combatir a favor del rey equivalía a combatir contra Venezuela; pero si era realista, debía perdonársele como un error, a fin de que recapacitara y se sintiera patriota. Eso era lo que perseguía la labor de Bolívar: hacer de cada venezolano un patriota. Por otra parte, se les perdonaría la vida a los españoles que combatieran a favor de Venezuela, y como había muchos que habían aprendido a amar el país al cabo de largos años de vivir en él, fueron numerosos los españoles que lucharon al lado de los patriotas y algunos llegaron a ser verdaderos héroes de la República.

La guerra es cruel; sus resultados son la muerte, el hambre, la destrucción. Pero a veces la guerra es necesaria y justa, como cuando se hace en defensa del propio suelo, la propia libertad, los principios de dignidad del ser humano. Casi nunca se

logra de los que esclavizan a los pueblos que reconozcan los derechos de sus víctimas, y entonces hay que tomar el arma y lanzarse a la lucha para hacer valer esos derechos.

La guerra que estaban llevando a cabo Bolívar y sus tropas era justa porque era una guerra de independencia; y como la guerra es siempre dura, derrama siempre sangre, causa siempre sufrimientos, no era un acto criminal establecer cuándo se podía dar muerte al enemigo y cuándo se le debía perdonar. Al contrario, esa era una manera de darle legalidad a la contienda. Algunos historiadores han criticado la proclama de la guerra a muerte, pero no toman en cuenta que desde un año antes, es decir, desde que en agosto de 1812 había caído Caracas en poder de Monteverde, en Venezuela había una verdadera guerra a muerte, en la que los enemigos se mataban sin piedad; venezolanos realistas asesinaban a venezolanos y españoles republicanos, españoles realistas degollaban a españoles y venezolanos republicanos. La proclama de Bolívar no aumentaba la confusión sangrienta del país; al contrario, la aclaraba, y contribuía a crear entre los que se batían el concepto de que la guerra tenía un propósito: el de establecer una patria libre.

La célebre proclama de guerra a muerte terminaba con estas palabras: “Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables”.

Este último párrafo tenía la intención de hacer saber al mundo que así como hasta entonces la monarquía española había tenido tradicionalmente el poder de condenar a muerte a sus enemigos, a partir de ese momento la república de Venezuela lo tenía también. Por tanto, la república era tan poderosa como la monarquía.

Obsérvese que aunque nosotros decimos Venezuela, Bolívar decía América, y a los venezolanos los llamaba americanos. Para él no había diferencias entre los habitantes del Continente: todos eran hermanos y todos tenían ante sí el mismo destino: luchar por la libertad para convertirse en ciudadanos de un nuevo mundo libre.

V

LA “CAMPAÑA ADMIRABLE”. —DE TRUJILLO A CARACAS EN SIETE SEMANAS. —RUTA DEL EJÉRCITO LIBERTADOR. —CONDICIONES MILITARES DE BOLÍVAR. —RETRATO DE BOLÍVAR A LOS TREINTA AÑOS.

Si se toma un mapa de Venezuela y se tira una línea de Barinas a Caracas, otra de Caracas a Maracaibo y otra de Maracaibo a Barinas, se habrá formado un triángulo que encierra sobre todo una gran porción montañosa. En ese triángulo vive la mayor parte de población de Venezuela; y en la época de la guerra a muerte, en él se hallaban las únicas reservas militares que Monteverde podía oponer a Bolívar. Las restantes fuerzas realistas se encontraban en Oriente, haciendo frente a Mariño, Bermúdez y Piar, que habían atacado por Güiría el día de Año Nuevo de ese año de 1813. Fuera del triángulo sólo había una guarnición realista digna de ser tomada en cuenta: la de Coro; y esas fuerzas de Coro no participaron en la campaña para detener el avance de Bolívar.

Situado en Trujillo, con la vista puesta en el Este, Bolívar dispuso sus efectivos en forma inteligente: dejó a su espalda —que en términos militares se llama retaguardia— a José Félix Ribas con un número de soldados suficiente para vigilar a los realistas de Maracaibo, que podían cruzar el lago para atacar a Bolívar, y a los de Barinas, que podían hacerse fuertes en plena Cordillera. Los realistas de Maracaibo no

hostilizaron a Bolívar, porque antes de salir de Trujillo el joven general había despachado a Girardot con una columna hacia el norte, y el brillante oficial había destruido una concentración enemiga en Carache; y los de Barinas no pudieron cerrar el paso de Bolívar cuando iba de Boconó a Guanare, porque Ribas derrotó en Niquitao las fuerzas encargadas de esa misión.

El punto fuerte de los españoles en los Llanos de Occidente estaba en el vértice sur del triángulo que hemos descrito, lo que quiere decir que era Barinas. Ahí tenían los realistas más de dos mil hombres y artillería al mando de Tíscar. Bolívar pasó de Boconó a Guanare, donde podía cerrarles el paso a los realistas de Barinas que pudieran moverse en dirección de San Carlos, y de Guanare se dirigió a Barinas. La ciudad fue abandonada por los realistas, asustados por la victoria de Ribas en Niquitao y convencidos de que iban a ser atacados a un tiempo desde el Norte y desde el Este, por Ribas y por Bolívar.

Bolívar organizó inmediatamente la persecución de los enemigos, reforzó sus tropas con hombres, caballos y cañones, y sin perder tiempo se dirigió hacia Araure, pasando por Guanare y Ospino, mientras Ribas avanzaba derecho hacia Barquisimeto, por la vía de Biscucuy, Tocuyo y Quibor. Entre este último punto y Barquisimeto, Ribas derrotó una importante fuerza realista en el lugar llamado Los Horcones, y ese mismo día tomó Barquisimeto.

El día que cumplía treinta años —24 de julio de 1813— Bolívar entró en Araure, donde concentró y reorganizó su ejército; después avanzó hacia San Carlos.

Monteverde no había querido reconocer el peligro que había en los movimientos de Bolívar y hasta principios de junio creyó que la mayor amenaza le llegaba de Oriente, donde Mariño, Piar y Bermúdez habían tomado plazas importantes,



Bolívar en los días de Guerra a Muerte.

(Cortesía de don Alfredo Boulton, *Los retratos de Bolívar*)

como la de Maturín, por ejemplo, que el propio Monteverde quiso reconquistar sin lograrlo. Pero, al fin, se dio cuenta de que Bolívar avanzaba en forma arrolladora y estableció su cuartel general en Valencia, con el objeto de reunir allí fuerzas que pudieran detener a ese impetuoso general que había bajado de la Cordillera.

Bolívar, cuyas características militares eran la acometividad y la rapidez, según estaba demostrándolo en esa campaña, sabía que por su flanco izquierdo estaba protegido por las fuerzas de Ribas y que por su flanco derecho —esto es, del lado de los Llanos— no había ejércitos realistas que lo amenazaran. Seguro de sí, el joven general se preparó a atacar la fuerza realista que Monteverde había despachado desde Valencia hacia San Carlos. La batalla tuvo lugar el 31 de julio en las sabanas colindantes de Pegones y Taguanes, y se conoce con el nombre de la última debido a que fue ahí donde se llevó a cabo la parte más dura y más larga de la lucha. Derrotado el enemigo, Bolívar avanzó hacia Valencia, ciudad que le vio entrar vencedor el 2 de agosto. Recuérdese que era el año de 1813.

Monteverde no tuvo tiempo de preparar defensas en Valencia y se retiró a Puerto Cabello. Puerto Cabello era una plaza militar con magníficas defensas, donde Monteverde podía resistir un sitio y esperar refuerzos de Puerto Rico, de Cuba, de Coro o de Maracaibo. Estas dos ciudades venezolanas seguían siendo realistas. Bolívar, entre tanto, dejó a Girardot en Valencia y siguió a La Victoria.

Si se observa el triángulo de que hablamos al comenzar este capítulo, se verá que Bolívar siguió en la campaña, desde que llegó a Barinas, la línea sur de ese triángulo, es decir, la de Barinas-Caracas, y que prácticamente la siguió durante toda su marcha. Siguiendo esa línea pudo marchar más de prisa, y por eso no le dio tiempo a Monteverde para organizar fuerzas que pudieran oponérsele.

Monteverde pudo haber trasladado sus tropas por mar de Puerto Cabello a La Guaira, pero tal vez temió que los ejércitos patriotas de Oriente hubieran avanzado por la costa en dirección a Caracas. Por la razón que fuera, el jefe español no salió de Puerto Cabello. Entre tanto, las fuerzas de Caracas se disolvieron, prácticamente, al conocer el avance de Bolívar, y las autoridades que Monteverde había dejado en la capital encargadas del gobierno mientras él se hallaba en campaña, se alarmaron tanto, que cuando supieron que Bolívar estaba en La Victoria le enviaron una delegación para acordar los términos de la capitulación, o lo que es lo mismo, de la rendición y entrega de Caracas.

Bolívar hizo su entrada triunfal en Caracas el día 7 de agosto de 1813. Hacía un año, un mes y siete días que había fracasado en Puerto Cabello, donde ahora se hallaba refugiado Monteverde; hacía un año que había salido hacia Curazao; hacía ocho meses que había tomado el mando de setenta hombres en un villorrio llamado Barranca, en la orilla del Magdalena, al otro lado de los Andes. Por último, hacía quince días que había cumplido treinta años de edad y era ya el más brillante militar de América. En sólo siete semanas había recorrido victoriosamente la distancia que separaba Trujillo de Caracas, y de no haber mediado los obstáculos que lo detuvieron en Cúcuta, en cinco meses hubiera ido desde Barranca hasta Caracas.

Algunos historiadores llaman Campaña Admirable a la marcha de Trujillo a Caracas; otros llaman así a la de Barranca hasta la capital venezolana; otros la llaman la Campaña de las Mil Millas. Sea a partir de Barranca o a partir de Trujillo, merece el nombre de Admirable, debido a su excelente planeamiento y realización, a la precisión de cada movimiento, a las pocas bajas que tuvo el ejército libertador y a su cualidad de acción fulminante.

¿Cómo fue posible que un hombre sin experiencia militar llevara a cabo la Campaña Admirable?

A esta pregunta hay que responder con varias explicaciones. Fue posible antes que nada porque tanto el jefe libertador como sus oficiales y soldados estaban decididos a lograr la victoria y no cometieron errores que perjudicaran ese propósito. En todos los tiempos, las guerras las han ganado los que las hacen con inteligencia. El valor por sí sólo sirve para matar y morir, no para dirigir y triunfar. Fue posible, además, porque el ejército de Bolívar no tuvo de su parte la antipatía de la población; si hubiera actuado contra los intereses del pueblo, no hubiera podido conservar su unidad y su espíritu de lucha. Si el pueblo no le ayudó en todas las ocasiones, por lo menos no lo hostilizó. Y en último término, fue posible debido a la rapidez en la acción, una característica de la personalidad del jefe de esa fuerza. Su rapidez desconcertó al enemigo y no le dio tiempo para organizar la contraofensiva.

En cierta medida, un ejército es la obra de sus jefes. El ejército de la Campaña Admirable estaba muy influido por Bolívar; tenía como éste pasión de lucha, agresividad bien dirigida, velocidad en el ataque, ímpetu en los movimientos; tenía un objetivo claro, decisión y arrojo. Su propósito era libertar a Venezuela sin perder una hora. Y lo logró.

Bolívar había encontrado en la lucha por la libertad la razón de ser de su vida; y dedicó a esa lucha todas las fuerzas de su alma. A partir del momento en que se descubrió a sí mismo dotado para la acción libertadora, no descansó más. Estaba seguro de que el hombre no puede cumplir su destino en la sociedad si no convierte sus ideas y sus deseos en hechos, porque sólo los hechos tienen verdadero valor en la vida social. Para un pintor, los hechos son los cuadros terminados, no los que imagina y no realiza; para un deportista, las competencias en que participa, no las que inventa en su habitación.



MAPA 3
MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR

ENTRE ENERO DE 1814 Y EL 15 DE JUNIO DEL MISMO AÑO.

(Texto al dorso).

MAPA 3
MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR

ENTRE ENERO DE 1814 Y EL 15 DE JUNIO DEL MISMO AÑO

Por la línea blanca, de Caracas a La Guaira y retorno a Caracas; de ahí a San Juan de los Morros y de este lugar, pasando por Maracay, a Ocumare de la Costa, por Borburata y Puerto Cabello, y de ahí, por El Palito, a Valencia. De Valencia, por la línea amarilla, a San Mateo; de San Mateo, por el sur del lago, a Valencia. De Valencia —línea negra— a La Victoria; retorno a Valencia en nuevo viaje a Puerto Cabello; de ahí, siguiendo la línea amarilla y negra a Valencia, La Victoria y Caracas. De Caracas, por la línea rosada y blanca, a Valencia, Tocuyito y Carabobo, y retorno a Caracas por el mismo camino. De Caracas —línea amarilla— a La Puerta, donde sufrió la gran derrota de ese nombre; y de ahí a Caracas, vía San Mateo y La Victoria.

(No se reproduzca este mapa ni sus textos, en todo o en parte, sin autorización escrita del autor del libro.)

En la época de Bolívar la libertad sólo podía obtenerse en el campo de batalla; y él, que quería lograr la libertad de su pueblo, se preparó mental y psicológicamente para dar batallas. Cuando se sintió apto para dirigir hombres en los combates, solicitó y obtuvo un mando; le dieron el del pequeño destacamento de Barranca, y con las pocas fuerzas de Barranca comenzó su carrera militar. A los ocho meses, y a los treinta años de su edad, era un vencedor y la primera figura guerrera de su tiempo en América.

Es verdad que Simón Bolívar había nacido con cualidades no comunes, que pocos hombres traen al mundo. Pero esas cualidades estuvieron a punto de perderse, primero en su infancia y luego en su juventud. No se perdieron porque él comprendió que debía ayudar a su maestro Simón Rodríguez a dirigir su personalidad, agresiva y confusa, hacia fines elevados, y porque cuando llegó la hora de sacrificar todo cuanto le hacía la vida agradable a la gloria de luchar por su pueblo, no titubeó un minuto; prefirió la gloria al bienestar. Luego, en la acción, aquellas excelentes cualidades fueron desarrollándose cada vez más, hasta dar de sí lo mejor que había en él.

No hay ningún testimonio que nos permita asegurar que alguien vio en Bolívar los síntomas del genio antes de que escribiera el Manifiesto de Cartagena. Las capacidades geniales se produjeron en él a medida que iba actuando. Lo que había sido siempre evidente en Bolívar había sido su amor a la verdad, su apasionamiento por cuanto le interesaba, su energía de alma.

En la acción se descubrió a sí mismo, y lo descubrieron los demás, como un ser excepcional. De no haber actuado hubiera sido un joven mantuano más, entre los muchos que paseaban sus figuras por los salones caraqueños.

A los treinta años, el vencedor de Monteverde tenía aspecto severo y triste, aunque era más bien alegre en la intimidad. Tenía el pelo castaño oscuro, las cejas negras y abundantes y

grandes ojos oscuros que tenían brillo relampagueante. Su mirada era de ésas que parecen empujar lo que miran. Debido a que tenía la frente ancha y la barbilla fina, su rostro ofrecía el contorno del triángulo; era un rostro flaco y de piel pálida en el cual destacaban la nariz fina y larga y la boca de expresión doliente.

Bolívar era más bien bajo, pero como también era delgado, bien proporcionado, de cabeza erguida, pecho adelantado y tronco recto, se veía como si él tuviera más estatura. Era sumamente activo, impaciente y sin embargo bien educado. Sus maneras resultaban dignas lo mismo si el trataba con un aristócrata que con un soldado. Se expresaba con propiedad, porque conocía la importancia de decir con exactitud lo que desea decirse y no más ni menos. No mentía, no engañaba, no prometía lo que no podría cumplir. Era generoso en grado sumo; jamás regateaba méritos ajenos; al contrario, le complacía encontrar hombres que se destacaran en algo. Él sabía que la verdadera grandeza es aquella que se ve entre los grandes, y por eso no le molestaba la grandeza en los demás, sino que la admiraba y la trataba con respeto.

VI

TOMA DE CARACAS EL 7 DE AGOSTO DE 1813. —RELACIONES DE BOLÍVAR CON MARIÑO Y LOS DEMÁS JEFES DE ORIENTE. —BOLÍVAR ES DESIGNADO JEFE MILITAR Y CIVIL. —CAMPAÑA CONTRA MONTEVERDE. —BOLÍVAR ES DECLARADO LIBERTADOR EL 14 DE OCTUBRE DE 1813. —SITUACIÓN ANÁRQUICA DE VENEZUELA. —GUERRA SOCIAL. —BATALLA DE ARAURE EL 5 DE DICIEMBRE DE 1813. —BOVES, EL CAUDILLO DE LOS LLANEROS. —AÑO TERRIBLE DE VENEZUELA: 1814. —FUSILAMIENTO DE LOS PRISIONEROS DE LA GUAIRA. —BATALLAS DE LA VICTORIA, SAN MATEO Y VALENCIA. —DERROTA DE BOVES AL COMENZAR ABRIL DE 1814.

Cuando Bolívar llegó a Caracas el 7 de agosto de 1813, la ciudad era una ruina. Todavía estaban en tierra los escombros de las casas destruidas en el terremoto del año anterior, pero además, y sobre todo, la capital padecía la angustia de la guerra y todo era desolación y sufrimiento. El entusiasmo con que fue recibido Bolívar dispuso la amargura general sólo en los primeros días.

Durante el gobierno de Monteverde las antiguas familias mantuanas habían sido despojadas de cuanto tenían, se les habían quitado propiedades y las joyas, que Monteverde entregaba a partidarios suyos, y sobre todo a sus compatriotas canarios realistas. Los negocios estaban en quiebra; las ricas plantaciones en los terrenos que rodeaban la ciudad se perdían llenas de maleza; los caballos, las reses, y los cerdos habían desaparecido; los sembrados de frutos menores no existían ya;

de los esclavos, muy pocos quedaban, y entre ellos los inútiles, pues los jóvenes y los fuertes habían tomado armas. Hombres, mujeres y niños de familias distinguidas comenzaban a salir de las prisiones, enfermos, vestidos con andrajos; y muchos de ellos, según cuenta un historiador venezolano, buscaban entre la basura algo que comer.

Bolívar trató de encarar y resolver los problemas que halló, pero tenía que proseguir la guerra; derrotar totalmente a Monteverde, que seguía refugiado en Puerto Cabello, y aniquilar los núcleos realistas que se mantenían en el interior del país.

Las fuerzas republicanas de Oriente, comandadas por Mariño, Bermúdez y Piar, seguían combatiendo y tomaron Barcelona el 19 de agosto; y como Mariño fue nombrado entonces por su ejército jefe supremo de las provincias orientales, Bolívar tuvo que actuar con mucha habilidad para impedir que Venezuela quedara dividida en dos países, uno en Oriente y otro en Occidente.

Una asamblea de personas notables de Caracas designó a Bolívar jefe militar y civil, con amplios poderes para gobernar, y sin perder tiempo el joven general salió hacia Puerto Cabello para sitiar a Monteverde. Monteverde resistió, y después una escuadra española procedente de Puerto Rico entró en el puerto y desembarcó mil doscientos hombres, artillería y otros pertrechos.

Bolívar se retiró a Valencia. Monteverde, que creyó a su enemigo derrotado, salió de Puerto Cabello para perseguirlo, y fue violentamente atacado en Bárbula. La fuerza de Monteverde quedó dispersada, pero en ese sangriento combate perdió la vida Atanasio Girardot. La estatua del bravo neogranadino se halla en el lugar de su caída, en la falda de un cerro. Tres días más tarde Monteverde fue derrotado de nuevo en Las Trincheras, y volvió a refugiarse en Puerto Cabello.

Bolívar se dirigió a Caracas para llevar los restos de Girardot, y la Municipalidad de la capital aprovechó ese viaje para darle el título de Libertador, con el cual entraría en la inmortalidad. Esto sucedía el 14 de octubre de 1813.

Además de Libertador, la Municipalidad nombró a Bolívar capitán general de los ejércitos republicanos. Tan honrosos títulos y funciones le llegaban al joven general en un momento difícil, pues como Libertador, jefe supremo y capitán general de los ejércitos de la república, tenía que salvar al país de la ruina y de la anarquía y librarlo de enemigos armados.

Anarquía quiere decir desorden, confusión; quiere decir que nadie obedece a nadie, que cada quien hace lo que le parece. En todo país debe haber el orden que establecen las leyes; cada ciudadano debe saber cuáles son sus derechos, y ejercerlos, y cada autoridad debe saber en cada momento cuáles son los derechos del ciudadano y respetarlos; pero también cada uno tiene deberes que cumplir, con la familia, con los demás y con el gobierno, y no puede decir que no quiere cumplirlos porque entonces se establece el desorden y la única ley que rige es la del más fuerte, y ésa no es ley sino entre los animales de la selva. Y sucedía que la anarquía estaba adueñándose de Venezuela.

No hay que olvidar que cuando se proclamó la república, en julio de 1811, la riqueza venezolana —que consistía entonces en fincas cultivadas, en ingenios de azúcar, en reses y en casas— estaba en pocas manos. Sólo los mantuanos eran dueños de lo que producía riqueza. No hay que olvidar que en esos tiempos los pobres no tenían leyes que los ampararan contra los abusos de los ricos; ni debemos olvidar que la mayoría de los trabajadores eran esclavos, que no recibían sueldo por su labor ni disponían de libertad para nada en la vida.

Había pues, muchas razones para que los ricos mantuanos fueran mal queridos; y como los realistas lo sabían, les decían

a la gran masa de gente pobre y a los esclavos que el rey había autorizado a cada uno de ellos a matar mantuanos, y que quien los mataba podía quedarse con sus bienes. Para la gente inculta del pueblo, todo republicano era un mantuano debido a que fueron mantuanos los más interesados en que se estableciera la república. Sucedió además que los mantuanos eran blancos, y los esclavos, los negros libres, los pardos y los zambos habían sido siempre despreciados por su color; por esa razón, visto que los realistas eran enemigos de la república y por tanto de los mantuanos, el mayor número de esclavos, negros libres, pardos y zambos se puso del lado del rey. Debido a eso algunos jefes realistas —de los cuales el más fiero se llamó José Tomás Boves— pudieron reunir millares de hombres y organizaron fuerzas que pasaban por villas y pueblos asaltando y matando a toda persona sospechosa de ser patriota.

Ese tipo de guerra en que no se respetaba mujeres, ni ancianos, ni niños, en que se mataba para despojar a las víctimas, era la llamada guerra social, la de los que no tienen nada contra los que tienen bienes: la guerra del pueblo para conquistar algo de carácter personal más que colectivo. Por la razón del odio que habían provocado los mantuanos entre las grandes masas de color, la guerra social era al mismo tiempo una guerra contra los blancos. Muchos blancos que no eran mantuanos perecieron en ella sólo debido al color de su piel.

Lo que Bolívar había tratado de evitar con la declaración de la guerra a muerte, que era esa matanza en que todo se confundía y todo se destruía, se había producido al fin. Bolívar tenía que luchar para acabar con ese tipo de guerra y a la vez tenía que desviarla hacia una lucha patriótica contra el poder español.

Puede decirse que las fuerza realistas procedían de tres grandes núcleos: uno en Coro, que avanzaban hacia el Sur, en dirección a Barquisimeto; otro en Barinas, que avanzaba hacia el



MAPA 4
MOVIMIENTO DE BOLÍVAR

ENTRE EL 7 DE JULIO DE 1814 Y EL 27 DE MARZO DE 1815.

(Texto al dorso)

MAPA 4
MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR

ENTRE EL 7 DE JULIO DE 1814 Y EL 27 DE MARZO DE 1815

Por la línea amarilla, de Caracas —con la emigración—, a Barcelona; de ahí a Aragua de Barcelona; retorno a Barcelona y salida hacia Cumaná, Pampatar, en la isla de Margarita, y hacia Carúpano; de Carúpano, por mar —siguiendo la línea blanca—, a Cartagena; de Cartagena —línea roja— a Bogotá, vía Ocaña y Tunja, y de Bogotá, por la línea amarilla, a Honda y Cartagena.

(No se reproduzca este mapa ni sus textos, en todo o en parte, sin autorización del autor del libro.)

Norte, para reunirse con el primero en la zona de Barquisimeto; otro en los Llanos centrales, que avanzaba hacia los Valles de Aragua y Valencia. Por último, estaba Puerto Cabello al mando de Monteverde.

Bolívar se movió desde Caracas hacia San Carlos y luego hacia Barquisimeto, para impedir que allí se reunieran los realistas de Coro y de Barinas; pero fue derrotado en Barquisimeto por fuerzas de Coro comandadas por Ceballos. En esos mismos días tropas procedentes de Puerto Cabello cruzaron la montaña hacia el Sur y se hicieron fuertes en Vigirima. Bolívar acudió a este punto y derrotó al enemigo; e inmediatamente se dirigió a San Carlos y de ahí marchó hacia Barquisimeto. Antes de llegar a este punto encontró a los ejércitos de Coro y Barinas reunidos en Araure, y los batió en una terrible batalla —la de Araure— en que él mismo peleó en primera fila durante más de seis horas. Esto sucedía el 5 de diciembre de 1813.

Inmediatamente después de la victoria de Araure, el Libertador se encaminó a Puerto Cabello y puso sitio a esta plaza por tierra; consiguió que Piar enviara desde Oriente barcos que la sitiaran por mar, y él se dirigió a Caracas por la vía de Valencia. La guarnición de Puerto Cabello se sublevó contra Monteverde y desconoció su autoridad. En lugar del jefe canario fue designado capitán general de los ejércitos realistas don Juan Manuel Cajigal.

Pero sitiado en Puerto Cabello, Cajigal carecía de autoridad. El jefe realista verdaderamente peligroso era Boves, que actuaba al frente de las fuerzas que él mismo había reunido en los Llanos centrales. Al terminar ese año de 1813, Boves mandaba miles de llaneros realistas que combatían como fieras. Los hombres de Boves, que procedían en su mayor parte de los Llanos de Apure, no necesitaban más arma que una punta de hierro sujeta a un palo; era la lanza, que manejaban con

gran destreza. Montando caballos que a menudo no tenían frenos ni monturas, se lanzaban al combate con arrojo de demonios. Vestían con ropas de los muertos o con pieles de reses; comían carne cruda o asada sin sal y dormían a la intemperie. Era el ejército más veloz, menos costoso y más despiadado del mundo. Boves era su dios y Cajigal no significaba nada para ellos.

Boves era adorado por los llaneros porque les daba oro, caballos, tierras, casas, joyas; les permitía disponer de lo que les quitaba a los patriotas y no tomaba nada para sí. Era un guerrero cruel pero valiente y desprendido.

Al comenzar el año de 1814, llamado por los historiadores el año terrible de Venezuela, el enemigo a quien Bolívar tenía enfrente era Boves, y Boves parecía invencible. Pero Bolívar pensaba que si lograba tomar Puerto Cabello quedaría sin enemigos a la espalda y podría batir a Boves. Por eso envió al general Campo-Elías a hacer frente a Boves en los Llanos mientras él marchaba hacia Puerto Cabello por la vía de Ocumare de la Costa y Borburata, para apretar el sitio de esa plaza por el Este y por el Sur. Estando allí recibió la noticia de que Boves había destrozado a Campo-Elías en la primera batalla de La Puerta, a principios de febrero de ese año sangriento de 1814. Al mismo tiempo, otros jefes realistas obtenían victorias en Barinas, otros marchaban hacia San Carlos y otros operaban en los valles del Tuy.

Bolívar comprendió que Boves tenía abierto el camino hacia Valencia y La Victoria, y para hacer frente al peligro, abandonó el sitio de Puerto Cabello y se dirigió a Valencia. Y sucedía que en esos momentos había en el Castillo de La Guaira varios cientos de soldados españoles prisioneros. En La Guaira podía repetirse lo que había sucedido en Puerto Cabello en junio de 1812, cuando los prisioneros realistas, ayudados por un oficial venezolano, se rebelaron contra la autoridad de



Batalla de Araure, 5 de diciembre de 1813. Óleo de Tiro Salas.

Bolívar y precipitaron la capitulación de Miranda y la consiguiente pérdida de la primera república. Si eso ocurría, Caracas no podría defenderse, puesto que hubiera sido atacada a un mismo tiempo por el Norte, desde La Guaira, y por el Oeste y el Sur, desde la Victoria y los valles del Tuy.

En ese caso, Caracas no estaría en condiciones de defenderse. Todo hombre útil de la capital había sido enviado a combatir en el interior; la ciudad estaba empobrecida, sin comercio, prácticamente sin alimentos, sin armas, sin municiones. De caer en manos de los llaneros de Boves, estos hubieran pasado a cuchillo a todos sus habitantes: mujeres, ancianos, niños. La guerra había sido tan cruel que en la capital quedaban sólo veinte mil habitantes, de más de cuarenta mil que había tenido dos años antes. Entre esos veinte mil caraqueños expuestos a ser aniquilados por Boves, y los ochocientos españoles prisioneros de La Guaira, Bolívar prefirió que murieran los españoles, y ordenó su fusilamiento. La guerra tiene momentos muy crueles, en que hay que tomar decisiones sangrientas. Ese fue uno de ellos. Bolívar no podía titubear.

En el preciso momento en que esos prisioneros estaban siendo fusilados, es decir el día 9 de febrero de 1814, siete mil hombres de Boves atacaban La Victoria. La ciudad fue defendida por Ribas, que comandó a los estudiantes universitarios de Caracas en la gran batalla del día 12 del mismo mes.

Boves no estuvo en la batalla de La Victoria, que terminó en derrota para sus hombres, porque había recibido una herida de lanza en la batalla de La Puerta; pero sí tomó parte en los fieros y repetidos ataques a San Mateo, la hacienda familiar de Bolívar, que comenzaron ese mismo mes de febrero y duraron todo el mes de marzo de ese año de 1814.

El Libertador había comprendido, estando en Valencia, que las intenciones de Boves eran atacar La Victoria y San Mateo, y en consecuencia ordenó a Ribas hacerse fuerte en La

Victoria y comenzó a despachar fuerzas para concentrarlas en San Mateo; a seguidas de la batalla de La Victoria, él mismo se fue a San Mateo. Así, cuando Boves se presentó frente a la vieja hacienda de caña de azúcar, halló a Bolívar al frente de los patriotas. El jefe realista y el jefe republicano se batieron allí, por vez primera; y de la prolongada lucha de San Mateo salió maltrecho Boves.

Una de las acciones históricas de ese mes de batallas fue la muerte heroica del neogranadino Ricaurte, quien voló el polvorín de San Mateo para evitar que cayera en manos de los hombres de Boves. Ricaurte voló con la pólvora y las municiones.

Al finalizar el mes de marzo, Boves tuvo noticias de que por el camino de San Juan de los Morros llegaba Mariño al frente del ejército de Oriente. Temeroso de ser cogido entre Mariño y Bolívar, Boves movió su tropa hacia el Sur, buscando cruzar la garganta de La Puerta para internarse en los Llanos. Pero Mariño la cruzó antes que él, y en Bocachica, a la salida de la garganta por el lado Norte, le presentó batalla el día 31 de ese mes de marzo, y lo obligó a abandonar el campo.

El Libertador había previsto este acontecimiento, y cuando Boves se retiró de San Mateo el día antes de la batalla, él movió sus fuerzas y las situó en Plantación de Tabaco, en el único camino que podía tomar Boves, en caso de ser derrotado, que era el que pasaba por la orilla del Lago de Valencia. Sucedió como Bolívar había calculado. En su retirada, Boves se dirigió a la orilla sur del Lago, y Bolívar lo atacó y lo dispersó en Magdaleno, el día primero de abril.

Boves pretendía llegar a Valencia, ciudad que estaba sitiada por Ceballos y defendida por Urdaneta; pero fue de tal manera destruido por Mariño en Bocachica y por Bolívar en Magdaleno, que apenas llevaba consigo quinientos hombres, de los siete mil con que había comenzado un mes atrás el asedio a San Mateo.

Las noticias de la derrota de Boves y de la reunión de Mariño y Bolívar alarmaron a Ceballos, y levantó el sitio de Valencia. El Libertador entró en esta ciudad el día 3 de abril, año de 1814.

Ese mismo día, José Tomás Boves se internaba en los Llanos, camino de Calabozo. Iba derrotado, pero no destruido. Sólo cuatrocientos hombres le acompañaban, restos de los millares que sembraron bajo su mando el espanto en los valles de Aragua; pero detrás de sí dejaba su huella inconfundible: cenizas de los hogares que quemó, piedras de los ingenios que demolió y de las haciendas que asoló; infinito número de esqueletos de reses, caballos, hombres, mujeres, niños, muertos por sus lanceros en combate o a sangre fría. Y esos esqueletos estaban pelados por los zamuros, que seguían en andadas el paso de sus tropas como sigue la sombra al cuerpo.

VII

REPERCUSIÓN EN VENEZUELA DE LA CAÍDA DE NAPOLEÓN EN EUROPA Y DEL REGRESO DEL REY FERNANDO VII A ESPAÑA. —DERROTA DE LOS PATRIOTAS EN EL ARAO. —TRABAJOS DE BOLÍVAR. —VICTORIA DEL LIBERTADOR EN LA PRIMERA BATALLA DE CARABOBO, EL 28 DE MAYO DE 1814. —RECUPERACIÓN DE BOVES. —DERROTA DE MARIÑO Y BOLÍVAR EN LA PUERTA, EL 15 DE JUNIO DE 1814. —BOVES TOMA VALENCIA EL 10 DE JULIO DE ESE AÑO. —EVACUACIÓN DE CARACAS. —LA EMIGRACIÓN A ORIENTE. —DERROTA DE LOS PATRIOTAS EN ARAGUA DE BARCELONA. —DESTITUCIÓN DE BOLÍVAR COMO JEFE MILITAR Y CIVIL EL 25 DE AGOSTO DE 1814.

Mientras estamos siguiendo la historia de Bolívar no debemos olvidar que él era el jefe de los ejércitos republicanos de Venezuela, y que esos ejércitos estaban en guerra contra los realistas, y que esos realistas eran los partidarios de la monarquía española. Así, lo que afectara al monarca español debía reflejarse en Venezuela.

A su vez, el rey de España, Fernando VII, era prisionero de Napoleón Bonaparte desde mayo de 1808; de manera que lo que le sucediera a Napoleón influía en el destino de Fernando VII y, por tanto, en el destino de España. De donde resulta que en última instancia, las victorias o las derrotas de Napoleón eran de suma importancia para los republicanos de Venezuela y en consecuencia para Simón Bolívar, que era su jefe.

Desde el año anterior —1813—, mientras Bolívar se hallaba en Mérida, los acontecimientos de Europa y especialmente de España habían comenzado a variar para Napoleón. El día primero de junio de ese año las fuerzas francesas acantonadas en España, comandadas por el rey José Bonaparte —hermano de Napoleón— habían sido derrotadas en la batalla de Victoria por el ejército inglés que comandaba el duque de Wellington, el mismo jefe que dos años después iba a ganar la histórica batalla de Waterloo, en Bélgica.

Los ingleses y sus aliados avanzaron hacia Francia, y ya en el mes de diciembre Napoleón negociaba con Fernando VII el retorno de éste a España. La situación del Emperador francés se hacía difícil por semanas, pues toda Europa se había coligado contra él y los ejércitos de varios países comenzaron a pisar suelo francés. Napoleón puso al fin en libertad al rey español, y Fernando VII retornó a su país el 22 de marzo de 1814, mientras Bolívar combatía en San Mateo contra Boves.

Pero todavía se agravaría más la situación para los patriotas venezolanos, pues tres días después de haber entrado Bolívar en Valencia, es decir, el 6 de abril de 1814, Napoleón abdicaba su corona —en la primera de sus abdicaciones, porque hubo dos—, y sus enemigos, que eran los aliados naturales de Fernando VII, pasaban a imponer su voluntad en Europa. Como se advierte, la monarquía española salía de la catástrofe napoleónica fortalecida, y ese fortalecimiento tenía necesariamente que perjudicar la causa de los republicanos en Venezuela, y por tanto el destino de su jefe, Simón Bolívar.

Por el momento, sin embargo, esas noticias no podían llegar a Venezuela sino bastante más tarde. En esa hora, tras el triunfo de Bocachica, Mariño se dirigió a La Victoria, y Bolívar viajó de Valencia a esa ciudad para reunirse con el jefe oriental. Inmediatamente después, los dos caudillos y

las fuerzas de Mariño se dirigieron a Valencia, donde Bolívar dejó a Mariño para ir a reforzar el sitio de Puerto Cabello.

El plan del Libertador era que Mariño se lanzara en persecución de Ceballos mientras él forzaba la caída de Puerto Cabello, y luego, juntos, se encaminarían a destruir a Cajigal, que había salido de Puerto Cabello para operar en la zona de Coro y Barquisimeto.

Mariño inició la marcha en busca de Ceballos, pero dejó atrás las municiones, y el 10 de abril, Ceballos le presentó batalla en la llanura de El Arao, lugar inapropiado para las fuerzas patriotas. Ceballos derrotó y desbandó a Mariño. Bolívar, que se preparaba a dar el asalto final a Puerto Cabello, corrió a Valencia y allí comenzó a preparar lo necesario para hacer frente a lo que parecía el inevitable ataque de Ceballos a la ciudad. Mientras tanto, Cajigal penetró hacia el Sur y luego hacia el Oeste y entró en San Carlos. Allí unió sus fuerzas con las de Ceballos. En total, los dos jefes realistas disponían de seis mil hombres; pero además la noticia de la derrota republicana en El Arao —y tal vez las que corrían sobre la situación de Napoleón, aunque todavía no podían conocerse en Venezuela las de su abdicación—, estimulaban a los realistas de todo el país, que se alzaban en partidas por dondequiera.

A la hora de escribir sobre los acontecimientos de esos días, la imaginación los ve desprovistos de los mil pequeños inconvenientes que forman siempre la salsa de los hechos humanos. No es fácil comprender hoy cuál era la situación de Venezuela en el mes de abril de 1814. Pero la verdad era que el país estaba en ruinas. Gran número de ciudades, villas y pueblos habían sido destruidos, bien por el terremoto de dos años antes, bien por la guerra; los campesinos abandonaban los campos para irse a los combates o para internarse, huyendo de la matanza, en el corazón de las montañas. Era difícil hallar qué comer; no había telas para la ropa; no había zapatos,

medicinas, ni nada que pudiera parecer un lujo. Cada familia tenía uno, dos, tres muertos en la guerra, o uno, dos, tres soldados en las filas de los dos bandos.

En medio de ese país arruinado, destruido y hambriento, Bolívar tenía que dirigir la guerra contra fuerzas que parecían multiplicarse y nacer del aire. El enemigo surgía por todas partes. Hubo ocasiones en que las tropas marchaban y combatían durante veinte horas seguidas, sin un minuto de descanso y sin haber comido un pedazo de carne cruda. Cientos de hombres desertaban en la oscuridad de la noche y a veces en medio de los combates. Nunca podrá saberse cuántas personas fueron asesinadas en esos años, pero hubo pueblos en que no quedó nadie vivo y familias que desaparecieron totalmente. Al finalizar abril de 1814, no bajaban de cincuenta mil republicanos de todas las edades que habían sido asesinados por partidas realistas, y todavía faltaba lo peor.

Simón Bolívar tenía que actuar sobre ese país desolado y con gente aterrorizada. Tenía que organizar ejércitos, desde buscar soldados hasta reunir armas y municiones; debía atender al que le pedía noticias del padre, a la joven que deseaba saber dónde había muerto su hermano, a los que solicitaban salvoconductos para irse, administración política y fiscal; tenía que escribir cartas a los jefes que operaban en otras zonas, a los funcionarios que hacían justicia, y redactar manifiestos para levantar y sostener la moral del ejército y del país. Vigilaba al enemigo, se cuidaba de que hubiera pólvora para la artillería, hierro para las lanzas, caballos para los soldados montados, tambores y cornetas para las bandas; tenía que saber quiénes merecían ser ascendidos y quiénes fusilados por traidores, quiénes enviados a prisión y quiénes puestos en libertad; y, por último, tenía que disponer las batallas, combinarlas y hacerlas él mismo, si era necesario.

MAPA 5
MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR

ENTRE EL 9 DE MAYO DE 1815 Y EL 31 DE DICIEMBRE DE 1816

Por la línea amarilla y negra, de Cartagena a Kingston —isla de Jamaica—, y de ahí a Los Cayos y a Puerto Príncipe —en Haití—. De Puerto Príncipe —línea rosada y roja— a Los Cayos, isla Beata, isla Saba y Juan Griego —en Margarita—. De Juan Griego —línea rosada y negra— a Pampatar y Carúpano; de Carúpano —línea blanca y roja— a Ocumare de la Costa; de Ocumare —línea negra y amarilla— a Bonaire, y de Bonaire a Choroní; de Choroní, siguiendo la línea negra, a isla Vieques, y de ahí a Güiría. De Güiría, por la línea blanca, a Jacmel y Puerto Príncipe, y de Puerto Príncipe, por la línea amarilla, a Jacmel y Barcelona, vía Juan Griego.

(No se reproduzca este mapa ni sus textos, en todo o en parte, sin autorización escrita del autor del libro.)

La mayoría de los hombres que figuraban en los ejércitos realistas no eran españoles, sino venezolanos, gente que estaba haciendo su guerra social en vez de hacer la guerra nacional de independencia. El gran problema de Bolívar era no dejarse arrastrar por esa guerra social y seguir él haciendo la guerra nacional de independencia. Venezuela debía luchar hasta vencer como república, y para eso se requerían jefes de mucha tenacidad.

La tenacidad fue una de las grandes virtudes de Bolívar, y la tenacidad debe ser la divisa de los que desean destacarse en cualquiera actividad privada o pública.

A mediados de mayo Cajigal y Ceballos se movieron en dirección de Valencia, hasta Tucuyito. El Libertador decidió salirles al paso, y el encuentro entre los dos ejércitos fue en Carabobo, el 28 de ese mes.

En la historia de Venezuela hay dos batallas de Carabobo, ambas de gran importancia por el número de combatientes y por el número de bajas que tuvieron los realistas. Las dos fueron dirigidas y ganadas por Bolívar. Una tuvo lugar ese día 28 de mayo de 1814; la otra, siete años más tarde, el 24 de junio de 1821. Esta última fue decisiva para la libertad de la Gran Colombia, y por tanto para la de Venezuela.

En esa primera batalla de Carabobo, el propio Libertador dio la carga de caballería que decidió la acción en favor de las tropas republicanas; atacó violentamente por el centro del ejército enemigo, donde se hallaba emplazada la artillería realista, y desmoralizó toda la línea española, que perdió el orden de sus posiciones y dejó en el campo más de mil muertos y heridos y más de mil prisioneros.

Con esa batalla hubiera terminado la parte más dura de la guerra si se hubiera tratado de una guerra normal entre dos naciones, porque el grueso de las fuerzas realistas, en número de seis mil, quedó deshecho en ella. Pero estaba pendiente de resolver la guerra social, la que dirigía Boves; la de los

llaneros pobres y los negros y los zambos que participaban en la contienda estimulados por los grados que podían conquistar, las riquezas que podían arrebatar, y para acabar con la desigualdad social y racial que los había hecho sufrir humillaciones.

Se recordará que Boves había sido derrotado en San Mateo, en Bocachica y en Magdalena dos meses atrás, y que se había retirado a los Llanos con unos cientos de seguidores. Sin embargo, en los meses de abril y de mayo, mientras Bolívar y Mariño dedicaban su atención a Cajigal y Ceballos, Boves se rehizo en las llanuras. Al comenzar el mes de junio estaba mandando otra vez un poderoso ejército de miles de hombres de caballería e infantería.

Esa inesperada reaparición de Boves convertía en inútil la victoria de Carabobo; de ahí que a pesar de haber sido esa victoria tan importante, desde el punto de vista militar, como la otra que se obtendría en el mismo sitio siete años después, tiene poco valor ante la historia; pues no tuvo, como la segunda, consecuencias políticas favorables a la república.

El ejército vencedor de Carabobo era de cinco mil hombres. Bolívar lo dividió en dos y dio el mando de la mitad a Mariño, con instrucciones de que se situara en Villa de Cura y evitara el paso de Boves desde los Llanos hacia Valencia y La Victoria. A mediados de junio, Boves comenzó a moverse hacia el Norte. Mariño decidió ocupar la garganta de La Puerta. Bolívar, que sospechaba que en ese punto Boves trataría de repetir su victoria del 3 de febrero sobre Campo-Elías, se dirigió apresuradamente a La Puerta para tomar el comando de las fuerzas republicanas.

La segunda batalla de La Puerta tuvo lugar el día 15 de junio de ese año terrible de 1814. Ya se sabía en Venezuela que Napoleón había abdicado y que Fernando VII gobernaba desde el palacio real de Madrid. Esas noticias, desde luego, eran estimuladoras para los realistas.



La huida de los caraqueños a Oriente. Evacuación en masa de Caracas, 1814. Óleo de Tiro Salas.

Boves atacó resueltamente y fue imposible organizar una resistencia adecuada. Los ejércitos patriotas dejaron en el campo más de mil cadáveres. Ese día murieron hombres distinguidos por su ilustración y por los grandes servicios que habían rendido a Venezuela. En la segunda batalla de La Puerta quedó prácticamente destruido el poder militar de la república, y sin poder militar, la república no podía sostenerse, pues Fernando VII no tardaría en mandar al país tropas aguerridas para reforzar a sus seguidores.

Al día siguiente de la derrota de La Puerta, Bolívar llegó a La Victoria y desde ahí despachó órdenes para que se organizara la defensa de Valencia, hacia donde, sin duda, se dirigiría Boves; para que se continuara el sitio de Puerto Cabello y para que se prepararan refuerzos en Caracas. Bolívar siguió el mismo día hacia la capital, y tras su salida entró Boves en La Victoria.

Todas las vías que conducían a Caracas, desde los valles de Aragua y del Tuy, se llenaron de fugitivos que se dirigían a la capital. La mayoría fue asesinada por la gente de Boves, que los mataba a lanzazos y dejaba los cadáveres sobre el camino. Boves no marchó sobre Caracas porque no podía dejar tras sí un punto fuerte como Valencia en poder de los patriotas. Si él avanzaba hacia Caracas, el ejército de Valencia podía atacarlo por la espalda.

Al contrario, lo que hizo Boves fue dirigirse a Valencia, ciudad a la que puso sitio el día 19. Poco después los sitiadores fueron reforzados por los restos de las tropas vencidas en Carabobo, que no habían sido dispersados a raíz de la derrota porque Bolívar tuvo que ir a enfrentarse a Boves. Con ese refuerzo, Boves completó el sitio de Valencia en forma tan cerrada que los sitiados no podían ni siquiera ir a buscar agua al río. Muchos centenares de valencianos murieron de sed; casi todos tuvieron que alimentarse con gatos,

ratones, lagartos, porque no tenían por dónde recibir carne, y con raíces de árboles a falta de granos y vegetales.

Valencia cayó en poder de Boves el 10 de julio de ese año trágico de 1814, e inmediatamente comenzaron los crímenes de sus tropas, que alanceaban a los prisioneros “como si fueran toros”, según dijo un funcionario realista de la época.

Bolívar estaba a punto de cumplir treintiún años. En los dos últimos había vivido tan intensamente como pocos hombres. Tuvo todas las alternancias: de fugitivo a general victorioso, de jefe supremo del país a comandante derrotado. Pero no perdía la fe. Venezuela estaba llena de cadáveres, empobrecida, en ruinas; y Bolívar tenía ánimos para seguir luchando. Sin embargo era necesario convencerse de que Caracas no podía ya dar más recursos; no disponía, ni de hombres, ni de armas, ni de dinero.

Cuando el Libertador se hizo cargo de que en la capital no había medios para seguir combatiendo y de que nadie podía evitar la caída de Valencia en manos de Boves, comenzó a organizar la evacuación de Caracas. Los habitantes de la capital debían dirigirse hacia Oriente por el camino de la costa. Mientras tanto, el propio Bolívar y el general Ribas hicieron algunas salidas para enfrentarse a las avanzadas de Boves, que operaban en Antímano y Las Adjuntas.

El abandono de Caracas se inició el 7 de julio. La marcha de los caraqueños hacia el Este es lo que se conoce en la historia con el nombre de la Emigración a Oriente, uno de los episodios más tristes del llamado año terrible de Venezuela. Los enfermos morían por el camino; los ancianos y los débiles quedaban abandonados porque no podían proseguir la marcha. Todos padecían hambre, sed y miedo. La mayoría iba a pie, cada uno cargado con lo que pudo llevarse de su hogar. Dormían en la tierra, bajo los árboles, tratando de guarecerse de la lluvia. Día y noche se oía el llanto de los niños, que no

resistían aquella dura prueba, o la queja de las mujeres que no podían continuar la marcha. Mientras tanto partidas de realistas salían de los bosques inesperadamente y daban muerte a los rezagados.

En medio de aquellos millares de fugitivos, consolando a unos, atendiendo a otros, dando órdenes o consejos, iba Simón Bolívar, el Libertador, padeciendo como el que más, pero con mayores responsabilidades que todos juntos.

A los veintitrés días de doliente caminata, la emigración caraqueña llegó a Barcelona. Bolívar se preparó sin pérdida de tiempo para reanudar la guerra, y con las fuerzas que pudieron reunirse se dirigió, junto con Bermúdez, a Aragua de Barcelona. Su propósito era salirle en ese punto al paso al segundo de Boves, de apellido Morales*, que había sido despachado por su jefe para que se adelantara a Bolívar y lo destruyera antes de que pudiera hacerse fuerte en Oriente.

Las fuerzas de Bolívar y Bermúdez no pasaban de tres mil hombres; las de Morales eran siete mil. Con esa diferencia a su favor, Morales debía tomar la plaza; y la tomó el 17 de agosto —año de 1814—, aunque al precio de tres mil bajas entre muertos y heridos, porque los patriotas se batieron con el arrojo de la desesperación. Los republicanos perdieron ese día mil hombres, sin contar los asesinatos cometidos por los vencedores cuando entraron en la plaza.

Inmediatamente después de la derrota de Aragua de Barcelona, Bolívar se retiró a Barcelona y de ahí a Cumaná. Mientras tanto, los emigrados de Caracas huían hacia las Antillas y hacia Maturín. Ya en Cumaná, Bolívar convocó a un consejo de guerra para que se determinara qué debía hacerse a fin de salvar por lo menos a los refugiados y cómo se proseguiría la lucha. Morales se acercaba a Cumaná y no había tiempo que perder.

* Francisco Tomás Morales (N. del E.).

Pero no se llegó a acuerdo alguno en ese consejo de guerra, pues la discusión comenzó a derivar hacia la responsabilidad de Bolívar en los desastres de ese año terrible de 1814, y en vez de tratar de proteger a los fugitivos se procedió a acusar al Libertador.

Así es como se comporta mucha gente, y conviene que lo sepamos desde temprano para no sufrir desengaños más tarde, cuando la vida se nos presente tal como es. En la hora de la victoria, la mayoría aplaude; pero en la hora de la derrota son muchos los que acusan. No todos los hombres tienen valor para enfrentarse con las consecuencias de la derrota, aunque lo tengan para jugarse la vida en los combates.

El día 25 de julio de 1814, en Cumaná, se juzgó a Bolívar, el Libertador, y a Mariño, el vencedor de Boves, y se les despojó de todos sus cargos militares. Los dos habían sido derrotados, y abundan los que no perdonan al vencido.

VIII

INCIDENTE DE LAS JOYAS. —PRISIÓN DE BOLÍVAR EN CARÚPANO. —SEGUNDO VIAJE A CARTAGENA. —BOLÍVAR, GENERAL DE LA CONFEDERACIÓN DE NUEVA GRANADA. —SOMETIMIENTO DE BOGOTÁ. —EXPEDICIÓN DE MORILLO EN ABRIL DE 1815. —BOLÍVAR EN JAMAICA. —VENEZUELA Y NUEVA GRANADA, OTRA VEZ BAJO EL PODER ESPAÑOL. —INTENTO DE ASESINATO DEL LIBERTADOR EN JAMAICA. —SITIO Y CAÍDA DE CARTAGENA EN DICIEMBRE DE 1815. —BOLÍVAR EN HAITÍ. —EXPEDICIÓN DE LOS CAYOS EN ABRIL DE 1816. —BOLÍVAR EN MARGARITA. —EL FRACASO DE OCUMARE. —NUEVO VIAJE DE BOLÍVAR A HAITÍ Y NUEVA SALIDA HACIA MARGARITA EN DICIEMBRE DE 1816. —DERROTA DE BOLÍVAR EN CLARINES EL 9 DE ENERO DE 1817. —EL LIBERTADOR SE DIRIGE A LA GUAYANA.

Bolívar y Mariño sabían que era imposible mantener la guerra sin dinero. Por esa razón, antes de la evacuación de Caracas habían despachado por mar las joyas que pudieron sacar de las iglesias caraqueñas. Con esas joyas podrían comprar en las Antillas los pertrechos necesarios para seguir luchando en Oriente. Las joyas fueron confiadas a un marino llamado Bianchi. La goleta de Bianchi llegó a Cumaná precisamente cuando Bolívar y Mariño acababan de ser destituidos de sus cargos militares. Al saber esto, Bianchi decidió no entregar las joyas a los dos generales e irse de Cumaná.

Bolívar y Mariño se enteraron de los planes de Bianchi antes de que éste levantara anclas, y sin perder tiempo se metieron en la goleta. Mientras los dos libertadores discutían con

Bianchi, la goleta se hizo a la mar, manejada por la tripulación, y navegaba en dirección de Pampatar, en la isla de Margarita. En Pampatar estaba de jefe Manuel Piar, y Piar no permitió que la embarcación se acercara al puerto; más aún, amenazó a Bolívar y Mariño con fusilarlos si ponían pie en tierra. Los dos patriotas fueron a dar a Carúpano, donde hallaron como jefe de la plaza a Ribas, el brillante oficial de la Campaña Admirable, vencedor de Boves en La Victoria y esposo de la tía de Bolívar.

Pero Ribas no era ya el subalterno de su sobrino político. Acusó a Bolívar y a Mariño de desertores y de haber dispuesto indebidamente de fondos públicos, y los hizo presos. La situación de Bolívar y de Mariño era crítica. Los salvó el hecho de que Ribas tuvo que salir de Carúpano para hacer frente a Morales y a Boves, que estaban operando en la zona. Bolívar convenció a sus guardianes de que debían permitirle irse, y embarcó, con Mariño y unos cuantos oficiales que acordaron seguirle. En el momento de embarcar, lo que hizo pistola en mano para enfrentarse a quien pensara evitar su salida, el Libertador distribuyó entre el público que presenciaba su partida varias copias de un manifiesto que había escrito para justificar su conducta.

La salida hacia Cartagena salvó la vida de Bolívar. A poco de haberse él ido llegó a Carúpano el general Piar, con intenciones de fusilarlo. Por otra parte, los realistas no tardaron en destruir toda oposición patriota en Oriente. El propio Ribas fue asesinado por esos días en la montaña de Tamanaco.

Boves murió poco más tarde, en el combate de Urica. Pero cuando el caudillo de la guerra social venezolana murió, ya Bolívar se hallaba en Cartagena, adonde llegó el 19 de septiembre de 1814, perseguido por un buque de guerra español.

De Cartagena, el Libertador se dirigió a Tunja, ciudad a la que había llegado Urdaneta después de haber cruzado el Occidente de Venezuela seguido por un grupo de emigrados.

Con ese valioso oficial de nuevo a sus órdenes, y algunos de los que le habían acompañado a Cartagena, Bolívar podía formar una fuerza pequeña pero eficiente.

En Tunja se hallaba el gobierno de la Unión de Nueva Granada. Aunque llevaba el nombre de Unión —y también de Provincias Unidas—, en realidad Nueva Granada era una confederación, y de esa confederación se había salido Bogotá, que había formado un Estado independiente con el nombre de Cundinamarca.

El gobierno de Tunja recibió a Bolívar con dignidad; le reconoció su grado de general y le encomendó la misión de someter Bogotá a la Confederación. Por toda América se conocía ya la fama de Bolívar como militar brillante y sin debilidades, y él aprovechó esa fama para doblegar la resistencia de las fuerzas de Cundinamarca y llegar hasta Bogotá, ciudad que tomó el 12 de diciembre de ese año de 1814 tras un sitio que duró tres días y un combate de algunas horas.

Después de haber dejado establecidas las autoridades nuevas de Bogotá, Bolívar salió, el 23 de enero de 1815, hacia Cartagena por el camino de Honda. Iba a hacer la guerra a los realistas en Santa Marta, para lo cual necesitaba la ayuda de los jefes neogranadinos de Cartagena. Pero esos jefes eran los mismos que dos años atrás habían tratado de impedir en Cúcuta su marcha sobre Venezuela; en esta ocasión, ni siquiera le permitieron entrar en Cartagena.

Bolívar trató por todos los medios de convencer a las autoridades de Cartagena de que toda Nueva Granada corría peligro si no se actuaba rápidamente para extender el poder republicano por el país y para librar a Venezuela del régimen monárquico. Según preveía el Libertador, uno de los primeros actos de Fernando VII sería enviar grandes refuerzos a Venezuela y la Nueva Granada, y si resultaba como él temía,

esas fuerzas atacarían inmediatamente a Cartagena, visto que ése era el puesto más importante de la costa del Caribe.

Los hechos sucedieron tal como Bolívar había previsto. A principios de abril de 1815, el general Pablo Morillo llegaba a aguas de Margarita con la más grande expedición militar española que había cruzado jamás los mares. El 9 de mayo, Bolívar embarcó hacia Jamaica. Morillo tomó Margarita, pasó a tierra firme y se internó en Nueva Granada; tomó Bogotá, donde fusiló cientos de patriotas, y marchó hacia Cartagena, ciudad que quedó sitiada por tierra y por mar.

Al cumplir sus treintidós años, Simón Bolívar se hallaba en Jamaica, una isla del Caribe, colonia de Inglaterra. Estaba pobre, él, que había nacido millonario, y desterrado, él, que había sido el libertador de su país. Como no tenía nada que hacer, se dedicó a examinar las causas de la guerra social de Venezuela y los fenómenos políticos de América. De ese examen salió su célebre Carta de Jamaica, en que predijo muchos de los sucesos que se producirían en América en los próximos cien años.

Esas previsiones, así como la de la expedición de Morillo, no eran producto de ningún don profético o mágico, sino de la cultura de Bolívar y de su experiencia política. La cultura y la experiencia le habían enseñado que todos los acontecimientos humanos se entrelazan; que una acción produce una reacción; que ningún pueblo está solo en el mundo, y que los hechos realizados en un punto tienen sus consecuencias en otros, al parecer lejanos. Bolívar no era sólo un hombre de acción sino también de pensamiento. Había cultivado su inteligencia con buenas lecturas y con el trato de gente capaz, y usaba todos sus conocimientos a la hora de juzgar los sucesos humanos. Por eso muchas veces pudo adelantarse a su tiempo y prever lo que sucedería en el porvenir.

Una noche llegó a la casa de pensión donde vivía Bolívar en Kingston —la capital de Jamaica— un amigo suyo que debía



Bolívar en Haití, 1816.

(Cortesía de don Alfredo Boulton, *Los retratos de Bolívar*)

salir al día siguiente para Haití con una misión de Bolívar. Pero Bolívar, disgustado con el trato que la dueña de la pensión daba a uno de sus ayudantes, se había ido a dormir a otra casa. Cansado de esperar y abatido por el sueño, el amigo se acostó en la hamaca de Bolívar y se durmió. Un criado del Libertador, vendido a los realistas españoles, entró en la habitación, y creyendo que mataba a Bolívar, apuñaló al que dormía en su hamaca. Esa noche, Bolívar salvó la vida milagrosamente.

Otro día, ya en diciembre de ese año de 1815, llegó un correo de Cartagena. Los hombres más importantes de la ciudad pedían a Bolívar que fuera a hacerse cargo de la defensa de la plaza que seguía sitiada por Morillo. A juicio de los jefes de Cartagena, sólo Bolívar podía evitar que la plaza cayera en manos de Morillo.

Bolívar embarcó inmediatamente, pero cuando llevaba un día de navegación su barco encontró otro que procedía de Cartagena y que iba cargado de fugitivos. Estos informaron a Bolívar que la ciudad había sido tomada por Morillo y que de cuantos huyeron por mar, sólo ellos se habían salvado, pues la flota española estaba desplegada mar afuera apresando todas las embarcaciones. Una vez más, Bolívar se salvaba en el último momento.

Los fugitivos se dirigían a Haití, y Bolívar se fue con ellos. En Haití había dos gobiernos, uno republicano al Sur, y otro monárquico en el Norte; además, la parte derecha de la isla era la colonia española de Santo Domingo. El jefe del gobierno republicano de Haití era Alejandro Petión.

Antes de terminar el año de 1815, Bolívar se hallaba en Los Cayos, pequeño puerto de la costa Sur de Haití. Allí logró que el representante consular inglés le diera una carta de presentación para el presidente Petión. El 12 de enero de 1816, Petión y Bolívar hablaban en Puerto Príncipe, la capital republicana, sobre la libertad de Venezuela.



Expedición de los Cayos. Óleo de Tito Salas.

El gobernante haitiano ofreció al Libertador la ayuda indispensable para organizar una expedición que le llevara a Venezuela, y lo único que pidió en recompensa fue la libertad de los esclavos en las tierras que fuera liberando. Bolívar sabía ya que Juan Bautista Arismendi se había sublevado contra los españoles en Margarita, y aunque no había logrado destruir completamente todas las guarniciones enemigas, dominaba una parte importante de la isla. Arismendi le había pedido al Libertador que fuera a hacerse cargo de la dirección de la guerra.

Con su característica actividad, Bolívar se dedicó a organizar la expedición que se conoce en la historia con el nombre de Los Cayos, el puerto de donde salió. Los expedicionarios eran cerca de trescientos y disponían de siete goletas, armas abundantes, artillería, municiones y pólvora. Entre los jefes estaban Mariño, Soublette, Piar, y algunos extranjeros como Brion y MacGregor, que llegarían a ser excelentes colaboradores de Bolívar.

La expedición salió de Los Cayos a fines de marzo de 1816. La ruta era peligrosa por hallarse en las cercanías varias colonias españolas, como Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. En su navegación hacia Margarita, la flotilla apresó un barco español cargado de cacao y Bolívar mandó vender el cargamento en Saint Thomas (Santo Tomás). A dos sacerdotes españoles que tomó a bordo los dejó en una de las pequeñas islas antillanas que quedaban en su ruta. Al comenzar el mes de mayo, el barco de Bolívar abordó y tomó el buque de guerra español *El Intrépido* y la goleta *Rita*, también española. El día 3 de ese mes —mayo de 1816— entró en el puerto margariteño de Juan Griego. ¡Ya el Libertador estaba de nuevo en tierra venezolana!

Bolívar aspiraba a legalizar su jefatura con un respaldo colectivo. Creía que la verdadera autoridad no es la que dan las armas con su poder de muerte, sino la que dan los pueblos

con su aprobación. Cuando gobernó desde Caracas lo hizo después que una asamblea de notables de la capital lo designó jefe supremo. Al llegar a Margarita convocó una asamblea en la Villa del Norte, y esa asamblea lo nombró jefe supremo de las fuerzas libertadoras, con Mariño como segundo.

En la acción militar, Bolívar era partidario de atacar rápidamente hacia el corazón del enemigo. Una vez nombrado jefe, se trasladó a Carúpano; tomó esa villa y despachó a Mariño hacia Güiría y a Piar hacia Maturín, para que fueran extendiendo la guerra. En los Llanos de Oriente había algunas guerrillas con jefes como Monagas y Zaraza, que empezaban a hacerse conocer entonces, y en los Llanos de Apure operaba José Antonio Páez, bajo cuyo mando iban reuniéndose muchos de los llaneros que antes habían combatido a las órdenes de Boves.

Por su parte, Bolívar, con seiscientos hombres y una pequeña flota de goletas, se lanzó a una acción audaz: atacar por las inmediaciones de Caracas; y para el caso escogió como punto de penetración Ocumare de la Costa, entre La Guaira y Puerto Cabello, villa que conocía por haber estado en ella en febrero de 1814, mientras organizaba el sitio de Puerto Cabello por el lado del Este. Al dirigirse a Ocumare de la Costa el Libertador planeaba forzar con una batalla decisiva, y tal vez desesperada, la entrada en Caracas, lo cual le hubiera dado una categoría indiscutible sobre los jefes de guerrillas republicanas que operaban por su cuenta en el interior del país. Si él tomaba Caracas, el título de jefe supremo que le había sido otorgado en la Villa del Norte no hubiera sido discutido por nadie.

Bolívar despachó a Soubllette hacia el Sur para que operara en los valles de Aragua, y Soubllette penetró hasta Maracay. Pero corrió la falsa noticia de que Morales marchaba sobre Ocumare y los capitanes de los barcos de Bolívar

huyeron con la flota hacia la isleta de Bonaire. Bolívar los persiguió por mar y los hizo volver a la costa —a Choroní, vecina de Ocumare—, pero como durante su ausencia el orden militar se había perdido, tuvo que reembarcar y huyendo de la marina española fue a dar a la isleta de Vieques, al lado de Puerto Rico; de ahí puso proa al Sur y logró hacer tierra en Güiría.

A su llegada a Güiría, el Libertador fue recibido con hostilidad por Mariño y Bermúdez; la situación llegó a ser tan difícil que el 22 de agosto de ese año de 1816 Bolívar tuvo que reembarcar y se vio obligado a abrirse paso por entre sus adversarios con la espada desenvainada. El propio Bermúdez pretendió agredirlo. La operación de Ocumare había terminado en fracaso y se acusaba a Bolívar de ser el responsable, como se le había acusado dos años antes de ser el culpable de los desastres que provocó la guerra social. Igual que en aquellos días, el Libertador tenía que salir al destierro, perseguido no por los españoles, sino por sus compatriotas y los que hasta poco antes habían sido sus subalternos.

Como es fácil advertir en este relato de la vida de Bolívar, cuando se lucha por la libertad de los hombres, se tienen adversarios no sólo entre los enemigos sino también entre los compañeros. Nada se logra sin luchas, y a menudo hay que librar la lucha contra los mismos a quienes se hace el bien. Bastante gente piensa que los héroes son siempre seres perfectos, incapaces de cometer injusticias; pero la historia nos enseña que con frecuencia los héroes incurren en errores. En dos grandes libros de la antigüedad —*La Odisea* y *La Ilíada*— escritos por un poeta griego llamado Homero, hallamos que los héroes griegos tenían pasiones y debilidades muy humanas, sentían odio y envidia como cualquier hombre común. Pero las altas figuras de la historia se miden por lo que hacen en favor de sus semejantes, no por sus errores, como los grandes

pintores se miden por sus mejores cuadros, no por los peores, y los grandes escritores por sus páginas más sobresalientes, no por las peores. Así, a Mariño y a Bermúdez se les debe juzgar por sus sacrificios y sus luchas en favor de la patria, no por sus pugnas con el Libertador.

De Güiría, Bolívar se fue otra vez a Haití; y estando allí, recibió una llamada de los jefes de guerrillas que habían seguido combatiendo en Venezuela. La guerra se extendía por Oriente, por la Guayana y por los Llanos de Apure. Los jefes patriotas del país le pedían que volviera a hacerse cargo del comando supremo. El Libertador obtuvo nueva ayuda de Petión y el 21 de diciembre —año de 1816— salió del puerto haitiano de Jacmel hacia Margarita, donde le esperaba Arismendi. El 28 llegó a Juan Griego; el día 1º de enero de 1817 ponía pie en Barcelona.

Volviendo a su viejo plan de atacar directamente hacia Caracas, Bolívar organizó rápidamente algunas fuerzas en Barcelona y se internó en dirección Suroeste, a cierta distancia de la costa, probablemente en busca de la zona montañosa y rica de Ocumare del Tuy. Estaba tan seguro de que tomaría Caracas que había enviado a la capital copias de una proclama avisando que pronto estaría entre los caraqueños. Pero el día 9 de enero se vio interceptado en Clarines por fuerzas realistas superiores a las suyas, fue derrotado y retrocedió a Barcelona. Como sabía que el enemigo trataría de tomar esta ciudad, organizó la defensa en el centro de la villa creando un cinto amurallado que cubría varias cuadras. Gracias a esta medida, a la previsión de reunir en ese recinto víveres y municiones a la actividad del Libertador, Barcelona pudo resistir ataques por tierra y mar que se mantuvieron casi tres meses.

Al fin, el 25 de marzo de 1817, acompañado sólo por algunos oficiales, Bolívar abandonó Barcelona y se internó hacia el Sur, en dirección de La Guayana. Allí, en La Guayana,

Manuel Piar, Cedeño y otros jefes patriotas habían levantado la bandera de la patria y estaban logrando victorias importantes.

El sitio de Barcelona fue el último de una serie de descabros que venía sufriendo Bolívar desde la batalla de Carabobo, realizada casi tres años antes. A partir del momento en que salió de Barcelona, se iniciaba una nueva era en la vida del Libertador. De ahí en adelante el pueblo venezolano, que había seguido a los jefes realistas, iba a defender la causa de la república, y apoyado en su pueblo Simón Bolívar iría de victoria en victoria hasta las altiplanicies de los Andes del Sur.

Un pueblo sin un jefe puede llegar siempre más lejos que un jefe sin pueblo, pero cuando un pueblo encuentra su jefe natural, escribe páginas nuevas en la historia de la humanidad. Puede decirse que al comenzar el año de 1817, Bolívar y Venezuela se unieron en un gran propósito común: la libertad americana.

IX

SITUACIÓN POLÍTICA DE VENEZUELA AL COMENZAR EL AÑO 1817. —APARICIÓN DE LOS CAUDILLOS PATRIOTAS POPULARES. —CONGRESO DE CARIACO. —LA GUERRA EN LA GUAYANA. —EL “DELIRIO DE CASACOIMA”. —TOMA DE ANGOSTURA POR LOS PATRIOTAS EL 17 DE JULIO DE 1817, Y DE GUAYANA LA VIEJA EL 2 DE AGOSTO DEL MISMO AÑO. —IMPORTANCIA DE ESTAS VICTORIAS. —PRISIÓN Y FUSILAMIENTO DEL GENERAL MANUEL PIAR. —MEDIDAS DE GOBIERNO DE BOLÍVAR.

Puede afirmarse que al iniciarse el 1817, la guerra social se hallaba extinguida. Había contribuido a su extinción la presencia en Venezuela de los ejércitos españoles de Morillo, que al actuar como fuerzas de ocupación iban creando en los venezolanos realistas la impresión de que servían a un poder extranjero, puesto que Morillo y sus altos oficiales no convivían con los guerrilleros venezolanos partidarios del rey, como lo habían hecho Boves y otros jefes españoles. Pero había contribuido también en forma importante la muerte de Boves, ocurrida dos años antes en Urica.

Aunque había nacido en España, Boves era un llanero, con todas las virtudes y todas las debilidades del hombre de los Llanos. Muerto él, los llaneros que le habían seguido buscaron otros jefes y no los hallaron entre los españoles.

Los nuevos caudillos que estaban saliendo de los Llanos eran venezolanos y patriotas, gente que en su mayoría era desconocida en 1810 o muy joven para ese año, muchos de

ellos de origen humilde. Se llamaban José Tadeo y José Gregorio Monagas, José Antonio Páez, Zaraza, Cedeño, Anzoátegui.

Cada uno de ellos, seguido por algunos cientos de hombres, luchaban en su región, que por serle bien conocida dominaba en forma indiscutible. Esto hacía la guerra difícil para los españoles. Cada uno de esos jefes patriotas había oído hablar de la Campaña Admirable, de la batalla de Araure, de la de Carabobo, y todos juntos consideraban a Bolívar el comandante indispensable de la guerra. No hay que olvidar que esos caudillos populares debían sentirse deslumbrados por la personalidad del Libertador, joven, distinguido, culto, rico, que combatía como cualquiera de ellos y fue capaz de ganar las batallas más grandes que se habían dado en el país.

Desde luego, Bolívar seguía teniendo rivales. Un grupo de ellos, encabezado por Mariño, trató de evitar que el mando supremo estuviera en sus manos y reunido en una pequeña asamblea llamada Congreso de Cariaco quiso destituir al Libertador. Sucre, que era muy joven entonces, actuó para impedirlo. De todas maneras, Bolívar no hizo caso a la reunión de Cariaco; ya había penetrado de la costa a La Guayana, donde Piar y Cedeño estaban haciendo la guerra con acierto.

Volvamos a ver el mapa de Venezuela y detengamos la atención en la región guayanesa. Tomemos el curso del Orinoco desde el punto en que el Apure desemboca en él y veremos que el Orinoco separa geográficamente las llanuras que le quedaban al Norte de las tierras elevadas que le quedan al Sur. En términos militares se dice que un río como el Orinoco forma una defensa natural. La formaba más aún en los años de Bolívar, pues el río no descendía mucho entonces de nivel, ni aun en los veranos prolongados. Para llegar hasta las orillas del Orinoco, los realistas tenían que atravesar los llanos, que se hallaban infestados de guerrillas patriotas, y luego debían

arriesgarse a cruzar el Orinoco si era que pretendían combatir a Bolívar en La Guayana. La Guayana era rica en productos agrícolas, en mulos —que entonces tenían buena venta en las Antillas—, en maderas; los patriotas podían sacar por el río esos artículos para venderlos en Trinidad y usar el dinero en comprar pertrechos. A fin de dominar las Bocas del Orinoco y tener paso franco para la producción guayanesa —a la vez que impedir la llegada de realistas por ahí—, Bolívar había ordenado a Brion que mantuviera en las Bocas una flotilla de veleros armados.

Cuando Bolívar llegó a La Guayana las fuerzas de Piar y de Cedeño estaban sitiando Angostura, la ciudad más importante del Orinoco, y habían tomado ya Upata y San Félix; pero quedaba en poder de los españoles Guayana la Vieja, que se hallaba donde hoy está Puerto Ordaz. Era importante tomar esa plaza para que los barcos de Brion pudieran llegar hasta la misma Angostura. Bolívar designó a Bermúdez jefe del sitio de Angostura y él en persona se encargó de dirigir el sitio de Guayana la Vieja.

Durante las operaciones del sitio los bongos patriotas pasaban junto a los fuertes españoles de Guayana la Vieja aprovechando las sombras de la noche y las horas de lluvia. Esos bongos llevaban los productos que Brion trasladaba a Trinidad y vendía para comprar las armas, las telas, las medicinas y hasta el papel que necesitaba el ejército libertador. Muchas veces el propio Bolívar protegía desde tierra, con algunos hombres, el paso de los bongos; y cuando estos eran interceptados, se metían por un caño del Orinoco y salían a la laguna de Casacoima, donde podían maniobrar y burlar la persecución española.

Una noche de lluvia el destacamento de Bolívar fue sorprendido por la retaguardia. Para salvarse, Bolívar se tiró a la laguna de Casacoima y nadó hasta el centro. El enemigo le

disparaba y él se zambullía y nadaba bajo el agua. La laguna era un criadero de cocodrilos y culebras venenosas, pero el Libertador pudo salir a la orilla sano y salvo.

Cuando Bolívar pudo reunirse con sus hombres, ya tarde, mientras se calentaba y afuera llovía, comenzó a hablar de lo que tendría que hacer el ejército libertador: cruzaría los Andes, libertaría Nueva Granada, pasaría después a Quito, al Perú, y acabaría echando a los españoles de toda América. Uno de los hombres que le oía, creyendo que el frío de la laguna y los trabajos de la campaña habían desquiciado a Bolívar, pensó que el jefe supremo deliraba, y comentó entristecido: “Guá, como que el Libertador se nos ha vuelto loco”. Si el hombre vivió algunos años más, vio cumplido cuanto dijo Bolívar la noche del episodio conocido en la historia como “el Delirio de Casacoima”.

Angostura cayó en poder de los patriotas el 17 de julio de ese año de 1817. La ciudad había sido evacuada poco a poco por los realistas, que se retiraron a Guayana la Vieja. El jefe español de esta última plaza era el mismo que había perdido meses antes la batalla de San Félix contra Piar, y se llamaba La Torre.

Al comenzar agosto, La Torre no podía sostenerse ya en Guayana la Vieja. El día 2 presentó batalla a Bolívar y fue derrotado. Las fuerzas venezolanas capturaron un enorme botín: catorce barcos mayores y varios pequeños, enorme cantidad de oro y plata, cañones, fusiles y pólvora; además tomaron cerca de dos mil prisioneros.

La caída de Angostura y Guayana la Vieja, logradas en quince días, daba a los patriotas el dominio de toda La Guayana y libre acceso hacia los Llanos de Apure. En esos Llanos operaba Páez, con fuerzas cada vez más numerosas y aguerridas, que tenían a raya a los ejércitos de Morillo. No habiendo ya enemigos entre el frente de Apure y el frente de

Guayana, la línea patriota se extendía desde las Bocas del Orinoco hasta más allá de San Fernando de Apure.

Volvamos a consultar el mapa de Venezuela para apreciar en su verdadera magnitud qué extensión tenía el territorio dominado por las fuerzas venezolanas y para que podamos imaginarnos cuántos hombres, cuántas reses, cuántos caballos, cuántos productos agrícolas podían sacarse de esa vasta extensión.

La guerra no consiste sólo en matar o derrotar al enemigo. Tan importante como eso es disponer de medios para seguir combatiendo, y los medios los da el territorio que se domina. El dominio de un gran territorio, o de uno que no siendo grande sea rico en hombres y recursos, es indispensable para sostener la guerra. Morillo, que era buen militar, hubiera tratado de entrar en La Guayana para que Bolívar no dispusiera de esa importante base de operaciones —que es como se llama el territorio desde el cual opera un ejército—, pero no podía llegar hasta allí; se lo impedían en Apure los lanceros de Páez, en los Llanos de Oriente los de Monagas y Zaraza, y en el extremo Este del país, las tropas de Mariño.

Bolívar acababa de cumplir treinticuatro años, y aunque podía considerarse en ese momento un jefe afortunado, se hallaba ante un grave problema político: el general Manuel Piar, el vencedor en Upata y San Félix, militar de capacidad y mucho prestigio, estaba en rebeldía contra el Libertador.

Esto le había sucedido a Bolívar varias veces y le sucedería muchas más. Pueden contarse con los dedos de una mano los altos oficiales que nunca se rebelaron contra el Libertador: Sucre, Urdaneta, Lara, Soubllette, Anzoátegui —y desde luego Girardot y Ricaurte, ya muertos—, estaban entre esos pocos; y entre los otros, Mariño, Arismendi, Bermúdez, Santander, Páez, Ribas. Ninguno de estos pensó nunca en pasarse a las filas españolas; su lucha con Bolívar era dentro del límite de lo venezolano. Pero en algunos casos los rebeldes llegaron a

la amenaza de muerte, como hizo Piar en Margarita, como hizo Ribas en Carúpano y como Bermúdez en Güiría.

Que se sepa, en ningún momento pensó Bolívar fusilar a uno de esos generales o altos oficiales rebeldes. ¿Por qué, pues, fusiló a Manuel Piar, de quien él mismo dijo años después que era “necesario ser justos; sin el valor de Piar la república no contara tantas victorias”?

Lo fusiló, no porque se rebeló contra él en el orden personal, para arrebatarle el mando, sino porque intentó resucitar la guerra social, complicada con la guerra racial. El propio Libertador lo dijo en una proclama firmada en su cuartel general el 5 de agosto de 1817: “El general Piar, con su insensata y abominable conspiración, sólo ha pretendido una guerra de hermanos en que crueles asesinos degollasen al inocente niño, a la débil mujer, al trémulo anciano, por la inevitable causa de haber nacido de un color más o menos claro”.

Después de la experiencia de 1813 y 1814, a nada temía Bolívar más que a lo que él llamaba “la guerra de colores”, de la cual se valió Boves para destruir los frutos de la Campaña Admirable y dejar a Venezuela convertida en un montón de ruinas. Temeroso de que las prácticas de Piar produjeran el levantamiento de los negros, mulatos, zambos, pardos, indios y mestizos que había en el ejército libertador, Bolívar lo persiguió y lo entregó a un tribunal militar. El vencedor de San Félix fue condenado a muerte y ejecutado en Angostura el 16 de octubre de ese año de 1817.

Como Bolívar había comprendido que a Piar no le faltaba razón en muchos puntos, se esforzó en mejorar las condiciones de la gente humilde que servía en el ejército, y decretó el embargo de las propiedades de los realistas y su repartición entre los soldados de la república. Visto que en esa época las propiedades eran mayormente tierras, esa medida de Bolívar fue la primera reforma agraria de Venezuela;

y visto que entonces no había obreros industriales porque no había propiamente fábricas, la gran masa pobre estaba formada en su mayoría por agricultores sin tierras, y eran ellos los que formaban el grueso del ejército libertador. Darles tierra equivalía a darles seguridad, a la vez que se evitaba que pudieran ser objeto de propagandas como las que hizo Piar.

A partir del fusilamiento de Piar, el Libertador tuvo presente siempre la necesidad de ofrecer seguridad a los desposeídos que servían en el ejército libertador, pues él nunca dejó de temer que se produjera otra guerra social capaz de hundir la república en un desastre parecido al del año terrible de 1814.

En esa ocasión, además, Bolívar se esforzó en mejorar la situación económica del territorio liberado, y estableció el libre comercio de La Guayana con todo el mundo. Declaró a Guayana provincia autónoma y a Angostura capital provisional de Venezuela; estableció la Alta Corte de Justicia, tribunales de primera instancia y de comercio, y designó un Consejo Provisional de Estado que debía funcionar como parlamento provisional.

Como puede verse, esas medidas eran las de un país libre, con suficiente poder para organizarse civil y militarmente. Al terminar el año de 1817, la república era una realidad, no un sueño. Por eso Bolívar podía ver con confianza los resultados de sus luchas. A esa altura, meses después de haber cumplido treinticuatro años, su nombre se oía en todas las lenguas; su fama había pasado de América a Europa y se le tenía por el caudillo de la libertad.

X

SITUACIÓN MILITAR Y POLÍTICA DE ESPAÑOLES Y PATRIOTAS AL TERMINAR EL AÑO 1817. —MORILLO TOMA Y ARRASA LA ISLA MARGARITA. —MOVIMIENTO DE BOLÍVAR HACIA EL NORTE. —DERROTA DE ZARAZA. —MARCHA DE BOLÍVAR HACIA LOS LLANOS DE APURE, EL 31 DE DICIEMBRE DE 1817. —ENCUENTRO DE BOLÍVAR Y PÁEZ. —MORILLO EN CALABOZO. —PUNTOS CLAVES DE LOS ESPAÑOLES. —ATAQUE DE BOLÍVAR A CALABOZO EL 12 DE FEBRERO DE 1818. —LA HAZAÑA DE LAS CAÑONERAS. —DERROTA DE BOLÍVAR EN EL SEMÉN. —ATAQUE A ORTIZ EL 24 DE MARZO DE 1818. —INTENTO DE ASESINATO DEL LIBERTADOR. —RESULTADO DE LA CAMPAÑA DEL CENTRO. —RETORNO DE BOLÍVAR A ANGOSTURA EN JUNIO DE 1818.

Ya hemos dicho, y lo repetimos ahora, que cuando se hace la historia de una guerra no debe hablarse sólo de las batallas. Detrás de los ejércitos enemigos está el territorio que domina cada uno, con sus pobladores, sus ciudades, sus caminos, sus productos, su comercio. La historia de una guerra no se comprende bien si no se sabe qué territorios ocupaban los ejércitos; cuál era la importancia política, económica y militar de esos territorios.

Al finalizar el año de 1817, la situación de Venezuela era la siguiente: en la costa, desde Maracaibo hasta Cumaná, dominaban españoles bajo el mando de Morillo; más allá de Cumaná, hacia el Este, se hallaban fuerzas venezolanas comandadas por Mariño. Tierra adentro, hacia Occidente, en la zona llamada hoy del Centro —Caracas, La Victoria, Maracay,

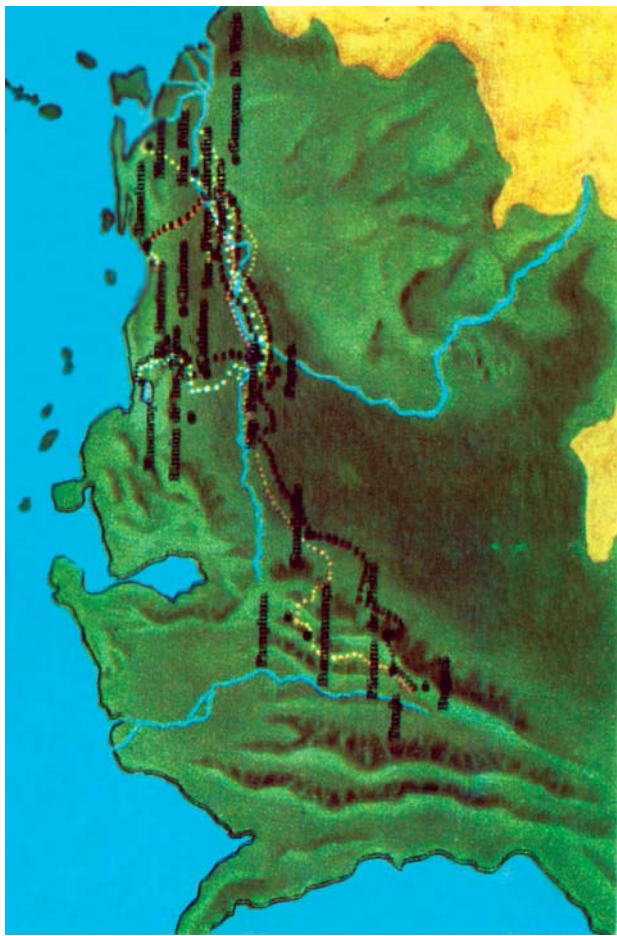
Villa de Cura, Calabozo, Valencia, San Carlos, Barquisimeto, San Felipe—, donde estaban las ciudades más importantes, y en Los Andes, dominaban también los españoles. En los Llanos de Apure los españoles tenían la plaza de San Fernando, pero fuera de ella carecían de fuerza, porque la llanura era un criadero de patriotas encabezados por Páez. Toda La Guayana, exactamente desde el río Orinoco hacia el Sur, se hallaba en manos de Bolívar; y en los Llanos de Oriente operaban los patriotas bajo el mando de Zaraza y otros jefes.

Para Morillo, el dominio de La Guayana por parte de Bolívar resultaba una preocupación debido a que la costa del Atlántico se hallaba bajo el poder de la flota venezolana, cuyo jefe era el almirante Brion, como hemos explicado antes. Esa flota era dueña del mar entre las Bocas del Orinoco y Trinidad, y en cualquier momento podía aparecer ante las costas de Margarita llevando un ejército patriota. Si ese hecho se producía, el ejército que llegara a Margarita podría fácilmente pasar a la costa de la tierra firme y unirse allí con las guerrillas llaneras de Zaraza.

Suponiendo que eso sucediera, los patriotas podían tomar toda la región oriental de Venezuela, y en ese caso, como puede verse en el mapa, estarían en capacidad de extenderse hasta Valle de la Pascua y desde ahí avanzar hacia Caracas a través de los valles de Ocumare del Tuy.

A fin de evitar el peligro de un movimiento patriota de tal naturaleza, Morillo tomó la isla de Margarita y la arrasó.

A esa acción, Bolívar respondió moviéndose de Angostura hacia el Noroeste. Su fin era el mismo que había temido Morillo, pero se proponía realizarlo en sentido contrario: en vez de ir a Margarita para atacar por la costa, avanzaría desde La Guayana a través de lo que hoy es el Estado Anzoátegui; se uniría con las fuerzas de Zaraza y seguiría marcha en busca de los valles del Tuy.



MAPA 6
 MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR

ENTRE EL 8 DE ENERO DE 1817 Y EL 11 DE DICIEMBRE DE 1819.

(Texto al dorso).

MAPA 6
MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR

ENTRE EL 8 DE ENERO DE 1817 Y EL 11 DE DICIEMBRE DE 1819

De Barcelona, por la línea blanca, a Clarines; de Clarines, por la línea rosada y negra, a Barcelona, y de ahí a Angostura. Desde Angostura, viajes a San Félix, Guayana la Vieja, Maturín, San Diego de Cabrutica y Apure, marcados por líneas amarillas. Todos fueron con retorno a Angostura. De Angostura, siguiendo la línea blanca, marcha hasta La Victoria y Maracay, vía Calabozo y El Sombrero; la línea negra que sale de Maracay hacia el Sur marca el retorno a San Fernando de Apure y el retorno a Angostura. De Angostura, por la línea roja, vía Payara, Guasqualito y el Páramo de Pisba, hasta Bogotá; de Bogotá, por la línea rosada, retorno a Angostura por Tunja, Bucaramanga, Pamplona, Pore y Guasqualito.

(No se reproduzca este mapa ni sus textos, en todo o en parte, sin autorización escrita del autor del libro.)

Morillo se adelantó al Libertador: atacó en La Hogaza, Llano del Guárico, a las tropas de Zaraza y las derrotó. Bolívar, que estaba ya con su ejército en San Diego de Cabrutica —en el actual Distrito de Monagas del que es hoy Estado Anzoátegui—, supo la victoria española y se retiró nuevamente a Angostura.

Pero el Libertador tenía otro plan: remontaría el Orinoco y el Apure para atacar Caracas desde el Sur. Preparó sin perder tiempo tres mil hombres, escogió los mejores oficiales entre los que se habían distinguido en esos años, pertrechó bien sus tropas y armó una flota de río. El 31 de diciembre de 1817 abandonó Angostura en dirección Oeste.

Un río como el Orinoco, que corre en terrenos desiguales, y forma a veces violentas cascadas o raudales, deteniéndose en ciénagas, abriéndose en numerosos caños, casi siempre con orillas de fuerte vegetación tropical, poblado de cocodrilos y otros feroces animales de agua, cubierto en grandes extensiones por nubes de mosquitos e insectos peligrosos; un río enorme y salvaje no se navega fácilmente, sobre todo en los días de Bolívar. Gran parte del camino tenía que ser hecha a pies, metiéndose en el agua o en el lodo, evadiendo raudales, cruzando selvas.

El ejército libertador tardó un mes en llegar de Angostura a Cañafístola, hato de los Llanos de Apure en las cercanías de San Juan de Payara, exactamente al Sur de San Fernando. Allí le esperaba José Antonio Páez, *el Compadre*, como le llamaban los llaneros, o el Catire Páez, como le decían algunos.

A fines de ese mes de enero de 1818, Páez, que había cumplido veinticinco años, seis meses atrás, era el jefe de la terrible caballería llanera, la misma que bajo el mando de Boves había destruido a las fuerzas de Bolívar en 1814. Después de la muerte de Boves esos llaneros se habían ido reuniendo alrededor de Páez, que les había ofrecido las tierras de los realistas, así como Boves les había ofrecido las de los mantuanos.

Desde 1815, Páez estaba dando que hacer a los realistas con su manera audaz de combatir, diferente a la de Boves, pero tan destructora como la del caudillo muerto. Boves atacaba puntos fuertes con miles de hombres; Páez daba asaltos violentos, rápidos e inesperados, y retornaba de inmediato con sus lanceros a sus guaridas de la llanura.

Cuando Morillo ocupó Nueva Granada —la actual república de Colombia—, el gobierno neogranadino se refugió en los Llanos de Casanare, y su único protector armado era Páez. En el año 1816, ese gobierno nombró a Páez brigadier, en sustitución del coronel Francisco de Paula Santander, quien fue más tarde vicepresidente de Colombia. En 1817 Páez reconoció a Simón Bolívar como jefe de las fuerzas libertadoras de Venezuela, y por tanto se sometió a sus órdenes.

Para Morillo, la destrucción de Páez era una necesidad; de ahí que tan pronto logró derrotar a Zaraza comenzó a organizar la campaña contra el jefe llanero; reforzó la guarnición de San Fernando de Apure y estableció su cuartel general en Calabozo, plaza desde la cual podía proteger la retaguardia de San Fernando y a la vez cerrar el paso de Páez hacia el Norte. Bolívar había previsto ese plan de Morillo, y se le adelantó marchando al encuentro de Páez.

Si queremos comprender por qué Morillo escogió Calabozo como cuartel general, debemos consultar otra vez el mapa de Venezuela. Con él por delante vemos que el núcleo político, económico y militar de los realistas, su región clave, estaba en el cuadrado irregular que forman las siguientes líneas: de Caracas a Puerto Cabello, de Puerto Cabello a Valencia, de Valencia a Ocumare del Tuy, de ahí otra vez a Caracas. Fuera de ese cuadrado, por el Sur, está Villa de Cura. Pero Villa de Cura se halla tan cerca de Valencia, de Maracay y de La Victoria, que si el ejército realista era vencido en Villa de Cura, las fuerzas patriotas que lo vencieran ahí podían tomar el mismo



Toma de las flecheras —cañoneras— por Páez y sus (cincuenta) llaneros. Óleo de Tito Salas.

día Maracay, La Victoria o Valencia; es decir, penetrarían en la región clave del poder español y pondrían en peligro ese poder.

El único punto que dominaba los caminos del Llano y a la vez era militarmente defendible y se hallaba lo bastante alejado de la región clave que hemos mencionado como para dar tiempo a organizar defensas rápidamente en Valencia, o La Victoria, o Maracay, era Calabozo. Por eso Morillo estableció su cuartel general en esa plaza. Además, bastante cerca de Calabozo, hacia el Sur, estaba la guarnición realista de San Fernando de Apure, que en caso de necesidad podía acudir en ayuda de Calabozo. Morillo, pues, tenía razones militarmente bien fundadas para sentirse seguro en la posición que había elegido.

Pero Morillo no contaba con Bolívar. Bolívar llegó a Cañafístola, tomó en el acto el mando de las fuerzas suyas y las de Páez unidas, avanzó hacia el Norte dejando San Fernando a un lado, y el 12 de febrero —año de 1818— cayó como un rayo sobre Calabozo. La sorpresa fue total. Cuentan que Morillo se negaba a creer que los patriotas estaban destrozando sus buenos batallones, y que mientras saltaba sobre su caballo para escapar se preguntaba de dónde había salido aquel ejército de demonios que le había caído encima. El jefe español huyó hacia el Norte y fue a refugiarse en Villa de Cura.

El general Páez cuenta en sus *Memorias* que cuando planeaba su ataque a Calabozo, Bolívar estaba preocupado porque no disponía de embarcaciones para cruzar el Apure. Si estudiamos el mapa podemos apreciar que era imposible marchar hacia el Norte desde San Juan de Payara, lugar donde el Libertador había establecido su cuartel general, sin cruzar el Apure, bastante ancho frente a San Fernando. El ejército libertador era de cinco mil hombres, con artillería, municiones, reses para comer, todo lo cual formaba lo que en lenguaje militar se llama bagaje o impedimenta.

El único paso del río que no se hallaba al alcance de los cañones de San Fernando estaba guardado por varias embarcaciones realistas armadas de artillería. Páez se propuso tomar esas embarcaciones ¡con cincuenta hombres de a caballo! Cuenta Páez: “Llegamos a la orilla del río con las cinchas sueltas y las gruperas quitadas para rodar las sillas al suelo sin necesidad de apearnos de los caballos. Así se efectuó, cayendo todos juntos al agua, y fue tal el pasmo que causó al enemigo aquella operación inesperada, que no hizo más que algunos disparos de cañón, y en seguida la mayor parte de su gente se arrojó al agua. La misma partida de caballería corrió a ponerse al frente de la plaza (esto es, a la salida de San Fernando) para impedir que se diera parte al general Morillo, el cual se hallaba en Calabozo. Catorce embarcaciones apresamos entre armadas y desarmadas”.

Tomar barcos de guerra con caballerías es un hecho de armas extraordinario, quizás único en la historia militar del mundo; y por esa acción se deduce qué clase de hombres eran los soldados libertadores y hasta dónde podía ir Bolívar con tropas tan resueltas.

Persiguiendo a Morillo, el Libertador llegó a San Mateo, Maracay y La Victoria. Si Páez no se hubiera negado a internar su caballería en las montañas del Centro, el Libertador hubiera podido tomar Caracas. Pero Páez opinó que los caballos se inutilizarían en la zona montañosa y que el ejército patriota podía verse incapacitado para seguir avanzando cuando más lejos se hallara de su base de operaciones. Bolívar le ordenó entonces retornar al Sur, donde el jefe llanero atacó y tomó San Fernando de Apure el día 6 de marzo. Mientras tanto, Bolívar se quedó operando en el Centro.

Los titubeos de Páez dieron lugar a que Morillo se fortaleciera en Valencia y Morales se hiciera fuerte en La Victoria, adonde llevó tropas frescas. Por las vecindades de San Carlos

se movía un temible guerrillero venezolano al servicio de España, llamado Rafael López. López se encaminó al Este y Bolívar temió verse acorralado por Morillo, Morales y López, por lo que decidió replegarse a Calabozo.

Camino hacia el Sur, al salir de la garganta de la Puerta, el Libertador se halló con su flanco amenazado en la meseta del Semén y resolvió encarar la amenaza atacando. Sufrió una fuerte derrota y se refugió en Calabozo, donde se le reunió Páez, que volvía vencedor de San Fernando. Reforzado por Páez, Bolívar marchó sobre Ortiz, donde se encontraba La Torre —el mismo a quien había vencido en Guayana la Vieja—, y lo atacó el día 24 de marzo de ese año de 1818. La Torre tuvo que abandonar Ortiz, pero las fuerzas libertadoras quedaron diezmadas.

Bolívar comenzó a volver los ojos hacia el Oeste, tal vez pensando en dar un rodeo para caer sobre Valencia. Despachó a Páez hacia la región de San Carlos, y a mediados de abril él mismo se dirigió hacia esa zona por la vía de Los Tiznados al frente de unos mil hombres.

Rafael López, que operaba por esos lugares, supo por un traidor que Bolívar acamparía en el Rincón de los Toros, e incluso supo dónde dormiría el Libertador; así, destacó a un grupo que atravesó a media noche el campamento patriota y penetró hasta el sitio donde estaba la hamaca de Bolívar. Ya allí, los atacantes comenzaron a disparar.

El Libertador salvó la vida milagrosamente; y esa madrugada, mientras los soldados republicanos huían por la llanura al grito de “¡El Libertador está muerto!”, él, llevado en la grupa por uno de sus oficiales, cabalgó hasta encontrar otra vez a sus hombres; después se dirigió hacia el Sur, a San Fernando de Apure, adonde llegó enfermo al finalizar ese mes de abril de 1818.

Con la entrada de Bolívar en San Fernando quedó terminada la etapa militar llamada por los historiadores Campaña del Centro. Del ejército llevado de Angostura, y de los refuerzos que llegaron después, quedaron sólo algunos restos.

La guerra es así, como la vida misma, se vence, se es vencido. Lo que no puede perderse es la fe, si la causa por la cual se lucha es justa. Bolívar no perdía la fe en sí mismo y en su pueblo. Allá, hacia el Este, se hallaba La Guayana; allí habría que comenzar de nuevo. Y al romper el mes de junio de ese año de 1818, el Libertador se encontraba en Angostura, con la salud recuperada y listo a iniciar una nueva campaña.

XI

LA LEGIÓN BRITÁNICA. —EL “CORREO DEL ORINOCO” Y LA DIRECCIÓN DE LA GUERRA. —VIAJES DEL LIBERTADOR. —INAUGURACIÓN DEL CONGRESO DE ANGOSTURA, EL 15 DE FEBRERO DE 1819. —SU IMPORTANCIA EN LA CREACIÓN DE LA REPÚBLICA. —NUEVA MARCHA HACIA APURE. —LA HISTÓRICA ACCIÓN DE LAS QUESERAS DEL MEDIO, EL 3 DE ABRIL DE 1819. —EL PASO DE LOS ANDES, EN JULIO DEL MISMO AÑO. —SUFRIMIENTOS DEL EJÉRCITO LIBERTADOR. —ACCIÓN DEL PANTANO DE VARGAS, EL 25 DE JULIO, Y BATALLA DE BOYACÁ EL 7 DE AGOSTO (1819). —ENTRADA DEL LIBERTADOR A BOGOTÁ EL 11 DE AGOSTO. —SU RETORNO A ANGOSTURA EL 11 DE DICIEMBRE. —CREACIÓN DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA, EL 17 DE DICIEMBRE DE 1819.

A su retorno a Angostura, la pequeña ciudad del Orinoco que él había convertido en capital de una república en armas, Bolívar halló que ya estaban llegando allí los soldados ingleses que iban a formar la célebre Legión Británica.

Como se sabe, Inglaterra había tenido la parte más importante en la larga guerra de los gobiernos europeos contra Napoleón; al terminar esa contienda con la derrota de Napoleón en la histórica batalla de Waterloo, millares y millares de soldados ingleses habían sido devueltos a la vida civil, lo que en lenguaje militar se llama “licenciados”. La situación económica era mala en Europa y sobre todo en Inglaterra; los soldados desmovilizados esperaban usar con provecho, en la rica tierra de Venezuela, su experiencia militar, y el gobierno inglés veía con simpatía la participación de esos hombres en

la lucha por la libertad de los países americanos, que hasta poco antes había sido tierra prohibida a los británicos.

El Libertador se dedicó a organizar con esos expedicionarios varios cuerpos que despachaba hacia los frentes de guerra, y al mismo tiempo comenzó la importante tarea de crear un régimen político legal. Para lograr esto último convocó a un Congreso que estaría encargado de redactar la Constitución de Venezuela. Ese sería el célebre Congreso de Angostura, que iba a quedar instalado el 15 de febrero de 1819. A fin de contar con un órgano de opinión pública que pudiera defender y difundir la obra de los libertadores, fundó el *Correo del Orinoco*, un periódico en que a menudo él mismo escribía artículos y notas sin firmarlas.

Pero esos trabajos no eran los únicos en que se ocupaba el Libertador. Atendía a toda hora los detalles relacionados con el ejército y la marina; se mantenía al tanto en cuanto se refiriera a la vida militar, que era en esos años el centro de la vida del país. Se interesaba por saber si la caballería contaba con herraduras suficientes, cuántos hombres habían desertado en el batallón tal, y por qué; si un oficial faltaba a sus deberes; se ocupaba en recibir a representantes de gobiernos extranjeros, en despachar él mismo lo que se refería a una reclamación internacional, a un empréstito que se negociaba con Inglaterra, al precio de los mulos o del tabaco que se vendían en las Antillas.

Muchos hombres desean destacarse; sienten la necesidad de que los demás reconozcan sus méritos. Pero no se consagran a hacer lo necesario para alcanzar la gloria o el poder. En este aspecto, como en muchos otros, Simón Bolívar nos dio una lección: se dedicó con toda el alma a la obra que había emprendido, y no tenía a mal ocuparse en los detalles pequeños, al parecer sin importancia, de cuanto se relacionara con esa obra. No basta tener ideas; hay que hacerlas realidad en lo grande y en lo minúsculo.

En medio de esa actividad, el Libertador viajó a Apure para entrevistarse con Páez, y a Maturín para hablar con Mariño y Bermúdez. Al mismo tiempo preparaba su atrevida campaña de Boyacá, que realizaría a mediados de 1819. Para este propósito ordenó a Santander que organizara fuerzas en Casanare, unos llanos que están al oeste de los Llanos de Apure, y le envió hombres y armas para que fuera adelantando su tarea.

En las horas que otros hombres dedicaban al descanso, Bolívar dictaba cartas o proclamas, se entrevistaba con sus colaboradores, meditaba o leía. El Libertador se mantenía al día en lecturas; solicitaba libros en francés, en inglés, en italiano, en español; libros de estudio, novelas, poesía. El caudillo de la libertad sabía que la acción debe ser completa con la ciencia y la belleza, a fin de que los actos se mantengan dentro de la armonía que debe regir la vida de los hombres.

Terminó el año de 1818 y comenzó el de 1819 con nuevas perspectivas. En febrero, el día 15, quedó establecido el Congreso de Angostura. Al declararlo abierto, Bolívar leyó un largo e importante discurso que todo latinoamericano debe leer, a su tiempo, para que pueda comprender el pensamiento político de ese padre de naciones.

Es importante saber lo que él pensaba, porque los pueblos van progresando debido a que acumulan las ideas de sus grandes hombres, que es un capital inapreciable en la evolución social.

El Congreso de Angostura estudió un proyecto de Constitución que le sometió el Libertador; aceptó algunas de sus ideas y rechazó otras. Es importante no olvidar esto, porque alguna gente puede pensar que como era jefe militar del país, Bolívar imponía su juicio a los demás, y lo cierto es que durante la mayor parte de su vida, nadie respetó la libertad ajena tanto como él.

Una Constitución es la ley que determina cuál habrá de ser la organización del Estado; ella es la que dice si ese Estado será monárquico o republicano; cuáles serán los deberes y cuáles los derechos de los ciudadanos; cuáles los deberes y cuáles los derechos del gobierno. La Constitución aprobada por el Congreso de Angostura proclamó que Venezuela sería una república centralista, con gobierno encabezado por un presidente. Bolívar fue designado presidente provisional, y como el país se hallaba en guerra contra España, se le concedieron poderes especiales para que pudiera hacer frente a los problemas que originaba la guerra.

Inmediatamente después, mientras los diputados al Congreso seguían deliberando sobre varios asuntos, el Libertador marchó hacia el Oeste, en dirección de Apure. Iba a reunirse con Páez y a organizar el cruce de los Andes para caer sobre Bogotá.

Bolívar llegó al cuartel general de Páez a mediados de marzo —año 1819—, y el 3 de abril, desde la orilla derecha del río Arauca, presenció la hazaña de Queseras del Medio, una acción en que ciento cincuenta llaneros montados, que simulaban huir de las fuerzas realistas, al grito de “¡Vuelvan caras!” que les dio su jefe Páez, viraron en redondo y arremetieron contra el enemigo, que los perseguía creyéndoles derrotados, y a pura lanza destruyeron en un instante la vanguardia del ejército de Morillo. El enemigo se retiró dejando en el campo toda su artillería y quinientos muertos. Los vencedores, cuyas únicas armas eran lanzas, tuvieron dos muertos y algunos heridos. De parte de los realistas mandó la acción Narciso López, un coronel venezolano de treinta años que fue más tarde el creador de la bandera cubana y murió luchando por la libertad de Cuba.

Después de las operaciones de limpieza que siguieron a la acción de Queseras del Medio, Bolívar se dirigió al Oeste. En Guasualito volvió a reunirse con Páez, quien recibió órdenes

de dirigirse hacia San Cristóbal mientras Arismendi las recibió de operar en los Llanos de Barinas. La función de Páez era impedir que las fuerzas realistas que se hallaban en los Llanos de Apure pasaran a Nueva Granada, y a la vez debía amenazar la retaguardia de los realistas que se movían entre Pamplona y San Cristóbal; con esa amenaza se evitaba que quedaran libres para ser enviadas a Bogotá. En cuanto a Arismendi, debía evitar que Morillo tomara la vía de los Andes por el camino de Guanare, Boconó y Trujillo, por el cual podía dirigirse a Nueva Granada.

Para seguir ahora al Libertador debemos recurrir a un mapa más amplio que el de Venezuela; al de Venezuela y Colombia juntas. Bolívar tomó como punto de partida a Arauca, población situada a pocos kilómetros al Sur de Guasualito. Podemos trazar una línea de Arauca a Santa Fe de Bogotá y veremos que esa línea corre en dirección sudoeste, como una diagonal. El ejército libertador, como es claro, no siguió una línea recta, pues ¿quién puede hacerlo cruzando ríos, montañas, páramos, por lugares donde jamás puso los pies un ser humano? La línea diagonal de que hablamos sólo nos sirve para darnos cuenta de la dirección en que iban los libertadores.

A fines de abril —recordemos otra vez que era el año de 1819— Bolívar se reunió con Santander y los hombres que éste había organizado, y luego con Anzoátegui y sus tropas. El ejército libertador cruzó las llanuras de Arauca y Casanare, y al comenzar el mes de julio empezó a subir los Andes, buscando el rumbo del Páramo de Pisba.

La travesía de la cordillera andina es una de las más grandes hazañas realizadas durante la guerra de independencia, tan abundante en hechos asombrosos. En el ejército de Bolívar iban algunos ingleses que conocían el frío de Europa y neogranadinos que habían vivido en las altas mesetas de los Andes. Pero la gran mayoría entre oficiales y tropa procedía

de tierras bajas y calientes, hombres que jamás habían imaginado siquiera lo que era la temperatura de los páramos, en los cuales sopla día y noche un viento helado.

El ejército no llevaba ropas para enfrentarse al frío inclemente de la nieve, pues no era posible conseguirlas en esa época en Venezuela. No se podía contar con que en el camino hubiera poblaciones donde acampar. Se carecía de tiendas para pasar la noche y hasta de capas que ofrecieran protección contra la lluvia. De manera que en cuanto el frío, la ventisca y el granizo comenzaron a castigar a los hombres, estos hallaron que no tenían cómo defenderse. Durante la travesía se perdieron casi todos los caballos y todas las provisiones; la mayor parte de las armas y de las municiones quedó abandonada en la marcha.

La necesidad de salvar la vida y la voluntad de vencer el obstáculo llevaron al ejército libertador a realizar el milagro de pasar la peor parte de los Andes en cuatro días. Ya en el lado opuesto de la Cordillera, y con la ayuda de los campesinos de la región de Tunja, los soldados comenzaron a alimentarse, a vestirse y a armarse de nuevo. Como los realistas no podían esperar que Bolívar se atreviera a cruzar los Andes por una zona eternamente helada, necesitaron algunas semanas para reaccionar, y ese tiempo fue aprovechado por los libertadores para reponerse.

El día 25 de julio —año de 1819—, el enemigo acometió a Bolívar en el Pantano de Vargas, un punto que se hallaba a menos de doscientos kilómetros de Bogotá. La batalla del Pantano de Vargas comenzó mal para los patriotas, pero Bolívar ordenó una carga de los lanceros que mandaba Rondón, y el ejército realista no pudo resistir a los llaneros. Al retirarse, el enemigo dejó más de quinientos muertos. Inmediatamente Bolívar avanzó y el 5 de agosto entró en Tunja, capital de la provincia del mismo nombre. Ya estaba casi en las puertas de Bogotá, donde gobernaba un virrey español.



Batalla de Boyacá, 7 de agosto de 1819. Óleo de Tovar y Tovar.

Pero dos días después, el 7 de agosto, el ejército español, al mando del general Barreiro, pasaba casi a la vista de Tunja, en dirección a Bogotá. Si esa fuerza, que era de tres mil hombres, entraba en Bogotá, a Bolívar se le haría difícil tomar la capital de Nueva Granada; y si lograba destruirla antes de que llegara a la capital, ésta se quedaría sin fuerzas que la defendieran. Así, Bolívar se adelantó al enemigo y le interceptó el paso a la entrada del puente de Boyacá.

En términos militares se llama vanguardia a la parte de un ejército que marcha delante del cuerpo principal, a distancia de uno, dos o más kilómetros, según lo aconseje el terreno. La vanguardia de Barreiro fue atacada de sorpresa por fuerzas al mando de Santander, precisamente cuando entraban en el puente de Boyacá. El resto del ejército realista avanzó para destruir a Santander, pero se encontró atacado por los hombres de Anzoátegui, que dividieron a los realistas en dos. En ese momento entró en acción la Legión Británica: avanzó y envolvió a una de las dos partes en que había quedado dividido el ejército realista, mientras Santander abandonaba su puesto frente a la vanguardia española —que ya estaba inmovilizada y prácticamente deshecha— y corría a envolver la otra parte del enemigo.

La batalla de Boyacá se ganó con rapidez. En poco tiempo los realistas tenían más de quinientos muertos y más de mil quinientos heridos. Todos los jefes quedaron prisioneros, desde el general Barreiro hasta el último teniente, y con ellos mil seiscientos soldados. Los libertadores tuvieron trece muertos y cincuentidós heridos. Al caer la tarde de ese día 7 de agosto de 1819, no había en toda la región fuerza enemiga capaz de dar batalla a Bolívar.

Al día siguiente, cuando los prisioneros desfilaban ante el vencedor, se vio a Bolívar fijar sus ojos en uno de ellos. De pronto lo hizo llamar. Era Francisco Fernández Vinoni, el oficial venezolano que había organizado, siete años antes, la

traición de Puerto Cabello, aquel primer fracaso militar del entonces coronel Simón Bolívar. Fernández Vinoni fue sacado de las filas y poco después colgaba de un árbol.

La victoria de Boyacá dejó abierto el camino hacia Bogotá. En menos de dos meses, esos locos del ejército libertador habían ascendido del fondo de los Llanos de Arauca a las altas mesetas andinas; habían bajado por la otra ladera desarmados, hambrientos, desnudos; habían vencido en Pantano de Vargas y destruido al enemigo en Boyacá. El virrey Sámano huyó a Cartagena y el 11 de agosto el Libertador hacía su entrada triunfal en la capital del virreinato de la Nueva Granada (Santa Fe).

En septiembre, sin embargo, el vencedor se dirigía a Angostura por el camino de San Cristóbal. En Angostura se habían rebelado contra él Arismendi y Mariño, pero la rebelión terminó cuando se conoció la victoria de Boyacá.

El libertador entró en Angostura, con honores de triunfador, el 11 de diciembre de ese glorioso año de 1819. El mismo día pidió al Congreso la unión de Nueva Granada y Venezuela bajo el nombre de República de Colombia. El 17 se dictaba la creación de la nueva república, el 25, día de la Natividad del Señor, se proclamaba con toda solemnidad, en ciudades, villas, pueblos, aldeas y cuarteles, la existencia de esa vasta nación, que iba del Atlántico al Pacífico y de las costas del Caribe a las selvas tropicales del Sur.

XII

LA GUERRA DE INDEPENDENCIA VISTA EN EUROPA. —SUS CONSECUENCIAS EN ESPAÑA. —SUBLEVACIONES CONTRA FERNANDO VII. —GOBIERNO LIBERAL EN ESPAÑA, AÑO DE 1820. —TRATADO DE ARMISTICIO EN VENEZUELA Y ENTREVISTA DE BOLÍVAR Y MORILLO, EL 26 DE NOVIEMBRE DE 1820. —SUBLEVACIÓN DE GUAYAQUIL EN DICIEMBRE DE ESE AÑO. —VIAJES DE BOLÍVAR. —MARACAIBO SE PASA A LA REPÚBLICA, EL 28 DE ENERO DE 1821. —RUPTURA DEL ARMISTICIO. —SITUACIÓN DE LAS FUERZAS ESPAÑOLAS Y VENEZOLANAS A MEDIADOS DE 1821. —SEGUNDA BATALLA DE CARABOBO, EL 24 DE JUNIO DE 1821.

Como en esos años de principios del siglo XIX no había telégrafo, ni radio, ni aviones, ni automóviles, ni buques de vapor, las noticias tardaban en ir de un país a otro, porque eran transmitidas a caballo o en barco de vela. Pero la lentitud en la transmisión no restaba interés a las noticias de lo que pasaba en América. En la América del Sur, en la del Norte y en Europa, la gente seguía con pasión los movimientos del ejército libertador y el nombre de Bolívar corría de boca en boca en Buenos Aires, México, Nueva York, Londres, París, Roma.

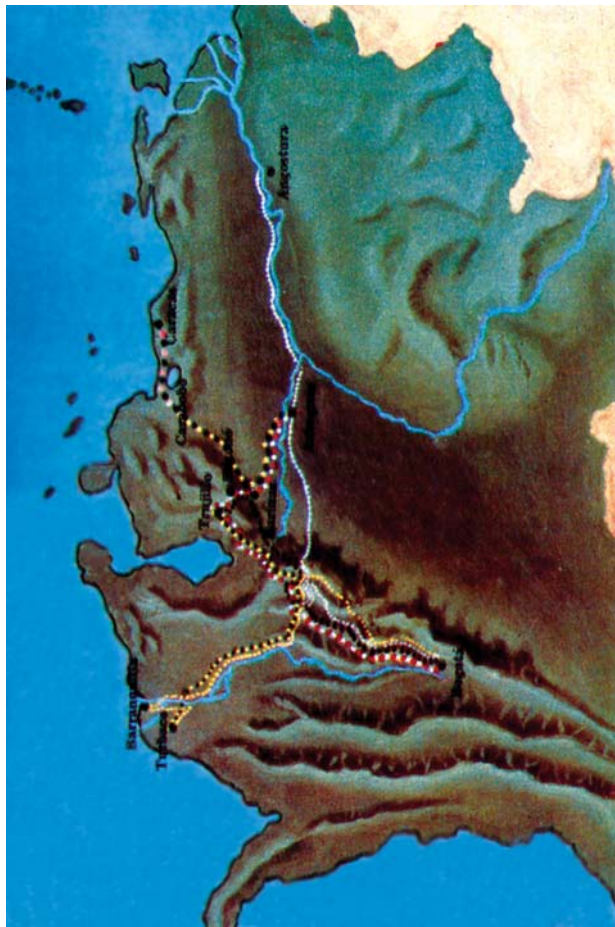
Fue grande el entusiasmo que despertaron en todas partes el cruce de los Andes y la toma de Santa Fe de Bogotá. Con esa campaña Bolívar había llevado el territorio libre a una extensión mayor que la de España, Portugal, Italia, Inglaterra, Francia y Alemania unidas. Los entendidos estudiaban los mapas de la América del Sur y quedaban asombrados por la enorme

distancia de los frentes de guerra, por las diferentes clases de terrenos en que se combatía: selvas, llanos, montañas de nieves perpetuas, zonas de pantanos y de ríos torrentosos, lugares llenos de insectos dañinos y animales peligrosos.

Los cronistas describían al soldado llanero, casi desnudo, alimentado con carne sin sal, a menudo cruda, armado de una lanza que con frecuencia era sólo un palo duro con punta hecha al fuego; describían el paso de los grandes ríos y explicaban que para llevar la artillería de una orilla a la otra se colocaban los cañones sobre bolsas hechas con pieles de reses y hombres a caballo arrastraban esas bolsas hasta que lograban cruzar las corrientes. Se informaba que la mayor parte de los jefes eran jóvenes; que unos procedían de familias aristocráticas, como el propio Bolívar; pero otros habían nacido en cunas humildes y muchos eran hijos de esclavos; que todos habían aprendido el arte de la guerra mientras combatían y que algunos ni siquiera sabían leer y escribir.

En Europa estaban entonces los países más importantes del mundo, que eran Inglaterra y Francia. Todavía ni los Estados Unidos ni Rusia tenían la categoría que alcanzarían después. En Inglaterra y en Francia las gentes seguían con interés, y en muchos casos con pasión, las noticias sobre la gran revolución de Venezuela. Europa comprendía que los países americanos tenían un hermoso porvenir, y si lograban ser independientes podrían pensar algún día en los destinos de la humanidad.

Para esas gentes, la encarnación de ese porvenir y el símbolo de la libertad se llamaban Simón Bolívar. El joven general atraía la atención de todos. Se lo imaginaban vestido a la moda de la época, de calzón casi siempre blanco pegado a las piernas, botas negras hasta más arriba de las rodillas, casaca de levita azul o negra, con adornos dorados y botonadura brillante; el rostro quemado por el sol y los vientos de la Cordillera



MAPA 7
MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR

ENTRE FINES DE DICIEMBRE DE 1819 Y EL 28 DE JUNIO DE 1821.

(Texto al dorso).

MAPA 7
MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR

ENTRE FINES DE DICIEMBRE DE 1819 Y EL 28 DE JUNIO DE 1821

De Angostura, por la línea blanca, a San Cristóbal; varios viajes entre San Cristóbal y Cúcuta y uno a Bogotá; de Bogotá, siguiendo la línea amarilla, a San Cristóbal, a Cúcuta, a Ocaña, Barranquilla y Turbaco; de Turbaco, por la línea amarilla y negra, a Ocaña, Cúcuta, San Cristóbal, Mérida y Trujillo; de Trujillo por la línea roja, a Boconó, Barinas, San Cristóbal, Cúcuta y Bogotá, vía Bucaramanga. De Bogotá, por la línea blanca y roja, a Cúcuta, San Cristóbal, Mérida, Trujillo, Boconó, Barinas y Achaguas; de Achaguas, siguiendo la línea verde y negra, a Barinas, Guanare y San Carlos hasta Carabobo, donde dio la última batalla del mismo nombre. De Carabobo —línea rosada y negra— a Caracas, por Valencia y La Victoria.

(No se reproduzca este mapa ni sus textos, en todo o en parte, sin autorización escrita del autor del libro.)

andina, los ojos iluminados y tristes, negro el cabello, las patillas largas y abundantes, jinete en su caballo de guerra, cruzando selvas, pantanos y montañas.

En esos días finales de 1819, Bolívar era la figura más popular en los países más importantes del mundo. Nadie ignoraba su nombre, y a medida que él ganaba popularidad ganaba terreno también la causa de la libertad, que él representaba. Las ideas de Bolívar iban propagándose y extendiéndose hasta en la propia España, donde ya eran numerosos los partidarios de la independencia americana; y como la independencia de nuestros países significaba también la libertad individual, sus efectos en España formaban una corriente que pedía libertades públicas para los españoles.

Esa corriente se llamaba "liberal". Los liberales españoles veían en Bolívar la encarnación de sus ideas, y se oponían a que se enviaran tropas a combatirlo, y al mismo tiempo reclamaban que se pusieran en práctica en España las medidas de gobierno que estaban estableciéndose en América. La agitación era fuerte en España, a tal extremo que el gobierno había tenido que reprimir varias tentativas liberales. Por fin, el día de Año Nuevo de 1820, un gran ejército que se hallaba en el puerto español de Cádiz esperando ser embarcado para Venezuela, se sublevó bajo el mando del general Riego y obligó al rey Fernando VII a formar un gobierno liberal.

Este movimiento español se reflejó inmediatamente en América, y sobre todo en la recién nacida República de Colombia. Morillo recibió instrucciones para que llegara a acuerdos con los patriotas; la guerra se paralizó, aunque no terminó, y Bolívar aprovechó algunos meses en viajar para organizar el país.

De Angostura, el Libertador volvió a San Cristóbal; se movió repetidas veces entre San Cristóbal y Cúcuta; fue a Bogotá por la vía de Pamplona y retornó a San Cristóbal por

la de Tunja. La plaza fuerte de Cartagena seguía en manos españolas, y Bolívar ordenó que se la tomara; y con motivo de las operaciones en esa zona, viajó hasta las cercanías de Cartagena y llegó hasta Barranquilla; luego retornó a San Cristóbal por Ocaña y Cúcuta.

Mientras tanto, las negociaciones para un armisticio iban progresando. Según esas negociaciones, España reconocía que los libertadores tenían poder militar y civil para organizar las antiguas colonias como país independiente. Armisticio quiere decir paz provisional, y si por cualquiera razón esa paz provisional quedaba rota después de acordada, la guerra no se reanudaría como fue antes, esto es, como guerra civil entre realistas y republicanos, sino como contienda internacional entre españoles de un lado y colombianos del otro.

A partir de la firma del armisticio los liberales dejaban de ser súbditos del rey de España que se habían sublevado contra Su Majestad, y pasaban a ser patriotas que defendían su territorio contra una potencia militar extranjera. Este cambio en la situación jurídica de ambas fuerzas era muy importante desde el punto de vista internacional y desde el punto de vista político en lo nacional.

Según el tratado que estaba negociándose, realistas y patriotas se comprometían a suspender la guerra durante seis meses, a permitir comercio entre los territorios enemigos, a tratar de llegar a un acuerdo de paz definitivo y a regularizar la guerra, en caso de que se reanudara. La regularización de la guerra significaba que los prisioneros serían respetados, que podrían cambiarse los de un bando por los de otro, que la población civil no sería sometida a la ley militar.

Para seguir de cerca las negociaciones, Bolívar viajó de San Cristóbal a Trujillo. El tratado fue firmado el día 26 de noviembre de 1820. Al día siguiente, el Libertador y Morillo

se entrevistaron en el pequeño pueblo de Santa Ana, que se halla cerca de Trujillo. La entrevista comenzó con un abrazo y terminó con un brindis.

Dos semanas después de la firma del armisticio se sublevó en Guayaquil el batallón realista Numancia y proclamó a esa región libre de España. Por esa época, Guayaquil pertenecía legalmente al que había sido hasta poco antes Virreinato de Nueva Granada (Santa Fe). Eso quiere decir que se hallaba dentro de los límites de Colombia. Cuando Bolívar lo supo envió armas a los sublevados e inmediatamente, sospechando que la situación de esa zona podía complicarse, comenzó a prepararse para ir a Guayaquil.

Pensando que a la terminación de los seis meses de armisticio las fuerzas libertadoras debían estar en capacidad de hacer frente a la reanudación de la guerra, el Libertador dedicó su atención al problema militar. Con ese fin se movió de Trujillo a Barinas por la vía de Boconó; subió de Barinas a San Cristóbal por Las Piedras y viajó a Bogotá, de donde fue a Cúcuta. Como presidente provisional de Colombia, él había convocado a un Congreso que debía reunirse en Cúcuta en enero de 1821 para elaborar la Constitución definitiva de la república, y su propósito era esperar en esa ciudad la reunión de los delegados.

El armisticio debía durar hasta el 26 de abril de 1821. Pero sucedió que el 28 de enero la guarnición de Maracaibo—ciudad que había permanecido leal a España— se sublevó y se proclamó partidaria de Colombia. A esa altura Morillo se había retirado a España y le había sucedido como capitán general español don Miguel de La Torre, el mismo general que había sido vencido por Bolívar en Guayana la Vieja y en Ortiz. La Torre consideró que lo sucedido en Maracaibo rompía el armisticio, y aunque Bolívar se esforzó en evitar la reanudación de la guerra, no pudo conseguirlo.

Gracias a la previsión de su jefe, al quedar roto el armisticio el ejército libertador podía disponer de doce mil hombres; y aunque más o menos ese número era el de las tropas de La Torre, sucedía que la mitad de las fuerzas españolas estaba formada por venezolanos y neogranadinos, entre los cuales iba creciendo por días la admiración y la simpatía por sus compatriotas del ejército libertador.

Con la incorporación de Nueva Granada los patriotas habían ganado mucho, pues Nueva Granada no había sufrido una guerra social destructora como la que padeció Venezuela unos años antes. Las riquezas neogranadinas estaban casi intactas, en hombres, reses vacunas, caballos y productos agrícolas. Además, en esos primeros meses de 1821 la opinión pública del país no era ni siquiera parecida a la de 1814. La mayoría de la población había acabado inclinándose a la idea de la independencia y no veía con buenos ojos la presencia de tropas del rey en ciudades como Caracas, Valencia o Cartagena. Al quedar roto el armisticio, los patriotas tenían sobre los españoles ventajas económicas y políticas que debían transformarse en ventajas militares tan pronto se reiniciara la guerra. La Torre no advirtió esto, pero Bolívar sí.

Los delegados al Congreso de Cúcuta no llegaron a tiempo, y el Libertador, que veía venir la guerra, no podía esperarlos. Se fue, pues, a Trujillo, de donde descendió por Boconó a Barinas, y viajó hasta Achaguas y Payara, en la orilla del Apure, para retornar a Barinas y Boconó y dirigirse luego a Guanare y Ospino. Mientras él se movía, se inauguraba el Congreso de Cúcuta, que comenzó sus funciones el 6 de mayo de ese año decisivo de 1821.

Al tiempo que se movía por la Cordillera y descendía a los Llanos de Apure, el Libertador iba despachando órdenes que alcanzaban a toda Venezuela; órdenes transmitidas por carta a



Bolívar en Bogotá por 1820, según retrato de Pedro José Figueroa.

(Cortesía de don Alfredo Boulton, *Los retratos de Bolívar*)

pies, a caballo, en bongos, y que ponían en acción a los ejércitos patriotas desde Maracaibo hasta Oriente, desde los Andes hasta los Llanos orientales.

Bolívar había adoptado un plan ambicioso, que obligaría a La Torre a ir concentrando sus fuerzas en las cercanías de San Carlos o Valencia. Así, los ejércitos patriotas se moverían desde los puntos más distantes del país y se dirigirían hacia esa zona donde La Torre tendría necesariamente que reunir sus tropas. A medida que pasaban los días el Libertador estaba más seguro de su plan. El 13 de junio escribió a Santander: “Los enemigos están reducidos a Carabobo”. Y en esa misma carta asegu-raba: “Espere en la batalla de Carabobo que vamos a dar”.

Efectivamente, hostilizado por fuerzas que desde Oriente se dirigían a Caracas, por otras que desde Coro avanzaban sobre Barquisimeto, por otras más que desde Calabozo apuntaban hacia Valencia, La Torre se encontró que no tenía dónde meter su ejército. O se dejaba sitiar en una ciudad, lo que sería fatal para él, o se rendía, o presentaba batalla en el único lugar donde podrían maniobrar sus fuerzas, que era Carabobo. El Libertador se había establecido en San Carlos y allí esperaba que La Torre cayera en la trampa que él le había tendido.

Bolívar había combatido y vencido en Carabobo en mayo de 1814, y por tanto conocía bien el terreno. El día 20 de junio movió su cuartel general de San Carlos a Tinaco; el día 23, con La Torre acampado ya en Carabobo, el Libertador pasó revista al ejército reunido en Tinaquillo. Las fuerzas patriotas estaban compuestas por tres divisiones con un total de seis mil quinientos hombres: una división al mando de Páez, otra al de Cedeño, la tercera al de Plaza. En la división de Páez se hallaba la Legión Británica y el célebre batallón Bravos de Apure.

La batalla comenzó a primera hora de la mañana, día de San Juan, 24 de junio de 1821. El primero en atacar fue Páez. Sus llaneros fueron rechazados por la caballería de La



Segunda batalla de Carabobo, 24 de junio de 1821. Óleo de Tovar y Tovar.
(Capitolo Nacional)

Torre, pero la Legión Británica resistió el fuego de la artillería española mientras Páez reorganizaba sus fuerzas y volvía al ataque con los Bravos de Apure. Plaza se unió a Páez en una carga contra los batallones realistas Valencey y Barbastro, y una bala le cortó la vida. Cedeño fue el último en entrar en acción, y no tardó en caer de su caballo, mortalmente herido. Pero mientras tanto la caballería de Páez acometió, cortó en varias secciones a los ejércitos realistas, los envolvió y los confundió de tal manera, que en menos de una hora aquellas fuerzas estaban prácticamente destruidas: había mil de ellos muertos o heridos, mil setecientos se dieron prisioneros, y el resto —más de mil— huía en todas direcciones.

Sobre el mismo campo de batalla, entre los gritos de júbilo de los vencedores, el Libertador nombró a Páez general en jefe del ejército patriota.

El Congreso de Cúcuta reconoció el ascenso y decretó además los honores del triunfo a Bolívar, la celebración de la victoria en todos los pueblos y en todos los puestos militares de Colombia, funerales en honor de los que cayeron en la batalla y la erección en el campo de Carabobo de una columna con varias inscripciones, una de ellas así: “Simón Bolívar, vencedor, aseguró la existencia de la República de Colombia”.

Con esa batalla, que fue planeada por él con mucha anticipación y que él mismo dirigió, el Libertador dejó destruido para siempre el poder español en la parte norte de la América del Sur.

XIII

LA TORRE SE REFUGIA EN PUERTO CABELLO. BOLÍVAR LLEGA A CARACAS. —INAUGURACIÓN DEL CONGRESO DE CÚCUTA, EL 6 DE MAYO DE 1821. —BOLÍVAR, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA. —SITUACIÓN EN GUAYAQUIL. —ENVÍO DE SUCRE A GUAYAQUIL. —VICTORIA DE TAGUACHI Y DERROTA DE HUACHI. —VIAJE DE BOLÍVAR AL SUR. —BATALLA DE BOMBONÁ, EL 7 DE ABRIL DE 1822. —VICTORIA DE SUCRE EN PICHINCHA, EL 24 DE MAYO DEL MISMO AÑO. —EL LIBERTADOR EN PASTO. —LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL, EL 26 DE JULIO DE 1822. —RETIRADA DEL GENERAL SAN MARTÍN.

Inmediatamente después de la batalla de Carabobo, Bolívar se dirigió a Caracas. Volvía tras siete años de ausencia, pues había dejado su ciudad natal en julio de 1814, cuando encabezó la emigración de ancianos, mujeres y niños que huían de Boves. Por segunda vez, Caracas recibió a su hijo en triunfo. Pero en esta ocasión el que recibía los honores no era sólo el vencedor de la Campaña Admirable, sino el creador de Colombia, el que había transformado la guerra civil de Venezuela en la guerra patriótica de los colombianos.

Mientras Bolívar se dirigía a Caracas, La Torre, con los restos de las fuerzas que lograron escapar de Carabobo, se refugiaba en puerto Cabello. En este punto, en Cartagena y Panamá —que entonces eran parte de Colombia—, los realistas iban a mantenerse algún tiempo, pero ya sin capacidad para salir del recinto de esas ciudades. Los refugiados de Puerto

Cabello, Cartagena y Panamá no representaban amenaza importante para la paz de la república. España no estaba en condiciones de enviarles refuerzos, ni desde su territorio europeo, ni desde sus colonias de Cuba y Puerto Rico.

En Cúcuta estaba trabajando el Congreso de Colombia, cuya primera reunión había tenido lugar el 6 de mayo. Recordemos que estamos refiriéndonos al año de 1821. El Congreso elaboró la Constitución de la nueva nación, que quedó firmada el 20 de agosto; designó a Bolívar Presidente de la República y Vicepresidente a Santander, ambos por cuatro años, y estableció la capital en Bogotá.

En el extremo sur de Colombia seguía presente el problema de Guayaquil. Esta ciudad es un puerto del Pacífico, que, como explicamos antes, había pertenecido tradicionalmente al Virreinato de Santa Fe, y estaba por tanto incluida en el territorio colombiano, ya que Colombia había sido fundada dentro de los límites de lo que en tiempos de la colonia habían sido la Capitanía General de Venezuela y el Virreinato de Santa Fe. Pero en 1803, en forma provisional, la corona española había ordenado que Guayaquil fuera regida desde Lima, capital del Virreinato del Perú, y debido a esa dependencia provisional que ya tenía diecisiete años, los guayaquileños, tan pronto se libraron del gobierno español, pidieron ayuda al general José de San Martín, que se hallaba en Lima con el título del Protector del Perú.

El general San Martín era el jefe del ejército libertador de Argentina y Chile, y los peruanos le habían llamado para que los ayudara a librarse del poder español. Bolívar temía que San Martín declarara a Guayaquil incorporado al Perú, con lo cual Colombia perdería un territorio grande y sobre todo un puerto excelente en la costa del Pacífico, que no es abundante en buenos puertos naturales.

Estudiemos en el mapa de América del Sur la parte en que se halla Guayaquil. Lo primero que advertimos es que Guayaquil pertenece a lo que es hoy la República del Ecuador. La capital del Ecuador es Quito, una ciudad que se encuentra en la falda de los Andes, al pie de gigantescas montañas de picos nevados, entre los cuales está el volcán Pichincha. Guayaquil se halla en las tierras bajas de la costa, a orillas del río Guayas.

Aunque Guayaquil se había declarado libre y después había solicitado ayuda a San Martín, Quito seguía en manos españolas. Guayaquil, pues, corría no sólo peligro de quedar convertida en territorio peruano, sino también de caer de nuevo en poder de España si los realistas de Quito lograban reconquistarla.

Para evitar los dos males, Bolívar había enviado comisionados a Guayaquil. Los guayaquileños habían derrotado en la batalla del Camino Real a los realistas de Quito, pero en noviembre de 1820 habían perdido la acción de Huachi. Bolívar les ofreció armas, y además, previendo que la situación se complicaría en el porvenir, había despachado al joven general Antonio José de Sucre con amplios poderes para que actuara en defensa de los intereses de Colombia. Sucre había salido hacia Guayaquil en abril de 1821, lo que explica que no estuviera presente en la batalla de Carabobo.

Sucre se hallaba en Guayaquil desde el mes de mayo, y con las tropas que llevó consigo, con las que organizó en la ciudad y con las que había enviado San Martín desde el Perú, formó un ejército que se enfrentó a los realistas de Quito en la batalla de Taguachi. Sucre había vencido en Taguachi, pero poco después, el 12 de septiembre —y sigamos recordando que estamos en 1821—, resultó vencido en Huachi. Esta victoria realista de Huachi no tuvo, sin embargo, consecuencias malas para Sucre, pues los vencedores no pudieron avanzar

hacia Guayaquil. Sucre comprendió que el enemigo no disponía de fuerzas suficientes para sacar provecho de su victoria, y deseoso de ganar tiempo negoció y obtuvo un armisticio de tres meses, lo que le permitía esperar una ayuda decisiva de Colombia.

El Libertador había estado pocos días en Caracas. La ciudad se hallaba empobrecida; la población había disminuido y en cada familia había estragos causados por la guerra. Recién llegado a la capital, Bolívar había viajado a La Guaira para atender a la rendición de las tropas españolas que guardaban ese puerto; estuvo en Maiquetía y Macuto, probablemente tomándose algún descanso; visitó San Mateo, la hacienda familiar. Iba de retorno a Bogotá, y se hallaba en Maracaibo el día en que Sucre era vencido en Huachi.

Es claro que el Libertador no supo la noticia de la derrota de Huachi en Maracaibo. En esa época la comunicación de Guayaquil a Maracaibo podía tardar un mes, si no era interceptada en el camino. Allí, en Maracaibo, Bolívar estaba ocupado en organizar el asalto a Cartagena. De Maracaibo pasó a Cúcuta, por el único camino de esos tiempos, que era el de Trujillo y San Cristóbal. Atendió en Cúcuta a los problemas que se debatían en el Congreso y siguió viaje a Bogotá. En el trayecto supo que Cartagena había caído en manos de las fuerzas colombianas.

Al comenzar el mes de noviembre, el Libertador estaba en Bogotá. El 21 de diciembre, a punto de terminar ese año fecundo de 1821, recibió la comunicación de Sucre dándole cuenta de que había firmado el armisticio de que hemos hablado, e inmediatamente marchó hacia el Sur.

Al sur de Bogotá queda Popayán, la ciudad más importante en esa dirección. Desde Popayán en adelante Bolívar tenía que cruzar terreno peligroso, pues el campesinado de esa región montañosa estaba compuesto mayormente por indios realistas,

más que realistas, fanáticos de la monarquía; y en Pasto, una ciudad situada en el camino hacia Quito, había una guarnición realista. Bolívar no podía avanzar dejando a su espalda un foco enemigo, de manera que se vio forzado a atacar a los realistas de Pasto en el lugar llamado el Rancho de Bomboná.

Probablemente Bomboná fue la más difícil de las acciones militares del Libertador; porque se hallaba en una región políticamente enemiga; porque los realistas ocupaban una posición entre montañas que la hacía casi intomable, y porque en caso de derrota la retirada hubiera sido muy costosa en hombres y equipos. Bolívar atacó en Bomboná el 7 de abril de 1822, y venció, pero a un precio altísimo; tan alto, que ni pudo seguir avanzando, ni pudo tomar la ciudad de Pasto. Tampoco se retiró, sino que se quedó en las cercanías de Pasto esperando que el jefe de la guarnición acabaría rindiéndose.

Mientras tanto, Sucre se había movido desde las cercanías de Guayaquil, había trazado un arco hacia el Sur y luego había subido al Norte, en dirección hacia Quito, y el día 24 de mayo de 1822 atacó a los realistas en las faldas del volcán Pichincha, a la vista de los habitantes de Quito. El joven general ganó allí una batalla memorable. Después de Pichincha, los realistas de Quito quedaron sin fuerza alguna en la provincia.

La situación de Bolívar se había hecho difícil en la región de Pasto. Sus tropas, que habían quedado debilitadas en la batalla de Bomboná, padecían la hostilidad de la población y las consecuencias de enfermedades y mala comida. Las desertiones fueron grandes, al extremo de que las fuerzas quedaron reducidas a dos mil hombres, de seis mil que habían salido de Popayán.

Pero Pichincha salvó al Libertador. Cuando el jefe enemigo de Pasto conoció las noticias de la victoria obtenida por Sucre en Pichincha, entregó la ciudad. Bolívar entró en Pasto vencedor, e inmediatamente después se dirigió a Quito.

Entró en esta ciudad el día 16 de junio, al mediar el año de 1822; y desde Quito escribía poco después: “El general Sucre se ha llenado de gloria y se ha hecho adorar en estos pueblos”.

El Libertador era generoso; no conocía la envidia, no negaba los méritos de nadie. Sabía que sólo quien reconoce la grandeza ajena puede ser grande, y que los que discuten la gloria de otros carecen del derecho a disfrutar la propia.

A principios de julio, Bolívar se dirigió a Guayaquil. Había invitado a San Martín para verse en Guayaquil y quería esperarlo allí. Él estimaba al héroe argentino; reconocía sus grandes méritos y deseaba conocerlo personalmente. Pero además, debía hablar con él para dejar aclarada la situación de Guayaquil y para discutir los grandes problemas que planteaba la lucha en América y el porvenir de los países que estaban naciendo a la vida republicana a consecuencia de esa lucha.

La reunión de los dos caudillos de la libertad es la que la Historia conoce con el nombre de Entrevista de Guayaquil. Se ha escrito mucho sobre lo que hablaron Bolívar y San Martín, y hasta se han publicado documentos falsos acerca de lo tratado por ellos. Lo que puede deducirse hoy de los escasos informes que quedaron es que San Martín no quiso discutir el problema de Guayaquil. La entrevista tuvo lugar el día 26 de julio —año de 1822— y dos días después abrían elecciones en la ciudad para que los habitantes decidieran si querían ser colombianos o peruanos, y al parecer San Martín tenía la impresión de que el voto iba a ser favorable a Colombia, como lo fue. En cuanto a los problemas de América, el Libertador y el protector no pudieron llegar a un acuerdo: San Martín era partidario de que el Perú fuera gobernado por un rey; Bolívar entendía que Perú debía establecerse como república.

Cuando estuvo en Guayaquil, ya San Martín pensaba retirarse a la vida privada. Creía que Argentina y Chile podían defenderse por sí solas de cualquier posible agresión española;

y en cuanto al Perú, único país de la América del Sur donde había fuerzas realistas, su idea era que los ejércitos unidos de Colombia, Argentina, Chile y el propio Perú vencerían al enemigo sin mayor riesgo. Días antes de la entrevista de Guayaquil, Colombia y Perú habían firmado un tratado de mutua ayuda militar, y eso debió tranquilizar al Protector en cuanto a la suerte del Perú.

Después de la entrevista de Guayaquil, San Martín se retiró a la Argentina y más tarde a Europa. Murió, anciano ya, en una pequeña villa del Norte de Francia. Fue un gran americano y un excelente general, a quien todos nuestros pueblos respetan como a uno de los héroes más venerables que ha dado América.

Con las entrevistas de Guayaquil, Simón Bolívar había dado fin a un problema que le preocupaba y podía fijar las fronteras de Colombia en los límites del Perú. La gran república que él había creado tenía costas a tres mares; tenía más de dos y medio millones de metros cuadrados; tenía ciudades importantes, puertos inmejorables, llanuras inmensas, selvas impenetrables, ríos gigantescos, montañas nevadas. Era un gran país privilegiado por la naturaleza, que podía alcanzar un hermoso porvenir.

El Libertador acababa de cumplir treintinueve años y estaba cubierto de gloria. Podía volver la mirada hacia el camino que había recorrido desde su nacimiento, y sentirse satisfecho. Pues su vida había sido agitada pero fecunda; llena de victorias y de derrotas, como debe ser la vida de un creador. Y a lo largo de las luchas en que había intervenido, nadie podía acusarle de haber coartado la libertad de una sola persona, pues él se había lanzado a esas luchas para libertar a los hombres, no para esclavizarlos.

XIV

SITUACIÓN DEL PERÚ A PRINCIPIOS DE 1823. —SUCRE, ENVIADO DE BOLÍVAR AL PERÚ. —REBELIÓN DE PASTO EN JUNIO DE 1823. —CRISIS DEL GOBIERNO PERUANO. —FUGA DE SU PRESIDENTE AL NORTE DEL PERÚ. —VIAJE DEL LIBERTADOR A LIMA EN SEPTIEMBRE DE 1823. —BOLÍVAR EN EL NORTE DEL PERÚ. —ENFERMEDAD DEL LIBERTADOR. —LAS LECCIONES DE PATIVILCA.

El Perú era un virreinato; es decir, estaba gobernado por un virrey que era el representante personal y político del rey. Como el Perú era muy rico, el virrey tenía corte como un pequeño monarca, y en esa corte pululaba la aristocracia criolla, orgullosa de sus títulos de nobleza y de sus riquezas. En tiempos de Bolívar el Perú tenía más extensión que hoy, sobre todo hacia el Sur, y su capital, Lima, era la ciudad más fastuosa de América del Sur.

Mientras la guerra de independencia se extendía por el Norte —Venezuela y Nueva Granada— y por el Sur —Argentina y Chile— en el Perú apenas hubo algunas sublevaciones en la zona del Cuzco. Ya estaba fundada la República de Colombia y el Perú seguía en paz como rica colonia española. Más aún: del Perú salieron expediciones realistas para ayudar a los realistas de Argentina, de Chile y de Quito y Guayaquil. Por eso San Martín, el libertador argentino, y O'Higgins, jefe patriota de Chile, decidieron actuar sobre el Perú, y organizaron una importante expedición marítima que comenzó a operar sobre territorio peruano desde septiembre de 1820.

Los movimientos de San Martín en el Perú no fueron estorbados por los realistas. Desembarcó columnas que operaron tierra adentro, al sur y al norte de Lima, y él mismo se movió hacia varios puntos. La falta de capacidad de los realistas y su indecisión política eran tan notables, que el virrey de la Pezuela tuvo que abandonar el mando y entregarlo al general De la Serna. Esto sucedía en enero de 1821, y el 6 de julio —diez días después de la victoria de Carabobo en Venezuela— De la Serna abandonó Lima, ciudad en la que entró San Martín sin disparar un tiro.

San Martín se proclamó Protector del Perú y formó gobierno. Tan pronto supo que Sucre estaba operando sobre Quito desde Guayaquil, le envió una división; además, dispuso que se organizaran tropas para dar la batalla a los ejércitos realistas del Perú, que se habían internado en la zona montañosa de los Andes y operaban en las regiones más pobladas y agrícolamente más ricas del país.

Como Protector, San Martín —que hizo un excelente gobierno— tuvo un Consejo de Ministros; y cuando embarcó hacia Guayaquil dejó al marqués de Torre-Tagle, peruano, al frente de ese gobierno, que se apoyaba en la fuerza militar conjunta de argentinos, chilenos y peruanos. Pero desde luego, ese gobierno de Torre-Tagle no tenía poder en el interior del Perú, sino sólo en Lima y en algunas pocas ciudades cercanas a la capital.

Estando San Martín en Guayaquil se produjeron en Lima motines contra uno de los ministros del gobierno Torre-Tagle. Esto parece haber colmado la copa de amargura que el Protector venía bebiendo hacía tiempo. A su retorno a Lima convocó a un Congreso y ante él renunció la jefatura del Estado; poco después, embarcaba para Chile. De ahí pasó a Argentina y luego a Europa.

El Protector había abandonado el poder en septiembre de 1822. Para sustituirle, el Congreso nombró una Junta de tres miembros, presidida por el general José La Mar, y esta Junta despachó en octubre fuerzas importantes hacia el Sur, donde operaba el virrey de la Serna. El ejército patriota, que estaba compuesto por argentinos, chilenos y peruanos, fue desastrosamente derrotado en las cercanías de Arica —hoy, puerto chileno— el 21 de enero de 1823, y a causa de esa derrota el Congreso disolvió la Junta gobernante y nombró Presidente del Perú al coronel José de la Riva Agüero, quien fue proclamado el 28 de febrero del mismo año.

En marzo de 1823, el Perú se hallaba en una situación crítica. De hecho, el ejército era el dueño del país. Ese ejército se agrupaba en tres grandes concentraciones: una en el Norte, otra en el centro y otra en el Sur. Día tras día, las fuerzas del virrey de la Serna se reforzaban con indios realistas de los Andes, con criollos de las clases altas que no tenían fe en la independencia, y sobre todo con la debilidad del gobierno de Lima.

Después de la entrevista de Guayaquil, Bolívar viajó a Cuenca, y desde allí, a principios de septiembre de 1822, había ofrecido al gobierno del Perú cuatro mil hombres para asegurar la libertad de ese país. La oferta llegó a Lima después de la renuncia de San Martín, y la Junta gubernativa presidida por La Mar la rechazó.

De Cuenca, el Libertador volvió a Guayaquil; viajó luego a Loja y otra vez a Cuenca y de Cuenca a Quito.

Estando allí le sorprendió la noticia de que Pasto se había rebelado y proclamado al rey de España. Sin perder tiempo, Bolívar despachó a Sucre hacia Pasto y se preparó él a seguirle. El 24 de diciembre, día de la Nochebuena de ese año de 1822, Sucre se apoderó de Pasto, ciudad a la que llegó el Libertador en enero.

Pocos días después, Bolívar retornó a Quito y de ahí viajó en febrero a Guayaquil, donde se encontraba cuando se produjo la derrota de las fuerzas aliadas en el sur del Perú. Al saber la noticia, Bolívar se alarmó. Temía que los ejércitos realistas, con más de doce mil hombres, pudieran tomar Lima. A mediados de marzo despachó fuerzas desde Guayaquil al Callao, en abril despachó más, y otras más en mayo. A principios de este mes llegaba al Callao el general Sucre. Sucre tomó el mando de las tropas colombianas del Perú, que alcanzaban a tres mil quinientos hombres.

En Lima había una situación política confusa. Una corriente de opinión reclamaba la presencia de Bolívar en el Perú; otra trataba de impedirlo. El Libertador, mientras tanto, seguía en Guayaquil preparando fuerzas, víveres, armas, municiones, equipos de toda clase, para usarlos en el Perú tan pronto hicieran falta allí y a la vez, para salir del país, esperaba el permiso del Congreso colombiano, sin el no podría viajar a Lima. Y debía estar listo para el viaje, porque el gobierno peruano, estimulado por el Congreso, lo llamaba con apremio.

En esta situación, el gobierno peruano sacó el grueso de sus fuerzas de Lima y lo lanzó sobre Cuzco, al sur del país, con el objeto de asestar allí un golpe mortal a los realistas. Pero el ejército realista aprovechó que la capital quedaba militarmente debilitada y marchó sobre Lima. Al saber que el enemigo se acercaba a Lima, el gobierno se retiró al Callao. Canterac, el jefe español, entró en Lima el 18 de junio. Dos días después, el 20, estallaba una nueva sublevación en Pasto.

Así, el Libertador se hallaba en una situación comprometida; amenazado por una situación realista en el Norte y por una catástrofe militar y política en el Sur. Con ese ardor que acostumbraba a poner en cuanto hacía. Bolívar se fue en el acto a Quito y comenzó a organizar fuerzas para aplastar la rebelión de Pasto mientras despachaba órdenes a Sucre para



MAPA 8
 MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR
 ENTRE AGOSTO DE 1821 Y EL 7 DE FEBRERO DE 1826.

(Texto al dorso).

MAPA 8
MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR
ENTRE AGOSTO DE 1821 Y EL 7 DE FEBRERO DE 1826

Siguiendo la línea blanca, de Caracas a Valencia, San Carlos, Barquisimeto, Carora, Trujillo, Valera, Maracaibo —cruzando el lago—, retorno a Trujillo y de ahí a Bogotá, por la vía de Cúcuta y Pamplona. De Bogotá, por la línea rosada, a Neiva, Cali, Popayán, Pasto, Quito y Guayaquil; de Guayaquil —línea blanca— a Cuenca, Loja, retorno a Cuenca y viaje a Quito y Pasto con retorno a Guayaquil. De Guayaquil, siguiendo la línea roja, a Lima, por mar; de Lima —línea blanca— por Supe hasta Cajamarca, vía Huaraz, y de Cajamarca a Trujillo (Perú); de Trujillo —línea amarilla— a Pativilca, donde estuvo enfermo, y de este punto otra vez a Trujillo. De Trujillo, por la línea roja, a Junín; de Junín, por la línea amarilla y negra, hasta Sañaica, y de ahí a Chancay y Lima. De Lima, por la línea rosada y roja, a Arequipa, Puno y Cuzco y viaje a La Paz y Potosí; de Potosí, por la línea Chuquisaca, Cochabamba, Oruro, Tacna, Arica, y de Arica, por mar, a Los Chorrillos, en la vecindad de Lima.

que actuara en el Perú. “No estoy para comentarios, sino para acometer”, decía a Santander en carta del 5 de julio. Y agregaba: “Mañana me voy a encontrar a los pastusos, que tienen tanto orgullo como la guardia imperial”. (Se refería a la guardia imperial de Napoleón, que se había hecho célebre porque su consigna era morir combatiendo, sin rendirse jamás).

Mientras Bolívar combatía en Pasto, en el Callao se sucedieron varios episodios. La parte del Congreso que se fue con el gobierno al Callao quitó el mando militar al presidente de la Riva Agüero y se lo ofreció a Sucre, y el mismo día decretó que el gobierno se trasladara a Trujillo, ciudad situada al Norte de Lima. Pero como de la Riva Agüero se negó a aceptar que se le despojara del mando militar, el Congreso le destituyó como Presidente, medida que alarmó a Sucre porque veía en ella la causa de una guerra civil inminente. La distancia entre Lima, donde se hallaba el ejército realista de Canterac, y Callao, donde estaba el gobierno peruano, no llega a quince kilómetros; de manera que una guerra civil entre los peruanos del Callao significaba entregar a las tropas de Canterac esa plaza, la única realmente fuerte desde el punto de vista militar. Sucre, pues, amenazó con volver a Colombia con sus fuerzas, si no se reconocía el acuerdo del Congreso para que el gobierno se trasladara a Trujillo y se dejaba sin valor el que destituía a de la Riva Agüero como Presidente.

Los pastusos fueron derrotados y al mismo tiempo Canterac, amenazado por un movimiento de fuerzas hecho por Sucre, abandonó Lima. Esto sucedía a mediados de julio. Tan pronto Canterac evacuó la capital, Sucre, las tropas colombianas y el Congreso retornaron a ella. Sucre marchó hacia el Sur, con objeto de tomar Cuzco y mientras él operaba sin buena fortuna por esas regiones, Bolívar, que había recibido en Guayaquil el permiso del Congreso colombiano

para trasladarse al Perú, embarcó a principios de agosto y llegó al Callao el 1º de septiembre, año de 1823.

Mientras el Libertador viajaba, en el Perú se sucedían las divisiones políticas. Algunos miembros del Congreso, reunidos en Lima, desconocieron el gobierno de Trujillo y proclamaron otro presidido por el marqués de Torre-Tagle. Desesperado, de la Riva Agüero entró en negociaciones con el virrey de la Serna. Cuando Bolívar, que había tratado de aplacar a de la Riva Agüero tuvo noticias de su traición, despachó fuerzas sobre Trujillo y después se dirigió él mismo hacia allá. De la Riva Agüero fue hecho preso a fines de noviembre, y se le envió a Guayaquil.

El Libertador se hallaba en ese momento organizando fuerzas para hacer frente al más grande ejército realista que se había reunido jamás en América. Se hallaba en plena serranía peruana, “sobre las nieves y al lado de las vicuñas”, como él mismo decía, padeciendo el mal de la altura, llamado en el Perú “soroche”. El esfuerzo que le costó esa travesía de los Andes lo enfermó. Terminaba el año de 1823 y comenzaba el de 1824.

Esa enfermedad fue la antesala de la que le quitó la vida siete años más tarde. La dura vida militar; los días bajo la lluvia, al calor de las llanuras y al frío de las nieves; las largas jornadas sin apearse del caballo; las aguas insalubres tomadas en cualquier charca; el alimento, comido donde aparecía —queso de leche mala, carne sin saber si era sana—; las tremendas pruebas a que fue sometido ese cuerpo que estaba lleno de energía nerviosa, pero que no era realmente fuerte; todo eso acabó minando la salud del Libertador. Y cuando el cuerpo estaba minado, la enfermedad lo atacó sin compasión. Se refugió en Pativilca, al Norte de Lima, y ni aun en cama podía abandonar su trabajo y su preocupación por la suerte del Perú, en la que iba envuelta la suerte de toda América.

Él, que era delgado, perdió carnes. Estaba pálido y con los ojos marchitos y brillantes de fiebre. Pero seguía dictando correspondencia a los secretarios, a veces desde una hamaca, a veces desde el suelo, donde se acostaba sobre un poncho de los que usa el indio de los Andes para protegerse del frío. A todo atendía aquel enfermo. Pativilca es hoy célebre por el número de cartas que Bolívar despachó desde allí y por los problemas que abordaba en ellas. Se advierte en esas cartas cómo el Libertador trataba de expresarse con claridad, pues él sabía que quien no sabe decir correctamente lo que piensa, desea o siente, es como un hombre inutilizado. Se observa también en esas cartas su visión justa de todos los problemas que afectaban a América. Al mismo tiempo que escribía a los jefes de gobierno de Chile y de Colombia se dirigía a un general indicándole como debía situar los equipos militares a retaguardia para que no corriesen peligro si los realistas avanzaban. Pues no hay que olvidar que los realistas estaban en el Perú, y que dominaban los lugares más ricos y poblados del interior.

Estando en Pativilca el Libertador recibió la noticia de que Simón Rodríguez, su antiguo maestro de Caracas, se hallaba en Colombia. Lo que sucedió en el alma del enfermo no es difícil de explicar. Esa alma era volcánica, apasionada e impaciente. Había sido así desde la infancia. Del sentimiento de niño abandonado en que le dejaron la muerte del padre y la de la madre, le sacó Simón Rodríguez, que hizo para él el papel de hermano mayor y suplió en cierta medida la falta del padre muerto.

Al saber que su maestro estaba en Colombia, el Libertador, debilitado por la enfermedad, sufriendo la nostalgia de su niñez, de sus días de Caracas, sintió que resucitaban aquellos tiempos en que reencontró a un hermano que era a la vez un padre. Su alma volcánica se llenó de alegría. En medio de

la dura tarea de crear naciones y organizar pueblos, de dirigir guerras y dictar la paz, retornaba a sentir la pureza de sus años mozos y a recordar los tiempos en que fue feliz al lado de Rodríguez.

Sin perder un minuto, él, que no se conformaba con sentir y pensar, sino que hacía lo que le dictaba el sentimiento o lo que le ordenaba el pensamiento, dirigió a Simón Rodríguez la hermosa carta en que le invitaba a visitarle. “Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló”, le decía al maestro.

Ese hombre, que había ordenado la guerra a muerte y el fusilamiento de los prisioneros de La Guaira, conservaba todavía a los cuarenta años su ternura infantil.

Esa es una de las lecciones de Pativilca. La otra es una lección de fe.

Cierto amigo visitó al Libertador en su retiro de enfermo. Al hallarle con “semblante cadavérico, la voz hueca y débil”, sentado en una pobre silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco”, se impresionó tanto que le preguntó qué pensaba hacer.

“¡Triunfar!”, respondió el enfermo.

La enfermedad le había arrebatado la fuerza del cuerpo, pero conservaba intacta la del alma.

XV

TOMA DE PUERTO CABELLO POR PÁEZ. —SUBLEVACIÓN DEL CALLAO, EL 5 DE FEBRERO DE 1824. —COMLOT DE TORRE-TAGLE. —SIGNIFICACIÓN HONROSA QUE ENTONCES TENÍA EL CARGO Y TÍTULO DE DICTADOR. —PREPARACIÓN DE LA CAMPAÑA PARA LA LIBERTAD DEL PERÚ. —BATALLA DE JUNÍN, EL 6 DE AGOSTO DE 1824. —BOLÍVAR MARCHA HACIA EL SUR Y ENTRA EN LIMA EL 7 DE DICIEMBRE DEL MISMO AÑO. —LA GRAN BATALLA DE AYACUCHO.— 9 DE DICIEMBRE DE 1824. —CREACIÓN DE LA REPÚBLICA DE BOLIVIA Y VIAJE DEL LIBERTADOR A POTOSÍ.

Sólo dos noticias buenas recibió Bolívar mientras convalecía en Pativilca: la llegada de su maestro Simón Rodríguez a Colombia y la rendición de Puerto Cabello, que había caído en manos patriotas el 10 de noviembre de 1823. La toma de Puerto Cabello fue una gran hazaña militar, realizada por Páez con efectivos del batallón Anzoátegui, y el Libertador tardó dos meses en saber la buena nueva.

En cambio de esas dos buenas noticias, recibió varias malas. El 5 de febrero del nuevo año de 1824 se había sublevado la guarnición argentina de El Callao porque no se le pagaba; los sublevados habían puesto en libertad a los prisioneros españoles y estos habían tomado castillo y el puerto. Inmediatamente después se enteró de que las tropas de Canterac se acercaban a Lima; y además, para colmo de males, descubrió que el presidente Torre-Tagle, todo el Consejo de ministros y una parte del Congreso del Perú estaban

en tratos con el virrey de la Serna para hacer preso a Bolívar y arremeter contra los ejércitos libertadores.

El 10 de febrero el Congreso declaró en suspenso a Torre-Tagle y proclamó a Bolívar Dictador del Perú.

Ciertas palabras cambian su significado de tiempo en tiempo. En los días de Bolívar el título de Dictador era una honra altísima, conferida por los pueblos o por los congresos sólo a los ciudadanos eminentes. Mediante ese título se le daba a un hombre toda la autoridad para gobernar mientras no hubiera Constitución, y nadie temía que el Dictador pusiera en peligro las libertades civiles, porque precisamente una de las funciones más sagradas del Dictador era mantener el respeto a las libertades.

Lo mismo que de la Riva Agüero el año anterior, Torre-Tagle se negaba a reconocer la disposición del Congreso en que se le declaraba en suspenso, pero cuando supo que Bolívar había interceptado correspondencia suya con Canterac, se escondió y esperó la llegada de los realistas a Lima para entregarse a la guarnición de El Callao. Los realistas entraron en la capital el 29 de febrero, y ya a esa fecha el Congreso había declarado abolida la Constitución y se había disuelto, y Bolívar había retirado las tropas y todo el equipo militar de la plaza.

A principios de marzo —1824—, Bolívar se trasladó a Trujillo, donde estableció su capital.

Pasto se había rebelado de nuevo, lo cual ponía en peligro las comunicaciones entre Bogotá y el Perú; pero por suerte para la causa de la independencia peruana, durante los meses transcurridos desde que Bolívar enfermó, Sucre había estado organizando las fuerzas colombianas en el Norte del Perú. Después de un trabajo sostenido, bajo la vigilancia del Libertador —que desde Pativilca despachaba órdenes y pedía informes a diario—, los libertadores disponían de una organización militar bien armada, disciplinada, con equipo y reservas suficientes.

Durante el mes de marzo y los primeros días de abril, Bolívar estuvo en Trujillo atendiendo a completar la preparación del ejército; después supo que un general español, de nombre Olañeta, se había sublevado contra el virrey de la Serna en el Alto Perú —hoy Bolivia—, y se apresuró a avanzar sobre los españoles para atacarlos a fondo favorecido por la división que comenzaba a debilitar al enemigo. Moviéndose con su acostumbrada rapidez, llevó su ejército hacia el Este y hacia el Sur, escalando los Andes. Su actividad fue enorme en esos días, y no parecía que la reciente enfermedad lo había desmejorado al punto que lo hizo.

Por fin, ya en el mes de julio, logró concentrar sus fuerzas en las cercanías de Cerro de Pasco, en plena cordillera andina, al Nordeste de Lima. La altura era de más de cuatro mil metros, y los llaneros venezolanos tenían que acostumbrarse al frío y al “soroche”. Pero se acostumbraron. Además, la organización militar era admirable. No faltaban lugares abrigados y alimentos para hombres y animales, ni sitios seguros para la artillería y los bagajes, todo preparado antes de la llegada de las tropas.

Bolívar descendía hacia el Sur, en busca de los ricos valles de Jauja, y sucedía que Canterac, el jefe enemigo, se encaminaba hacia el Norte, precisamente en dirección de Cerro de Pasco, donde pensaba que su superioridad en fuerzas se impondría con facilidad. Los dos ejércitos se cruzaron dos veces sin verse. Por fin, en la tarde del 6 de agosto —año de 1824— las tropas de Bolívar alcanzaron a ver la caballería española en la pampa de Junín. Con ímpetu de demonios, los llaneros se echaron a galopar sobre los realistas. En menos de una hora de combate, sin que se disparara un tiro porque la acción se libró sólo a lanza, los españoles abandonaban el campo y huían hacia el Sur, por el camino que habían usado para llegar al lugar de la batalla. Dejaban abandonados unos trescientos cadáveres, de ellos diecinueve de oficiales.

Esa fue la batalla de Junín, de grandes resultados políticos más que militares, porque cuando la noticia de la derrota llegó a Lima, se produjo tal conmoción que las autoridades realistas corrieron a refugiarse en El Callao; y cuando el virrey de la Serna se enteró de que Canterac huía hacia el Sur en busca de protección tras las orillas del río Apurímac, ordenó que todas las fuerzas dispersas en el Sur se reunieran en la zona de Cuzco, lo cual facilitaba los planes de Bolívar de dar un golpe enérgico sobre los enemigos concentrados.

Persiguiendo a Canterac, Bolívar se movió con la rapidez de sus mejores tiempos. La región que estaba atravesando es montañosa, de piedras, polvo y soledad, sólo habitable para los indios de los Andes que están acostumbrados a la dura vida de esas alturas, para la tímida y elegante llama y para el cóndor solitario. Por esa tierra áspera iba el Libertador de aldea en aldea, de pueblo en pueblo, hasta llegar, en una especie de línea paralela al río Apurímac, a un punto que se hallaba al sudoeste de Cuzco, la ciudad donde se había hecho fuerte el virrey de la Serna.

Bolívar sabía que el enemigo tendría que salir del Cuzco para dar una batalla final. En esos tiempos no era aconsejable dejarse sitiado en una ciudad, y hablamos sobre todo de nuestra América; porque la artillería destruía fácilmente defensas y casas, porque no había organización capaz de ofrecer alojamiento, comida y agua a una población que de pronto quedaba aumentada con miles de soldados. Un sitio podía llevar a los defensores al extremo de tener que rendirse por hambre. Así, pues, seguro de que los realistas saldrían del Cuzco, Bolívar dio a Sucre el mando de las fuerzas en campaña y él se dirigió con algunas a Lima.

Algún tiempo antes, Urdaneta, que había sido despachado por el Libertador para tomar Lima, había entrado en la capital con pocos hombres; pero el 3 de noviembre fue atacado cerca del Callao y tuvo que abandonar la plaza.



Baralla de Junín, 6 de agosto de 1824. Óleo de Tovar y Tovar.

Bolívar había llegado a la costa y había establecido su cuartel general en Chancay, al norte de Lima. Estando allí supo que toda la fuerza realista había salido del Cuzco y se había dirigido al Sur, como si se propusiera entrar en Arequipa, después al Oeste y por último al Norte. El Libertador calculó que el virrey de la Serna tenía el propósito de entrar en Lima y El Callao antes que él. El día 26 de noviembre escribió a Sucre: "Usted debe tener reunido su ejército y marchar con él siempre unido sobre el enemigo en cualquiera dirección que tome". Efectivamente, Sucre marchó hacia el Norte, en línea casi paralela a la del virrey de la Serna.

A fines de ese mes de noviembre llegaban a la costa tres mil soldados enviados desde Colombia. Al saber la noticia, los realistas abandonaron Lima, ciudad en la que entró Bolívar el 7 de diciembre.

Ese mismo día se dirigió a varios gobiernos de América recordándoles que desde hacía dos años había convocado un Congreso de representantes de los gobiernos americanos, que debía reunirse en Panamá, y que todavía no se había cumplido ese propósito. "El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal", decía en la carta enviada en esa fecha.

En el momento en que el Libertador despachaba esa correspondencia, las fuerzas de Sucre y del virrey de la Serna se acercaban al encuentro final.

En la noche del 8 de diciembre Sucre acampó junto a Ayacucho, un lugar llano entre las altas montañas, cuyo nombre significa en lengua quechua "El rincón de los muertos"; y los realistas acamparon en Condorcunca, que quiere decir, en la misma lengua, "Nido de cóndor". Condorcunca queda más alta que Ayacucho; de manera que los libertadores tenían que subir la falda de la sierra si querían atacar, y los realistas debían bajar a Ayacucho, si pretendían dar batalla.

Como las fuerzas del virrey de la Serna eran casi diez mil hombres y las de Sucre menos de seis mil, Sucre temió que los realistas bajaran de noche. En ese caso la superioridad del enemigo hubiera sido un peligro para los patriotas, pues situados en igualdad de condiciones en cuanto al terreno, los más debían vencer a los menos.

Para que los realistas estuvieran confiados, Sucre dio órdenes de que en el campamento patriota se hiciera durante la noche ruido que pareciera de un ejército que se iba del lugar. Si los realistas pensaban que los patriotas estaban abandonando el punto, preferirían quedarse en Condorcunca, pues Condorcunca era una altura, y desde ahí podían ver a la luz del nuevo día en qué dirección iba el enemigo.

Efectivamente, los realistas no se movieron en toda la noche, tal como lo esperaba Sucre. Al amanecer del día 9 de diciembre de 1824, los generales españoles vieron con gran asombro que no había habido tal marcha; que el ejército libertador estaba intacto en la pequeña llanura de Ayacucho. Inmediatamente ordenaron ataque, seguros de que iban a destrozar a los vencedores de Junín. La batalla comenzó a las diez de la mañana, bajo el brillante sol andino. A las doce había terminado con la derrota total del último ejército realista de América.

Quince mil hombres habían participado en la batalla; y de ellos tres mil quinientos quedaron muertos o heridos: dos mil quinientos de los realistas, mil de los patriotas. Entre los heridos estaba el propio virrey de la Serna. Todo el comando enemigo se rindió: el virrey y sus edecanes, cuatro mariscales de campo, diez generales de brigada, dieciséis coroneles, sesentiocho tenientes coroneles, doscientos ochenticuatro oficiales, de mayores hacia abajo, más de dos mil soldados de todas las armas; el resto huyó en desorden y no pudo volver a reorganizarse.

Sucre fue generoso. Concedió honores a los vencidos; permitió a los oficiales que siguieran usando sus uniformes y sus armas; acordó medio sueldo y pasaje para España a los

que quisieran irse, y plazas en el ejército libertador, con iguales grados que los que tenían en el español, a los que desearan servir al Perú.

Conquistados por esa generosidad, los comandantes realistas de las ciudades del interior se rindieron, con la excepción de los de El Callao. Eso significaba que la guerra había terminado y que el poder español en América había sido destruido completamente. Desde Lima, el Libertador, lleno de alegría, dio a Sucre el grado de Gran Mariscal de Ayacucho y escribió la biografía del vencedor.

Con el año de 1824 terminaban más de tres siglos de dominio colonial de España en el Nuevo Mundo; con el de 1825 se iniciaba la era de la independencia americana. Ya no había más peligro de guerra en América, aunque quedaban algunos pequeños puntos que reclamaban lo que podían considerarse operaciones de limpieza.

Inmediatamente después de la victoria de Ayacucho, Sucre marchó al Cuzco, la ciudad que había sido el asiento de los emperadores incas. De allí se dirigió al Alto Perú, hoy Bolivia, que había sido provincia del virreinato de Buenos Aires. Las fuerzas libertadoras no habían actuado en esa zona, de manera que teóricamente seguía siendo territorio español.

En el Alto Perú operaba aquel general Olañeta que a principios de 1824 se había sublevado contra de la Serna. Sucre derrotó fácilmente a Olañeta y entró en La Paz, la capital de la provincia. En La Paz convocó una asamblea de representantes del pueblo. El día 6 de agosto de 1825, la asamblea acordó crear un Estado independiente. Ese Estado se llamaría Bolivia, en honor del caraqueño a quien todo el mundo conocía con el nombre de El Libertador.

Nunca, en los tiempos modernos, un hombre había alcanzado gloria tan grande. La tradición autoriza a bautizar una región, una montaña, un mar, con el nombre de quien

descubriera esa región, esa montaña, ese mar. Pero nadie estaba descubriendo el Alto Perú, que había sido descubierta y bautizada siglos antes.

Bolívar salió de Lima a mediados de abril de ese año de 1825, y haciendo paradas, algunas largas, llegó a La Paz el 17 de agosto. Pasó una parte de septiembre en Oruro y casi todo el mes de octubre en Potosí. Potosí era una montaña de la que se había sacado tanta plata, que según los entendidos hubiera podido hacerse con ella un puente desde América hasta España.

Allí, en esas alturas frías de los grandiosos Andes del Sur, el Libertador estuvo planeando la invasión de Cuba y Puerto Rico, únicas colonias que le quedaban a España en América; y escribió a Santander y a Páez para que fueran preparando tropas escogidas, e incluso señalaba el sitio donde esas tropas debían ser situadas. Deseaba llevar el ejército libertador a lugares donde cumpliera su misión de destruir la opresión. Antes había pensado llevarlo hasta la propia España. Pues Bolívar preveía que con la llegada de la paz, los soldados que tenían tantos años haciendo la guerra no podrían acostumbrarse al orden civil. Y con un ejército insubordinado no podría haber paz fecunda para las tierras libres de América.

Viajando por la altiplanicie andina vio terminarse el año de 1825. Se hallaba a miles de kilómetros de la pequeña ciudad de Caracas, donde había nacido hacía más de cuarentidós años. Estaba en medio de un pueblo que llevaba su nombre, de hombres y mujeres cuyos hijos se llamarían bolivianos, en honor suyo. Habían pasado nueve años desde que una noche de lluvia, en las riberas del Orinoco, a enorme distancia de allí, unos cuantos soldados le oyeron decir que llegaría hasta ese mismo lugar donde se hallaban entonces. Aquella noche alguien había dicho: “Guá, como que el Libertador se nos ha vuelto loco”.

Es difícil saber si al finalizar el año de 1825 Bolívar recordaba esas palabras.

XVI

ESTADO DE ÁNIMO DEL LIBERTADOR ENTRE FINES DE 1824 Y PRINCIPIOS DE 1826. —TRAYECTORIA DE SU VIDA. —RECIBE AL LLEGAR A LIMA, EL 8 DE FEBRERO, LA NOTICIA DE LA RENDICIÓN (22 DE ENERO) DE EL CALLAO, ÚLTIMO REDUCTO ESPAÑOL EN SURAMÉRICA. —SITUACIÓN, AL TERMINAR LA GUERRA, DE LOS PAÍSES LIBERTADOS POR ÉL: COLOMBIA, PERÚ, BOLIVIA. —EL CONGRESO DE PANAMÁ (22 DE JUNIO DE 1826). —REDACTA EL LIBERTADOR LA CONSTITUCIÓN PARA BOLIVIA. —PROPOSICIONES PARA HACER A BOLÍVAR REY. —SU RESPUESTA.

Algunas grandes vidas pueden compararse con figuras geométricas. La de Simón Bolívar se parece a una parábola, pero sólo a partir de 1817. Antes había tenido horas de grandes triunfos y también horas de grandes derrotas. A fines de marzo de 1817, cuando terminado el sitio de Barcelona decidió internarse hacia la Guayana, su estrella comenzó a ascender y se mantuvo ascendiendo nueve años. Los escasos momentos de desgracia que tuvo —como la campaña del Centro en 1818, la de Pasto en 1822 y los meses de dificultades en el Perú a fines de 1823— son ligeras nubes que no logran oscurecer un día de sol brillante.

La parábola tiene su punto más alto a poca distancia del lugar donde comienza a descender. Ese punto más alto forma como una pequeña meseta en la cima de una montaña. Con esa meseta podemos comparar la vida del Libertador entre diciembre de 1824, cuando entró en Lima, y febrero

de 1826, cuando se entregó la gobernación realista de El Callao. Hay quince meses de diciembre de 1824 a febrero de 1826, y fueron los más hermosos en la existencia de Simón Bolívar a partir del momento en que inició su vida militar en Puerto Cabello.

Presidente de Colombia, Dictador del Perú, prácticamente Dictador de Bolivia —y recuérdese lo que dijimos sobre la dictadura en el capítulo anterior—, Bolívar había recorrido media América fundando naciones que ocupaban más de seis millones de kilómetros cuadrados. Por todo el mundo se mencionaba su nombre con admiración; grandes poetas, grandes escritores, grandes figuras políticas le rendían homenaje en el Nuevo Mundo y en Europa.

Había nacido rico y se había empobrecido al servicio de la libertad. Liberó sus esclavos, perdió sus tierras, sus casas fueron destruidas por el enemigo. La mayor parte de las veces no cobraba su sueldo de presidente, porque el Estado colombiano era pobre; y cuando lo cobraba regalaba casi todo lo que recibía. Perú le obsequió con un millón de pesos —lo que equivaldría hoy a varios millones de bolívares— y no quiso aceptarlo.

Nunca había violado una ley de su país, ni recomendado a un juez que perdonara a un delincuente, ni abusado de su poder para beneficio suyo o de otra persona, ni había pensado siquiera perjudicar los derechos de ningún ciudadano.

Pobre y glorioso a la vez, lleno de poder, pero sin abusar de él: así era Bolívar en esos tiempos. Sin embargo, ya no parecía el Bolívar de Boyacá y Carabobo. Desde la enfermedad de Pativilca el Libertador había estado desmejorando. Todavía no había cumplido cuarentitrés años y parecía más viejo. Pero el quebranto de su cuerpo no se manifestaba tanto en esos meses felices. Se manifestaría cuando comenzaran las contradicciones que había en el seno de los pueblos que estaban comenzando entonces su vida republicana.



Busto de Bolívar.

(Detalle del cuadro de Gil de Castro)

Y esas contradicciones estaban ya produciéndose. El orden social y político iba desmejorando. En muchas regiones las siembras se habían descuidado y los precios de los artículos que se vendían en el extranjero bajaban día tras día. Venezuela, por ejemplo, se hallaba empobrecida a extremos alarmantes.

Se había logrado la libertad; pero la libertad por sí sola no remedia los males colectivos si no se usa para crear los instrumentos económicos que sirven para satisfacer las necesidades generales; y en América, dado el atraso de todos los tipos en que se vivía, no era posible crear esos instrumentos.

Por otra parte los pueblos —que no sabían usar de la libertad y que no podían aprender a usarla de un día a otro— caían fácilmente en estado de violencia. No era posible, sin embargo, coartar la libertad, pues sólo disfrutando de libertad pueden los hombres aprender a vivir en ella.

Con sus países empobrecidos por la guerra y poblados de grandes mayorías que no habían sido educadas para vivir en libertad, los gobernantes de Colombia, Perú y Bolivia se veían impotentes para resolver los agudos problemas que estaban presentándose. Decimos los gobernantes y no Bolívar, porque el Libertador no era el único responsable de las tareas de gobernar. Bolívar tenía su atención puesta en el campo militar y atendía a los asuntos políticos y económicos que se relacionaban con la guerra. Pero quienes producían las leyes y administraban las naciones eran otros: el Congreso, Santander y sus ministros en Colombia; los ministros de Bolívar en el Perú; Sucre y sus ministros en Bolivia.

El Libertador comprendía que la situación de los países que podían llamarse, como se ha dicho tantas veces, los hijos de su espada, era difícil. Pero en esa época no se conocían teorías políticas que permitieran hallar un método apropiado para asegurar el desarrollo económico y social de los pueblos.



Bolívar en Lima, 1825. Óleo del natural, por José Gil de Castro, que se halla en el Salón Artístico del Palacio del Congreso.

(Cortesía de don Alfredo Boulton, *Los retratos de Bolívar*)

Los hombres más capaces de entonces creían que bastaban buenas leyes para lograr la felicidad colectiva; y aunque el Libertador pensaba que esas buenas leyes debían ser americanas, no copiadas de otros países, también él creía en la leyes como instrumento de salvación.

Bolívar veía con claridad lo que iba a suceder en América, pero no logró dar con la fórmula que evitara los males del porvenir. Su mayor temor era que se produjeran las condiciones en que vivió Venezuela entre 1812 y 1814. Pensaba que los hombres del ejército libertador, que habían vivido durante años en los campamentos y en las batallas, no se acostumbrarían a la vida civil; tratarían de crear gobiernos de fuerza y desatarían la anarquía y la violencia en todas partes. Cuando pensaba eso, el Libertador se alarmaba y decía que nuestros países iban a caer bajo el dominio de tiranos minúsculos y crueles.

La historia ha demostrado que estaba en lo cierto. Él había estudiado el origen de la organización política, y sabía que las sociedades humanas no pueden vivir sin un orden; sabía que cuando ese orden queda destruido, del seno de la propia sociedad que lo ha roto, surge el tirano que impone su orden personal, el orden que le rinda beneficios a él, no a la sociedad. Para Bolívar, el tirano era el mayor de los males porque no sólo destruye la libertad política, sino también la libertad de estudiar, la de progresar, la de amar, la de crear lo bello y lo bueno. Alrededor de los tiranos sólo prosperan la maldad y la injusticia.

Sin que lo supiera el Libertador, esa preocupación era compartida por mucha gente. Algunos hombres importantes de Colombia pensaban que la mejor solución para los males que se avecinaban era proclamar una monarquía y hacer rey a Bolívar. Pero éste no pensaba nada parecido. Para él, lo apropiado era crear gobiernos republicanos estables, con presidentes vitalicios, congresos elegidos y cuerpos judiciales libres.

Los temores al porvenir era lo único que ensombrecía un poco esos hermosos quince meses de la vida del Libertador, que habían comenzado con la victoria de Ayacucho, en diciembre de 1824, y debían terminar en febrero de 1826. El día 8 de ese mes, cuando llegaba a las inmediaciones de Lima, supo que El Callao se había rendido a los patriotas. Y ésa fue la última noticia agradable que debía recibir, pues ya estaba en camino, y no tardaría en llegarle, la que anunciaba el principio de la disolución de Colombia: la de la pugna entre el general Páez, jefe civil y militar de Venezuela, con las autoridades de Bogotá.

Después de su llegada a Lima, de vuelta de Bolivia, el 8 de febrero de 1826, Bolívar se instaló en un lugar de las afueras de la capital peruana, llamado Magdalena, aunque iba a despachar al palacio de los virreyes.

Por esos días se dedicó a preparar el Congreso de Panamá, del que esperaba la formación de una especie de federación de naciones americanas; además, redactaba la Constitución de Bolivia. Con esa Constitución pretendía él dejar establecido el tipo de gobierno fuerte y duradero, protector de todos los derechos ciudadanos, que a su juicio podría salvar a América del caos social. Esa es la que la historia conoce como Constitución Boliviana. El Libertador aspiraba a que después de Bolivia, fuera adoptada por Perú y Colombia.

Hasta ese momento el Libertador estaba viviendo en la parte alta de la parábola de que hablamos al comenzar este capítulo; se hallaba en el esplendor de su vida, como el sol a mediodía. Pero como el sol, pronto comenzaría a descender. Su organismo, herido dos años antes por la enfermedad, iría desmejorándose hasta quedar sin fuerzas, antes aún de que la tuberculosis lo matara en Santa Marta cinco años después; y su obra política iría descomponiéndose día tras día, hasta quedar convertida en un grupo de pueblos débiles en vez de tres patrias fuertes y unidas como una sola.

El Libertador luchó dieciocho años y sólo tuvo quince meses de satisfacción. Pero era más afortunado que otros, pues muchos luchan y no llegan a ver su obra realizada. Él la vio, aunque le tocara también verla en descomposición.

En el momento en que comenzaba el descenso de que hemos hablado recibió una carta de su hermana María Antonia, que le escribía desde Caracas con fecha 30 de octubre del año anterior —1825—. Decía María Antonia: “Mandan ahora un comisionado a proponerte la corona. Recíbelo como merece la propuesta, que es infame... Di siempre lo que dijiste en Cumaná el año de 1814: que serías libertador o muerto. Ese es tu verdadero título, el que te ha elevado sobre los hombres grandes y el que te conservará las glorias que has adquirido a costa de tantos sacrificios”.

El 21 de febrero de 1826, en los últimos días de sus quince meses de esplendor, comentando la carta que había recibido de su hermana, Bolívar le escribía a Santander: “Este plan me ofende más que todas las injurias de mis enemigos, pues él me supone de una ambición vulgar y una alma infame”.

Pocos días después, un joven venezolano llamado Antonio Leocadio Guzmán —que años más tarde iba a ser un caudillo político de mucho nombre y padre del dictador Antonio Guzmán Blanco—, llegó a Lima llevando una carta de un general venezolano en que éste le daba cuenta de que Páez y algunos amigos estaban pensando hacer a Bolívar rey o emperador. Bolívar contestó que ese proyecto, iba “a arruinar mi crédito y a manchar eternamente mi gloria y mi reputación. Esté usted persuadido que no entraré en él”. En la misma carta decía: “Yo he venido a esta capital después de haber recorrido las provincias del Alto Perú y después de haber recibido el honor más grande a que podía aspirar un mortal: el de dar su nombre a un pueblo entero. Aun cuando



MAPA 9
MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR
ENTRE EL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1826 Y EL 24 DE JUNIO DE 1828.
(Texto al dorso).

MAPA 9
MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR

ENTRE EL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1826 Y EL 24 DE JUNIO DE 1828

De Lima, siguiendo la línea blanca, a Guayaquil por mar; de Guayaquil a Quito, Pasto, Popayán, Neiva, Bogotá, Cúcuta, Trujillo, Maracaibo —cruzando el lago—, y de ahí, por mar a Coro; de Coro, por mar también, a Puerto Cabello; de ahí a Valencia, La Victoria y Caracas, donde llegó el 10 de enero de 1827 y de donde salió el 5 de julio del mismo año hacia Cartagena, vía marítima, línea amarilla. De Cartagena, siempre siguiendo la línea amarilla, siguió a Bogotá por Turbaco, Mompox y Honda. De Bogotá —línea roja— viajó a Bucaramanga, y retornó a Bogotá donde fue proclamado Dictador de Colombia.

yo no hubiese recibido ni recibiese otra demostración pública, ésta basta para llenar mi alma y mi corazón”.

Y a Páez escribía: “Yo no soy Napoleón ni quiero serlo... El título es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano Por tanto, es imposible degradarlo”.



El Libertador, en la mejor época de su vida, a los cuarentidós años de edad. Este retrato, de autor anónimo, fue hecho en Lima en 1825.

(Cortesía de don Alfredo Boulton, *Los retratos de Bolívar*)

XVII

SE INICIA LA DESMEMBRACIÓN DE COLOMBIA. —CONSTITUCIÓN BOLIVIANA. —ÚLTIMO VIAJE DEL LIBERTADOR A VENEZUELA, EN ENERO DE 1827. —INSURRECCIONES EN CARTAGENA Y LA PAZ. —INSTALACIÓN DE LA CONVENCION DE OCAÑA PARA REFORMAR LA CONSTITUCIÓN, EL 9 DE ABRIL DE 1828. —INTRIGAS CONTRA BOLÍVAR. —EL LIBERTADOR ASUME LA DICTADURA DEL 24 DE JUNIO. —AGITACIÓN Y CONSPIRACIONES. —ATENTADO CONTRA LA VIDA DEL LIBERTADOR, EL 25 DE SEPTIEMBRE DE 1828. —REACCIÓN DE BOLÍVAR. —SUBLEVACIONES DE OBANDO EN PASTO Y DE LA MAR EN GUAYAQUIL.— EL PERÚ AMENAZA CON LA GUERRA. —VIAJE DE BOLÍVAR HACIA EL SUR. —GUERRA CON EL PERÚ: VICTORIAS DE SUCRE EN FEBRERO DE 1829. —BOLÍVAR EN QUITO Y GUAYAQUIL. —ENFERMEDAD DEL LIBERTADOR EN AGOSTO DE 1829 Y CONVOCATORIA, EL MISMO MES, DEL “CONGRESO ADMIRABLE”. —INSURRECCIÓN Y MUERTE DEL GENERAL CÓRDOBA. —INSTALACIÓN DEL “CONGRESO ADMIRABLE”, EL 20 DE ENERO DE 1830. —RENUNCIA DEL LIBERTADOR A LA PRESIDENCIA DE COLOMBIA. —SU SALIDA DE BOGOTÁ, EL 8 DE MAYO DEL MISMO AÑO. —ASELINATO DE SUCRE, 4 DE JUNIO. —EL LIBERTADOR EN CARTAGENA, BARRANQUILLA Y SANTA MARTA. —MUERTE DE SIMÓN BOLÍVAR, EL 17 DE DICIEMBRE DE 1830.

La desmembración de Colombia se inició ese año de 1826, cuando Páez, acusado ante el Senado de la República, se rebeló contra la orden de presentarse en Bogotá y dejar su puesto militar de Venezuela a la persona que lo había acusado. El 30 de abril, la municipalidad de Valencia respaldó a Páez, quien reasumió ilegalmente el mando de las fuerzas. Para mediados

del mes de mayo, Venezuela estaba de hecho separada de Colombia, aunque todavía municipalidades reconocían a Bolívar como árbitro supremo de la nación y le invitaban a trasladarse a Caracas para que resolviera los conflictos pendientes.

Justamente por ese mes de mayo, el Libertador daba fin al proyecto de Constitución de Bolivia, creación legal en la que había puesto mucha fe. En junio envió desde Lima a Venezuela a un ayudante suyo, creyendo que con cartas y recados podía mejorar la situación creada por las pugnas entre Santander y Páez. Al mismo tiempo preparaba viaje a Venezuela y daba órdenes para que las tropas colombianas acuarteladas en Bolivia y el Perú fueran evacuadas, pues temía a lo que pudiera suceder cuando él saliera. El 26 de ese mes de junio se reunió el Congreso de Panamá, reunión de la que tanto esperaba Bolívar; sus resultados prácticos fueron nulos. Al cabo de tantos años de guerras, destrucción y miseria, América no tenía fuerzas para seguir creando.

Con su organismo minado por la enfermedad, el Libertador no era ya el hombre que tomaba decisiones rápidas. Quería irse a Venezuela, porque temía que allí se produjera una guerra civil que según sus cálculos estaba llamada a degenerar en guerra social semejante a la de 1812-1814. Pero no actuaba. Fue sólo a principios de septiembre cuando dejó Lima. Poco después de llegar a Guayaquil entró en Quito, a mediados de octubre estaba en Pasto y en Bogotá el 5 de noviembre.

Desde Bogotá escribió a Páez tratando de calmarlo. Todas las cartas de esos días indican que su gran preocupación era evitar la guerra civil en Venezuela. Pero el mal prosperaba en muchas partes. El 14 de noviembre hubo una insurrección militar en Bolivia y ya estaban preparándose otras en el Perú.

A pesar de su poca salud, Bolívar seguía viajando. Causa asombro su voluntad de lucha en esos días. De Bogotá pasó a Cúcuta; a mediados de diciembre estaba en Maracaibo y una



El médico pintor francés François Roulin tomó en febrero del año 1828 este magnífico apunte del Libertador, mientras éste se hallaba en Bogotá.

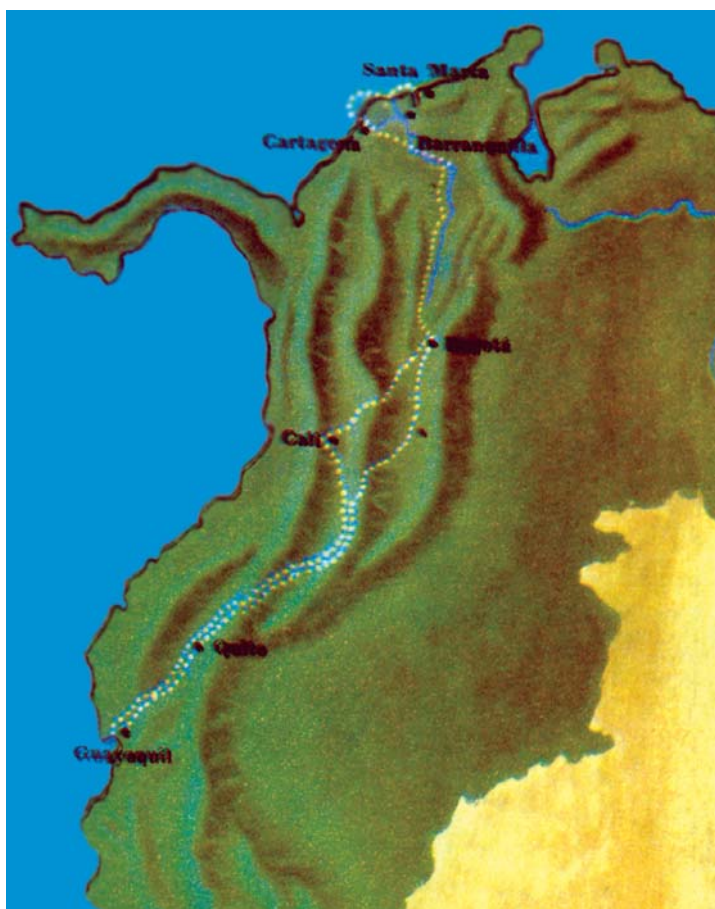
(Cortesía de don Alfredo Boulton, *Los retratos de Bolívar*)

semana después en Coro. Desde allí escribió a Páez: “Crea usted, general, que a la sombra del misterio no trabaja sino el crimen”. El 31 de diciembre, último día de ese año de 1826, le decía desde Puerto Cabello: “Entendámonos, general. Nadie será infeliz, ningún espíritu de partido me guía. Jamás la venganza ha entrado en mi pecho”. Lo cual era verdad.

Bolívar y Páez se entendieron y se abrazaron en Valencia; sin embargo, nadie podía evitar la separación de Venezuela de la gran república colombiana, porque Colombia estaba en disolución y porque todavía era muy temprano para que la gran empresa de unir a América pudiera dar frutos sanos. La unión se mantendría aparentemente algunos años más, hasta 1830; pero sin verdadera fuerza. Lo mismo sucedería con Ecuador. Antes de morir, el Libertador vería los gérmenes de la división destruyendo su obra.

El 10 de enero del nuevo año de 1827, Simón Bolívar entraba por última vez en Caracas, en medio de una verdadera apoteosis. A fines de ese mismo mes se produjo un levantamiento antibolivariano en Lima, y a seguidas una expedición de los insurrectos de Lima sobre Guayaquil, la sublevación de esta plaza y la designación de jefe civil y militar de la ciudad en favor del general José La Mar, peruano y conocido enemigo del Libertador.

Bolívar se mantuvo en Caracas casi seis meses, atendiendo sobre todo a la organización económica de Venezuela; a principios de julio salió, vía Cartagena, hacia Bogotá, donde sus enemigos estaban produciendo agitación y conspiraciones. Llegó a la capital a principios de septiembre y prestó juramento como Presidente en un nuevo período, para el cual había sido electo. La rebelión de Guayaquil había sido aplastada gracias sobre todo a la decisión del general Juan José Flores, venezolano, que iba a ser, tres años después, el primer Presidente de la República del Ecuador.



MAPA 10
MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR
ENTRE PRINCIPIOS DE DICIEMBRE DE 1828 Y EL 17 DE DICIEMBRE DE 1830.
(Texto al dorso).

MAPA 10
MOVIMIENTOS DE BOLÍVAR
ENTRE PRINCIPIOS DE DICIEMBRE DE 1828
Y EL 17 DE DICIEMBRE DE 1830

De Bogotá, siguiendo la línea blanca, a Guayaquil, por vía de Neiva, Popayán, Pasto y Quito, y retorno por Quito, Popayán y Cali. De Bogotá, por la línea amarilla, a Honda, El Banco, Mompo, Turbaco, Cartagena, Barranquilla y Santa Marta, en cuya vecindad está la quinta San Pedro Alejandrino, lugar donde murió el Libertador.

Al comenzar el año de 1828, Colombia se preparaba para los trabajos de la convención de Ocaña, que debía hacer reformas a la Constitución, y el Libertador vio llegar ese nuevo año sin saber que tres batallones colombianos se habían sublevado en La Paz el 25 de diciembre, tal como él lo había previsto antes de salir de Lima.

En ese momento su gran preocupación era la suerte de Venezuela. Preparó viaje a Caracas, y salió hacia allá, pero yendo de camino supo que el primero de marzo se había producido una insurrección en Cartagena, y detuvo su viaje. A esa altura de su vida, la voluntad del gran luchador estaba arruinada. Cualquier pretexto le servía para justificar ante sí mismo su incapacidad para actuar. Lo mismo que su pueblo, él había entrado en una etapa de disolución interior, de la que sólo se salvaba su inteligencia, que se conservaba tan lúcida como en sus mejores años.

Para el que ha estudiado la historia americana, nada es tan conmovedor como imaginarse a Bolívar, aquel padre de naciones que tenía la fuerza y la rapidez del rayo, vencido por la falta de voluntad cuando apenas tenía cuarenticinco años; y conmueve sobre todo saber que esa falta de voluntad se debía a los quebrantos de salud que contrajo luchando por la libertad de los hombres.

En abril de ese año de 1828 se produjo otra sublevación en La Paz, y Sucre resultó herido en un brazo. El período presidencial del Gran Mariscal de Ayacucho terminaba en agosto, y el vencedor de Pichincha se preparaba ya para abandonar el poder e irse a vivir a Quito, donde iba a establecer su hogar.

El 9 de abril se instaló la Convención de Ocaña. Bolívar envió un mensaje renunciando a la Presidencia de la República, pero sabía que la Convención lo confirmaría en ese cargo. Al Libertador no le cabía duda de que sólo él podía salvar

a Colombia de los males que la amenazaban. Había ejercido el poder tanto tiempo, que sin darse cuenta se negaba a admitir que otro pudiera servirlo con tanta capacidad y tanto desinterés como él. Ni siquiera un hombre tan extraordinario como él pudo evitar que lo arrastrara la voz de los que le decían que la república se perdía si él no la gobernaba.

La Convención de Ocaña se convirtió en un campo de intrigas políticas contra Bolívar, sobre quien llovían acusaciones de todo tipo. Cuando resolvió no seguir viaje a Venezuela, el Libertador estableció una especie de cuartel general en Bucaramanga, cerca de Ocaña, para seguir al día los trabajos de la Convención, y sus enemigos políticos decían que se había situado tan cerca de Ocaña para presionar a los diputados.

No pudiendo evitar que el Libertador resultara electo Presidente, los convencionales reformaron la Constitución de tal manera que ésta impedía al Presidente ejercer verdadera autoridad. Bolívar se opuso a ello; sus partidarios en todo el país se opusieron también. En Bogotá y en otras ciudades estallaron motines en que se pedía que el Libertador asumiera la Dictadura.

Debemos repetir aquí lo que dijimos ya sobre el concepto de la dictadura en esa época. La palabra no quería decir entonces lo que significa hoy. El Dictador gobernaba sin Constitución y sin Congreso, pero de ninguna manera podía coartar las libertades individuales; al contrario, su papel era garantizarlas.

Bolívar oyó las peticiones en favor de la Dictadura, y el 24 de junio de ese año de 1828, a los siete años de la victoria de Carabobo que consagró la existencia de la república, entró en Bogotá y asumió la Dictadura. El 27 de agosto desechó el título de Dictador y tomó el de Libertador Presidente, pues quería dejar bien sentado que su papel era libertar, no oprimir.



Bolívar, año y medio antes de su muerte. Es un retrato hecho del natural, en agosto de 1828, por el pintor José María Espinosa. Un mes después se produjo el atentado contra la vida del Libertador.

(Cortesía de don Alfredo Boulton, *Los retratos de Bolívar*)

El mismo espíritu que llevó a Bolívar a creer, equivocadamente, que Miranda había sido el autor de los males producidos por la guerra social de 1812, llevaba a los jóvenes de Bogotá a pensar que sólo Bolívar era el autor de los males de Colombia en 1828. Con la proclamación de la Dictadura, la juventud bogotana se desesperó. El odio se adueñaba de las almas. Bolívar había dedicado su vida a crear patrias, pero los jóvenes no pueden apreciar lo que se ha hecho porque tienen presente sólo lo que habrá de hacerse; miran hacia el porvenir, no hacia el pasado. Por eso los jóvenes de Bogotá no tomaban en cuenta el glorioso pasado del Libertador.

El Libertador no era ya el hombre capaz de dirigir batallas, porque estaba enfermo; no tenía la capacidad de vigilar a sus amigos y partidarios, como había hecho siempre, porque la enfermedad le sustraía fuerzas del alma. Muchos de sus amigos abusaban de su debilidad y atropellaban las leyes, y esos atropellos producían en algunos círculos la impresión de que Bolívar estaba convirtiéndose en un tirano. Gran error, el Libertador repudiaba la tiranía con todo su ser.

En la noche del 25 de septiembre —y recordemos el año: 1828—, un grupo de militares y estudiantes asaltó el hogar del padre de la república; hirió a los centinelas, mató a dos ayudantes y a dos perros. Bolívar, que se hallaba con fiebre, salvó la vida porque su amiga Manuela Sáenz le hizo saltar por una ventana antes de que los conjurados echaran abajo la puerta de la alcoba. Un alto oficial inglés, ayudante del Libertador, fue muerto por Pedro Carujo, el mismo Carujo que años después haría preso al presidente venezolano José María Vargas.

Es triste recordar que esa noche, con la única compañía de un criado, el Libertador huyó por las oscuras calles de Bogotá. Enfermo, envejecido prematuramente, el caudillo de la libertad, vencedor en tantas batallas gloriosas, tenía que salvar su vida huyendo como un prófugo. Al fin logró



MAPA 11

(Texto al dorso)

MAPA 11

Ésta es América del Sur. En color verde, se ven las tierras, libertadas por Simón Bolívar. Forman hoy seis países: Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia, con cuatro millones setecientos ochenta mil kilómetros cuadrados. Estos países ocupaban una superficie mucho mayor en tiempos del Libertador; pero Bolivia ha perdido territorio a manos de Chile, Paraguay y Brasil; Perú los perdió a manos de Chile, y Venezuela, en litigios con la Guayana inglesa. Este mapa representa la superficie aproximada de los países bolivianos como era en los días de Bolívar.

ocultarse bajo un pequeño puente, donde esperó espada en mano que fueran a darle muerte. Amaneció al cabo de largas horas, y Bolívar pudo dirigirse a un cuartel, donde fue aclamado por la tropa.

La reacción inmediata del Libertador fue renunciar a la jefatura del país, perdonar a todos los complicados en el atentado y retirarse a Europa. Pero algunos de sus antiguos compañeros de armas se opusieron a ese propósito, y como ya el brillante general de otros días era una sombra de lo que había sido, le convencieron de hacer lo contrario; y al fin procedió a declarar la ley marcial en todo el país, suspender las libertades personales, procesar a los conjurados y ordenar el fusilamiento de los que fueron hallados culpables.

Mientras tanto, la situación económica del país era lamentable. A menudo ni el propio gobierno tenía con qué atender a las necesidades del Estado. La miseria contribuía a complicar los asuntos políticos. La ley marcial no impedía que el descontento se extendiera por todas partes. En octubre se levantó en Patía el coronel Obando, y en noviembre tomó Popayán, la ciudad más importante del Sur antes de llegar a Quito. Al mismo tiempo se sublevó la tripulación de los pocos buques de guerra que tenía Colombia.

Bolívar despachó sobre Popayán al general Córdoba con mil ochocientos hombres, pero Obando resistió, y cuando tuvo que abandonar Popayán se hizo fuerte en Pasto, y después en Patía. Otros jefecillos de la misma región se levantaron y hubo asonadas también en el extremo oriental de Venezuela.

La descomposición de Colombia estimulaba el odio de los enemigos de Bolívar. Aquel mismo general peruano llamado José La Mar que había estado sublevado en Guayaquil hacia principios de 1827, era Presidente del Perú desde hacía año y medio. Por los días del levantamiento de Obando, La Mar comenzó a amenazar con lanzar un ataque sobre Colombia

con el pretexto de que el Perú debía recuperar Guayaquil. El Libertador veía llegar ese ataque y comenzó a prepararse para hacerle frente. Pero Colombia apenas tenía recursos y Bolívar no era el mismo de otros tiempos, cuando se lanzaba a combatir sin saber de dónde podría sacar hombres y armas. Previendo que La Mar atacaría, salió de Bogotá hacia el Sur a principios de diciembre de 1828.

Los peruanos atacaron al comenzar el año 1829, mientras Bolívar estaba en Popayán. Inmediatamente, el Libertador encomendó a Sucre, que vivía en Quito, la jefatura del ejército del Sur. Sucre batió a los peruanos el 12 de febrero en Saraguro y el 26 del mismo mes en Tarqui; y como aquella era una guerra entre hermanos, ofreció a los vencidos una capitulación de hermanos.

Bolívar entretanto, avanzaba lentamente. A mediados de marzo estaba en Quito; a fines de junio, en vista de que los peruanos no querían evacuar Guayaquil, estableció su cuartel general frente a esa ciudad. Estuvo preparándose para reanudar hostilidades, pero su buena fortuna le impidió tener que guerrear contra soldados de un pueblo por cuya libertad tanto había hecho, pues en el Perú se produjo una revolución, La Mar fue depuesto y el nuevo gobierno reconoció los derechos de Colombia sobre Guayaquil.

En el mes de agosto, el Libertador cayó en cama. La enfermedad avanzaba de prisa y destruía su organismo. Estuvo grave. Allí, frente a la muerte que rondaba su lecho, el padre de tres repúblicas meditó largamente. Su fino oído político oyó los rumores de disolución que corrían por Colombia: Venezuela quería separarse; Ecuador quería separarse. Sus tres repúblicas se convertirían en cinco, y ochenta años después, al separarse Panamá de Colombia, serían seis. Lo mejor sería que se dividieran mientras él viviera. El 31 de agosto de 1829 convocó a un Congreso que él mismo iba a bautizar con el



Bolívar al final de su vida. Óleo de Michelena.

nombre de Admirable, como aquella su primera campaña militar. Ese Congreso se encargaría de disolver la república, si era del caso, y ante él resignaría el mando. Después... después él se iría de América, pobre, enfermo, envejecido.

Pero Colombia no le daba paz. Por los mismos días en que él se debatía con la muerte, algunos generales colombianos conspiraban. Como dijo Córdoba, el que había tomado Popayán ocho meses antes: "El Libertador está viejo; ya pocos serán sus días, y sin faltarle al respeto debemos separarlo del mando". Bolívar lo supo. Reaccionó con tristeza. "¿Qué haremos con estos generales conspiradores?", preguntaba en una carta. Córdoba se levantó contra el gobierno a principios de septiembre de ese año de 1829, y murió en lucha contra fuerzas leales.

El Libertador se movía buscando lugares de reposo. El cuerpo le pedía salud y el alma le pedía soledad. Entre Guayaquil y Quito estuvo hasta fines de octubre; después emprendió el retorno a Bogotá, adonde debía llegar a tiempo para abrir el Congreso, que iniciaría sus trabajos el 20 de enero de 1830.

El Congreso comenzó sus reuniones el día 20 bajo la presidencia de Sucre y recibió el mensaje en que el Libertador hacía renuncia de su cargo de jefe del Estado. Vencido por la enfermedad, Bolívar era capaz de luchar todavía por conservar su gloria de Libertador. "Salvad mi gloria, que es de Colombia", decía a los diputados. "Libradme, os ruego, del baldón que me espera, si continúo ocupando un destino que nunca podrá alejar de sí el vituperio de la ambición".

En ese momento, el Libertador luchaba por librarse él mismo de la presión de sus partidarios, que preferían sacrificar su nombre ilustre antes que verse desamparados ante nuevos caudillos. A causa de su enfermedad, Bolívar había sido convertido en prisionero de intereses políticos personales, pero

él se había dado cuenta y ese día 20 de enero de 1830, once meses antes de su muerte, daba batalla para romper las barras de su prisión.

En su camino de odios los enemigos del Libertador hacían correr la voz de que él pretendía hacerse coronar rey o emperador. En Venezuela se pedía la separación. El propio general Páez, que manejaba en la sombra los hilos de la agitación separatista, confiesa en su autobiografía, hablando de las actas en que se solicitaba la independencia de Venezuela: “En algunas de ellas se habla del Libertador en tono poco respetuoso, llamándosele tirano y prodigándole otros epítetos no menos injuriosos”.

El Congreso le había pedido a Bolívar mantenerse en la Presidencia de la República mientras no terminaran los trabajos de los diputados. Una vez que estos redactaran la nueva Constitución, elegirían un presidente y él podría retirarse a la vida privada. Bolívar accedió, y pidió autorización para trasladarse a Venezuela, a fin de evitar la separación. No se le concedió. Se nombró una comisión presidida por Sucre, que debía viajar a Valencia y entrevistarse con Páez. Páez no dejó a la comisión entrar en territorio venezolano.

Entretanto, Bolívar no podía resistir ya las cargas del gobierno. El primero de marzo nombró al general Diego Caicedo presidente interino del Consejo de Ministros y se fue a vivir en las afueras de Bogotá. Algunos diputados hablaron de designarlo otra vez Presidente de la República y la agitación de los adversarios comenzó a dejarse sentir en la capital de Colombia. Sus enemigos eran implacables, tan implacables como la enfermedad que estaba destruyendo sus pulmones.

Bolívar vio claramente que Venezuela iba a declararse independiente y que el Ecuador lo haría pronto. El 28 de abril insistió ante el Congreso en su renuncia, “porque estoy persuadido”, escribía ese mismo día a un amigo, “de que es

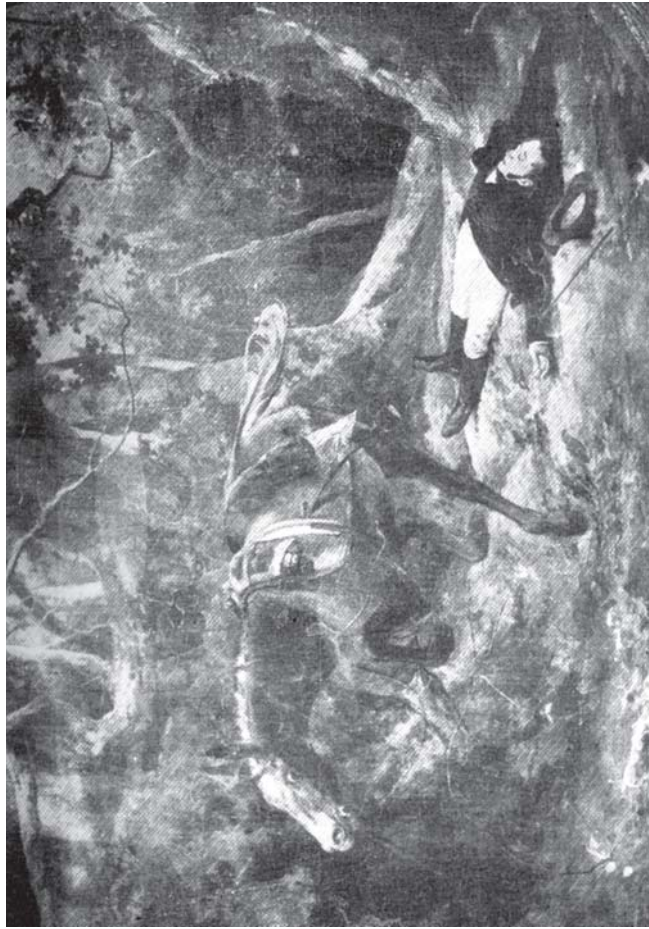
imposible que un hombre solo sea capaz de contener la inmensa anarquía que devora al Nuevo Mundo”. A la vez que renunciaba, vendía su vajilla de plata y cuanto tuviera algún valor. El Libertador no tenía con qué mantenerse.

El 8 de mayo de ese año de 1830 salió de Bogotá, camino de Cartagena y de Europa. El primero de julio, estando en Cartagena, supo que el Gran Mariscal de Ayacucho había sido asesinado el 4 de junio en la montaña de Berruecos. Espantado del crimen, pasó el día recorriendo el patio de la casa donde se hospedaba, incapaz de decir una palabra.

Debió haberse ido antes, pero el buque en que quiso salir hacia Europa pasaba por La Guaira, y temía que su presencia en su tierra natal fuera vista por Páez como una provocación. Además, esperaba algún dinero. El único bien que le quedaba, las minas de cobre de Aroa —heredadas de sus padres—, era objeto de un pleito en Caracas. El tiempo transcurría. En Colombia estallaban motines, golpes de Estado; cambiaban los gobiernos.

Frente al mar Caribe —el mismo que le vio iniciar dieciocho años antes su vida de soldado en Puerto Cabello—, el Libertador sentía decaer su salud y acercarse el día final. La línea de la parábola descendía vertiginosamente. De vez en cuando tenía una expresión de buen humor. Pero sabía que se moría de prisa, En octubre escribía a Urdaneta: “No me queda esperanza de restablecerme enteramente en ninguna parte y de ningún modo”. Estuvo mudándose a los pueblos cercanos a Cartagena; en noviembre fue llevado a Barranquilla; a fines del mismo mes lo trasladaron en barco a Santa Marta.

Iba ya de muerte, aunque no dejaba de escribir cartas, de hablar del porvenir. Alojado en una finca llamada San Pedro Alejandrino, cuyo dueño era el realista español don Joaquín de Mier, se entretenía mirando a través de las ventanas la vegetación tropical, tan parecida a la de su Caracas.



Berruecos. Muerte del mariscal Sucre, el 4 de junio de 1830. Óleo de Arturo Michelena.
(Cortesía del Ministerio de Educación. Centro Audiovisual)

Se acercaba a su final el año de 1830. El 17 de diciembre, minutos antes de la una, su médico, el doctor Reverend, que era francés, le oyó decir: “¡Vámonos, vámonos! ¡Esta gente no nos quiere en esta tierra! ¡Lleven mi equipaje a bordo de la fragata!”.

Fue la última orden que dio el que tantas veces ordenó la carga de la libertad.

Para que su grandeza no fuera puesta en duda, murió en la soledad, en la pobreza, en el dolor. También el sol muere solitario en la oscuridad.

Como el sol, el nombre de Simón Bolívar sale todos los días en el horizonte de América.



Último apunte del rostro de Bolívar. Hecho en Bogotá por Espinosa en 1830.

(Cortesía de don Alfredo Boulton, *Los retratos de Bolívar*)

ÍNDICE DE LÁMINAS Y MAPAS

Retrato de Bolívar (Tito Salas)	405
El bautizo (Tito Salas).....	408
El centro de Caracas hacia 1766 (anónimo)	413
Mapa 1	415
Bolívar adolescente	423
Una lección de Andrés Bello a Bolívar (Tito Salas)	427
Las bodas de Bolívar y Teresa del Toro (Tito Salas).....	433
Firma del Acta de Independencia (Tovar y Tovar).....	435
Miranda en su prisión de La Carraca (Michelena)	441
Mapa 2	449
Bolívar en los días de la Guerra a Muerte (Tovar y Tovar)	457
Mapa 3	461
Mapa 4	469
Batalla de Araure, 5 de diciembre de 1813 (Tito Salas)	473
Mapa 5	481
La huida de los caraqueños a Oriente. Evacuación en masa de Caracas, 1814 (Tito Salas)	485
Bolívar en Haití, año 1816 (Tovar y Tovar)	495
Expedición de los Cayos (Tito Salas)	497
Mapa 6	513
Toma de las flecheras —cañoneras— por Páez y sus (cincuenta) llaneros (Tito Salas).....	517
Batalla de Boyacá, 7 de agosto de 1819 (Tovar y Tovar) ..	529
Mapa 7	535

Bolívar en Bogotá por 1820 (Figueroa)	541
Segunda batalla de Carabobo, 24 de junio de 1821 (Tovar y Tovar)	543
Mapa 8	557
Batalla de Junín, 6 de agosto de 1824 (Tovar y Tovar)...	567
Busto de Bolívar. Detalle del cuadro de José Gil de Castro, 1825	575
Bolívar en Lima, 1825 (Gil de Castro). (Cuadro en el Salón Elíptico del Capitolio)	577
Mapa 9	581
El Libertador, en la mejor época de su vida, hecho en Lima en 1825 (autor anónimo)	584
Apunte del Libertador, mientras éste se hallaba en Bogotá, 1828 (Roulin).....	587
Mapa 10	589
Bolívar, año y medio antes de su muerte, 1828 (Espinosa)	593
Mapa 11	595
Bolívar al final de su vida (Michelena)	599
Berruecos. Muerte del mariscal Sucre el 4 de junio de 1830 (Michelena)	603
Último apunte del rostro de Bolívar, 1830 (Espinosa) ..	605

BIBLIOGRAFÍA

Para escribir *Simón Bolívar: biografía para escolares*, el autor se documentó en obras que pudieran darle no sólo datos sobre el personaje, sino, además, el ambiente de la época en que vivió. El lector que desee ampliar sus conocimientos sobre el Libertador haría bien en consultar algunas de ellas. He aquí la lista:

ARCILA FARIAS, Eduardo, México, *Economía colonial de Venezuela*, Fondo de Cultura Económica, 1946.

BALLESTEROS BERETTA, A., Barcelona, *Síntesis de la historia de España* (9ª ed.), Salvat Editores, S.A., 1957.

BARROS ARANA, Diego, Buenos Aires, *Historia de América*, Editorial Futuro, 1960.

BOLÍVAR, Simón, La Habana, *Obras completas* (dos tomos), Editorial Lex, 1947.

BRICEÑO-IRAGORRY, Mario, Madrid, *Casas León y su tiempo*, Edime, 1954.

CARBONELL, Diego, *Simón Bolívar, Libertador-Presidente de la República de Colombia*, autobiografía, Buenos Aires, Imprenta López, 1945.

CISNEROS, Joseph Luis de, *Descripción exacta de la provincia de Venezuela* (Reproducción de las ediciones de Valencia [MDCCLXIV] y Madrid [1912], con instrucción de Enrique Bernardo NÚÑEZ), Caracas, Editorial Ávila Gráfica, 1950.

- CUNNINGHAME GRAHAM, R. B., *José Antonio Páez* (con introducción de Cristóbal L. Mendoza), Caracas, Edición auspiciada por don Manuel Vicente Rodríguez Llamozas y la Academia Nacional de Historia de Venezuela, 1959.
- DÍAZ SÁNCHEZ, Ramón: *Guzmán, Elipse de una ambición de poder* (3ª ed.), Caracas, Hortus, agosto de 1953.
- FRANK, Waldo, *Nacimiento de un Mundo. Bolívar dentro del marco de sus propios pueblos*, Aguilar, Madrid, 1956.
- GIL FORTOUL, José, "La Colonia, la Independencia, la Gran Colombia" en *Historia constitucional de Venezuela* (Obras Completas, I), 4ª ed., Caracas, Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, 1954.
- GRASES, Pedro, *La conspiración de Gual y España y el ideario de la independencia*, Caracas, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1949.
- KEY AYALA, S., *Vida ejemplar de Simón Bolívar*, Caracas, Ediciones Edime, s.d.
- LECUNA, Vicente, *La casa natal del Libertador*, Publicación de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, Caracas, 1954.
- LARRAZÁBAL, Felipe: *Vida de Bolívar* (I y II), 6ª ed., New York, Andrés Cassard, 1883.
- O'LEARY, Daniel Florencio: *Junín y Ayacucho*, Madrid, Editorial América, 1919.
- PÁEZ, José Antonio: *Autobiografía* (dos volúmenes), New York H. R. Elliot & Co., Inc., 1946 (Reproducida de New York, Imprenta de Hellet y Breen, 1869).
- PICÓN SALAS, Mariano, Buenos Aires, *Miranda*, Editorial Losada, 1946.
- SALCEDO-BASTARDO, J. L., Caracas, *Visión y revisión de Bolívar*, 1957.
- SISO MARTÍNEZ, J. M., *Historia de Venezuela* (5ª ed.), Venezuela-México, Editorial Yocoama, 1956.

SCHAEEL MARTÍNEZ, Graciela, *Vida cívica del Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas, Tipografía La Nación, 1946.

VALDIVIESO MONTAÑO, A., *José Tomás Boves*. Caracas, Editorial González González, 1955.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

AARÓN 173
ABDÓN 178
ABIATAR 231, 233, 255, 283, 323,
338, 363, 364, 366, 371, 387,
390, 393, 395
ABIGAÍL 138, 235, 243-246, 272,
273, 345
ABIMELEC 143, 329
ABINADAB 185, 191, 257
ABISAG 383, 399
ABISAI 194, 277, 303, 310, 317,
320, 358, 368, 373
ABITAL 272
ABNER 137, 196, 207, 220, 264,
267-273, 275-279, 281, 284, 291,
303, 327, 328, 338, 340, 398
ABRAHAM 264, 289, 315
ABSALÓN 138, 246, 272, 278, 341,
345, 347, 348, 350-355, 359,
360, 363, 364, 366, 368-371,
374, 387, 389-391, 393-396,
398, 401
ADÁN 361
ADONÍAS 388,-391, 393, 395, 396,
399
ADONIRAM 339
AGAG 174, 175
AGÜERO, José de la Riva 555
AGUIT 387, 396
AJIMAS 369, 370
AJIMELEC 228, 229, 233, 323
AJINOAM 245, 246, 273, 345

AJITOFEL 138, 355, 359, 360, 364,
371, 378, 391
ALEJANDRO 79
ALFEO 25
AMALEC 215, 258, 310
AMASA 367, 373, 374, 398
AMIEL 285
AMNÓN 272, 345, 347-349, 371,
387, 401
ANÁS 46-48, 92, 115, 117, 120
ANDRÉS 26
ANZOÁTEGUI 504, 507, 527, 530, 563
AQUIS de Gath 150, 231, 234, 247,
250, 253, 262-265, 268-270,
300, 303, 305
ARAURE 471
ARCILA FARIAS, Eduardo 609
AREUNA 380, 381
ARIMATEA, José de 42, 63, 123
ARISMENDI 507, 527, 531
AUGUSTO 35
AZAEL 269, 276, 277, 340
AZMAVET 339

B

BALLESTEROS BERETTA, A. 609
BANAYAS 341, 388, 390, 395, 399
BARREIRO 530
BARRERA, Carlos Luis 407
BARROS ARANA, Diego 609
BARTIMEO 79
BARZILAI 358, 359
BAUTISTA ARISMENDI, Juan 498

- BELLO, Andrés 427, 434, 436
 BENJAMÍN 147, 148, 165
 BERMÚDEZ 456, 466, 488, 500, 501,
 507, 508, 525
 BETSABÉ 314, 321, 325-330, 332,
 334, 335, 357, 377, 388-390,
 392, 394, 399, 401
 BIANCHI 491, 492
 BICRI 372
 BOANERGES 22, 26
 BOLÍVAR, Juan Vicente de 412, 420,
 434
 BOLÍVAR, Juana 412
 BOLÍVAR, Sojo de 420
 BOLÍVAR, María Antonia 412, 580
 BOLÍVAR Y PALACIOS, Simón José
 Antonio de la Santísima Trinidad
 403, 405, 407, 409, 411-426, 428,
 431-434, 436, 439, 440, 443-446,
 448-452, 455-459, 461-463, 465,
 467, 469-471, 474, 475, 477, 478,
 480-484, 486, 488, 491, 493-496,
 498-505, 507, 508, 511-515,
 518-520, 523, 525-527, 530,
 533-536, 538-541, 544-547,
 549-551, 553, 555, 557-559,
 563, 564, 566, 571, 573, 574,
 576, 578, 580-582 585, 586,
 588-591, 593, 594, 596, 597,
 599-601, 604, 605, 609
 BONAPARTE, José 431, 478
 BONAPARTE, Napoleón 426, 428, 431,
 434, 477-479, 484, 523, 583
 BOSCH, Juan 409
 BOSCH, León 407
 BOULTON, Alfredo 407, 423, 457,
 495, 541, 584, 587, 593, 605
 BOVES, José Tomás 465, 468, 471,
 474-478, 483, 486, 489, 503,
 508, 515, 516, 545
 BOZ 177, 182, 183
 BRICEÑO-IRAGORRY, Mario 609
 BRION 498, 505, 512
- C**
- CAICEDO, Diego 601
 CAIFÁS, José 9, 40, 46-48, 55, 59, 65,
 67, 70, 75, 91-93, 95, 107, 109,
 113, 115, 117, 119-121, 123
- CAÍN 15
 CAJIGAL, Juan Manuel 471, 472,
 479, 483, 484
 CAMPO-ELÍAS 472, 484
 CANTERAC 563, 564, 565, 566
 CARBONELL, Diego 609
 CARREÑO, Simón 421, 422
 CARUJO, Pedro 594
 CEBALLOS 471, 475, 476, 479, 483,
 484
 CEDENO 502, 504, 505, 544
 CEFAS 26
 CÉSAR 58, 59, 85
 CICOGNANI, D. Gaetano 12
 CISNEROS, Joseph Luis de 609
 COLUNGA, Alberto 12
 COLUNGA, Nácar 54
 CÓRDOBA 585, 597, 600
 CUNNINGHAME GRAHAM, R. B. 610
 CUSAI 364, 365, 366
- D**
- DANIEL 345
 DAVID ben Asís 52, 131, 133-135,
 137-139, 141, 142, 145, 147, 150,
 161-163, 171, 174, 175, 177,
 185-187, 190, 191, 193-199,
 201-203, 205, 206, 208-211,
 213-215, 217, 219, 222, 225-228,
 230, 232, 233, 235-244, 246,
 248, 249, 251, 252, 254, 256,
 258, 259, 261-264, 266, 268,
 270, 272, 273, 275-282, 284,
 285, 287, 288, 290-292, 294-296,
 298, 299, 301, 303, 305, 306,
 309, 313, 315-317, 319-322,
 324-328, 330-335, 337-343,
 345-357, 359, 360, 363-371,
 374-376, 378-381, 383-385,
 387, 388, 390-392, 394-399, 401
 DE LA SERNA, Virrey 554, 555, 560,
 564-566, 568-570, 585
 DÍAZ SÁNCHEZ, Ramón 610
 DOBLES, Isabelita 407
 DODIYA 246, 272, 345, 387
 DOEG 227, 228, 229, 230
 DOMICIANO 23
 DUQUE DE WELLINGTON 478

E

EDON Bet Rejob 198
 EGLA 272
 ELEAZAR 301, 304, 310
 ELÍ 141-143, 146, 150, 154, 156,
 178, 230, 231, 254, 299, 382
 ELIAB 185, 191
 ELÍAS 11, 17, 34, 54, 59
 ELIJANÁN 190, 194, 303, 311
 ELIMELEC 178-182
 ELOÍNO Nácar Fuster 12
 EMPARAN, Vicente 432, 434
 ENGELS 3
 ESCALONA ESCALONA, José A. 407
 ESPAÑA, José María 424, 437
 ESPINOSA, José María 593, 605, 608

F

FELIPE 86
 FERNÁNDEZ VINONI, Francisco 530
 FERNANDO VII 431, 434, 477, 478,
 484, 486, 493, 533, 537
 FIGUEROA, Pedro José 541, 608
 FLORES, Juan José 588
 FRANK, Waldo 610

G

GABAÓN 277
 GAD 132, 338, 339, 342, 343
 GALAD, Jabes de 314
 Gallegos, Rómulo 409
 GAMALIEL 34
 GATH, Lajni de 190
 GEDEÓN 142, 329
 GIL DE CASTRO, José 575, 577, 608
 GIL FORTOUL, José 610
 GIRARDOT, Atanasio 448, 450, 458,
 466, 467, 507
 GOLIAT 134, 137, 186, 187, 189-193,
 195-197, 203, 204, 209, 228,
 303, 304, 401
 GOMEZ, Juan Vicente 421
 GRASES, Pedro 610
 GUAL, Manuel 424
 GUERA 398
 GUZMÁN, Antonio Leocadio 580
 GUZMÁN BLANCO, Antonio 580

H

HADAD 309
 HADADEZER 319, 320
 HERODES 17, 40, 91, 92, 111, 123
 HIPÓLITA 412
 HIRAM 270, 305, 343
 HITLER 6, 9
 HOMERO 399, 500

I

ISACAR 282
 ISBAAL ben Saúl 267-269, 271-273,
 275, 279-281, 284, 401
 ITAÍ 356, 357, 368
 IZQUIERDO, Carlos 407

J

JACOB 145, 147, 149, 315
 JAIRO 53, 69, 74, 80
 JANÓN 314, 316, 318
 JARI 303
 JEROBAAL 329
 JESBAL 301, 311
 JESÚS 8-11, 15-20, 22, 24-29, 32,
 34-36, 41, 42, 44, 46-49, 52-60,
 63-65, 67, 68, 70-77, 79, 81, 82,
 84, 86, 87, 91-97, 100, 101,
 103, 104, 106-108, 110, 111,
 113, 115, 117-123, 125-127,
 133, 141, 149
 JETER 398
 JITREAM 272
 JOAB 138, 270, 275-279, 291, 318,
 320, 325, 328, 329, 340, 341,
 351-353, 358, 368-370, 373, 380,
 387, 389, 390, 393, 395, 398, 399
 JOAQUÍN 602
 JONATÁN 138, 160, 169, 171, 172,
 204, 206, 213, 216, 217, 219,
 221, 223, 235, 257, 260, 265,
 284, 285, 287, 304, 357, 364,
 366, 395, 396, 401
 JOSAFAT 302, 338
 JOSÉ 70, 119, 123, 133
 JOSUÉ 283
 JOYADAS 311, 395

- JUAN** 16, 17, 20, 22, 23, 26, 28, 31, 32, 36, 37, 42, 44, 46-49, 52, 53, 55, 56, 64, 67, 68, 70, 72, 73-75, 77, 86, 88, 92, 94, 95, 97-99, 102, 103, 105, 108, 111, 112, 115, 116, 126
JUAN EL BAUTISTA 54, 58, 80, 118, 133
JUANA 17
JUDAS ISCARIOTE 6, 8, 9, 11-13, 15-20, 22-25, 27-34, 36, 37, 63-68, 73-75, 77-80, 89-93, 99, 101-103, 105, 106, 108-113, 115, 117-122, 124-126
JUR 173
- K**
KEY AYALA 610
- L**
LA MAR, José 555, 588, 597, 598
LA TORRE, Miguel de 520, 539, 542, 545
LARA 507
LARRAZÁBAL, Felipe 610
LÁZARO 16, 17, 29, 31, 39, 47, 49, 86
LECUNA, Vicente 610
LENÍN 6, 7, 9
LEVÍ 25, 148
LÓPEZ, Narciso 526
LÓPEZ, Rafael 520
LÓPEZ ORIHUELA, Héctor E. 407, 413
LUCAS 17, 20, 21, 28-31, 42, 54, 59, 60, 66, 68, 70, 71, 75, 77-79, 84, 85, 88, 91, 93, 96, 98, 99, 102, 104, 108-110, 112, 113, 123, 126
LUDWIG, Emil 18
- M**
MAACA 246, 272, 302, 305, 345, 353, 359, 375, 390
MACGREGOR 498
MAJALÓN 178, 182, 183
MAJANAİM 368, 369
MALAQÚÍAS 257
MALCO 10, 63, 75, 107, 109, 111, 113
MAQUIAVELO, [Nicolás] 165
MAQUIR 285
MARCOS 20, 21, 25, 27, 29, 30, 32, 42, 53, 54, 63, 65, 67, 68, 70, 71, 75, 76, 78, 79, 81, 88, 94, 95, 97-99, 102, 104, 107, 109, 110, 112, 116, 121, 122, 126
MARÍA 16, 29, 31, 41, 49, 86
MARÍA MAGDALENA 16, 31
MARIÑO, Santiago 447, 456, 465, 466, 475, 477, 479, 484, 489, 491, 498, 501, 504, 507, 511, 525, 531
MARTA 16, 29, 31, 39, 49
MARX, [Carlos] 3
MATEO 20, 21, 23, 25, 27, 30, 32, 33, 40, 51, 54, 64, 65, 67, 68, 70-82, 84, 88, 90, 92, 94, 95, 97-99, 102, 104, 106, 107, 109, 110, 112, 121-124
MEFIBAAL 284, 285, 356, 357
MENDOZA, Cristóbal L. 610
MEROB 284
MICHELENA, Arturo 441, 599, 603, 607, 608
MICOL 209-211, 214, 215, 242, 245, 272, 273, 279, 284, 296
MILCÓN 318
MIRANDA, Francisco de 419, 429, 431, 434, 437, 439, 441, 443, 444, 474
MOISÉS 11, 35, 39, 58, 59, 89, 133, 142, 144, 145, 148, 155, 163, 172, 173, 215, 280, 323
MONAGAS, José Gregorio 499, 504, 507, 515
MONTEVERDE, Domingo 431, 438, 439, 443-445, 447, 452, 456, 459, 463, 465, 466, 471
MONTILLA, Ricardo 407
MORALES, [Francisco Tomás] 488
MORILLO, Pablo 491, 494, 496, 499, 503, 507, 511, 512, 516, 518-520, 527, 533, 537-539
- N**
NABAL 138, 235, 242, 243, 245
NAHAS 162, 257, 314, 316, 367

NATÁN 132, 138, 324, 325, 329-333,
335, 338, 339, 360, 371, 388,
389, 390, 392, 394-396

NEFTALÍ 282

NEHEMÍAS 83

NER 276, 277, 279, 398

NICODEMO 42, 61, 63, 69, 70, 119

NOEMÍ 178-182

O

OBANDO 585, 597

OBED ben Isaí 183-185, 191, 196,
281, 302, 324

O'HIGGINS 553

OLAÑETA 565, 570

O'LEARY, Daniel Florencio 610

ORFA 178

P

PABLO, San 21

PÁEZ, José Antonio 499, 504, 507,
511, 512, 515-520, 525, 526, 542,
544, 563, 571, 579, 580, 583,
585, 586, 588, 601, 602, 610

PALACIOS, María de la Concepción
420, 421

PALTÍ 242, 273

PEDRO (Simón) 8-11, 21, 26, 28,
30-32, 34-36, 47, 48, 53, 54, 67,
68, 70, 73-76, 82, 83, 92, 94-99,
102, 104, 105, 107, 109, 111-113,
115-117, 123-126, 411, 434

PETIÓN, Alejandro 496, 501

PIAR, Manuel 456, 466, 492, 498,
502-505, 507-509

PICÓN SALAS, Mariano 610

PILATOS (Poncio) 40, 42, 59, 67, 91,
92, 117, 122, 123, 276

PINOCHET 4

PIZANI, Rafael 403

Q

QUEYLÓN 178, 182

QUIS 161, 285

R

REVEREND, (Doctor) 604

RIBAS, José Félix 447, 448, 455, 456,
458, 474, 487, 492, 507, 508

RICAUURTE 448, 475, 507

RISFA 271, 284

RIVA AGÜERO, De la 559, 560, 564

ROA, Raúl 3

RODRÍGUEZ, Simón 424, 428, 463,
561-563

RODRÍGUEZ DEL TORO, María Teresa
Josefa Antonia 425, 426

RODRÍGUEZ LLAMOZAS, Manuel
Vicente 610

ROJOB 319

RONDÓN 528

ROULIN, François 587

RUFO 80

RUTH 178-184, 187, 199, 205, 217,
269, 308

S

SADOC 338, 363, 364, 366, 369,
371, 388, 390, 395

SAENZ, Manuela 594

SALAS, Tito 405, 408, 427, 433, 473,
485, 497, 517, 607

SALCEDO-BASTARDO, J. L. 611

SALGADO, José 407

SALOMÉ 26

SALOMÓN 132, 148, 150, 183, 231,
272, 278, 294, 302, 305, 307,
309, 313, 318, 327, 332, 335,
338, 339, 341, 343, 348, 375,
379, 381, 382, 384, 387-399,
401

SAMA 301, 304, 311

SÁMANO 531

SAMMA 185, 191

SAMUEL ben Elcana 132, 138,
141-146, 149-151, 153-163,
165-172, 174, 175, 177, 184,
185, 189, 208, 215-217, 225,
227, 241, 244, 251, 252, 254,
264, 282, 297, 337, 376, 382,
384, 401

SAN MARTÍN, José de 546, 547, 550,
551, 553-555

SANSÓN 153, 178

SANTANDER, Francisco de Paula 507,
516, 525, 527, 530, 542, 546,
571, 576, 580, 586

- SANTIAGO 26, 27, 53, 54, 74, 95-100, 102, 104, 105, 116
- SARVIA 277, 278, 340, 341, 398, 399
- SAÚL ben Quis 134, 137, 138, 141, 143, 148, 153, 159-163, 165-169, 171-175, 185, 193, 195, 196, 198, 201, 203-207, 209-211, 214-220, 222, 223, 225, 227-230, 232, 233-241, 247, 248, 251-253, 256-261, 264, 265, 267, 268, 270-273, 275, 281, 283-285, 287, 288, 295, 296, 298, 300, 302, 308, 314, 317, 337, 338, 340, 355, 357, 358, 367, 376, 382, 401
- SCHAEEL MARTÍNEZ, Graciela 611
- SEBA 372, 373, 374, 391
- SEFATÍA 272
- SEMEÍ 138, 356, 357, 371, 378, 391, 392, 398, 399
- SIAMÓN 305, 306
- SIBA 285, 356, 357
- SIMÓN Bar Jona 11
- SIMÓN de Cirene 63, 79
- SIMÓN de Kerioth 18, 27
- SIMÓN Iscariote 73
- SISO MARTÍNEZ, J. M. 611
- SOBAS 320
- SOBI 367
- SOTILLO ARREAZA, Antonio 407
- SOUBLETTE 498, 499, 507
- STALIN, Joseph 7, 9
- SUCRE, Antonio José de 504, 507, 545, 547-550, 553-556, 559, 564, 566, 568, 569, 585, 591, 598, 600, 601, 603
- SUSANA 17
- T**
- TADEO, José 504
- TALMAL 246
- TAMAR 272, 345, 346, 347, 349
- TEUDAS 118
- TÍSCAR 456
- TORO, Teresa del 433, 607
- TORRE, De La 540
- TORRE-TAGLE 554, 560, 563, 564
- TOVAR Y TOVAR, Martín 435, 436, 457, 495, 529, 543, 567, 607, 608
- TROTZKY, León 6-9
- U**
- ULIANOV, Vladimir Ilich (ver Lenín)
- URDANETA 448, 475, 492, 507, 566, 602
- URÍAS 132, 313, 314, 321, 325-329, 331, 333, 335, 357, 388, 394, 401
- V**
- VALDIVIESO MONTAÑO, A. 611
- VARGAS, José María 594
- VIRREY DE LA PEZUELA 554
- Z**
- ZABULÓN 282
- ZARAZA 499, 504, 507, 511, 512
- ZEBEDEO 26, 95, 98, 104

EL TOMO VII (BIOGRAFÍAS), DE LAS *OBRAS COMPLETAS* DE
JUAN BOSCH, FUE IMPRESO EL TREINTA DE JUNIO DE DOS
MIL NUEVE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE SERIGRAF,
S.A., EN SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA.